

ALICE BORCHARDT

EL
GUERRERO
CUERVO

Lectulandia

Criatura inmortal, o casi, que no naciste humana ni tampoco animal, capaz de invocar la supervivencia eterna en y con tus cambios interminables de forma. Vete de este lugar. Yace con tu dama, la señora de las aguas vivas, de los manantiales y las fuentes. Entretente con ella y olvida la ruindad tenebrosa de nuestras almas y de la humanidad. Sella para siempre jamás la conquista de la carne. La muerte es nuestro precio.

Nacida en las Tierras Altas, Guinevere se ha hecho mujer y ha aceptado el poder que le ofrecía el trono del Dragón. Si quiere proteger su amada tierra de la avaricia insaciable de los saqueadores sajones, Guinevere deberá dirigir una ofensiva.

Lectulandia

Alice Borchardt

El Guerrero Cuervo

La leyenda de Guinevere-2

ePub r1.0

fenikz 30.09.15

Título original: *The Raven Warrior*
Alice Borchardt, 2003
Traducción: Rocío Monasterio
Ilustraciones: Scott McKowen
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE





CAPÍTULO 1

al como sospechaba, robar a ladrones profesionales requiere algo de habilidad y mucho trabajo. Hicimos el primer relevo a los remos cuando ya no nos encontrábamos en tierra de los pictos y, a pesar de ser lo habitual entre los marineros pacíficos, no desembarcamos para pasarla noche.

El barco apenas estaba decorado; sólo se veían tablas clavadas a lo largo de las cuadernas y la quilla. Estábamos permanentemente empapados y helados a causa de la tempestad y las gélidas olas, que rompían sobre cubierta, propias de las primaveras de aquellas latitudes. Pero Dios, ¡lo veloz que era! Se trataba de una nave pequeña y ligera, impulsada por diez remeros durante el día y seis durante la noche. Como ya he dicho, todos nos turnábamos a los remos: cuando no remábamos, comíamos; luego dormíamos en los estrechos pasillos que había entre los bancos de los remeros. O simplemente, dormíamos cuando podíamos.

En ocasiones cruzábamos cortinas de lluvia helada. Entonces los que dormían tenían que espabilarse y achicar el agua como posesos, no sólo para que el barco no se hundiese, sino también para no hacer perder el tiempo a los que estuviesen remando. El barco no se hundiría pero, si su avance se veía entorpecido, podía partirse en una tempestad. Mientras se mantuviese más o menos sin agua, afrontaríamos las olas flotando como un corcho, y en las aguas más tranquilas acariciaría la superficie como si fuese un pajarillo.

No tenía vela, pues no queríamos hacer evidente ni nuestro paso ni nuestra llegada a ninguna persona que pudiese observar desde la costa. Y que hubiera alguien observando era lo más normal, acostumbrados como estaban los pueblos a que los problemas les llegasen por mar.

No me gusta recordar el principio de nuestro viaje ni los primeros días a bordo. Todos estábamos marcados, e incómodos cuando había que remar. Pero Dugald, que es mi druida, me dio un remedio contra el mareo. No voy a negar que sabía a tierra de estercolero de ciudad o que olía peor que un rebaño de cabras, pero también es verdad que funcionaba. Y así la mayoría de nosotros se recuperó lo suficiente para dedicarse de pleno a los remos y dominarlos en un par de días.

No tengo muy claro que Dugald se considere a sí mismo mi druida. Hubo un tiempo en el que fue mi guardián, más adelante mi maestro. Pero cuando me convertí en mujer y reina, me pareció que debía ser mi druida. Él no podría haber estado más en desacuerdo. Dice que no soy más que una niña, y que mi soberanía es honorífica y

que no tengo que darme tantos aires, como si me cubriera un aura de autoridad.

Ojalá tuviese algo con lo que cubrirme. Por todos los dioses, sin duda hacía frío en aquel barco. Pero sabía que, si lograba sacar aquella empresa adelante, me haría rica y me convertiría en una auténtica reina. Así que debía intentarlo, sin importar las penalidades que tuviera que pasar para ello.

Cuatro días después de haber dejado el puerto comprendí que tenía unos compañeros magníficos. Nuestra flotilla estaba compuesta por tres barcos no muy grandes, con una tripulación de diecisiete hombres cada uno. Digo «hombres», pero también había algunas mujeres. Sin embargo, siempre era un hombre quien estaba al timón: Maeniel, mi padrastro, en uno; Gray, un hombre de mi confianza, en otro, y a bordo del barco en que yo estaba, Ure, pariente de Gray y un auténtico lobo de mar.

El nuestro era el barco que encabezaba la expedición y el resto nos seguía. Ure conocía la costa y todos sus peligros: rocas, arrecifes, bancos de arena (aunque, al ser barcos de poco calado, eso no suponía ningún problema), corrientes y, también muy importante, las guaridas de los piratas. Nos dijo que él se encargaría de mantenernos a salvo de todas esas cosas.

Por nuestra parte, nosotros no le preguntamos de dónde obtenía tanta información, y prometimos dedicamos en cuerpo y alma a los remos. Cuando le pregunté si no podríamos entrenarnos un poco en tierra firme primero, fijó en mí su mirada fría y verde, como de aguas invernales enfurecidas, y me respondió: «Se aprende practicando. Y cuando haces algo un día tras otro de manera regular, acabarás aprendiendo todo lo necesario. A veces incluso más de lo que te gustaría saber».

Tenía razón: cuando llevábamos ocho días de viaje ya sabía más sobre el uso de los remos de lo que habría querido. Sobre ampollas que se abren y sangran, se apostillan y al día siguiente vuelven a abrirse y a sangrar. Sobre dolores insoportables en brazos, espalda y cuello. Sobre la incomodidad de las ropas permanentemente mojadas que irritan la piel y pican, o la de dormir sobre una superficie dura, húmeda y apestosa entre los cuerpos mojados y malolientes de tus compañeros. O sobre arrimarse a ellos para darnos un poco de calor unos a otros. Por no hablar del gran placer que supone colgarse por la popa sujeto por la cintura en las gélidas aguas mientras la pequeña embarcación a la que te agarras con todas tus fuerzas lucha contra olas de más de metro y medio, a la vez que intentas aliviar tus necesidades, ya que a bordo no hay espacio para lujos como un orinal.

Veréis, el agua corría hacia la popa del barco porque era más ligero en la proa, así que el timonel la achicaba con una mano mientras con la otra sujetaba el timón. ¿Os imagináis qué era lo que achicaba la mayoría de las veces?

Cuando era mucho más joven tenía una idea romántica del mar.

A pesar de todas nuestras dificultades, avanzábamos con una velocidad casi vertiginosa hacia el sur, hacia las fortalezas de las tierras sajonas. El décimo día llegamos a la desembocadura del río que cruza las *fenlands*. Diez días remando en

aquellas aguas bullentes e indomables. Todos estábamos encantados de empujar la embarcación entre los altos juncos y las juncias, descansar y esperar a que amaneciera. Y la mañana llegó sin un rayo de sol, con una luz gris que se colaba entre la maraña de nubes que anunciaban tormenta. Yo estaba dormida con la cabeza apoyada sobre la regala, pero me desperté justo a tiempo para ver a Maeniel, en forma de lobo, deslizarse por la cubierta del barco situado junto al nuestro y desaparecer en el agua. Había dormido mal y me caía un hilillo de baba que se me secó en la comisura de la boca y que dejó una marca húmeda en la madera, cerca de donde habían descansado mis labios.

Las cosas parecían no tener color y los juncos, las juncias y las aneas eran como un friso reflejado en el agua plateada. Todos los demás estaban durmiendo, excepto Ure. Estaba sentado en la proa y sus ojos se encontraron con los míos; eran verdes como cristal de escoria y el doble de duros. Abrí la boca para preguntarle adónde había ido Maeniel. Su férrea mirada rozaba el desprecio.

Pensé que sabía exactamente adónde había ido el Vigilante Gris. Y Ure no servía para lo que él llamaba «hablar por hablar».

No tenía sentido despertar a media tripulación con una pregunta cuando ya sabía la respuesta. Volví a apoyar la cabeza en la regala. Creí que no podría, pero pronto me deslicé de nuevo hacia el sueño.

Cuando volví a despertarme, Maeniel trepaba al barco. Estaba empapado y se envolvía con uno de los mantos de Gray. Me puse de pie, aunque levantar mi cuerpo agarrotado me supuso un doloroso esfuerzo. Subí a cubierta y anduve de puntillas entre los empapados durmientes hasta que llegué a las tres figuras que estaban de pie, Gray, Maeniel y Ure.

—¿Y bien? —dije en un susurro.

—Malas noticias —respondió Maeniel—. Lo más inteligente sería dar media vuelta y regresar.

Ure gruñó.

—Continúa, lord Maeniel —susurró Gray.

—No creí que su punto fuerte fuese tan fuerte. Los piratas han acondicionado una fortaleza romana abandonada más o menos diez kilómetros río arriba. Habrá entre setenta y cien hombres, todos maduros, guerreros de primera. Doblan nuestras fuerzas, o más. Están mejor armados y ya han recibido su bautizo de armas.

—¿Y barcos? —preguntó Ure.

—Conté veinte escorados y en tierra. Y unos pocos más en el agua.

—¿Qué es lo que tenemos nosotros? Cuarenta muchachos, tres hombres y ocho mujeres —dijo Gray, sacudiendo la cabeza—. Tendríamos que buscar objetivos más fáciles.

Sentí una sensación de fracaso, porque, sin duda, el fracaso era mío. Aunque yo me senté en el trono del Dragón y todo el mundo sabía que tenía el derecho a hacerlo, los principales no estaban precisamente locos de alegría con mis planes de luchar

contra los sajones que acosaban nuestras costas de las tierras altas y las islas Exteriores. Cuando recorrí los pueblos de la costa buscando hombres entre las bandas y los vigilantes de la costa, ninguno estaba muy dispuesto a unirse a una empresa tan peligrosa como era atacar a los sajones en sus propios puertos.

Es cierto, me habían aclamado entusiásticamente cuando me senté en el trono del Dragón, pero a la fría luz del día se lo volvieron a plantear. ¿Qué sabía una mujer, una niña todavía, del arte de la guerra? Entre todos los jóvenes, me siguieron los inútiles, los marginados, los débiles, los huérfanos, los despreciados por todos.

Y en cuanto a las muchachas, me siguieron las feas. Una de ellas tenía una mancha de nacimiento que le cubría una mejilla y parte de la boca. Otra había sido prisionera de los saqueadores sajones que más tarde la habían abandonado, dándola por muerta. Otra tenía el labio leporino. El resto eran esclavas, destrozadas por los trabajos más duros antes de llegar a la pubertad, sin amigos ni familia, soportando la carga de tareas interminables durante el día y el peso de su propio cuerpo durante la noche. Sus vidas eran tan miserables que habían llegado a creer que cualquier oportunidad de ser libres era mejor que su vida cotidiana. Si fracasaban y morían en el intento, pues que así fuese... Después de la muerte no podía haber nada peor. «Por lo menos puedo dormir», me dijo una de ellas llamada Albe.

—Al menos podríamos quemar los barcos —dije amargamente.

—Como ya he dicho, algunos están en el agua. Seguramente nos hundirán en alta mar. Las embarcaciones de los piratas también llevan remos y son mucho más ligeras y veloces. Por no hablar de lo mejor tripuladas que están.

—¡Sería un suicidio! —exclamó Ure.

—Podemos saltar el muro de noche y sorprenderlos mientras duermen... —sugerí.

—¡No te faltan ideas! —dijo Ure—. Pero no puede ser. Contamos con criaturas, no con hombres sanguinarios. Puedo ser un viejo diablo sin principios, pero ni siquiera yo quiero tener nada que ver con una matanza de inocentes. Para esos trucos se necesita un grupo de hombres con experiencia. ¿Alguna otra idea?

Me agaché y alcé la vista hacia los tres hombres.

—Sí —respondí.

Ure me hizo un gesto.

—¡Dila!

—¿De qué está hecho el interior de la fortaleza? ¿Piedra o madera?

—Madera, pero en tal cantidad..., no puedes —respondió Maeniel.

—Puedo. Sí que puedo —respondí entre dientes.

Entonces me incliné hacia un lado y cogí del agua una rama que flotaba, delgada, de aproximadamente treinta centímetros de largo. Estaba empapada. La apreté con fuerza en la mano derecha. El vapor empezó a salir con un silbido, como cuando se vierte agua en un recipiente de metal caliente. Entonces, de un extremo a otro, el palo, ya seco, se envolvió en llamas y se hizo cenizas antes de que tuviera tiempo de

calentarme los dedos.

—Escalaré el muro mientras vosotros y el resto prendéis fuego a las puertas y los quemamos vivos.

Maeniel me observó.

—Los romanos abandonaron la fortaleza porque la humedad comenzaba a deteriorar los muros. No es que haya humedad; es que la fortaleza es pura humedad.

—Así es —dijo Ure.

Me levanté y me quedé mirando a los tres hombres.

—Podéis apostar la vida, todas vuestras posesiones, los futuros hijos que deseéis tener, a que, cuando pongo la mano sobre algo, lo quemo.

Levanté mi mano derecha, marcada, y se la puse delante.

—Sí —dijo Ure, mirando a Gray—. Este lugar es una gran oportunidad y bien merece el riesgo.

Gray no parecía muy seguro. Maeniel se quedó mirando sin expresión en los ojos.

—Muy bien —acabó diciendo.

—Nunca nada es totalmente seguro. Nunca —dijo Ure a Gray.

Cuando me di la vuelta, vi que los más jóvenes ya se habían despertado en los botes. Sentados, nos observaban a los cuatro. «Marginados», pensé. Quizá ésa sea la ventaja de estar rodeado de los últimos y los menos valiosos. Ninguno parecía asustado, y casi todos estaban dispuestos a lo que fuera.



La Hermandad de los bagaudas.

Zarpa Negra ya estaba solo. Se alejó del bosque cercano a Tintagel donde lo habían dejado. Echaba de menos a su familia, carnal o no. Incluso a ese Dugald de humor endiablado, a pesar de que últimamente no hiciese más que rezongar o darle coba a propósito de cómo «ella» iba convirtiéndose en una auténtica noble.

Pero, por supuesto, a quien más echaba de menos era a ella. A veces deseaba que siguieran siendo niños. Cuando eran pequeños, antes de que llegaran los piratas, los dos solían acurrucarse juntos en el cálido vientre de Madre. Se volvía humano sólo para que ella pudiese acunarlo en sus brazos. La mayoría de las veces no necesitaba adoptar esa forma, excepto para escalar por las rocas en busca de huevos o trepar a los árboles y coger fruta. Y de vez en cuando para entender algunas de las ideas más extrañas de Dugald.

Como esos coros de ángeles. Se había peleado con Dugald cuando éste intentó que los memorizara: los tronos, los nombres, los principados, los poderes y todo eso. Le había dicho a Dugald con bastante claridad que no tenía ningún interés en la clasificación de seres imposibles, seres que no podían existir. Dugald le respondió que mucha gente también lo consideraría a él, Zarpa Negra, un ser imposible, que no podía existir. Entonces le replicó que él estaba en ese momento en ese preciso lugar y

nadie podría negar su existencia. Si Dugald pudiese enseñarle un ángel, entonces él, Zarpa Negra, aprendería a situarlo correctamente en la jerarquía sin quejarse ni una sola vez más.

A «ella», la de cabellos de oro, todo aquello le pareció muy divertido. Magetsky, desde el techo, llenó la habitación con sus estridentes carcajadas. Entonces Dugald perdió los nervios. Magetsky, la cuervo, de repente se vio arrastrada por un rayo pequeño y oscuro. Casualmente, Kyra recordó que quería ir a visitar a Etta, la mujer de Gray. Maeniel fue a cazar, y él, Zarpa Negra, y Guinevere fueron al bosque y durmieron allí.

Pero fue la última vez. No mucho después, Kyra los separó, con el argumento de que no podían seguir compartiendo la cama. Podía dar que hablar en el pueblo.

«¿Hablar de qué?», había preguntado él, indignado. Nadie le dio una respuesta clara, ni siquiera Maeniel, su padre.

Después ya no volvió a pensar mucho en ello, porque murió Madre. De alguna manera, su corazón supo que la edad de la inocencia y la alegría había llegado a su fin. Cuando la pira de Madre se había convertido en cenizas y ella se había ido, le dijo a su padre que quería aprender a ser un hombre.

Maeniel lo había mirado pensativamente un buen rato. Una mirada muy elocuente. Pero los lobos no intentan influir en la libertad de los demás o dar consejos, ni siquiera cuando se les pide.

Mas en aquella ocasión sí dijo algo.

—No te mezcles en sus luchas. Nunca terminan y muchas veces son vanas. Los lobos establecieron sus normas antes del principio de los tiempos, pero estas criaturas llegaron a un acuerdo con la creación divina o ni siquiera entre ellos mismos. Sea como sea, supongo que tienes que dejar que te rompan el corazón una vez. Entonces quizá aprendas.

En ese momento se había preguntado qué querría decir su padre. Ahora estaba seguro de que lo sabía. La recordaba con gran amargura y no poco dolor.

Las tierras que atravesaba eran escarpadas y salvajes, deshabitadas. Para viajar adoptaba forma de lobo. Había dos o tres manadas por los alrededores, cazaban por los pedregosos desfiladeros que había entre las montañas, a pesar de que los grandes felinos seguían dominando las alturas. Pero Madre le había enseñado a ser un lobo eficiente y capaz antes de que ni siquiera se le pasara por la cabeza adoptar forma humana. Así que evitarlos no supondría ningún problema.

Era primavera y había hembras en celo que lo atraían, pero todavía no estaba preparado, no había alcanzado la madurez necesaria para luchar por el derecho a la paternidad. Cazar furtivamente en el territorio del cabeza de una manada acababa llevando antes o después a un enfrentamiento, seguramente contra toda la manada. Las normas de los lobos dicen que hay que presentarse abiertamente, ocupar tu puesto en la jerarquía y más adelante retar al líder. Los intrusos que violasen la ley se encontrarían con los colmillos del macho dominante y su círculo más cercano, todos

deseosos de ver su sangre derramada.

Había varias alquerías a lo largo del bosque, en las zonas de tierra más fértil, pero todas ellas, sin excepción, estaban rodeadas de terraplenes coronados por vallas hechas de estacas. Un lobo solitario jamás se enfrentaría a los perros que protegían el ganado, así que se desplazaba en secreto y silenciosamente, hasta que una mañana, justo antes de que amaneciera, llegó a un valle con un lago.

Debería haberse dado cuenta.

En cuanto llegó, el pelo del pescuezo se le erizó. Un lobo se habría ido, pero él también tenía una parte humana.

Bajó trotando a través de la niebla que envolvía el lago.

Ni rastro de humanos. Eso debería haberle hecho sospechar. Pero era demasiado inexperto para preocuparse por la ausencia de algo.

La luz del este alumbraba el silencioso bosque que crecía a la orilla del lago, los rayos se colaban entre la neblina que colgaba de los árboles, tan separados unos de otros que era fácil distinguirlos, como si fuesen un puñado de palitos. Nada. Ni lobos ni humanos en un lugar tan hermoso como el amanecer en el paraíso. Le costaba creer que tuviera tan buena suerte. De hecho, no debería haberlo creído.

Sintió que estaba muy cerca del agua. Entonces olfateó y se dio cuenta de que trotaba a través de un pantano muy poco profundo. A través de la niebla vio que ante él se abría una lengua de agua y una sombra borrosa que podía ser una isla. La luz estaba perdiendo su tonalidad grisácea y lentamente se hacía más dorada, intensificando el verde de los árboles y convirtiendo el agua en una piedra preciosa multicolor, pues reflejaba el bosque.

Agachó la cabeza y bebió, rompiendo con su lengua la superficie totalmente lisa del lago. Cuando levantó la cabeza, se dio cuenta de que lo inundaba el cansancio de la larga noche de viaje. No estaba acostumbrado a correr tanto y a recorrer tanta distancia en forma de lobo.

Y entonces pensó que, al estar solo, al fin se veía libre de los cientos de prohibiciones que lo acosaban siendo humano. Podía regresar al bosque, buscar un cobijo caliente entre los helechos y hojas secas, y disfrutar del lujo de dormir todo lo que le apeteciera.

Se tumbó lánguidamente, como si fuera un gato, poniendo rígidas las patas traseras; bostezó, y justo entonces...

Sintió el peso de una mano grande y pesada en el pescuezo... Se le erizaron todos los pelos del cuerpo al oír el chillido triunfante de una risa salvaje, terrorífica.



Igrane sabía que alguna cosa le daba vueltas en la cabeza por su mirada algo preocupada y reservada. No en vano habían sido amantes durante más de treinta años. Pero, como él era mayor y más inteligente que ella, no podía adivinar de qué se

trataba.

Deseó que la lujuria que brillaba en sus ojos prevaleciera sobre cualquier experimento mágico que quisiera llevar a cabo. Deseó que echara a los sirvientes, la tirara en el suelo y la poseyera violentamente.

A veces hacía eso. Otras jugaba con ella, atormentándose durante horas, hasta que los dos alcanzaban el delirio del deseo, antes de que él permitiera su satisfacción y liberación. Ambos recuerdos eran extremadamente eróticos. Pero había un tercero que los oscurecía, ocasiones tenebrosas en que él deseaba causarle dolor y castigarla por (tal como él lo veía) atraparlo en una devoción erótica que hacía que apartara de su mente cualquier otra preocupación.

La parte más fuerte de su personalidad era su ansia por controlar todos los acontecimientos políticos. Las mujeres (incluso de vez en cuando muchachos, le gustaban ambos) no eran más que un entretenimiento. Pero ella consumía su poderosa magia como una sanguijuela. Se aferraba a él, le daba un placer que nadie había logrado proporcionarle jamás. Y, a cambio, él la mantenía joven y hermosa.

Pero a veces..., a veces él la obligaba a participar en lo más secreto...

Cuando los dos estaban aturdidos a causa del vino y la comida, él dijo:

—Tengo un regalo para ti.

Estaba empezando a hacer frío en la terraza con vistas a Tintagel. Las doncellas de Igrane ya se habían ido y, afortunadamente, los sirvientes de Merlín habían desaparecido entre las sombras. Ellos también sentían la tensión que había entre los dos maestros sentados a la mesa.

Sobre el mar, las espirales de nubes ardían envueltas en fuego bajo los últimos rayos de sol. Ardían sobre las oscuras aguas como las torres de una ciudad en llamas. Igrane se estremeció.

—Entremos. Puedes darme el regalo cuando estemos tendidos ante el fuego. Ven, amor mío. —Intentó alcanzar su mano.

De repente, sus manos dejaron de estar vacías. En la izquierda sostenía una copa. El pie era de oro y también lo era el asa que rodeaba la espiral de una concha, una concha blanca que brillaba por dentro y por fuera como una madreperla.

—Es muy bonita —dijo Igrane, pero el corazón le latía con fuerza y apenas podía respirar.

—Sí. Ahora cógela con ambas manos y bebe.

—Vino —murmuró—. No debería. Ya he...

—¡Bebe!

Esa palabra tenía la fuerza de una orden. Al mismo tiempo, Igrane sintió que la cogía por el cuello con la mano derecha, su largo y regio cuello. Le apretó el hueco de la base de la garganta con el dedo pulgar. Había visto cómo mataba a hombres de esa manera, aplastando con el pulgar la cadena de cartílagos de la laringe. Dejaba que murieran revolcándose y respirando trabajosamente mientras los observaba con evidente satisfacción.

Ella cogió la copa con las dos manos y se la acercó a los labios. Su contenido le llenó tanto la boca como la nariz, así que ni siquiera pudo gritar cuando se vio arrastrada hacia el interior de la concha que formaba la vasija.

Parecía que descendía por un pasillo de un blanco resplandeciente, de muros curvos, con una luz pálida y difusa. El interior de la concha no era transparente, sino translúcido. Corrió a lo largo de un camino irregular que conducía a una escalera de caracol más estrecha aún, que bajaba y bajaba hacia un destino imposible de adivinar. Igrane era incapaz de parar o retroceder, porque las paredes y el suelo no eran lo suficientemente desiguales para permitirle detenerse o gatear hacia atrás.

El pánico la inundó cuando llegó a una parte tan estrecha que ya no podía seguir caminando o ni siquiera gatear. Gritó, y tras el primer grito se vio libre de la concha, y se encontró rodando sobre la alfombra que cubría el suelo del baluarte de Merlín.

Aquel lugar la impresionó y la dejó aterrorizada al mismo tiempo. Formaba parte del mar. Un mar de algún mundo que estaba segura que no compartía el resto de la humanidad.

La estancia era muy lujosa. Suaves alfombras adornadas con piedras preciosas cubrían el suelo de piedra como charcas de luz. Divanes cubiertos de terciopelo se repartían entre las flores silvestres que florecían en el entresuelo envuelto en sombras. Todo el muro delantero era de cristal, de un tipo de cristal desde el cual se podía observar el mar. Y cuando la marea estaba alta, como en aquel momento, las olas verdes y azules rompían contra el cristal, alzándose sobre Igrane, que estaba tumbada en el suelo sobre una suave alfombrilla de color escarlata.

Aquel «cristal no cristal» permitía que el aire y el sonido traspasaran la superficie impermeable, y la brisa marina barría la estancia. Igrane volvió a gritar cuando una ola gigantesca se alzó sobre ella y rompió. La espuma se estrelló contra el muro de cristal que había ante ella y el viento le sacudió el pelo.

Gateó hacia la parte trasera de la habitación, donde una enorme chimenea romana de dos muros cerraba la estancia de increíbles vistas al mar.

—Eso es. Incinérate tú misma —le dijo Merlín desdeñosamente.

Igrane se sentó, temblando.

—Ya sabes que odio este lugar —gimió.

—Eso es terrible. Deja de berrear o te amordazaré. O puede ser que simplemente ordene a uno de mis sirvientes que te corte la lengua.

Igrane sabía que era capaz de hacer cualquiera de las dos cosas con la misma facilidad, así que se quedó en silencio.

Él agitó una mano y pareció que el cristal que los separaba del mar enfurecido se hacía más grueso. El sonido de las olas se hizo más suave y el viento cesó. Igrane se dio cuenta de que en aquel lugar casi era de noche, al igual que en Tintagel, y parte de la luz de la estancia provenía del fuego que ardía en la zona posterior, avivado por el aire.

El resplandor disminuyó, y las sombras se adueñaron de la estancia. Tras las

ventanas, el mar se agitaba cada vez más y las olas ya rompían sobre el techo que sostenía el muro de cristal. Por la habitación había árboles en tiestos, algunos con hojas, otros cargados de fruta o en flor. Melocotoneros, ciruelos, albaricoqueros, manzanos y membrillos... Todos se entregaban a los poderes de Merlín, floreciendo de forma pasiva, dando frutos según sus deseos.

Ante la mirada de Igrane, Merlín cogió una ciruela blanca, madura, de uno de los frutales. Se agachó y se la puso en la boca, donde se disolvió. La carne era dulce como la miel; agria y áspera, la piel.

—Escupe la pepita en mi mano.

Ella se echó para atrás con la semilla en la boca. Pero entonces Merlín la cogió del pelo con una mano y empezó a sacudirla.

—¡No te atrevas! Te arrancaré la lengua.

Igrane escupió la pepita en su mano. Él chasqueó los dedos y aparecieron dos de sus gólems. En ese momento, Igrane supo que iba a ser peor que cualquier cosa que pudiera haberse imaginado, quizá peor que todo lo que hubiera visto hasta entonces.

Los gólems siempre la habían asustado. Eran muertos que seguían habitando sus cuerpos. A diferencia de otros muertos que Merlín también dominaba, no eran zombis que sólo pudieran llevar a cabo tareas sencillas. Conservaban su inteligencia y voluntad, aunque se veía claramente que eran cadáveres. Se destripaban, se cocían para que perdieran la grasa, luego se ponían en remojo y se curtían como se hace con las pieles, por último se cosían con los músculos debilitados y los cartílagos. La piel del rostro era tirante, como máscaras secas, los ojos sin vida, duros, opacos y pálidos, pero con un anillo oscuro donde una vez había estado la pupila y un leve brillo en el centro.

—Quítate la ropa, ¿o tendré que ordenarles que te desnuden?

Igrane se estremeció.

—¡No, no!

Se puso de rodillas y en pocos segundos ya estaba desnuda. Se había preparado para él, no llevaba nada bajo el vestido y la combinación.

Merlín señaló una escalera en sombras que descendía a otra amplia estancia de la que apenas se vislumbraba nada. Igrane se apresuró a bajar los estrechos escalones para mantenerse fuera del alcance de los dos gólems.

Aunque en el exterior caía la noche, la estancia estaba totalmente iluminada. El techo era una bóveda de cristal formada por pequeñas piezas, igual que la pared de la primera estancia en la que habían estado. Sobre la cúpula, el mar rompía amenazadoramente.

Hubo un tiempo en el que la cúpula había sido una pequeña bahía, producida por la erosión de las olas sobre los acantilados. Pero alguien, algo, había encerrado la bahía en cristal, había igualado el suelo (era de basalto gris pulido) y había detenido el avance del mar. Ahora rugía y golpeaba como si fuera presa de una insoportable frustración por la usurpación de sus poderes.

Sí, aquél era un lugar de un poder formidable. Igrane lo percibía con claridad. Ni mar ni tierra, y ella estaba allí en el momento en que no era ni día ni noche, ni oscuridad ni luz.

Igrane gimió aterrorizada.

Merlín no parecía muy preocupado por ella. Murmuró un encantamiento y sobre el suelo gris vetado ardió un símbolo. Era una cruz de san Andrés, una X. Estaba en el suelo entre los restos de criaturas marinas que habían vivido hacía mucho tiempo y que habían dejado su silueta sobre el suelo, atrapada en la roca. Ni completamente muertos ni tampoco vivos.

—¡Rápido! —espetó Merlín—. La luz está desvaneciéndose. Atadla.

Igrane se puso a gritar cuando los gólems se acercaron a ella. La empujaron hacia la brillante marca de la cruz sobre el suelo y le ataron los brazos, rodeándole las muñecas con dos cuerdas que luego desaparecieron entre las sombras. Entonces uno de ellos le separó las piernas de una patada y le puso los pies sobre la X, de manera que su cuerpo formaba otra X sobre la marcada en el suelo.

Tiró de la cuerda y se dio cuenta de que no podía mover los pies. Estaban adheridos a las líneas de luz sobre las que descansaban.

Volvió a gritar.

Oyó que detrás de ella Merlín probaba el látigo. Chasqueaba en la habitación como una rama que se resquebraja. La estancia se llenó de luz e Igrane miró hacia arriba y a los lados, en lo que parecían miles de espejos. En todos se reflejaban sus dos figuras.

Merlín estaba detrás de ella, con el látigo en la mano. De manera extraña, Igrane se sintió aliviada. Había temido que fuera a matarla. Pero con un látigo no lo haría. Ya le había dado latigazos otras veces y normalmente no pasaba de los dos golpes. Para entonces se enfrentaban su deseo de verla sufrir y el anhelo irresistible de poseerla, y siempre vencía el ansia de poseerla.

Sintió el poder que emanaba el símbolo sobre el que estaba, y el deseo la consumía. Casi estaba dispuesta a suplicar los latigazos.

Vio reflejado en los mil espejos el movimiento del látigo en sus manos, salvaje y similar al de una serpiente. Un instante después, la golpeaba por detrás. Su respuesta fue un chillido de dolor insoportable. Dios, nunca antes había sido así.

Vio que tenía un verdugón más ancho que un dedo cruzándole las nalgas y bajando hacia los muslos, hacia la piel más suave justo entre las piernas. Entonces, cuando el dolor fue disminuyendo hasta hacerse más tolerable, vio que de la herida empezaba a manar sangre.

—¡No! —gritó al ver llegar el siguiente azote, segundos antes de que el látigo se le enroscara en la cintura.

La punta del látigo le golpeó el pezón, y éste se desgajó como una cereza madura. Igrane observó demudada por el terror cómo manaba sangre de su pecho, cómo le descendía por el vientre y los muslos, hasta llegar al suelo. No volvió a gritar, pero

intentó zafarse de las cuerdas que la sujetaban por las muñecas y de aquel poder, cualquiera que fuese, que hacía que sus pies se agarraran al suelo como si estuviese poseída.

Entonces se relajó con un alivio indescriptible al darse cuenta de que Merlín caminaba hacia ella... Ya había tenido suficiente... ¡Oh, Dios! Unos segundos después, sintió que le rodeaba la cintura con los brazos y que posaba los labios en su cuello.

—Esta vez ha sido la peor —gimió Igrane—. Peor que ninguna otra. Por favor, por favor, desátame.

—Pobrecita mía —murmuró Merlín, fingiendo compasión—. Pues prepárate, porque va a ser todavía peor.

A pesar de sus palabras, le aflojó las ataduras de los brazos y la obligó a echarse en el suelo, sobre el símbolo en forma de X. La luz de la estancia disminuyó y, a través de la bóveda de cristal, Igrane vio el verde mar revuelto. Casi era de noche y se dio cuenta de que Merlín tenía que darse prisa para llevar a cabo el hechizo antes de que la oscuridad cubriera la costa de sombras, pues lo vio mirar incómodo hacia arriba.

De repente, la luz se hizo a su alrededor y la bóveda de cristal que la cubría volvió a cubrirse de espejos. Se vio a sí misma reflejada en todos ellos. Su belleza resplandecía sobre la luz cegadora que desprendía el suelo, desnuda, con el sexo afeitado, la piel morena, los cabellos de seda negra enmarcando su pálido rostro. Indefensa, pues el medallón la sujetaba con fuerza al suelo.

El deseo era cada vez mayor y vio cómo sus labios se abrían levemente para dejar vislumbrar el pasaje oscuro y tierno que parecía ser el centro de su ser. Su imagen se oscureció cuando él la cubrió con su cuerpo e Igrane dejó de mirar los espejos, para contemplar su rostro mostrando los dientes, el rostro del deseo.

Igrane gimió con una mezcla de rabia y deseo cuando sintió que la penetraba.

—Oh, eres dulce, caliente, tersa, suave. Querida, eres el mejor de los placeres. Estoy envuelto en terciopelo húmedo, rojo.

«Mala señal», le dijo a Igrane la única parte de su cerebro que todavía podía pensar con claridad. Él nunca le hablaba con dulzura sin importar la intensidad del deseo que sintiera.

Pero la luz que emanaba de la cruz los envolvió y todo el cuerpo le tembló con el orgasmo. Entonces, lo que parecía una ola de placer se transformó en un dolor indescriptible. Echó la cabeza hacia atrás, casi cegada por su intensidad. Ni siquiera dar a luz, el dolor más intenso que podía recordar, era tan terrible.

Lo primero que vio entre jadeos, cuando por fin el dolor empezó a disminuir, fue el rostro de Merlín sonriéndole; y lo primero que oyó fue el sonido de su risa triunfal. Sus cuerpos ya no estaban unidos, pero parecía que algo como una vara de hierro quería rasgarle los genitales. Estaba intentando penetrarla de nuevo.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Igrane.

Merlín volvió a reírse.

—Me pregunto cuántas veces podrás soportarlo. El mejor, el mejor que nunca tuve; sólo resistió cinco empujes. Era un hombre fuerte, la mayoría de las mujeres sólo aguanta tres. Acércate, mi amor, mi ángel, hermosa mía. Sé buena. Deja que entre otra vez. Al final me dejaras, ya lo sabes. Me vas a dejar. Todos me dejan. Cuanto antes pase, mejor. Si te rebelas, sólo prolongas mi placer y tu sufrimiento.

La siguiente arremetida fue como si la atravesara un falo de piedra pero, a pesar de que parecía que tenía el cuerpo pegado al suelo como el hierro se une al imán, Igrane intentó zafarse.

A menudo se había preguntado de dónde obtendría sus enormes poderes, pero nunca había querido saberlo. Ahora ya lo sabía. Utilizaba esa habitación, ese lugar, para convocarlos desde la Tierra, para llamarlos a su cuerpo y espíritu utilizando a aquéllos a los que deseaba como una especie de intermediarios. Él obtenía la fuerza que emanaba del símbolo en el que ella estaba echada, pero eran sus víctimas quienes pagaban el precio de trasvase de poder: el dolor.

Reflejado en los mil espejos de la bóveda, Igrane podía verlo de rodillas entre sus piernas, mientras ella resplandecía cada vez más con la excitación que provenía de debajo de su cuerpo. Él se revolvía, rodeando sus nalgas con las manos, tocando con los dedos los labios de su parte más secreta, abriéndolos para dejar paso a su miembro rígido. Igrane echó la cabeza hacia atrás, intentando golpearse contra el suelo de piedra hasta quedar inconsciente. Su visión se volvió borrosa, sólo veía luces alrededor, pero de todos modos sintió cómo la penetraba de nuevo.

Cuando recuperó la visión se dio cuenta de que ya no veía los espejos sobre ella. No sabía si es que estaba semiinconsciente o si en realidad algo había cambiado en la habitación. Era como si mirara a través de la malla de una red, con la única particularidad de que esa malla se retorció. La red cada vez se acercaba más hacia Merlín.

Tuvo un momento de clarividencia mientras sopesaba sus posibilidades. Podía advertirlo de lo que estaba sucediendo.

No. Nunca.

Tal vez también la matara a ella.

Mejor esa muerte que la que la esperaba de la otra forma. Incluso cuando vio que las mallas de esa red eran serpientes. Serpientes blancas con ojos y lenguas negras, y una línea verde claro que recorría sus esbeltos lomos.

Un instante después ya habían estrechado el cuerpo de Merlín. Igrane sintió la gran fuerza de los animales cuando se curvaron sobre él. Jamás había visto serpientes moviéndose así, perfectamente compenetradas.

Ahora era el turno de Merlín de gritar y gritar mientras se apartaba rodando del cuerpo postrado de Igrane. Después se calló mientras concentraba toda su inteligencia y su voluntad en el combate.

Intentó liberarse dando patadas al aire, y durante unos segundos pareció que iba a

lograrlo. Pero entonces las serpientes se enroscaron alrededor de sus piernas, inmovilizándolo desde los tobillos hasta las caderas.

Logró zafar un brazo de ellas pero, cuando intentaba liberar el otro, una docena de serpientes se le enroscaron, obligándolo a mantenerlo pegado al cuerpo.

El forcejeo terminó cuando una de las serpientes se le enroscó alrededor de la garganta y, en cuanto hacía algún movimiento, se quedaba sin aire. Al final, permaneció inmóvil.

La voz llegó de la nada.

—Gusano nauseabundo. Montón de carroña pestilente. Hace ya tiempo que intento hacerme contigo. Esos juegos despiadados a los que eres aficionado te hacen vulnerable, maldito piojo.

»Me dijiste que el pequeño Arturo era inofensivo —continuó diciendo la voz—. Me prometiste que jamás lograría escaparse del guardián que le puse. Las dos cosas eran mentira, y ahora ella se ha ido. Todos se han ido. Todos los atrapados en la antecámara. Todas las almas que yo había aprisionado como compañeras en una eternidad de soledad. Ella huyó de mí. Ella, a quien yo amaba; ella, que era mi único consuelo; ella ha cruzado el mar de la eternidad sin mí.

Entonces la voz empezó a hablar en otro lenguaje, uno que Igrane no comprendía. Debía de ser un conjuro, pues en ese momento las serpientes comenzaron a atacar. Hundieron sus colmillos en el pecho y la garganta de Merlín e —Igrane sonrió al verlo—, en la ingle, justo en el punto en el que el escroto se une al cuerpo.

Merlín arqueó la espalda y abrió la boca, pero Igrane no pudo oír nada. Las serpientes eran meras líneas de luz y absorbieron las sustancias de ambos. Entonces desaparecieron sin dejar rastro alguno.



Llevamos los barcos hasta el pantano. No queríamos dejar huellas. O al menos eso fue lo que Ure nos dijo, explicándonos que el rastro dejado en las marismas pasa mucho más desapercibido.

Y, aunque parezca extraño, descubrí que tenía razón. El rastro quedaba cubierto de barro o de hierba: el lodo cubría nuestras pisadas y éstas no quedaban marcadas sobre la hierba húmeda. Si hubiésemos avanzado entre los juncos y las aneas, habría quedado una marca clara de nuestro paso.

Tardé un tiempo en darme cuenta de que avanzábamos por un camino. Discurría entre los árboles, a veces se alejaba de ellos, pasaba junto a charcas llenas de elodeas, berros y nenúfares. Y cuando avanzábamos cerca de zonas de aguas más abiertas veíamos que éstas estaban repletas de peces. Caminábamos muy silenciosamente y vi a los peces moverse en círculo en la superficie mientras cazaban insectos.

Un par de veces vimos troncos, colocados uno tras otro para formar una pasarela, en las zonas en las que los pies se nos hundían más arriba de los tobillos.

—¿Crees que esto es un camino? —pregunté a Ure.

—Sí.

—¿Vive alguien cerca?

—No. Ya no.

Como sabía que era parco en palabras me abstuve de hacer más preguntas.

Lo que me quedó grabado de la ciénaga fue el silencio. Yo me crié en la costa, donde el sonido de las olas y el viento siempre era el telón de fondo de toda actividad humana. Incluso en los campos de cebada oíamos el rugido del mar y el viento acariciando los campos, hasta formar una superficie rizada y oscilante que resplandecía bajo el sol, igual que las olas antes de romper.

Pero en aquel lugar reinaba el silencio, únicamente perturbado por el salto de un pez o una rana, o los chillidos lejanos de los gansos y los patos que se alimentaban entre la alta hierba y los juncos que bordeaban aquel extraño, serpenteante y, estoy segura, centenario camino.

—Serpientes —dijo alguien, me parece que Albe, con nerviosismo.

—Todavía hace demasiado frío —contestó Ure—. Más tarde sí los habrá, cuando vaya haciendo más calor. Entonces no me atrevería a caminar por aquí sin un buen palo, pero por ahora estamos a salvo.

Después seguimos avanzando con dificultad y en silencio. Parecía que el silencio nos inundaba, del mismo modo que el agua se vierte en un bol y allí permanece inmóvil, formando una especie de espejo que lo refleja todo.

Maeniel, Gray, Ure y yo íbamos en cabeza, los demás nos seguía a unos pasos. Los que habían estado durmiendo cogieron los botes, y relevaron en la tarea a los remeros. Pero en realidad ninguno de nosotros estaba lo que se dice fresco después de diez días en el mar. Y me pregunté a qué fuerzas tendríamos que recurrir en el momento de la batalla.

Estaba asustada. Quizá no tuviera el poder suficiente en mi mano derecha para hacer arder la fortaleza, aunque pusiera toda mi fuerza, mi vida, mi alma en el empeño. ¿Sería suficiente?

Más o menos en ese momento, el viento cambió de dirección y los olimos. Gray se detuvo.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Ure se ríó suavemente.

—Los sajones.

—Pero, tío, ¿tú nunca te explicas?

—No —respondió Ure, y siguió caminando.

Pero Gray seguía en sus trece. Maeniel suspiró. Seguramente hacía tiempo que él ya lo había percibido. El primer viento de la mañana había estado a nuestras espaldas. En ese momento, mientras el camino avanzaba tortuoso hacia el interior, nos llegaba un viento que apestaba de tal manera que me hacía llorar los ojos. Ure, viendo que todos nos habíamos quedado inmóviles, volvió a detenerse.

—Los sajones consagran uno de cada diez de sus prisioneros a sus dioses —explicó Maeniel.

—Sobre todo a los débiles, los viejos, los enfermos y los rebeldes —especificó Ure.

Tras dejar atrás el siguiente recodo del camino los vimos colgados de los árboles. Incluso antes de que se construyera el camino, aquélla debía de haber sido una gran isla de tierra firme, pues había muchos árboles, también de especies que no crecen en tierras inundadas. Estaban engalanados con cadáveres en todos los estados de descomposición.

En la parte derecha de la isla de árboles vi un grupo de postes que sobresalían del agua, donde una vez debía de haber habido un pueblo. Los postes estaban medio podridos por la humedad, pero las partes más altas estaban oscurecidas por el fuego.

Nos quedamos inmóviles donde estábamos, hasta que los demás nos alcanzaron y vieron por encima de nuestros hombros el terrible paisaje. Alguien empezó a llorar. No sé si se trataba de un muchacho o de una muchacha. Sólo sé que Ure recorrió el grupo con una mirada helada y los sollozos cesaron.

—Bueno, ahora ya lo sabéis —dijo—. Tenéis que elegir. Luchar o huir. ¿Cuál es vuestra elección?

Gray estaba arrodillado a un lado del camino, vomitando. Maeniel tenía esa mirada de lobo en los ojos, la misma que cuando mira a los cachorros en el momento de prepararlos para su primera partida de caza. Yo permanecía inmóvil, sintiendo que me temblaban las rodillas y las tripas se me encogían.

—¿Tenemos que pasar por aquí? —pregunté.

—No —me respondió Ure—. Pero pensé que sería buena idea hacerlo. Esto no es ir a cazar ciervos, sino hombres, asesinos de otros hombres.

Miré a los demás, que me rodeaban. Todos permanecían en silencio. Las muchachas se arremolinaban a mis espaldas, pero era difícil distinguir sus rostros de los igualmente asustados y pálidos de los hombres.

A mi lado, los ojos de Albe parecían vacíos.

—No volveré a dejar que dispongan de mi vida.

A su lado, Wic, la muchacha de la mancha de nacimiento que afeaba sus rasgos, se encogió de hombros.

—Esto no es peor que lo que pasó mi pueblo cuando llegaron los cuervos carroñeros después del ataque —dijo.

Otro de los muchachos habló:

—Mi amo me pegaba todos los días. Pensad en ello. Nadie, excepto la reina, tiene un buen sitio al que regresar.

—La reina no va a regresar —intervine—. Los muertos no nos detendrán.

Incluso ahora no sé cómo lo hice. En parte fue por orgullo, estoy segura. No podía permitir que un puñado de marginados demostrara más valor que la descendiente de la reina de los icenios. Pero también porque sabía lo importante que

era aquella pequeña expedición.

Los pictos y los reinos de las islas Exteriores estaban sometidos a gran presión por parte de los piratas. Apoyados por sus hermanos que guardaban las costas, formaban un movimiento en pinza que había acabado por amenazar la independencia de los otros pueblos libres de Alba. No faltaba mucho para que Uther soportara tal presión que le fuera difícil mantener su posición en la Galia, y los pictos necesitaban una alianza con los vénetos. Y sin el control sobre los caladeros del mar del Norte y los recursos de las islas Exteriores, caerían como frutos maduros en las manos de los conquistadores sajones del sur, liderados por Merlín.

Si nadie trataba de detener los saqueos, los sajones dominarían los mares. Y que nadie se llame a engaño, quien domina el mar también controla la tierra.

Yo ejecuté el baile, alcé las manos y tomé el poder que me ofrecía el trono del Dragón. Maeniel me advirtió la noche anterior al baile de que no habría marcha atrás, y no la había. Así que hice lo que un líder tiene que hacer: di el primer paso. Los demás me siguieron sin hacer más preguntas. Incluso Ure.

El panorama del bosquecillo no mejoraba a medida que íbamos avanzando. Pero seguimos adelante. Los cuervos ya estaban allí y pensamos que los estábamos asustando, porque emprendían el vuelo alejándose de los cuerpos en medio de chillidos y el aleteo de sus alas negras.

—No creí que estuviéramos tan cerca como para asustarlos y hacer que abandonaran su cena —dijo Ure.

Entonces oímos voces.



Igrane sintió que el poder se hacía más débil y que se alejaba de su cuerpo. El símbolo ya no la atraía hacia el suelo, así que rodó hacia un lado y se alejó gateando, gimiendo aliviada. Merlín iba a matarla, estaba segura. Esta vez iba a matarla de verdad.

Siempre había sabido que odiaba el poder que ejercía sobre él, y esta vez había intentado liberarse. Hacerla desaparecer, sacrificándola a fuera cual fuese aquel poder terrenal o demoníaco que residía en aquel lugar.

Ya había estado allí, pero nunca en esa estancia. Sobre ella, el mar rugía y la habitación abovedada se oscurecía cada vez más, a medida que la luz que provenía del símbolo se iba debilitando. Igrane pensó atemorizada en los dos sirvientes. ¡Dios! No quería volver a encontrárselos.

Se puso de rodillas. Recorrió la habitación con la mirada y vio lo que quedaba de los dos criados.

Fuese cual fuese el poder que se había llevado a Merlín, primero se había enfrentado con ellos. Todo lo que quedaba de ambos eran dos sacos de piel humana, con los huesos ennegrecidos y hechos añicos. Parecía como si los hubiesen aplastado,

igual que el puño de un gigante al abatirse sobre una casita de papel.

Igrane emitió un grito ahogado. Lo que se lo había llevado debía tener un poder enorme. Merlín era el ser más fuerte que ella conocía, y la criatura que lo había destruido no se había molestado ni en pararse a pensarlo.

La luz era ya muy tenue, la amplia habitación estaba bañada en sombras. Se dio cuenta de que temblaba de frío. Algo, una especie de túnica, cubría el sofá cercano. Lo cogió y se envolvió en ella. Era seda, pesada seda natural.

«Debía de ser suya», pensó. La había dejado allí preparada para ponérsela cuando la hubiese destruido. Se habría sentido saciado de comida y sexo, ahíto de la sustancia asombrosamente rica que había bebido de sus muslos, mientras ella yacía consumida, retorcida y muerta sobre el símbolo blanco del suelo.

La túnica colgaba sobre sus hombros. Se movió por su propia voluntad y la envolvió más estrechamente. Las mangas subieron por sus brazos y una capucha le cubrió la cabeza. Después, las dos partes se cerraron por delante.

El miedo la dejó paralizada. La túnica que vestía, de tela que la envolvía por sí sola como si siguiese sus órdenes, era una experiencia nueva y aterradora. Pero el tejido era suave y la acariciaba con cien dulces dedos.

Igrane estaba cerca del sofá del que había cogido la túnica. Parecía que las rodillas no quisieran seguir sosteniéndola. Se le doblaban. Se sentó, alzó los pies y se tumbó sobre un costado.

La oscuridad la cubrió como una ola.



—¡Un lobo! —exclamó una voz—. ¡Un lobo! ¡Me prometieron un lobo!

Sin saber cómo, Zarpa Negra se encontró alzado y estrujado por un par de poderosos brazos. Casi paralizado por el terror, Zarpa Negra se desahogó con un chillido que poco tenía de lobo.

—¡Yiiiiiiiieee!

Terminó el chillido con una nota muy aguda y se convirtió en humano, la mejor forma para luchar cuerpo a cuerpo contra su atacante. Cuando el propietario de aquellos dos formidables brazos se dio cuenta de que a quien abrazaba era a otro hombre, retrocedió, se encorvó y empezó a sollozar.

—No, no. Tú no eres él. Ellos me prometieron un lobo como compañero, y tú no eres un lobo, eres humano.

Zarpa Negra miró a su atacante detenidamente por primera vez. Y también lo olió con todo detalle por primera vez. Parecía viejo y estaba muy sucio. Tenía toda la pinta de no haberse cortado el pelo, las uñas y la barba desde hacía meses, tal vez años. La suciedad que tenía debajo de las uñas era completamente negra; el pelo, una maraña enredada que le caía a ambos lados del rostro. Y la barba era larguísima, con hojas secas enredadas, ramitas y trozos de lo que hubiera comido en el pasado, algo

sobre lo que Zarpa Negra no quería ni especular. Se había puesto en cuclillas, sollozando, con los mocos cayéndole en dos hilos que le resbalaban por el descuidado bigote hasta la barba.

—¡No, no! Perderé toda esperanza y acabaré muriendo. Tú no puedes ser el elegido. Las voces no dijeron nada de esos poderes. ¿Dónde está? ¿Dónde está el lobo? ¿Y mi lobo, mi amigo, mi prometido protector?

Zarpa Negra estaba impresionado, lo embargaba una mezcla de pena y miedo. Nunca antes había visto a un humano en condiciones tan miserables.

Aquel ser empezó a alejarse gateando entre las sombras en dirección a la orilla del lago, oculta por la niebla. Entonces abrió la boca y Zarpa Negra vio que sus dientes eran los de un hombre joven, incluso blancos, y las encías fuertes y rosadas.

El muchacho se estremeció y observó su propio cuerpo desnudo, entonces se dio cuenta de que aquel ser lo había ensuciado con sus brazos y sus manos. Se adentró más en el agua para limpiarse. Lo asustaba volver a adoptar forma de lobo, no fuera a ser que aquel ser horrible volviera a atacarlo. Suspiró aliviado cuando se hubo alejado lo suficiente para estar fuera de su alcance. El agua estaba fresca, pero no fría. Lo suficientemente para despertar el ritmo de la sangre de los jóvenes, el que hace que nadar en aguas incluso heladas sea un placer.

Bajo las primeras luces del día, el agua estaba turbia y sintió que las algas le acariciaban las pantorrillas, las rodillas y los muslos. Estaba caminando sobre una aterciopelada alfombra de vegetación a menos de medio metro de profundidad. La superficie suave y flexible era al mismo tiempo fresca y ofrecía una especie de protección para sus pies.

«Agradable. Muy agradable», pensó. Pero entonces le pareció que las algas tenían una curiosidad algo lasciva. Algo lo acariciaba, algo que tenía el tacto de una especie de aleta, escamoso y casi puede decirse que viscoso, como un pez recién pescado. El roce era tan suave que en un primer momento se sintió indefenso ante una súbita sensación de placer. Entonces se dio cuenta de que quien se propasaba con él de esa manera era... ¡un pez!

—¡Puaaagh!

No se sentía muy satisfecho del grito que había dado mientras volvía a la orilla batiendo todos los récords de velocidad. Había sonado demasiado femenino, al menos en sus oídos.

Cuando llegó a tierra firme estaba tan nervioso que se transformó en lobo sin pararse a pensar en su primera experiencia en aquel lugar. Pero tuvo que volver a acordarse al momento.

—Gracias a Dios. Gracias a todos los dioses que existan. Ha vuelto. ¡Deja que te abrace!

Zarpa Negra se transformó de nuevo en humano.

—¡No! Mantente alejado de mí.

El viejo volvió a sollozar. Y una criatura más se alzó en el agua. Estaba envuelta

por muchas algas. Pero no lo suficiente para que Zarpa Negra no se diera cuenta de que tenía aletas, escamas y manos con dedos palmeados.

—¡Madre mía! —exclamó.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó aquella cosa del agua—. ¿No te gusta?

El hombre que estaba en la orilla se irguió y, señalando con uno de sus dedos mugrientos coronados por una uña larguísima, bramó:

—¡Es Lorelei! Huye, ya que eres lobo y hombre; huye antes de que comience su maravilloso canto, que te seducirá y te arrastrará a la tumba.

—¡Tú, viejo idiota! —le contestó también a gritos la criatura del agua—. Eso pasa en el agua salada, yo soy de agua dulce. Por lo menos aclárate con los seres sobrenaturales. Has sido hechicero. Y mientras lo intentas, aléjate de mi lago.

El viejo lanzó un anillo de fuego a aquel ser, pero se levantó una ola que lo apagó. El hombre se cubrió la cabeza con los brazos y se puso a gimotear:

—Qué débil soy, soy tan débil... El hambre y el frío han acabado con mi fuerza. Ya no sirvo para la batalla. Pronto, muy pronto moriré, a no ser que el lobo, mi guardián y protector, aparezca.

Zarpa Negra sintió un zarpazo de culpabilidad.

—Puede que... yo sea el lobo —dijo en voz baja—. No lo sé. Todo empezó cuando comencé a pensar que tenía que hacer algo y...

—Tú, medio imbécil —le espetó la criatura del agua—. ¿Vas a rechazarme a mí y a escoger a ése? ¿A ti qué te pasa? No te gustan las mujeres, ya lo veo. Pero de ahí a irte con ese viejo raquítico. ¿Qué tienes en esa cabecita?

—Tú no te pareces a ninguna mujer que yo haya visto hasta ahora.

—¡Vaya, mierda! ¡Lo olvidé! —dijo el ser, y se sumergió en el agua, desapareciendo sin perturbar la superficie del lago. Un segundo después, apareció de nuevo.

Zarpa Negra la miró con los ojos abiertos como platos. Era muy hermosa, aunque de forma especial. Alta, esbelta, rubia, de profundos ojos azules, brazos largos, y seguramente también piernas. No lo podía saber con seguridad porque vestía una túnica que parecía hecha de nenúfares verdes y granates salpicados de diminutas flores blancas. Se le ajustaba perfectamente, formando un pliegue sobre un hombro y pegándosele al pecho, la cadera y los muslos. Toda ella irradiaba una delicada belleza: la nariz recta, sus labios curvos y sensuales partidos en una media sonrisa, los primeros rayos de sol formando una aureola dorada alrededor de su fina cabellera de oro.

—¿Qué piensas ahora? —dijo la muchacha, mirándolo de forma sensual y poniéndose de perfil para que pudiera ver bien su pecho firme—. También tengo una bonita figura —añadió pestañeando seductoramente.

—Ya lo veo —contestó Zarpa Negra, metiéndose en el agua para acercarse.

—¡No, no! —exclamó el viejo—. No te dejes engañar..., no permitas que te ahogue. ¿No ves su rostro tan pálido, su piel blanca, su vestido? ¿No ves que todo

forma parte del lago? No puede ocultar su verdadera naturaleza. Su atractivo es el de las serpientes acuáticas. Fíjate en lo largos que son sus brazos, sus piernas, la esbeltez de su cintura... Es una serpiente y te atraparé con su cola, con su abrazo te romperé todos los huesos, su caricia mortal te dejará sin aire en los pulmones y te arrastrará a las profundidades.

Zarpa Negra se quedó mirándola cuidadosamente.

—Sí que recuerdas a una serpiente...

—¡Una serpiente! Idiota, más que idiota, a ti te voy a dar yo serpientes.

En pleno rostro de Zarpa Negra aterrizó el pegote de lodo, fango y todo tipo de cosas poco agradables que la muchacha pudo encontrar en tan poco tiempo. Y otro pegote de buen tamaño fue a dar en la cabeza del viejo. Éste, sin mediar palabra, huyó corriendo y aullando hacia el bosque.

Zarpa Negra retrocedió unos pasos y al limpiarse los ojos descubrió con alivio que ella ya no estaba entre las tranquilas aguas. Se transformó en lobo, encontró un riachuelo limpio y se lavó.

Kyra siempre había sido muy estricta en lo referente a la higiene cuando era un cachorro, así que ahora tendía a ser más limpio que la mayoría de los humanos. Era cierto que muchas veces había intentado rebelarse, pero Maeniel (quien, por cierto, sólo se bañaba cuando le venía en gana) no se solidarizaba con él e incluso lo sujetaba para que Kyra pudiera frotarlo bien. Madre no hacía caso de sus quejas y le decía: «Kyra pertenece a la manada. Cuando compartes tu vida con alguien, más vale que te acostumbres a sus manías».

Y después de un tiempo Zarpa Negra acabó resignándose a tanta limpieza y, aunque nunca fuera a admitirlo, hasta empezaba a gustarle.

Cuando hubo terminado de lavarse, se sacudió para secarse y se alejó en busca de comida. Se hizo con una liebre y, olvidándose de su propia hambre, fue en busca del hombre. Lo encontró durmiendo en un lecho de hojas secas, en una hondonada, cerca de un riachuelo.

Zarpa Negra dejó la liebre cerca de él y fue a buscar algo con lo que encender un fuego. Cuando volvió, vio que el hombre se había despertado, se había comido la liebre cruda y había vuelto a dormirse.

El joven suspiró, se acuclilló y con grandes esfuerzos logró encender una hoguera. Necesitaba el fuego porque, para ser sinceros, aquella cosa que vivía en el lago lo asustaba. Volvió a convertirse en lobo, se enroscó sobre sí mismo, con el hocico cubierto con la cola, y se durmió.

Algo lo despertó, uno de sus sentidos de lobo, no de su parte humana. Las estrellas le dijeron que era tarde, la noche se deslizaba hacia ese silencio en el que todos los seres duermen, incluso los depredadores con el estómago lleno o resignados a pasar hambre, que era su caso. Unos cuantos días comiendo poco no eran nada para un lobo.

No se movió y habría sido imposible para un hipotético observador encontrar algo

diferente en él. El viejo estaba completamente inmóvil en su lecho de hojas.

«Buenos pulmones», pensó Zarpa Negra. Los ronquidos del hombre eran suaves zumbidos. Estaba acurrucado sobre un costado y con cada exhalación e inhalación agitaba suavemente las hojas de los helechos.

¡No! No era él.

Zarpa Negra buscó con la vista la orilla del riachuelo, y allí la vio. La Dama del Lago. Estaba sentada sobre una roca cubierta de musgo. La luna la envolvía en su luz plateada y ella balanceaba los pies entre las frías aguas cristalinas.



Nos echamos a tierra sin que nadie nos hiciese la menor señal. Ambos lados del camino por el que avanzábamos estaban ribeteados por juncos grandes y pequeños y compactos grupos de juncias que se extendían entre las marismas. Los habitantes del pueblo atrasado por las llamas se habían asegurado de tener cerca los materiales necesarios para trenzar los cestos, y los muros de las casas se levantaban cerca de allí. Las plantas daban mucha protección y la mayoría de las viviendas estaban arrimadas y desperdigadas entre los sauces que bordeaban el camino.

Albe y la muchacha llamada Wic estaban a mi lado. Entre los hierbajos vi que Ure me miraba a través de los juncos. Las voces se oían más cerca y poco después vimos aparecer a dos hombres armados entre los cadáveres colgados de los árboles. Señalaban los cuerpos y se reían de ellos. Supe que tenían que pertenecer al campamento de piratas que había río arriba.

Permanecimos callados, nadie hizo un solo ruido. Estábamos en medio de la ciénaga, y los espacios que había alrededor de la isla y el camino estaban cubiertos de agua. El sol iba y venía; un momento se reflejaba en las aguas, al siguiente se oscurecía cuando las nubes se interponían entre él y nosotros. El viento no nos daba de espaldas o de frente, sino que venía del mar, alejando de nosotros el olor de podredumbre, en dirección a los dos hombres de la isla y más allá.

Se acercaron a los cadáveres que colgaban de los árboles más cercanos. Los podía oír desde donde estábamos, aunque, como hablaban en otra lengua, no entendía la mayor parte de lo que decían. Pero hablaba el suficiente fránico y sajón, pues ésas eran las lenguas que utilizaban, para captar lo esencial de la conversación. Hablaban sobre los muertos, cómo habían perdido la vida, no la manera sino más bien cómo habían reaccionado al saber que iban a ser sacrificados. Quién había luchado, quién suplicado y rogado, y de vez en cuando, elogiaban a aquellos que habían afrontado valerosamente su destino.

Los sacrificios se habían llevado a cabo de maneras diferentes. Algunos ahorcados, unos pocos colgados por los pies con la cabeza en el agua para que se ahogaran. Y, por las zonas en que había tierra removida, me imaginé que a otros los habrían enterrado vivos. Lo peor, yo creo, lo habían sufrido los empalados en árboles.

Los habían clavado por los genitales y, según la expresión petrificada en los rostros de algunos y la postura totalmente retorcida de otros, habían agonizado largo tiempo.

Eso era lo que nos esperaba si fracasábamos en nuestra empresa. Parecía que el frío del suelo se me metía en el cuerpo y me llegaba hasta los tuétanos. Era como si pudiera sentir a los demás, sentir su miedo, el impulso de salir corriendo y no parar hasta estar bien lejos, donde se pudiera respirar aire fresco de nuevo.

«Esta noche. Esperaremos aquí hasta que caiga la noche, después cargaremos los botes y nos escabulliremos», pensé.

Al tomar esa decisión, por un momento me sentí aliviada de toda la tensión. ¡Huir! ¡Sí! ¡Huir! Había sido una tonta al pensar que podía conseguirlo. Una tonta de tomo y lomo.

Quizá debería haber huido. Quizá aquella noche, cuando la oscuridad fuera absoluta, debería haber dado la orden y habríamos huido por mar hacia nuestro hogar. ¿Cómo habría sido mi vida a partir de entonces? ¿Mejor, llena de paz, o terrible y corta? ¡Quién sabe! Hay que elegir, como hice el día que fui con Gray para enfrentarme a los piratas.

Y, en ese momento, elegí de nuevo.

Los sacrificados que teníamos más cerca eran un hombre y lo que me parecía una mujer. Los dos habían sido empalados. El hombre estaba muerto, de eso no cabía duda. Parte de su cara era del inconfundible color rojo de la carne viva, el resto era una masa de gusanos. Ella estaba casi intacta, aunque muy debilitada, con la cabeza echada hacia atrás, la larga cabellera colgando, agitada de vez en cuando por el aire del mar.

Cuando llegaron a su lado, uno de los sajones cogió un palo y la pinchó. Las manos de la mujer se movieron. Y me di cuenta, embargada por el horror, de que no estaba muerta.

El que había cogido el palo se echó a reír e hizo una observación que entendí casi por completo: «Me pregunto qué pensaría de su amante ahora, si lo pudiera ver. Es realmente triste..., los cuervos le han comido los ojos». Terminó la frase riéndose de nuevo.

Y vi que lo que decía era cierto. La mujer miraba hacia el cielo con las cuencas vacías, rojas.

Sentí que a mi lado Albe se ponía rígida y me di cuenta de que se había incorporado apoyándose sobre una rodilla, con la honda en una mano y un proyectil en la otra. Miró hacia abajo y nuestros ojos se encontraron. Ellos, los piratas, la habían abandonado dándola por muerta. En su rostro se reflejaba el cansancio que produce el odio permanente, odio que ya ni siquiera provoca furia o ira a la persona que lo padece. Un odio tan arraigado e inmutable que no deja que nada se cree, ni amor, ni compasión, ni siquiera justicia. Un odio que se cierne sobre su dueño para siempre. Un odio que hace que uno se alegre de que el final de todos nosotros sea la muerte y así, al fin, encontrar alivio para la obsesión por el asesinato y la destrucción

del objeto de nuestro odio.

Sus ojos vacíos me interrogaron y yo... le hice un gesto de asentimiento.

El que llevaba el palo murió primero. No creo que llegara a saber qué lo golpeó. La mitad de su cara se hundió.

El otro hombre se volvió hacia nosotros, con la mano en la empuñadura de su espada; en sus ojos se reflejaba el miedo.

Yo ya estaba de pie con el puñal en la mano, preparada para acercarme y darle una puñalada poco limpia, cuando se le hundió la frente.

La última en morir fue la mujer empalada, el proyectil le reventó el cráneo, y la sangre y los sesos cayeron sobre las tranquilas aguas.

Cuando me di la vuelta para mirar, todos nuestros hombres estaban en el camino, con las armas a punto, listos para atacar. Ure también se había levantado y les daba órdenes.

—Agachaos, idiotas, u os quitaré las ganas de hacer tonterías.

Todos le tenían un poco de miedo. Se agacharon inmediatamente.

—¡Idiotas! —gruñó en voz baja—. ¿Es que acaso sabéis si no hay más tras los árboles?

Gray se puso de pie.

—Señora..., ¿qué ha...?

Eso fue todo lo que pudo decir. Ure se dio la vuelta tan rápido y ágil como un gato furioso y le pegó un buen puñetazo en el estómago. Con un grito ahogado, Gray se encogió y cayó de rodillas.

—¡Cállate, imbécil! —le susurró Ure—. Dime, atontado, ¿vas a seguir atrayéndolos con tu cháchara?

Todavía jadeando, Gray sacudió la cabeza.

—No.

—Muy bien. Entonces haz algo útil y cállate —seguía hablando en susurros—. Coge a esa pequeña tiradora de honda y vete a ver si hay más —dijo señalando a Albe.

Gray miró los numerosos cuerpos que colgaban de los árboles. Ure soltó una carcajada áspera, desagradable.

—Muchacho, los muertos son los que menos nos preocupan.

Albe lo miró, las cicatrices rojizas le resaltaban en el pálido rostro.

—Mis dos piezas —dijo, señalando los cuerpos.

Ure sonrió: el espasmo de un músculo de la mejilla.

—No temas. Yo me encargaré de que el botín sea tuyo.

Y así fue. El botín fue suyo. Y los dos hombres eran ricos: un torce, cuatro anillos de oro, dos buenas espadas, tres puñales más dos cinturones de metal tachonados y la ropa que llevaban. No tenían ni cascos ni armaduras, pues habían venido solos en un bote repleto de comida y bebida, mucha bebida. Repartimos esa comida, y la que habíamos traído con nosotros.

La isla terminaba en un pequeño cerro dragado de las marismas por las gentes que habían construido el pueblo y cuyos cuerpos yo sospechaba eran los primeros que habían colgado en el bosquecillo. El cerro tenía todo el aspecto de haber sido una de esas atalayas fortificadas que construían los romanos. Seguramente la utilizaban para avisar con señales a la lejana fortaleza de si veían entrar en el río embarcaciones, ya que cuando Gray, Ure y yo llegamos a la parte más alta encontramos una piedra labrada. Pero llegamos a la conclusión de que la habían abandonado hacía mucho tiempo, tanto la atalaya como la fortaleza, cuando la ciénaga empezó a minar los muros y las fuerzas de defensa se desplazaron tierra adentro.

Los sajones que habían dejado los romanos protegiendo las costas de sus hermanos del continente permitían que los saqueadores utilizasen las ruinas como base de sus ataques contra los pictos. Sajones luchando contra sajones, algo que no deja de resultar increíble. Dugald y Maeniel coincidían al explicarme que los romanos estaban más que contentos por contratar a un montón de bárbaros que cortara la cabeza a otro montón de bárbaros. O al menos ése había sido el plan de los romanos en un primer momento. Pero ahora los romanos ya no estaban y éramos nosotros los que teníamos que soportar las consecuencias de sus errores de cálculo.

Las tropas de la fortaleza eran lo suficientemente listas para saquear las costas sajonas, pero todas las demás eran otra cosa. Tenéis que saber que esta situación se repetía en todas partes. Dugald y Maeniel atribuían esas oleadas que sacudían al continente a lo que había quedado de las costumbres del viejo Imperio romano. El rey franco Clodoveo daba dinero a los sajones y ellos lo doblaban todos los años a base de saquear las costas de Bretaña y las islas Exteriores. Según la opinión de Clodoveo, lo que nos sucediera a nosotros no era de su incumbencia.

Lo mismo hizo con los hunos para que atacaran a los burgundios, dejando que se quedasen con todo el botín. Todos hacían eso, hasta el papa, o eso fue lo que me dijeron Maeniel y Dugald, que estaba muy contento por poder utilizarlos para luchar contra sus enemigos en territorio itálico.

Ese tipo de traición se extendió por toda la sociedad. Muchos de los señores locales se aprovechaban dejando que los bandoleros utilizasen sus tierras como base de operaciones, a cambio de que sólo asaltaran a sus enemigos. Los emperadores de Constantinopla se quitaban de encima a los bárbaros que los amenazaban enviando a estas tribus para que atacaran a los reinos del oeste.

Y aquí y allá los hombres de a pie, los habitantes de las ciudades, los pequeños agricultores sufrían las torturas de aquellos malditos. Los señores romanos les hacían pagar impuestos hasta que se veían obligados a vender a sus hijos como esclavos para poder hacer frente a los recaudadores. Más tarde, los bárbaros acababan tomando el control, porque al final siempre lo hacían, y recaudaban impuestos en forma de tejidos, comida, animales de carga y cosas por el estilo, hasta que los pequeños artesanos y los agricultores quedaban tan empobrecidos que morían de hambre.

Al final, un gran número de personas de a pie decidió tomar cartas en el asunto y

creó la Hermandad de los bagaudas para intentar que su destino no dependiera en tan gran medida de sus señores, de los bárbaros y los romanos. Maeniel veía en los bagaudas la última esperanza de lo que había sido el antiguo imperio. Dugald no pensaba lo mismo, y sus discusiones me retumban en la cabeza desde que tengo memoria. Los dos, para bien o para mal, me criaron con una visión amplia que me permitiera, llegado el día, gobernar.

Y por eso estaba allí sentada sobre la hierba húmeda al pie del cerro, comiendo pan y queso, y bebiendo a tragos un vino realmente malo para bajar la comida.

—No podría distinguir esto de vinagre —le dije a Ure—. ¿Por qué tengo que acabármelo?

—Es alimento, y tu fuerza es muy importante. Tú y lo que tú hagas son la clave de nuestros planes.

Levanté la vista y abarqué con ella el círculo de rostros que me rodeaba. Estaban pálidos, cansados, con frío, y engullían la comida igual que lo hacía yo, pero la atención de todos ellos estaba puesta sobre mí.

Tenía que escalar los muros de la fortaleza, prender fuego a las defensas y las casas y conseguir que las fuerzas piratas salieran. Entre todos no teníamos más de cinco o seis espadas buenas y más o menos dos docenas de puñales, pero a nadie le faltaba una honda. Y todos eran casi tan rápidos y certeros como Albe. Llevábamos diez sacos de proyectiles, además de las piedrecillas y guijarros que todos tenían sujetos al cinturón.

Tenía que conseguir que los hombres del fuerte saliesen por las puertas hacia un infierno de misiles. Si lo hacía, venceríamos. Si fracasaba, perderíamos y moriríamos.

Sentí un ligero mareo.

Cuando terminé de comer, me reuní con el resto y nos sentamos muy juntos para entrar en calor mientras escuchábamos a Ure.

Fabricó unas tijeras, como las de esquila.

—Quiero vuestras melenas, todas, hombres y mujeres.

—¿Por qué? —pregunté.

—Ya lo sabes.

—Sí, pero no creo que los demás también lo sepan. Tienes que explicarlo.

Asintió.

—Los hombres que van a salir huyendo del fuerte van a estar mejor amados que vosotros y lo primero que harán será agarraros por el pelo y cortaros la cabeza. Si no les dais un buen asidero, no lo podrán hacer.

Hizo entrechocar las dos hojas de las tijeras.

—¡Vuestras melenas! Las quiero todas.

Y todas fueron exactamente las que consiguió. Nos alisamos el pelo que nos quedaba con fango.

—Lo que tenéis que aprender ahora es qué hacer después de que «él»... —y Ure esbozó una sonrisa en la que no había asomo de alegría— descubra que no puede

echaros el guante.

Todos nos quedamos expectantes.

—Guardad vuestra última piedra o proyectil, no importa. Colocadla en la honda y lanzadla apuntando a... —hizo una pausa—, ¿adónde?

—A la cabeza —contestó alguien.

—No. —Volvió a esbozar una especie de sonrisa que le dejaba los dientes al descubierto—. ¿Apuntando adónde? —preguntó a Albe.

—A las pelotas.

—¡Sí! Buena chica. Ahora quiero que todos me repitáis lo que acabo de deciros.

La tropa parecía consternada.

—Podéis decirlo con vuestras propias palabras, pero no quiero que falte nada.

El primero se equivocó. Ure le pegó un tortazo tan fuerte que empezó a sangrar por la nariz y se echó a llorar. Pero se lo hizo repetir hasta que no cometió ni un solo fallo.

Ure no volvió a hablarme, así que me levanté, porque había tenido una idea. Gray y Maeniel estaban aparte, observando. Me dirigí hacia ellos.

—Vaya, es bueno. Si tienen una sola oportunidad, será gracias a él —dijo Gray.

Maeniel asintió. Me quedé mirando a los dos.

—Voy a volver al pueblo.

—Querrás decir a los postes de las casas que sobresalían del agua —me respondió Gray—. ¿Y por qué?

Posé mi mirada sobre el Vigilante Gris.

—Perteneían a nuestro pueblo. Entendieron que somos un único pueblo, los muertos, los vivos, los aún no nacidos.

—Ya no están —dijo Gray.

—No —respondí, mirando la ciénaga, las tranquilas aguas que reflejaban el cielo—. Sí que están, no se han ido. Por lo menos algunos, están esperando. Esperándome.



Se estiró, se convirtió en humano y se quedó observándola.

—¿Qué haces aquí?

Ella se rió.

—Decidí no tirar piedras contra mi propio tejado. Eres la cosa más atractiva que he visto en más o menos mil años.

—¿Qué quieres? —preguntó Zarpa Negra.

—¡Dios! —exclamó, alzando el puño—. Seguro que puedo escoger. ¿Tú lo has oído? Este idiota quiere saber qué quiero. ¿Me oyes? ¡Quiere saber qué quiero! Veamos, don Perspicaz, ¿qué demonios crees tú que quiero?

Zarpa Negra sintió que todo él se estaba poniendo rojo.

—¿Seguro que sólo quieres eso? —murmuró.

—Seguro —respondió ella gravemente.

—¿No vas a ahogarme?

Ella le contestó muy despacio, como si hablase a un niño o a alguien con alguna deficiencia mental.

—No. ¿Y por qué coño iba a tener yo ningún interés en ahogarte?

—Para... así..., para comerme.

—¿Y por qué iba a querer yo comerte? Ya sé que a veces los de tu especie no sois demasiado brillantes y está claro que la lógica no es tu fuerte. Pero, créeme, ni siquiera a mí se me ocurre una buena razón para querer matarte y comerte. No, cuanto más vivas, más me gusta.

»Puede que no me creas —siguió diciendo la muchacha—, pero de vez en cuando un imbécil se cae en alguno de los lagos o manantiales por los que suelo estar. Y entonces, si no ando cerca para tirar de él y arrastrarlo hasta la orilla, se ahoga. Puedes creerme si te digo que comérmelos no es mi primer impulso. ¡Puagh! Ni el primero ni el último. ¡Esos malditos apestan! Y normalmente me hago cargo de la desagradable tarea de sacarlos a flote y soltarlos en la orilla para que su gente los encuentre y disponga de ellos.

»Hazme caso, idiota, seguro que no querrías estar cerca de un ahogado mucho tiempo, así que mucho menos comértelo —terminaba ya—. Después de un día o dos en el agua, hinchándose... Pero, Dios mío, ¿qué hago yo explicándote estas tonterías? Lo que quiero es que nos llevemos bien...

Zarpa Negra se puso de pie y miró al hombre que dormía.

—¿Quién...? —preguntó.

Ella se levantó y se deslizó hacia él.

—¿Cómo demonios lo voy a saber?

—¿Por qué...?

—Esa basura es un hechicero que seguramente se cruzó en el camino con otro poderoso hechicero. En eso pasan la mitad del tiempo estos poderosos practicantes de magia, en pelearse. Podrían encontrar algo mejor que hacer.

No era tan alta como parecía cuando estaba en el agua, pero tenía una buena medida para besarla. Zarpa Negra no estaba muy acostumbrado a besar, pero después de unos pocos minutos le había encontrado el tranquilo.

Cuando se detuvo para coger aire, ella dijo:

—Vaya, vaya. Llegarás a ser todo un experto. Me alegro de no haberme quedado en mi palacio enfurruñada. Tú y ese viejo lograsteis cabrearme.

Zarpa Negra estaba absorto.

—Lo siento —dijo distraídamente.

Pero al momento ya buscaba con sus labios el pecho de la muchacha.

Ella vestía un vestido oscuro de nenúfares de un púrpura verdoso muy brillante. Las hojas tenían forma de punta de flecha y se ceñían a su cuerpo, formando un pliegue sobre uno de sus hombros. Tres lirios de agua azules brillaban bajo la luz de

la luna, que parecía entedarse en sus cabellos. Olía como el agua cristalina que esconde la fragancia de las flores.

Apartó con la lengua dos o tres de los diminutos lirios y encontró un pezón. Lo chupó con delicadeza.

—Hummm. Vaya, ¿no es una maravilla? Vuelve a hacer eso.

—Me encantaría, pero este vestido está por medio.

—Sí, bueno, es que también le gustas...

—¿Qué?

—El lirio de agua. Es lo que llevo como vestido.

—Es encantador. —La voz era muy suave, parecía un simple suspiro, y Zarpa Negra no estaba seguro de haberla oído—. Gracias por dejarme que lo compartiera contigo.

—De nada, querida —respondió ella, quitándose con suavidad el vestido.

Éste cayó como un velo de gasa, con las raíces, las hojas y las flores que llevaba prendidas en el pelo. Después lo dejó en el riachuelo, por donde se alejó flotando: las hojas y las flores, en la superficie; las raíces y los tallos, en su elemento, el agua.

—¿Sigues aquí? —preguntó Zarpa Negra, porque sin el vestido le parecía que podía ver los rayos de la luna pasar a través de ella.

—Sí. A veces soy translúcida, incluso llego a ser transparente. Pero mientras veas mi silueta eso quiere decir que sigo aquí. Cierra los ojos y déjate guiar por el tacto.

Zarpa Negra deslizó la mano por el vientre de la muchacha, hacia el centro de sus piernas. Tenía cierta idea sobre lo que se espera de un hombre en este tipo de encuentros, pues él y su hermanastra habían pasado unos cuantos meses de verano espionando a las parejas de amantes. Todo lo que estaba sintiendo parecía estar... en orden. Nada raro...

Tanteó con cuidado.

—¿Es por aquí por donde se va?

—Sí. Buen chico —le contestó en un susurro—. Caramba —añadió, bajando la mano y explorando el cuerpo del joven—. Hummm..., no sólo eres un buen chico, además eres un gran chico... —Profirió una especie de ruiditos—. Eso me gusta. Es incluso mayor de lo que yo esperaba.

—¿No será demasiado? —preguntó Zarpa Negra preocupado.

—No hables —le dijo cubriendo los labios de él con los suyos. Extendió una mano hacia el viejo hechicero y una bruma oscura lo rodeó.

—No le hagas daño —dijo Zarpa Negra.

—No. Sólo le estoy provocando un sueño un poco más profundo para que no nos moleste —mientras hablaba guiaba a Zarpa Negra hacia un grupo espeso de helechos.

Cuando se hundió entre los helechos, Zarpa Negra volvió a notar la extraña sensación de que podía ver a través de su cuerpo, ver cómo los helechos adoptaban la forma de un lecho bajo su cuerpo y acariciaban sus piernas, sus caderas, su pecho y su rostro mientras se hundía entre sus hojas.

—¡Ah! —susurró mientras con una mano lo guiaba hacia ella.

—Parece que te conocen —dijo Zarpa Negra mientras se arrodillaba entre sus piernas—. Me refiero a los helechos.

—Es que me conocen, querido, me conocen. Ahora vamos a ver qué tal va esto, a ver si es demasiado o no.

—Está muy tirante.

—De eso se trata. Estoy preparada. Maldita sea, no tienes ni idea de cuánto hace que estoy preparada.

—Es una sensación increíble. Increíble. Creo que nunca antes había sentido algo así de bueno..., nunca. ¿No pasa nada si me muevo?

—Nada de nada. Muévete todo lo que quieras. Tómate tu tiempo, tenemos toda la noche.

A partir de ese momento dejaron de pensar y de hablar, porque ambas actividades parecían irrelevantes para lo que sus cuerpos estaban haciendo el uno con el otro, y los dos se dejaron arrastrar por el éxtasis.

Más tarde, bastante más tarde, ella pudo volver a hablarle a la vez que tomaban un baño nocturno. Le había sorprendido agradablemente descubrir que él también era un buen nadador y disfrutaba en el agua.

—Mi padre me enseñó.

—¿Tu padre? ¿Es como tú?

—¿Lobo y humano? Sí. Maeniel.

—¡Lo conozco!

—Pues él nunca te mencionó.

—No, no me refiero a que nos conozcamos personalmente. Pero sí por su fama. Tiene buena fama. Lo último que supe fue que estaba liado con una loba cerca del muro romano.

—¡Liado!

—Enrollado, en asuntos con, como compañero de..., amigo íntimo. No implica ninguna crítica, es un matrimonio laico. Muy pocos de nosotros buscan un sacerdote para que nos bendiga, aunque alguna vez se ha dado el caso.

—¿No os molesta una bendición?

—¡Mierda, claro que no! No nos molesta. Aunque seguramente para una loba es innecesario. Pero, sea como sea, seguro que a ella tampoco le molestaría. A lo mejor hasta le parecería un toque romántico. Quién sabe.

Una nube cubrió la luna y gotas de lluvia cayeron sobre el lago. En la repentina oscuridad, Zarpa Negra oyó a alguien cantando una música muy débil, pero aun así encantadora, que parecía que la brisa traía desde un lugar muy lejano.

—¿Qué es eso?

—Ella..., ella está cantando. Simplemente disfruta.

Y eso hizo, flotando de espaldas en el lago hasta que la canción pareció ir alejándose en el vasto silencio de noche y estrellas.

—¿Quién era? —preguntó Zarpa Negra.

—El lirio de agua azul. Ésta es la noche de todas sus noches. Pasa todo el año preparándose para ésta, las noches en que sus flores resplandecen receptivas bajo la luz de la luna. El año pasado hubo un gran diluvio, agua y agua cayendo durante cinco días sin descanso. Ella no pudo hacer nada, pero seguro que en las próximas noches su mariposa nocturna favorita encuentra el camino sobre el lago y... ella habrá conseguido perpetuar su especie...

Zarpa Negra estaba un poco sorprendido.

—No creía que las flores...

—¿Y para qué demonios te crees que son las flores, cabeza de chorlito?

—Ah...

—Está soñando con el amor y, mientras sueña, canta. Y cuando ella canta, yo escucho. No quedan muchas como ella. Vino de otro mundo, uno anterior a éste. Ser uno de los pocos que quedan es una responsabilidad enorme y se la toma muy en serio. Pero no se ha adaptado bien a este lugar. Créeme, es mucho más duro de lo que era antes. ¡Dios mío! ¿Qué es ese ruido espantoso?

—Lo siento. Son los ruidos de mi estómago. Tengo hambre.

—¡Caramba! ¿Por qué no lo dijiste antes? Ven.

Dio una vuelta y se sumergió. Zarpa Negra no la siguió y, pocos minutos después, ella volvió a la superficie.

—¿Y a ti qué te pasa? —observó su rostro un segundo—. ¡No, no! ¡Mierda! No me digas que vas a empezar otra vez con esas estupideces de que yo ando por ahí ahogando a la gente.

—Es que...

—Escúchame, alelado. ¿Por qué te crees que estás flotando con tanta facilidad?

—Yo... —empezó a decir Zarpa Negra, y entonces se dio cuenta de que flotaba sin ningún problema. El lago lo sostenía como lo habría hecho una cama mullida—. Yo... no...

—Ya, seguro que tú... no... Piénsalo. El agua te sostiene porque yo le he pedido que lo haga. A eso me refería cuando te hablé de esos idiotas que se ahogan si yo no ando cerca. Si yo estuviera, los sacaría a la orilla y les diría que escogieran otro modo menos desagradable de..., de acabar con su vida mortal. Lo único que intento es invitarte a cenar en mi casa.

—¿A cenar a quién?

—¡Por todos los santos! —alzó los ojos hacia el cielo—. Confía en mí, más que idiota. Siempre puedo conseguir algo más que humanos crudos. Tengo muchos amigos. Los espíritus de agua solemos tenerlos. ¡Ahora vamos!

Zarpa Negra la siguió. Ella se movía a través de su propia luz. Entonoes se dio cuenta de que avanzaban por un túnel. Era de piedra negra y había letras grabadas en los muros. Las letras relucían como el oro, como los rayos dorados, con un dorado metálico, con la suave textura dorada de las flores. Algunas eran verdes, a

continuación como la hierba, verde intenso, verde esmeralda, las sombras de la gema, naranja, escarlata, púrpura, el rojo amatista de las llamas, rosa. Al poco tiempo dejó de intentar hacer comparaciones con todos los colores que veía.

El túnel no estaba cubierto de agua. Podía nadar hasta la superficie y tomar aire si quería. La primera vez que lo hizo, se encontró flotando en las aguas de un tranquilo río bajo un cielo claro lleno de estrellas. A lo lejos se adivinaban las luces de una ciudad o un pueblo bastante grande.

Ella apareció a su lado.

—No hagas eso —le dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Zarpa Negra, encogiéndose de hombros.

—Este túnel es... —se interrumpió—. ¿Cómo demonios podría explicártelo? ¿Sabes lo que eres?

A los dos les llegaba el agua por el cuello, nadaban como los perros. El agua estaba muy fría, al menos para Zarpa Negra.

—¡No! ¿Qué soy? —le contestó con dureza.

—¡Un maldito salvaje primitivo! —aulló ella.

—¿Un qué? —gritó Zarpa Negra, fuera de control—. Oiga, señorita, quien me invitó a...

Ya no pudo continuar, ella se sumergió y, agarrándole por las piernas, empujó de él hacia el fondo. Se sumergió todavía con la boca abierta en medio de sus exclamaciones furiosas y por culpa de eso casi se ahoga.

Se libró de sus brazos, nadó un poco para alejarse de ella y sintió que cabeceaba sobre el agua como un corcho. Cuando volvió a salir a la superficie apareció en otro lugar diferente. Era pleno día y se encontraba en un escarpado cañón de piedra rojiza. El río era bastante rápido y la corriente avanzaba por un caz. Se formaba espuma cuando la corriente golpeaba las rocas que sobresalían del fondo como afilados colmillos. Se dio con una de esas piedras en el costado izquierdo y sintió que ese brazo se le quedaba sin fuerzas.

El agua era muy fría y clara. Vio que el hueso le rasgaba la piel, se había roto el antebrazo.

Al momento ella estaba de nuevo a su lado.

—¡Maldito idiota cabezón! Tu imbecilidad no tiene límites... Tú...

Ante ellos apareció una fina aguja de piedra bastante alta. Ella lo rodeó con el brazo y lo empujó hacia su pecho. Todavía no sentía el dolor, pero Zarpa Negra sabía que en un segundo le golpearía las sienes. La sangre que le manaba del brazo ya formaba una larga serpiente roja entre las aguas batientes del río.

Un segundo después, la muchacha se agarraba con el otro brazo a la aguja de piedra que sobresalía. Zarpa Negra estaba a pocos centímetros de su rostro y vio que el miedo le dilatava las pupilas. Miró alrededor y se dio cuenta de que la cascada se precipitaba justo delante de ellos.



CAPÍTULO 2

Uther avanzaba hacia Londres. Había partido de la fortaleza de Morgana al enterarse de que los sajones del fuerte de la costa celebraban ese año las peleas de caballos. Eso significaba que habrían elegido un líder para la guerra, y sabía que más le valía movilizarse contra ellos antes de que encontraran su punto más vulnerable y se lanzaran contra él.

Sin su hijo estaba en aprietos. Cada vez más durante los últimos tres años, Uther había asociado a su hijo con el gobierno. Y poco a poco, el joven iba tomando el relevo.

Merlín sabía lo que hacía cuando había exiliado al muchacho. Aparte del golpe emocional que había supuesto para él, la ausencia de Arturo había hecho la misión del rey el doble de dura.

El Gran Reino era la unión de unas fuerzas que en esencia eran diametralmente opuestas. El sistema que él dirigía funcionaba bien y así había sido durante mucho tiempo. Durante ese período, Alba se convirtió en uno de los lugares más prósperos más allá del este, donde los cultivos de regadío creaban una riqueza casi inimaginable para algunos y una miseria indescriptible para otros.

Pero Alba, la isla Blanca, había permanecido a salvo del destino cruel de convertirse en una sociedad demasiado jerarquizada, con unos pocos ahogándose literalmente entre sus riquezas, y el resto en un constante sufrimiento por encontrar abrigo, ropa y suficiente comida para no acabar siendo hueso y pellejo. Las clases más bajas servían a sus señores como criados, mano de obra en el campo, animales de carga, pastores, obreros u ofreciendo sus cuerpos para disfrutar del derecho de llevar por un tiempo una vida de prostituta o gladiador.

Alba y sus habitantes habían logrado burlar ese destino durante mucho tiempo. La tradición afirmaba que los pictos habían sido los creadores de ese sistema y, como nunca habían sido conquistadores, habían conseguido convencer pacíficamente a los demás para que lo aceptaran.

Sus mujeres conferían tal poder. Mujeres como Morgana, por cuya boca hablaban las diosas de la Tierra y que podía crear un rey tanto por nacimiento como aceptando un hombre en sagrado matrimonio.

Porque de ese lugar es de donde procedemos todos, del oscuro y húmedo pasaje que hay entre las piernas de una mujer. Y si la mujer no nos ofreciera su cuerpo para el amor o no se acuclillara y nos diera a luz entre sangre y dolores, no podríamos

existir. Y si no pudiésemos abrir la tierra con el arado o dejar que nuestros animales se alimentaran sobre su verde manto, entonces deambularíamos perdidos sobre la Tierra, que nos rechaza, y moriríamos.

Sin embargo, se puede violar a una mujer y arrasar la tierra, y ambas cosas sucedieron cuando llegaron los romanos. La prosperidad de Alba y de la Galia los atrajo como si fuesen crueles avispas y, sin ni siquiera comprender los grandes logros del pueblo de Uther, lo destruyeron todo sin saber siquiera qué destruían.

Contra la estupidez, los mismos dioses luchan en vano. Y lo mismo puede afirmarse de la avaricia. En la naturaleza de los romanos conquistadores de los militarizados romanos, esos dos rasgos abundaban.

Antes de que los romanos alteraran ese magnífico sistema antiquísimo, el gran rey gobernaba un reino equilibrado. El lejano sur, dirigido por los señores del ganado, producía enormes cantidades de alimento, más que suficiente, incluso en los años más duros, para acabar definitivamente con las hambrunas en la isla Blanca. El pueblo de Uther, los siluros, se gobernaba como las sociedades guerreras. La democracia que había en las tropas los mantuvo unidos y así pudieron vencer a sus atacantes, e incluso resistieron ante los romanos. El precio por su libertad había sido alto, pero había merecido la pena pagarlo. Su pueblo era rico en madera, ámbar, oro, plata, pieles y hierro.

Normalmente el rey se elegía entre sus hombres porque eran quienes podían ganarse el apoyo de la poderosa milicia. A cambio, el rey solía escoger como *tanaiste* y sucesor a uno de los ricos agricultores del sur. Y éste elegía a su *tanaiste* entre los pictos.

De esa manera, el Gran Reino pasaba de uno de los modos de gobierno a otro. Desde los densos bosques de Gales y las fortalezas en forma de anillo del sur, como Maden Castle o Cadbury, hasta los intrincados fuertes de los bosques de robles que dominaban el mar del Norte, controlado por las reinas pictas. El Pueblo Dragón, así era como se los conocía.

Los vénetos también ayudaban a que se mantuviesen unidos. En su origen eran una tribu de los pictos, pero con el tiempo se convirtieron en una sociedad marinera y mercante. Ellos ayudaron a los pictos a explotar los caladeros del frío mar gris, donde abundaban las ballenas, el bacalao, los abadejos y las focas. Pero también navegaban más hacia el sur, a través del azul Egeo, tierras de miel, aceite y vino. Comerciabán con los egipcios en el delta del Nilo, con los minoicos en Creta y con las lejanas ciudades estado de las llanuras de Sumer en los ríos Tigris y Éufrates, y también tenían contactos con Sidón y Tiro, en las costas fenicias.

Entonces llegaron los romanos.

Ellos arrasaron los prósperos reinos del sur, dejando al gran rey sin su base de poder más importante. Después de la rebelión de Boudicca, atacaron al pueblo, exterminando sin compasión a los mejores agricultores del reino y vendiendo como esclavos a las pocas mujeres y niños que lograron sobrevivir.

Pero la tierra seguía allí, y esa tierra era de buena calidad y rica. Otros ocuparon el vacío dejado por los hombres asesinados, agricultores desplazados desde la península Itálica. Unos eran veteranos de la legión demasiado viejos o tullidos para las guerras interminables que emprendía Roma. Otros fueron terratenientes de la Galia que huían del caos provocado por las reyertas entre los aristócratas romanos, que luchaban por el botín cada vez más escaso de la conquista, con una brutalidad sin límite y una avaricia interminable que heredaban de los grandes conquistadores del pasado.

Entonces, hecho de suma importancia, las débiles autoridades romanas, desconfiadas y temerosas de los pueblos de Alba, contrataron a los sajones para que defendieran las fortificaciones y los estados que controlaban el estuario Humber, Wash y Themis y que eran la clave para dominar el rico corazón de la isla. Aquello era un ataque a su libertad, clavar una estaca en su mismo corazón.

Los sajones eran los aliados naturales de los terratenientes del sur mando, para su indescriptible horror, vieron cómo los abandonaban los una vez todopoderosos romanos. Temían a los pictos del norte y a las tribus del oeste, así como a los marineros sajones que intentaban dominar las rutas marítimas.

Para beneficio de ellos, los grandes reyes que habían liderado la dura resistencia contra el Imperio romano desde Gales y las tierras altas ahora intentaban que los agricultores del sur se unieran a su reino, para poder ofrecerles así la protección que los romanos no habían sabido proporcionarles.

Pero el sur creía que tenía derecho a gobernar el oeste. Sus aliados, los sajones y el archidruida Merlín, eran traicioneros hasta límites insospechados. El poderoso Merlín acabó organizando el asesinato del gran rey Vortigen. En la lucha por hacerse con el poder, las diferentes partes del reino demostraron tener mucha más fuerza de la que Merlín y los sajones habían calculado. Y tras siete años de terrible guerra, los señores romano-britanos del sur se dieron cuenta de que tenían que deponer las armas y permitir que el Gran Reino volviera a formarse, si querían disfrutar de algo que al menos se pareciera a la paz.

Algo parecido, a decir verdad. La imitación de lo que había sido una alianza pacificadora entre todas las partes. Ahora los problemas surgían sin cesar en la frontera de Gales, los piratas sajones asolaban las costas, y las continuas intromisiones diplomáticas del decadente imperio daban lugar a fricciones de las que nadie estaba a salvo; todo esto hacía que fuese muy difícil que los intentos del gran rey por mantener la paz llegasen a buen puerto y, en ocasiones, lo hacía casi imposible.

Pero la partida todavía no había terminado.

Uther le había dedicado toda su vida y tal vez Arturo consiguiera devolver al Gran Reino su poder e influencia. Con ese objetivo había nacido y había sido educado para gobernar desde que vio la luz. Y por eso Merlín y su maldita amante habían intentado destruirlo. Uther temblaba al recordar el día que...

—Mi rey.

Uther se sobresaltó. Morgana cabalgaba a su lado.

—Ten cuidado con el ritmo que llevamos. Estamos matando a los caballos.

Uther tiró de las riendas e hizo que el caballo fuera a paso de andadura. Después, al oír que el caballo resoplaba, lo puso a paso. Miró hacia atrás y vio que sus hombres lo seguían en fila. No era la mejor formación en unas tierras potencialmente hostiles.

—Estaba... preocupado —dijo Uther.

—Sí, pero hace rato que dejamos el bosque atrás.

Uther sabía que en campo abierto sus fuerzas podrían desplegar un ataque sin demasiadas dificultades. Seguramente no uno muy serio, no tan pronto. Dar a su enemigo, quienquiera que los señores sajones hubiesen escogido como líder de sus tropas, una pronta victoria sería un error muy peligroso.

Los grandes señores sajones tal vez aún albergaran dudas sobre su nuevo líder. Si éste lograba salir victorioso de un combate menor, sería más que suficiente para acabar con ellas.

Uther podía ver las huellas que estaban dejando sus hombres sobre la tierra. A lo lejos, una fortaleza en forma de anillo medio derrumbada. Apenas era más que un círculo de piedra en ruinas, y también veía las arboledas, las arboledas sagradas que habían sobrevivido a lo largo de los cauces de agua y alrededor de los manantiales. O en zonas donde la tierra era demasiado escarpada para cultivarla. Los romanos se inventaban historias morbosas sobre lo que sucedía en esas arboledas, cuando en realidad no tenían la más mínima idea del porqué de su existencia.

El camino atravesaba una de ellas. Los árboles, robles y hayas daban la impresión de ofrecer como bienvenida una buena sombra y alimento para hombres y caballos. Era una arboleda bastante grande, en realidad un bosque pequeño, y seguramente lo recorrían un manantial o dos, donde podrían abrevar los caballos y reponer sus propias provisiones de agua.

En condiciones normales habría evitado detenerse en un lugar como aquél. Entre aquellos árboles también podrían tenderle una emboscada.

Señaló a Morgana y le dijo:

—Escoge a unos cuantos muchachos.

Ella levantó el brazo y apuntó con el dedo. Seis jóvenes se apresuraron a presentarse ante el rey. Estaban empapados en sudor, al igual que sus caballos, pero los animales hacían cabriolas sin necesidad del estímulo del látigo o las espuelas y los jóvenes parecían encantados de que el rey y la principal sacerdotisa hubiesen reparado en ellos.

—Id de reconocimiento a la arboleda —les ordenó Uther—. Descansaremos allí y no quiero caer en una emboscada.

Los muchachos se echaron a la carrera aullando, los caballos volaban sobre la hierba.

—Dios mío, lo que daría por ser joven e ignorante de nuevo —murmuró Uther.

Morgana se echó a reír, pero enseguida volvió a adoptar una expresión grave.

—Pura ignorancia es lo que tienen. Si hay alguien esperando allí, no hay duda de que llamarán su atención.

—Ése era mi plan —respondió Uther.

Una de las sacerdotisas oscuras se acercó a él. Cubría su casco con la piel de una pantera, los colmillos curvos se sujetaban en su frente, las zarpas le colgaban sobre los hombros, las garras se balanceaban. Era una mujer delgada, su larga cabellera oscura se dividía en siete trenzas que descansaban sobre sus hombros. Tenía los brazos tatuados y la cara teñida de marcas azules que parecían surcos hechos por el arañazo de un gato.

Con un gruñido dio a entender que aprobaba la táctica de enviar a los muchachos y a continuación partió seguida de una docena de guerreros experimentados, avanzando muy lentamente. Uther sabía que al menos cien hombres más de la Sociedad del Gato esperaban preparados por si había una emboscada.

La verdad era que no esperaba que la hubiera, pero siempre era más prudente comprobarlo.

Morgana volvió a levantar el brazo y con los dedos describió un extraño movimiento. Uther supo que, en el caso de que se diera la emboscada, sin que hiciera falta que él lo ordenara, las demás sociedades de guerreros rodearían la arboleda y darían muerte a las fuerzas atacantes.

Tan en el interior era probable que no estuviesen muy bien armados: algunas hondas, arcos y lanzas en el mejor de los casos; mientras que sus hombres formaban una buena caballería, montados sobre las sillas celtas que se adaptaban a los lomos del caballo y cuyos calzadores se curvaban bajo el peso del jinete y soportaban sus muslos manteniéndolo firmemente sujeto a su montura. Es más, todos sus hombres vestían armaduras de piel curtida cosidas con placas de metal, llevaban buenas espadas y empuñaban escudos de piel que podían rechazar la flecha más veloz, el proyectil lanzado por la honda más cruel e incluso una lanza con la punta de hierro.

—Será un buen ejercicio para ellos —dijo Morgana—, pero nadie va a molestarnos aquí. Si nos están esperando, será más adelante, más cerca de Londres. Lo más probable será que estén en el vado de un río. O en la misma ciudad.

—Entonces se llevarán una desagradable sorpresa —dijo Uther entre dientes—. Porque yo no voy a Londres, al menos no como rey. Cuando partamos de la arboleda este atardecer, me dirigiré a Londres con un puñado de mis hombres de máxima confianza. Tú y las damas negras daréis la vuelta y sitiareis Cadbury.

—Cadbury. Ese lugar es una ruina.

—No importa. Puede defenderse con una tropa escasa y pobremente armada. Y quiero que tomes y defiendas cualquier otro castro que puedas.

—¡Dios mío! —susurró Morgana—. Ya entiendo tu estrategia. Pero ¿y el riesgo que conlleva? ¿Si los sajones ya están en la ciudad? Podrían matarte.

—Lo sé. Pero si no me matan, sabré quién me es leal y quién no. Avanza hacia

los castros y consolida tu posición. Si muero, y seguro que te llega el rumor si eso sucede, ataca la ciudad. No muestres ninguna compasión. Arrasa las guarniciones sajonas, dispersa a los ciudadanos, quema la ciudad hasta que no quede nada. Ése es el hogar de las familias más poderosas de todo el valle de Themis. Después arrasa todas las tierras desde Cadbury. Haz que arda en llamas cada casa labriega y cada pueblo, desde el más insignificante hasta el más poderoso. Destroza los cultivos de trigo, pisotea los huertos, ahuyenta el ganado, destroza todo lo que el ejército no pueda consumir. No te preocupes por las ciudades. Se debilitarán y acabarán muriendo si el campo no puede abastecerlas.

—Mi señor —musitó Morgana—, será una campaña muy costosa, y no hablo sólo de nuestro ejército. Muchos de los que todavía permanezcan fieles al gran rey nos darán la espalda e iniciarán su propio camino. Además, piensa en el horror y la devastación que causaremos. Derramaremos nuestra propia sangre. Desde la revuelta de los icenios, nadie ha vuelto a atacar con tal ferocidad nuestro reino.

—Es cierto. Pero una vez la campaña haya terminado, el sur no seguirá siendo un problema durante una generación o dos, y eso nos dará tiempo para restablecer el Gran Reino y reconstruir nuestras viejas alianzas. Cuando emprendí el camino con los mejores de nuestros guerreros, ésa era mi intención. Pero no puedo convertirme en el causante de la destrucción de tantas vidas inocentes. Todavía quedan muchas cosas buenas en nuestro reino. Morgana, no puedo. Tengo que encontrar otra solución.

—Eso sería... una solución; más o menos.

—Una solución, un crimen despiadado. Una pesadilla de la que tal vez nuestro pueblo no se recupere jamás. Si actuamos ahora, los grandes estados, con los sajones guardando las costas, nunca lograrán reunir una fuerza que se oponga. Y que nadie se deje llevar por el error. Si muero, muero siendo el último gran rey de los britones. Probablemente no habrá ningún otro. Así que, Morgana, si yo caigo, cumple mis órdenes. He dedicado mi vida, al igual que tú, a levantar este ejército. Utilízalo para hacer lo que te pido.

Morgana estaba sobre su caballo y sentía un frío insoportable en los huesos. En su corazón sabía que Uther tenía razón. Su pueblo no lograría reunir un ejército como aquél.

Los jóvenes volvieron de la arboleda holgazaneando, entre risas. Alguien había sorprendido a una hembra de ciervo durmiendo. El animal y su cervato colgaban de la montura de la sacerdotisa, que guiaba su caballo a pie.

La mujer dedicó una sonrisa a Morgana.

—Tenemos un buen comienzo para la cena —dijo, señalando a la cierva.

Del cuello del animal salía una flecha, y de la herida todavía manaba la sangre, que caía al suelo.

Morgana echó la cabeza hacia la crin de su caballo y se agarró al pelo largo y áspero.

—¿Te encuentras mal, mi señora? —preguntó la sacerdotisa de la guerra.

Morgana se incorporó.

—No. No. Simplemente cansada. Ha sido una dura jornada.

—Bueno, aquí podemos acampar sin peligro. He cazado esta cierva y he visto el rastro de ganado salvaje. Pero ni una huella de hombre, a pesar de que allí hay unas ruinas. —La mujer hizo una señal contra el mal de ojo—. Están cerca del manantial. Alguien tendía culto aquí... en algún tiempo pasado. Hay una columna y un árbol con un rostro sobre la corteza. Pero eso es todo.

Después de decir esto continuó su camino, dejando atrás a Morgana y a Uther.

El resto del ejército estaba instalándose. Algunos hombres exploraban la arboleda, otros preparaban el fuego para hacer la comida. Unos gritos a lo lejos sugerían que los hombres habían dado con el ganado salvaje.

Los dos líderes se sentaron uno al lado del otro. Morgana resolvía la logística.

Cercar los castros. No le resultaría difícil tomarlos por sorpresa. Pocos, si es que había alguno, estaban bien defendidos.

Podía utilizarlos como base para asaltar las casas labriegas y los pueblos durante todo el verano. No, no podría tomar los lugares fortificados, pero podría arrasarlo el campo. Como Boudicca, cabalgaría por los campos durante unos meses.

Pero ¡y después! Retirarse hacia los frondosos bosques de Gales y Dumnonia. Uther tenía razón, el sur tardaría años en recuperarse. Si ella era lo suficientemente despiadada, dos generaciones o más.

La recorrió un escalofrío. Para conseguirlo, tendría que hacer como habían hecho los romanos después de la revuelta de los icenios: asesinar a los hombres, vender a las mujeres y a los niños como esclavos. No faltarían compradores, el comercio de esclavos estaba en pleno auge.

—Quiero que me des tu palabra de que harás lo que te pido —dijo Uther.

Morgana tragó saliva. En realidad no tenía elección, él era su rey y había jurado obedecerlo hasta la muerte.

—No estoy segura de que pueda.

—Tu palabra, Morgana —le ordenó—. Quiero tu palabra, ya que eres mi cónsul principal. Prométeme que actuarás como te pido. Endurece tu corazón y haz lo que te ordeno.

A su alrededor, el ejército se movía sin cesar, encendían hogueras, desensillaban a los caballos, colocaban estacas para los animales de carga, se oía un alegre murmullo mientras montaban el campamento. Los dos estaban sentados apartados de los demás, a caballo, hablando en voz baja.

—Muy bien, lo prometo; pero a cambio quiero que tú me prometas que cuando vayas a Londres llevarás contigo a Gwain y a Cai. Son los mejores entre los mejores. No podrás tener compañía más noble que la suya.

Uther asintió.

—Está bien. Envíamelos al atardecer.

—¿Tan pronto?

—Cuanto antes mejor. Si algo va a suceder, tengo que acercarme a los poderes que hay en Londres antes de que logren aclarar sus ideas. Tu promesa, señora mía.

—Sí, te doy mi palabra. La hierba no volverá a crecer sobre la tierra que mi ejército pise cuando los cuernos de guerra toquen la retirada.



Lo que estaba haciendo, o más bien lo que estaba a punto de hacer, era peligroso. No sabía cuánto. Pero incluso si hubiera comprendido totalmente los peligros que supone invocar a los muertos, no creo que el riesgo me hubiese echado atrás. Porque no era nada en comparación con el peligro que ya estábamos corriendo. Todos nosotros. Si yo no podía quemar el fuerte, seguramente moriríamos, si no en la batalla, más tarde en la arboleda con el resto de los desafortunados que los piratas sajones habían ofrecido a sus dioses.

Aquellos espíritus no eran tiernos, clementes o compasivos. Los sajones principalmente les pedían suerte y conseguían buenos tratos. Si los piratas conseguían buena suerte, los espíritus reclamaban su parte del botín. Y eso incluía a los prisioneros y los esclavos.

Ahora las cosas que se retorcían en la arboleda estaban ahítas de sangre y gritos de terror y dolor, y pálidos gusanos cubrían la carne que se pudría. Así que tal vez durmiesen mientras yo llevaba a cabo mis planes. Esperaba que considerasen las dos (no, tres) personas que habíamos matado como otra ofrenda.

Cuando llegué al pueblo, o más bien tendría que decir a los postes que una vez sostuvieron las casas, intenté no mirar a la derecha, donde colgaban aquellos seres de los árboles. Me daba escalofríos pensar que mi invocación a los muertos pudiera hacer que uno de los cuerpos se balancease colgado de una de las cuerdas podridas, se liberara e intentara atraparme. Pero cuando me volví hacia los postes de las casas, me di cuenta de que el viento me daba de cara. No podía olerlos, y sólo percibía el vacío donde ellos estaban.

Y comprendí que sucediera lo que sucediese, sus espíritus eran libres y habían ascendido hacia las estrellas para seguir el camino que deseasen. Sí, también la mujer que Albe había liberado por compasión.

Su muerte mediante aquel cruel sacrificio los había enviado a los vientos del cielo. Sentí la paz, esa extraña paz que es el fin del dolor. Una sensación de liberación absoluta.

Pero no era así en aquel lado del camino. El agua y el aire estaban anormalmente tranquilos, y estaba segura de que algo persistía allí.

La vida es fuego. Todos ardemos. Ése es el significado de mi mano de fuego.

Pero ardemos lentamente. Puedes sentir el calor que desprenden los recién nacidos en sus cunas, los bebés en el regazo de sus madres. El modo y el porqué

ardemos no lo sé. Y me pregunto si nuestros semejantes lo llegarán a saber alguna vez. Pero es cierto. E incluso en los ancianos, en los muy viejos, se pueden ver las brasas oscuras que todavía brillan entre las cenizas.

Me arrodillé en dirección a los postes. Estaban tallados y algunas de las tallas habían sobrevivido al fuego que había destruido las casas. Tenían talladas las formas retorcidas de los seres que pertenecían a la ciénaga, las serpientes, los largos cuellos de los patos, los juncos, las aneas y los nenúfares salvajes, las anguilas y los peces, las ranas, los sapos. Y coronando los postes, en los pocos que todavía conservaban la parte de arriba, las águilas marinas, los ganchudos picos medio abiertos, las garras sobre pájaros, peces, ranas o serpientes, alzadas orgullosamente para gritar desafiantes al cielo.

Los pájaros son criaturas de Ella y las sacerdotisas que reúnen los huesos limpios de los muertos llevan máscaras de pájaros. El águila marina es el guardián más antiguo de los muertos.

Puse las manos, las dos, con las palmas hacia arriba en el agua y miré al tranquilo lodo más allá del lugar donde una vez estuvieron las casas. Ni siquiera una leve brisa perturbaba la superficie en calma. Reflejaba el cielo, dispersas chispas de luz que acariciaban el agua. Pero las nubes eran como hollín y parecía que iba a llover antes de que cayera la noche, así que las chispitas aparecían y desaparecían. Miré más allá del tiempo, hacia la eternidad.

El primer rostro que se formó entre las palmas de mis manos fue el de un niño. Me miró con la hermosa incompreensión de la inocencia absoluta.

Murió, pero no sabía cómo ni por qué y ni siquiera le dolía que hubiera sido así. Lo único que sabía era que un momento había estado caliente, durmiendo bien abrigado entre sus padres, su hermano y su hermana; y al siguiente, todo era una confusión de gritos, el olor de un humo espeso y después la conciencia de que formaba parte del agua oscura y turbia y de que así sería durante tiempo indefinido.

Retiré mi mente y dejé que se marchara. Tuve la breve impresión de haber visto una cabellera oscura y unos ojos mirando a los míos, pero entonces los ojos se desvanecieron en los huecos de una pequeña calavera. A continuación la calavera también se desvaneció y volví a contemplar mi propio reflejo.

En ese momento llegó ella. Sus dedos de hueso me aferraron la mano derecha. Los vi brillando más blancos que la carne, agarrando mi mano. Las uñas se me clavaron en la piel y creo que sangre un poco.

De ella sólo permanecía la cólera. No sabía o no pensaba en qué o quién era. Sabía que la habían asesinado, ahogada en el lodo, no en el agua, después de haber sido forzada por sus enemigos. Violada de diferentes maneras, todas dolorosas y humillantes.

Quería a su hombre y a su hijo, pero no podía encontrarlos. A diario recorría las mareas, tropezaba en el fondo de oscuridad verdosa. Una cólera y desesperación sin límite inundaron mi mente del mismo modo que el agua empapa la tierra seca,

cuando parece que se desvanece pero cambia la naturaleza de la tierra a medida que la anega.

Me sentía débil y enferma y quería vomitar. Había bebido mucho de ese vino terrible que Gray, Maeniel y Ure prácticamente me habían vertido por la garganta a la fuerza. Enturbiaba mi mente y me debilitaba.

Por eso no aparté la mano con la suficiente rapidez. Pero, seamos sinceros, incluso si hubiera sido capaz de tener buenos reflejos y la mente clara, le habría dado mi bienvenida; ya que necesitaba ayuda desesperadamente y no estaba segura de lo que me iba a costar quemar la fortaleza y a los hombres que había dentro. Si vas a hacer el mal, no puedes echarte a llorar porque los medios que te conducen a tu fin te revuelven un poco el estómago.

Pero finalmente vomité cuando la serpiente se enrolló alrededor de mi cintura. Cuando mi estómago se vació, procuré que los espasmos no alarmaran al reptil. Vi la cabeza triangular de la serpiente a través del agua y supe que, si se tomaba la molestia de atacar, estaba sentenciada, porque era de una especie venenosa.

La musculatura de una serpiente es increíble, tensa, dura y casi infinitamente flexible, aunque fría y amenazadora al mismo tiempo.

Tengo dudas de si era completamente humano. Nunca he podido llegar a una conclusión. Pero creo que, teniendo en cuenta todo, lo era.

Sin embargo, no sé cómo murió. El rito es muy antiguo, hubo un tiempo en el que estuvo tan extendido que hasta los romanos lo conocían, aunque su manera preferida de propiciar a los dioses era enterrando vivas sus ofrendas. Cuando pretendían presentar a las víctimas intactas ante los dioses, no usarlas como entretenimiento como se hace con los criminales condenados, que sirven de alimento a las fieras o se los obliga a luchar como gladiadores, los romanos los enterraban vivos y dejaban que se asfixiaran en cámaras de piedra subterráneas.

Sin embargo, nosotros preferíamos lanzarles flechas hasta que morían. El hombre, pues siempre es un hombre, estaba colgado y los arqueros le clavaban flechas, procurando no matarlo, pues cuanto más feroz la ofrenda, mejor es el oráculo y más satisfechos se sienten los poderes oscuros.

Él murió de esa manera dos veces; cuando las gentes que construyeron el pueblo fueron allí para instalarse, su sangre corrió por el agua como la fuerza de la vida que santifica sus esfuerzos. Y por segunda vez, cuando los sajones asaltaron el pueblo y quemaron las casas.

Pero yo no creo que pudieran hacerse con él. Estaba demasiado unido al pantano. Sentía las ciénagas en él, los profundos surcos donde el agua es turbia y verde y los sedimentos son arrastrados por el fondo por la fuerza de la marea. Ni agua, ni tierra, un cieno oscuro que nutre a las criaturas tanto de la tierra como del agua. Peces, camarones y cangrejos, un centenar de tipos de ganso y patos se alimentaba de los numerosos crustáceos y algas que habitaban las charcas, los canales y las zanjas. Las plantas del pantano florecían, como las puntas rojas de la monchoria, anchas hojas

verdes que se alzan en el agua y proporcionan acogedoras sombras. Cúmulos de flores amarillas que obstruían los canales de agua fresca y servían de alimento a los gansos que flotaban como blancas nubes sobre el agua y anidaban entre los tallos de los juncos.

Tenía poder, me refiero a esa cosa que me subía por el brazo desde el cuerpo retorcido de la serpiente. Poder adquirido y pagado con el dolor, sangre, penas y muerte. Como se adquiere todo poder real. Había sido su pueblo y al amanecer él trepaba por los postes de las casas, aprovechando las tallas como si fuesen escalones para serpientes, y se enroscaba en la estera con las primeras luces, cerca del fuego. Y allí esperaba sus ofrendas en forma de ratones vivos, leche y miel.

Y siempre los había recibido.

La serpiente se dejó caer de mi muñeca hacia las profundidades negras, aunque puedo asegurar que le costó hacerlo, pues los de su especie arden con menos intensidad que nosotros y les encanta nuestro fuego. Obedeció la orden de su «dueño». Y comprendí más sobre el odio, el amor, la ira y la venganza de lo que nunca quise. Mi mente se empapó de esos cuatro sentimientos y en ese momento supe que podría prender la fortaleza.



Zarpa Negra no estaba preparado para el miedo que lo agarrotó cuando miró el agua y vio la sangre. Nunca antes había experimentado la amenaza de una herida mortal pero, gracias a un número más o menos considerable de pequeños accidentes, sabía cómo tenía que actuar.

La peor de las heridas la había sufrido cuando Guinevere y él habían sido descubiertos por una pareja de amantes a los que estaban espiando. Una roca lanzada por el brazo de un hombre adulto puede causar una herida bastante impresionante. La primera piedra le dio a ella justo encima de la oreja. Zarpa Negra ni siquiera sintió cuando la segunda piedra lo golpeó en la nuca. Para entonces los dos estaban ya en plena huida, escapando lo más rápidamente que podían.

Cuando disminuyeron algo la velocidad y se detuvieron, por lo menos a tres kilómetros de distancia, ella le dijo: «Tienes sangre por el cuello, te está manchando la camisa».

Se tocó la nuca, sintió el líquido caliente y pegajoso y lo probó para estar seguro..., entonces se convirtió en lobo. De nuevo era un niño antes de tocar el suelo, todavía con sus ropas pero rodando sobre la hierba, con la herida curada. Cuando se puso de pie, vio que a ella también le habían alcanzado, y la sangre manaba por su oreja izquierda.

—¡No! —exclamó, cuando se dio cuenta de que ella no podía hacer lo mismo que había hecho él.

Guinevere lo miró de forma extraña, el mismo tipo de mirada que le había

dedicado cuando lo rechazó. La única diferencia era que entonces no había entendido lo que significaba. Por aquel entonces no lo sabía. Pero más adelante, cuando ella le dijo que jamás podrían ser amantes, esa mirada adquirió un significado claro para él.

La sangre teñía los rápidos de rojo. Zarpa Negra sabía que tenía que probar suerte en las cascadas.

Se convirtió en lobo.

—¡No! —oyó gritar al espíritu del agua.

Entonces, saltó al vacío.

—Cae... —oyó a su padre hablándole—. Enróscate sobre ti mismo.

Zarpa Negra lo hizo, metiendo la cola entre las patas traseras, arqueando el cuello para protegerse la cabeza entre las delanteras. Belleza, terror, indiferencia; todo surgió en su mente simultáneamente.

Belleza porque la grandiosidad de la cascada cortaba la respiración, el agua era una cortina de agua temblorosa y dorada bajo la luz del atardecer, bordeada de arco iris que nacían cuando la luz daba sobre las brumas. Vio que el espíritu del agua descendía sobre él. En la cornisa, el cuerpo de la muchacha se extendió, se disolvió, formando parte del agua, la luz y la niebla.

Entonces algo que parecía un caballo lo golpeó en la espalda. Eso producía el terror, porque todo el cuerpo se le paralizó y pensó que se había roto la espina dorsal y no sabía si transformándose podría sanar.

Y por último indiferencia, pues estaba seguro de que iba a morir y comprendió tarde que estaría muerto antes incluso de que pudiera preocuparse por el dolor o que llegara a sentirlo. Vio cómo le salía el hocico de la boca y cómo se le movían las patas delanteras a su lado.

En ese momento, entre el resplandor azul, apareció la wyvern con las enormes mandíbulas del dragón rematadas con dientes que parecían lanzas. Por puro reflejo se transformó y por poco se echa a reír. ¿Qué iba a hacer un lobo o un hombre contra una criatura como aquélla?

Una décima de segundo después, las garras de una de las patas delanteras se cerraron a su alrededor formando una jaula, cuatro garras a sus espaldas, la garra del pulgar sobre su pecho. Alto, más y más alto volaron. La wyvern avanzaba como una tortuga o una ballena, su cuerpo sobresalía del agua casi la altura de un hombre.

Zarpa Negra vomitó, luego se puso a gritar.

Un segundo después era libre de nuevo y el monstruo se sumergió, desapareciendo en el azul brumoso al pie de las rugientes cascadas.

Tal vez Zarpa Negra caminata sobre el agua. Ni entonces ni después estuvo muy seguro de cómo había logrado salir del río. La única cosa, o cosas, que recordaba de los siguientes minutos era la vista de una costa cercana formada por escarpadas losas de piedra pegadas unas a otras sin orden y a una distancia que a él le pareció penosa hasta que las alcanzó.

Un segundo más tarde estaba de pie, alejado del agua, en una de las piedras más

horizontales, mirando hacia abajo para verla a «ella», el espíritu del agua, que salía de las profundidades con graciosa languidez, nadando hacia la luz. Todos y cada uno de los cabellos de la espalda, el cuello y la cabeza de Zarpa Negra se erizaron. Ella rompió la superficie y nadó hacia él.

—¡Eras tú! —le chilló—. ¡Tú! ¿Se puede saber qué aspecto tienes en realidad?

Ella se zambulló en el agua para protegerse los oídos, pues el eco retumbaba a lo largo de todo el cañón.

—¡Dios mío! Jesucristo, Salvador —lo interrumpió ella—. Deja de dar esos gritos. Y en cuanto a qué aspecto tengo, maldito idiota, ¿se puede saber qué maldito aspecto tienes tú? ¿Lobo, hombre, hombre lobo? Dios santo, no sabía por dónde agarrarte. Por poco te mato. Sólo esperaba que no volvieras a transformarte, alelado, mientras te llevaba por los aires y consiguieras de una vez por todas ahogarte, a pesar de mis esfuerzos.

—¿Por qué has escogido esa cosa?

Parecía profundamente molesta, indescriptiblemente molesta.

—Dedícame un minuto de tu tiempo y escúchame... calladito —le hablaba en un tono de voz muy bajo, pero de todos modos Zarpa Negra retrocedió unos pasos.

—Esa cosa, esas cosas, pues hubo un tiempo en que había muchas, nadan increíblemente bien. Hubo un tiempo en que no había río que no pudiesen remontar, aunque la mayor parte del tiempo se lo pasaban en el mar. Ahora hace mucho que ya no existen, pero su forma sigue codificada en mi..., mi... Dios, eres tan ignorante como sucio. Sustancia viva, y puedo convertirme en eso, si surge la necesidad. Como acaba de pasar. ¿Satisfecho?

—Me parece que no quiero tener nada que ver contigo a partir de ahora —respondió Zarpa Negra ásperamente.

—Muy bien, perfecto. ¿Cómo vas a volver a casa? Porque tengo el terrible presentimiento de que los dos estamos aquí perdidos.

—¿Perdidos? —se oyó decir a sí mismo con voz débil.

—¡Sí! ¡Perdidos! —le respondió ella, izándose a otra roca plana que había cerca de Zarpa Negra.

El muchacho se dio cuenta de que ella ya había encontrado un nuevo vestido. Era una capa de hojas redondas, verdes y jugosas, salpicadas de pequeñas flores rojas, florecillas de un escarlata centelleante, a decir verdad. Por la parte de abajo caía como un taparrabos, pero por la parte de arriba recordaba más a un corpiño, rodeando y a la vez sosteniendo sus pequeños pero bien formados senos.

—¿Un nuevo amigo? —le preguntó, señalándolo.

Ella asintió.

—Crece en las rocas que hay alrededor de la cascada. Tiene problemas, «él» tiene problemas, para ser más exactos. Es un macho. Bien establecido vegetativamente, pero no ha visto una hembra en ya no sabe cuánto. Supone que debe de haber alguna río abajo, pues hay un pequeño pájaro que viene por aquí en busca de néctar y haría

las entregas si se lo pidiese.

—Dugdald no me enseñó ninguna de esas cosas —se quejó Zarpa Negra.

—Probablemente cree que están por debajo de sus conocimientos.

—¿Por qué estamos perdidos?

Ella señaló hacia el agua.

—¿Recuerdas el túnel?

Zarpa Negra asintió.

—Pues no puedo regresar a él.

Hasta entonces Zarpa Negra había estado en cuclillas en la roca. Se puso de pie y se hizo cargo de la situación.

A su izquierda, la cascada caía desde lo que parecía una altura increíble. A ambos lados las paredes del cañón se elevaban hacia el cielo azul. La laguna a la que estaba mirando se hallaba situada en la parte más ancha del cañón; en línea recta, la pared de piedra corría paralelamente al río, un caos de rocas en la parte más baja.

—¿Dónde estamos? —murmuró.

Ella miró a la laguna de mal humor.

—No lo sé.

—¿Cómo es posible que no lo sepas? —le espetó Zarpa Negra—. Sabes lo que hay a lo largo del túnel. Yo me introduje en él contigo.

—Sí, y todo habría salido bien si hubieses hecho lo que te dije. Pero no, tú tenías que hacer de explorador. La boca del túnel está sobre la cascada y, a menos que te inventes una manera de volar, estamos aislados hasta que encuentre otra forma de entrar.

—¿No puedes volar? —le preguntó con voz cada vez más débil.

—No. Ésa es una de las pocas cosas que no sé hacer. Figúrate: soy uno de los seres sobrenaturales más poderosos que te encontrarás en toda tu vida, pero volar no es uno de mis muy numerosos talentos.

—Nos encontramos en un aprieto.

—Este muchacho es un genio. Por fin, deduce algo.

—Estoy harto de que me digas lo idiota que soy —estalló Zarpa Negra.

—Pues entonces trata de utilizar esa cabecita para algo más que para sostener las orejas.

—¿Qué vamos a hacer? —él mismo se asustó con el temblor que percibió en su voz.

Entonces, se convirtió en lobo. Le pareció que con esa forma se sentía más amparado y en ese momento necesitaba algo de amparo.

Pero no lo encontró. El lobo le informó de que tenía hambre y de que ya era más que hora de que Zarpa Negra hiciese algo por solucionar su mutuo problema. Volvió a adoptar su forma humana.

—Tenemos hambre —le dijo hoscamente.

—Sí, se me había olvidado. Cuando no están calientes, es que tienen hambre. Y

siempre se vuelven hacia la mujer que anda más cerca y esperan que ella haga algo para solucionarlo. Si ésa no lo hace, ya vendrá otra.

—¿Por qué te esfuerzas en ser tan desagradable?

La muchacha cerró los ojos. Se puso un dedo sobre la parte más alta de la nariz, entre los ojos, y apareció la comida.

La roca sobre la que ella estaba tenía más o menos la misma altura. Apareció un mantel y la cubrió parcialmente, un extremo colgando sobre el río. Y también una fuente con carne en finas lonchas, seguida rápidamente de un bol con salsa, un plato repleto de fruta, una rebanada enorme de pan y dos jarras de vino.

—Venga, vamos a comer. Quería servirte esto en mi casa, pero ya que estamos perdidos...

—¿Cómo...? —empezó Zarpa Negra.

—¡No! —Fue un «no» de lo más sonoro—. Calla y come. Si empezamos con las preguntas, empezamos a discutir..., y de lo próximo que te das cuenta es de que la comida se ha enfriado. El sol está a punto de ponerse y todavía tenemos hambre. ¡A comer! Las preguntas para más tarde.

Zarpa Negra saltó a la roca en que ella estaba y se abalanzaron sobre la comida como si estuviesen muriéndose de hambre. Cuando terminaron, se apoyaron sobre la piedra tibia por el sol e intentaron concentrarse en el poco bienestar que les causaba el vino.

Para entonces el sol se había desplazado y el cañón estaba cada vez más oscuro. El constante viento que soplaba sobre el río parecía, conforme pasaba el tiempo, más frío sobre la piel desnuda de Zarpa Negra. Pero no quería transformarse en lobo, pues el ligero mareo que sentía desaparecería. Eso lo había aprendido gracias a una desagradable experiencia que había tenido una vez que había estado bebiendo con Balin, el hijo del principal, y algunos de sus amigos de la tropa.

No habían querido creer que tenía una parte de lobo, o eso decían para conseguir que se lo demostrase. Y él estaba lo suficientemente borracho para hacerlo. Saltó e hizo el ridículo enredándose en sus propias ropas y cayó rodando sobre los guijarros de la playa, intentando desenredarse.

No se había dado cuenta de que su padre estaba cerca hasta que vio sus ojos brillando detrás de Balin y los demás.

Maeniel se lanzó sobre ellos con un rugido tan atronador que muchos de los más borrachos casi se ahogan en el mar cuando intentaban huir. Entonces, los dos seguían siendo lobos, su padre lo cogió por el pellejo del cuello y lo sacudió hasta que los dientes le castañetearon, y Zarpa Negra aullaba pidiendo clemencia.

Terminó más sobrio que una piedra, arrastrado a casa por la oreja por un Maeniel de humor terrible. Lobo o humano, la oreja de Zarpa Negra era flexible y resistió en su sitio, aunque su padre estaba furioso y la apretaba con fuerza.

Maeniel no era muy dado a los sermones, pero sus comentarios sobre la estupidez de los borrachos y el abuso de los poderes de protección calaron hondo en Zarpa

Negra y le produjeron una fuerte impresión. Y estar sobrio con tal rapidez le hizo sentirse como si le hubiesen dado una patada en el estómago.

Así que Zarpa Negra se relajó y se concentró en mantener su bajo nivel de intoxicación.

—Precioso, ¿no? —dijo ella, mirando la cascada y el río en sombra.

De vez en cuando el viento eterno llevaba hasta ellos gotas robadas de la cascada para refrescarlos y complacer a la pequeña enredadera que ella vestía. Si es que puede decirse «vestía», porque su pecho hermoso y suave, de color crema, estaba desnudo, a pesar de que las flores rojas y las hojas lo rodearan y sostuvieran.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó ella.

—Me apuesto algo a que en lo mismo que tú.

Ella se rió.

—Los hombres sólo piensan en dos cosas y la otra es comer.

—En serio. ¿Cómo salimos de aquí?

—En serio. No lo sé. ¿Estás ansioso por irte?

Zarpa Negra tenía una mano apoyada en la pierna de la muchacha. Al igual que el lirio de agua, la enredadera de flores rojas producía música. No cantaba, pero Zarpa Negra podía oír a lo lejos un instrumento de cuerda que alguien punteaba mientras avanzaba sobre una melodía que lograba sonar extraña y familiar al mismo tiempo. Deslizó la mano hacia arriba y acarició con los dedos las oscuras hojas y los pétalos de las flores satinadas que cubrían su ingle.

—¡Dulce amigo! —susurró ella.

Zarpa Negra sintió que la planta se retiraba y con el rabillo del ojo vio que se había instalado entre las grietas de la piedra. Ella estaba tibia, y la roca sobre la que estaban todavía conservaba algo del calor del sol. Entonces se acordó de la wyvern.

—No es que importe, pero ¿qué aspecto tienes en realidad?

Ella se rió y Zarpa Negra sintió que pegaba sus labios a los suyos.

—En realidad no tengo ningún aspecto —gruñó con suavidad—. Soy sobre todo agua. Igual que tú. ¿Es que ese druida que te crió no te enseñó nada de nada?

Le sopló en la oreja suavemente, muy suavemente, y le mordió el lóbulo con dulzura.

—¡Uff! —exclamó Zarpa Negra mientras el mordisco amoroso surtía todo su efecto.

—Madre mía, contigo es tan fácil... ¿Quieres ver si sigues siendo un gran chico?

—Oh, sí. —Era una respuesta ardiente.

—Mmmmm. Ahh. Sí que lo sigues siendo. Mira. Oh, vaya, sí que eres un gran muchacho. Muy, muy grande. Podría perdonarte cualquier cosa.

Zarpa Negra pensó que era agradable saber eso. Pero durante un rato los dos estaban demasiado ocupados y se acabó olvidando de lo que le había dicho.

Cuando terminaron, Zarpa Negra se quedó con la cabeza apoyada sobre el brazo de la muchacha, estudiando su silueta recortada contra la tibia piedra anaranjada del

otro lado del cañón.

—¿De dónde has sacado la comida? ¿Y qué tipo de carne era? Estaba muy buena.

—Dada nuestra situación, todo nos habría parecido bueno. Pero... seguramente la carne era de caballo y la comida era una ofrenda. Así que como era una ofrenda, lo controlo. Lo traje aquí para que pudiéramos tomar algo. Él es un buen cocinero y su pueblo y yo somos ya viejos amigos.

—¿Él?

—Cregan —le informó ella—. Seguramente, el mejor guerrero del mundo.

—¿Tú sabes de ese tipo de cosas?

Ella asintió.

—Voy por ahí y oigo cosas.

—¿Crees que aceptaría un... discípulo?

La muchacha suspiró profundamente.

—Maldita sea. ¿Así que tus aspiraciones van por ahí?

—¡Sí!

Lo abrazó un poco entre sus brazos. Zarpa Negra besó la curva de su seno, por encima del pezón.

—Bien. Bien. ¿Y por qué no te quedas conmigo sin más?

Zarpa Negra se apartó inmediatamente. Ella volvió a suspirar.

—Me había olvidado de que eres joven. Estás acostumbrado a hacer las cosas a tu manera, ¿verdad?

—Supongo. Además...

Se le fue apagando la voz. No quería ofenderla y además le tenía un poco de miedo. Había demostrado que utilizaba sus probablemente inmensos poderes de una manera bastante desenfadada.

—Ya lo sé, ya lo sé. No me quieres —terminó ella la frase en su lugar—. No estoy mal para un revolcón en la hierba, quizá hasta muchos más, pero tu corazón pertenece a esa zorrita rubia que te mandó a freír espárragos por un imbécil que había visto tres veces en su vida. ¡Oh! ¡Pero es que él es rey!

Zarpa Negra se transformó en lobo y trató de saltar. Con facilidad pasmosa, ella lo cogió por el cogote y lo empujó hacia abajo.

—Para ya y escucha.

Zarpa Negra pensó que lo más prudente sería hacerle caso. Se quedó quieto, con la cabeza contra su brazo, otra vez con forma humana. La habilidad que había demostrado ella para transformarlo de lobo en hombre estaba muy lejos de su comprensión.

—¿Eres..., eres «Ella»?

La muchacha empezó a reírse.

—No, no soy una diosa. Soy mortal, como tú. Y como el pequeño fauno que tu amiga la rubia mató.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que cómo lo sé? El mundo entero se estremeció de pena y terror.

De repente empezó a temer por Guinevere.

—Ella no...

—Ya lo sé, ya lo sé.

La cabeza de Zarpa Negra todavía descansaba sobre su hombro izquierdo. Ella movió la mano derecha en un gesto desdeñoso.

—Ella, la Criatura de la Luz, pues eso significa su nombre, hizo lo que le ordenaron. La gran diosa lo había condenado a muerte. La pequeña simplemente llevó a cabo la sentencia. Pero nosotros los mortales tenemos nuestras propias opiniones. Él, el fauno, era uno de los míos. Quedan muy pocos como nosotros. Los faunos dominaban los bosques, nosotros las aguas y los dragones los mares.

»Puesto que era uno de los míos —continuó explicándole—, su muerte me dejó muy afectada, más de lo que creí. A pesar de que era culpable de un mal terrible, fue muy duro verlo desaparecer. Aunque él perdonó a tu amiga cuando ella lo liberó.

»Un guerrero. ¿Tú quieres convertirte en guerrero? —le preguntó de repente.

Zarpa Negra quedó desconcertado ante el brusco cambio de tema. Se sentó en el borde de la cornisa y balanceó los pies sobre el río. Todavía la temperatura era agradable, pero el sol se escondía cada vez más. En el cañón, las sombras se iban alargando. El viento cada vez se hacía más frío. Zarpa Negra se sentía incómodo.

—Pronto será de noche. Si no podemos volver, no creo que importe mucho lo que quiera hacer con mi vida. Por lo menos quiero conservar una.

Ella se echó a reír.

—Bueno, he estado por muchos caminos a lo largo del túnel. Me perdí unas cuantas veces. Y siempre lo acabé solucionando. Tú también lo harás. Tú eres longevo, como yo. El poder de transformarte te da eso, te da una larga vida.

—Por eso me rechazó.

—Sí, y no puedo decir que la culpe. Estamos mejor con los de nuestra especie. Pero de todos modos creo que debería habérselo pensado un poco más antes de hacerlo. Pero los únicos más tarados que los hombres son las mujeres.

—¿Y eso? —se ofendió Zarpa Negra.

—Es muy fácil. Ella te conoce bien. Maldita sea, casi te conoce tanto como a sí misma. Eres guapo, amable, y eso es muy importante, inteligente, y te tuvo entre sus brazos lo suficiente para darse cuenta de que seguramente también eras bueno en la cama. Pero noooo..., ella no podía perder ni un minuto para ir detrás de ese...

Zarpa Negra esperó un minuto, después ya no pudo más.

—¿Qué?

—No sé. Solía venir a mi poza de las montañas con los suyos. Me hacían ofrendas y no ensuciaban el agua. Conocían las reglas y le enseñaron cómo tenía que comportarse. Pero en toda mi vida me habré encontrado con tal vez cuatro, no, cinco, hombres que me hayan asustado. Él es uno de ellos...

—¡Perfecto! —exclamó Zarpa Negra—. ¡Perfecto!

Ella asintió.

—Perfecto. Y he tenido una larga vida. Pero ese crío me pone los pelos de punta.

—¿Cómo de larga?

—No paras con las preguntas.

—Tú haces que no pare. Eres un ser muy peculiar.

En ese momento, ella se había levantado y estaba sentada a su lado.

—Supongo que lo soy... para ti. Pero, créeme, soy totalmente predecible. Parte de la lógica del universo.

—¿La lógica del universo? —repitió Zarpa Negra.

—Eso es.

—Ojalá pudieras utilizar tu lógica para sacarnos de aquí. Cada vez hace más fresco y a mí me está entrando miedo.

—Transfórmate en lobo. Tu piel...

—No. Estoy medio borracho por culpa del vino. Si me vuelvo lobo, se me irá este atontamiento, ya no tendré frío, pero estaré más asustado de lo que ya lo estoy. Tú también debes de tener frío. Tu amigo no ha vuelto.

—La enredadera. Ya lo sé. Eso me preocupa un poco. Está asustada y no sé por qué.

—¿No puede decírtelo?

—No. El lirio de agua es más expresivo, pero se ha pasado solo mucho tiempo. Aquí no hay jardinero que lo cuide. Y su música... es...

Zarpa Negra volvió a oír las notas, un arpa lejana.

—No saldrá y actúa como si esperara que yo supiera por qué. Pero no entiendo bien el lenguaje que habla y...

En ese preciso instante, el pájaro se posó en una punta de lanza de piedra que había cerca del brazo de Zarpa Negra. Éste se quedó pasmado, pensando que era Magetsky.

—¿Qué...? —empezó a decir.

Entonces el pájaro profirió un solo chillido, como la nota de una campana de plata, y supo que era imposible que fuera Magetsky. No podía serlo.

Zarpa Negra se dio cuenta de que le daba miedo. Los pelos del lomo se le pusieron de punta y sintió su parte de lobo deslizarse sobre él como cuando una nube cubre el sol y no crea oscuridad, sino sombras. Y supo que algo más que el lobo estaba invocado. Estaba utilizando unos recursos que no sabía que tenía.

El pájaro emitió otro chillido y los cuervos aparecieron como una ola negra por encima del cañón procedentes de unas cuevas sobre la cascada.

El pájaro se lanzó sobre el ojo de Zarpa Negra con su pico de afilado ónice... y alcanzó su objetivo.

El cerebro de Zarpa Negra no tuvo tiempo para registrar el latigazo de dolor que produce la pérdida de un ojo. En vez de eso, comprendió algo infinitamente peor, algo pronunciado por el ser que habitaba el pájaro.

—Te lisiaré..., te voy a destrozar la vida, lobo. Cuando haya acabado contigo, lobo, no podrás ver ni oír, y tu cuerpo mortal estará cubierto de cientos de heridas que supurarán y te causarán una agonía indescriptible. Se puede decir que vivirás en cierra manera durante algún tiempo. Pero desearás no continuar tu existencia en ese estado. Y así pasaras la frontera de la locura, después caerás en el olvido. Vengo de entre los muertos y tus transformaciones son inútiles contra mi poder.

Cuando el pájaro le arrancaba el ojo, Zarpa Negra cerró sus mandíbulas sobre él. Aquel ser se hizo polvo igual que un trozo de madera que se convierte en carbón a causa de una llama conserva su forma, aunque su sustancia sea ceniza.

A continuación, el polvo se transformó en un enjambre de insectos negros que se afanaban en traspasar su pelaje para llegar hasta la piel.

Se transformó y durante una décima de segundo fue humano. Se dio cuenta de que la amenaza del pájaro era cierta. Sólo tenía un ojo y la nube de insectos que le cubría el cuerpo lo estaba comiendo vivo.

En esa décima de segundo intentó ver adónde había ido ella. Donde había estado sentada, la Wyvern se aferraba a la roca. Parecía hecha de piedra, piedra con vetas verdes y salpicada de rojo. Parecía un dragón cincelado en la ribera del río.

Zarpa Negra gritó. La wyvern abrió sus fauces y él se vio envuelto en llamas.



Arturo durmió en la torre que había recibido de la Reina de los Muertos. Se sentó entre las dos cascadas con la antigua vasija a sus pies. Incluso en sus sueños era un rey y sentía que ya debía de haber sido rey cuando flotaba en el vientre de su madre y le daba patadas en la barriga.

Siempre había sido un rey y lo había sabido desde que era un niño y su madre, Igrane, y el amante de ésta, Merlín, lo atormentaban. Sabía que querían acabar con la fortaleza de su corazón. Pero fracasaron gracias a Uther y él permanecía en el umbral de su herencia. Fiel a sí mismo, un hombre que reinaría fiel a sí mismo y que nunca permitiría que otro hombre le usurpara su poder.

Un rey es un ser sagrado, el más alto sacerdote de su pueblo, una posible ofrenda a los dioses si fuese necesario. A eso se debían las posesiones más valiosas que tenían. Arturo lo sabía, lo tenía grabado en la mente.

Ella le había puesto la copa entre las manos y había permitido que mitigara su sed antes de la última ordalía. Ahora flotaba ante él, resplandeciente en el silencio oscuro del sueño, y su voz le ordenó: «Bebe».

Atrapó la copa con las manos y bebió. La boca se le llenó de sangre.

Por ser rey no podía rechazarla en ninguna circunstancia, así que sorbió. Se encontró en la cueva de acero poco iluminada en la que se habían reunido por primera vez. Pero ya no tenía techo y él estaba de pie entre las ruinas que alzaban sus estructuras contra el frío cielo gris. Tras las nubes el sol todavía calentaba, pero no

era más que un punto apenas brillante entre las nubes cenizas.

Paseó la vista por los asientos de la rotonda que una vez habían sostenido los restos de los cadáveres no humanos y vio que ahora estaban ocupados por un fuego de hielo azul. Se dirigió a él desde el trono más alto.

—Ya está. Somos libres. Ahora es el momento de que tú, tu pueblo reclame su herencia.

—¿Qué es este lugar? —susurró él, observando la desolación que lo rodeaba.

—El final está en el principio. Al igual que el principio está en el final. Éste es el lugar en el que terminó nuestro mundo cuando el vuestro comenzaba. Lo he hecho lo mejor que he podido, pero no puedo ofrecerte una explicación mejor. En cuanto a lo que merece la pena, nuestro pensamiento queda demostrado en la torre. Oh, rey, deja que su lógica te dirija. Los mejores pensadores de tu pueblo no escribieron nada, pero enseñaron mediante el ejemplo de sus vidas. Oh, rey, de nombre y fama inmortal pero situado más allá de toda comprensión, de time despido.

Entonces ambos desaparecieron, alzándose en dirección a las nubes y atravesándolas. El cielo de mediodía se oscureció como si la noche lo cubriera. Despertó con la visión de la belleza de la copa que resplandecía en el suelo. Se levantó y vio que estaba llena de rica leche fría. Tenía hambre y se sentía débil. Levantó la vasija y probó la leche.

La estancia más alta de la torre giró como un caleidoscopio a su alrededor. La realidad es un acertijo creado por la mente, basado en la información que reciben los sentidos. En aquel lugar, las especulaciones de la mente (apartadas con brusquedad) se suspendían. El cómo de todo aquello le resultaba incomprensible e hizo una reverencia a los creadores de la torre, reconociendo su talento e inteligencia.

El porqué resultaba más claro: movimiento de un lugar a otro.

Detrás de las cascadas, a cada lado del trono, vio un claro, una cañada cubierta de bosque, con el canto de los pájaros y el agua cayendo, hierba de un verde intenso, abundantes árboles, arbustos cargados de fruta y flores. Las pálidas gotas de las cataratas caían, refrescando la superficie esmeralda a la sombra de robles, saúcos, abedules, manzanos y endrinos.

Levantó la copa y volvió a beber. Vio el mar romper contra áridos acantilados, un mar furioso, que parecía que quería arrancar un palacio hecho de cristal que se agazapaba a los pies del acantilado. Las olas avanzaban sobre él, golpeándolo, acariciándolo, rugiendo contra el mosaico de vientos que formaban el techo. El sol aparecía y desaparecía tras las nubes, iluminando el palacio y el mar. Verde claro, oscuro, casi negro, continuamente cambiante, nunca en descanso, las aguas se batían sobre las cúpulas transparentes.

«Igrane está allí —pensó—, no, su camino es sólo suyo. Ya no formo parte de él».

Entonces atravesó unas oscuras tinieblas de fuego. Sus ojos azules lo miraron fijamente, un cruel tormento se adivinaba en ellos. Rápidamente, alzó la copa hacia sus labios, quería ir a ella.

«Serás mi reina», pensó.

Pero ella se había desvanecido. La habitación giró más rápido que el pensamiento y llegó a un lugar en el que vio a su pueblo reunido en una vega. Esta vez no pensó, habló.

—¡Un rey es un gran sacerdote!

El enorme caleidoscopio estaba inmóvil. Caminó hacia ellos, con la vasija entre las manos. Balin lo miró boquiabierto mientras salía de las brumas del amanecer en el río, cerca del puente.

Arturo vio que durante la noche el resto de mujeres se había unido a los hombres. Vio hogueras de huesos que enviaban a los muertos a un descanso sin llamas, de las que todavía se alzaban volutas de humo blanco. Las habían esparcido a lo largo del río. La niebla atrapaba las últimas huellas del fuego y compartía su mortalidad con la hierba curvada bajo el peso del rocío.

Río arriba, algunos hombres habían segado la hierba y habían preparado un cómodo campamento. Estaba muy cerca del espino del que colgaba la máscara de plata. En ese momento, el espino estaba totalmente florecido y las flores rosas y blancas relucían como nubes al amanecer.

—¡Has ganado! —exclamó Balin. Arturo sonrió.

—No creo que ella me pidiera una victoria.

—¿Y entonces qué era lo que quería? —preguntó Eline.

—Mi alma. Y yo se la entregué —fue la respuesta de Arturo.

Nadie dijo nada, pero la pregunta se reflejaba en todas las miradas y esperaba silenciosa en todas las lenguas. Arturo respondió a las palabras no pronunciadas.

—Ella la recibió entre sus manos y no le hizo ningún mal, sino que me la devolvió, purificada y llena de paz. Si eso es una victoria, nos pertenece a todos.

—¡No! Entonces es a nosotros a quienes ha maldecido —dijo Balin.

—Habéis recuperado el ganado. ¿Cómo podéis estar malditos?

—La leche —le respondió Balin—. La leche de las vacas está maldita. Alguna huele a sangre. Otras vacas producen una sustancia que parece excrementos líquidos. El resto de los animales, aquellos que tienen crías, están secos como el desierto, las ubres marchitas y secas.

—No podemos hacer pan —intervino Eline.

—Aquí traigo algo de leche —dijo Arturo suavemente—. Pruébala.

Ofreció la vasija a Eline. Ella la aceptó y bebió. Al terminar, dio un profundo suspiro. Sus ojos se encontraron con los de Arturo sobre la vasija que sostenía entre las manos.

—¡Muy buena! Pero ¿habrá suficiente para hacer pan para todos?

—Me parece que descubrirás que sí —respondió Arturo.

Otra mujer se les acercó con un cuenco de barro.

—Dame un poco, Eline. Bien sabe Dios que la puedo mezclar con agua y hacer que dé para mi marido y los más pequeños.

Eline asintió y llenó su cuenco. Otra mujer se acercó y rápidamente más y más se fueron acercando. Absorta en su tarea, Eline llenó una docena de cuencos antes de darse cuenta de que la vasija no se vaciaba. En realidad, cuantos más cuencos llenaba para las mujeres, más rápidamente aparecía más leche. Las mujeres se miraron entre sí, luego a Arturo.

—Shhh —les dijo él, poniendo el dedo sobre los labios—. El sol no toca todavía las cumbres de la colina. Llenad vuestros cuencos con la leche, pues eso quería ella, la Reina de los Muertos. Entre la noche y la mañana, entre el amanecer y la oscuridad, son los momentos en los que tocamos el otro mundo. En un lugar que existe y no existe, encontramos peligros y misericordia. ¡Bebed! Y heredad vuestro mundo. Ella os lo entrega.

—Serás nuestro rey —dijo Balin.

—Si así lo deseáis, mientras lo deseéis.

La vasija pasó de mano en mano, los hombres bebían hasta saciarse, las mujeres también bebían y cogían la leche necesaria para hacer pan para sus hijos. Incluso *Bax* bebió a lengüetazos cuando Eline se la ofreció. La vasija pasó rápidamente de mano en mano delante de ellos.

En el mundo hay maldad, enfermedad, dolor, muerte, terror. La pérdida de los seres queridos, problemas de los humanos sin solución que destrozan al individuo y a familias enteras. Embriaguez y locura. En la humanidad hay maldad, rabia, envidias sin fundamento, odio, avaricia y una veta oculta de crueldad que busca los medios para producir dolor a los otros y a veces a nosotros mismos. Obtener un placer malvado en los estragos que producimos al mundo natural sin más objetivo que probar que somos sus amos.

Pero hay momentos en que logramos escapar de la carga de nuestra humanidad común y superamos la maldad propia de la carne. Arturo comprendió que aquél era uno de esos momentos en los que los humanos se claman la mano ante la naturaleza y forman un círculo de paz. De estos ritos obtenemos la fortaleza para vivir, para trabajar, para amar. Aquél era uno de esos momentos, enviado por el pensamiento divino para alimentarnos. Arturo supo que él era el rey y el más alto sacerdote para aquellas personas. Y si era necesario, el primero y más importante de todos los sacrificios.

Bebió el último. De nuevo tenía la vasija entre sus manos, y en el momento en que el sol brilló sobre la máscara de plata que colgaba de la rama más alta del árbol florido, bebió la última gota de leche y la vasija quedó vacía.



No recuerdo cómo volví al lugar donde los demás me esperaban mirando fijamente el fuerte al otro lado del agua. Pero el caso es que volví.

Me senté en la hierba con ellos, junto al montículo en el que en el pasado se

alzaba la torre del vigía y esperamos. El viento que soplaba desde el océano seguía apartando de nosotros el hedor de los muertos. Todavía quedaba algo de vino del que habían traído los sajones. Ure y Gray lo compartían con nosotros, aunque yo lo rechacé.

Ellos me sostenían, los muertos. Me di cuenta porque Ure me hizo una pregunta. Y obtuvo una respuesta. Uno de ellos le habló. Sí, la voz salía de mis labios, de mi lengua y de mi garganta, pero yo no era la que pronunciaba las palabras, ni siquiera pertenecían a un idioma que yo conociera.

Durante un segundo pareció asombrado. Después me miró a los ojos con una expresión de fría comprensión. Y supe que lo había descubierto, había descubierto dónde y qué había estado haciendo. Entonces, impasible, se apartó hacia detrás de mí, hacia donde Gray y el Lobo, Maeniel, estaban. No lo seguí con la mirada. Todavía controlaba mis ojos.

Los dos espíritus que me ocupaban estaban obsesionados con la venganza y sus mentes, como ellos mismos, no se apartaban de la fortaleza, una sombra contra el horizonte de nubes grises. La noche se cernía sobre nosotros y a veces llovía, desde unas simples gotas hasta breves tormentas torrenciales. Cuando el sol se puso, se encendieron algunas luces en la fortaleza y en la playa cercana.

Debía de ser cerca de medianoche cuando Ure murmuró:

—Arriba todo el mundo y a los botes. Ahora o nunca.

Nos levantamos como si fuéramos uno. No sabría decir si alguno de nosotros tenía miedo o no. Tal vez no importara lo que sentíamos. Una va tomada una decisión, el transcurso de las cosas te lleva hacia delante, igual que un río arrastra una hoja caída hacia un destino impredecible.

Tenía un consuelo entre el odio y la desolación que golpeaban mi alma. Había invocado a los más peligrosos de todos los muertos y no podía hacer más.

Los barcos se deslizaron por las aguas invisibles ante nuestros ojos. Me dijeron que cerca de las ciudades es más fácil ver de noche porque las luces de las casas se reflejan en las nubes. Pero nosotros no estábamos cerca de ninguna ciudad o ni siquiera de un pequeño pueblo. La ciénaga estaba inmersa en una oscuridad completa, aliviada únicamente por las breves apariciones de la luna menguante entre las nubes. El agua que nos separaba de la fortaleza era una laguna poco profunda y salobre salpicada de islotes de juncos y hierba. Las luciérnagas se agolpaban sobre los montículos de hierba y parecía que guiábamos los botes entre macizos de estrellas.

Nos dimos cuenta de que estábamos cerca del fuerte cuando sentimos el empuje de la corriente del río mientras fluía velozmente entre los muros agrietados. Manejábamos los remos con fuerza, cruzándolos respecto de la corriente, y desembarcamos algo más abajo de donde estaba el fuerte. Los romanos lo habían construido en el punto más alto de muchos kilómetros a la redonda, pero ni siquiera así estaba a salvo. Las puertas que una vez habían dado al río habían desaparecido y

los muros que en el pasado las rodeaban eran un montón tambaleante de escombros, tan destrozados como intimidantes eran los muros intactos de los otros tres lados.

La sed de venganza de mi corazón me empujó a correr. Una carrera que comenzó tan pronto como dejé el barco.

«¿Por qué no?», pensé. Gray, Maeniel y Ure sabrían cómo disponer nuestras fuerzas.

Mucho tiempo atrás, los romanos habían trasladado las puertas a un flanco del fuerte, el lado que daba a la parte alta del río. Ellos irían allí y esperarían. Esperarían a que yo cumpliera mi parte. Eso era crucial. Tenía que hacer que los piratas saliesen ahuyentados por las llamas.

«Ella»..., la que se había ahogado en el lodo..., ¿o la habían enterrado viva? No estaba segura. «Ella» me tomó de la mano. Sentí que sus dedos descarnados se entrelazaban con los míos. «Ella» jugaba allí cuando era niña y bajo el agua, al pie del muro en ruinas, había un muelle en el que una vez habían atracado los barcos. Podía caminar por allí y alcanzar la parte más baja del muro. Era cierto, el muelle estaba sumergido, pero ni siquiera con la corriente que tenía el río en primavera estaba tan profundo para que no se pudiese pasar.

«Ella» me tiró de la mano y la seguí. En ese momento, la luna brilló un instante y comprobé que donde sentía su mano en mi mano no se veía nada, aunque mi carne tenía la marca de la presión ejercida. Me recorrió un escalofrío y supe que la causa era la gélida agua del fondo del canal. Sentí pena por ella. No había sido una persona muy inteligente ni tenía grandes conocimientos, pero había amado y quería vivir. Jamás he conocido a nadie que sinceramente quisiese morir, pero, en vez de vida, ella sufrió la crueldad, el dolor, la locura y finalmente la oscuridad.

Así que la seguí bajo las fétidas aguas. Fétidas porque aquellos que estaban al otro lado de los muros utilizaban las murallas en ruinas como letrinas y vertedero. Las piedras del muelle sumergido estaban viscosas y el agua me llegaba casi todo el tiempo por encima de las rodillas. Pero «Ella» me seguía empujando con un poder mayor que el de la corriente del río, que me golpeaba e intentaba arrastrarme a aguas más profundas; hasta que finalmente llegué a un punto en el que podía empezar a trepar por un montón de piedras que me guiarían hasta la parte más alta del muro. Desde allí podía observar la fortaleza.

No era una ascensión nada sencilla y al día siguiente me encontré un sinnúmero de cortes y arañazos en las manos, los pies, los brazos y las piernas provocados por la basura entre la que había gateado. Pero en ese momento no sentía nada, sólo una sensación de tremendo triunfo que no sólo pertenecía a mis dos compañeros invisibles, sino a mí también. No sé si ellos me habían contagiado su odio o si éste surgió de lo que había visto hacer a esos crueles depredadores a los pictos, los pintados. Había mucha madera en el fuerte, ¿llegaría a quemarla toda?

Los sajones habían reparado las pasarelas que los romanos habían construido alrededor del parapeto. Bajo ellas había chozas en las que almacenaba su botín, tanto

hombres como de otro tipo. La parte central del fuerte estaba ocupada por una cantina, el punto de reunión de los piratas.

Entonces volvió la luna, creo que convocada cuando la moradora enema de la ciénaga llamó a su mecenas. Y en la fría luz que parpadeaba mientras la densidad de las nubes iba cambiando, vi mi camino desde la parte alta del muro hasta donde estaba clavado cada uno de los postes que sostenían las pasarelas. Olí el hedor de los esclavos hacinados en los minúsculos cuartos y el estómago se me encogió ante el aroma de la carne asada y la cerveza derramada en la taberna.

En ese momento, algo creado por mí misma y mis tres compañeros, un ser completamente diferente de todos y cada uno de nosotros, gritó: «¡Quémalo, sacerdotisa! ¡Quémalo ahora!».

Y eso hice.

Jamás logré recordar cómo bajé de lo alto del muro. Lo siguiente que recuerdo claramente es la presión de mi mano derecha sobre el primer poste. La cólera bramaba en mi mente, silbaba como un nido de serpientes y provocó oleadas de vapor abrasador y un humo denso y gris. Algo o alguien dio un chillido de cólera y el fuego corrió de mis dedos al poste, directo como una flecha a la parte más alta, donde las tablas que formaban la pasarela ardieron envueltas en llamas. Aquellos postes eran el mal que había que quemar, pero yo sabía que el mal también estaba en mí.

Corrí de uno a otro lo más rápido que pude. No puedo decir que tuviera un plan, pero en el fondo de mi mente sabía que los postes que sostenían toda la construcción en el parapeto serían los más difíciles de quemar. Primero tenía que llegar a ellos y lograr que resultase imposible para los piratas supervivientes defender el fuerte.

Estaba a la altura del octavo poste cuando empezaron los gritos. En lo alto, las pasarelas se tambaleaban y caían brasas y tablas en llamas sobre los esclavos que había debajo. Toda mi alma se encogió horrorizada cuando me percaté de que estaban encadenados en el interior de las chozas. Me di la vuelta, avanzando a trompicones hacia el primer barracón.

Pero «ellos» me detuvieron, tirándome al barro que rodeaba la cantina. Me resistí.

—¡No! —exclamó Ure, poniéndome de pie con uno de sus largos y poderosos brazos.

Lo miré boquiabierto, preguntándome cómo había entrado y por qué estaba allí.

—¡No hay tiempo! —rugió, dándome la vuelta y empujándome contra la pared de zarzos y barro de la taberna—. Están condenados. Ahora quema la cantina o yo mismo te mataré.

Los gritos de terror, dolor e impotencia resonaban en mis oídos. Pegue las palmas de las dos manos contra la madera y puse toda mi vida y mi alma en el esfuerzo. Creé... una pira.

Los zarzos y el barro queman muy bien. Pero aquello sobrepasaba todas mis expectativas. La estructura desapareció con un rugido, los muros, el techo y las tablas de madera quedaron envueltos en llamas. El humo hacía que me escociesen los ojos y

sentía que me ardían la nariz y los pulmones.

—¡Las puertas! —gritó Ure—. ¡Ahora! ¡Es el momento! ¡Quema las puertas!

—¿Dónde están las puertas? —grité a la vez que sentía las primeras arcadas.

Ya no podía ver. El interior de la fortaleza se había convertido en un mar de humo iluminado por las llamas.

Ure se estaba agachando, jadeando, ahogándose.

—Cierra los ojos. Ellos te lo dirán.

Entonces desapareció, pues en la cantina había almacenado aceite y vino y las llamas se estaban colando por los muros. Me retorcí, intentando escapar de ellas, pero mi ropa ya había ardido. Sentía y veía mi armadura mágica brillar como una red verde sobre mi piel, manteniendo el fuego alejado de mí, pero mi carne empezaba a secarse a causa del calor. De todos modos, hice lo que Ure me había dicho y cerré los ojos.

A pesar de las llamas que me rodeaban, sentí el escalofrío de su presencia. Las puertas estaban muy lejos. Caí de rodillas, incapaz de soportar el calor y el humo, y gateé hacia ellas.

Cuando escapamos del infierno en que se había convertido la cantina, pude volver a ponerme de pie. Pero ante mí, y separándome de los enormes portalones de madera, había unos hombres armados. Vacilaron. Ciertamente yo debía de ser una aparición espeluznante: desnuda, sin mi cabellera, con mi armadura verde. Pero uno más audaz que los demás se puso frente a mí, espada en mano.

Estaba más allá de todo razonamiento, inmersa en la locura de la batalla, y resultaba peligrosa, pues no estaba desarmada. Sentí el golpe de la espada en mi brazo izquierdo, que quedó paralizado. Pero seguí adelante, no concebía otro camino. La palma de mi mano de fuego se pegó al pecho del hombre. El fuego atravesó las placas de acero cosidas a su armadura de piel, a través de la tela acolchada que vestía debajo. Su ame se derritió como mantequilla y se quemó hasta los huesos. No le dio tiempo a gritar. Su esqueleto relucía como un rubí a través de la piel que se fundía como cera o jirones de tela. Cayó al suelo, en medio de espasmos, carbonizándose; finalmente se convirtió en cenizas mientras moría, incluso antes de morir.

Los demás hombres huyeron. La oscuridad envuelta en llamas de alrededor les parecía menos terrible.

Mi cuerpo chocó contra los portalones de roble y hierro. Yo era fuego, nada más que fuego. Parecía que el viejo roble negro que había sellado el fuerte desde hacía más tiempo del que pudiésemos imaginar agradecía que llegara su final como objeto de uso humano. Las enormes puertas se desvanecieron en una explosión de luz, calor y brasas.

Me derrumbé y, desde mi posición sobre el lodo, vi cómo los guerreros sajones que habían sobrevivido se dirigían directamente hacia nuestros hombres. Por encima del crepitar del fuego oí los terribles golpes sordos de los proyectiles de las hondas estrellándose contra la carne, la sangre, el músculo y el hueso. Cayeron muertos

alrededor de mi cuerpo postrado como el mar que ruge, avanza y finalmente permanece silencioso.

Me tenían los dos seres del mal que había acogido en mi alma. Tuve un segundo de conciencia, vista y pensamiento antes de que alcanzaran ni mente, mis extremidades, mis ojos y mi lengua. Y durante ese segundo vi a Ure avanzar a grandes zancadas hacia mí, sin pelo, con la piel ennegrecida a causa de las quemaduras y el humo, las ropas convertidas en harapos..., sus ojos amarillos, relucientes, sin ninguna muestra de compasión, como los de un águila atacando.

Ure me agarró por el cuello. En un primer momento, las criaturas se quedaron asombradas, pero inmediatamente las invadió la cólera más que ningún otro sentimiento. No tenía ningún control sobre mis brazos y piernas, pero sí podía ver su rostro, borroso y distorsionado a través de mis lágrimas. Sus ojos eran verdes y fríos como piedras y mostraba los dientes amenazadoramente. Volvió a reírse, la carcajada de aquel que alza su espada para dar el golpe final a su enemigo caído.

En el campo, a nuestras espaldas, mis inexpertos muchachos y muchachas estaban viéndose las caras con los desorganizados y aterrorizados piratas, y estaban descubriendo lo fácil que es matar. La fortaleza era una pira rugiente y los esclavos encadenados seguían gritando. En aquel momento, los gritos eran casi inhumanos. Eran tan terribles que en mis oídos retumbaban como una fuerza de la naturaleza, el viento huracanado del mar, lamentándose y gimiendo entre las recortadas rocas de una costa árida. Pero sólo lo oía en la distancia y muy suavemente cuando Ure me cogió por el cuello, me sujetó con fuerza la mano derecha contra la espalda y me arrastró hacia el agua.

Me sacudía de la misma manera que un lobo sacude a una liebre para partirle el cuello y terminar con su resistencia. Después me hundió en el agua.

¡Dios! Aún hoy me despiertan las pesadillas en las que recuerdo aquel momento y pienso: «¿Eso es lo que se siente al ahogarse?». Los pulmones me quemaban en la garganta mientras iba tragando agua al intentar respirar. Está bien no poder recordar el dolor, porque la agonía de ahogarse lo abarcaba todo.

No sentía dolor. Toda yo era dolor mientras cada parte de mi cuerpo se agitaba espasmódicamente cuando la gélida agua me penetraba en la boca, la nariz, la garganta y los pulmones. Agua sucia, además. Sabía a barro, a fango, a sangre, a muerte fría, húmeda y oscura. Era tan terrible que durante un segundo logré liberarme de Ure. Me levanté, de nuevo había aire a mi alrededor. Pero no podía respirar. Tosía demasiado y tenía arcadas.

Entonces Ure volvió a cogerme por el cuello y a retorcerme el brazo, y el agua turbia, en la que danzaban destellos naranja del fuerte en llamas, de nuevo se acercaba rápidamente a mi rostro. Un segundo después volvía a estar sumergida y sentí que mis forcejeos se iban debilitando.

Aquella vez logré retener algo de aire, pero cuando se terminó, Ure seguía sujetándome y supe que en pocos segundos debería aspirar la fría mezcla de

sedimentos, el fango y el agua que me rodeaban. Y entonces me ahogaría. Para entonces, entre el horror que sentía por lo que había hecho, la angustia de la posesión y el cruel dolor que recorría todo mi cuerpo, casi estaba dispuesta a aceptar el final.

Fue demasiado para ella. Demasiado parecido a la muerte que ya había sufrido. Sentí que se iba y se deslizaba de nuevo a sus huesos, arrastrándose por un canal poco profundo de aguas salobres cerca del mar. Durante un tiempo infinito, la acompañé mientras el refluo de la marea lamía sus huesos, medio enterrados en el cieno del fondo. A través de las cuencas vacías de su calavera, pude observar la bóveda deslumbrante de estrellas que brillaban como un puente sobre el océano. Y sentí que no sólo la marea intentaba liberarla.

«Vete. Vete. Ya tienes tu venganza, ya no importa nada», pensé. Él ardió y el terror de mi mano, el hedor silbante mientras atravesaba un ser vivo y evaporaba su corazón, me desconcertó.

Y a continuación ella se extendía (es la única forma en que puedo describirlo), se extendía como la luz que inunda una habitación cuando se enciende un candil. Primero sólo hay oscuridad, después una chispa minúscula cuando la piedra entra en contacto con el acero, a continuación la luz lo inunda todo. Parecía que ella llenaba la noche y yo no podía seguirla. Estaba muerta y yo volvía a mi carne atormentada, luchando contra el abrazo de Ure.

Me levantó justo cuando abría la boca para respirar agua. Nos llegaba d agua hasta las rodillas y yo tosía y tenía fuertes arcadas, intentando respirar y expulsar el agua que tenía en el estómago al mismo tiempo. Me volvió a zarandear porque había logrado alargar la mano izquierda y le arañaba la cara.

El dolor era insoportable. No creáis a quien os diga que no duele ser zarandeado por un hombre fuerte cuando los músculos y los tendones están separados de los huesos. Estábamos mirando hacia tierra y veía la fortaleza claramente. Era una pira, aunque ya no se oían gritos y supe que nada podía haber sobrevivido al calor de aquel horno. Nuestros hombres y los sajones no eran más que unas siluetas negras que luchaban contra el resplandor salvaje de las llamas.

A la luz de esas mismas llamas vi a Maeniel en la orilla, el rostro de lobo inmóvil en un gruñido amenazador, los colmillos fuera, los labios mostrando los incisivos, de los que parecía que goteaba sangre por un efecto del resplandor del fuerte en llamas. Venía dispuesto a abalanzarse sobre mi garganta.

Desesperada a causa del miedo, logré zafarme de Ure y sentí que las mandíbulas de Maeniel se cerraban a sólo unos milímetros de mi cuello. Podía darme por muerta, lo supe en cuanto vi al lobo caer sobre el agua y las gotas que se levantaban a causa de la fuerza del salto. Tal vez Maeniel fallara una vez, ¡pero dos era impensable!

Se dio la vuelta, sacudiéndose el agua del pelaje a la vez que giraba el cuerpo ya en el aire. Primero las ancas tocaron el suelo para buscar un punto de apoyo en el fango y así impulsarse en el próximo salto hacia mi garganta.

Sentí la serpiente. Se retorció en mi cuerpo. Mis caderas y el pecho se ondularon

como el largo cuerpo carente de brazos y piernas. Estaba tan aterrorizada que había perdido el control y había olvidado que yo era humana y no podía moverme como ella.

Perdí el equilibrio y caí justo cuando Maeniel se había dado completamente la vuelta y volvía a abalanzarse sobre mi garganta. Sentí cómo me tiraba de la carne, separándose de mí como cuando una uña se rompe al quedarse enganchada en la corteza de una astilla que estás cortando. A mí me había pasado una vez mientras recogía leña para el fuego, mientras separaba la corteza de la madera seca.

Mi cuerpo, mis entrañas parecían desgajarse mientras la serpiente se alimentaba de mi sustancia para formar la suya propia. Primero sentí el cuerpo terso y recubierto de escamas en la garganta. Me cortó la respiración y se deslizó sobre mi lengua. Mi boca debió de abrirse todo lo que pudo, porque pasó entre mis labios y dientes como una expiración dolorosa y se lanzó lo más fuerte que pudo contra el cuerpo de Maeniel, que ya caía sobre mí.

Oí a Ure dar un aullido triunfal. Fue muy rápido, atrapó a la serpiente por detrás de la cabeza y la sacó del todo de mi cuerpo, justo cuando las patas delanteras de Maeniel me golpeaban en el pecho y me tiraban sobre la orilla de barro. Ure sostenía la horrible criatura que se retorció y vi que ésta intentaba rodearle el brazo e inmovilizarlo. Pero él no se lo permitió. Se dio la vuelta y la lanzó muy lejos sobre las negras aguas. La vi retorcerse y girar entre el lago y las estrellas. Después desapareció.

Me sacó del agua mientras maldecía mi estupidez por haber dejado que las criaturas del mal me gobernaran.

—¿No se te ocurrió nada mejor? —rugió.

—¡Eres un hechicero! —conseguí decir entre jadeos.

—Sí —me respondió con una sonrisa amenazadora y nada bondadosa—. Pero no tengo nada que ver con ese timorato de Dugald que tanto aprecias. No tengas miedo. Te enseñaré mejor. Te enseñaré cómo controlarlos, hacerlos tus esclavos y conseguir que cumplan tu voluntad.

Casi todos los piratas estaban muertos y observamos por encima del agua cómo nuestros hombres (y entonces ya podía llamárseles hombres) degollaban a los pocos heridos que seguían con vida y empezaban a desnudar a los cadáveres.



No había tiempo, sólo ciclos que se repetían sin cesar: primavera, verano, otoño, invierno. Y de nuevo la primavera.

Nada cambiaba, en realidad nada cambiaba. Nacían niños y los más viejos morían. Los muertos no se iban, sino que eran una parte ausente de la comunidad, ausente durante un tiempo, pues sus espíritus, liberados en la pira, podían deambular una temporada y después volver, buscar un vientre. Y cuando encontraban una pareja

en la agonía del deseo, penetraban en el cuerpo de la mujer e inspiraban vida en la sangre mezclada de la pareja. Así volvían a la vida.

«Nuestro recuerdo del paraíso», pensó Uther cuando entró en la arboleda detrás de Morgana. Estaba decidido y ya había hecho todos sus planes. O al menos eso era lo que él creía. Saldría esa misma noche con Cai y Gwain en dirección a Londres.

Cuanto más observaba Uther el pequeño bosque, más le gustaba como lugar para acampar. El bosque se alzaba en pleno campo abierto. Las sacerdotisas que lideraban las sociedades de guerreros habían puesto centinelas y si los atacaban podían prepararse con mucha anticipación. La comida que habían puesto al fuego empezaba a hacerse y su aroma invadió la conciencia del rey. Cerca de donde se habían instalado sus hombres del juramento habían construido para él algo que casi podía llamarse pabellón, una tienda de tela y piel sobre la que estaban pintados los antiguos símbolos de la casa del dragón, blanco, azul y dorado. Su estandarte, el dragón, ondeaba en un asta delante de la tienda. La bandera también estaba hecha de tela y piel. La enseña tenía un agujero y la cabeza del dragón estaba contra el viento. Las ráfagas de viento pasaban a través de ella y el dragón gritaba. La triste y oscura música de la guerra tintineaba en su voz.

Desde hacía cuánto invocaba a hombres y mujeres, se preguntaba. Ordenándolos que abandonaran sus vidas llenas de paz y felicidad para ofrecerse, resistir y morir. Ese ruido y el timbre de la corneta de los cuernos de guerra hablaban del desafío del ciervo, del toro, el jabalí y el lobo. Era la confirmación del deseo del macho. Soy el más fuerte, soy el mejor. La hembra, con valor y sacrificios, ¿me ganaré su amor, la inmortalidad que arde entre sus muslos? ¿Cuándo, oh, cuando empezamos toda esta locura?

Morgana lo sacó de sus ensoñaciones.

—Mi señor, tenemos obligaciones que cumplir aquí.

—Sí —respondió Uther pasándose la mano por los ojos como si quisiese hacer desaparecer alguna visión estremecedora.

—Si éste fue un lugar sagrado como Shela, que fue quien lo vio primero, sugiere, es nuestro deber ofrecer un sacrificio a sus moradores. No mostrarles respeto sería tentar una terrible mala suerte. Un rey es el gran sacerdote de su pueblo. Es tu deber aplacarlos, para que no nos hagan ningún mal.

Uther asintió. Apenas quería cenar y aquella noche le esperaba un largo camino. Así que tenía que cumplir rápidamente con aquel gesto ritual, al fin y al cabo eso era lo que era, aunque fuese de tipo sobrenatural.

—Reúne algunas cosas para la ofrenda y sígueme.

—Miel, vino, aceite, hidromiel —sugirió Morgana.

Uther se encogió de hombros.

—Cualquier cosa de éstas, o todas. No es propio de un rey parecer tacaño, pero necesitaremos todas nuestras reservas antes de que esta... —dudó qué palabra escoger, finalmente terminó la frase—, de que esta guerra termine.

Se adentró en el bosque, dejando a solas a Morgana para que más tarde lo siguiera. Una vez pasada la línea de matorrales que había en el lindero, el bosque era menos tupido. Los árboles eran casi todos robles. Pero había grupos pequeños y compactos de encinas entre enormes robles nonagenarios. Uther no recordaba haber visto tantos árboles viejos en un mismo lugar. Ninguno de los troncos se podía rodear con los brazos y la mayoría eran tan anchos que al menos se necesitaban media docena de hombres para abarcarlos. En algunos lugares había habido rostros tallados, pero la corteza había seguido creciendo sobre el delicado árbol e incluso para su experimentado ojo era difícil distinguir los espíritus que una vez los habían habitado.

A medida que se adentraba más y más en el bosque, dejó de oír los ruidos del campamento a sus espaldas y el silencio lo acompañaba en su caminar. Como los árboles eran tan viejos, el dosel de las copas de los árboles era abierto y el sol que se ponía brillaba a través de él. Caminaba a través de una especie de parque moteado por los rayos de sol, suaves sombras que nada tenían que ver con la profunda oscuridad que se cernía sobre los grupos de encinas.

Sintió un hormigueo en el cuello cuando se dio cuenta de que el bosque estaba lleno de muérdago y que trataba de esquivarlo. La hierba no estaba muy alta y parecía que animales de cierto tamaño hubiesen estado pastando allí no hacía mucho. El agua se quedaba retenida en las zonas más bajas y no vio el rastro de ningún ganado, sino patas hundidas. ¿Qué oveja o cabra dejaría unas huellas tan marcadas?

Encontró lo que buscaba en el lindero del bosque. Se preguntó cómo era posible que la sacerdotisa no se hubiese dado cuenta de lo que era y acabó llegando a la conclusión de que debía de haber sido intencionado el que ella no pudiera verlo. Pero él era rey y sacerdote, él podía.

Excepto por el fuego, todo era oscuridad en el mundo de entonces. Las lámparas que tenían daban pequeñas llamas vacilantes que apenas disipaban la noche que se acercaba. Se sentaban y veían salir las estrellas. La luna y el sol iban y venían, pero las estrellas permanecían eternamente, rodeándolo todo para siempre.

Aquello era lo que ellos querían, el final del tiempo. La vida es buena, pero ¿qué vida podría ser tan buena para que alguien quisiese que continuase igual para siempre?

El túmulo tenía forma de cuña, como otros que había visto. La cámara del sepulcro estaba en el extremo más alto y daba directamente sobre la planicie. Los muertos más recientes eran colocados nada más pasar el lindero, desde donde pudieran contemplar las estrellas. Entregaban su carne a la tierra, se fundían para ser una sola cosa con ella. Pero las estrellas se elevaban en el horizonte para llevarse sus almas.

El tiempo se detiene para las estrellas. En el túmulo alcanzan su final. Cuán amargamente los envidiaba. A él y a su pueblo los arrastraba el tiempo como el río a una rama caída, golpeada, hinchada, transformada para siempre por la corriente.

En ese momento oyó ruidos a sus espaldas, en el bosque. ¡Estaba solo! Había

dejado a Morgana y a sus hombres al otro lado del bosque.

Un segundo después tenía la mano sobre la empuñadura de la espada y se daba la vuelta para enfrentarse a su perseguidor.

Morgana salió de entre los árboles. Llevaba una bolsa de red llena de paquetes de piel que contenían las ofrendas que tenían que hacer a los sepulcros. Uther exhaló un profundo respiro de alivio y se dio cuenta de que tenía el cuerpo cubierto de sudor.

Morgana se detuvo, observándolo.

—¿Has creído que era un asesino?

—¡Sí! Es difícil adivinar a cuántos de los nuestros habrán corrompido los señores sajones. O tal vez ni siquiera es necesario un soborno. Un rey se gana tantos enemigos que podría ser cualquier subalterno rencoroso que conservara en su corazón la fría malicia necesaria para escoger el momento adecuado para clavarme un puñal. Tú tienes el Sith del Gato, Cai el de la Foca, pero yo moriría a la primera.

—Ser de constitución fuerte es una ventaja. Pero hasta ahora, no había pensado en ello como una ventaja. Yo no soy como ese Maeniel que tú conoces. No puedo hacerlo siempre que quiera. Y tampoco Cai. Tienen que darse ciertas condiciones. Y no estoy segura de cuáles son las necesarias.

—Creo que están a punto de darse —dijo Uther, señalando el túmulo.

—¡Dios! ¡Ellos todavía están aquí!

—Cristo no tiene nada que ver con esto.

—¿No? ¡La cruz es el símbolo de las cuatro direcciones que unen el universo!

—Nunca lo había pensado así.

Morgana señaló la bolsa que llevaba en la mano.

—He traído muchas cosas. Tienes razón, no es bueno ser tacaño.

Se adelantó hacia la parte de delante del túmulo, y vio que era cierto que éste miraba hacia occidente.

—Contemplan las estrellas —dijo Morgana.

La entrada en la parte más alta del túmulo era un triángulo formado por dos piedras altas que se apoyaban una en otra. Tras ellas estaban las dos plataformas de piedra en las que descansaban los observadores, una a cada lado, y tras ellos, la oscuridad. Morgana se arrodilló sobre el alto y suave césped que se extendía a lo largo de toda la planicie como un enorme mar verde. A pesar de que el túmulo estaba orientado más o menos hacia el oeste, lo habían situado en un ángulo de tal manera que cuando el sol se ponía no rompía la noche.

—Siento sus ojos —dijo Morgana.

Uther contempló la hierba acariciada por el viento que se extendía hacia el horizonte. Brillaba bajo los rayos inclinados del sol poniente.

—Me pregunto cómo era la vida cuando los reyes confiaban en su pueblo.

—Como esto —le respondió Morgana—. Serena, silenciosa, sin miedos ni desgracias. Como estamos ahora aquí. Hermano y hermana bajo el sol del atardecer. ¿Has comido algo en todo el día, hermano mío?

Uther negó con la cabeza.

—No tengo apetito. El estómago no soportaría ningún alimento en un día de tan difíciles decisiones.

—Pues entonces siéntate. No creo que los durmientes nos negaran que compartiésemos con ellos su festín.

Uther se quitó el manto y lo extendió sobre la hierba. Ambos se sentaron y repartieron las provisiones que llevaban en la bolsa de red: pan con embutido y cebollas, miel, mantequilla y vino.

—Siempre fueron muy hospitalarios y nos transmitieron esa tradición. Nada de carne excepto el fiambre que vaya con el pan —dijo Morgana, pasándole una pequeña rebanada.

La untó con mantequilla y miel y comió.

—¿Cuánto tiempo estuvieron aquí antes de que..., de que llegáramos nosotros?

Morgana se encogió de hombros.

—Cuando estudié con aquellos que sabían sobre ellos, descubrí que no había consenso sobre eso. Con la excepción de la creencia de que los túmulos fueron construidos después que las otras tumbas. Pero ambas fueron levantadas por el mismo pueblo. En lo que todos coinciden es en que parece que ellos fueron los primeros, anteriores incluso al momento en que el mar se levantó y esto se convirtió en una isla. El tiempo que dominaron estas tierras no se sabe. Quizá mil años por lo menos, pero es más probable que fueran tres o cuatro mil.

Uther hizo la señal de la cruz.

—Tanto tiempo, tanto tiempo... No puedo imaginármelo.

Morgana llenó de vino un cuenco de piel y se lo ofreció. El embutido estaba salado. Bebió un trago largo y sintió que una extraña paz entraba en su cuerpo y su mente.

—¿Es muy fuerte este vino? —preguntó, mirando más allá de la ondulante hierba, hacia el sol que se iba acercando a la neblina que ribeteaba el horizonte.

—No creo. Es más probable que se deba a la paz que reina aquí. Fuera lo que fuese lo que buscaban los constructores de la tumba, lo encontraron. Estos alimentos, los que estamos compartiendo, forman parte de ello. Pero tenemos que esperar hasta que oscurezca y hacer la ofrenda bajo las primeras estrellas.

Uther ya había acabado de comer.

—Túmbate y descansa un rato. Yo me quedaré vigilando. No temas, podemos encontrar el descanso en la oscuridad. He traído una antorcha para que pudiéramos hallar el camino si nos sorprendía el atardecer.

—Una noche a caballo. Sí, me espera una larga noche a caballo —dijo Uther. A continuación se tumbó, todavía vestido y armado, y se durmió.

Morgana se sentó con las piernas cruzadas a su lado y contempló los cambios que el sol producía en el mundo que la rodeaba a medida que cambiaba de posición en su descenso hacia el horizonte. De un momento a otro, los cambios en la luz, su color, la

largura de las sombras, la llevaron a una comunión más profunda con el susurrante mundo que la envolvía. La vida no es afirmación o negación, sino un continuo. Del nacimiento a la muerte, de la juventud a la vejez, del día a la noche, todo se mueve en un amplio arco que no puede comprenderse totalmente a no ser que se contemple en quietud.

El Sith del Gato despertó en Morgana, su piel, ágil, fuerte, sabio; justo cuando el último rayo anaranjado se desvanecía en un brillo azul opalescente. Y lo que había sido Morgana descansando en la hierba era ahora un conjunto de músculos unidos y cubiertos por la piel de terciopelo moteada del leopardo. Armado con colmillos y garras, y un mordisco instintivamente letal, el asesino más formidable conocido por el hombre.

El amor de un gato es trágico, porque el gato no está predestinado a amar. La mayoría de los gatos son solitarios empedernidos que no llevan la cuenta del tiempo y viven múltiples experiencias en la más completa de las soledades. Un gato no puede ganarse el amor, ni entregarlo a las molestias y demandas sociales. Los gatos, menos aún que los humanos o los caninos, no pueden esclavizarse. De lo único que pueden ser víctimas es de la veleidad y la negligencia humana.

Ser el Sith del Gato significaba comprender esas cosas, y así había hecho Morgana. Pero ella quería al hombre que dormía a su lado. Se puso de pie. Incluso dormido, la mano de Uther descansaba sobre la empuñadura de su espada. Lamió esa mano con su áspera lengua.

Uther se movió, murmuró y gimió en sueños. Todo lo que quedaba del día era una cinta azul en el horizonte. Las pupilas del gato se dilataron y Morgana, el gato, vio claramente las dos figuras que estaban a la entrada del túmulo.

Sabía, poderosa como era el Sith del Gato, que no podría ayudarlo. Al menos, no en ese momento. Su naturaleza era demasiado individualista. El amor era una pesada carga, y si él fracasaba, el corazón del Sith del Gato se rompería y ella moriría.

No, Morgana debía entregárselo a otros guardianes, y éstos esperaban a la entrada de la tumba. Para el Sith del Gato, allí sólo quedaba la luz.



Las llamas que envolvían la pierna de Zarpa Negra habían reducido a sus atacantes (fueran lo que fuesen) a polvo. Y de paso habían hecho desaparecer gran parte de su pelaje. Vio que la wyvern saltaba hacia él. Atrapó con sus garras su cuerpo chamuscado y se precipitaron al río.

Medio cegado por las oscuras aguas, toda su razón convertida en un pánico descontrolado, Zarpa Negra luchaba para zafarse de ella. Aquél no era un buen refugio para él, le gritaba mentalmente. En un momento, tragaría agua y se ahogaría.

Se quedó asombrado cuando ella le contestó a gritos, la oyó con tanta claridad como si hubiese hablado.

«¡Maldito seas, cabezota! ¡Colabora conmigo o te acabarás ahogando!». La última palabra era un auténtico chillido.

Atrapado entre sus garras, el delgado cuerpo cubierto de escamas lo envolvió y, hundiéndose en el profundo fulgor del lago, Zarpa Negra colaboró. Se rindió, se dejó ir. En su mente resonó el terrible destino que le había descrito el pájaro negro. El rápido enmudecimiento de su voz era infinitamente mejor que la lenta decadencia que el pájaro le había prometido.

Por primera vez sintió intensamente su naturaleza dividida. El hombre se rebelaba, pero el lobo abrió la boca, respiró en el agua y... ¡no se ahogó! Unos segundos después, las dos wyverns llegaron a las rocas que había entre los remolinos de las corrientes formadas por la catarata.

«¿Se puede saber cómo ha hecho eso?», pensó Zarpa Negra.

Era verdad que él era una wyvern mucho más pequeña que ella, pero... Tenía un cuerpo sinuoso y musculoso, unas poderosas garras palmeadas que se abrían y cerraban y una erguida dorsal de púas que era formidable.

«Vaya, esto no está nada mal. Podría llegar a gustarme», pensó Zarpa Negra.

«Deja de murmurar. —El pensamiento estaba dirigido a él—. Si quieres hablar de esa manera, tienes que construir frases claras y completas».

Zarpa Negra la obedeció.

«¿Qué son estas cosas?». Las púas del lomo se levantaron y cada escama del cuerpo se tensó.

«Que me parta un rayo si lo sé», fue la respuesta que recibió. Incluso en forma de wyvern, ella lograba mostrar su irritación.

«¿Crees que podría aprender a hacer esto yo solo?», Zarpa Negra se sorprendió de lo claramente que estaba enunciando sus pensamientos.

«Que me vuelva a partir un rayo si también sé eso», obtuvo de nuevo como ofendida respuesta. Después continuó con sus pensamientos. «Por lo menos ahora sé por qué la enredadera estaba tan asustada. La pobrecilla tenía buenas razones. Y ten cuidado con cómo utilizas el oxígeno. Las branquias no son demasiado eficientes, ése era uno de los pocos puntos débiles de estas criaturas. Se movían mejor fuera del agua, pero me parece que no deberíamos intentar salir ahora».

«Fíjate en qué fría está», dijo Zarpa Negra. Vio total acuerdo en la expresión de la otra wyvern.

«Nieve fundida —llegó hasta él—. Nos guste o no, creo que deberíamos esperar hasta que sea de noche».

Ella debió de ver el enfático acuerdo en su expresión, porque no añadió nada más.

Lo difícil de aquella situación era que todo suponía un esfuerzo: mantener la forma de wyvern, luchar contra el frío, mantener la mente clara contra la fuerza de la naturaleza del dragón y el terror mortal que inspiraban en ambos los cuervos.

Zarpa Negra estaba dormitando, con las garras aferradas en las rocas, cuando sintió una presión y supo que ella debía de estar moviendo la cola. Zarpa Negra

comprendió que en el pasado aquellas criaturas debían de haber usado el movimiento para llamar la atención sobre sus deseos, pues toda wyvern que hubiese en esa zona sabría lo que significaría cada movimiento en concreto. Aquél no era más que un golpecito en el lomo.

«¿Ahora mismo?», preguntó.

«Estás mejorando», fue la respuesta.

Zarpa Negra estaba tan orgulloso del cumplido que se hubiese sonrojado, si hubiese sido humano. En su forma actual, todo lo que podía hacer la wyvern era chasquear los nudillos con modestia. Ella no era dada a los cumplidos, al menos con los que no tuvieran que ver con sus habilidades sexuales.

«El frío acabará con nosotros si no lo hacemos», dijo él.

«De acuerdo. A la de tres. Una, dos, ya».

Hicieron coincidir palabras y movimientos. La corriente del río era más caliente en las capas más altas. Cuando sacaron las cabezas del agua, descubrieron que los cuervos se habían ido y que una enorme luna, casi glacial, brillaba sobre ellos. Como si fueran uno solo, nadaron hacia la orilla.

—Nunca antes había visto una luna así —dijo Zarpa Negra.

—Sí, ya lo sé. Y ésa es una de las cosas que me preocupan de este lugar.

Volvían a ser humanos y hablaban de la forma habitual. Ninguno de los dos quería salir afuera, así que encontraron una gruta poco profunda erosionada por la corriente y entraron en ella gateando. Zarpa Negra se transformó en lobo y se sintió aliviado al comprobar que estaba totalmente curado. Ella se pegó a la curva que formaba su cuerpo cubierto de pelo y los dos cayeron en un profundo sueño a causa del cansancio.

Zarpa Negra se despertó con las primeras luces de la mañana y la certeza de que se enfrentaba ante el peor problema de su vida. No se movió ni se transformó en humano porque no quería despertarla. Observó su rostro bajo la luz incolora del amanecer y llegó a la conclusión de que no tenía muy buen aspecto. Parecía que su cara había envejecido durante la noche, tenía la piel muy pálida y ojeras. Pero lo peor de todo eran las condiciones en que tenía una de las manos. El brazo terminaba en un charco con forma de mano.

Pensó que era una amenazadora advertencia de que su elemento natural la reclamaba. Entonces lo sorprendió su voz.

—¿Lo ves? —preguntó ella.

—Sí. ¿Y tú?

—No, pero puedo sentirlo. Déjame concentrarme. —Se concentró y el agua moldeó de nuevo la forma de la mano.

Zarpa Negra se llevó la mano hasta sus labios y la besó.

—Soy un idiota —le dijo.

—Sin recriminaciones. Son un desperdicio de energía y no tengo mucha.

Él asintió.

—¿Qué te ayudaría?

—Obtengo mi vida del manantial de mis aguas nativas. Tenemos que encontrar una puerta y regresar.

Zarpa Negra alzó la vista hacia las imponentes cataratas, una enorme columna sacudida por el viento de la mañana.

—No, me parece que no. Tendrías que escalar las rocas que hay junto a la catarata y la caída te mataría si no consigues transformarte lo suficientemente rápido después de llegar al suelo. Además, aunque llegaras a la parte de arriba, dónde podrías encontrar una cuerda... y esos pájaros...

—Sí, esos pájaros —repitió con un ligero escalofrío—. Mírame. Voy a convertirme en un poderoso guerrero y aquí estoy temblando cada vez que pienso en ellos.

—No cambies el problema. Vamos a tener que probar suerte río abajo.

Ella se sumergió y Zarpa Negra la siguió.

Primero el río comenzó a ensancharse y pasaron a través de bancos de arena a ambos lados. Pero entonces empezó a suceder algo extraño.

Inexplicablemente el nivel del agua comenzó a bajar y las paredes del cañón se acercaban cada vez más, hasta que se encontraron caminando por un estrecho pasillo al que no llegaba la luz, por el que corría un hilillo de agua que una vez había sido un violento torrente.

—Esto no tiene muy buena pinta —dijo Zarpa Negra—. ¿Tienes la más remota idea de lo que está pasando?

—No tengo la más mínima idea.

—¿Adónde se ha ido el agua?

Ella le respondió con una mirada hostil.

Las paredes del cañón estaban tan juntas y eran tan altas que apenas permitían que pasara la luz. Las wyverns avanzaban penosamente a través de aquella oscuridad húmeda, por un camino de piedras lisas, erosionadas por el agua.

—Qué extraño. Hace frío —dijo ella.

Él no tenía frío, a pesar de que no llevaba nada sobre la piel. La miró sorprendido y... ¡se le pusieron los pelos de punta!

Era una mujer vieja.

Los senos que tanto había admirado le colgaban como sacos vacíos. Tenía la piel seca y apergaminada. En sus manos, la piel se había retirado de las uñas, dándoles el aspecto de garras. Su rostro estaba marchito, surcado por profundas arrugas, los ojos hundidos y sin brillo, los labios ligeramente retirados de los dientes, de la misma manera que un cráneo deja los dientes al descubierto en una última y diabólica sonrisa.

Apartó la mirada lo más rápidamente que pudo.

—Sí —le dijo ella—. Me estoy muriendo.

Zarpa Negro se sintió como si alguien le hubiese dado un puñetazo en el

estómago. Siguieron caminando.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Cómo? Estoy separada de las aguas de las que obtengo mi vida. ¿Por qué? Al menos en cierto modo porque utilicé una parte considerable de los poderes que me quedan en convertirte en una wyvern, para que pudiéramos huir de los pájaros.

—No hay ningún «pudiéramos». Tú podrías haberte escapado fácilmente. Pero... yo..., si no hubieras hecho tu mejor truco, ahora mismo esos cuervos estarían arrebajando mis huesos. Es culpa mía.

—¡No! —La palabra era un susurro, como si ahora también fuese un esfuerzo para ella hablar—. Odio morirme, pero odio más no vivir para enseñarte tantas cosas... Una de ellas es que nada es completamente culpa de nadie. Echar la culpa es una de las cosas más fútiles que hacen los hombres.

—No, si hay un culpable, soy yo —continuó—. Tendría que haberte advertido antes de entrar en el túnel. Haberte dicho que tuvieras cuidado. Pero tenía tantas ganas de que vinieras a mi casa que no se me ocurrió advertirte. Y precisamente lo que no quería que sucediera, ha sucedido.

—¿Qué es el túnel?

—Nadie lo sabe, y quiero decir nadie. Ni siquiera «Ella».

Zarpa Negra hizo ademán de detenerse.

—No. Sigue caminando, me pase lo que me pase, lobito. Tienes que encontrar un refugio antes de que caiga la noche.

La obedeció.

—El túnel es... antiguo. Nadie sabe cuánto. Pero ten esto en cuenta. Existo desde hace tanto que tu pueblo ni siquiera tiene los conceptos matemáticos para hablar sobre mi edad.

Zarpa Negra recordó una conversación que había tenido con su padre sobre el tiempo. Su padre consideraba inútiles las teorías de entonces sobre la edad de la Tierra, aunque decía que el pueblo de Dugald tenía una idea más acertada sobre eso que la mayoría de los cristianos.

—No lo pongo en duda —le contestó.

—Muy bien. Pues ahora míralo de este modo. El túnel era muy antiguo incluso antes de que yo naciera. Y confía en mí, eso es muchísimo tiempo. Se supone que hay explicaciones escritas en los muros sobre adónde ir, pero ya nadie sabe leerlas. Yo viajé a través de él, cuando lo hago, con la ayuda de Dios y mi intuición.

En ese momento, Zarpa Negra empezaba a sentir algo de frío. Echó una mirada atrás, a los imponentes muros que se levantaban a los lados.

—Tal vez no regresemos nunca —murmuró.

—Es posible. Ahora cállate, porque tengo que dedicar todas las fuerzas que me quedan para mantener tu ritmo.

No confiaba en ella y seguía mirando atrás para asegurarse de que todavía lo seguía. Así supo cuándo se cayó y ya no se pudo levantar.

No necesitaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer. Volvió sobre sus pasos, la recogió, se la puso sobre los hombros y siguió caminando.

Mientras avanzaba se preguntó si podría comer algo de la escasa vegetación que crecía en las paredes del cañón. La mayoría de lo que tenía al alcance eran líquenes y musgo. Aquí y allá había helechos que se aferraban a las grietas en las que crecían compactas matas de musgo en flor. Tenían hojas grandes y crujientes. Las partió y empezó a comerlas.

No estaba mal. El sabor era una mezcla de apio y pepino. Pero cuando intentó alimentarla con ellas, simplemente apartó la cara y no dejó que se las metiera en la boca. Ese movimiento fue la única señal de que estaba viva.

Parecía demasiado débil para hablar. Ya ni siquiera parecía mayor, sino que recordaba una planta a la que han cortado las raíces y poco a poco se marchita bajo el sol. Su cuerpo era flácido, muy ligero y suave.

Oyó el canto desde muy lejos. Le recordó la enredadera de flores rojas que ella vestía la última vez que habían hecho el amor. Pero esa melodía era más, mucho más compleja.

A medida que avanzaba, se oía cada vez más alto. Eso lo desconcertó. Recordaba que ella le había dicho que las hembras de la enredadera de flores rojas vivían muy lejos, río abajo.

Sabía que no todas las plantas cantaban. Los helechos, por ejemplo, no hacían nada cuando les arrancaba unas hojas. Las que ella favorecía eran diferentes.

En el cañón había mucha humedad. Zarpa Negra sabía lo que era la niebla. La niebla es lo que se produce cuando el aire frío y húmedo se encuentra con calor. El agua del arroyo, poco caudaloso pero constante, estaba fría. Por la noche, el aire caliente y seco seguramente soplaba por el cañón, encontrándose con el aire frío y húmedo del fondo. Se formaban nubes húmedas que empapaban las paredes del cañón. Y el estrecho camino se convirtió en un bosque de nubes.

Helechos, musgo y líquenes vivían en la parte más baja, donde apenas había luz. Pero más arriba crecían plantas grandes y hasta árboles pequeños. Zarpa Negra veía que formaban un sistema equilibrado. En la parte más baja, la vida vegetal era abundante aunque hubiese menos luz, pues había más humedad. Más arriba, donde el sol brillaba, los amantes del sol no eran muchos por la falta de humedad.

«Puedo vivir aquí», pensó Zarpa Negra, arrancando unos cuantos puñados más de los helechos.

Se preguntó si la música la habría oído en la mente o si en realidad había resonado en sus oídos. Entonces, de repente, llegó la respuesta a su pregunta en forma de una nota tan aguda que sintió como si alguien le hubiese rasgado el tímpano con la uña.

—Dios —murmuró, y se detuvo.

El dolor disminuyó. Pero, cuando intentó dar otro paso, la nota volvió a retumbarle en toda la cabeza.

Bajó a la muchacha de su hombro y dejó descansar lo que quedaba de su cuerpo sobre el suelo. Ya no parecía ni siquiera remotamente humana, le recordaba una enredadera débil y marchita que se curvaba alrededor de nada. De hecho, se podía ver a través de su cuerpo la roca sobre la que estaba apoyada.

Zarpa Negra soportó un momento de profunda desesperación mientras su mente imaginaba su futuro allí abandonado y solo, sobreviviendo a base de lo que pudiese encontrar en aquella naturaleza desolada... sin ella.

La música volvió a oírse, un motivo sobrio, un estribillo decreciente que acababa haciéndose inaudible. Parecía reflejar su presente, su triste desesperación.

Miró hacia arriba y vio un macizo de flores que se aferraban con sus raíces al descubierto a un saliente, cerca del borde del cañón. La música volvió y parecía que renacía con placer.

Zarpa Negra empezó a trepar. Al principio no era muy difícil. Años y años de erosión habían suavizado y ahondado las rocas en la parte más baja, y las raíces de las plantas encontraban su camino entre las grietas, ofreciendo buenos asideros. Sin embargo, cuanto más subía, se fue encontrando con que la cada vez más escasa vegetación ofrecía menos lugares en los que sujetarse bien.

Pero siglos de calor y frío habían fracturado la piedra, partiéndola hasta formar aristas que le permitían encontrar sitios seguros, aunque precarios, donde agarrarse con pies y manos. De todos modos, las aristas eran afiladas y perdió unas cuantas uñas y se cortó en los dedos.

Ni hablar de transformarse en lobo para curarse los cortes, por primera vez en su vida resistió un dolor constante y aprendió más que nunca sobre el sufrimiento humano.

De nuevo lo embargó la humildad cuando oyó claramente la música en sus oídos. Era un himno triunfal. Tenía las flores delante de él.

Supo que tenían que ser las flores hembra de aquellas que ella había vestido la vez que habían hecho el amor cerca de la cascada. También eran rojas, con un tálamo escarlata con forma de cuenco lleno de néctar. Unos delicados pétalos amarillos se curvaban sobre el tálamo, protegiendo el dulce contenido de la copa.

Casi paralizado por el miedo a caerse, Zarpa Negra alargó la mano izquierda y cogió dos flores. Con los tallos entre los dientes, empezó a descender.

Le pareció que el descenso era bastante fácil, sólo tenía que seguir las manchas de sangre que había dejado y que marcaban el camino que había seguido para subir. Cuando llegó abajo, temblando y jadeando, con alivio, vio que ella alargaba el brazo para coger las flores.

Fue como si desaparecieran en su carne y Zarpa Negra observó cómo volvía a la vida, demacrada, pálida y débil, pero tan hermosa y grácil como siempre.

—Necesito más —fue lo primero que dijo.

Zarpa Negra dio un suspiro de consentimiento, se acercó al río, bebió todo lo que pudo y se transformó en lobo para curar sus heridas. Después volvió a su forma

humana y trepó de nuevo por la pared del cañón. Y una vez más..., y otra.

Parecía que la muchacha se había restablecido completamente, su melena rubia parecía un vestido, sus ojos resplandecían cuando apoyó la mano sobre el cuello del cansado lobo. Y le dijo que las flores le habían contado que más adelante había lo que ellas llamaban un «jardín» y allí podrían encontrar comida.

Zarpa Negra permaneció en su forma de lobo y en muy poco tiempo encontraron lo que las flores llamaban un jardín. El cañón que encerraba el río se ensanchó, dando lugar a una zona que tendría casi un kilómetro de ancho. El rápido riachuelo se convirtió en un lago de poca profundidad, rico en cosas buenas. Zarpa Negra reconoció algunas de las plantas, otras le eran totalmente desconocidas. El centro del lago estaba cubierto de lirios de agua comunes; cañas, juncos y plantas con aspecto plumoso propias de las ciénagas crecían en tal abundancia en las partes menos profundas que casi oscurecían el agua. Más allá del lago, crecían plantas de cultivo en terraplenes que ascendían escalonadamente por las paredes del cañón.

Salieron de la sombra y se encontraron caminando sobre un camino cubierto de hierbas que discurría paralelo al lago. El terraplén que tenían a un lado estaba lleno de compactas enredaderas que estaban cargadas de algo parecido a melones. Los había en todos los estados de maduración, desde los frutos verdes hasta las enormes bombas anaranjadas que empezaban a ennegrecerse, a pudrirse, y a esparcir las semillas en la tierra rica, suave, oscura.

La muchacha escogió uno que parecía completamente maduro. Algo parecido a una zampoña silbó suavemente. Zarpa Negra, todavía en su forma de lobo, la miró inquisitivamente.

—No lo sé. Sonó como una advertencia. Ten cuidado.

Lanzó el melón contra el suelo. Se abrió, dejando al descubierto un corazón amarillo verdoso, húmedo y repleto de semillas alargadas. Zarpa Negra tenía tanta hambre que le temblaban las piernas. Hundió la cara en el melón.

Un segundo después, lo tiró lejos, dando lo más parecido a un grito que puede emitir un lobo, y corrió como un loco hacia el lago. Abandonó la forma de lobo en la orilla y caminó hacia el centro, tratando de lavarse la cara, la boca y los ojos al mismo tiempo.

La muchacha se doblaba muerta de risa, y al final, cuando logró controlarse, dijo:

—Puede que seas un héroe, pero creo que aprenderás a ser precavido.

—¡Dios mío! ¡Era como fuego!

Incluso como humano, tenía la cara roja y los ojos hinchados.

Algo similar al tintineo de muchas campanas de cristal resonó en todo el jardín. Ella sonrió y ladeó la cabeza a un lado, escuchando.

—¿Te están hablando?

—Intentándolo. Ya te dije antes que hace mucho que nadie como yo viene por aquí. Nos han echado de menos. En parte es más difícil porque todos están hablando a la vez.

Zarpa Negra podía oír los lejanos compases confusos de lo que recordaba una fuga masiva, los hilos musicales que formaban un magnífico tapiz de sonidos. Sabía de música; Dugald y Maeniel le habían dado cierta educación musical, pues ambos conocían las composiciones sacras y profanas de los griegos y los romanos. También conocía las melodías de los seres salvajes, los pájaros, los lobos, las ballenas y los dragones. Sabía que la música era una elevada forma de comunicación, sagrada, peligrosa y bella, capaz de inspirar a quienes la escuchaban actos de gran valor e increíble sacrificio; y también existía la vertiente oscura, capaz de inspirar crueldad, desgana, violencia y desesperación suicida.

Los griegos cantaban en su marcha hacia la batalla, al igual que los romanos y su propio pueblo. La música de la muerte unía a la tropa y la empujaba hacia delante, para que vencieran el miedo y miraran directamente a los ojos vacíos del aniquilamiento absoluto.

—Aquí hay muchas, ¿no? Me refiero a las del tipo que tú ya sabes. ¿A la enredadera le molesta que hayamos cogido el melón?

—No más de lo que te puede molestar a ti cortarte las uñas o el pelo. Por lo visto, los melones no son lo que buscamos, aunque servían de condimento a las personas que los plantaron. Prueba las flores.

Ella misma cogió una.

—¡Deliciosa!

«Eran deliciosas», pensó Zarpa Negra después de haber comido cinco o seis, cuando ya empezaba a sentirse mejor. Eran grandes, amarillas, suaves y húmedas, con un sabor cremoso. Había muchas flores en el terraplén en el que estaban las enredaderas.

Se pasearon por allí, probando, tocando y escuchando las diversas melodías y los placeres sensuales ofrecidos por el jardín escondido. Había una higuera que cantaba y daba un fruto púrpura de sabor dulce. Otra higuera que no cantaba y cuyo fruto era verde amarillento. Envolviendo sus ramas había una enredadera que estaba cubierta de una fruta redonda de un negro rojizo, que tenía un rico sabor, agridulce y un poco salado.

Ambos comieron hasta la saciedad y se relajaron (Zarpa Negra había descubierto que el higo amarillento tenía el mismo efecto que una bebida alcohólica no muy fuerte), hasta que se sentaron y al fin contemplaron su nuevo reino.

—Si no fuera por esos pájaros, creería que esto es el paraíso —dijo Zarpa Negra.

—Si no fuera por esos pájaros, no tendríamos que preocuparnos de encontrar un refugio para esta noche.

Zarpa Negra miró alrededor con incomodidad.

—¿Tus amigos no te dijeron lo que hay arriba del todo, más allá del cañón?

—No, no quieren hablar sobre eso. Por alguna razón, están realmente asustados.

—Sí, bueno, eso me preocupa. Cuando la primera enredadera estaba asustada, descubrimos que tenía una buena razón. Este jardín..., o lo que sea..., fue creado por

alguien. No surgió accidentalmente sin más ni más. Alguien, o quizá algo, lo construyó. ¿Qué pasa cuando vienen a recoger su cosecha?

—¡No! —respondió ella con voz soñadora—. No, ya no están..., hace mucho...

Se levantó, casi como si hubiera entrado en trance, y se metió en el lago que estaba en el centro del jardín. El agua sólo le llegaba por los tobillos, cuando se disolvió en gotitas, que cayeron sobre las tranquilas aguas como si fuese lluvia, y después desapareció.

Zarpa Negra se dio cuenta de que se sentía incómodo y tenía frío. Jamás reconocería ante sí mismo lo asustado que estaba. Aquel lugar extraño, por momentos terrible, había estado a punto de matarlos a los dos. Miró el cielo azul, bañado de luz, y vio que se estaba haciendo tarde. Aquellos pájaros, si es que eran pájaros, habían llegado al atardecer. Cuando habían llegado al jardín, el agua del lago bailaba bañada de luz dorada. Ahora estaba oscura, las sombras de las plantas eran verdes y se destacaban contra el fondo.

El cañón debía de avanzar hacia el sur, y debía de faltar poco para que el sol completase su camino hacia occidente. ¿Dónde, dónde esconderse?

Se transformó en lobo. El lobo veía mejor en la creciente oscuridad y, además, el frío del agua fundida de nieve estaba empezando a impregnar el aire. El sol poniente teñía de rojo las paredes del cañón, y los ojos del lobo, más sensibles a las gradaciones de la luz y la sombra que ningún ojo humano, buscaban los huecos más oscuros de la piedra rosada. Le recordaban a las hendiduras hechas por los arqueros en las fortificaciones de la Muralla de Adriano. Y había como agujeros en la zona posterior de los terraplenes que estaban en la parte más alta.

Zarpa Negra sintió que la noche caía rápidamente sobre ellos. Recordó que los pájaros negros habían aparecido cuando el sol había dejado de brillar por completo en el cañón. En ese momento, los últimos rayos dorados se deslizaban sobre la roca a la vez que el sol se hundía más y más por occidente.

Descartó la forma de lobo por un momento y corrió hacia el lago, se metió en el agua y la golpeó, fuerte, dos o tres veces con las palmas abiertas. Ella apareció como una Venus formada por el agua. Al verla casi se queda sin respiración, era tan hermosa...

En aquella ocasión, un tipo de helecho acuático le cubría las caderas como una falda que se rizaba en docenas de adornos curvos con minúsculas pero intensas flores de color lila. Otro helecho de frondas cortadas como si fueran de un precioso encaje le sostenía pero no ocultaba el pecho.

—¡Dios mío, eres preciosa! —dijo mientras devoraba con los ojos el gracioso cuerpo de largas extremidades.

—No seré así de bella durante mucho tiempo, si no puedo convencer a las aguas de que me den vida. Eso era lo que... estaba tratando de conseguir. Creo que si pudiera quedarme toda la noche...

Zarpa Negra volvió la vista hacia la estrecha franja de luz que se acercaba a las

paredes del cañón.

—El sol va a ponerse en pocos minutos. No creo que pueda adoptar la forma de wyvern otra vez, no sin agotar tus poderes. Y ya hemos empleado casi todas las flores de esa enredadera, la que hacía que te recuperaras. Pero creo que he encontrado un sitio donde escondernos cerca de la parte alta del cañón. Me parece que en algunos sitios hay huecos donde resguardarse.

—¡Maldita sea! Pensaba que ya lo tenía cerca... pero, venga, vamos a probarlo. Al menos echaremos un vistazo. Creo que podremos volver al río si no podemos escondernos. Entonces, si no hay más remedio, puedes volver a convertirte en wyvern.

—¡Vamos!

Ambos subieron corriendo, Zarpa Negra se transformó en lobo a la primera zancada. Treparon, lobo y mujer, por los terraplenes como si siguieran las huellas de un gigante hasta la parte más alta cerca de cañón. Ella escudriñó a través de uno de los huecos estrechos y verticales.

—Sí, hay una especie de aberturas tras estas ventanas.

La luz se iba apagando a ojos vista. Zarpa Negra corrió a lo largo de la base de las paredes del cañón, con el hocico pegado al suelo, buscando una entrada. Encontró una, un hueco que sólo permitía el paso a un lobo y a una mujer esbelta. Se introdujeron por él y se encontraron en el interior de una estancia de piedra que parecía extenderse a lo largo de toda la base del cañón.

El techo no era lo suficientemente alto como para que pudiesen estar de pie. Pero él, como lobo, y ella, de rodillas, podían mirar a través de las estrechas troneras hacia el valle que había debajo.

—No sé si éste será el escondite perfecto —susurró ella.

—Sí, ¿cómo podemos bloquear la entrada?

La muchacha palpó la hendidura y dijo:

—Está cubierto de cristal o algo parecido. Tiene que haber una manera de cerrar la puerta.

El lobo trotó hasta la puerta. Nada. Sólo un pequeño agujero en forma de arco que daba al terraplén más alto del cañón.

Sacó la cabeza y miró la franja de luz que brillaba en lo alto de los muros del cañón. Se había estrechado visiblemente. El terraplén más alto, desde el que se dominaba todo el valle, estaba cubierto de enredaderas.

El lobo se deslizó afuera y se volvió humano.

—Tal vez pueda bloquear la entrada con maleza.

Cogió una de las enredaderas más grandes por la raíz, con la idea de tirar de ella y colocar la tierra que arrancara en la entrada. El grito comenzó en el registro más bajo que percibe el oído de un lobo y se elevó hasta el más alto ultrasónico. Parecía que le estaban rasgando el tímpano, peor, mucho peor que el grito de atención de las flores que colgaban al borde del cañón.

Zarpa Negra estaba paralizado por el dolor, la enredadera lo atrapó como una serpiente gigante y lo tiró al suelo.



Tardamos un tiempo en darnos cuenta de que habíamos tomado la fortaleza y aniquilado su guarnición. Completamente. Maeniel estaba junto a mí, Ure y Gray todavía tenían la espada desenvainada.

Los cadáveres yacían dispersos frente a las puertas, y también algunos pocos de nuestros hombres. Todavía había mucha luz, aunque las pasarelas que recorrían el muro no eran más que madera ennegrecida y brasas. En el patio, la cantina se consumía en un furioso fuego. Ya no se podía distinguir el edificio, sólo era un montón de troncos ardiendo.

No hay nada más que decir.

Me senté envuelta en un manto que había rescatado de las llamas, temblando, mientras los demás recogían todo lo que encontraban por los alrededores. La tela apestaba a humo y barro, pero no me importaba. Mi mente no estaba por nada.

Farry y los suyos compraron todo lo que pudimos llevarles, y el oro y la plata los embarcamos con los vénetos.

Atacamos dos lugares más, ambos más pequeños que el primero pero casi igual de ricos. Y cuando dirigimos nuestros barcos de vuelta, dormíamos en sacos repletos del botín. Cuando desembarcamos en casa de Ure, escondida en un estuario del norte, yo ya era una verdadera reina, y todos éramos ricos.

Ure guió los barcos hasta tierra. Su pueblo tenía una sala cerca del mar, lo suficientemente alta para que las mareas no la alcanzasen, pero no tan lejos como para que los árboles la rodearan.

—Esos pinos grandes y oscuros son sagrados —me dijo Ure—. Debe celebrarse un ritual antes de que podamos cortar uno.

En otra era, un río se abría camino entre las montañas y había creado un camino donde antes no había nada, un camino que daba a un lago que acababa mezclándose con el mar. El camino que el río había marcado entre los árboles estaba cubierto por numerosos pinos gigantes, que habían caído o los habían talado para formar una superficie sobre el agua.

—Los salmones vienen aquí —dijo Ure—. Son unos peces maravillosos que luchan para nadar contracorriente. Muchos mueren, pero aquellos que viven saborean las aguas puras y salvajes, los pinos y el viento que corta el río en su camino al mar. Somos suyos, de esas intrépidas criaturas, y ellas son nuestras cuando los dos estamos divididos. Y algún día lo estaremos, si no me equivoco. Ellos y nosotros moriremos.

Aquello era un discurso muy largo para lo habitual en él.

Mi alma estaba impregnada de la sordidez y el dolor de las batallas que había

emprendido y ganado.

—Ahora eres mayor que cuando partimos.

—Sí —respondí mientras saltaba del barco y cruzaba la playa hacia la sala—. He tocado a los muertos y han dejado su huella en mí. Ya no soy tan joven como antes.

Ure se rió.

—¿Dónde vive tu pueblo? —le pregunté.

La sala se elevaba sola en la estrecha lengua de tierra seca que separaba el mar del bosque. El bosque era algo digno de mención. Muy tupido, los enormes árboles dejaban pasar muy poca luz y cubría el suelo una alfombra de agujas tan gruesa que no me cupo duda de que amortiguaba todas las pisadas. Entre los árboles había muy poca luz, excepto en los raros lugares en que un rayo había quemado un árbol, dejando un claro entre las ramas entrelazadas.

Volví a mirar a Ure de reojo y repetí la pregunta:

—¿Dónde vive tu pueblo?

Había confiado en él cuando empezamos nuestra aventura, pero entonces no teníamos nada que mereciera la pena robar. Ahora estábamos cubiertos de oro y Ure no era el perfecto candidato para la santidad.

Maeniel y Gray estaban junto a mí, pero, como siempre, era la palabra de Maeniel la que buscaba. Sopesó a Ure como un lobo hace a otro. Ure ni se inmutó.

Gray parecía ofendido.

—La hospitalidad de mi tío es sagra... —se interrumpió porque Ure volvió a echarse a reír.

—Mi señor Maeniel, ¿alguna vez has dado un paseo por una gran ciudad después de que anoheciera, con la bolsa llena?

—Sí. Cuando quería introducir alguna variedad en mi dieta.

—En esas circunstancias me encontraba yo en Constantinopla sin dinero para pagarme el viaje de vuelta. Y una bolsa puede estar llena de plomo, igual que de oro.

—Cierto —respondió Maeniel—. ¿Adónde nos lleva esto?

—No a una traición. A veces el mordedor es... mordido. Yo no me arriesgaría.

En ese momento, los muchachos estaban desembarcando e iban llegando a la orilla. Lo que pasaba es que ya no eran muchachos. Y tampoco estaban ya únicamente armados con hondas. Cada uno de ellos llevaba una espada, la mayoría tenía cascos, todos sin excepción tenían escudo. Diferentes puñales, hachas y una gran variedad de mazas completaban su equipo.

Vestíamos diversos tipos de ropa y algunas prendas todavía olían a la sangre derramada por sus propietarios originales cuando recibieron sus heridas mortales. Yo tenía el manto de lana que Ure me había encontrado después de destruir el primer nido de piratas. Y a pesar de haberlo aireado, seguía percibiéndose el olor a humo, (agradable) y todavía tenía la mancha amarga de carne quemada (no tan agradable). Debajo vestía un vestido de seda blanca, un trozo de una cortina o una sábana, ¿quién sabe? Me lo eché sobre un hombro. Albe me había cosido una especie de manga. En

la cintura me lo sujeté con un cinturón de oro adornado con perlas y esmeraldas engarzadas.

Además, en el cuello llevaba tres torques, dos de oro y uno de plata, media docena de brazaletes en el brazo y muchísimos en los tobillos. En la parte alta del brazo llevaba abrazaderas de oro grabadas. Todas aquellas joyas proclamaban mi estatus de líder y mi victoria ante los piratas.

No llevaba armas, no necesitaba ninguna. Mi mano derecha había recibido su bautizo de fuego al arder a través del cuerpo de un guerrero. El complejo patrón que representa la visión del universo de mi pueblo me cubría, en algunas zonas tan tupido, que era casi imposible ver mi piel debajo; o al menos así era cuando estaba asustada o enfadada. Otras veces era como siempre había sido: pálida, rubia pero con un ligero bronceado. El pelo estaba volviéndome a crecer, tenía toda la cabeza cubierta de rizos dorados y rojizos, pero todavía demasiado cortos para peinarlos.

No, entendía por qué incluso un viejo pirata tan duro como Ure no se atrevía a robarnos.

—Pero ya sabes que mi pueblo os ofrecerá un banquete y esperará regalos a cambio... y esta noche, más tarde, después del festín, querremos un poco de vuestra... —Ure sonrió, alzando una poblada ceja—. Sí, querremos algo de vuestra... suerte.

Mientras hablaba, vi a las muchachas ataviadas con sus mejores galas acercándose para saludar a los hombres.

Aproximadamente una hora después, tomamos asiento en la sala. Yo ocupaba el asiento más elevado, junto con Maeniel, Ure y Gray. La sala tenía forma de barco volcado. El hogar ardía en el centro. Era muy grande y sobre él daban vueltas en asadores un ciervo, dos jabalíes y un toro salvaje. El aire estaba cargado del aroma de la carne asada, el hidromiel, la cerveza y la sangre.

Hubo una pelea por la mejor porción, pero Maeniel no dejó que acabara en una matanza. Albe estaba empeñada en demostrar que era una guerrera tan peligrosa como cualquiera de los hombres y lo había conseguido. Por lo visto era la maestra del arte de la lucha sin armas. Algunas de las mujeres pictas resultaban mortales en ese terreno.

El pez de panza escarlata no lleva armas, pero puede ascender los rápidos y cascadas más peligrosos simplemente utilizando el poder de sus músculos. Eso hizo Albe. Retada por su adversario, tiró sus armas y, empujando la mesa, dio una voltereta sobre el hombre, aterrizando detrás de él, y le pegó un fuerte golpe con un guante con piezas de plomo que había sacado de no se sabía dónde. El salto del salmón.

Al cabo de un tiempo, el hombre despertó, con aspecto bastante lamentable, y olvidó la pelea. Al poco tiempo estaba colgado del cuello de Albe y le prometía que la amaría para siempre.

—Sí —opinó Maeniel—, si lo mantiene lo suficientemente confuso, seguramente

cumplirá su promesa.

Aquella noche cené muy bien. La carne de jabalí es muy sabrosa y aquél había engordado a base de nueces y helechos. El sabor de las costillas era delicado, pero sabroso. La cerveza estaba muy malteada, oscura, dulce. Y el hidromiel, ay, qué puede decirse del hidromiel. Ésta era una variedad de la montaña y en verano, en las grandes cumbres más allá del bosque, antes de que las ovejas lleguen a los pastos estivales, el brezo florece, y también el tojo. Los murajes varían entre el blanco, el amarillo, el intenso azul, y las margaritas crecen por todas partes, negras, naranjas, ribeteadas en rojo y amarillo. Las abejas se tambalean ebrias de flor en flor, enloquecidas por la primavera.

La sequía anuncia el regreso del esplendor del verano y se filtra en la sangre de las mujeres jóvenes, en sus huesos, en sus tibios muslos. Hace que se sienta como una diosa y sueña con el amor, siente nacer la lujuria igual que un magnífico árbol siente la savia correr hacia los brotes de las ramas florecidas.

En eso pensaba, sentada en el salón de Ure.

Cuanto más tarde se hacía, la fiesta iba adquiriendo un tono más pendenciero. Los muchachos ya sabían lo que era la batalla, pero muchos (seguramente la mayoría) no sabían nada del amor. Eran, como ya dije, los débiles, los pobres, los marginados, los apartados. Los que recibían las burlas de las jovencitas, que no veían ni una sola razón para relacionarse con ellos. ¡Ahora ya habían recibido su bautizo de sangre! ¡Eran hombres! Guerreros que poseían riquezas, que se habían atrevido a enfrentarse a la batalla y el mar.

A partir de ahora, la mayoría estarían muy solicitados. Algunos querrían regresar, haciendo alarde de su éxito, y pavonearse delante de las muchachas que los habían despreciado o se habían reído de ellos, pensando que ahora otro gallo cantaría. Y, dado el enorme botín que aguardaba en nuestros barcos, era casi seguro que los encontrarían muy atractivos y que sería de lo más gratificante.

Pero yo me preguntaba qué sería de los otros. Para ellos, la crueldad había sido tan implacable, las heridas tan profundas, el dolor y la soledad tan devastadores para su mente y su espíritu que buscarían otros puertos antes que soportar lo que les parecería hipocresía. Volver la espalda a la comunidad que en muchos casos sólo les había permitido sobrevivir y buscar otra existencia diferente, más libre.

Pensé que ésa sería la elección de Albe y Wic. Ellas y el resto de las muchachas estaban sentadas junto a mí y observaban con miradas cínicas los esfuerzos de seducción más sutiles y voluntariosos de sus compañeros masculinos.

—A algunos les dolerá la cabeza por la mañana —comentó Wic.

Albe se rió entre dientes como respuesta.

—Lo que me pregunto es quién llevará qué por la mañana. Me refiero a las joyas.

—Las mujeres se quedarán con gran parte. Ya me he resignado a eso. Tendría que haber hecho que Gray y Maeniel...

—No —me interrumpió Albe—. Era algo de esperar. Eres su reina, no su niñera.

—¿Tienes que sentarte aquí? —preguntó Wic—. Ya sé que los reyes lo hacen, pero estoy un poco harta..., y toda esa maldita cerveza...

—Primero vamos a visitar los matorrales...

Justo en ese momento uno de los muchachos se levantó, fue hasta el fuego haciendo eses y se bajó los pantalones. Su miembro se levantó graciosamente y, sin ningún tipo de ayuda, disparó un chorro arqueado sobre las llamas. Los presentes lo aclamaron estridentemente.

—Qué orgulloso está —dijo Albe—. Mira, ¡sin manos!

Wic gruñó y echó el contenido de una copa de vino en el fuego. Las llamas se levantaron y el exhibicionista dejó escapar un chillido y salió corriendo, subiéndose los pantalones a la vez. Se dio la vuelta, miró a Wic y lo llamó un par de cosas interesantes. Ella le contestó en el mismo tono y algunos de sus epítetos más descriptivos eran tan nuevos e imaginativos que me quedé perpleja.

Pensé que Dugald se habría horrorizado.

—No creo que mi gran alteza tenga que quedarse sentada entre este sinsentido —dije—. Vamos a vigilar los barcos. La mayor parte de las riquezas que hemos... robado..., capturado..., está allí.

Nos perdimos en la noche clara. Las tres juntas caminamos hacia la playa, donde los barcos estaban varados en la lengua de arena que discurría paralela a la pedregosa costa. Tan cerca del mar hacía frío y nubes de niebla a la deriva nos rodeaban de vez en cuando, en su constante camino hacia el interior, hacia el bosque de pinos que cubría las laderas de las montañas.

Ningún humano tiene el olfato de un lobo, pero yo había aprendido por asociación con mi familia y percibo olores que otros pasan por alto. Cuando nos acercamos más a los barcos varados, olí a Maeniel, a lobo, a humo de madera y a sudor de hombre. El olor de lobo no es como el de un perro, sino que tiene un toque más salvaje y un matiz de sangre. Me recordaba a Madre. Su olor era casi dulce, no tan sangriento, casi como de leche.

Estaba sorprendida. No lo había visto abandonar la sala. Pero, conociendo a Maeniel, no debería sorprenderme.

No dije nada, pero empecé a hurgar en el barco para encontrar el calzado que Talorcan, el Jabalí, me había dado. Me lo estaba abrochando cuando Maeniel se hizo visible y se unió a nosotras.

—Ure ha dejado un mensaje para ti. Me ha dicho que te dijera que fueras a su... guarida, así lo llamó. Hay algo que quiere discutir contigo.

Su guarida no era un lugar al que se llegara fácilmente. Nos envolvía más niebla, arrastrada por el viento que venía del mar. Podía saborearla en mis labios. Se podría decir que el mismo camino hasta su morada es una prueba en sí mismo.

—El río baja por esa ladera empinada de aquí. —Maeniel señaló la ladera al final de la ensenada, donde el agua blanca asomaba en las cuevas cubiertas de pinos gigantes en su camino hacia el lago salobre que había al pie del fiordo—. Los árboles

están talados de manera que forman una especie de escalera sobre el río. No sé cómo lo hicieron, porque los pinos siguen vivos. Pero cada uno está atravesado por los rápidos de un lado a otro y tienes que trepar de árbol en árbol para llegar a la parte más alta. Es un paseo peligroso.

—Muy propio de Ure —dije.

Maeniel dejó escapar una risita.

—Es un personaje extraño.

—Es un hechicero —dije yo.

Maeniel observó mi rostro durante un segundo.

—Sin duda. Huele a árboles, incluso en el mar o después de la batalla. Sucio, quemado, embarrado, sangriento, sigue oliendo a resina y agujas, a corteza húmeda y brumas. Las brumas que se arremolinan en la costa y entran en el bosque por la noche. Es extraño, frío, pero creo que malo no. Sí. Escala la montaña, y en cada paso que des, deja atrás el dolor.

—¡Ojalá yo pudiera hacerlo! —dijo Albe.

—Mi dolor lo llevo en el rostro —intervino Wic, refiriéndose a la fea marca de nacimiento que la desfiguraba—. Jamás podré dejarlo atrás.

—¿Por qué no lo intentas? —le dijo Albe.

Wic se encogió de hombros, pero cuando entré en el bosque, me siguió.

No era un ascenso nada fácil, pero yo llevaba el calzado que Talorcan me había dado. Se agarraba bien a los anchos troncos que cruzaban el río. Éste corría por un empinado barranco hacia la playa. Las aguas se batían contra las rocas dentadas que se alzaban del lecho del río como colmillos.

Me di cuenta de que el efecto del hidromiel que había tomado se desvanecía y la dificultad de trepar de un tronco a otro requería toda mi atención. Entre lo que salpicaban los rápidos y la niebla, la escalera de troncos estaba húmeda y me imagino que fría también. Pero el esfuerzo que suponía ganar el siguiente escalón pronto hizo que las tres acabáramos jadeando y sudando.

No era una escalera que se pudiera subir paso a paso. Cuando alcanzábamos el tronco de un árbol, teníamos que caminar sobre el musgo húmedo y a veces resbaladizo que lo cubría, hasta encontrar el lugar más seguro para cruzar hasta el inmediatamente superior. Bajo nosotras, el río silbaba, murmuraba y a veces incluso rugía.

—Me pregunto si nos mataríamos si cayéramos —dijo Albe.

Miré hacia abajo y vi las rocas y la blanca espuma. Había zonas en las que parecía que la caída no sería muy grande, o partes por las que parecía que el agua discurría más tranquilamente.

—No sé —contesté—. Depende de dónde caigas. Pero se ven zonas en las que hay charcas sin piedras ni rocalla. La corriente es rápida, pero podrías mantener el equilibrio donde no cubre mucho.

Cuanto más subíamos, el ascenso se hacía más peligroso. Había más lugares en

los que era fácil perder el equilibrio.

Era una noche sin luna y la tranquilidad absoluta del bosque de pinos se deslizaba en el alma. El ascenso requería gran concentración, del mismo modo que el ajedrez, y liberaba la mente, centrando la conciencia en los problemas inmediatos, y lentamente silenciaba la suave corriente de preocupaciones y autocríticas que ocupan un segundo plano en la conciencia humana la mayor parte del tiempo.

Permitir que la mente vaya a la deriva es peligroso. Wic fue la primera que se dio cuenta y nos lo dijo. El tronco de uno de los árboles tenía un ángulo mayor que el resto y teníamos que trepar por él como ardillas para alcanzar el tronco del siguiente árbol. Wic iba delante de Albe y de mí cuando la rama que estaba utilizando para empujarse hacia delante se partió con un chasquido, lanzándola hacia nosotras.

Resbaló o se encogió hacia un lado, nunca supimos muy bien qué sucedió. Albe la cogió por la culera de sus pantalones. Yo me agaché y me senté a horcajadas sobre el tronco tan rápido que me hice daño en el coxis. Pero conseguí rodear la cintura de Albe entre mis brazos y empujarla de nuevo hasta sentarla en el tronco.

Wic se retorció, cruzó una pierna sobre el tronco, se agarró a una rama y se sentó, dejando a las dos en fila india, jadeando. Las tres nos relajamos y descansamos un momento.

—¡Qué! —conseguí articular.

—El viejo tiene un gran poder —respondió W/ic—. No alcanzas su aguilera si no te rindes a él.

—¿Y qué es? —preguntó Albe.

—Para llegar arriba, debes..., debes —repitió la palabra para darle énfasis— abandonar tu pena más grande. Yo me rebelaba y me rendí a la desgracia de mi cara estropeada. Pensé demasiado en ella mientras trepaba y su poder me golpeó. Mientras caía, supe lo preciosa que es la vida y vi mis huesos rotos contra las rocas del fondo, mi sangre mezclándose con el agua. Y supe que no me importaba demasiado.

—El tiempo del pensamiento no es nada —dijo Albe.

Después nos pusimos de pie y seguimos nuestro camino, dando el siguiente paso en lo que ahora parecía una escalera al cielo. El río estaba muy abajo, pero en ese lugar creaba grandes pozas que formaban remolinos y brillaban como el interior perlado de una concha a la luz de las estrellas. Me alegre de estar inmersa en los problemas del ascenso en vez de pensar en lo que había hecho en la primera fortaleza.

El segundo y el tercer asalto dejaron poca huella en mi conciencia, a pesar de que los dos habían sido muy sangrientos. Creo que en los tres hicimos una buena limpieza de piratas. Para ser breves: los matamos a todos.

Ni siquiera ahora puedo decir que sienta dolor. Así era como se hacía entonces. Clemencia para con los vencidos es el lujo de aquéllos con la fuerza y el poder necesarios para contemplar la moralidad de la guerra. En las batallas a las que nos enfrentábamos, perder era morir. Y que nadie se llame a engaño, nos asegurábamos de que morían.

Pero hay inocentes de por medio. Siempre hay inocentes de por medio. Y ellos también pagan el precio de la violencia que estalla a su alrededor.

Tras la primera batalla, di un paseo por el bosque, por el camino que rodeaba el infierno en que convertí la cantina sajona. Como ya os dije, los esclavos estaban encadenados en los cobertizos que había alo largo del muro. La mayoría seguían encadenados en el mismo lugar en que habían muerto.

Los sajones que estaban en la cantina habían dejado pocos restos, sus cuerpos calcinados habían acabado en trozos tras la exhaustiva búsqueda entre las ruinas de cualquier pedacito de armas, armaduras, oro o plata. Pero los esclavos no tenían nada y nadie los molestó, los cuerpos retorcidos entre las cenizas.

En todos ellos encontré su rostro y miré a través de él. Sí, incluso en los niños, y había muchísimos, pues los mayores de siete años eran un bien muy preciado por los comerciantes. Y en una hora conocí y vi todas las clases del dolor.

Dejemos que el silencio cubra el resto.

Pero incluso en silencio el ojo de la mente ve a cada uno y el retrato creado y luego quemado nunca desaparece. Y cada uno de los cuadros se imponía entre mis ojos y las estrellas, la oscuridad, los imponentes pinos y el río que brillaba bajo nosotras.

Así que yo también resbalé antes de llegar a lo más alto.

Los últimos escalones eran una mezcla de árboles enormes y otros más jóvenes. En algún momento, el río debía de haber socavado las laderas de las montañas y arrastrado los restos de la escarpa rocosa de la parte más alta. Pero después de que las rocas rodaran, las raíces de los árboles quedaron arrancadas y la Tierra se sacudió. El río encontró un lecho inclinado, los árboles más grandes murieron y, bajo esa nueva luz, crecieron árboles nuevos sólo para acabar arrancados de raíz cada vez que la corriente de la primavera ahondaba más en el lecho del río.

Sin embargo, los otros árboles, organismos tercos, no murieron sino que formaron una red verde y marrón que llevaba hasta la cima. Wic, Albe y yo avanzábamos a un ritmo trepidante, sabiendo que ahora teníamos más posibilidades de fracasar. Una caída desde allí probablemente nos mataría y cada paso que dábamos cambiaba de posición la carga que sostenía la pila de árboles.

El tronco sobre el que apoyé el pie echó a rodar. Resbalé y caí. Desesperada, enganché una pierna a una rama y me agarré mientras me bamboleaba sobre las rocas y el agua.

Los muertos siempre me acompañan. A todos. Ésa es la virtud del punto de vista de mi pueblo. La vida es un continuo de los vivos, los muertos y los aún no nacidos. Recuerdo a dos especialmente: lo que debía de ser una mujer y su hijo.

Ella había dado la vuelta al pequeño, protegiéndolo de las llamas con su espalda. El cadáver minúsculo estaba abrazado entre sus brazos. La espalda de la madre había ardido hasta llegar al hueso, y las cenizas dejaban desnudos la columna vertebral y los puntos en que el hueso formaba las costillas. Pensé que ella debía de haber

querido dar al bebé tiempo para ahogarse antes de que las llamas la alcanzasen, ya que interpuso su propio cuerpo entre el pequeño y la agonía final de las llamas hambrientas.

«Yo he hecho esto. Yo he quemado este lugar», pensé.

Los rostros que vi ayer aparecen confusos en mi mente, pero todavía puedo ver con toda claridad aquellas dos caras. Y así será hasta que respire por última vez y aun después.

¿En quién recae la responsabilidad de una muerte tan terrible? ¿En los hombros de los piratas que los habían encadenado allí? ¿En mí? ¿Yo, que, sin saber nada, quemé el fuerte?

Y si hubiera sabido todos los inocentes que morirían, ¿me habría echado atrás? ¿Habría abandonado mi resolución de acabar con esos saqueadores sajones que atacaban mi pueblo? ¿Me habría quedado escondida entre las montañas de mi tierra permitiendo que aquellos intrusos llevaran a cabo sus malvados planes?

Un antiguo enigma, antiguo, muy antiguo. Quizá más antiguo que el mundo en que vivimos. Pero es inevitable enfrentarse a él si se emprende el camino de la acción.

La maldad es un misterio. Uno puede llegar a los más altos conocimientos, aprender todo lo que se puede saber del universo, conseguir y ejercer poder equivalente al de un dios; y seguir sin poder explicar por qué murieron aquella mujer y su hijo. Acepté la parte de culpa que pudiera recaer en mí. Y sabía que no podía interponer el poder de Ure entre la verdad y yo.

Bajé la vista hacia las fantasmagóricas aguas espumosas. «¿Debo morir?», pensé.

En ese momento, Wic me tenía cogida por el pelo y Ale por el cinturón. Entre las dos me alzaron y me empujaron sobre el tronco de uno de los árboles horizontales que había cerca.

Quedé allí colgada en silencio, tumbada sobre la corteza, abrazando la consoladora circunferencia del árbol, las piernas colgando a ambos lados.

—Ha estado cerca —dijo Albe.

Sentí un latigazo de dolor y supe que casi debía de haberme dislocado la cadera. El dolor se agudizó hasta un límite increíble, después se fue alejando mientras yo me aferraba desesperadamente al tronco del árbol.

—¿Puedes seguir trepando? —preguntó Albe—. No creo que tengamos que ir mucho más allá. Si no puedes, quédate aquí. Iré a buscar una cuerda. Ese Ure..., ese demonio..., ha de tener una cuerda. Iré a buscar una. Hacemos un lazo y te bajamos hasta el suelo. Wic y yo podemos hacerlo. Somos lo bastante fuertes.

—No, no. —Descubrí que podía hablar—. Dejadme descansar unos segundos. Doblar la pierna.

Lo hice. Me dolía algo, pero la pierna respondía y no tenía torcida la espalda. Conseguí ponerme de pie vacilante, abrazándome a una rama que sobresalía del lado derecho del tronco del pino, y vi que el dolor no era tan fuerte para impedirme

caminar o trepar.

Albe señaló hacia arriba.

—¡Mirad!

Miré y vi una pasarela que avanzaba entre los árboles, hecha de tablas de pino y con una barandilla de cuerda a un lado. No nos llevó mucho tiempo llegar hasta ella. Cuando lo hicimos, vi que estábamos en la cima y podía mirar sobre los árboles más bajos, hasta la playa y el mar.

Ure vivía en una plataforma en los árboles. La plataforma era amplia y al menos una docena de pinos crecía atravesándola. No sé cómo vivía donde lo hacía. La plataforma estaba desnuda excepto por dos sitios en los que se alzaban espolones de piedra de la montaña. Uno era un cono en el que ardía un fuego; el otro, más alejado, contenía agua. Un manantial borboteaba entre las rocas, caía sobre una taza, y seguía su camino hacia el río.

Ure estaba sentado sobre un cojín de piel cerca del fuego. A nuestro alrededor, la niebla se movía fantasmagórica, arrastrando velos entre los pinos. Los árboles estaban húmedos y sobre la plataforma caían gotas cada vez que soplaba una ráfaga de viento.

Algo..., una piña..., cayó sobre la plataforma cuando una ráfaga más fuerte hizo que los árboles suspirasen más profundamente. Si no, todo estaba silencioso. Un silencio vivo que envolvía los pinos, los velos de niebla y el dulce olor de los seres verdes que están creciendo.

Saludé a Ure. Él alzó la vista hacia mí y se rió entre dientes.

—Coged un cuenco Sentaos y charlaremos.

—¿Un cuenco? —pregunté, y entonces vi tres cuencos cerca del manantial, al otro extremo de la plataforma.

Albe, Wic y yo caminamos hacia allí, mirando a nuestro alrededor asombradas de la altura a la que estaba la plataforma y de las copas de los enormes pinos. Su olor nos llegaba muy intenso a las fosas nasales y el silencio se deslizaba por nuestras almas de la misma manera que las volutas de niebla se colaban entre los árboles.

Cuando estuvimos más cerca de los cuencos, ellos mismos se alzaron y vinieron a nuestras manos. Eran unos cuencos muy extraños. Estaban hechos de cerámica, con la parte de fuera ennegrecida y muy tosca. Pero el interior estaba vidriado y era de un rojo dorado.

Hundí mi cuenco en el agua y dejé que se llenase. Pero cuando me lo llevé a los labios, el agua clara empezó a formar espuma, se oscureció y se convirtió en hidromiel.

Albe dio un grito de regocijo cuando su agua también empezó a formar espuma. Pero no se convirtió en hidromiel, sino en cerveza.

Wic fue la última y en su cuenco apareció leche. Miró a Ure tímidamente.

—Gracias —le dijo—. Ha pasado tanto tiempo desde que probé por última vez leche fresca, dulce... Me encanta su sabor.

Él asintió y vi que había tres cojines más junto al fuego.

—Impresionante. Eres un hechicero —dijo Albe.

—Trucos baratos, no son el fondo de la hechicería.

—¿Y entonces qué es? —pregunté.

Ure se encogió de hombros, pero no respondió. Miró más allá de la plataforma al horizonte y las estrellas que se hundían en el mar. Volvimos, nos sentamos en los cojines y nos unimos a él, junto al fuego.

Wic echó un buen trago, pero cuando dejó la copa en el suelo, estaba llena de nuevo. Albe hizo lo mismo con la cerveza. Yo vacié el cuenco, pero cuando sentí un extraño... «empujón» (es la única manera en que puedo describirlo), desvié el propósito del cuenco y éste permaneció vacío.

—A ti no te puedo tocar, ¿verdad? —dijo Ure.

—No, es un tipo de seducción que no necesito. O no quiero.

Miré a Wic Albe. Ambas estaban sentadas congeladas, con los ojos abiertos pero sin ver.

—¿No están aquí? —pregunté.

—No —respondió Ure, y a continuación expresó mi pensamiento silencioso—. Es inofensivo. Un pequeño hechizo. Y somos nosotros los que las hemos dejado, no ellas a nosotros. Anoche hablé con Kyra.

Miré alrededor.

—¿Está aquí?

—No —fue la respuesta. Ure seguía siendo un hombre parco en palabras—. Estoy en contra de eso.

Pero entonces señaló un grupo de pinos que crecía a través de la plataforma. Colgada de una de las ramas más bajas en una bolsa de red, estaba la cabeza. No la de Cymry, sino la del fauno. Los ojos castaño oscuro me miraron directamente, había una frágil vida en ellos.

—¿Lo desapruebas? —pregunté.

—¡Sí!

—¿Razones? —Su discurso parco empezaba a afectarme.

—Los augurios. Yo los hago.

—¿Viste la ruina?

—No. Ahí está. No vi nada.

Nada. Había oído hablar de ello, pero nunca antes me había sucedido. Y había hecho preguntas sobre los poderes desde no sabía cuándo.

Ure habló con suavidad:

—Cuando las ciudades empezaron a prosperar a lo largo de la costa de la península Itálica, allí nací yo y navegué el mar oscuro como el vino, llevando el hierro a la Galia. Así se alisaron a martillazos las primeras espadas, se fraguaron y se templaron. Había nacido el hierro y la época del oro había terminado. Los espíritus que gobernaban la Tierra entonces no podían luchar contra el frío hierro.

El espejo al que pregunté se burló de mí con una visión de mi propio rostro. Las ramas tiradas caían entre las grietas de las placas de la plataforma y él señaló el manantial del otro extremo. Una rama de pino cayó en el agua, me salpicó la cara, cegándome. Invoqué los poderes y sólo obtuve silencio como respuesta.

La niebla se había hecho más densa y me di cuenta de que apenas podía ver a Ure y el fuego. Sentía que la humedad se me quedaba impregnada en la cara y en el interior de la nariz. Albe y Wic no estaban allí. Sólo quedábamos Ure, el fuego y yo.

—Eres la reina. La soberanía descansa entre tus piernas, muchacha. Por eso después de la batalla tenía que liberarte o ahogarte, una cosa o la otra. No estaba fingiendo cuando te atacaba. Si aquellos dos demonios no hubiesen huido, te habría matado.

Tenía la boca seca y me di cuenta de por qué me había asustado tanto cuando vino hacia mí. La niebla era una bruma pálida que nos envolvía. No podía atravesarla con la mirada. Supe que incluso en ese momento estaba considerando si matarme o no.

—Sí —respondió él a mis pensamientos.

En ese momento supe que era el hechicero más poderoso que había conocido. Comparándolos con él, Dugald, Igrane y Merlín no eran más que niños.

—Ahora te estás preguntando si puedo matarte.

Sonrió y vi el brillo de sus dientes amarillentos y romos. Cogió el cuenco que contenía el hidromiel y lo lanzó contra las piedras que rodeaban el fuego. Se rompió en docenas de trozos. Se quedaron esparcidos sobre el suelo, reluciendo con los arcos iris de su interior y el negro de la parte exterior.

Sé que proferí un ruido de disgusto. El cuenco era tan bonito... Él lo miró, y mientras yo observaba, las piezas se unieron. Después volvió a situarse en el lugar en que había estado y quedó quieto junto a mi mano, con los posos del hidromiel todavía dentro.

—Eres muy poderosa. La mayoría de los mortales no habría visto nada. Seguramente, mis poderes no son mejores que los tuyos, pero soy mayor, conozco mejor el mal y tengo mucha más experiencia.

—Has arreglado el cuenco.

—No.

En ese instante me sentí asustada, porque comprendí lo que había hecho en realidad. Tan asustada que el rostro se me quedó paralizado y me pregunté si debería actuar en ese momento.

Pero aquellos ojos de un verde turbio me atraparon, igual que la mirada de una serpiente atrapa a un pájaro herido. Volvió a sonreír y me dejó, libre de nuevo.

—En ningún momento hiciste que el cuenco se rompiera.

—Buena respuesta. ¿Y sabes por qué? Puedo hacer que tú no existas jamás.

Me deslicé del cojín y me puse de cuclillas.

—¿Y entonces por qué no lo haces?

Apartó la vista de mí y miró la niebla que nos rodeaba.

—La clave de la hechicería es el poder para hacer del mundo el tipo de lugar en el que desearías vivir. Acepta mi poder. Tus dos compañeras lo han aceptado.

—¡No! No soy más tuya de lo que pertenezco a Arturo, Merlín o Mondig.

Mientras respondía sentí la fresca brisa de la mañana, disipando la niebla, y me di cuenta de que era el momento preciso, antes de que amaneciera, cuando la luz brilla y el día conquista el bosque, la costa, el mar. Los esbeltos pinos estaban inmóviles, el único sonido que se oía era el goteo del agua que caía sobre la plataforma. Los árboles emanaban un delicado perfume.

Ure suspiró, un sonido extraño en un carácter tan duro como el suyo.

—Es el momento. Pregunta al fauno antes de que salga el sol.

—Sí, supongo que sí. Tengo que descubrir la manera de encontrar a Arturo.



Las cosas no iban de la manera que él creía que debían ir, pensaba Zarpa Negra.

—¡Quédate quieto! ¡Maldita sea, para ya! Estoy intentando curarte. Curarte por lo menos un poco para que desaparezca el dolor. Y tú no paras de pegar saltitos como si fueras un conejo asustado —le decía ella.

Zarpa Negra inspiró profundamente. Las zonas por donde le había abrazado la enredadera le escocían como si se hubiese quemado, y una mezcla de un picor desconocido y un dolor en general hacía que quisiese transformarse en lobo y protegerse de aquel terrible malestar.

—No te atrevas —susurró ella—. Ni los pienses. Pueden decir... esos pájaros... si lo haces. Están por todas partes ahí fuera, y no sé si las enredaderas pueden mantenerlos alejados de la puerta.

El frío miedo aconsejó a Zarpa Negra que obedeciera inmediatamente. Dios mío, los pájaros. Estaba muy quieto. Durante un momento en su mente nació un fuerte sentimiento de rebeldía.

«No es justo. Maldita sea, es humillante. Quería ser guerrero. Luchar contra otros hombres que cargaran contra mí con sus espadas y llevando armaduras, de manera que pudiera derrotarlos gracias a mi fuerza superior, mi habilidad y mi astucia», pensaba.

Pero entre muchachas que salían de los lagos y querían mucho sexo apasionado (en realidad, eso no había estado tan mal), viejos hechiceros locos que entran y salen de los arbustos, enredaderas problemáticas, flores cantantes, frutas picantes y pájaros que le hacían estremecerse, no estaba teniendo muchas oportunidades para destacar como guerrero. No era así como se había imaginado su aventura cuando se fue de casa. Era lo suficientemente listo para darse cuenta de que estaba recibiendo una educación realmente superior. Pero para qué estaba siendo preparado ya no lo tenía tan claro.

Abrió un poco los ojos. Los sentía hinchados y pensó que tal vez estuviera ciego,

pero un segundo después desechó la idea al mirar por la estrecha ventana que dominaba el cañón en el que estaban.

Estaba anocheciendo. Veía el rostro de la muchacha cerca de la ventana, mirando hacia fuera con ansiedad.

Los pájaros. Los pájaros estaban allí.

Lo miró.

—¿Estás conmigo? —le preguntó.

—¡Ua! —logró decir Zarpa Negra, y ella asintió.

—Quédate callado. Dios mío, están en todas partes. Pero enfadaste tanto a esa enredadera que todavía se retuerce como una serpiente escaldada, no se atreven a acercarse a la puerta que da a este hueco en el que estamos. Casi me alegro de que encontráramos algo a lo que esos malditos tengan miedo, a pesar de que tú hayas tenido que pagar el precio de ese descubrimiento. Creo que saben que estamos por aquí, en alguna parte, pero no están seguros de dónde. Y si te transformas pueden vernos y conseguir forzar la entrada. Esas enredaderas son terribles, pero los malditos pájaros son más fuertes. Lo siento. Y no sé si me queda la fuerza suficiente para convertirme en piedra como hice antes.

Zarpa Negra se movió lentamente. Todo el cuerpo se le encogió de dolor y a continuación sintió una extraña rigidez en los muslos y el torso que lo asustó más de lo que conseguiría cualquier dolor. Pero logró sentarse y también él miró afuera.

Durante un segundo se preguntó dónde estaban los cuervos; entonces vio que estaban volando, una bandada que revoloteaba en la parte baja del cañón. Volaban tan bajo que los extremos de las alas casi tocaban el agua del río. Después volvían hacia arriba, hacia los rayos inclinados del sol que se ponía, el negro reluciente de las plumas brillaba como fuego dorado bajo la luz. A continuación se convertían en una cortina de oscuridad cuando penetraban en la zona de sombras del cañón.

—Una vista impresionante —murmuró Zarpa Negra.

—Sí, impresionante y estremecedora.

—¿Qué son?

—Mis poderes me fallan en lo que a ellos concierne. Me consideraba a mí misma un ser de gran sagacidad y amplia experiencia tanto en mi mundo como en otros, pero estos pájaros me dan una lección de humildad. No puedo ni imaginarme lo que son. Diciéndolo más sucintamente, lo que tú te imagines es tan válido como lo que pueda imaginar yo. Pero me parece que la luna de este lugar les hace marcharse un tiempo.

—Están cazándonos —susurró Zarpa Negra mientras se apoyaba en sus brazos.

Estaba húmeda, de nuevo se desvanecía, pensó que estaba muriendo.

Podía alimentarla. Ese mismo día lo había hecho. Pero el agua no respondía a sus necesidades, solo las sustancias de las flores que hablaban mediante la música. Pero no había suficientes para mantenerla con vida.

La humedad fría de su carne débil le sentaba bien sobre el pecho y el abdomen, que tenía en carne viva. Se miró a sí mismo y sintió asco. Tenía la piel roja, quemada,

con partes en carne viva y supurando que le iban desde el pecho hasta el principio de los muslos. Y es más, estaba descubriendo el efecto estimulante de ciertos dolores.

«Oh, no», pensó, porque sabía que quería eso, pero a la vez no lo quería. El causante de tal sentimiento estaba tan arraigado en su mente que no podía llegar hasta él para desligar la unión entre el dolor y el placer.

Aturdido por el deseo, contempló la bandada de pájaros alzarse contra el sol agonizante, para caer a continuación como una magnífica cortina con vida propia hacia la creciente oscuridad en la que el sol ya no hacía brillar sus cuerpos, para después regresar de nuevo. Volando muy cerca del agua para escapar de la luna que se asomaba, seguían el río, y otro río de alas se desvanecía en las profundidades del cañón.

Ella temblaba. ¿O era él quien se estremecía preso de un placer cruel?

—Me muero —susurró ella clavándole las uñas en la espalda, donde la hinchazón de su carne hacía que el dolor fuera mucho mayor.

—Ni se te ocurra. Estás... matándome —gimió de nuevo.

—¡No! ¡No! Si tienes tanto miedo, dime que tú no quieres esto también.

Ella gimió y le arañó la cara. Zarpa Negra sintió algo húmedo, pero no sabía si era la carne de la muchacha que se disolvía o la sangre que le corría por la mejilla herida.

—Cuando ya no estés, me quedaré solo —gimió Zarpa Negra—. No volveré a mirarte a los ojos. Quiero algo.

Estaba penetrándola, su suave oscuridad, su oscuridad de terciopelo. Todo su cuerpo se encogió al pensar en lo que estaba a punto de hacer, pero encontró su mente indiferente y dura como una roca.

Se estremeció en el momento en que parecía que todo su ser caía como una cascada en el punto de fuego exquisito que tenía entre las piernas.

—¡Tómalo! ¡Tómalo todo!

Ya no hubo más placer, se interrumpió en el mismo instante de gratificación absoluta y los genitales se le marchitaron en el más completo y puro de los dolores. Se alejó de ella rodando, con fuertes arcadas, los espasmos de dolor le curvaban el cuerpo hasta formar un arco, colapsando sus músculos y el sistema nervioso en una convulsión. Una vez, y otra y otra.

Tras una eternidad de sufrimiento, perdió el control sobre sus esfínteres: orina del pene, excrementos del ano, baba de la boca, lágrimas de los ojos, y su estómago sufrió uno y otro espasmo hasta que expulsó bilis sobre el suelo de piedra.

Parpadeó para limpiarse los ojos. Lo consiguió y vio una hembra de lobo en el lugar en que había estado el cuerpo marchito de la muchacha. Fuerte y sana, mirándolo con unos enormes ojos amarillos, perpleja.



Las dos sombras permanecieron entre la hierba acariciada por el viento, observándolo, hasta que Uther despertó. Éste recordó sus reflexiones sobre el tiempo, su final ante la entrada del túmulo.

—Han conseguido su objetivo, ¿verdad? —preguntó el rey.

—Sí —contestó una de las sombras—. Nosotros somos su logro.

Uther se sentó.

—¿Dónde está Morgana?

—Se fue. Dejó un mensaje para ti —respondió uno de los visitantes, señalando al suelo.

Uther vio las huellas de las patas del Sith del Gato claramente marcadas en la tierra arenosa.

—¡Ah!

—Sabía que nosotros te acompañaríamos en tu viaje.

Uther no estaba muy seguro de querer ver más de cerca a la pareja. El cabello se le erizó en señal de alarma. «Tal vez no sean seres vivos», fue lo que pensó.

—No estoy seguro de que quiera vuestra compañía en ningún viaje que pueda emprender en el presente. A no ser que...

—¡No! Estás vivo, igual que nosotros.

Uther se puso en pie y los miró de frente.

—La Hermandad de los bagaudas te saluda. Pero para unirse a nosotros tienes que entregar tu espada. No temas, tenemos algo con que sustituirla.

Seguían siendo unas sombras. Uther se rascó la barba incipiente con la mano derecha. ¿Dónde estaba Morgana? Incluso como Sith del Gato jamás lo habría abandonado.

¡Los bagaudas! Había oído hablar de ellos, el azote del agonizante Imperio romano. Pero se les encontraba en la Galia, en Iberia, en la península Itálica, no entre los britones. ¿Cómo era posible?

—Sea donde sea donde hayan ido los constructores de los sepulcros de piedra, nosotros venimos —habló una de las sombras—. Tú nos llamaste. Nosotras te enseñaremos nuestros caminos, guiaremos tus pasos hasta los campamentos sajones. Ven. Todavía están celebrando las luchas entre caballos, aún eligen rey. Hay muchas cosas en Londres que tienes que aprender. «Ciudad del pecado», así la llaman. Entrégnos tu espada.

Uther estaba cansado, en eso era en todo lo que podía pensar. Había deseado poder dormir un rato en su montura mientras viajaba bajo las estrellas. Ahora querían su espada. ¿Qué planeaban hacer? ¿Guiarlo solo por la espesura, a pie?

—Enseñadme esos sustitutos de mi espada y mi caballo. Y no dudéis de que renunciaré a mi casco y a mi armadura.

—No. —La respuesta era suave pero firme.

La sombra de la derecha descolgó algo que llevaba a la espalda. Lo llevaba como se llevan las espadas, en una bandolera que se le cruzaba en la espalda de la misma

manera que una espada larga. Alargó el abultado objeto a Uther y lo dejó entre sus manos.

Aquello no era una espada. Era mucho más ancho y grueso, la única manera de poder cogerlo era envolviéndolo en un abrazo. Uther se dio cuenta de lo que era cuando sus brazos se cerraron alrededor. Y agradeció la oscuridad que lo envolvía, porque se avergonzaba de sus lágrimas.

Uther entregó sus armas sin dudarlo y no puso ninguna objeción. Espada, cota y casco desaparecieron en algún lugar misterioso en el túmulo. Conservó consigo el manto y el sax, el sax que Morgana le había dado hacía tanto, el día..., el día en que descubrió que debía ser un hombre..., el día en que sus dos hermanos murieron en la Galia sirviendo a algún pretendiente al púrpura trono imperial de los Césares. El día en que tocó el arpa por última vez. Sólo ella había sabido que Uther dejaba a un lado el arpa para siempre, asustado incluso de su tacto por si lo distraía de su único objetivo, del Gran Reino. Su destino. Dejado a un lado para que su simple roce con la mano no le ascendiera por el brazo y le golpeará el corazón con un dolor tal que lo acobardara.

Quemó su necesidad y su dolor para siempre, dejando el instrumento colgado de la pared del refugio de caza de cuando era joven, un lugar que volvería a visitar, pues ahora era demasiado importante, estaba demasiado preocupado, ocupado, inmerso en una vida dedicada a las luchas por el poder.

Uther se colgó el arpa del hombro, se colocó el manto cubriendo el instrumento y los hombros, y partió con las dos sombras hacia lo más profundo de la noche.

Durante un tiempo siguieron el camino, pero más tarde, dirigidos por el curso de las estrellas, lo abandonaron y empezaron a caminar campo a través. Las villas romanas estaban por todas partes, pero sus compañeros encontraban su camino entre ellas, manteniéndose en las praderas, los bosques y los yermos que se encontraban entre las extensas zonas de tierra cultivada. Unas pocas, es cierto, habían sido abandonadas durante las revueltas que habían seguido al final de la ocupación romana. Pero las tierras ricas no era algo que normalmente se dejara sin cultivar; y la mayoría de las veces, aunque la residencia principal fuera una ruina, la tierra era cultivada por aquellos que debían lealtad a los terratenientes que se hallaban cómodamente instalados en las ciudades amuralladas que salpicaban el campo. Los terratenientes que no perdían un momento a la hora de recaudar sus impuestos con la ayuda de las espadas sajonas. Los terratenientes que no mostraban ningún reparo a la hora de quemar un pueblo que mostrara cierta desgana por las abusivas tasas que financiaban a los mercenarios sajones que les servían como guardianes. Los terratenientes que acorralaban todos los años a los niños para venderlos al este como esclavos.

Uther y las dos figuras del sepulcro avanzaban entre las villas, silenciosos e invisibles en la oscuridad. Eran buenos guías y parecía que conocían bien el terreno. Su conocimiento de las estrellas era mejor que el de Uther, a pesar de que el de éste

no era nada despreciable.

Cerca del amanecer (se dio cuenta de que el amanecer se acercaba porque las pléyades se ponían y el rocío empezaba a mojarle los pantalones), pensó que debían de haber recorrido un distancia considerable. Disminuyeron el ritmo para cazar.

Los conejos estaban comiendo en las praderas salvajes, frías, crujientes y húmedas. Sus compañeros los cazaban al vuelo. Un conejo que se enfrenta a un depredador se queda inmóvil y luego salta a izquierda o derecha. Un humano tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de atrapar al roedor si se mueve antes de que el conejo salte.

La mayoría de los conejos morían tan rápido a manos de sus acompañantes que no tenían ni tiempo para chillar. Uther observó interesado que, de diez, atraparon seis. La séptima presa estaba preñada y tenían que liberarla.

Cuando se detuvieron en un arroyo para lavar y destripar sus presas, Uther se dio cuenta de que ya podía ver. Por un momento, tuvo sus dudas sobre si mirarlos o no. Después de todo, ¿qué podía salir de una tumba en lo más profundo de la noche? Pero, bajo la creciente luz, parecían bastante humanos. Los dos eran morenos, tan curtidos que parecía que no habían dormido en una cama en toda su vida. Tenían una edad imprecisa, ni viejos ni jóvenes, e iban vestidos de piel de pies a cabeza. Sus ropas eran idénticas, botas de piel suave, pantalones y túnica de la piel más curtida y flexible que Uther jamás había visto.

Entonces le pareció que debían de ser gemelos: idénticos ojos, boca, nariz, tono de la piel y de los ojos, el mismo pelo rizado y castaño oscuro.

«Dos muchachos», pensó.

En ese momento, uno de ellos se retiró la capucha de piel para lavarse la cara en el arroyo y una larga cabellera le cayó sobre el rostro.

«¡Oh!», pensó Uther, sabiendo en sus entrañas lo que su cabeza no quería aceptar. Hermano y hermana amantes. Dios mío, ¿cómo sería tal lazo? Indestructible, absolutamente inaceptable, los dos serían parias para siempre.

Ella le sonrió, se cogió el pelo, lo escondió bajo la capucha y volvió a convertirse en un muchacho.

—¿Quién seré sin corona, ni caballo, ni espada, ni cota?

—Un bardo, un cantante por todos conocido —respondió el hombre.

Su hermana se rió.

—Sé que así será.

—¿Un disfraz? —preguntó Uther.

—Me dijeron que te dijera que no, una profunda verdad.

Para su sorpresa, Uther sintió que tenía lágrimas en los ojos.

—Ha pasado tanto tiempo... La música no volverá a mí nunca más.

—En cuanto a eso, yo... no puedo responder. Yo no ideé el plan —repuso ella.

A continuación, los dos se apresuraron ladera arriba. Los árboles que sombreaban el lecho del arroyo se abrían en una vega. El rocío la hacía parecer de plata.

Uther los siguió a través de la vega hasta que llegaron a un montículo verde que apenas era visible entre las brumas. Lo rodearon y se encontraron un lugar en el que Uther pensó que alguna vez debía de haber habido una entrada. Allí, sobre una piedra plana, había un cuenco con requesón y miel.

—Ella no nos ha olvidado —dijo el hombre, cogiendo el recipiente—. Ahora, acabemos con nuestro ayuno.

Atravesaron otra vega y se internaron en una arboleda de robles y hayas. El suelo estaba cubierto de bellotas y niebla. Había rastros de jabalíes por todas partes.

Uther estaba incómodo, pero sus compañeros avanzaban confiados.

—Ellos, los siervos de Dis, nunca nos molestan. Nadie puede vernos aquí. Haremos un guiso, pero antes tienes que tomar un poco del requesón con miel.

Uther se sentía tan débil que se alegró de tener que hacerlo. Se hundió en una gruesa alfombra de hojas muertas y llenó su estómago con el contenido del cuenco mientras miraba cómo sus dos acompañantes encendían un fuego, reunían unas cuantas verduras y tubérculos y los unían a las liebres en el recipiente de piel que colgaba sobre el fuego abierto.

Uther no estaba cómodo cerca del fuego.

—No pueden vernos —dijo el joven.

—¿Por qué no? El bosque no es tan tupido.

—No lo sé. —La muchacha pareció preocupada durante un segundo, pero después añadió—: Nunca nos ven.

El rey se puso rígido de terror.

Un hombre, con ropas toscas pero de buena calidad, pantalones de piel, túnica y un buen manto de lana, apareció ante sus ojos. Por su vestimenta, debía de ser un señor local o incluso un juez. Seguramente una de las villas en las que había pasado la noche pertenecía a su familia. Uther pensó que, a esas horas tan tempranas, debía de estar comprobando las trampas para conejos. ¿Cómo era posible que no viera a tres personas?

Fuera como fuese, no las veía. Parecía que no veía nada fuera de lo normal. Chasqueó los dedos para llamar a su perro de caza, le ordenó levantarse y se alejaron despreocupadamente.

La muchacha se echó a reír. El noble se detuvo, miró hacia atrás; durante un segundo pareció desconcertado. Después se encogió de hombros, miró alrededor con expresión incómoda e hizo la señal de la cruz. Ordenó de nuevo al perro que se incorporara, se apresuraron y un segundo después desaparecieron entre la pálida niebla.

—¿Ves? —le dijo la muchacha—. Nunca lo hacen. Vemos, quiero decir.

El miedo que Uther había sentido un momento antes no era nada comparado con el escalofrío de auténtico terror que le recorrió cuerpo y alma en ese momento.

—¡No! —dijo; le costaba articular las palabras, tenía la boca seca y apenas podía mover la lengua—. No, no nos ven, ¿verdad?

—Algunos lugares nos pertenecen a nosotros —le contestó el joven—. Uno de ellos es éste.

Ellos eran Alex y Alexia, los huérfanos de los bagaudas. O así fue como se presentaron.

—Nos dejaron en las escaleras del templo. Nuestro destino era morir o que nos recogieran y criaran para más tarde vendernos como esclavos.

—Los bagaudas nos rescataron —dijo Alex.

—Ella era una cortesana de Alejandría —le siguió contando Alexia—. La recordamos... más o menos. Éramos demasiado morenos. No pudo convencer a su amante de que éramos sus hijos. Éramos una inversión que nunca produciría beneficios y cuando su amante la abandonó... o lo mataron... no estamos seguros...

—La política es una preocupación letal —dijo Uther.

—Sí, sin duda —acordó Alexia.

Alex continuó el relato.

—A ella le costaba gastar una buena cantidad de dinero para nada, así que hizo que sus sirvientes nos abandonaran en el pórtico del templo de Isis. Una magnífica mujer de negocios, aunque no muy buena madre —añadió pensativo.

—Eso parece —asintió Uther.

Se sentía ligeramente mareado, pero no dijo nada más.

—Duerme ahora, la comida estará lista dentro de poco. Te despertaremos entonces —dijo Alexia.

Se dio cuenta de que aquel día había traído muchas novedades, demasiadas para un hombre de su edad. Soltó las correas del arpa y la apoyó sobre el montón de hojas secas que había a su lado, de manera que estuviese protegida. A continuación aflojó los cordones de sus botas, se envolvió en el manto, se acurrucó sobre la misma pila de hojas y se durmió.

Estaba en un sepulcro, de rodillas sobre una estera. Una lámpara muy simple, en cuyo borde, que parecía moldeado con el pulgar, aparecía la mecha, ardía cerca de la entrada. Su luz iluminaba el estuche de un arpa apoyado sobre el muro.

Se dio cuenta de que habitaba el cuerpo de un cadáver recientemente enterrado. Sí, lo sabía (con la certeza que sabemos cosas en los sueños y que es imposible en el mundo real), sabía que todo había pasado hacía mucho tiempo. Su espíritu regresó un momento a esa carne fría y rígida para asegurarse de que el arpa estaba allí. Y cuando la mecha se consumiera, partiría a su lejano destino.

Silencio, la mente habla, nunca se detiene. Prolonga sus observaciones sobre las percepciones en transformación eterna de sus sentidos. Argumenta, analiza, se asusta, se divierte, se siente descontenta, blasfema o se lamenta. Silencio, el sepulcro estaba silencioso, siempre estaría silencioso, mientras su ocupante yacía completamente inmóvil, transformándose en polvo.

La lámpara parpadeó, ardió con luz más intensa y la llama se alzó sobre el recipiente de arcilla antes de que descendiera la más absoluta de las oscuridades. La

mente del rey dejó de hablar al mismo tiempo que la llama se convertía en una simple chispa, un punto rojo brillante en la oscuridad, hasta que se desvaneció.

Volvió la música. Se incorporó entre las hojas de un bosque mientras la lluvia tamborileaba a su alrededor. El mar se levantó, batía, silbaba y rugía. El viento habló al bosque, un rugido, el silencio, un siseo, un susurro. Las ramas crujían bajo la tormenta, ya no se oía el repiqueteo de la lluvia, sino que era un auténtico aguacero, un río atrapado entre sus riberas que bramaba, borboteaba, que lo arrastraba todo a su paso y se lamentaba. Las ramas crujían bajo las heladas ráfagas de viento invernal. Los troncos de los árboles se partían sobre la fría nieve con un ruido sordo. Enormes copos de nieve descendían lentamente como si aquella fuese una fría noche invernal sin viento.

Uther se agitó en sueños cuando una liebre dio un chillido mortal atrapada en las fauces de un zorro. Un ciervo bramó, frotando los cuernos contra la maleza para quitarse el musgo y proclamar su desafío ante los otros machos. El pueblo de Uther cantaba sus oraciones y en la música encontraban más sentido que en los bosques.

Cuando se despertó, se dio cuenta de ya tenía el arpa entre las manos. Estaba apretando las clavijas para afinar las cuerdas.

Al día siguiente se detuvieron en una posada. Uther vio dos cosas con claridad. La primera era que sería muy fácil engañar a todo el mundo en cuanto a su identidad.

La noche anterior se había afeitado la barba y el bigote. Incluso ante sus propios ojos parecía un hombre diferente y pensó que el problema podría ser demostrar su identidad a aquellos nobles en Londres que lo conocían y seguían, eso esperaba, siéndole fieles. No tenía espejo, pero una charca cerca del manantial le sirvió para observar su rostro, y la transformación era increíble.

La segunda de sus conclusiones había sido el poder de su arpa.

La posada era un lugar mísero situado en un pueblo que había en el camino hacia Londres. Los viajeros adinerados que recorrían ese camino a caballo y protegidos por guerreros sajones se hospedaban en el pueblo, una villa bien fortificada que desde una colina cercana dominaba el camino. La posada que había en el cruce de caminos era un lugar mucho menos seguro. Una estancia con mesas y bancos y unos barriles con espita alineados junto a las paredes que contenían cerveza, vino e hidromiel. Había un hogar en la parte norte de la habitación que servía para cocinar y de hecho, cuando el rey entró, unas cuantas aves giraban sobre las llamas. Daba vueltas al asador un perro ciego y con aspecto enfermizo que caminaba en una jaula cerca de la chimenea.

—Me parece que aquí la cerveza es buena —susurró Alexia.

—¿Dónde duermen los huéspedes? —preguntó Uther, mirando alrededor.

—Sobre el hogar hay un altillo. Pero yo en tu lugar me envolvería en el manto y me acostaría en el suelo —respondió Alex.

Alexia se echó a reír.

—El altillo está cubierto de paja. No la cambian demasiado a menudo y está...

digamos, «habitada».

Uther se estremeció. No tenía mucho dónde escoger. Fuera, el viento soplaba con fuertes ráfagas. El cielo estaba gris. Uther sabía que al amanecer el cielo se despejaría, pero el rocío se helaría en las briznas de hierba. Dormir al aire libre sin ningún cobijo sería pasar una noche penosa. La posada era la mejor opción para pernoctar incluso medio cómodamente, a pesar de que Uther se dio cuenta de que, cuando las ráfagas de viento eran más violentas, una corriente helada lo envolvía y los dedos de los pies se le entumecían de frío. Le dolían los huesos y sabía que no tardaría en llover. Así que se resignó a soportar aquella dura cama.

La mujer que se encargaba de los barriles se le acercó cuando entró.

—Cerveza, para mí y para mis amigos —le pidió Uther.

La mujer miró a la pareja con recelo.

—¿Puedes pagar con algo mejor que una canción?

Tenía los ojos y la nariz rojos. Parecía enfadada y triste. Entonces Uther pensó lo que tenía que haber sido su vida en ese lugar perdido camino de Londres y la compadeció.

Le dio tres monedas de cobre de su bolsa y a cambio recibió una mirada de respeto. A continuación los condujo al banco más cercano al fuego, una bendición a medias, pues la madera que ardía era demasiado verde o aún estaba verde, o ambas cosas. Cuando soplaba el viento, el humo les hacía llorar.

Las monedas eran un bien muypreciado, pues las casas de la moneda habían dejado de trabajar con la retirada de los romanos. Las monedas de cobre circularon hasta que literalmente se desgastaron. Las de plata sufrían drásticos recortes (se limaban los bordes y los cambistas volvían a fundir las limaduras, ahora únicamente relacionados con las casas aristocráticas). Las pocas personas que tenían oro lo reservaban, así que lo más probable era que la mujer no hubiera visto demasiado.

Las tres monedas desaparecieron entre sus ropas y seguramente servirían para comprar comida para los tres y pagar el hospedaje de la noche.

El desgraciado perro del asador fue caminando cada vez más lentamente hasta que acabó deteniéndose. La mujer lo golpeó con una correa, el perro volvió a ponerse en marcha y el asador, a girar.

El rey apartó la vista. En el pasado, el perro había sido un animal corpulento, quizá un mastín que ahuyentaba los lobos u otros animales peligrosos. No podía imaginarse por qué lo habían mutilado y condenado a aquel trabajo. Pero tal vez debería sentirse agradecido. Sólo era un perro. Ya había visto en una o dos ocasiones tratar a niños de esa misma manera.

El rey se estremeció, no sólo por el frío, y trató de calentarse las manos en las débiles llamas. Fuera empezó a llover. Vio que entraban en la posada más personas, algunos viajeros, otros tenían aspecto de ser criados o arrendatarios de las tierras cercanas que iban a protegerse de la tormenta y a beber algo. Sus ropas estaban empapadas y en la habitación el olor comenzaba a hacerse insoportable.

Les sirvieron la cerveza y cuencos con estofado. Para su sorpresa, la comida estaba buena, aunque el estofado consistía más en verdura que en carne, sobre todo nabos y manzanas secas con algún tipo de salsa. El pan que había sobre la mesa estaba acompañado de cebolla y queso y, mientras comían, la mujer cogió una de las aves del asador y la puso sobre una rebanada de pan cerca de la mano de Uther.

Alexia hizo un ademán hacia el ave, con una expresión interrogativa en los ojos. Uther asintió. La muchacha separó una zanca y un muslo para él y compartió el resto con su hermano.

Cuando Uther terminó de comer y beber, la mujer volvió y le ofreció una vasija con agua templada para que se lavara las manos y un trapo limpio para secarse. Uther suspiró. Por tres monedas de cobre, todas aquellas atenciones. Seguramente, aquello era lo mejor que podía ofrecer esa pequeña posada.

—Mi señor. —Las palabras eran un susurro que provenía de sus espaldas.

Volviéron a oírse.

—Mi señor, mi señor, *domine*.

Aquella era la antigua forma en latín.

Uther dudó, no estaba seguro de que aquello no fuese un truco. ¿Se llamaba a los músicos ambulantes «mi señor»?

Se dio la vuelta y vio que a sus espaldas la habitación estaba abarrotada. Al menos una treintena de pares de ojos lo miraban, estudiándolo desde la oscuridad. Había quien bebía y comía, pero otros simplemente ataban allí sentados, con los brazos cruzados, observándolo. Aquéllos eran los más pobres, que seguramente no podían pagar la cuenta.

—Mi señor, ofrézcanos una canción —volvió a susurrar la voz.

Fuera la lluvia se convertía en aguanieve. La oía caer contra los muros de adobe y cañas. Uther pensó que el agua que corría entre la paja del altillo debía de estar empezando a helarse.

Sintió que le fallaba el corazón. Incluso casi llegó a percibir que no dio un latido, tal vez lo percibió realmente. La triste verdad era que no sabía si tendría una canción que ofrecerles. Aquella mañana no la habría tenido, de eso estaba seguro. Afinar el arpa había sido fácil, ningún problema. Eso ya lo había hecho. Pero exceptuando unos pocos acordes que aún recordaba a pesar de todos aquellos años, parecía que había olvidado la mayor parte de lo que sabía.

Fácilmente cayó presa del desaliento, pensando que en el pasado no había sido más que vanidad el pensar que incluso podría unirse a la compañía de los bardos; los magníficos bardos que transmitían la historia de su pueblo, sus victorias y, para decirlo todo, su rica y antiquísima filosofía de vida. Había estado preparándose para presentarse a la prueba del festival de invierno cuando Morgana llegó para anunciarle que sus hermanos habían muerto en la Galia...

Tenía algunas monedas de plata en la bolsa. No demasiadas, pero las suficientes para comprar el olvido étlico de todos los presentes en la estancia. Era más que

probable que una moneda de plata fuese suficiente. La mujer que vigilaba aquel lugar seguramente no había visto más de siete u ocho monedas de plata en toda su vida.

Precisamente su voz interrumpió sus pensamientos, una voz aguda, que denotaba mal genio y enfado.

—¡Qué! Ahora ya sé por qué estáis todos aquí... y en una maldita noche fría como ésta. Habéis venido a burlaros de un hombre con un palo y unas cuantas cuerdas.

Uther se sonrojó ante la manera de llamar a cualquier instrumento de cuerda.

—¡Fuera de aquí, estúpidos cerdos! A vuestros asuntos, que ya me ocuparé yo de los míos. Ya ha pagado, y ha pagado lo suficiente para que no se le moleste con vuestras ocurrencias.

La mujer chasqueó la correa, la misma que había utilizado con el perro, sobre un hombre de aspecto harapiento que estaba detrás de Uther.

En ese preciso momento, una violenta ráfaga de viento sacudió la construcción. Del hogar salió tanto humo que cubrió por completo la habitación y todos se dieron la vuelta, tosiendo y con los ojos llorosos. Uther pensó en su visión del sepulcro. Ése es el destino de todos los seres vivos, silencio y oscuridad. ¿Silencio eterno? ¿Eterna oscuridad?

Motivo suficiente para la música; motivo suficiente para hacer volar sus manos a coger a tientas el estuche del arpa que descansaba a su lado mientras se dirigía a la tabernera con tono de ligero reproche.

—¡Señora! Cantaré un rato. No importa. Repartid un poco de bebida entre los sedientos y los cansados. Yo pagaré la cuenta.

La mujer parecía a punto de enfadarse hasta que Alex le ofreció una moneda de plata. Ella la hizo desaparecer con tal rapidez que Uther llegó a preguntarse si era verdad que la había visto.

Cuando tocó el arpa con la mano, Uther oyó la música entretejerse, alzarse, descender, mecerse en su mente. Bailar con el murmullo del aguanieve al otro lado del muro, del tejado, de las ventanas cubiertas con harapos.

Melodías en las que no había pensado desde hacía años ocuparon toda su mente. Alexia construyó una flauta doble; Alex, una dulzaina. Los dedos de Uther paseaban sobre las cuerdas, las tanteaban, escuchaba los sonidos que, apenas si podía creerlo, él estaba produciendo. Así de hermosos eran, incluso en su pureza individual para sus oídos poco habituados.

El fuego que ardía ante él siseaba cuando a través de la chimenea caían los húmedos copos de nieve empujados por el viento. Empezó a tocar a las llamas, azules, amarillas y también de un cálido naranja e incluso un pálido rojo cuando lamían las ramas verdes. Suavemente, las llamó, las invocó para que templaran la habitación y dieran calor a las personas que allí había. El fuego se alzó con un amarillo intenso, resplandeciente, como el sol sobre el agua; las llamas eran una presencia sedosa que se agitaba sobre la leña en una dichosa combustión, el

resplandor de la vida.

El tronco que había en el centro del fuego se desintegró y cubrió las otras dos ramas que apenas ardían de brillantes brasas rojas y resplandecientes chispas blancas. Los troncos volvieron a silbar. El vapor que salió lo hicieron desaparecer las mismas llamas que rugían de nuevo.

Uther no oyó el grito ahogado de asombro detrás de él, ni el temblor de las ondulantes notas de la flauta que tocaba Alexia. No estaba allí, penetrando en la música como la luz que transforma la niebla en columnas de bruma, haciendo de un tupido bosque una catedral de ilusiones.

La luz proveniente del fuego inundaba la habitación, hacía resplandecer los rostros absortos de su público, que escuchaba un canto de placer que los llevaba a la contemplación de un universo creado con amor, dirigido por Dios.

Cuando se detuvo, no porque hubiese acabado, sino simplemente demasiado cansado para continuar, la tormenta había pasado y el cielo nocturno los bendecía con incontables estrellas, el aire era fresco. El fuego del hogar se había consumido hasta convertirse en ascuas rojas como los rubíes. La multitud se fue yendo en silencio, el único sonido que se oía era el crujido de las pisadas sobre la hierba helada. Todos habían tenido todo lo que habían querido para comer y beber, y la anfitriona no había recibido una moneda de plata, sino dos. Uther temblaba a causa de la debilidad cuando él y sus acompañantes buscaron un lugar en el suelo en el que dormir.

El perro lo despertó, babeando, lloriqueando, gimoteando. Abrió los ojos. Alex descansaba contra su espalda, Alexia estaba acurrucada contra su estómago. Él había vivido tiempos en que el cálido cuerpo de una mujer lo habría inundado de un deseo frenético. Por la mañana les diría que cambiasen los lugares, pero, aparte de eso, sólo estaba enfadado. Y ni siquiera demasiado. Entre los dos le daban tanto calor como si fuesen una manta.

Miró el hogar y vio una especie de neblina plateada sobre las brasas. Le trajo a la memoria la última vez que había visto a su hijo. Arturo había ido a buscarlo por la noche, lo llamaba para que fuese testigo de cómo Merlín e Igrane practicaban magia negra. Pensando en ello más adelante, al darse cuenta de que su hijo había ido a sus habitaciones sin ningún tipo de protesta, había llegado a la conclusión de que había intervenido un sutil pero poderoso hechizo.

Había visto la misma neblina cerca del fuego, pero entonces había pensado que era la luz de la luna. Pero esa noche no había luna. Recordaba el dominio absoluto de las estrellas cuando se quedó en la puerta para despedir a su público.

Magia, esa noche de todas las noches. Aquel pensamiento le hizo sentirse débil. Él era de ese tipo de hombres a los que les gustan las cosas que se pueden hacer con las manos, ya fuera tocar el arpa o blandir la espada.

Con la mano derecha empuñó el sax que llevaba en el cinturón. En ese momento, el perro estaba silencioso, pero Uther oía que escarbaba el suelo con las patas. Era un sonido desesperante.

Uther pensó en el pobre animal mutilado. Quizá fuera buena idea coger el sax y abrirle el costado izquierdo a la altura de las costillas, en el lado del corazón. Una buena acción, pero ¿qué era lo que buscaba el perro para llamar su atención?

—Sí, una buena acción.

La voz era un susurro que provenía de algún punto próximo a donde estaba el perro.

—¡Merlín!

Una carcajada, una risa perfectamente audible, nació en la garganta del perro.

—Estoy atormentándolo, intentando que se levante y te ataque.

Aquella voz sólo resonaba en su mente.

—Estoy perdido. Perdido, perdido... En el infierno..., en el perro..., en el bosque. En el infierno, en el infierno —gimió el perro.

—Merlín, ¿qué es lo que te tiene atrapado?

—El rey, el rey.

—Yo soy el rey, y yo no te he hecho nada —murmuró Uther.

—Bade. ¡Bademagus! —logró terminar entre sollozos y maldiciones inteligibles.

Cada sonido era independiente. La voz que oía en su mente, los movimientos del perro junto al hogar, ambos se oían con toda claridad en la habitación.

—¡Para! Despertarás a todos. ¿Eso es lo que quieres? La mujer pegará al perro con la correa y tú lo vas a sufrir. ¿Desde cuándo habitas el perro?

—Una noche, un día, una noche. Hasta que los días hicieron dos semanas.

«La mente del animal está venciénolo», pensó Uther.

—Quería aliviarse su sufrimiento. Me atrapóooooo —continuó diciendo la voz de Merlín, aunque arrastró la última palabra en un largo gemido desesperado.

—Experimentaste con la magia de Dis. Pero es al infierno adonde perteneces, hechicero. Tú y tu zorra, malditos seáis, torturasteis a mi hijo. —Uther se sorprendió ante la triste satisfacción que denotaba su suave voz.

—Lo intentaste y fracasaste. No lograste salvarlo. No nos detuviste a tiempo. —Una cruel maldad dominaba las palabras de Merlín.

—¡Cállate! —La ira se apoderó de Uther—. Patearé al perro y tú tendrás el placer de disfrutarlo. Sé el daño que le hicisteis tú y ella. Lo sé. A veces lo veo en sus ojos. Pero, gracias a Dios, no siempre. No, no siempre.

El animal jadeó, gimoteó.

—¡Acércate!

—No. Destrozado como está ese animal, no me pondré donde pueda alcanzarme a pesar de la cadena.

El perro rechinó los dientes.

—¿Sabrás qué camino elegir para derrotar a los sajones?

Lo último que Uther deseaba era el consejo de lo que pudiera quedar del hechicero. Era evidente que los dos malvados habían discutido. Y Bade, Señor del Reino de Verano, había resultado el mejor parado. Pero desde siempre aquel maldito

Merlín había sido el más astuto de todos sus consejeros políticos.

Como rey, no tenía derecho a rechazar ninguna información útil, sin tener en cuenta lo desagradable o peligrosa que fuese la fuente. Se levantó, irguiéndose lenta y cuidadosamente. A la vez, cogió el sax y lo escondió entre los pliegues del manto. Necesitaría un segundo para poder utilizarlo, pero eso no podía evitarlo. El perro era ciego, pero no sabía si el espíritu del hechicero también lo era.

Recorrió los pocos pasos que lo separaban de donde descansaba el perro, junto al asador. La trabajosa respiración del animal era rápida y áspera.

—Me vas a matar.

—¡Sí!

—Ambos deseamos la muerte. Quiero que me des tu palabra.

—Te la doy. Ahora cuéntamelo.

—Llegan mañana.

—¿Quiénes? —Uther estaba desconcertado.

—Los caballos y las ofrendas. Lo que tienes que hacer es...

Uther vio que el perro sacudía las ancas. Ésa fue la única señal que percibió. Había sido un gran mastín, un perro de lucha mayor y más fuerte de lo que él había creído. No se dio cuenta de que lo atacaba hasta que no le vio los colmillos, negros y podridos, pero todavía largos y puntiagudos, que se lanzaban sobre su garganta.

No tenía tiempo para clavarle el puñal. Pero sí que pudo balancear el pomo contra la negra cabeza que se le acercaba. De acero, el pomo hizo pedazos el cráneo del perro a pesar de que a Uther lo cegó un brillante fogonazo de luz.



CAPÍTULO 3

Albe y yo tomamos otro camino para volver a la playa.

—Es un sitio maravilloso —dijo ella, volviéndose para mirar la guarida de Ure. Su voz mostraba tanto temor como añoranza.

La agarré por el pelo y tiré de ella. Albe gritó de dolor.

—Ni se te ocurra —gruñí—. Ni se te ocurra otorgarle más poder del que ya posee.

Permaneció obediente a mi lado, mirando hacia el camino que bajaba entre las rocas hacia los rápidos de agua clara que había tras el sendero del bosque. Mis dedos soltaron los gruesos rizos de su cabellera. Ure nos había cortado el pelo antes de la batalla, a todos sin distinción, tanto hombres como mujeres. Y pensé que ese rito podía haber ayudado a aumentar los ya de por sí poderosos encantamientos de aquel hechicero. Aunque, ¡Dios nos guarde!, cierto era que él no necesitaba ninguna ayuda. Su poder aún me provocaba consternación.

Wic estaba demasiado dolida y lo había estado durante demasiado tiempo para poder resistirse a él, debido a la traición de aquéllos a los que había entregado su amor. Se convirtió en uno de sus acólitos, quedándose allí para ejercer como dama, amante, esclava, seguidora, compañera fiel, confidente y, en cierta manera, ninguna de esas cosas. Hasta que... Era imposible saber por cuánto tiempo. El tiempo se había detenido en su guarida. Nunca lo sabríamos. Ninguna vida sería lo suficientemente larga para saberlo.

No estoy segura de si Albe sabía lo que habíamos dejado atrás. No lo habíamos encontrado en las ruinas de la fortaleza pirata que habíamos destruido: la empuñadura era de marfil de morsa, con concavidades artificiosamente labradas para los dedos. La hoja era afilada por ambos lados hasta casi el centro, donde se curvaba ligeramente.

Albe era fuerte. La mayoría de los hombres habría tenido problemas para usar esa espada, pues era muy pesada. Ella sin embargo la manejaba como si de un juego de niños se tratase. Observe cómo la probaba en una rama de unos siete centímetros de grosor. De un golpe, la espada cortó la madera como si fuera mantequilla caliente. No quería ni imaginarme lo que podría hacerle a un hombre.

Creo, sin embargo, que su arma favorita seguía siendo la honda. Siempre la llevaba consigo en su cinturón y continuamente rellenaba su bolsa de piedras redondeadas y pulidas, pues eran las que más le gustaban. Siempre tenía la honda preparada.

Cargué la espada a mi espalda, me ajusté el cinturón y me asegure de que el manto estuviera bien sujeto sobre mis hombros.

—Corramos —dije.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Lo percibo —dije yo.

Comenzamos a correr, casi volábamos a lo largo del camino que descendía junto al río. Cuando Madre vivía solíamos correr a menudo: ella, yo y Zarpa Negra, a veces como lobo, a veces como niño. Partíamos temprano, corríamos colina abajo hasta alcanzar la playa y allí corríamos entre los guijarros. Zarpa Negra, cuando era lobo, seguía a Madre. Pero como sólo tengo dos piernas, yo debía elegir con cuidado el camino y pensar a cada paso dónde pisaba.

Era como jugar al ajedrez. Mi mente no pensaba en nada más. Daba igual el problema que atormentase mis pensamientos: una vez empezaba a correr, las preocupaciones desaparecían debido a la concentración mental que requería el bajar a gran velocidad colina abajo, corriendo a través de las traicioneras hendiduras, esquivando los barrancos. O simplemente, huyendo de las olas que en ocasiones me mojaban hasta las rodillas, haciendo de mis piernas carámbanos de agua salada. Madre pensaba que aprender a elegir un camino y recorrerlo a gran velocidad a pesar de cualquier circunstancia era un buen ejercicio para un cachorro.

Olvidé a Albe. Olvidé la batalla. Olvidé la muerte y la destrucción. Yo simplemente corría tal como el fauno me había dicho. Me sentía en comunión con la tierra a través de los pies. Las rocas que encauzaban y protegían el río pasaban de ser duras y dolorosas a suaves y perfumadas.

Había más charcas de las que yo recordaba, lugares tranquilos entre los a veces salvajes rápidos. Chapoteábamos en ellas mientras plantas de hoja ancha, juncos, musgos aterciopelados y barro limpio tocaban y deleitaban mis pies y mis piernas. Corría como Madre me había enseñado, con una concentración absoluta en cada uno de los puntos en los que apoyaba mis pies.

A pesar de todo, también era consciente del mundo que me rodeaba. El cielo empezaría a iluminarse antes de que alcanzásemos la playa. Lo sabía porque, a pesar de que había muchas estrellas, ahora se podían vislumbrar las figuras de los pinos como hermosas siluetas grises contra la bóveda del cielo. Cuando llegamos al final del sendero y nos dirigimos hacia la orilla a través de la arena, vi luz en el agua. La marea estaba alta, el mar tranquilo, las olas suaves, formas curvas que se dispersaban y penetraban en la arena. Por el rabillo del ojo vi el lugar donde todos habíamos cenado la noche anterior. Ahora estaba oscuro y silencioso. Como visitantes no esperados comenzamos a llamar a las puertas.

No vi a nadie. No nos encontramos con nadie. Incluso me pregunté si habría alguien despierto a esa hora aparte de nosotras.

Percibí cómo reaccionaba el agua ante el primer rayo de luz, parecía una luminosa plata brillando casi imperceptiblemente mientras el sol se aproximaba al

límite del mundo. Finalmente Albe y yo nos fuimos, corriendo por el suave y tranquilo mar, aunque no silencioso, ya que suspiraba como si el gran mar tuviera algún conocimiento secreto que otorgar a ese lugar de frontera entre un mundo y el otro. Ése era el sueño, pensé al recordar que, hacía mucho, Kyra me había contado que Dugald había ido al otro mundo; pero que, temeroso, había regresado.

¿Estaba el fauno en lo cierto? ¿Estaba viajando hacia otro mundo?

No. Aún podía sentir el mar, reluciendo más y más. Cómo una vasija gigante nos arrastraba a mí y a todo ser vivo hacia el amanecer. Vi el agua plateada, blanca, gris, dorada, brillando y dispersándose a mi derecha. En un instante, el sol se alzaría y con él el agua devolvería al cielo los tonos rojos, dorados, violetas, amatistas, azules y también plateados.

Por primera vez tropecé, y al mirar hacia abajo descubrí que estaba corriendo sobre roca. Confusa durante un momento, aminoré la marcha. Albe chocó contra mí y las dos nos tambaleamos.

Reí, pero Albe dio un chillido ahogado y dijo:

—¡Oh, Dios mío! ¡Mira!

Me detuve y miré hacia donde señalaba su dedo, hacia el mar. O más bien hacia donde había estado el mar, porque, como el fauno había prometido, había desaparecido.



Igrane despertó y descubrió que los aposentos donde dormía aún estaban a oscuras, aunque se dio cuenta de que la marea debía estar baja, ya que podía ver las estrellas a través de la cúpula que se encontraba sobre ella. La túnica que vestía parecía querer que se durmiera de nuevo, se movía con suavidad, envolviéndola con firmeza y calentándole pies y manos. La primera vez que había vestido esa túnica se había sentido aterrada. Vestir unas ropas que se mueven por su propia voluntad es, sin ninguna duda, una experiencia escalofriante. Pero ahora se había acostumbrado al suave abrazo, al tacto delicado, a la textura aterciopelada de la seda, a la forma en que le arropaba pies y manos, y el placer de esta experiencia la había seducido profundamente.

Hasta que vio la luz acercándose. Venía de más allá de la habitación, del lugar desde donde había sido arrojada a ese mundo por Merlín. Desplazándose lentamente, la luz cruzó la habitación superior donde él la había forzado a rendirse incondicionalmente a sus hechizos. Empezó a descender la escalera que llevaba al templo (así lo creyó ella), donde él la había colocado sobre el símbolo de luz que casi acaba con su vida.

El mismo símbolo parpadeaba, rojo brillante, mientras fuera cual fuese el ser que lo transportaba alcanzó la parte baja de las escaleras. Se detuvo y se movió hacia Igrane. El símbolo rojo intenso parpadeaba siguiendo el ritmo de un corazón humano.

Igrane se levantó. La túnica con vida aceptó su cambio de posición sumisamente, cubriéndole los hombros y alzando un pliegue sobre su cabeza. Igrane se percató de la frialdad del cuarto y el vapor producido por su respiración. Pero estaba acalorada a causa del miedo y sobre todo por la ira que lentamente crecía en su interior. Por poco había acabado con su vida, y la absoluta indignidad de haber sido sometida tan incondicionalmente y haber sido objeto de una humillación tal había despertado un profundo y visceral odio que agitó todo su cuerpo. Fuera lo que fuese aquel ser, si hacía el más mínimo gesto amenazante lo mataría.

La luz se acercó lo suficiente para descubrir que se trataba de una figura encapuchada que sostenía un farol. ¿Era un farol? Parecía tratarse de una estrella atrapada en una lágrima de cristal.

—Por lo tanto es cierto. Mi sueño es real. Se ha ido —susurró una voz.

—Por el momento —contestó Igrane.

La respuesta fue una risa, una risa que sonó como el despertar de las hojas muertas movidas por el frío viento otoñal.

—Si se lo han llevado de la forma en que lo vi en mi sueño no se ha ido sólo por el momento, a no ser que vuestra idea de momento sea como mínimo cien años.

—Ésa es mi idea —suspiró Igrane.

—Eso y más. Merlín entró en el laberinto de Dis enviado por Bade. No pudo matarlo. No, a Merlín no. Merlín es demasiado poderoso.

Igrane rió, y su risa parecía un tintineo de plata.

—Eso me hace muy feliz.

—Entonces, mi señora, sentimos lo mismo por el difunto nigromante. Veo que trató de mataros de la misma forma que me mató a mí.

Igrane observó los cuerpos sin vida de los dos gólems que la habían atado para que recibiera los latigazos.

—Eres uno de ellos. No te acerques más a mí. Ni siquiera quiero ver tu cara. —Su voz denotaba tal histerismo que incluso la propia Igrane estaba asombrada.

La risa de serpiente se oyó una vez más.

—No seas tan arrogante, mi querida señora. Una vez que él hubiera acabado de desangrarte hasta dejarte seca, hubiera convertido tus músculos en sólo cartílagos y hubiera hervido tus huesos hasta transformar tu grasa en sebo, mi señora, entonces tendrías un aspecto similar al mío. Las suaves, calientes y redondeadas curvas de vida bajo la piel cremosa y tersa, todo habría desaparecido. Esa bella dentadura blanca que posees no sería más que una mueca entre los labios secos, como los míos, y fuegos demoníacos relucirían en las cuencas vacías de tus ojos.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Igrane—. ¿Eso es...? ¡Por todos los santos! —Se inclinó hacia delante y vomitó en el suelo, cerca de sus pies—. Sabía el terror que me producían esos esclavos suyos, pero él nunca me contó que...

No hubo más risas, lo cual sorprendió a Igrane.

—No, nunca lo contaba. —La respuesta sonaba casi triste—. Recuerdo que una

vez me dijo que éramos unos esclavos casi perfectos. No tenía que preocuparse por las traiciones, las estupideces o la avaricia. Cuando terminaba con nosotros, nos enviaba de vuelta a nuestros sepulcros, donde permanecíamos encerrados, en silencio, durmiendo. A veces soñando, a veces albergando pesadillas, hasta que fuéramos requeridos otra vez para servirle de nuevo.

Igrane se apartó la túnica de la cabeza. Se sentía aliviada al sentir el aire fresco en la cara.

—Lo he confundido todo —dijo.

—¡No! —respondió la figura encapuchada. El vómito del suelo se secó, convirtiéndose en polvo y desapareciendo con un soplo de aire.

—Este lugar..., las ropas..., él lo creó... todo. ¿Cómo...?

La figura encapuchada contestó:

—¿Él? ¿Que él creó todo esto? No, mi adorada señora, él fue creado por esto. Sea quien fuere Merlín, el Merlín, se ha ido. Algunos lo conocían por Emyr. Yo no lo sé. Nunca supe su nombre. De otra manera nunca habría sido su trofeo reseco, el testimonio de su brujería. Habría hundido su nombre entre las ruinas de la muerte. Puede que aún lo haga.

—No. Eso... —Igrane señaló el símbolo de luz—. Eso es el corazón de este lugar.

El símbolo aún palpitaba, encendiéndose, apagándose, pero todavía iluminado por un resplandor escarlata.

—Él me emplazó para decirme que debe haber un nuevo candidato para el puesto de Merlín.

—¿Quién? —preguntó Igrane, consciente de que se trataba de una de ellas dos.

—¿Aún no lo sabes? —respondió la criatura encapuchada.

—Tú —concluyó Igrane.

—Qué tontería. Yo estoy muerta. Con cierta vivacidad, pero muerta en todos los aspectos. La persona destinada a ocupar el trono de Merlín debe estar viva. Esa persona es: Su Alteza Igrane, reina de Cornualles.



Zarpa Negra se despertó en agua caliente. Se sentía tan bien que prefería permanecer con los ojos cerrados, pensando que se trataba de un buen sueño y no queriendo salir de él. Temeroso de despertar y descubrir que la realidad era demasiado dura de soportar.

—¡Menudo guerrero estoy hecho! ¿Qué voy a hacer? ¿Quedarme hecho una bola y tratar de evitar el dolor?

Abrió los ojos. Ella estaba echada sobre él.

—Gracias a Dios —dijo ella—. Temía que estuvieras tan malherido que no pudieras recuperarte.

—¡Cielo santo! Cada vez que despierto descubro algún nuevo amigo tuyo

verdoso que hace trucos extraños. ¿De qué se trata esta vez?

Se refería a la tina en la que se encontraban. Estaba situada en la parte trasera de la cueva en la que se habían refugiado, en un hueco que era regado por el goteo lento producido por un arroyo a través de una de las grietas de la toca. La tina estaba revestida por pequeñas plantas rizadas verdes y grisáceas, de las cuales sólo se había percatado fugazmente cuando se deslizaron por primera vez en la cueva buscando refugio.

Entonces notó algo en la ingle y el ano que le resultó definitivamente... extraño. En ese mismo momento gritó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Me está comiendo!

Trató de levantarse y salir del hueco en el que se encontraba. Ella lo abofeteó haciéndole retroceder.

—¡Mi héroe! —gruñó—. ¡No es cierto! Además hasta ahora parecía no importarte que lo hiciera.

—¡Por el amor de Dios! Sabía que tarde o temprano me matarías.

—¡No es cierto! Si fuera a comerte ya lo habría hecho hace horas, cuando comenzó todo, cuando..., cuando ensuciaste el suelo.

—¡Demonios! ¡Ahora te has convertido en una remilgada!

—¡No! ¡Sólo estoy siendo educada! Pero si lo prefieres puedo ser más explícita. Te orinaste y te cagaste encima, —luego vomitaste. Y además, maldito seas, debías de haber comido mucho porque fue uno de los peores desastres que he visto en mi vida. El hedor era insoportable. No podía hacer nada. Simplemente estaba tumbada ahí en el suelo, confiando en que esos malditos pájaros no entraran. Porque ni siquiera podía mover el cuerpo de loba lo suficiente para ponerme de pie. Pero mojaste a esos pequeños seres y al instante empezaron a cuidarte. La roca comenzó a gotear agua, entonces la temperatura del aire subió. Y éstos..., creo que son algún tipo de líquen..., empezaron a darle líquidos, y no parecían estar haciéndote ningún daño, así que yo me concentré en acostumbrarme al cuerpo de loba lo antes posible. Cuando salió la luna y los pájaros ya se habían ido, ya podía caminar. Salí y recogí tanta comida como me fue posible y traje tanta como pude. Así que cierra la boca y tumbate ahí en el agua mientras te doy de comer. ¡Porque si no te han comido hasta ahora ya no lo harán, maldita sea! ¿Los has entendido?

Zarpa Negra obedeció, aunque continuó mirando el agua en busca de algún rastro de sangre. No encontró nada y la sensación no era peor que la de estar sometido a un buen fregado con una esponja ligeramente áspera. Enseguida se convenció de que ella decía la verdad y cuando tuvo el estómago lleno se sintió mucho mejor. Pero sólo hasta que miró a través de la grieta de la roca por la que se colaba el pequeño arroyo. Entonces Zarpa Negra casi le arranca los dedos con los dientes.

—¿Sabes qué? —le dijo ella, con voz desafiante mientras comprobaba el estado de su mano—. Me estoy cansando de ti.

—¡No te he hecho daño! —Su reacción denotaba una actitud defensiva.

—¿Ah, no?

—¡No! Además tú no has visto lo que yo acabo de ver.

Ella se convirtió en loba y mostró los dientes, toda la dentadura.

—¡Mira, mira! ¡Si no me crees, mira aquí!

Se inclinó sobre él, echó un buen vistazo y se reclinó hacia atrás de nuevo.

—Están... todos... ¡muertos! —Había vuelto a adoptar cuerpo de mujer. Ahora su cara tenía pecas que destacaban sobre la pálida piel.

—Sí —dijo Zarpa Negra—. ¿Y te has fijado en ese que mira directamente hacia nosotros?

—Creo que nunca había estado en un sitio con tantas sorpresas desagradables como éste. —Y parecía que lo decía muy sinceramente.

Zarpa Negra se encontraba mejor y se incorporó, con la cadera y las piernas aún en el hueco lleno de musgo.

—¿Estás segura de que están muertos?

—No —contestó con voz apagada—. Ya no estoy segura de nada. Al menos después de lo que acabas de hacerme. No después de todas las cosas que han ocurrido. De todas formas, ¿qué es lo que me ocurre? Me siento tan débil...

—Seguramente es cansancio —dijo él.

—¡Cansancio! No soy precisamente el tipo de ser que sufre cansancio. Puedo dormir, es cierto, pero sólo para pasar el tiempo. Nunca tengo cansancio. Ya te lo he dicho. No soy ese tipo de ser.

—Ahora sí lo tienes —dijo él con severidad.

La rodeó con sus brazos y apoyó su cabeza en su hombro. Ella hizo lo mismo.

—Creo que ya estoy mejor —le dijo Zarpa Negra—. La comida, el agua... Me siento con más fuerzas.

—¿Es esto el cansancio? Estoy rendida, irritable y alarmada. ¡Dios! Me has salvado la vida con lo que hiciste y me he comportado como una auténtica idiota desde entonces.

—Sí, es difícil de afrontar. Has cambiado y no puedo dejar de pensar que a la larga no estarás contenta con los cambios.

—¿No? Bueno, aprenderá a ser feliz como soy ahora. Si tú no hubieras hecho lo que hiciste, ahora mismo no estaría aquí para contarlo.

Zarpa Negra miró detrás de donde ella se encontraba, por las estrechas hendiduras que servían como ventanas.

—La luna ha salido, si es que eso es la luna.

—Lo sé. Los pájaros no vendrán mientras haya luz en el valle. Parece que no la toleran, ya sea luz del sol o de la luna.

—Deberíamos descansar, pero no quiero compartir este escondrijo con las cosas de la otra habitación, sean lo que sean.

—Están muertos —sentenció ella.

—En eso confiamos. Eso deseamos. Simplemente no quiero encontrármelos en...

digamos un par de horas... deslizándose hasta aquí para unirse a nosotros. Como te he dicho, uno de ellos nos estaba mirando.

—¡Déjalo ya! —su voz sonó como una bofetada—. Me estás confundiendo. Éste no es el lugar más apropiado para reunirse alrededor de una hoguera y contar historias de miedo. Además, ni siquiera tenemos una hoguera.

La cámara estaba a oscuras. Si uno de ellos hubiera sido completamente humano, probablemente no sería capaz de ver nada. La luz más fuerte provenía de la gigantesca luna que había fuera, pero el musgo producía un extraño y claro resplandor que para Zarpa Negra se asemejaba a la luz emitida por un conjunto de estrellas. Debido a que él era lobo y ella solía transitar las profundidades de los ríos y lagos, tenían la vista acostumbrada. Pero ninguno de ellos quería enfrentarse a lo que habían visto a través de las grietas de la roca.

Ella alargó la mano, cogió varios de los líquenes que habían calentado y despejado el lugar. Los sopló y brillaron con más fuerza.

—No es maravilloso pero es mejor que nada —dijo Zarpa Negra—. Una especie de vela cadavérica.

—¿Estás tratando de enfadarme? —dijo ella—. Si es así, ¡para ya! La situación ya es bastante difícil sin que te metas conmigo.

Los dos se convirtieron en lobos y comenzaron a investigar la larga y estrecha cámara en la que se encontraban. Ella portaba el manojito de líquenes encendidos en su boca. La pared de roca al otro lado de las ventanas parecía impenetrable.

Sí, había mucho de aquel extraño liquen, tanto en las paredes como en el suelo. Ahora que sabían lo que podía hacer había que tenerlo en cuenta, incluso en su estado seco de reposo. Y la grieta abierta por la que goteaba el agua parecía tener muchas equivalentes. Pero él no podía ver ninguna puerta ni ningún agujero lo suficientemente ancho para colarse hasta la habitación que debía existir al otro lado de la pared de piedra.

—Bueno, si nosotros no podemos llegar hasta ellos, seguro que ellos tampoco pueden llegar hasta nosotros.

Eran humanos de nuevo y se abrazaron.

—Tú me salvaste la vida. No sé cómo debo reaccionar —le dijo ella mientras lo besaba—. Normalmente, los humanos no dan, sólo reciben. Al menos en mis experiencias con ellos. Eso es todo lo que hacen, recibir.

—Nunca lo había pensado —dijo él, y la besó con evidente placer.

—Ése es uno de los problemas —repuso ella con severidad—, no pensáis demasiado.

La mano de él estaba enroscada en su pelo. Ella era todo pasión, sus pezones formaban curvas sinuosas que se apretaban contra sus aterciopeladas y también sinuosas curvas. Se tumbaron juntos en el suelo.

—Mi señora —susurró él antes de introducir la lengua en su boca—, en lo que se refiere al acto de pensar no estás libre de culpa. No tiremos piedras sobre nuestro

propio tejado.

Ella demostró el placer que sentía mientras ambos exploraban sus bocas con la lengua y sus cuerpos con las manos.

—Espero que no estés pensando en nada radical —susurró ella cuando finalmente emergieron del éxtasis.

—No, sólo placer.

—De eso hay mucho.

Lo había.

El pequeño manojito de líquenes se oscureció como si tratara de ofrecerles cierta intimidad. Los dos durmieron fundidos en un abrazo.

La llegada de los pájaros con la primera luz los despertó.

Él abrió los ojos primero. Cuando vio que las pestañas de ella se levantaban puso un dedo en su boca.

En esa ocasión, los pájaros permanecieron más tiempo. Comenzaron a destruir el jardín. El grito del cuervo incitaba a la lucha. Atacaron los árboles, echaron a perder la fruta, ya estuviera verde o madura, se abalanzaron sobre las enredaderas con maldad y sangre fría. Las cortaron de raíz. Atacaron la tierra, la hierba suave, dulce, amarga y perfumada que ocupaba cada grieta y cada hendidura. La vida del valle resistió el ataque con estoico silencio. Él sabía que ataques como ése ya habían sucedido antes. Habían aprendido a aceptarlos.

Ella, sin embargo, no. Sus ojos azules se cerraron y las lágrimas comenzaron a brotar bajo los párpados.

Él observó la escabechina sin poder hacer nada hasta que el sol llegó a rescatarlos. Los cuervos alzaron el vuelo. Un gran torbellino negro. La bandada se agitó como si se tratara de un remolino sobre el agua; entonces se alejó volando del cañón como un río hacia el lugar, fuera cual fuere, donde descansaba durante el día.

—Hemos sido nosotros los que hemos provocado todo esto, ¿verdad? —preguntó con dulzura.

—Ellos saben que estamos aquí. Ésa es una buena señal —contestó ella—. El jardín nos protege, por eso han descargado su frustración sobre cualquier desventurada criatura a la que pudieran castigar.

—¿Crees que nos habrán dejado algo de comida?

—Por supuesto. Hay demasiada comida ahí fuera para que la destruyan en unos minutos. Ése es todo el tiempo que tienen hasta que sale el sol.

Zarpa Negra asintió y caminaron juntos hacia la entrada. De pronto ella se detuvo.

—Demonios, ya sé cómo.

—¿A qué te refieres?

Ella no respondió, sino que se echó en el suelo y miró bajo la pared de roca.

—¡Oh! —Zarpa Negra se tumbó a su lado.

El resquicio que existía no era muy grande. Podían ver la cámara al otro lado. Estaba llena de huesos y entraba mucha luz.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó Zarpa Negra.

—Creo que sí. Hay una entrada en algún sitio. Puedo ver la luz del sol en las paredes. Somos afortunados por habernos despertado. Si esos pájaros nos hubieran atrapado... Probaré con el cuerpo de lobo.

Funcionó. Tuvo que tumbarse boca abajo y moverse con dificultad, pero lo consiguió. Él era más grande, por lo que perdió mucho pelo y algo de piel, pero logró ir tras ella.

Los huesos no eran blancos, sino amarillentos y negros a causa de los años. Cuando Zarpa Negra tocó el fémur del más cercano con su hocico, se convirtió en polvo. Ella se levantó ya con cuerpo de mujer y comenzó a explorar la cámara, observando primero los trozos de hueso y luego la entrada por la que evidentemente habían penetrado los pájaros. Al igual que la otra cámara, era larga y estrecha. La entrada estaba en un extremo. No era grande. Demasiado pequeña para un humano pero lo suficientemente grande para un cuervo adulto.

—¿Cómo atravesaron la pared de piedra? —preguntó ella desconcertada.

—No importa —contestó él—, pero lo hicieron.

—No sé.

—No creí lo que me contaste acerca de esos líquenes pero...

Zarpa Negra se detuvo y permaneció frente a lo que parecía un grupo de huesos hecho añicos. La calavera estaba sobre el tórax, los huesos de piernas y brazos estaban revueltos, esparcidos por todas partes como si alguien se hubiera dado un festín con ellos. En otros casos, el torso estaba separado de la espina dorsal como si el individuo hubiera sido destripado y el festín hubiera comenzado antes de que estuviera totalmente muerto.

—Estoy..., estoy seguro de una cosa. —Había determinación en las palabras de Zarpa Negra—. No quiero volver a ver a esos pájaros nunca más, maldita sea. ¡Salgamos de aquí!

—¡No! —Ella apartó la vista del montón de huesos que había estado inspeccionando—. Piensa un poco. De lo que te acuse ayer es igual de válido para mí. Ya te ocupaste tú también de recordármelo en su momento. Ninguno de nosotros está pensando. Lo único que hemos hecho hasta ahora es dejar que cunda el pánico y defendemos de una amenaza tras otra.

—¿Y? —preguntó él.

—Esta cámara es la primera pista que nos puede ayudar a comprender lo que ocurrió para que este mundo sea como es. Y es otro mundo, de eso estoy segura. Uno en el que nunca había estado antes. Si queremos sobrevivir tenemos que entenderlo primero. Si no, más tarde o más temprano esos pájaros nos atraparán. La noche pasada fuimos afortunados, pero no podemos confiar en que eso dure.

—Sí, tienes razón. La verdad es que oírte me recuerda demasiado a mi padre y a Dugald, y ellos son las personas más inteligentes que conozco. No los mejores, mi madre era la mejor, pero sí lo suficientemente inteligentes para discutir con ese viejo

griego...

—¿Sócrates?

—Sí, ése. En fin, podían discutir con él hasta dejarlo sin respuestas y con mucho que pensar. Déjame ver si puedo escalar y ver el agujero. Descubre si hay alguna forma de bloquearlo.

—Intenta no mover nada cuando camines. Quiero investigar bien los huesos tal como están.

Él asintió, se movió entonces con cuidado hacia la abertura en la pared. Cuando la alcanzó, comprobó que apenas estaba un poco más alta que su cabeza. Alargó una mano y, a pesar de que la piedra rota era afilada, fue capaz de encontrar un lugar liso donde asirse. Apoyó entonces los dedos de sus pies en un saliente áspero de la roca, un poco elevado sobre el suelo, y se impulsó lo suficiente para ver lo que había fuera.

Descubrió que había agua. ¿Una gruta? Se dio cuenta entonces de que no era un accidente de la naturaleza, sino que había sido cincelada a partir de una depresión poco profunda de la piedra. ¡Claro! El agua que se colaba a través de las grietas de la roca tenía que ser conducida por cañerías desde algún lugar. Aquella estancia estaba mucho más alta que el río.

Pero la delgada pared de roca entre la reserva y la cueva había sido el punto débil. Se estiró un poco más para ver bien el agua. Efectivamente, los cantos rodados que rompieron la pared se encontraban en el fondo.

Bajó de nuevo al suelo y contó lo que había visto. Ella estaba a su lado, mirando hacia la habitación de la otra pared.

—Entraron por aquí. —Zarpa Negra señaló hacia la parte abierta—. Deduzco que esto era un tipo de hospital. Pienso eso porque los romanos llevaban médicos en sus ejércitos y lo que hacían era cuidar de los enfermos y de los heridos. Aquí hay mucho liquen, del tipo mismo que cuidó de mí la noche pasada. Los heridos se colocaban en esas tinas.

Ella asintió. A excepción de los huesos amontonados en el otro extremo de la cámara, los demás montones estaban esparcidos con cierto orden, cada uno de ellos en o cerca de una de las tinas del suelo, como la que lo había mantenido con vida la noche anterior.

—Los heridos capaces de caminar o tal vez los asistentes trataron de resistir en el otro extremo. Por eso hay tantos huesos apilados ahí. Los pájaros eran demasiado poderosos para ellos.

—¿Crees que alguno de ellos pudo huir? —preguntó él.

Por un momento ella permaneció en silencio. Su cara tenía una expresión de desagrado.

—No. No lo creo. La razón es que los esqueletos del otro extremo están casi intactos, pero los heridos no tenían escapatoria. Los pájaros, una vez terminaron con los que opusieron defensa, volvieron y parece que se divirtieron. Quizá pararon y comieron.

Sí, los esqueletos de las tinas estaban amontonados, era casi imposible reconstruirlos. Zarpa Negra sintió que se marcaba al descubrir que algunos de los brazos, piernas, dedos y manos estaban aún articulados, por lo que parecía que los heridos habían sido desmembrados cuando aún estaban vivos.

—Desmembrados, destripados y comidos vivos —dijo la muchacha.

Zarpa Negra, al recordar la indescriptible ira en la voz de los cuervos cuando le hablaron, pensó que seguramente tenía razón.

—Eran como nosotros.

—¿Poseían poderes? ¡No! —se resistió a creer Zarpa Negra.

—Hummmmm. Mira esos huesos, increíble.

Zarpa Negra comenzó a caminar a lo largo de la cámara, estudiando los restos en cada tina hasta que llegó a unos que estaban más o menos intactos pero completamente extendidos. La diferencia era evidente, la cabeza y las extremidades superiores pertenecían a un gato. La mayor parte del torso no estaba, pero las caderas, las piernas y los pies eran sin ninguna duda humanos.

—No les sirvió de mucho —dijo finalmente.

—No, como tampoco nos sirvió a nosotros. Lo único que nos ayudó fue que pudimos escondernos en el río.

Luego caminaron juntos lentamente hacia la parte trasera de la cueva donde el último intento de defensa había tenido lugar. Un cúmulo de plumas negras cubría el suelo entre los esqueletos.

—Parece que fueron capaces de plantarles cara. Incluso se diría que se enfrentaron a un grupo muy numeroso de esos pájaros —dijo Zarpa Negra mientras se agachaba para coger una de las plumas.

—¡No! —ella le sujetó la muñeca—. ¿No te cansas de meter la mano en cualquier agujero y arriesgarte a encontrar una serpiente?

Estuvo a punto de enfadarse pero pensó que la muchacha estaba en lo cierto. Además, estaba ya cansado de las sorpresas desagradables que había tenido que afrontar mientras exploraba ese mundo.

—Cualquier cosa relacionada con esos pájaros debe ser muy peligrosa —añadió ella.

—Deberíamos echar un vistazo.

Ella respiró hondo.

—Creo que aún puedo convertirme en agua si quiero. Eso creo..., déjame comprobarlo.

Él esperó.

—Sí —dijo ella abriendo los ojos—, aún puedo.

Entonces se agachó y cogió una de las plumas negras. El resultado fue decepcionante. No ocurrió nada.

—Parece una pluma corriente —dijo él.

—El tacto es el de una pluma corriente —dijo ella mientras pasaba la punta por la

palma de su mano izquierda. Levantó entonces la pluma hacia el sol para examinarla a plena luz.

A él le dio tiempo a gritar para advertirla cuando vio cómo cambiaba el borde, se movía y brillaba como una cuchilla. La pluma se liberó de los dedos y se lanzó hacia el rostro de la muchacha.

Ella se protegió a tiempo con el brazo pero la pluma le hizo un corte de doce centímetros en el antebrazo, tan profundo que Zarpa Negra pudo ver los tendones blancos que mueven los dedos. La pluma cayó entonces. Ella se concentró y la herida del brazo desapareció al igual que la pluma, que era una pluma corriente de nuevo, inofensiva.

Durante unos segundos, Zarpa Negra se apoyó contra la pared. Ella permaneció de pie, con los ojos cerrados, apretándose el brazo.

—Dios Todopoderoso... —susurró, y Zarpa Negra supo que no era una blasfemia.

Una vez recuperado, dijo:

—Salgamos de este maldito lugar y busquemos algo de comida.

Se dio la vuelta y comenzó a escalar la pared, buscando un sitio por donde poder colarse y escapar de allí. Tropezó con algo, miró hacia abajo y vio que eran los huesos de un brazo. Se dio cuenta entonces de que no todos los objetos oscuros esparcidos entre los huesos eran plumas.

Se acuclilló y comprobó que la calavera era la que había vislumbrado el día anterior a través de la grieta de la pared, el indicio que los había guiado a descubrir la cámara. Las placas oscuras que cubrían el hueso del brazo parecían haber pertenecido a alguna clase de armadura.

Echó un vistazo a la calavera de nuevo. Le era imposible deducir qué clase de criatura había sido aquélla. Los huesos de brazos, piernas y torso eran humanos; sin embargo, los de las manos, pies y cabeza no.

—Los atraparon mientras se transformaban —dedujo Zarpa Negra—. No sólo los de las tinas de musgo, todos. Esos pájaros no pudieron atraparnos porque fuimos demasiado rápidos para ellos.

—Yo no colaboré mucho —musitó ella.

—No, y sin embargo pudiste librarte de ellos. Hay algo que no entiendo.

—No lo entiendes. Yo te lo explicaré. Nada de lo que ocurre en este lugar embrujado...

Dejó de hablar al ver que Zarpa Negra estaba inspeccionando uno de los objetos oscuros que rodeaban los brazos del esqueleto. La respiración de ella mostraba su sobresalto pero aun así no lo previno de los posibles peligros.

—Tenemos que tratar de averiguarlo —dijo él mientras apretaba el extraño objeto con la mano.

Lo único que ocurrió fue que los huesos se pulverizaron al instante. Zarpa Negra comenzó a recoger los fragmentos oscuros al principio con precaución, y luego,

viendo que no suponían ningún peligro, continuó hasta tenerlos todos en las manos.

Ella se inclinó, cogió el mayor de los fragmentos y lo meció en la palma de su mano.

—No parece peligroso —dijo, e invocó a sus espíritus.

La palma de su mano se llenó de agua y el objeto oscuro adoptó de pronto la consistencia de una medusa. La dejó caer al suelo, donde aterrizó produciendo un suave ruido. Justo en ese instante, un soplo de brisa atravesó la abertura de la pared de la que se encontraban más alejados. O al menos parecía un soplo de brisa. Arremolinó los restos hacia la izquierda, junto al hueso pulverizado, formando un pequeño torbellino que fue aspirado violentamente por la abertura de la pared rota, hacia la luz que había más allá.

Zarpa Negra tembló.

—Mira —murmuró ella, señalando hacia el suelo.

En el suelo de piedra, en el mismo lugar donde la medusa había caído de su mano, había lo que parecía un agujero. En su superficie había símbolos que cambiaban lentamente y de forma constante, al igual que ocurría en las paredes del túnel que los había conducido hasta este extraño y peligroso lugar.

—¿Qué significan? —preguntó él.

—Ya te lo he dicho. No lo sé. Yo soy increíblemente vieja en comparación contigo pero, créeme, cuando yo nací el túnel ya era muy viejo y ya había sido abandonado por sus creadores hacía mucho tiempo.

Zarpa Negra se agachó y tocó con un dedo la zona oscura donde parecía estar el agujero. Más rápidamente que el pensamiento, la mancha negra le cubrió la mano formando un guante que le cubría tanto la mano como el antebrazo.

Su grito de terror se perdió en un torrente de alas.



Al partir la calavera del perro en dos, éste murió inmediatamente y Uther supo por un momento interminable que el atormentado animal había sido liberado de su forma terrenal. El regocijo de la criatura era lógico. A pesar de que el animal no podía hablar, Uther adivinó su gratitud.

El rayo de luz representaba la furia de Merlín por no poder destruir a Uther y sus poderes. El cuerpo del perro moribundo se convulsionaba a sus pies; de la calavera rota salían sangre y sesos. El fuego silbaba cual serpiente pitón y un infame hedor se elevaba de las brasas ardientes. El arpa tañó sus cuerdas produciendo un sonido profundo que impulsó a las llamas a levantarse entre las cenizas y, rugiendo, devoraron toda la carne y la sangre allí esparcida.

El pellejo del animal permanecía flácido a los pies de Uther. Inducido por quién sabe qué impulso, Uther lo arrojó a la hoguera. Entonces pareció iniciarse allí un pequeño truco de magia. De pronto, el fuego se redujo hasta casi convertirse en

cenizas y el animal muerto se retorció como poseído por una vida sobrenatural, levantando la cabeza, con los ojos rojos, brillantes como las brasas, con la lengua lívida sobresaliendo entre las mandíbulas como si tratara de ponerse de pie y saltar a la garganta del rey.

Uther permaneció espada en mano, con las piernas separadas ligeramente dobladas, preparado para enfrentarse a la criatura muerta en caso de que volviera a atacarlo. Emitió la poderosa y libre carcajada propia de los reyes. Un rey que, a la postre, repartió cuerpo y alma entre su pueblo y el diablo.

Aquello parecía una señal y el fuego volvía a arder, consumiendo al animal, endemoniado instrumento de la oscuridad, la oscuridad de Merlín. Uther dio la espalda a las llamas y vio que todo el mundo en la habitación estaba despierto. A través de las pequeñas ventanas cubiertas con harapos observó que amanecía.

Pan, un poco de queso fresco y gachas de avena hicieron las veces de desayuno. Uther le entregó a la posadera otra moneda de plata para dar de comer a todos los presentes. Cuando todo el mundo se hubo marchado (ninguno agradeció la invitación), ayudó a la mujer a limpiar la estancia y a llevar la basura a la pila del muladar.

Alex y Alexia estaban dentro, hirviendo agua para lavar el suelo de piedra. Uther no creía estar en la obligación de hacerlo, pero en invierno los lugares donde vivían los humanos estaban cubiertos de humo y apestaban a desperdicios de comida, a moho rancio y a cuerpos sucios. Lo único que Uther quería era respirar un poco de aire limpio, fresco y lavado por la lluvia.

La noche anterior había sido muy fría pero ahora el cielo estaba azul, el intenso y brillante azul del invierno. El aire era casi balsámico y la aguanieve de la noche anterior se había derretido formando charcos que reflejaban el azul intenso de la bóveda celeste a lo largo del camino embarrado.

—Soy Eme —dijo la mujer de la posada a Uther.

Uther se paró, confuso, pues conocía el significado de ese nombre.

—No utilices ese nombre a no ser que nos encontremos a solas —continuó ella con voz seca—. Nadie más lo sabe. Y mucho menos... —señaló hacia la villa romana que se levantaba sobre una colina cercana—. Mucho menos el señor de aquella fortaleza.

—No —afirmó Uther—, no, no lo haré. De todas formas nunca lo haría.

Ella asintió. Entonces miró hacia la villa con ojos fríos, vacíos, inexpresivos.

—Creo que sospecha algo, pero no lo sabe. —Enmudeció un instante y entonces añadió—: Se hace llamar conde Severius pero, por lo que yo sé, no tiene sangre romana.

—Quiere lo mejor de los dos mundos, ¿verdad? —preguntó Uther.

—Quiere lo mejor de todos los mundos —contestó ella—. Él mató a mi hijo.

Uther sintió el peso de su arpa en la espalda. Pronunció las palabras convencionales en estos casos:

—Lo siento.

—Sucedió hace diez años —comenzó a relatar la mujer—. No había ninguna necesidad. Tantos conquistadores... Nuestra familia está enterrada muchos metros bajo tierra. Incluso antes de los romanos, las gentes del continente ya nos habían vencido y expulsado de nuestras tierras. Pero nosotros pertenecíamos a las familias sacerdotales e incluso los romanos nos dieron un poco de tiempo. Aun así, arrebatarme a mi hijo fue muy cruel. Era un niño. Eso siempre es cruel.

Uther asintió.

—El muchacho estaba jugando cerca de la casa. Los perros de la guerra lo cogieron. —Dejó escapar una risa cascada similar al chasquido de una pequeña ramita—. Cuando pedí justicia me regaló uno de sus perros.

—Un objeto sin valor. —Uther le hablaba severamente, pero tratándola como a un igual ya que, si el nombre era una señal, ella podía pertenecer a la realeza.

—Eso lo sé ahora —contestó ella—. Pero el perro ya está muerto. No lo digo para justificarme, sólo para ponerlo en tu conocimiento. Él oirá hablar de ti. Hay poca fe en mi señor conde, así que no creerá todo lo que oiga, pero creerá lo suficiente para hacerte llamar para entretener a sus huéspedes. Ya te he advertido. Márchate ahora si deseas llegar a Londres, porque aquéllos a los que requiere en su presencia no pueden renunciar a su hospitalidad hasta que él desee concederles permiso para irse.

Uther sintió pinchazos en el cuello. Miró de nuevo al grupo de casas en la lejanía.

—Nos iremos en menos de una hora —dijo mientras se encaminaba hacia la puerta.

Pero el arpa le hizo detenerse. Las cuerdas tañeron solas con dulzura y oyó la música a lo lejos. Ni siquiera Uther recordaba a los romanos. Pero a veces, con los ejércitos antiguos, cantaban mientras desfilaban.

La música no era como las melodías que le habían enseñado. Era severa, como la disciplina de la legión romana, marcial y viril. Eran partidarios de la flauta, el tambor y la trompeta, como el himno que acompañaba a los guerreros a la batalla y celebraba el valor tanto en la victoria como en la derrota. Uther sintió la música a través de las plantas de los pies, a través de la piel y resonando en sus huesos.

Se dio la vuelta hacia el camino.

Ellos llegaban.

—Ahhhhh... —musitó Eme.

—Peleas de caballos —dijo Uther—. Las acabarán aquí.

—Sí, eso parece.

—¿Ese conde quiere ser rey? —preguntó Uther—. ¿Ese conde sería el conde de la tierra sajona?

—¡Sí!

La música se oía más cercana. Uther permaneció de pie, dando la espalda a la pared de zarzos y barro de la posada. Aquellos que quedaban en el interior se precipitaron a través de la puerta hacia la calle para ver pasar la procesión.

Primero desfiló un grupo de mercenarios sajones. Vestían retazos de ropajes romanos, una extraña mezcla, corazas musculadas, cascos emplumados y túnicas combinadas con pantalones y medias calzas. No llevaban la típica espada de gladiador romana, sino espadas largas.

Uther no vio ninguna lanza y sólo una o dos sillas de montar. Los observó más fijamente. No era una auténtica caballería, seguramente desmontarían y pelearían a pie. Sus muchachos los harían picadillo.

Pero luchar, lucharían, pues los escudos ovales que portaban estaban listos para la batalla y cada uno de los hombres tenía aspecto de ser un superviviente nato. Cada uno de ellos estaba cubierto con joyas, el botín de las victorias. Se adornaban con brazaletes, pulseras, torques y anillos; además, brillantes cintos sujetaban sus espadas. Desde lo alto de sus caballos miraron a la muchedumbre campesina con satisfacción.

No formaban un ejército, pero eran peligrosos, muy peligrosos. Tras ellos llegaron los que Uther consideró los hambrientos. Muchachos jóvenes que podían permitirse tener caballos pero no buenas espadas. Cada uno llevaba un largo sax, el puñal afilado sólo por un lado que daba a los sajones su nombre. Se podían ver también varias buenas espadas romanas, la pequeña propia de los gladiadores e incluso cimitarras romanas eran llevadas como arma de refuerzo en la espalda. Armaduras de piel curtida era lo mejor que éstos podían permitirse.

Por último, en la retaguardia, los más peligrosos del grupo, la multitud turbulenta. En cierta manera, los más aterradores, ya que, aparte de ganar o perder, salían al campo de batalla a cortar la garganta a los heridos para robar sus posesiones o desvalijar a los muertos. Ésos eran los hombres, y a veces mujeres, que soñaban con entrar en batalla, sin importarles quién ganaba o quién perdía. Se arrodillarían en el suelo junto a la mesa del conquistador y pelearían por los restos que cayeran entre los dedos del poderoso.

Los grandes reyes habían sido una vez increíblemente poderosos, la riqueza del sur los hizo así, hasta la llegada de los romanos, que se aprovecharon de esas riquezas. En el pasado, el gran rey se beneficiaba de la riqueza que producían dieciocho poblados del reino. Entonces, los romanos le impusieron un tributo. Usaron los instrumentos de oro y otros metales, y los cultivos de los poblados en su propio beneficio, empobreciendo con ello al rey. Una vez que los romanos se hubieron ido, los sajones controlaron esos importantes centros y pronto los fueron convirtiendo en sus centros de poder.

—¿Cuántos poblados del sur consideran a ése su señor? —preguntó Uther a Eme.

—Sólo uno.

—¡Sólo uno! —repitió él, incrédulo.

Ella asintió.

«Dioses en la tierra y en el cielo», pensó Uther.

Y entonces, todo tuvo sentido. Los señores sajones estaban reclutando soldados

tan rápida y eficazmente como era posible.

Ahora el rey franco tenía todo bien atado en el continente. Entre los papas, los lombardos y el gobierno imperial de Rávena, la península Itálica estaba más tranquila de lo que nunca había estado. Pero en el norte, más allá de las orillas del Rin y en esas tierras heladas del mar del Norte, no eran más que leyendas incluso para su propia gente. No distinguían entre hunos, godos, vándalos, visigodos, alanos, francos, borgoñones, frisios o turingios. Esos nombres no eran más que garabatos en las puertas, su única preocupación eran los saqueos, las mujeres y las tierras.

Vinieron y murieron a cientos, pero aquellos que sobrevivieron, los que ahora iban al frente de esa muchedumbre, se enriquecerían y se harían cada vez más poderosos, aprovechándose de lo sembrado por el imperio en decadencia. Los romanos lo iniciaron todo al incluir tropas bárbaras en sus ejércitos y ahora estaban siendo arrollados por esa masa humana de guerreros. Y por supuesto él y su pueblo debían enfrentarse a ellos y evitarlo.

La música no anunciaba el desfile de los guerreros. El semental iba tras ellos. Nadie montaba ese caballo. Dos grupos de hombres tiraban de una cuerda para guiarlo; cada grupo sujetaba un extremo.

Era un animal imponente. Uther se preguntaba dónde podrían haberlo entrenado los sajones. Por su tamaño, hacía pequeño cualquiera de los otros animales que montaban los guerreros sajones. Las patas, sin embargo, eran demasiado delgadas para sus dimensiones. Pero Uther comprobó, cuando vio al animal saltar y atacar con sus patas delanteras a uno de sus portadores, que las poderosas patas estaban perfectamente proporcionadas al resto del esbelto y robusto cuerpo.

Tres hombres tiraban de cada extremo de la cuerda. Tres hombres a cada lado.

—¡Sujetadlo, maldita sea! —gritó alguien—. ¡Sujetadlo o seréis crucificados antes de que se ponga el sol!

—La voz del diablo —dijo Eme en un susurro.

El hombre que cabalgaba solo tras el caballo vestía una armadura romana de oro que brillaba bajo el nuevo sol.

—El conde Severius, seguro —susurró Uther.

Era grande, un hombre cuyo tamaño no desentonaba con la mole del semental. Él también hacía empequeñecer a los otros hombres, al igual que el semental empequeñecía a los otros caballos. La similitud entre ambos acababa ahí. El semental era gris, oscuro como nubes de tormenta, con hocico, crines, patas y rabo negro. El hombre era rubio y hermoso. Vestido con la armadura romana parecía un joven dios, la reencarnación de Alejandro o de Augusto.

Montaba una yegua gris que podría ser la gemela del semental, que caminaba delante. La yegua era también una bestia magnífica y bastante inquieta, pensó Uther, ya que rumiaba el freno de su boca mientras iba de lado a lado del camino.

Pensó también que probablemente aquél sería el motivo por el cual el semental se mostraba tan rebelde. En realidad, el freno que llevaba era tan fuerte que le hacía

echar espumarajos por los extremos de la boca. Con bruscos movimientos de cabeza, lanzaba esa espuma a los espectadores que se alineaban a lo largo del embarrado camino.

Uther estaba disgustado por la visión de un ejemplar tan magnífico de yegua torturado por un freno cruel. El disgusto debía estar reflejado en su cara, pues los ojos azules del noble se fijaron en él. Uther supo que había sido rey por demasiado tiempo, porque sus miradas se encontraron y no apartó la vista, y la mirada azul se rindió primero.

El conde rubio guió a la yegua hasta el lugar donde Uther se hallaba, con la espalda apoyada en la pared de la posada.

—¿Quién eres? —preguntó el conde—. ¿Quién osa mostrar su desacuerdo ante la evidencia de mi poder y de mi éxito?

Uther se dio cuenta de que repentinamente se encontraba solo. Hacía un momento, estaba entre la muchedumbre, viendo el desfile. Ahora todos habían desaparecido, incluso Eme.

No iba a ser él quien rechazase el reto.

—Es una preciosidad —dijo Uther mirando la yegua—. Es un animal demasiado bueno para llevar un freno tan cruel. Y, mi señor, yo no soy uno de los vuestros y como tal desconocía que mi aprobación fuese requerida, o ni siquiera deseada.

Con gran esfuerzo, Uther no retrocedió, seguro como estaba de que iba a ser golpeado con el látigo del noble o simplemente recibir un puñetazo que daría por zanjada la situación.

Pero no fue así.

En lugar de eso, el dios rubio rió. La risa no llegó a los ojos. Los ojos permanecieron tan fríos como el esmaltado cielo azul.

Entonces el hombre en la silla de montar se inclinó acercándose a Uther y le habló en voz tan baja que sólo la podían oír ellos dos.

—¿No me tienes miedo, verdad? ¡Increíble! Todo el mundo me teme. Al menos todos los que me conocen. Qué ignorancia, querido amigo. Necesitas que te den una lección. Será un gran placer para mí encargarme de ello. En realidad, así es como disfruto más en la vida, haciéndome cargo de todas las lecciones que hay que dar. Me agrada descubrir que he topado con un nuevo sujeto a quien prestar mis atenciones. Es más, creo que serás uno de mis discípulos más entretenidos.

Entonces condujo a la yegua de vuelta al centro del camino, donde habló en voz baja a uno de sus hombres.

Uther sintió náuseas en el estómago. ¿Cuánto de todo aquello era fanfarronería? ¿Cuánto era real? La mayor parte era real, fue su propia y desoladora respuesta. Hombres como aquél podían llegar a ejercer un control casi ilimitado sobre sus seguidores. La tambaleante estructura de la ley romana y en ocasiones las enseñanzas cristianas habían proporcionado en el pasado cierto conocimiento sobre la crueldad y ambición de hombres como aquél. Pero ambas filosofías estaban ahora ausentes, y

circulaban historias terribles acerca de los castigos decretados por los nobles, los señores de las tierras, a causa de los delitos más insignificantes. La mayoría de ellos estaban ebrios de poder. Pero, incluso entre los tiranos, ése en particular parecía excepcionalmente cruel.

Tres mercenarios sajones se acercaron y se colocaron uno a cada lado de Uther, el otro frente a él. Ninguno parecía excesivamente contento. Ninguno se atrevería a mirar a Uther a los ojos.

—Mi señor nos ha pedido que te escoltásemos hasta la fortaleza —dijo el mejor vestido de los tres y obviamente de rango superior.

—Por supuesto. —Uther se esforzaba por parecer estar divirtiéndose con todo aquello—. Suponed que no os acompaño...

—Yo no haría eso, señor —contestó el joven. Miraba hacia algún punto a la derecha del hombro izquierdo de Uther.

—¿Ahora? —preguntó Uther.

—¡Ahora!

Uther asintió y, sin hacer ningún otro comentario, obedeció.



—¿Lo sabías? —me preguntó Albe con cierto reproche en la voz.

—Sí —contesté.

—¿Cómo?

—El fauno me lo dijo. No lo creí, o más bien no comprendía cómo sería posible. Pero, sí, seguí sus órdenes.

Albe me hizo un guiño. Acomodé un poco la espada a mi espalda y avancé con enérgicas zancadas mientras trataba de explicárselo.

—Me dijo que debo ir hasta Arturo. Pero de ninguna manera debo dejarme capturar por el Señor del Reino de Verano, ya que yo soy una de las puertas hacia el poder. Debo morir antes que otorgar el poder al hombre equivocado. Ése es tu trabajo, tienes que matarme antes que permitir que eso suceda. Por eso te he traído conmigo.

—¡No! —gritó Albe.

—¡Sí! —grité yo incluso más alto mientras aceleraba el paso—. Antes de que se ponga el sol esta noche debes darme tu palabra de honor de que me decapitarás y llevarás mi cabeza a la asamblea de los principales, en el norte, a los pictos.

Albe no dijo nada más.

La extrañeza de aquel mundo resonaba en mi cabeza. El camino por el que avanzábamos estaba hecho de piedras hexagonales de color azul grisáceo y zigzagueaba sobre lo que yo creía que había sido una vez el litoral. Las piedras eran misteriosas. Parecían estar conectadas entre ellas. No parecían hechas por la mano del hombre, sino que semejaban un panal de una colmena gigante que hubiera sido

extendido a la orilla del mar, justo por encima de las dunas.

Aquellas dunas estaban cubiertas de espesa hierba, alta y con la cabeza en forma de pluma, cada mata de hierba rodeada por vides que se arrastraban por el suelo, con hojas en forma de corazón y un derroche de flores amarillas. Las piedras azul grisáceas de las que estaba compuesto el camino habían estado allí durante tanto tiempo... Descubrí que no me importaba pensar en ello. En algunos lugares estaban medio ocultas por las rocas que se desprendían de las áridas laderas que había sobre nosotros; en otros, por la arena que arrastraba el viento. Pero parecía imposible que fueran enterradas por completo, porque, fuera cual fuese la forma que tomara la tierra, las piedras se adaptaban a ella. Los montones formados por los desprendimientos eran empujados lentamente a un lado, inclinándose primero para apartarlos y luego escalar sobre ellos. En los lugares donde se amontonaba el barro y la arena, la superficie era tan suave que, cuando el barro se secaba, éste, junto con la arena, era arrastrado por el incesante viento que aún soplaba desde las colinas del elevado barranco. Colinas que en su día estaban cubiertas por el mar.

—¿Por qué corres, Guinevere? —preguntó Albe.

Entonces me di cuenta de que había estado corriendo, casi corriendo al menos. Aminoré la marcha y dejé que me alcanzase. El pequeño camino no era muy ancho, pero lo suficiente para permitirnos caminar las dos juntas. En realidad, era lo suficientemente ancho para un carro de guerra.

—¿Por qué corres? —me preguntó de nuevo.

—Porque tengo miedo. Este lugar es muy extraño y no puedo imaginar lo que nos depara este viaje.

En ese momento me detuve, pues habíamos llegado a una garganta. El camino de losas hexagonales se inclinaba como si quisiera formar una profunda escalera que llegase hasta el fondo. Allí estábamos protegidas por el viento, pero aun así sentía en mi cara el rubor provocado por una leve brisa.

—¿Qué más te dijo el fauno aparte de lo que ya me has dicho? —preguntó Albe.

No parecía afectada ni lo más mínimo por el hecho de que en una misma mañana la hubiera conducido a otro mundo y le hubiera pedido que me matase si fuera necesario. Pero para entonces ambas conocíamos las reglas. Yo había capturado y dominado a Cymry, así que yo misma podía ser capturada y dominada y antes de morir mi cuerpo podría ser utilizado para abrir las puertas del poder a otro hombre que no fuera Arturo. Albe debía asegurarse de que eso no ocurriera.

Todos los grandes reyes y reinas tenían alguien que había hecho el juramento de matarlos, llevar su cabeza a su pueblo para que la sabiduría del rey, su poder y su magia no pudieran usarse en su contra o la de su pueblo. Porque si un rey es un sacerdote, la mujer que lo mece entre sus muslos es una reina incluso más sagrada.

Nunca me había preocupado de ello hasta ahora, porque Dugald, Ure y el Vigilante Gris sabían muy bien quién era yo y por lo tanto habrían hecho esa tarea por mí, en caso de que yo hubiera caído en batalla. En realidad, me di cuenta de que

eso era lo que Ure estaba haciendo cuando los demonios se apoderaron de mí después de destruir a los piratas. Estuvo a punto de matarme, pero logró intimidarlos y hacerlos desaparecer. Por eso aún estaba viva.

Pero la derrota o la violación no eran sucesos a los que yo debiera sobrevivir. Si no había nadie más conmigo para asegurarse de que yo moría sin ser controlada ni mancillada, yo misma debería ocuparme de la tarea. Por eso había traído a Albe conmigo. Como ya he dicho, ella lo sabía tan bien como yo.

Permanecimos un momento mirando hacia el fondo de aquel mar muerto. La garganta había sido una vez río y había formado un delta, un estuario que conducía más y más hacia abajo. En algún sitio de las profundidades debía de haber agua, pues el banco de arena que descendía aún era fértil. En las laderas se veía algún que otro arbusto, hierba y árboles en flor. Cada mata de hierba, arbusto o pequeño árbol estaba protegido, rodeado por las omnipresentes vides. El aire era frío y seco.

Estaba sorprendida por la sequedad del ambiente, pero entonces me di cuenta de que un mundo sin océanos debía ser irremediabilmente seco.

—Yo mato con facilidad —dijo Albe.

—Lo sé. Te vi matar a los dos sajones que emergieron de la ciénaga. Y después, a la mujer sin ojos empalada a un poste.

—Hubo un tiempo en que no sabía hacerlo. Apenas puedo recordarlo. Me duele mucho pensar cómo era todo antes de que... vinieran los piratas.

—¿Tu cara? —pregunté—. ¿Cómo...?

—Estábamos acurrucadas en los embornales del barco, otras muchachas y yo. Me libré de las cuerdas con las que él me había atado. Encontré un trozo afilado de un frasco de aceite roto hacía tiempo. Me lo pasé por la cara. Él no fue cruel conmigo. No fue cruel, eso fue aún peor. Recuerdo la sacudida de dolor y de placer. Debería haberla tenido en mi noche de bodas. Él me arrebató mi boda. Fue peor. Me robó la vida que yo debería haber tenido.

»Dijo que yo era su tierna corderita y que debía ser su consuelo durante todo el viaje —siguió contando—. Él me cuidaría, después me vendería a un mercader rico, porque si estaba bien alimentada y si era utilizada por un solo hombre, mantendría mis encantos. El trozo de arcilla no estaba afilado, así que lo rompí de nuevo. Entonces tenía punta. Me lo pasé por la cara. Aquel maldito pirata no sacaría ningún beneficio de mí.

»Me arrojaron al mar —prosiguió su relato—. Eso es lo siguiente que recuerdo. Casi mi primer recuerdo: el dolor cuando el mar salado rozó los lugares por donde me había cortado las mejillas hasta llegar al hueso. He olvidado el resto. Pero, sí, desde ese día no me cuesta matar.

Alargué la mano hacia ella. La cogió y yo puse la otra encima de manera que la suya quedó entre las mías. Tenía la mano caliente.

—¿Debo arrodillarme? —preguntó.

—No. ¿Por qué te preocupas? Tus manos encontraron esa jarra de aceite rota. Si

no hubiera estado allí, habrías usado tus uñas. Debías hacerlo, tanto entonces como ahora. Eso es todo lo que pido.

—Lo juro —dijo.

—Tengo tu juramento.

—Mi juramento es tuyo y de nadie más. No tengo hombre ni hijos a los que cuidar.

—Bien. Por eso los reyes tienen hombres bajo juramento y las reinas deben tenerlos también.

Justo en ese momento vi algo cruzando el viso del cielo. Un destello en el sol.

—¿Lo has visto? —pregunté.

—No sé qué decir. Nunca antes había visto nada parecido. ¿Un pájaro?

—¿Los pájaros reflejan la luz? —pregunté con interés.

—A veces —contestó Albe.

No estaba segura, pero fuera lo que fuese aquello, estaba muy lejos y muy alto. No sabíamos lo que era.

Bajo nosotras, el delta del río fluía alejándose, como una serpiente verde bajando y bajando hacia un cañón tan profundo que el fondo no era más que una sombra verde en la distancia.

—¿Cómo puede vivir la gente aquí? —preguntó Albe.

Yo estaba desconcertada.

—No sé más de este lugar de lo que tú sabes —respondí.

Estábamos demasiado acostumbradas al exuberante lugar verde donde habíamos nacido. Allí siempre había algo para comer. En las marismas abundaba la vida, crustáceos de todo tipo. Los ríos estaban abarrotados de peces, especialmente el salmón, al igual que el mar. Es verdad, algunos años tuvimos que subsistir a base de bellotas y avellanas, pero sólo muy de vez en cuando pasábamos hambre. Incluso entonces, siempre había pájaros y huevos.

Pero ¿en aquel lugar? Estudié la garganta, pensando que podía encontrarme marcas de algún animal. Pero no había, al igual que tampoco había nidos en las laderas rocosas de las vertientes de la garganta que se estrechaba alejándose de nosotras hacia las escabrosas montañas que dominaban la orilla.

—Un lugar estéril —dijo Albe—. ¿Crees que moriremos de hambre?

—Hay un camino y donde hay un camino hay gente. La gente come.

—No sé.

Albe frunció el entrecejo, mirando el camino que serpenteaba arriba y abajo, rodeando las rocas y atravesando el río sobre el que nos encontrábamos.

—Ese camino, estas piedras son muy viejas. Deben de llevar mucho tiempo aquí.

Pensé en el gran muro que atravesaba las profundidades. Lo había visto una vez cuando Maeniel nos llevó a Zarpa Negra y a mí a cazar caballos. En algunos lugares hay muchos muros así, especialmente en sitios al aire libre. Maeniel dice que los romanos los usaban para los víveres. Después de que esos muros fueran

abandonados, no mucho después de que se marcharan los romanos, podían encontrarse muchos en estado salvaje. Maeniel cogió algo para comer y también vendimos algo a otros. Zarpa Negra y yo jugábamos en el muro y en la zanja que había enfrente. Él siempre hacía de romano y trataba de tirarme jabalinas. Pero yo tenía una honda. No soy tan buena en su manejo como Albe; para ser así de bueno tienes que practicar gran parte de tu infancia. Pero en caso de necesidad puedo usarla con cierta pericia.

Zarpa Negra me dio un golpe en la frente con su lanza cuando yo salía trepando de la zanja. Lo hizo con su extremo más grueso, al igual que los romanos lo hacían a veces. Por razones difíciles de explicar, eso me enfurecía. Un guerrero respetado se merece más que un golpe con la parte trasera de un arma.

Retrocedí corriendo, cogí una piedra y le dejé un ojo morado. Entonces se volvió loco, tiró la lanza, se convirtió en lobo y se lanzó a la zanja. Corrí de nuevo hacia el muro y, mientras él embestía contra la pared, le rodeé el cuello con la honda.

Maeniel y Kyra llegaron en ese momento y nos separaron. Después de eso no jugamos más a luchar. Maeniel nos dijo que nos estábamos volviendo demasiado peligrosos.

Pensé en Zarpa Negra, me preguntaba cómo sería ahora y qué estaría haciendo. Confiaba en que se hubiera convertido en el gran guerrero que deseaba ser.

—¡Vuelve! —dijo Albe.

Me di la vuelta sorprendida para mirarla.

—¿Volver? —repetí.

—De donde quiera que te hubieras ido.

—Estaba pensando en un amigo —contesté—. Me pregunto si volveré a verlo.

Albe miró de nuevo hacia el camino.

—No hay nadie en mi pasado a quien yo pueda recordar con una expresión así en la cara.

—¿Qué expresión?

—Una expresión cariñosa, y como con cierto pesar.

—¿De verdad? —Estaba intrigada.

—De verdad —aseveró—. Verdad de la buena. Debe de tratarse de alguien importante para ti...

—Era mi hermanastro —dije.

—¡Ajá! —rió escépticamente.

Cambie de tema, porque ella tenía razón. Lo echaba de menos y no me había dado cuenta de todo lo que significaba para mí hasta que ya se había ido.

—Estaba pensando también acerca del muro romano. Estás en lo cierto. La gente que construyó este camino debe de haberlo abandonado hace ya mucho tiempo.

—Una reflexión desalentadora —dijo ella.

—Sí.

Entonces miré alrededor. A un lado las montañas, áridas montañas, imponentes.

Al otro lado el fondo marino yermo que se extendía hacia la lejanía. Colinas secas que ondulaban hacia profundos cañones, infranqueables y seguramente inhabitadas.

—Es el camino —dije.

Tardamos bastante en escalar hasta el otro lado. Aquella ladera era más alta que la que habíamos bajado antes. Después de la garganta que una vez había sido río, el camino se hacía más duro. Las piedras extrañas no permanecían niveladas bajo nuestros pies. Las montañas se acercaban a la orilla y las pendientes laderas y altas colinas obstaculizaban nuestra vista en cualquier dirección. El sol se elevaba más alto en el cielo.

—Aún no tengo hambre —me dijo Albe—, pero estoy empezando a sentir sed.

Frente a nosotras, el camino ascendía hasta una loma que debía de haber sido la base de una montaña, en su día sumergida, sujeta cual una garra al lecho marino. En el río muerto había hierba.

—Donde hay hierba, tiene que haber agua —dije yo—. Más allá de esta loma debe de haber una llanura.

Cuando alcanzamos la cima, vimos que otro riachuelo debía de recorrer los pies de la montaña, pues había un remolino de arena con paredes inclinadas que descendía hacia el árido fondo marino. Incluso desde donde estábamos, Albe y yo podíamos adivinar que estaba cubierto de plantas verdes.

Uno de los métodos para obtener agua en lugares áridos es cavar un agujero en un lugar bajo y dejar que se llene. Pregunté a Albe qué le parecía.

—Podemos intentarlo —me respondió.

Pero estaba preocupada, oteando el macizo de cañones que se extendían en la distancia y que una vez habían contenido un océano.

—Estoy sedienta —me dijo tapándose los ojos con la mano—. Pero sedienta o no, este sitio es maravilloso. Mira. Desde donde estamos ahora se pueden ver muchas más cosas. Nunca antes habíamos estado un alto.

Estaba en lo cierto. Desde allí se podía mirar hacia abajo, hacia el inmenso fondo de tierras accidentadas y vi que muchos de los ríos más profundos estaban espesamente vestidos de verde. No por las laderas que llegaban a ellos, sólo por el lecho. Y, en algunos lugares, vimos nubes que se agolpaban sobre los profundos valles, y la lluvia se precipitaba en los barrancos más angostos.

—Qué bonito —musité.

Pude ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Podría dejar aquí mi corazón —susurró—. La luz es tan misteriosa...

—Sí, sí que lo es.

Sin embargo, cuanto más subíamos, una neblina cegaba la luz del sol, apagando los colores intensos de la arena y de la roca árida. Parecían madejas de lana secas arrojadas hacia el sol para disminuir el formidable brillo de los colores. Los colores de aquella lana se mezclaban bien y parecían disolverse los unos en los otros, pero lo cubrían todo casi totalmente y era difícil ver a través de ellos los bosques, los

campos, los mares o la costa. Una lana que parecía ser, en ocasiones, invisible.

Aquel lugar y aquel aire eran frágiles. Pensé que podría alargar una mano y acariciar la materia del tiempo y del espacio, la desnuda realidad.

Albe emitió un profundo suspiro y susurró:

—Tras la llegada de los piratas, soñaba con escapar a algún reino en la sombra donde vagar sin que me afectasen los recuerdos que ahora se me clavan como cuchillos en el alma. No me refiero a los malos recuerdos, todos debemos soportar algún tipo de sufrimiento, me refiero a los buenos, los amores, irrecuperables ahora para mí. Creo que he encontrado ese lugar, el que tanto había añorado.

—Espero que así sea —contesté, preguntándome cuál era el dolor que había llevado a su corazón a tener un deseo tal—. Pero yo añoro mi hogar, el mar y la arena, la roca y los lagos. El diálogo del agua encrespada y los estridentes gritos de las gaviotas luchando. Sólo me pregunto cómo podré encontrar el camino de vuelta a casa.

Entonces pensé: «Madre me habría dado un buen azote por tales divagaciones. Vete y consigue agua. Te sentirás mejor», me habría dicho.

Ella podía hacer eso, ya sabéis, dar un buen azote a un cachorro revoltoso, uno de esos que dolían pero nunca dejaban marca, excepto, como Zarpa Negra siempre decía, en el recuerdo.

Así que añadí:

—No pensemos demasiado en ello. ¡Cielo santo! Tengo la boca completamente seca.

La ladera era casi vertical, pero las piedras sobresalían de la roca de tal manera que iban formando escalones que nos ayudaban en las partes más difíciles. No tardamos demasiado en llegar hasta la parte más profunda. Era otra garganta como la del río que habíamos cruzado antes, pero ésta era muy estrecha y conducía de manera tortuosa hacia las montañas.

El fondo arenoso de la garganta estaba cubierto de plantas. Albe se puso entre ellas, buscando un lugar donde cavar..., y... ¡gritó!

Creo que los zapatos de Talorcan le salvaron la vida. No cayó pero se tambaleaba como si los zapatos la sujetasen. De vuelta en el camino se desplomó, y empezó a retorcerse y sollozar.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —gemía.

Me arrodillé junto a ella desconcertada y preocupada al mismo tiempo. No me di cuenta de que los culpables de su estado eran los hierbajos que reptaban a baja altura hasta que sentí un latigazo en tobillos y brazos. Las plantas estaban armadas con espinas en la punta de cada hoja, pero pude deshacerme de ellas.

Las corté con mi mano repentinamente armada y las plantas gritaron y sangraron. Tiré de Albe hacia el centro del camino, me arrodillé a su lado y comprobé el estado de sus tobillos. Podía ver claramente que había cuatro zonas enrojecidas e inflamadas, dos en cada tobillo y dos en cada pie. Albe ya no gritaba, pero temblaba

y, más tranquila y acurrucada, miraba las plantas que yo había atacado.

Una de ellas murió, con la raíz rota, sangrando una sustancia que formó un charco escarlata que al poco tiempo se volvió duro y negro y acabó disolviéndose y convirtiéndose en ceniza. La otra, no dañada tan gravemente, con las raíces aún sin desgarrar, murió cuando las hojas quebradas se doblaron y, marchita, cayó al suelo.

—¿Qué son? —preguntó Albe en un susurro.

—No lo sé y no quiero especular con ello —le dije—. Amiga mía, tienes muy mal aspecto.

—Me siento fatal —contestó—. Algún mal se ha apoderado de mí.

Yo estaba a su lado. Gateé rápido hasta sus pies y, arrodillada, coloqué mi mano izquierda sobre la inflamación del tobillo. Podía sentir el calor en la palma de mi mano. El pie y la pierna se le estaban hinchando muy rápido, ahora tenían casi el doble de su tamaño normal.

Había visto pasar lo mismo con huesos rotos y torceduras y me descubrí a mí misma aterrada, no sólo por lo que le pudiera suceder a mi nueva amiga, sino por imaginarme a mí misma obligada a enfrentarme a ese nuevo mundo a solas. «Egoísta, egoísta», pensé. Y miré a Madre a la cara. Con la lengua colgando se reía de mí, al igual que hacía a menudo cuando era una chiquilla.

—Todos somos uno.

Éste es un dicho conocido entre los lobos, el saludo de bienvenida que un miembro de la manada da a otro que ha estado ausente por un tiempo. Mi corazón se alborozó. Madre y yo estábamos a solas en la fría neblina, rodeadas por las siempre en flor rosas blancas. Su perfume empapaba el aire.

—Amor —dije.

—Amor —fue su respuesta entre risas de loba.

Entonces desapareció y yo volvía a estar arrodillada a los pies de Albe.

—¡Cielos! Tus manos han hecho desaparecer el dolor.

Me di cuenta de que sostenía los dos tobillos de Albe entre las manos y la inflamación había desaparecido. Pero alguien estaba diciendo:

—¡El castigo por lo que acabas de hacer es la muerte!



—¡Dios! No me sorprende que intentara matarte —dijo Ustane a Igrane—. Tus gimoteos son peores que los de un niño.

Igrane lanzó una mirada a la mujer cadáver que podría haberla convertido en llamas, sin embargo Ustane rió.

—Señora mía, reserva tus fuerzas. Lo peor que le puede ocurrir a un mortal ya me ha ocurrido a mí. Si no quieres prestar atención a mis advertencias y ese peligroso hechizo dejase en libertad al Señor de los Muertos, éste es el primer lugar al que volvería a saciar su sed de venganza. Te encontrará aquí y, sin duda, en su deseo de

poder te hará su...

—¡Para! Que Dios te maldiga, ¡para ya!

—Maldices en vano. —Ustane se rió de nuevo de Igrane—. Él ya me ha maldecido.

En ese momento, las dos se sintieron aturdidas por una ola que rompió tan fuerte contra la plataforma de roca que sujetaba la habitación que Igrane pudo sentir unas gotas saladas sobre su rostro; Ambas permanecían allí, en la gran fortaleza de cristal de Merlín. Igrane recordó las palabras de Ustane mientras miraba hacia los sensacionales colores de la puesta de sol que brillaba sobre las verdes aguas.

Él no creó aquel lugar. Él había sido creado por ese lugar. Y, para gobernarlo, ella debía permanecer sobre el símbolo de luz en el suelo. El símbolo que, con salvaje agonía, casi le succiona la vida. Bueno, ella no podía. No podía colocarse a sí misma en una situación de tanto riesgo. Ustane había sido muy clara en ese aspecto. Ni siquiera Merlín podía hacerse con el poder del fiero corazón de aquel lugar mágico, no sin sufrir primero horriblemente, como ella había sufrido.

Por eso empleaba un intermediario. Ella no había sido la primera. Tampoco Ustane. Había habido otras, muchas otras. Ellas ocupaban la inmensa tumba en la que Ustane dormía cuando no se la necesitaba, cada una descansando bajo su propia efigie.

Ustane había sido hermosa. Igrane había sentido unos celos casi salvajes la primera vez que la vio. Pero sólo había necesitado un vistazo de lo que quedaba de ella para que desaparecieran de inmediato. Se había acostumbrado a la ayuda de Ustane. Comida, ropa y otras comodidades, como baños perfumados o libros, tenían que ser invocados y Ustane sabía cómo hacerlo.

Igrane observó la impresionante puesta de sol, sintiendo la brisa marina acariciándole la piel. La habitación tenía una cama y no mucho más. Se encontraba sobre una plataforma en el centro de la habitación. Era una cáscara de amanita, brillante cual perla madre opalescente formando filigranas de oro. Dormir en ella era como descansar sobre el aire. El colchón, inmenso, y el edredón estaban rellenos de esencia perfumada. Las sábanas y almohadones eran de seda azul brillante.

Pero la habitación, al igual que las otras estancias de la cueva de cristal, parecía no tener paredes, sólo una neblina de magia, tan consistente como una tormenta golpeando la costa rocosa. Pero podía convertirse en un susurro de obstrucción cuando deseaba disfrutar de la dulce brisa marina, sentir el aire salado y observar el magnífico baluarte de la costa rocosa besado por el océano.

—No volveré a tocar jamás ese horror grabado en el corazón del mal. Nunca. Nunca más.

Ustane suspiró.

—¿Cómo? ¿Esperarás hasta que él vuelva y te conduzca allí de nuevo?

—No creo que Merlín pueda escaparse del malvado rey Bade tan fácilmente. Yo presencié el maleficio de la serpiente que se lo llevó. Ese rey no es un simple hombre,

es el maestro de los maleficios de las serpientes. Así es como se llevó a Arturo a su reino. Yo vi al mar dormir por orden de Bade cuando Merlín cortó la cabeza de la serpiente y la usó para enviar a Arturo a la prisión del gran hechicero.

—En ese caso, tú también debes buscar un intermediario —dijo Ustane.

—¿Quieres decir que puedo hacer lo mismo que hizo Merlín? —exclamó Igrane con visible deleite.

Las chispas con vida propia que se formaban en los ojos del cadavérico rostro de Ustane brillaban con luz malvada.

—La idea te intriga. —Ustane rió entre dientes.

Se oyó un leve crujir de huesos. «Huesos de ave», pensó Igrane con inquietud.

—Sí. ¿Cómo puedo conseguirlo? —preguntó Igrane mientras tiraba del manto que vestía.

Obedeciéndola, el manto se levantó cubriéndole los hombros y elevando un grueso cuello para protegerle el rostro y el cuello de la brisa nocturna.

Más allá de la plataforma, fuera, sobre el océano, una tormenta lejana comenzaba a levantarse entre la costa y el debilitado sol. Las bajas nubes se tornaron rojo sangre y los majestuosos velos de lluvia estallaron formando mil arcos iris.

—¿Lo ves? —susurró Ustane—. El espíritu que gobierna este lugar aprueba tu elección.

—Eso es un sinsentido. Pura cuestión de mar, sol y cielo —dijo Igrane.

—Vamos, vamos, mujer. Aquellos que construyeron este lugar se aseguraron de que podrían contemplar la bella visión del mundo natural en todo su prístino esplendor. ¿Crees que no obtuvieron sabiduría de ello? ¿No sientes que el poder se alza en tu corazón mientras duermes en esa cama, y el sonido de las olas te arrulla en tu sueño, y millones de estrellas forman el cielo sobre tu Cabeza? ¿Estás tan ciega ante las glorias del cielo y de la tierra, de la vida misma, que puedes, en tu egoísmo, pasar por alto la belleza que te rodea?

Igrane cerró los ojos y comenzó a llorar.

—Aquí estoy, desarraigada de mi pasado real, mi hogar, mis mujeres, mis amigos de la nobleza... Pensé que las pequeñas cosas agradables de mi vida serían para siempre. Daría cualquier cosa por sumergirme en mi propia tina y ofrecer una cena de gala en el recibidor de Tintagel.

—Entonces regresa y hazlo. —Las palabras de Ustane sonaron como una bofetada—. Ahora es fácil para ti. Posees la fortaleza. ¿Recuerdas la copa que Merlín utilizó para traerte hasta aquí? Su magia es independiente de ese pringoso hechicero. Ella te llevará a cualquier sitio que desees ir. Pero recuerda, si entregas el encanto de este lugar, la comida que comes o el aire que respiras, empezarás a envejecer y morirás como todos los demás.

Igrane rompió a llorar desconsolada. Ustane reía.

—¡Déjame sola! —gritó Igrane—. Si continúas así, te enviaré de nuevo a tu tumba.

Ustane sencillamente rió aún más alto, porque dos días atrás Igrane había hecho precisamente eso: enviar a Ustane de vuelta a su tumba después de montar en cólera cuando Ustane le dijo que la única manera de lograr el control absoluto sobre Merlín era una dolorosa visita al símbolo de luz de la estancia contigua. Pero el problema era que Ustane no regresaría al ser convocada por una aterrada, sola y casi penitente Igrane. En vez de eso aterraría a Igrane hasta la sumisión total ausentándose día y noche, dejando que Igrane luchara en vano contra las terribles fuerzas que ella no podía entender ni controlar.

—No quería decir eso —añadió enseguida Igrane.

—Lo sé —contestó Ustane.

Pero no le dijo que su deliberada ausencia también la había asustado a ella. Y mucho. Estaba decidida a controlar y utilizar a esa criatura de débil voluntad, a esa persona utilizada y descartada por Merlín.

Ya era casi de noche. El sol era sólo un brillo salmón oscuro en el horizonte. El viento, el silencio y la luz de las estrellas parecían bailar con el eterno y omnipresente flujo y reflujo de las olas, conduciendo a Igrane hacia un profundo desconsuelo.

Ustane, de mente fría y calculadora, comenzó a consolarla.

—Tranquila, tranquila, mi niña, no llores o echarás a perder tu belleza con ese llanto.

—¿Para qué me puede servir la belleza en este lugar? —dijo lloriqueando.

—El intermediario —dijo Ustane.

Igrane levantó la cabeza.

—Lo había olvidado. Pero apuesto a que no es fácil. Si no, ya lo habrías mencionado hace mucho tiempo.

—No, no es fácil —contestó Ustane—. Él o ella, puedes elegir, debe ser conocedor de las artes oscuras y, además, bueno en ellas. Debes engañarlo para que te asista. No es tarea fácil, tampoco muy segura. Pero una mujer con tu belleza puede atrapar incluso a hombres de reconocida inteligencia en contra de su propia voluntad. Como atrapaste a Merlín.

Con cuidado de no tocar a Igrane, Ustane le alcanzó un pañuelo. Igrane se secó los ojos y se sonó.

—Debes de tener hambre —susurró Ustane mientras hacía un gesto con la mano.

Apareció una mesa, cubierta por un mantel de seda, y la oscuridad fue disipada por un farol en forma de lágrima como el que Ustane portaba. En esta ocasión, el farol llegó solo y estaba suspendido en el aire sobre la mesa a la altura de una vela, con la llama brillando.

—Aún está muy oscuro —dijo Igrane.

Sumisamente, el farol brilló con más fuerza, llenando de luz la habitación. Una silla, cómodamente acolchada, apareció junto a la mesa.

—Mi señora, antes de que comiences a cenar, creo que es el momento de que mires tu propio rostro.

—¡No! —gritó Igrane y tiró del manto para cubrirse con él la cara—. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Por favor!

—Mi señora —Ustane habló con firmeza—. ¿Enviarías a un hombre a la batalla sin antes permitirle que examine sus armas? ¿Algún soberano iría a la lucha sin conocer las fuerzas de las que dispone?

—No he visto un espejo desde que estoy aquí —dijo Igrane.

—Mandaré a tus sirvientes que traigan uno.

—¡No! —dijo Igrane—. No más imágenes de mortalidad. Al ver a los últimos, con sus huesos sujetando las asas de la bandeja dorada, casi se me quita el apetito para todo el día.

Ustane rió de nuevo.

—Los hay más atractivos. Les haré llamar.

Un momento después, cuatro mujeres entraron deslizándose en la habitación. Eran muy bellas, estaban desnudas y cada una de ellas portaba un farol en forma de lágrima, todos encendidos.

Fascinada, Igrane mandó a la primera acercarse a ella. Mientras se aproximaba, Igrane descubrió que aquellas mujeres estaban tan muertas como Ustane.

—Exquisita —susurró Igrane.

Realmente la muchacha estaba perfectamente formada, con piel pálida, pechos pequeños y firmes, cintura diminuta, amplias caderas y piernas largas y graciosas. Su piel era del blanco del alabastro, demasiado blanca. Cuando se acercó un poco más, Igrane pudo comprobar que apenas tenía sangre; sus labios, párpados, pezones y la punta de los dedos eran de un color azul pálido. Cuatro estrechos cortes en su cuello indicaban por donde se le había succionado la sangre hasta dejarla seca. Su amplia mirada azul estaba fija y vacía y la preciosa cara ovalada carecía de expresión. Antes de morir, sus pezones habían sido agujereados, y una borla de rubíes y perlas doradas colgaba de cada uno. Sus partes íntimas también habían sido agujereadas y borlas más grandes se movían entre sus piernas, realzando, no censurando, su sexo rasurado.

Igrane emitió un suspiro, mezcla de horror y deleite.

—¿Merlín? —preguntó.

—No —contestó Ustane—. Yo las encontré. Llevaban aquí mucho, mucho tiempo.

Las cuatro mujeres habían recibido el mismo trato. La segunda tenía la piel dorada y el cabello oscuro. Las joyas que colgaban de su cuerpo eran de plata y topacio. Su sangre había sido succionada por la ingle. La tercera era pelirroja, con la piel pálida y decorada con esmeraldas y perlas blancas. Tenía las mismas marcas en las muñecas. La cuarta era casi transparente, más que la muchacha rubia, con pelo largo y negro como el carbón, e incluso sin sangre como estaba, sus vivaces y profundos ojos azules resplandecían en su lívido rostro. Tenía una herida entre las costillas, y era evidente que su corazón había sido perforado.

—¡Dios mío! Si no fue Merlín, ¿quién? —preguntó Igrane.

—¿Quién? Ellas soportaron una larga y aparentemente dulce preparación para llegar a su estado final. Pero dudo de que lo hayan disfrutado.

—No —musitó Igrane.

Ellas le recordaban a una medusa que Merlín le había enseñado una vez. Él la había apresado en su red como un ingrediente para algún conjuro. Aún vivía en la jarra en la que la había colocado. Se movía tan graciosamente por el agua como aquellas muchachas lo hacían por el aire. También brillaba desde el interior, al igual que ellas, con una pálida luz fosforescente. Cuando intentó tocarla, la medusa tenía el mismo tacto amorfo que la mano de la muchacha rubia, y aquella mano estaba tan fría como el habitante del profundo océano.

—Son de utilidad limitada —dijo Ustane—. Son bastante lentas y no muy fuertes, pero no te darán disgustos y lo cierto es que son unas peluqueras formidables. ¡Un espejo, queridas! —Dio unas palmadas.

Dos de las jóvenes se alejaron y regresaron con un espejo. Era más grande que un espejo de mano, una pieza cuadrada de cristal que mostraba a Igrane su cabeza y tronco. El placer absoluto apartó cualquier otro pensamiento de su mente.

—Ésa no puedo ser yo, pero lo soy. ¡Oh, Dios mío! ¡Soy yo!

Era joven de nuevo y estaba en la cumbre de sus encantos. Hermosa como Afrodita o Helena cuando descubrió su pecho a Menelao y la espada cayó de su mano.

—Creo... —dijo Igrane moviendo la cabeza hacia uno y otro lado—. Creo que soy más hermosa de lo que era a los dieciséis años. Mi piel tiene un brillo que no tenía. Mis labios son más carnosos. La experiencia de la vida y del amor se muestra en mi cara, pero no de una forma negativa. Soy inocencia y seducción, las dos cosas al mismo tiempo.

Entonces sus ojos se cerraron y movió la mano.

—Llévatelo. Mi belleza es tal que no puedo resistir su visión por más tiempo. ¿Qué debo hacer para conservarla? ¿Duraría en el mundo del que vengo?

Una de las hermosas mujeres fantasmagóricas tomó uno de los pechos de Igrane. Ella la empujó y vio cómo su brazo se deshacía en jirones transparentes, después se reconstruía por sí mismo de nuevo y jugaba con su pezón.

—¡Ustane! —la llamó con insistencia.

—Estoy aquí. —La voz de Ustane venía de más allá del círculo de luz donde Igrane estaba sentada. Sólo brillaban sus ojos, chispas en la oscuridad.

—Entonces contéstame —dijo Igrane con impaciencia.

—No puedo —dijo Ustane—. No conozco las respuestas. Lo único que sé es que los pequeños contratiempos que sufrió Merlín te dejaron en una posición increíblemente fuerte.

El espejo ya no estaba. Igrane se reclinó hacia atrás en la silla acolchada y se dejó atender por los cuidados de las cuatro fantasmas. Una de ellas le quitó el manto. No llevaba nada debajo.

—He sufrido tanta tensión... —gimió Igrane.

Dos de las criaturas se entregaron al cuidado de sus pechos, otra a su cuello y orejas y la cuarta se arrodilló entre sus piernas y separó sus rodillas con delicadeza.

—Esto debería relajarte —dijo Ustane.

—Haría cualquier cosa, cualquier cosa para conservar esto —musitó Igrane—. Para conservar este poder, esta belleza para siempre.

—Nadie... —dijo Ustane insinuándose—, nadie te reconocería ahora. Ni siquiera tu marido o tu hijo.

—Uther abandonó mi cama hace años... y Arturo está fuera de mi alcance.

—Nada está fuera de tu alcance ahora. Ni ese viejo idiota de tu marido te reconocería. Apuesto a que ni siquiera te miraría.

—Es voluptuoso. —Igrane habló con aire distraído mientras una de las muchachas le acercaba a los labios una copa de vino—. Es el auténtico placer. Sin temor, sin culpas, sin hombres demandando atención, molestándome con sus exigencias. Y cuando haya acabado con estas pequeñas criaturas, simplemente las despido y regresan a los oscuros aposentos donde residen.

—Sí —dijo Ustane.

El cuerpo de Igrane se agitó con un espasmo de placer cuando la muchacha arrodillada entre sus piernas la acarició con la lengua de una determinada manera.

—¿Cuánto tiempo pueden estar haciéndome esto? —preguntó mientras aún temblaba a causa de otro espasmo.

—Tanto como quieras, querida, tanto como quieras —dijo Ustane.



Zarpa Negra golpeó los pájaros con su mano acorazada y los destruyó. Estaba pensando que no eran tan fuertes como los anteriores. Pero cuando murieron, los fragmentos de metal plateado se precipitaron contra su piel. Como asustados de su propia ferocidad, se alejaron y Zarpa Negra sintió la sangre caliente resbalándole por el pecho y el estómago.

Las cosas con alas ya no eran pájaros sino una especie de puntos brillantes similares a la imagen que permanece en los ojos después de mirar una luz deslumbradora. El sol estaba desapareciendo por la abertura que había al final de la cámara. Se lanzaron hacia la luz en grupo y saltaron hacia los rayos de sol; entonces atacaron súbitamente, brillando como mil cuchillos.

—¡No! —Zarpa Negra oyó su propio grito de pánico.

¡Zas! Sintió como otro guante blindado cubría su mano izquierda, y una tercera tela lo envolvió protegiéndole también el torso. Pero los endemoniados pájaros no se acercaban todos a la vez. Se dividieron en dos grupos. Uno fue hacia su rostro desprotegido; el otro, a por sus piernas desnudas.

Zarpa Negra se convirtió en lobo y para cuando los pájaros llegaron su cara ya no

estaba ahí. Las criaturas fueron destruidas por dos golpes bien coordinados de sus pezuñas, se deshicieron en trozos tan pequeños que se desvanecieron como polvo brillante en el suelo.

De repente el sol desapareció y la habitación se quedó completamente a oscuras. Oyó que ella emitía un grito de triunfo y supo que debía de haber lanzado otra pieza de la misma sustancia por la abertura a través de la cual se colaba la luz del sol. Ahora, otra vez hombre, se agachó deseando que ella tuviera razón: que los pájaros no pudieran actuar en completa oscuridad.

Podía sentirla muy próxima y, cuando sus brazos lo rodearon, a él le pareció extraño que ella hubiera escogido un momento tan peligroso para iniciar juegos amorosos. Entonces sintió temor y descubrió que, fuera lo que fuese lo que lo estaba abrazando, no era ella. Su pelo era corto, sedoso y perfumado. Los labios calientes, la hilera de dientes tras ellos, colmillos.

Los líquenes comenzaron a brillar y la cosa desapareció como si nunca hubiera estado allí. Encontró la mano de la muchacha en la tenue luz, y ambos salieron gateando por debajo del muro.

La luz del día impactó sobre los ojos de Zarpa Negra. Fuera de las estrechas ventanas, el jardín estaba en flor y cantaba como si la noche, larga y terrible, nunca hubiera tenido lugar.

Aún había comida apilada junto al muro. Le dolían las piernas y, olvidándose por completo de la armadura, se convirtió en lobo para curarse. Cuando aterrizó sobre las cuatro patas encima del suelo de piedra, se dio cuenta de que aún llevaba la armadura, pero ahora adaptada al cuerpo del lobo.

Ella se la quitó con mucho cuidado, mientras él atacaba la comida. Cuando ambos estuvieron saciados se sentaron y examinaron la armadura. Él volvía a ser humano, los vegetales sentaban mejor a un humano.

—Es lo primero que hemos encontrado que funciona con ellos —dijo él.

—Lo sé, pero... ¿no reconoces estos símbolos?

—¿Son como los que había en el interior del túnel?

—Sí. Son una pista definitiva que indica que los que construyeron el túnel construyeron también esto.

—¿Qué hay de malo en eso? Por lo que me cuentas, eran bastante inteligentes.

—Lo eran, y sus armas pueden ser peligrosas.

—¿Nunca trataste de descifrar los símbolos?

Zarpa Negra había ablandado la armadura en el agua y había hecho un guante con ella. Era una manopla, para que los dedos y la muñeca pudieran moverse con libertad. Cogió una roca y se golpeó fuerte en la palma de la mano. Los símbolos del guante se encendieron, pero él no sintió nada. El canto de la piedra se dobló con una facilidad pasmosa. Se concentró, estudiando el guante. Cuando pensó en ellos, garras de siete centímetros de largo surgieron donde antes estaban sus huellas dactilares.

—Estás en lo cierto en lo de que son peligrosos, pero no para mí.

Hundió las garras en un trozo de melón que había en el suelo de la cueva y lo seccionaron como si fueran una cuchilla. Se acercó entonces a los líquenes de la pared.

—Déjalos en paz —dijo ella—. Están haciendo su trabajo, al igual que aquella vid de ahí que fuiste tan estúpido de querer arrancar.

Zarpa Negra abría y cerraba el guante.

—Me gustaría ver esas vides tratando de atacarme ahora.

—Un arma. Una sola arma y ya fanfarronea.

—Eso es despreciativo —dijo él mientras se colaba bajo el muro a recoger más piezas de la armadura.

Ahí en la penumbra, Zarpa Negra no se sentía tan seguro. La única luz provenía del brillo de los líquenes y los muertos eran formas amorfas en la penumbra. Tembló al recordar el beso.

Aun así recogió lo que quedaba de lo que el primer cadáver que había visto llevaba puesto, y se alejó de allí rápidamente. Fue a la tina donde los líquenes lo habían lavado y colocado en agua y metódicamente comenzó a vestirse.

—¿Por qué peligroso? ¿En qué grado peligroso? —le preguntó. Ella también se estaba vistiendo, cubriéndose con aquella desagradable vid.

Tardó unos instantes en responder. La vid no le quedaba nada mal. Sí, dejaba sus pechos al descubierto, como también lo hacía la otra planta, pero los sujetaba y se ceñía atractivamente a sus brazos y piernas. Tenía pequeñas hojas azules con forma de corazón y flores con un gran estambre naranja y pistilo negro.

—Una flor muy sexy —dijo él.

—Eso es lo que son las flores: sexo. Y sí, la atracción de la noche pasada cuando te entregaste a mí en forma de lobo no fue un accidente. Es un afrodisíaco.

—Me pasé.

—Pasarse es decir poco.

—Lo hice a propósito. No podía pensar en ninguna otra manera para que tú lo tomaras. Temía que murieras. Además, quiero escuchar acerca de los peligros. ¿Y qué hay de mi rabo?

—Un auténtico galimatías. ¿De qué demonios estás hablando?

—De la armadura. ¿Por qué es peligrosa? ¿Y cómo puedo conseguir que cubra mi rabo cuando sea lobo?

—Vamos. Vayamos al lago. El sol ha salido y hace un día precioso.

Ella hablaba mientras caminaban.

—La armadura es peligrosa porque el universo sigue una lógica.

Zarpa Negra asintió.

—Es como una semilla. Tú plantas una semilla y después de un tiempo tienes un árbol. Una bellota, un roble. Una avellana, un avellano.

—Eso ya lo sé.

—¿Sí? ¿Por qué?

Guardó silencio.

—Eso ya no lo sé.

—Bien. Por fin un poco de modestia. El universo es lo mismo. De un comienzo pequeño se convirtió en lo que es hoy. El sol, la luna, las estrellas, la esfera celeste. Y es grande, muy grande, más grande de lo que tu pueblo pueda imaginarse jamás. Para simplificarlo, quien construyó el túnel y creó la armadura entendía cómo había comenzado la creación del universo y por qué se había convertido en lo que era entonces. Su idioma refleja la lógica del universo, y ni tú ni yo podemos comprenderlo a no ser que antes comprendamos esa lógica. Por eso nadie ha podido nunca entender el túnel, o leer los símbolos en él escritos. El universo está lleno de toda clase de criaturas. Y no creerías la cantidad de ellas que ya lo han intentado.

Zarpa Negra se detuvo y miró hacia el pequeño lago. El sol estaba alto en el cielo y podía mirar al centro y ver que era profundo y transparente. Una figura se movió en la sombría oscuridad de la planta acuática del fondo.

—¿Un pez? —preguntó él.

—Algo. No estoy segura de querer averiguarlo. Cada vez que descubro algo nuevo sobre este lugar, me quedo más preocupada. Gracias a ti ya no necesito el agua. Puedo alimentarme como un humano.

Se sentaron en una roca plana y compartieron unos jugosos frutos rojizos que provenían de un arbusto próximo.

—¿Y qué daño crees que puede hacerme la armadura?

—Creo que lo descubrirás si te la pones entera.

—Es demasiado grande para mí.

—Lo sé. Lo siento.

—Aun así me la voy a poner entera. Creo que es nuestra forma de salir de aquí.

—Lo sé. Ése es el problema. Todo lo que yo quería era un revolcón en el pajar. Me dije: «Apuesto a que ese mozo tan rico es divertido. Lo que no sepa de pájaros e insectos y de flores y árboles, yo se lo enseñaré». De vuelta he traído un héroe. Eres tú, ya lo sabes. Me di cuenta cuando me diste parte de tu propio ser para salvarme la vida.

El jardín cantó para ellos. Los juncos sonaban como flautas. Cuando el viento sopló se oyó un canto lejano. Una cascada de notas se precipitó hacia ellos desde los árboles que se doblaban a baja altura sobre el agua y se arrastraban, llorando ramas en el arroyo, como hacen los sauces. Pero ningún sauce ha tenido nunca flores doradas que derramaran perfume sobre los suaves remolinos de la charca central.

—¿Echas algo de menos? Quiero decir, ¿el ser ahora mitad humano, mitad lobo te ha quitado alguno de tus poderes?

—No. En realidad, el árbol me está hablando acerca de los peces. Son viejos y lentos, incluso más viejos que las plantas. Llevan aquí mucho tiempo. El árbol dice: «No los cojas. Ya no hay más de su especie en el sitio del que vienen. Ellos son los últimos».

—Mira —susurró él señalando la pared del cañón que había frente a ellos.

Había empezado a caer agua, brotaba de los poros de la roca, resbalando a lo largo de las paredes y llegando hasta los montones de comida que había debajo. Estaban en un complejo laberinto y, mientras el agua los iba llenando uno a uno, la tierra se hinchó y las plantas se tornaron más verdes. Las vides guardianas, como la que ella vestía, se convirtieron en un montón de pelusa verde salpicada de blanco. Junto a ellos, las lilas florecieron o al menos eso era lo que parecía, rosas y blancas con tonos marrones.

Entonces algo pequeño, verde grisáceo y cubierto de pelo explotó convirtiéndose en flor. La música subió de volumen, pues cada grupo cantaba en acción de gracias por lo que creían que era lluvia. Los lechos tenían las mismas formas que los símbolos que habían visto en la armadura y en las paredes del túnel. Un jardín eterno rodeó a Zarpa Negra, creado para ser un microcosmos del universo, con sus fragancias, sus colores, los objetos sagrados para aquellos que lo construyeron y que quisieron reflejar la belleza de la vida.

—Los peces —dijo el joven—. El árbol te dice que son muy viejos. Quizás entonces ellos puedan darte más información sobre lo que pueden hacer las plantas. El truco que hiciste antes... Cuando te convertiste en lluvia. ¿Aún puedes hacerlo?

—Truco no es la forma más acertada de definir a ese poder que poseo.

—Hay cierta pobreza en el lenguaje para poder describir muchas de tus actividades. Lo hago lo mejor que puedo. Ha sido sin ánimo de ofender —contestó Zarpa Negra en tono burlón.

Ella rió, entró en el río caminando y cayó convertida en gotitas que dibujaron círculos en la tranquila superficie del agua durante unos segundos para después desaparecer.

Él estudió la distribución del jardín. Sintió que podría quedarse allí durante mil años simplemente contemplando el exquisito cuidado con el cual el jardín se había ajustado. Bajo un rayo de luz interior, vio lo que muchos hombres sabios no habían visto cómo leer aquellas escrituras. Volvió al lugar donde estaba su armadura, pensando en su padre.

Habían estado sentados juntos alrededor de una hoguera en las colinas discutiendo sobre las desdichas humanas mientras oían en la distancia a una manada de lobos planear una cacería. Hacía frío y ya había escarcha en las briznas de hierba. Una alta luna llena iluminaba la aulaga y el brezo de alrededor. Su padre lo interrogó acerca de lo que la manada estaba planeando.

—Los alces están emigrando hacia al sur de los pastos de las tierras altas. El padre y la madre de la manada vieron tres cervatos primales que parecían débiles. Su plan es tenderles una emboscada a un kilómetro de allí.

Su padre asintió.

—Muy bien. ¿Quieres unirme a ellos? Podríamos ir de caza con ellos y coger alguna pieza para nosotros.

—¿Por qué? Hoy ya hemos matado un potro. Tenemos tanta carne como la que podemos llevar a casa. Si matamos de nuevo, no podremos aprovechar la mayor parte.

—Hablas como un auténtico lobo —dijo Maeniel.

—¿Cómo puedes saberlo? Hace ya muchos años que no eres completamente lobo. ¿Tan poco cambiamos?

—Nada. Nunca. Recuerdo cosas que ocurrieron hace miles de años como si hubieran ocurrido ayer. En la Antigüedad, como cuenta Dugald, las aguas se elevaron e inundaron las vastas planicies que un día estuvieron secas y ahora forman el mar del Norte. Nosotros cazábamos alces allí, de manera muy similar a como esta manada los caza hoy. Seguíamos a la manada a hurtadillas, una prueba para ver cuáles eran los más fuertes. Conocemos a cada uno de sus miembros por su propio olor, que permite describir su apariencia y su comportamiento a los demás.

»Los lobos hablaban de uno llamado Blaze —continuó explicándole Maeniel—. Es fuerte pero lento. Si pueden conducirlo hasta tierras quebradas o pantanosas, podrán cazarlo. También está Tuerto, enfermo de nacimiento, pero muy rápido y luchador. Si consiguieran cegar y conducirlo hacia el norte, no resistiría ni un asalto. Otro ha caído en el hábito de arrodillarse para comer, pescar bajo rompientes de cedro y avellanos en busca de briznas de hierba aún verdes y sin escarcha. Está gordo, pero tiene las patas callosas a la altura de las rodillas, por lo que si le tienden una emboscada desde arriba, las patas limitarán su agilidad.

»Eran tiempos ya muy lejanos —concluía su padre—. Cuando los alces tenían una cornamenta de más de un metro de extensión y peligrosas pezuñas, era lo mismo que ahora, hacíamos lo mismo y hablábamos entre nosotros de las mismas cosas.

Zarpa Negra tembló. No se creía la parte de la cornamenta de más de un metro. No, eso era imposible. Pero él tenía sus propios recuerdos. Aún no había pasado esas páginas en su mente ni probado algunas de las cosas que su padre le había contado. Y tampoco estaba seguro de querer. Su padre había sido lobo de nacimiento, antes de la transformación. Zarpa Negra había sido criado entre humanos.

Maeniel sonrió burlonamente a su hijo desde el otro lado de la hoguera. Zarpa Negra se sintió culpable. Era como si su padre supiera lo que estaba pensando, así que cambió de tema.

—Ellos cambian, ¿verdad? Me refiero a los humanos.

—No hacen nada más. Y han estado cambiando desde el comienzo de su existencia. Nadie puede predecir lo que llegarán a ser algún día.

—Dugald dice...

—No cites a Dugald ante mí. No lo hagas, si valoras tu pellejo.

Zarpa Negra miró a su padre con ojos de desagrado, pero con ojos de lobo. Los ojos decían tan claramente como si lo dijera la boca: «Tú eres mi padre y el jefe de la manada, por tanto te respeto. Pero no es una buena idea sacar ventaja de otro que aún no ha alcanzado su madurez física y mental».

Maeniel apartó la vista, avergonzado. Las buenas maneras eran importantes en una manada de lobos y más aún entre un veterano y un cachorro. Había sido culpable de un incumplimiento de las normas sociales.

—Muy bien. Dugald dice... —comenzó Maeniel.

Zarpa Negra continuó.

—Que tú estás entre humanos porque te fascinan sus particularidades.

—Ésa es una razón. Sí. —Maeniel atizó el fuego—. Ésta es otra: ninguna otra criatura puede hacer esto.

—¿Encender un fuego? —preguntó Zarpa Negra.

—Sí. Y esto. —Maeniel cogió un palo y comenzó a escribir en la arena: alfa, beta...

—El alfabeto. —Zarpa Negra estaba sorprendido—. ¿Qué tiene de especial?

Maeniel rompió el palo y miró a Zarpa Negra a los ojos.

—Puedes enseñarle el alfabeto a un lobo, pero nunca podrás enseñarle cómo usarlo. Los humanos van a algún sitio, moviéndose a través del tiempo. Los lobos son como la estela de la Estrella Polar. No cambiamos nunca.

Zarpa Negra sintió frío, y no sólo se debía a la noche. No le gustaba cuando su padre hablaba así.

—Preferiría ser un lobo y pensar en ciervos con problemas de estómago o patas débiles.

Ahora estaba allí, en el medio de aquel bonito jardín, aún no preparado del todo para el cambio.

El jardín estaba prácticamente lleno de agua ahora, y brillaba a su alrededor como una inmensa joya pulida. Era una sinfonía de color, luz y sonidos; porque todo sonaba, hasta las cosas que él nunca había escuchado sonar antes, una magnífica coral que iba del ser a un nuevo ser espléndido. Cada melodía se unía a la sinfonía para crear una única melodía.

Pensaba que esta hierba lo que rodeaba el lago en la zona central, pero mientras lo miraba la hierba floreció con mil flores blancas, a las que se les cayeron los pétalos, blancos y suaves como copos de nieve en los largos y verdes tallos. Cerezas coloradas siguieron a las flores.

Ella lo abrazó de nuevo, la criatura vellosa de la cueva, y sintió cómo acercaba las caderas hacia él. Y por primera vez desde que llegó a aquel lugar salvaje, fue consciente de que estaba desnudo y su erección palpitaba casi de forma dolorosa en la ingle.

Pero en un suspiro se había ido. Zarpa Negra se arrodilló, recogió un puñado de cerezas rojas que empezaban a florecer en la hierba y se las llevó a la boca. No necesitaba tragar, sintió el efecto de fuera lo que fuese lo que contenían entrar en sus venas, transformando su cuerpo en un recipiente de luz pura.

El sol de mediodía lucía alto en el cielo. Se quemó con su luz, una luz que era también conocimiento puro. Y entendió, por una vez y para siempre, que maldición y

salvación eran una misma cosa.



«¡Muerte!», pensé, poniéndome de pie de un salto. Me había cogido por sorpresa y todos mis sentidos gritaban que aquél era un momento muy peligroso.

Salté hacia atrás de nuevo. Quería mantenerme a buena distancia del hombre que acababa de decir que el castigo por lo que yo había hecho era la muerte, incluso aunque no tenía claro cuál era el delito que había cometido. ¿Matar una planta? ¿Curar a Albe?

Ella estaba tirada en el camino en un extraño estado a causa del dolor y las heridas. Tuve una breve oportunidad para examinar al guerrero que había hablado. Guerrero era, seguro, con una armadura que parecía bronce, un casco de tipo griego, de los que cubren toda la cabeza y gran parte del rostro. Tenía una abertura horizontal que le permitía ver y una ranura estrecha para la nariz y la boca. La visera y las piezas de las mejillas cubrían el resto. Los otros tres hombres, la cuarta era una mujer, vestían más ornamentos pero parecían de una categoría inferior. Vestían armadura de piel teñida de marrón verdoso y morado.

No me dio tiempo a fijarme en nada más, pues el cabecilla me miró con indiferencia letal y dijo:

—¡Matadla! Dejad que la otra viva un poco más. Nos puede servir de entretenimiento.

Miró al hombre vestido de marrón y movió la cabeza hacia donde yo me encontraba.

¡Dios mío! Ésa sí que era una armadura elaborada. Mi oponente vestía pantalones de piel con protecciones para las piernas y los muslos incrustadas con pesado oro. Una malla dorada hacía de camisa sobre unas ropas más ajustadas a la piel. También tenía una coraza, pero que no estaba formada sólo por una pieza como las romanas. Por el contrario, estaba hecha por un mosaico de piezas de piel, cada una bordeada por el pesado oro. No parecía un hombre sino algún tipo de insecto exótico revestido de brillante y poderoso metal. Era un guerrero y una obra de arte al mismo tiempo. Su escudo era tan hermoso como todo lo demás, de piel, con una pieza central y los bordes de oro, incrustado en remolinos dorados de intrincadas líneas delgadas.

«Malo, malo», pensé, pues ya había desenvainado su espada y venía hacia mí. Caminaba rápido y con decisión.

Supe que no sería capaz de desenvainar mi espada antes de que me alcanzara. Así que salté a un lado y golpeé el escudo de piel con mi mano derecha. Sentí la agitación de mis nudillos y supe que estaba poniendo demasiada energía. De seguir así caería exhausta antes de que el combate comenzara.

El escudo explotó a causa del fuego. El metal debía de ser oro, pues tiene un punto muy bajo de fundición y el metal derretido nos salpicó a ambos.

Mi armadura me protegió pero a él le alcanzó una de las gotas en el ojo y lanzó el escudo en llamas sobre las plantas brillantes. Gritó de dolor y se llevó uno de los guantes de malla hacia el ojo.

Entonces vio adónde había ido a parar su escudo tan velozmente rechazado.

En aquella ocasión, su grito fue aún peor. Yo estaba tratando de desenvainar mi espada, pero el grito de agonía me distrajo un momento. Se le cayó la espada de la mano, golpeando la tierra. Con un grito aterrador, él mismo cayó de rodillas y se dobló tanto que tocó el camino de piedra con la frente. Se llevó las dos manos a la cabeza y comenzó a golpearse contra las losas hexagonales sollozando con horror y desesperación.

Mientras tanto, todos nosotros habíamos subestimado a Albe. Ella se deshizo de uno de los guerreros con un terminante golpe mientras aún estaba tumbada en el suelo. El hombre había sido lo suficientemente incauto para permanecer demasiado próximo a ella. Sus pies salieron volando, no tenía forma de amortiguar la caída. El golpe de su cráneo contra el camino de piedra produjo un sonido seco. Se movió, dando sacudidas, y luego quedó quieto, tumbado.

De cómo se deshizo del segundo hombre con una piedra de honda, aún hoy no estoy segura. Pero lo hizo. Estaba bien cubierto por su armadura, pero tenía la boca y el mentón, al descubierto. Y creedme, eso es todo lo que Albe necesita. Se tambaleó hacia atrás y cayó, sangrando abundantemente por la boca y la nariz.

Nunca he estado segura de por qué hice lo que hice entonces. Me volví, salí del camino y fui tras el escudo que ardía entre lo que estaba segura de que era un importante cultivo. Nadie defiende un montón de hierbas de la forma que aquellos hombres defendían esas plantas.

Sentía cómo las plantas me atacaban por los tobillos, pero mi armadura me protegía. Al segundo paso, la tierra cedió y pensé que mi pie se hundía en el barro. El hedor se apoderó de mí en el mismo momento en que me di cuenta de que mi pie tocaba tierra. Agarré el escudo por los bordes en llamas, el precipicio del fondo marino bajo mis pies.

Entonces tuve que emular a un conejo aterrado, dando brincos al descubrir algo más acerca de aquellas terribles plantas marinas: eran persistentes. Los ataques contra mis piernas se hacían más y más duros y la armadura comenzaba a ceder.

El guerrero al que había quemado el escudo estaba tumbado de rodillas, boca arriba, observándome atónito. Yo no tenía tiempo que perder. Me quité las alpargatas y las tiré en la arena, lejos de aquellas plantas malvadas, para lavarlas.

Todos permanecemos mirándonos los unos a los otros.

—Podéis iros —dijo el guerrero de la armadura de bronce altivamente—. En el transcurso normal de los hechos habría acabado contigo, pero lo que tengo que hacer aquí es demasiado importante...

El hombre que sangraba por la nariz y la boca estaba a sus pies. Albe deslizó otra piedra en su honda.

—No —dijo él.

Me sorprendió que pudiera hablar. Parecía que, aunque ciertamente tenía algo roto, no era su mandíbula, ya que levantó la cabeza con gesto arrogante y habló:

—Paz. Paz. Me proclamo vencido, vuestro prisionero. Cualquier cosa que queráis, vuestra será.

Aún parecía que Albe quería terminar su trabajo, así que dije:

—Hazle caso. Dispara sólo si hace algún movimiento sospechoso.

Entonces el hombre se volvió hacia el guerrero de la armadura de bronce.

—Amrun, ¿estás loco? No podemos dejarlas marchar. ¿Has visto cómo ha cogido el escudo sin que se lastimara?

—Hermano, lo he visto todo. Cierra la boca. Mi señora, tus poderes son impresionantes, pero, cualesquiera que sean tus asuntos aquí, resuélvelos lo antes posible y márchate. Debes de venir de los reinos de la jungla y aquí no necesitamos de tus prácticas malvadas..., tus horribles...

—¡Oh, cielo santo! —sollozó el herido. Era obvio que su cara debía de estar dolorida, pero puedo asegurar que estaba enfadado con su compañero—. ¡Calla de una vez! Ella no puede venir de la jungla.

—Así es —dije yo—. La única vez que oí hablar de una jungla era en algún lugar de Asia, al norte del río Nilo.

—¿Entonces quién eres? —preguntó el herido.

Albe y yo nos miramos y nos encogimos de hombros. No estábamos seguras de cómo explicárselo.

—Pictas —dije.

—Tu rango —gritó Amrun, el caballero de la armadura de bronce.

—Soy la Reina Dragón. Me llamo Guinevere. Soy una mujer sagrada.

Aquella explicación pareció calmar a ambos y hacerles callar. Creo que no entendieron ni una palabra de lo que les dije, pero parecían satisfechos al saber que no veníamos de los temidos reinos de la jungla.

El que sangraba por la cara se sentó. Donde no tenía el rostro cubierto de sangre parecía verdoso. Vomitó sangre y agua junto al camino, pero aun así continuó hablando.

—No entiendo nada de todo eso, hermano. Pero creo que al menos merecen un respeto y deberíamos invitarlas a la ciudad.

Albe se había acercado a mí.

—No sé si debemos alegrarnos o entristecernos por eso —le susurré.

Los otros dos hombres estaban moviéndose agitadamente. El que se había golpeado la cabeza estaba incorporándose, pero tenía la mirada perdida y me pareció que pronto dejaría de dar problemas. El que había perdido el escudo se había golpeado la frente y la cabeza demasiado fuerte contra el camino de piedra. Sangraba por la cara y, a pesar de que no parecía ido, estaba aturdido. El del rostro destrozado aún no había recuperado el color y parecía estar a punto de vomitar de nuevo. La

muchacha estaba sentada, con una expresión dura en el rostro. Me fijé en que tenía las piernas y los brazos protegidos con tela acolchada. No hacía falta esforzarse mucho para descubrir lo que estaba pasando.

El de la armadura de bronce habló de nuevo. Nos invitó a pasar delante de él, diciendo:

—Id delante y esperadnos a las puertas de la ciudad. Hay puestos de comida allí y podéis comprar algo. Sin duda, los vendedores de comida querrán alguna de tus joyas a cambio.

—Sin duda —contesté—. De todas formas no iremos a ningún sitio hasta que descubramos qué va a pasarle a esa muchacha.

El de la cara herida me lanzó una mirada fulminante.

—Hermano, tenemos comida y bebida. Podemos compartirla con ellas.

—Ya me estoy cansando de tanta insolencia. Tenemos un importante trabajo por delante. Ahora, haz lo que se te pide o haré que nuestra familia te desprecie.

La muchacha se puso en pie por primera vez.

—Meth..., por favor... ¡No...!

—Estáte callada —le gritó el guerrero de la armadura de bronce—. Fuiste elegida en un sorteo, ¿no es así? Debes guardar silencio.

Meth se tambaleó.

—¡Cállate, Amrun! ¡Lo digo de verdad! Incluso herido soy mejor guerrero que tú y, si no cierras la boca, te mataré ahora mismo y me dan igual las consecuencias.

Todos parecían aterrados, pero Meth no les hizo caso.

—Tienes que..., tienes que enseñarme cómo hiciste eso —me dijo.

Asentí y caminé hacia las plantas. Moví la mano cerca de ellas. La armadura se levantó sobre mi piel y acerqué más la mano. Aquella cosa trató de apuñalarme. Las espinas rebotaron en la armadura que me cubría la mano.

Mirándolas bien, descubrí que las plantas eran hermosas, con anchas verdes que se montaban unas sobre otras formando una rosa casi perfecta. Las hojas eran de un intenso verde luminoso en los bordes y se iban oscureciendo hacia el centro hasta que adquirían un tono verde oscuro o morado cerca del tallo. La planta al completo recordaba una flor, mientras que me pareció que la flor en sí misma era insignificante. No me sorprendió. Había visto plantas muy similares en mi mundo.

Moví la mano de nuevo y vi una hoja en forma de corazón plegarse sobre sí misma formando una aguja, la punta brillante con una gota pegajosa de aspecto dulce que pensé que debía de ser veneno. La reacción de Albe, la rápida inflamación, me lo sugería.

—Mira si tiene fruto.

—Hazlo tú —dije—. Tú estás protegido.

—¡Mira! —se quitó uno de los guantes.

Estaba formado por piezas metálicas en el exterior y malla en el interior. Era una bella obra de arte. Tocó una de las hojas con su guante. La espina lo atravesó como si

fuera de mantequilla caliente.

Agitó el guante ante mí.

—Esto pararía un corte de espada, pero no uno de esos pinchos. Una armadura sencilla no es suficiente. Puedo asegurar que lo que llevas no es una armadura corriente.

—Un regalo de mi padre —le contesté.

—¿Quién era? ¿Tuarh de los dánaos? —rió Meth.

—Probablemente.

La risa desapareció de sus ojos.

—No estás bromeando.

—No.

Se puso en pie.

—¡Cateyrin! —llamó a la muchacha—. Coge las cajas. Busca la fruta, por favor. Parecen capullos de cristal —me dijo luego a mí.

Me acuclillé. Aquella planta tenía tres flores. Eran pequeñas, de un rojo vivo y estaban muy unidas. De todas formas, tenía fruto. Era de forma ovalada y, parecía estar hecho de cristal y cubierto con remolinos de líneas acordonadas.

Mi armadura me sorprendió, levantándose a mis órdenes, alargué la mano y, a pesar de unos cuantos arañazos de las largas hojas con espinas, arranqué el fruto de un tirón.

Lo observé al trasluz y me quedé sin respiración cuando cambiaron sus colores. Primero brilló como un cristal transparente y todos los colores del arco iris llenaron su superficie. Entonces se volvió amarillo claro, pero sólo durante un segundo. De pronto era como oro fundido, seguido de un verde claro, verde esmeralda, después verde azulado. Al azul azufre le siguió el color del mar en verano, luego marrón, hasta que finalmente acabó siendo granate.

—¡Precioso! —dijo Albe.

Aparté mis ojos de la semilla-piedra preciosa y vi a Meth arrodillado a mi lado. La mirada de sus ojos parecía suplicarme.

—¡Para ya! —dije—. Trae comida y bebida. Albe tiene hambre y sed, y lo mismo puedo decir de mí.

No se movió, así que apoyé la palma de mi mano izquierda sobre su mejilla. No vi a Madre, pero el aroma de rosas inundó el ambiente. Cuando aparté la mano, su cara tenía mejor aspecto. La mayor parte de la hinchazón que le desfiguraba la cara había desaparecido.

Cateyrin ya estaba de vuelta con las cajas y la comida. Señalé a los otros tres guerreros.

—Id y sentaos en aquellas rocas junto al camino, donde yo pueda veros. Ahora. ¿Cuántas cosas de éstas quieres? —pregunté a Meth.

—Cinco cajas.

—Sirve a Albe —le dije a Cateyrin—. Dame las cajas y quítate esas protecciones.

Ya no las necesitarás.

Era el comienzo de un día que iba a ser muy, muy largo. Meth y yo colocamos las cajas a la sombra de un árbol, pues me dijo que las joyas no tenían que estar expuestas a la luz del sol mientras yo las recogía.

—Eso es mejor que lo hagan los compradores —dijo él.

Fui en busca de los frutos.

—¡Este maldito lugar es una fosa común! —le grité en cuanto llegué al borde de la garganta donde crecían las plantas.

—El precio de cinco cajas es normalmente una vida humana —me respondió mientras le entregaba ya la primera.

—¿Por qué? —pregunté.

—Las necesitamos.

—¿Por qué?

Yo miraba la docena o más de plantas que crecían a través de la pelvis y de la caja torácica de un esqueleto. Arranqué cuatro frutos rápidamente.

—Es lo único que la ciudad de Gorias tiene para vender.

—¿Gorias? —No me percaté de un par de cortes que me hice con las espinas—. ¿Gorias? ¿Tu ciudad se llama Gorias?

—Sí.

—Fuego —dije yo.

—Falias, Gorias, Findias, Murias. Ésas son las que quedan aparte de las tierras de la jungla, y los habitantes de esas ciénagas son tan peligrosos como las serpientes que los gobiernan.

El viento soplaba hacia el mar Muerto, nublando el aire con un hedor fétido. Me moví hacia el cadáver reciente que yacía a mi lado. Había senderos que discurrían entre las plantas, pero no eran seguros. Seguir uno u otro significaba la diferencia entre recibir tres pinchazos, trece o incluso treinta. Había observado además que crecían más frutos cerca de los muertos.

El cadáver estaba impregnado de tierra. Él... ¿o era ella? No podía saberlo. La cosa es que estaba boca abajo y eso estaba bien, pues prefería no verle la cara. Pero tenía protecciones iguales a las que Cateyrin llevaba. Llené dos cajas con los frutos de... gorias púrpuras las llamaban. Volví al camino.

—Me parece que podrías reducir el daño si dejases a la persona descansar de vez en cuando —le dije a Meth.

—No suele funcionar. El veneno es acumulativo a partir de cierta cantidad. La mayoría muere, en agonía, varios días después de haber venido. Por lo general, tras tantos pinchazos en la piel, el veneno produce euforia. Los recolectores experimentan un estado de sobreexcitación. Si eso ocurre, es muy productivo para el equipo guía que lo acompaña, porque el sujeto consigue muchos frutos y luego muere en éxtasis.

—¿Un éxtasis mortal?

—Así lo llaman —dijo él.

Descansé durante un momento en una roca. Albe se acercó con un vaso de zumo y una copa. Me ofreció vino. Yo no esperaba gran cosa, pero estaba delicioso. No era vino, sino otro brebaje. ¿Hidromiel? Estaba caliente y me dio fuerzas.

No di las gracias.

—¿Quizá ese éxtasis mortal os ayuda un poco? —pregunté a Meth.

No sabía mentir. Sus ojos se ensancharon y su cara trató de adoptar expresión de inocencia, pero no habría engañado ni a un niño de ocho años.

—No lo sé... —comenzó a decir.

—¿No? Bueno, yo sí puedo.

Miró furtivamente a los otros, sentados en el camino.

—Está bien, está bien. Pero el recolector muere de todas maneras. Algunos son llevados de vuelta con sus familias y nunca se ha sabido de ninguno que sobreviviera. Esas plantas son muy venenosas. Pero tú parece tener algún poder especial que las mantiene alejadas.

No era exactamente así, pero él no lo sabía. Mi armadura no es perfecta y, si hubiera seguido recogiendo esos frutos por mucho tiempo, habría muerto como los demás recolectores, como él los llamaba. Mi relativa inmunidad era transitoria.

Volví al trabajo y en un momento había llenado todas las cajas. Mientras tanto, Amrun y los otros dos guerreros trataban de buscar la respuesta.

Meth se quedó mirando las cinco cajas llenas.

—Me cuesta creerlo. Normalmente lleva todo el día, porque el recolector va más y más lento, tiene que ser halagado, sobornado y drogado, en ocasiones amenazado o incluso golpeado...

—No necesito saberlo y prefiero que no me lo cuentes.

Meth cogió las cajas y caminó hacia Amrun, se arrodilló a sus pies y humildemente se las presentó. Con el rabillo del ojo vi que algo parpadeaba. Miré hacia la izquierda y vi a Albe deslizándose una piedra en su honda. Sentí cómo la piel de mi cara se ponía tensa, pero no quería que Amrun descubriera que estaba lista para la lucha.

Amrun tenía una expresión amable, incluso de benevolencia en su rostro.

—Mi señor, acepta esto como muestra de mi sumisión verdadera a tu mandato. —Meth entonó las palabras de manera ceremoniosa—. Y disculpa mis muestras de oposición. Ahora Cateyrin podrá ser reservada para otra ocasión. Perdóname, mi señor.

Amrun estiró la mano para coger las cajas. Debía de llevar el cuchillo en la palma de la mano porque no lo vi hasta que lo usó para cortar el cuello de Meth.

La sangre lo salpicó todo. Meth cayó al suelo gritando.

Cateyrin chilló.

—¡No! —Y fue hacia Amrun con un cuchillo en la mano.

Mas éste escapó corriendo. Agarró las preciadas cajas con la mano izquierda, incluso mientras le cortaba el cuello a Meth con la derecha.

Pero Albe tenía un tiro letal en su honda. Había una abertura entre su casco y la pieza de la espalda de su armadura. No era más que dos centímetros de ancho. De todas maneras, Albe lo encontró o, más bien, su disparo lo hizo.

Amrun había alcanzado la cima de una pequeña elevación un poco más adelante, cuando el certero disparo golpeó su espina dorsal y cayó al suelo como un guiñapo. El guerrero de la armadura marrón había sacado su cuchillo, listo para destripar a Cateyrin, y no me pareció que ella pudiera hacer mucho para librarse de él. Saqué mi espada y antes de darme cuenta tenía la mano en la empuñadura. De todos modos pensé que era demasiado tarde.

El guerrero marrón hizo a Cateyrin un corte en el torso. No vi el cuchillo en las manos de la muchacha. Era pequeño y falló al apuntar a la garganta del guerrero.

El de la armadura verde se había quitado el casco y eso nunca es un movimiento seguro si Albe está cerca. No sé si él intentaba algo o si ella simplemente lo mató por principios.

Cuando miré a Cateyrin y el caballero marrón, vi que éste yacía muerto.

Como he dicho, Cateyrin falló al apuntar a la garganta, pero el hombre tenía una prominente nuez y el cuchillo cortó la punta. Él giró y giró sobre sí mismo, agarrándose la garganta y tratando de gritar y respirar al mismo tiempo.

Cateyrin gritó y parecía horrorizada por lo que acababa de hacer. Albe, obviamente, no compartía este sentimiento. Atacó al guerrero marrón y lo tiró entre las terribles plantas que crecían al lado del camino.

Para mí fue toda una lección gráfica de lo inútil que era una armadura convencional contra aquellas plantas. El caballero marrón tardó unos quince segundos en morir, y puedo imaginar que fueron unos quince segundos muy largos.

Cuando cesaron las convulsiones y sacudidas del caballero marrón, vi que Cateyrin estaba arrodillada junto a Meth. Ella tenía una pequeña caja con un trozo de piel. Abrió una botella y derramó su interior sobre la garganta de Meth y descubrí que Amrun no había hecho bien su trabajo cuando quiso matarlo. El corte del cuello no era profundo, a excepción de un lado, y había cortado sólo una vena. El líquido que Cateyrin derramaba del frasco se endurecía al contacto con el aire, sellando la herida, y la sangre dejó de brotar al instante.

Meth estaba tumbado tranquilo, pálido y desconcertado. Entonces se acurrucó al lado de ella suspirando:

—Cateyrin, mi dulce Cateyrin.

Cuando vio que el daño causado por el cuchillo de Amrun estaba curado, ella se puso de pie y le pegó una fuerte patada en el estómago. Su armadura amortiguó parte del golpe, pero aun así sintió algo porque se retorció como un gusano enfermo y vomitó lo poco que le quedaba en el estómago.

—¡Dulce Cateyrin! ¡Ya te daré yo dulce Cateyrin, maldito!

Echó el pie un poco hacia atrás para golpearlo de nuevo cuando Albe dijo:

—¡Para! Puedes matarlo si es lo que quieres, pero no lo dejes de tal manera que

no pueda caminar. No podemos llevarlo a rastras.

Cateyrin acababa de ver cómo Albe había matado a tres personas. El odio desapareció de su rostro y obedeció de inmediato, alejándose de Meth como si estuviera en llamas.

Albe se paseó entre los cadáveres para desnudarlos, empezando por Amrun, el caballero de bronce.

—Quizá deberíamos olvidarnos de la ciudad —dije mientras ayudaba a Meth a incorporarse.

—¡No! ¡No puedes hacer eso! —gritó Meth.

—Tiene razón —dijo Cateyrin, mientras recogía las cinco cajas con los frutos de cristal—. Las criaturas de la jungla vienen de caza por la noche. A eso es a lo que Amrun se refería cuando amenazó a Meth. Quería decir que dejarían a Meth fuera de las puertas de la ciudad y lo abandonarían a su suerte. Meth es sólo uno de los rojos y su lealtad a Amrun era todo lo que tenía. Yo soy incluso más pobre que Meth. Soy sólo una gris y una bastante oscura.

—Eso de los colores..., ¿es un tipo de rango? —pregunté.

—Todas las personas civilizadas lo saben... —comenzó a explicar Meth.

—Si yo fuera tú, Meth, me callaría y dejaría que fuera yo la que hablara —dijo Cateyrin—. Hasta ahora tus decisiones no han sido beneficiosas en ningún sentido. Y creer que Amrun te protegería cuando sabías lo estúpido y mezquino que...

—¡Ya está bien! —dije yo—. Callaos los dos.

Entonces Albe añadió:

—Imagina que te callas y la dejas hablar. Ella es la primera persona un poco sensata desde que llegamos aquí.

—Sí, tiene que ver con el rango —explicó Cateyrin—. La ciudad está dirigida por siete grandes familias. Los Fursa son una de ellas. Meth fue criado en su casa, por lo tanto le debía lealtad a Amrun. Te dije que no lo hicieras, te dije que no...

—No sigas con lo que le dijiste —interrumpió Albe—. Continúa.

—De cualquier manera, cuando llegó la hora de elegir, la suerte cayó en mí.

—¿Elegís la persona que recoge los frutos a suertes? —pregunté—. ¿Es un sorteo justo?

—Se supone —dijo Meth.

—¡Claro! —Cateyrin puso los brazos en jarras—. ¿Por eso siempre eligen a un ciudadano común?

Meth parecía un poco incómodo, pero continuó:

—Los otros no son incluidos en el sorteo tan a menudo como los comunes. En realidad, cuanto más alto rango tienes, menos posibilidades hay de que incluyan tu nombre en el sorteo.

—Yo he oído decir que algunos nunca entran —gritó Cateyrin, mirando desafiante a Meth.

—¡Espera! —dije yo—. Puedo apreciar que existen muchas discrepancias en este

punto, pero el sol se está alejando hacia el oeste y, si lo que decís es cierto, tenemos que estar en la ciudad antes de que caiga la noche. ¿A qué distancia está?

—A media hora como mucho —dijo Meth.

—Más del doble —indicó Cateyrin—. Además, cuando el sol se esconde tras las montañas, las calles tampoco son seguras.

—Normalmente no pasa nada hasta que es de noche. —Meth parecía impaciente—. Además, ¿cómo entramos? El gran señor Fursa estará ahí con sus hombres, esperando. Cuando descubra que Amrun está muerto, les ordenará que nos asesinen.

—¿Sólo se preocupa por Amrun? —preguntó Albe.

Tanto Cateyrin como Meth se volvieron hacia ella. Cateyrin contestó:

—Sí, Amrun es el único al que echará de menos.

—Yo no... —empezó a decir Meth.

—¡Meth! —Cateyrin estaba furiosa—. Tanto tú como yo le hemos oído contar al Gran Señor de los Mochtac que nadie notable había muerto tras un combate que acabó con la vida de quince de sus hombres. Tu mejor amigo, Kerwan, murió en ese combate, y él dijo «nadie notable».

Albe rió.

—Parece que no los hay mejores que nosotros. Bien. Tú te vistes con la armadura de Amrun y nosotros caminamos directamente hacia la puerta y seguimos de frente. ¿Funcionará?

—Puede —dijo Cateyrin—. En realidad, creo que sí, si actuamos deprisa. Mi madre se alegrará de verme.

—¡Sueña! —dijo Meth—. Además, ya sabes cuál es el castigo por hacerse pasar por un alto rango. La muerte.

—¿Y cuántas veces puedes morir? —preguntó Cateyrin—. Créeme, si descubriera que no has tenido nada que ver con la muerte de Amrun, te ataría a un espetón y te asaría a fuego lento. Lo sabes, ¿no, no? Si no crees que haría eso dime que estoy equivocada. Si no, ponte esa armadura ahora mismo.

Albe había hecho un buen trabajo desnudando a los tres guerreros, incluyendo al que había caído entre las plantas. Tiró de él por los talones.

Meth caminó y comenzó a quitarse su armadura y a ponerse la de Amrun. Protestó mucho, pero lo hizo.

—¿Mi señora? —Albe se dirigió a mí con cortesía—. ¿Es de tu gusto el curso que están tomando los acontecimientos?

—Continúa —le dije—, lo estás haciendo muy bien.

Arrojamos los cadáveres entre las plantas y emprendimos el camino en la dirección que Meth y Cateyrin decían que estaba la ciudad. Mientras caminábamos, Meth y Cateyrin trataban de explicar cómo funcionaban las cosas en ese extraño mundo en el cual habíamos entrado. No se ponían muy de acuerdo, pero entre los dos logramos hacernos una idea de lo que ocurría.

La ciudad estaba gobernada por siete familias nobles que aparentemente, hasta

donde yo puedo imaginar, discutían acerca de todo. Todos querían gobernar en solitario la ciudad, pero ninguno de ellos había conseguido nunca, por lo que se podía recordar o estaba escrito en los libros, ninguna primacía. Los escritos históricos no eran fiables, ya que cada familia tenía su propia visión del pasado y diferían considerablemente unas de otras. Los comunes, que eran además la mayoría de los ciudadanos, eran obligados a aliarse con una u otra de las familias para poder sobrevivir. Estaban obsesionados con la política de la ciudad.

Cuando pregunté acerca de los frutos, no obtuve mucha información de ninguno de los dos. Creo que no sabían para qué servían, sólo que los poderosos de la ciudad los usaban como medio para conseguir más poder y que jóvenes comunes como Cateyrin eran sacrificados para su recolección.

Para entonces, ya habíamos llegado a los pies de una empinada sierra y el camino subía zigzagueando hasta la cima. Cateyrin explicó:

—Por eso dije que tardaríamos una hora o más en volver, porque de la ciudad a los valles es todo cuesta abajo, pero en la otra dirección es cuesta arriba. Pero hay unas vistas hermosísimas desde lo alto de la sierra.

—Apuesto a que sí —dijo Albe dedicándome una sonrisa burlona.

Dejé que Cateyrin y Meth fueran un poco por delante de nosotras.

—No creo que lo suyo sea importante para ella —susurré al oído de Albe.

—No, no, ella es una chiquilla y él no es mucho mejor. Se ha creído todo lo que los Fursa le han contado desde que era niño, incluso ese cabeza hueca de Amrun.

—La cabeza de Amrun no merecía la pena y tampoco las otras dos.

—¿Qué debería haber hecho, mi señora? ¿Marcar mi cara de nuevo? ¿Reunir sus huesos y quemarlos? —preguntó Albe.

—Nunca te pediría eso.

—Te amenazaron, mi señora.

—Sí, y han pagado su ofensa. ¿Encontraste algo de valor al quitarles la ropa?

—Lo suficiente para recompensar el trabajo que me dieron, que no fue mucho. A este ritmo llegaré a ser una mujer rica, ¿quieres una parte?

—No, ya tengo suficiente. Tú te lo has ganado. Ten cuidado cuando lleguemos a la ciudad, parece que esa gente no se lo piensa dos veces antes de desenvainar la espada.

—Bueno, simplemente tenemos que ser mejores que ellos llegado ese momento. Hasta ahora... —Albe cruzó los dedos— lo somos.

Dejamos de hablar porque la subida se había vuelto penosa y requería gran esfuerzo alcanzar la cumbre. Cuando llegamos, paramos a respirar un poco de aire puro. Me olvidé de mis músculos doloridos y de los calambres de mis piernas porque vimos la ciudad en todo su esplendor, iluminada por los sesgados rayos de sol. Las montañas de detrás de la ciudad eran incluso más altas que las que nos llevaban hasta ella. Incluso había nieve en las cimas más cercanas a la costa. Un canal de agua corría bajo ese último capitel de roca. Probablemente, pensé, alimentado por la nieve

derretida de la cumbre.

La ciudad estaba construida a lo largo del río, tanto para contenerlo como para protegerlo. Los edificios seguían la grieta creada por el cauce y se extendían a ambos lados de éste.

—Vosotros no construisteis todo eso —dije a Cateyrin con tono acusador señalando la ciudad.

—No, no. Lo encontramos aquí cuando llegamos.

El río se desplomaba desde las alturas a través de sucesivas cataratas, cada una de ellas ubicada en un prado verde de montaña, con tupidos árboles y hierba. Las torres de la ciudad estaban asentadas tras las verdes praderas creadas por las caídas de agua, y las torres de la ciudad parecían haber crecido a partir de la roca misma. En su parte más baja eran casi negras, como salidas de la antigua roca oscura.

La roca oscura se tomaba entonces de un luminoso rojo hierro. Las torres, como conjuradas por la piedra, eran color escarlata. Pero había también negro por aquí y allá, como si el mineral de la roca roja se congelara en las manos de los constructores y se esparciera como los oxidados montones de las secretas existencias de hierro de un herrero. De niña había visto esas existencias de mi amigo Gray, y contemplar las elevaciones metálicas que se doblaban y retorcían me recordaba el metal entrelazado de una espada lista para ser fraguada.

Sobre las torres había un panal de piedra arenisca con incrustaciones de cuarzo, apuntaladas con geodas que reflejaban el fuego de su contenido multicolor con manchas escarlatas, violetas, azules, moradas y cuarzos veteados. Sobre el estrato de piedra caliza, la montaña estaba formada por granito, de un gris opaco, y entonces se fracturaba en un mármol sin vetas, más luminoso.

El río discurría a través de la montaña, aunque, en mi opinión, a tanta altura la hierba debía ser escasa, corta y cubierta por la escarcha en el frío de la noche. Pero las praderas eran verdes y brillaban con un tono verde casi dorado con la oblicua luz del sol.

Las torres allí, hechas del mármol blanco y sin vetas, resplandecían bajo el sol como si estuvieran revestidas de pequeños y pulidos cristales, y tal vez era cierto. La blancura, tanto de la piedra como de la escarcha, arrojaba una luz tan brillante hacia mis ojos que al principio no me percaté de que alguien, una pequeña figura, se afanaba moviéndose de un lado para otro en una plataforma en la parte más elevada, que sobresalía sobre el valle y la ciudad.

Desde donde nos encontrábamos, la plataforma parecía pequeña, pero pensé que debía de ser muy grande, pues eclipsaba la cumbre de la montaña, y el hombre que estaba en ella se veía diminuto. La figura humana dejó de moverse y algo brilló en su espalda.

Una vez, cuando yo no tenía más de ocho o nueve años, Maeniel, Madre, Zarpa Negra y yo fuimos a pescar por la noche. Era primavera, al amanecer, y yo estaba tumbada, abrigada por mis compañeros lobos. Abrí los ojos con las primeras luces y

vi una mariposa crisálida en una ramita cercana, y entonces el triste insecto de alas plegadas echó a volar. Yo seguí tumbada, demasiado a gusto para moverme, y lo vi subir a la parte superior de la rama y, entre las perlas de rocío, vi las alas agitarse, las rígidas vetas endurecerse mientras se convertía en un ser esplendoroso, vestido de marrones, violetas, morados y, por último, del color del oro. Luego, abriendo y cerrando sus alas al nuevo sol, desenrolló la gran probóscide, bebió de una pimpinela y salió volando hacia la salida del sol.

Eso es lo más parecido a lo que vi en aquella plataforma en lo alto de la montaña. Aquellas alas eran de oro y se extendían a ambos lados de la figura humana. Poco a poco, sección a sección, se iban desplegando a ambos lados de la figura que se encontraba sola en la plataforma de la montaña. El reflejo del sol en aquellas alas era tan brillante que casi me cegaba. Tenían el color del oro fundido y, antes de que estuvieran totalmente desplegadas, eran más largas en proporción las alas de la figura humana que las de las mariposas.

Brillaban con tal esplendor que en ocasiones parecían ensombrecer el sol, beberse la propia luz de éste. Más tarde descubrí que así lo hacían.

La figura humana corrió hacia delante y saltó hacia el espacio desde el borde de la plataforma. Mi corazón latía con fuerza por el temor de que la criatura alada sufriera un trágico final en los desiertos del fondo del mar. Pero, como un halcón cuando abandona su nido, las corrientes de aire caliente elevaron las anchas alas más y más alto, hasta que rodeó la ciudad que aparecía bajo él y entonces se alejó hacia el sureste sobre el perdido, abandonado y vacío océano.

Apreté la mano contra mi corazón, que estaba latiendo tan fuerte bajo mis costillas que el palpito era casi doloroso, y pregunté:

—Meth, ¿era eso un humano con alas? ¿Un hombre o una mujer? ¿Y qué magia se puede utilizar para desarrollar tales apéndices?

Se rió de mí.

—No es magia, sino una capa solar. Ya no quedan muchos de esos instrumentos malvados. Pero sólo con las capas solares podemos llegar a las otras ciudades. Ése debe de ser un enviado del clan de los Fursa para ir a Fallas a llevar los frutos preciosos y recibir a cambio las piedras de fuego. Vamos a necesitarlas este invierno.

—Dios mío, ojalá yo pudiera volar algún día con uno de esos instrumentos —suspiré. «Dios mío», rogué, «permíteme algún día volar con uno de esos instrumentos». Fue una oración silenciosa, para mí misma. «Volaré con uno de esos instrumentos, porque la necesidad de desplegar aquellas alas a cada lado y volar es mayor que el deseo que siento por mi rey, por el poder o incluso por la propia vida. Y un día yo tendré esas alas o moriré en el intento de conseguirlas y utilizarlas.

»Caminaré tenaz hacia sea cual sea el oscuro final que me depare el destino pero..., Dios mío, permíteme volar».



CAPÍTULO 4

Los silenciosos mercenarios sajones condujeron a Uther a una celda en algún lugar profundo de los confines de la villa. La villa era un lugar enorme, mucho más grande de lo que el rey había imaginado mirándola desde el camino. Perdió completamente la pista de dónde estaba mientras pasaban de un patio a otro. Atravesaron una impresionante columnata, de ahí pasaron a un gigantesco patio de cocina y por delante de una hilera de establos. Finalmente llegaron a lo que parecía que había sido un almacén de legumbres y cereales ahora convertido en horrible prisión.

Por el vasto corredor que discurría por el centro de la villa se distribuían las puertas que conducían a las celdas. La celda a la que él fue acompañado (los mercenarios eran silenciosos pero extremadamente corteses) era una simple habitación de piedra, obviamente diseñada para proteger sacas de maíz o habas secas del húmedo moho o de la voracidad de los roedores. El único aire y luz que entraba en la habitación lo hacía a través de una estrecha ventana, muy alta en la pared, cerrada con barrotes y malla de alambre. La puerta era de sólido roble, las tablas estaban bien ensambladas. Una barra de hierro la cerraba por la parte exterior.

Lo dejaron allí. La puerta se cerró de golpe y oyó el sonido seco del hierro introduciéndose en un agujero de la pared. Los barrotes y el alambre de la ventana no impedían la entrada del viento del norte y el rey se alegró de llevar consigo su pesada capa de lana. Se preguntó si aquel abrigo sería suficiente al caer la noche. Se preguntó también si acaso tendría que haber sido más servil al tratar con el noble. Entonces emitió un suave bufido de mofa al pensar en el ambicioso y probablemente sádico joven. Aquel lamentable pavo real se merecía eso y mucho más. La lástima era que él no sería el encargado de someter al «conde» al castigo que debería haber recibido hacía mucho tiempo.

Una vez había tenido que tratar con un pequeño grupo de desertores de uno de sus propios ejércitos. No eran sólo desertores, sino también ladrones, asesinos y violadores que a su paso dejaban tras ellos diez kilómetros de dolor y destrucción. La sacerdotisa de la Sociedad de la Víbora había elegido el castigo. Los jóvenes borrachos fueron atados a altas estacas y arrojados al fuego de sus víctimas, uno a uno.

—Satisface a la muerte —le había dicho Morgana—. Se les proporciona venganza.

Es extraño pero, una vez atrapados, atados y sentenciados, los culpables murieron como hombres. Hubo pocos gritos desde la pira y, de haberlos, sólo en el último momento. Ese «conde» de Dung gritaría como un marrano en el momento del sacrificio.

Un hombre debe soportar sus castigos, merecidos o no. En aquella ocasión, su orgullo le había traído éste. ¡Tenía que soportarlo!

El rey caminó describiendo círculos por la habitación. Muros regios, obras de piedra de los romanos. No cabía ni un dedo entre piedra y piedra. La ventana estaba demasiado alta para que un hombre de su edad pudiera alcanzarla de un salto. Eso era lo que menos necesitaba ahora, torcerse o fracturarse un tobillo.

Algunas cosas son sencillas. La tumba lo era. Alguna jarra de vino, una bandeja con pan para el viaje al siguiente mundo, una vela que quedara encendida para calentar el espíritu del hombre muerto durante la última noche, el silencio y la oscuridad eterna. Pero, claro, el arpa estaba apoyada contra la pared en la última chispa de luz de la última vela que él vería.

El rey estaba muy fatigado. No había dormido bien entre los esfuerzos con el arpa y los encuentros con Merlín. Estaba exhausto. Se tumbó en el duro suelo, en la esquina de la habitación que creía menos fría. Acomodó su cabeza sobre el estuche del arpa. Era de piel curtida y labrada reforzada con madera, así que el peso de su cabeza no dañaba el instrumento que había dentro.

Durante mucho rato durmió sin soñar; pero, cuando se despertó, durante un momento la celda le recordó mucho la tumba; entonces tocó con sus manos el estuche del arpa que descansaba bajo su cabeza.

Era música. Retumbaba contra la oscuridad de la noche de la misma manera que una flor florece contra un telón negro o contra la neblina verdosa de una ciudad. Estallaba y atrapaba la luz en su forma y figura, brillaba y aportaba un significado a la oscuridad. Formas en el vacío, luz y color en la oscuridad. Belleza brillando contra la lúgubre oscuridad verdosa de un perfil urbano barrido por la lluvia. Sonidos en el silencio.

Cuando volvió a despertar, supo que debía de ser de día. Había más luz en la habitación. Movié los pies para ahuyentar el frío de los dedos. Las paredes, el suelo y el trozo de cielo que podía ver a través de la ventana eran grises. Tan grises como su mente, su pelo e, incluso, su alma.

«Soy viejo —pensó—, soy viejo».

Lo supo con una certeza que nunca antes había sentido.

Sus ojos se cerraron. «No me dolerá dormir un poco ahora, antes de que duerma eternamente», pensó mientras caía rendido de nuevo.

Otra vez estaba todo en sombras. Pero esta vez el cielo estaba claro, las estrellas llenaban la ventana de extremo a extremo y él disfrutaba con ellas pues nunca se había dado cuenta de lo hermosas y numerosas que eran.

Cuando se durmió otra vez soñó con su hijo, el Rey del Reino de Verano. Al

mirar al joven de pie a su lado, se vio una vez más invadido por la alegría y sintió que las lágrimas le descendían por las mejillas.

El muchacho parecía estar preocupado por él y se agachó.

—Padre, estás frío en este lugar y también debes tener hambre y sed.

El rey sonrió y se levantó apoyándose sobre un codo y el joven Arturo, que parecía caminar por su propia luz, le puso una copa en su mano. Uther bebió agradecido durante lo que pareció mucho rato, hasta que su sed fue saciada, pero aun así no podía terminar el contenido de la copa. Cuando levantó la vista para devolver la copa, el muchacho había desaparecido. En el suelo había un plato con pan, manteca y tocino, caliente, como recién salido del fuego.

Comió agradecido, luego durmió de nuevo, reconfortado por el agua, la leche, el hidromiel y el vino porque la copa parecía contenerlo todo. Y su estómago lleno con pan, manteca y tocino, que era lo que normalmente desayunaba por las mañanas. Eso es lo que le indicó que debía tratarse de un sueño. ¿Quién supo alguna vez de algo así?

Cuando volvió a despertar, la celda estaba invadida por la pálida luz de la mañana y alguien arrastraba el cerrojo de la puerta. El conde Severius entró en la celda, acompañado por el joven que había capitaneado el grupo de mercenarios que lo encerraron. El plato y la copa estaban junto al codo de Uther.

Se sentó, apoyó la espalda contra el muro y habló de forma educada al conde.

—Mis disculpas, mi señor. Como ves, estoy tratando de levantarme para darte la bienvenida, pero debes concederme un instante pues soy viejo y mis piernas están oxidadas.

El conde descubrió el plato y la copa. Sus ojos se encendieron a causa de la ira.

—¿Quién ha osado...? ¿Quién ha osado darle bebida y comida? ¿Cuándo?

Uther se puso de pie. El acompañante del conde se volvió y salió de la habitación. En un instante, la habitación estaba llena de soldados.

—Di órdenes estrictas de encerrarlo y dejarlo solo hasta que diera orden de lo contrario. —La furia en el rostro y la voz del noble se extendía como el sonido de un látigo sobre sus hombros y, de hecho, ya estaban arrodillados, pidiendo clemencia.

El joven oficial se alejó de su señor y de los otros mercenarios. Miró hacia el estuche del arpa.

—¡Mi señor! —dijo secamente—. No puedo creer que hayas sido desobedecido. Nadie cometería la temeridad de incumplir tus órdenes. Él desayunó en la posada y no hay duda de que tenía comida con él cuando fue encerrado.

—¿Eso piensas, Aife? —preguntó el conde.

Uther sintió las idas y venidas de la vida. El apuesto muchacho sajón era en realidad una mujer y una mujer era el capitán de su guardia. Sus hermosos ojos azules se cruzaron con los del rey. Brillaba un frío desprecio en su interior.

—Los de su clase saben tanto de misterios como de música.

—¿Y qué más sabes de los de mi clase? —dijo Uther en un susurro.

Algo se estremeció entre ellos durante un segundo, frágil como una telaraña entre los dos árboles que la sujetan, pero algo que Uther no había sentido en años, algo que sólo puede existir entre un hombre y una mujer. Luego desapareció, invisible pero presente, como una telaraña al secarse el rocío.

Ella se volvió, sus ojos en los serviles hombres de armas.

—¡Fuera! ¡Todos fuera! —gritó el conde.

Parecían estar contentos de poder marcharse.

—¿No lo habías registrado, mi prefecto?

—No, mi señor —contestó ella—. No lo habías ordenado. Y al igual que nunca hago menos de lo que me pedís, tampoco hago más.

Severius se volvió hacia Uther.

—Desnúdate.

Uther se quitó su ropa, prenda a prenda, pensando, como en realidad ocurría, que debía de resultar ridículo. En realidad no estaba nada mal. Era un hombre con mucho vello, vello en el pecho, brazos, estómago e incluso en la espalda. Siempre había estado algo rechoncho. Ahora tenía un poco de barriga, pero no era muy prominente y, como el resto de su cuerpo, estaba dura como una piedra.

—¡Cielo santo! —exclamó Severius—. Mira qué cicatrices.

Claro, las cicatrices. Tenía muchas, cada una de ellas con una historia propia. Pero es que se había pasado la mayor parte de su vida luchando.

Cuando llegó a los calzones de lino, se detuvo. Confiaba en no tener que quitárselos también.

Severius dio una patada al plato y a la copa. Nadie se dio cuenta de que, a pesar del duro impacto de éstos con la pared, ninguna de las dos cosas se rompió, ni siquiera un pequeño desconchón.

El conde se agachó para coger el estuche del arpa.

—Yo no haría eso, hermano mío —le aconsejó Aife.

—¿Y por qué no? —contestó él con cierto tono de mofa, y entonces, caminando hacia Uther, preguntó—: ¿Qué podría hacerme?

—Tienes razón —dijo Uther—. Yo soy sólo un viejo y, en estos momentos, muy ligeramente vestido. Pero hay objetos, como esa arpa, que se defienden por sí solos.

La muchacha cogió su cuchillo y levantó con cuidado la tapa de la caja del arpa. Una serpiente sacó la cabeza de entre las cuerdas. Llevó la mano a la espada y dejó caer la tapa.

—¡Por todos los santos! —exclamó Severius.

—¡Saca esa cosa de ahí! —Desenfundó la espada y la dirigió hacia el cuello de Uther.

Uther apartó la punta de la espada con mucho cuidado con un solo dedo. Luego se arrodilló junto a la caja y levantó la tapa.

El arpa estaba protegida por un envoltorio de brocado. Lo cogió y lo levantó con cuidado, poniéndolo con delicadeza en el suelo. No había nada ahí que pudiera

esconder una serpiente. No tenía caja de resonancia, sino que estaba hecha de una sola pieza de roble. Contenía un paquete de cuerdas doble.

Entonces sacó lentamente el brocado escarlata. Lo desdobló y lo sacudió. ¡Nada! Le dio la vuelta a la caja. La sacudió.

Severius y Aife examinaron la caja y la tela. Ella aún sujetaba la espada.

—Dejadlo ir —le dijo al conde—, que prosiga su camino.

—¡No, por todos los santos, no! —gritó el conde—. Esas historias que la gente cuenta sobre él, esos que lo oyeron tocar en la posada, son sencillamente asombrosas. Yo no las creía, pero debe de haber algo de verdad en ellas. Piénsalo, Aife, piensa en lo que podría hacer por nosotros.

—¿Hacer por nosotros? ¡Hacemos a nosotros, querrás decir!

—Tú, viejo, ¿eres sobornable? No te puede gustar llevar harapos y recorrer a pie los caminos.

—¿Harapos? —Uther miró el montón de ropa en el suelo.

—Sí. Alguno de tus señores es obvio que te trató bien algún día... —El conde dio una patada al acogedor pero ya raído manto y a la túnica y pantalones ya muy usados—. Estas ropas ya han hecho su servicio.

—Sí —admitió Uther—. Eso es verdad.

—Al igual que tú. ¡Por Dios y todos los santos, mira tus cicatrices!

—Eso también es verdad —admitió Uther de nuevo—. Mi vida no ha sido nada fácil.

—Bien, con que sólo sea cierta una parte de lo que las gentes de este pueblo creen sobre ti, te espera una vida cómoda aquí durante... —el conde dudó por un momento y luego sonrió—, durante el resto de tu vida.

Uther devolvió la sonrisa con otra irónica.

—Que será exactamente por tanto tiempo como te complazca que cumpla tus deseos tal como se haría a un dios.

La sonrisa se esfumó de la cara del conde, siendo reemplazada por una mirada fría, desagradable, terminante. Y Uther supo, al igual que durante su primer encuentro en el camino, que el conde reservaba para él el lado oscuro de su alma.

Pero en ese momento, para asombro del rey, Alex y Alexia aparecieron en la puerta de la celda. Alexia llevaba un vestido rojo brillante de un material tan suave que, cuando se movía, era como si estuviera desnuda, tan fina y ceñida era la tela. Alex vestía piel, ligeramente oscurecida y muy pegada al cuerpo. A la luz del día, Uther se dio cuenta de lo pequeños y frágiles que eran sus compañeros. En comparación con los pesados mercenarios que los acompañaban, ellos parecían unos chiquillos.

El conde rodeó y estudió a la pareja.

—Vinieron preguntando por él. Se llama Simón el bardo —explicó un mercenario.

El conde rió.

—Qué divertido. Malabaristas, a no ser que me equivoque.

—Eso es —dijo Alexia—. Y muy buenos.

Alex dio un paso atrás para colocarse en la posición correcta y Alexia, con una voltereta, se subió sobre sus hombros. Se puso de pie sobre él con los dedos casi tocando el techo.

El conde rió y dio palmas.

—¡Qué divertido! ¿Podríaís hacerlo desnudos? —preguntó casi inocentemente.

Uther sintió un súbito sofoco en el rostro.

El conde dio con el codo a Aife y soltó una gran risotada.

—Báñalos, dales ropa limpia y prepáralos a ellos y a ti misma para la fiesta de esta noche.

Alex colocó las manos como si fueran una copa. Alexia bajó usándolas como escalón. Severius se marchó pavoneándose, orgulloso, aún riendo divertido, pero Aife estudió a Uther durante un segundo.

—Debería escuchar —dijo ella.

—Sí —contestó Uther—. Debería.

Alex y Alexia cogieron el plato y la copa que aún estaban en una de las esquinas de la habitación. Aife observó al rey mientras se volvía a poner sus ropas. Entonces condujo a los tres al exterior, al claro día azul para ir a los baños. La muchacha no volvió a hablarle, en el rostro tenía congelada una mueca de desaprobación.

Alex y Alexia fueron a algún otro lugar. Uther evitó la inmersión en los baños fríos y se dirigió directamente al *tepidarium*. Había asistentes, pero los despidió y se bañó solo. De pie sobre el sumidero del suelo se restregó a fondo con el jabón relleno de piedra pómez y sacó el agua para enjuagarse en la piscina central.

Una de las características del *tepidarium* eran tres claras ventanas de cristal que daban hacia fuera, hacia más allá de las tierras de arado y los pastos, hacia los tranquilos bosques de las colinas. La habitación era muy luminosa, con ventanas de triforio en lo alto, en el techo abovedado. Cuando terminó de lavarse, se ajustó una toalla de lino alrededor de la cintura y volvió hacia la puerta, confiando en la presencia de un sirviente con ropa limpia.

Ella, Aife, estaba allí con un bulto entre las manos. El rey se sorprendió, preguntándose cuánto tiempo llevaría allí. Colocó el bulto en un taburete cercano a la puerta. Pudo ver, incluso desde donde se encontraba, que el manto, la túnica y los pantalones eran de buena calidad, caros.

—¿Por qué haces eso? —preguntó ella.

—¿El qué? —inquirió él, sabiendo muy bien a qué se refería.

—Ruborizarte.

—Me estaba preguntando cuánto tiempo llevarías aquí. No estoy acostumbrado a que me mire ninguna mujer cuando estoy desnudo. Y el hecho de que seas una mujer joven y hermosa lo hace aún más embarazoso.

—No soy una mujer.

—¿Ah, no?

—¡No! Tengo curiosidad... No hay ningún lugar en tu cuerpo en el que no tengas una cicatriz.

Uther sonrió irónicamente.

—Bueno, uno.

—¡No!

Y él se dio cuenta de que no tenía sentido de la ironía ni del pudor, pues dijo:

—También ese lugar está marcado.

Y él recordó que ella estaba en lo cierto. Una vez casi habían partido en dos su testículo izquierdo. Había sido un asesino que atacó su ingle con un cuchillo de doble filo, pero falló.

—¿Cuál es la peor herida que has sufrido? ¿Ésa? —preguntó señalando una cicatriz en forma de zigzag que le cruzaba el abdomen, le subía por las costillas y terminaba en la clavícula.

—No, aunque fue muy problemática. Ésta fue la peor —señaló una cicatriz pequeña pero fea y arrugada en su brazo izquierdo—. La herida era mortal, el brazo se me hinchó. Yo me encontraba entre mis hombres y no había ninguna mujer entre nosotros.

—Las mujeres son mejores manejando las sanguijuelas —comentó ella.

—Tenía mucha fiebre y no podía retener nada en el estómago. La quinta noche, me estaba casi muriendo cuando...

—¿Cinco noches? ¿Tanto tiempo?

—Soy un hombre fuerte. Te hace la vida más fácil, pero la muerte más dura. —Sonrió burlonamente—. La quinta noche, las mujeres con máscara de ave vinieron con su líder del ojo brillante. Me desperté de una pesadilla causada por la fiebre y las vi, de pie, seis a cada lado de mi cama. La de los ojos brillantes estaba a los pies.

—Lo sé, las he visto. La del ojo brillante una vez me dijo que... yo no podía ser una mujer.

—Mis hombres me lloraban como muerto. Pero ella dijo a las mujeres con máscara de ave que aún no prepararan los rituales funerarios para mí. No puedes imaginar el dolor y el fuego que me consumían. Quería que acabaran ya con todo. Pero sin su permiso no lo harían. Así que acepté el sufrimiento, sabiendo que, de un modo u otro, terminaría.

—¿Ella es un sueño o es real? —preguntó Aife.

—No lo sé. Mis hombres no la vieron, pero la sacerdotisa con máscara de ave dijo que no importaba cuántas veces usaran las varitas adivinatorias, nunca contestaba que sí. Entonces ella, la del ojo brillante, provocó un fuego y comenzó a cubrir mi brazo hinchado con ropas calientes. ¿O fue mi hermana la que vino e hizo eso? Nunca lo supe, nunca lo sabré. A veces, cuando miro a la cara de mi hermana, veo esos ojos brillantes.

»Grité a causa del dolor, pero no cesaba, y al anochecer las telas calientes habían

absorbido el veneno de mi brazo —siguió contando Uther—. La fiebre bajó y pude dormir. Me llevó algún tiempo recuperarme, pero lo logré.

—Es muy malvada —dijo Aife—. Ella me castigó por no querer ser mujer. Mi padre no tenía mujer, sólo concubinas, así que a mi hermano y a mí nos crió como muchachos. Montamos y cazamos con él, pero ya sabes, una muchacha no puede jugar a ser hombre para siempre. Cuando cumplí los catorce me envió a casa con mi madre. Ella no estaba muy contenta.

A Uther no le costaba trabajo imaginárselo. Podía ver a la mujer enfrentándose a un pequeño marimacho a quien debía domar y convertir en una propiedad casadera.

—El precio de mi retorno fue que el conde debía volver y honrar la cama de ella.

—Y ella concibió —dijo Uther.

—Sí.

Uther vio cómo había sido el juego. El deseo era simplemente otra ficha en el tablero. La mujer estaba enfurecida por haber sido rechazada, probablemente furiosa con su marido. Ya que no podía descargar su ira en él, lo hacía en su hija.

—Empecé a sangrar el día que llegué. Y me envió a una cabaña cerca del bosque, donde estaban las cosas sucias.

Uther lo sabía. Su pueblo también era dado a tales prácticas. El primer paso de una muchacha hacia la madurez era tratado como una situación de tensión y peligro, tanto para ella como para los que estuvieran en contacto con ella. Tampoco era fácil para los muchachos. Él recordaba con precisión la afligida mirada de su hijo el día que le dijo que se había ido a dormir como niño y había despertado como hombre.

Él y Morgana lo habían hecho lo mejor posible, pero aun así debía retirarse a una estancia de piedra en las montañas y, aunque el muchacho nunca habló de eso, el rey sabía que algo horrible había sucedido allí. Dea Arto lo había reclamado y su hijo volvió para unirse a la más fiera, cruel y primitiva sociedad guerrera de todas las existentes. Se convirtió en oso. En toda su vida, Uther no podía recordar a un oso muriendo en su lecho, y sabía que Arturo tampoco entregaría su vida en un lugar tan confortable. Uther apoyó la mano en el cuello de ella. Había lágrimas en sus ojos.

—No te preocupes por eso —le dijo con delicadeza—. El poder de dar vida tiene un caro coste. Los poderes del cielo no bendicen las horas cuando descubrimos que hemos dejado atrás la paz de la infancia.

Ella se mordió el labio, lo suficientemente fuerte para hacerlo sangrar. Un fino hilo rojo le bajó hasta la barbilla.

—La sangre. La cabaña y yo apestábamos a sangre. Era sólo un chamizo, pero había una pequeña casa en las cercanías donde se suponía que residían mujeres que darían la voz de alarma si la muchacha del chamizo tuviera problemas. Ellas..., las damas del bosquecillo..., hacían sacrificios para espantar a las sombras demoníacas que reptaban por la salvaje oscuridad para herir a las muchachas en su primer paso a la madurez.

—Sí —asintió Uther.

—Cuando yo fui, no parecía tan malo. Las damas fueron amables y me dieron una bebida para calmar los dolores. En la cabaña había una cama caliente y seca. Fui a dormir. Cuando desperté, había oscuridad y silencio. La lluvia repicaba en el techo de la cabaña. No había luz en el lugar donde la sacerdotisa del bosquecillo dormía.

»Me levanté. Tenía dolores —siguió contando—. Me dolía la espalda. Ya sabes, las mujeres dicen que a veces esos dolores son tan intensos como los del parto. Ésos lo eran. Pero logré ponerme de pie e ir a la usa donde residían las mujeres. Confiaba en que pudieran darme otro de esos brebajes.

»Pero se habían ido —prosiguió—. La casa estaba vacía y el fuego del hogar no era más que cenizas. Así que sabía que ya se habían ido hacía tiempo. Lo sabía. Sabía que mi madre quería acabar conmigo. Circulaban historias acerca de cómo había acabado con otras muchachas de las que sentía celos. En ocasiones les marcaba la cara, otras veces las golpeaba hasta dejarlas lisiadas. Pero conmigo eso no importaría. Yo era la hija de mi padre y los hombres se casarían conmigo, lisiada o no. Ella trataba de conseguir mi honor. Y yo sentía tal dolor que la idea de un hombre con su miembro erguido me parecía... lo más horrible que pudiera imaginar. Me agaché junto al hogar. Las piedras estaban todavía calientes por el fuego. Vi un bastón, un bastón de endrino, en el suelo. Cogí el palo, metí uno de sus extremos en un espacio entre las piedras del suelo y me apoyé sobre él. La madera era tan dura que no se me había ocurrido que con mi poco peso se rompería. Pero la verdad fue que se curvó y después se rompió por el ángulo adecuado, dejándome con una porra y una lanza. Mi padre me había enseñado a hacer eso. “Rompe un palo por un ángulo cuando necesites una lanza con urgencia”. Me dirigí a la puerta. Iba a esconderme en el bosque entre los profundos matorrales.

»Pero fui demasiado lenta —continuó Aife—. Vi al primer hombre. Estaba en la entrada, entre donde yo me encontraba y la puerta, perfilado frente a las nubes de tormenta del exterior. Me cogió la mano izquierda mientras hablaba con alguien. “Aquí está Vamos. Debemos damos prisa. Hacerlo antes de que salga el sol. ¿Tú primero o yo?”. La lanza estaba en mi mano derecha. La dirigí hacia su cuerpo. Me soltó la mano y retrocedió un paso, luego otro. Creo que no sabía muy bien lo que había pasado. Estaba todo muy oscuro. No podía ver que estaba gravemente herido. Su amigo habló entonces: “¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Por qué has dejado...?”. Pero entonces el primer hombre cayó sobre él obligándolo a caer de rodillas. Gritó: “¿Qué sucede? ¡Se está escapando!”.

»Yo tenía en la mano derecha la porra que había hecho con el bastón. —Aife no dejaba de hablar—. No recuerdo cómo llegó hasta allí, pero la tenía. Lo golpeé con la porra en la cabeza y seguí golpeándolo hasta que cesó de moverse. Entonces hice lo mismo con el otro, porque cuando el primero estaba calmado, él no dejaba de revolverse, tratando de arrancarse la lanza. Yo sabía que no podía permitirselo. La lluvia había cesado y soplaba el viento. Caminé hacia el bosquecillo. Pero, una vez hube pasado los árboles del principio, vi que el bosquecillo había desaparecido, los

grandes árboles habían caído y parecía como si la tierra hubiese sido pavimentada con los últimos palos podridos. Y entre los palos habían crecido nuevos arbolitos, pero no estaban sanos. Cada uno de ellos estaba perforado por musgo de liquen y cubierto de muérdago. El bosquecillo estaba destruido y no habría más bellotas para los cerdos ese invierno. Aquel lugar no estaba bendecido, estaba maldito.

»La conocí allí. Sujetaba una copa con una mano y estaba acompañada por una cierva lisiada con un solo ojo. Caí de rodillas. Sus ojos estaban, como tú dices, llenos de luz. Brillaban como si encerrasen en ellos la luna del frío invierno. El ciervo no era ciervo tal, sino el Astado, un hombre soportando la cornamenta del macho en celo. Me acercó la copa. Bebí y el dolor desapareció. No sentí nada, ni siquiera cuando él me abrazó y me tiró al suelo.

—¿Qué le ocurrió a tu madre? —preguntó Uther.

Aife tembló; entonces caminó hacia una de las ventanas de los baños.

—Se puso de parto. Un niño malogrado. Entonces, casi al anochecer, mi madre murió. La pérdida de sangre, supongo.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Uther.

—Porque lo sabes. Tú la has visto. Los demás no me creen. No de verdad. Ni siquiera mi hermano. Te he traído ropa buena. Dime, ¿no tenías nada de comida escondida en esa caja, verdad?

—No —contestó el rey.

—Lo sabía.

Le estaba dando la espalda. Miraba hacia el bosque a través de la ventana. Él se quitó la toalla de lino y comenzó a vestirse apresuradamente.

—Si yo no hubiese encontrado un motivo para explicar que la copa y el plato estuvieran ahí, él habría torturado a los vigilantes. Y seguramente a ti también.

—¿Actualmente es el conde de la costa sajona? ¿Cobra dinero de los piratas? —preguntó Uther.

Ella asintió dándole la espalda.

—Parece que tiene aspiraciones más elevadas —dijo Uther.

—Quiere ser emperador y está reuniendo a las personas que cree que pueden ayudarlo. Tú eres uno de ellos. Igual que yo.

Uther empezó a atar cabos acerca de la situación política en el continente. Los francos tenían serios problemas para dominar. Luchaban entre ellos constantemente. La península Itálica y lo que quedaba de Germania estaban gobernadas y protegidas, una vez más con problemas, por autoridades bárbaras que, en teoría, debían lealtad al emperador, que ya no residiría en Roma, sino en Rávena.

A Uther se le heló la sangre. Era posible que si se daban las circunstancias de una batalla librada con éxito, la traición y el asesinato pudieron vencer. Pero, por lo que el rey sabía, nada de lo que los pretendientes a emperador ganaban duraba mucho tiempo.

A decir verdad, todo lo que sobrevivía al caos del decadente Imperio disponía de

escasa estructura fiscal, la cual consistía en asegurar tierra para los ricos e imponer tasas a los pobres. Las estructuras completamente efímeras de los diferentes reinos bárbaros duraron sólo el tiempo necesario para reclutar ejércitos a fin de proteger sus dominios fiscales. Cuando aquellos grandes terratenientes que daban de comer a mercenarios políglotas eran vencidos por otras fuerzas o arruinados por la lucha interminable, los reinos de los visigodos, los lombardos o los hunos desaparecían como castillos de arena borrados por el mar.

Con la cantidad suficiente de ferocidad, crueldad y buena suerte, Severius podría algún día vestir la púrpura y, mientras tanto, acabaría con la poca estabilidad y seguridad que quedaban en el sur de Inglaterra y, por los impuestos, empobrecería a un pueblo campesino que vivía en la mísera mendicidad.

—¡No! —susurró Uther—. ¡No!

—Sí. —Aife se dio la vuelta.

Uther ya se había vestido y lo cierto era que la ropa que ella le había proporcionado era lujosa. Un manto de lana por fuera y forrado de seda escarlata. Camisa y pantalones de buen lino, polainas de piel, botas y camisa de lino con bordados que se complementaban con los encajes de la túnica de manga corta.

Alex y Alexia entraron y, sin más, Aife los condujo hacia una fabulosa basílica situada en el centro de la villa. Uther sabía que en Londres había habido un foro, pero aquella villa y sus alrededores debían de haber sido en su día el corazón del Imperio romano en Bretaña. Los jardines eran grandes y, en esa época del año, estériles. Pero aún permanecían las agujas de los altos cipreses mediterráneos y también los álamos lombardos, que marcaban los caminos y los lechos de flores. Éstos y la fachada de la basílica podían engañar a un observador y hacerle creer que estaba frente a un impresionante vestigio de los tiempos de los romanos.

Uther, Alex y Alexia siguieron a Aife en silencio a lo largo de la avenida marcada por altos álamos italianos. Uther trataba de simular respeto y temor. No le estaba costando demasiado esfuerzo. El escenario lo impresionaba a pesar de todo.

Llegaron a un grupo de anchos escalones que conducían a una puerta doble de bronce. Aife empujó una de las puertas y entraron.

El salón estaba preparado para la cena, con una mesa dispuesta en un estrado al final de la habitación y otras mesas a cada lado que llegaban hasta la puerta. Una vez debió de ser el centro administrativo de la provincia y estaba techado. Seguía teniendo techo, pero no el que los romanos habían puesto. En algún momento u otro de los últimos cien años, la basílica debió de incendiarse y los techos desprenderse. Habían puesto uno nuevo con vigas de madera y piezas de plomo, de acuerdo con la costumbre de esas gentes, pero los símbolos no se parecían a ninguno que hubiera visto hasta entonces.

Dragones, gatos, toros y verracos estaban presentes, así como serpientes. Sí, por todos los santos, estaban por todas partes, entrelazándose con los otros animales. Y había representaciones de seres humanos, todos muriendo empalados por los cuernos

de los toros, atravesados por los colmillos de los verracos, mordidos por las serpientes y luchando contra los mordiscos letales de los gatos.

Uther tembló. No había nada de la vida cotidiana en esos grabados, sólo la incansable tenacidad de la muerte y, por todas partes, mirándolo entre las feroces bestias y los atormentados seres humanos, las sonrisas rígidas de las serpientes. Le pareció que incluso podría oler el hedor del reptil y se dio cuenta de que en realidad podía.

Aife los condujo hasta una silla de campamento dorada, del tipo que solían llevar los generales romanos en las batallas. Estaba sujeta en el centro por un pivote, de manera que podía transportarse con facilidad.

—Se dice que perteneció al mismísimo César —señaló Aife indicándoles la silla.

Era de madera, pero estaba lujosamente adornada con terciopelo morado e incrustaciones de oro. La silla estaba sobre un estrado al final de la habitación, bajo los restos de la bóveda de cristal, que permitía la entrada de luz para iluminar el estrado donde la silla se encontraba y el pozo que había justo enfrente. Uther sabía ahora de dónde procedía el sonido de los reptiles.

Eran blancos, pálidos, enroscados, lentas figuras en la oscuridad del pozo.

Había una serpiente pitón.

Tenía noticias de ellas, de reyes que las tenían, pero nunca había visto una. Había un cuerpo en el pozo. Parecía un hombre, joven. La luz de la elevada bóveda iluminaba el final del pozo. Uther sólo podía ver la cara y la cabeza. Estaba sentado en la esquina, con la mejilla apoyada contra una de las paredes.

Su rostro estaba tranquilo y a simple vista habría parecido que dormía. Hasta que se observase la hinchazón de los brazos y piernas causada por los mordiscos de las serpientes venenosas. Estaba atado de pies y manos.

—Sí —dijo Aife—. Mi hermano no quiere que nadie dañe a sus mascotas.

Uther retrocedió unos pasos.

—Ah, está muerto —dijo ella estudiando el cadáver—. La pasada noche aún respiraba, así que lo dejé.

—¿Qué había hecho? —preguntó Uther.

Aife rió. Una risa seca.

—Se casó sin el permiso de mi hermano.

Sí. Uther sabía por qué lo había usado para dar ejemplo. Esos señores cobraban impuestos siempre que los trabajadores de sus tierras, esclavos en realidad, contraían matrimonio. Había visto cómo esos señores del sur, en ocasiones para aprovechar el último ápice de trabajo y esfuerzo de su gente, hacían a los hombres y mujeres contribuir trabajando sin obtener beneficio alguno durante años, por el simple hecho de casarse con quien realmente deseaban.

—El castigo parece excesivo, teniendo en cuenta el crimen —comentó Uther con cautela.

—El castigo por desobedecer a mi hermano es en todos los casos la muerte —

contestó Aife.

—Ya veo.

—¿Eso crees? Yo creo que no. Para verlo, debes vivirlo día a día durante siete años como yo lo he vivido. Hizo que la mujer del joven lo viese todo. Dicen que se volvió loca.

«Sí —pensó Uther—. Dirían eso aunque sólo fuera para proteger a la muchacha».

Aife gritó algo. Tres hombres llegaron y se unieron a ellos.

—Sacadlos. El salón debe estar listo para la cena de esta noche.

Las blancas serpientes se movían en la penumbra, con desconcertantes siseos. Los hombres parecían aterrados.

—¿No podemos dejarlo ahí? Con el tiempo vendrán los ratones y...

—¡No! Los amigos de mi señor empezarán a llegar pronto. Puede desagradarles su presencia. Especialmente a sus mujeres.

Alexia rió.

—¿Tienes una cuerda y un gancho? —Señaló hacia el hombre en el pozo—. Lleva cinturón.

«Sí», pensó Uther. El pozo era poco profundo, no más de metro y medio. Un acróbata podría hacerlo con facilidad. El aire y la piedra que los rodeaban eran fríos, las serpientes estaban aletargadas.

—¿Cómo consigue tantas serpientes blancas? —preguntó Alex.

—Ofreciendo un premio de cinco monedas de oro por cada una que le sea entregada viva e ilesa. No todas son viperinas, pero aun así ya hay más que suficientes. Hay guaridas de serpientes en las paredes. Se esconden en ellas cuando hace frío. Nadie sabe cómo se meten las ratas. Las ratas y los gusanos tienen un papel importante en la última fase. Desk parecen.

«Sí», volvió a pensar Uther. No todo lo blanco eran serpientes. También había huesos y un par de pequeños ojos brillantes que observaba desde la penumbra.

«Menudo final —pensó—. Mordido por las serpientes, roído por las ratas, comida para gusanos».

Alguien había vuelto con la cuerda y el gancho. Ya no dependían más que de la tenue luz que se colaba por las ventanas. Otro sirviente portaba una vela.

La vela fue bajada lentamente al pozo. Las ratas huyeron y las serpientes se movieron hacia los extremos.

Alexia, riendo, se apresuró hacia la puerta. Volvió corriendo, llegó al borde del pozo y con una voltereta se metió dentro, aterrizando a los pies del cadáver, frente a su cara. En un segundo ya había ajustado gancho al cinturón de piel.

Casi demasiado tarde, Uther vio la delgada serpiente blanca que había permanecido a la sombra del cadáver. Uther imaginó su veloz movimiento para clavar el dulce mordisco en el tobillo de Alexia. Alex fue más rápido que el reptil. Cayó sobre él, pisándole la caben. Juntó sus manos en forma de copa para Alexia. Ella se impulsó de las manos a los hombros de él y de ahí al exterior. Uther la sujetó por la

cintura mientras le ofrecía el otro brazo a Alex para ayudarlo a salir del pozo.

La serpiente, ilesa, retorcida, mordió entonces el aire.

Para ese momento, la sala se había llenado de curiosos, que aplaudieron a los tres protagonistas de la hazaña: Uther, Alex y Alexia.

—Veo que me he perdido algo. ¿El qué? —Era la voz de Severius.

Entró a través de una pequeña puerta situada cerca del estrado elevado. Llevaba a una mujer del brazo y al porteador de una antorcha a su lado. Pero Uther sabía que nadie lo estaba mirando o prestándole atención. Todos los ojos estaban puestos en la mujer que lo acompañaba.

Era la mujer más hermosa que habían visto. Vestía un lujoso vestido blanco de pura seda sobre una blusa también de seda. Tanto el vestido como la blusa llevaban bordados de oro. Sus joyas eran amatistas púrpuras engarzadas en una cadena de oro que llevaba al cuello. Bajo el collar, una trenza con media docena de perlas. Pulseras, brazaletes y una diadema en el pelo del color del cielo del mediodía que brillaba con graciosos tintes cremas y rosas.

La cara era la de un ángel soñador. Esa cara, sin embargo, esa cara le era muy familiar.

«¿Quién era? —pensó Uther—. ¿Quién era?». Entonces llegó la respuesta, brutal e impactante como una patada en el estómago.

¡Igrane!



Cuando salió de la tina y lo encontró, Zarpa Negra parecía estar dormido. Era, pensó ella, tan hermoso como un dios joven, tumbado entre la hierba y las flores.

Pero se alarmó cuando él no despertó. Intentó una o dos cosas que sabía que funcionarían, que funcionarían incluso con los muertos. Pero su temor creció al descubrir que nada podría penetrar los escudos que se alzaban alrededor de su mente envuelta en sueños.

Levantó la cabeza, estudió el jardín y supo que él había penetrado en el conocimiento que ella y tantos de su clase habían tratado de aprender durante años y años. Sintió una puñalada de envidia, seguida rápidamente por una ansiedad incluso mayor de la que nunca antes había sentido.

Colocó la cabeza del muchacho sobre su pecho. Él era una combinación de hombre y animal, un toque de antigua belleza en un mundo que había perdido la mayoría de ella. Y desde tiempos inmemoriales estaban alargando sus manos para tomarlo.

Aprendemos más de un camino. La flor del intelecto está sobrevalorada por la humanidad e incluso por los demonios, porque eso era ella. Pero hay otros caminos que aprender, y son misteriosos, terroríficos en ocasiones, pero quizá más, mucho más importantes de lo que hacemos con nuestro intelecto.

Él y su padre aprendieron a hacer algunas cosas rápida y espantosamente bien. Hasta ella conocía la reputación de Maeniel como guerrero ágil y hábil. Los humanos, al igual que ella, habían sacrificado la rapidez y más de una habilidad para lograr una formidable inteligencia consciente de sí misma. Pero la casualidad y quizá la intervención divina lo había combinado todo en él. Y las primeras civilizaciones de la tierra, ya perdidas, habían requerido esa capacidad del poder de la mente. En él, las instrucciones que formaban el jardín de su mundo perdido habían encontrado su oración. Y ella supuso que, incluso ahora, él estaba leyendo su libro, una introducción al conocimiento tan grandioso que, a través de interminables años, aún dominaba la tierra.

Todo tiene un precio y ella sabía que él podía y debía pagar uno terrible por su descubrimiento. Lo primero sería la pérdida de la inocencia y el sufrimiento por el mundo de paz y belleza que había dejado atrás. Lo sujetó entre sus brazos mientras él, como un niño escondido en el útero, absorbía las múltiples bellezas del jardín, y sus oídos y la zona más profunda de su mente escuchaban las canciones de la vida, una belleza siempre antigua, siempre nueva.

Sintió el movimiento del planeta a través de la piedra sobre la que estaba sentada, las estrellas fugaces que pasaban a través del túnel del tiempo. Soles explotando, galaxias fundiéndose como espuma de mar. Los detritos de las estrellas muertas hablaban en la negrura acerca de la lógica compleja, expresada por largas cadenas de moléculas que dan energía a los elementos con vida.

El jardín a su alrededor absorbió el tema y, por medio de luces, colores, formas y una verdadera sinfonía de sonido, vertía las bellezas de su compleja matriz en los oídos de ella y en la mente de él. Noche y día, atardecer y amanecer, un errante arco iris de belleza ardiente, siempre muriéndose, siempre renovándose, para que, cuando sucediera la última puesta de sol del último día en el último planeta de la última estrella, las vastas energías de la eternidad borrarán todo lo que es o era posible para empezar de nuevo.

El sol pasó su cenit y comenzó a iluminar sólo la cornisa de la pared del cañón. Los pájaros vinieron siguiendo el río en el crepúsculo, un lazo en sombras. Lo apretó más fuerte contra su pecho y se preparó para sumergirse en el río e invocar a las wyverns para ambos, porque, al haber alcanzado la profunda tina, ella se había alimentado de plantas acuáticas y de las huevas de peces ofrecidas por sus anfitriones. Ahora era muy fuerte, gracias a la ayuda del muchacho.

Pero los pájaros eran diferentes del jardín que empezaba a florecer. Ella podía sentir su temor cuando el himno de las rosas brotó de las flores, capturando la última luz del anochecer. Y la bandada se encaminaba más allá, hacia los sombríos cañones.

A lo lejos, la luna se elevó, un enorme centinela brillante que apartaba la luz de las estrellas y convertía en plata el agua, los árboles, la hierba y las hojas, tapándolo todo menos los violetas, los rosas y los morados más vivos con su luz. Aún lo estaba abrazando, iluminado por la plata de la luna, cuando abrió los ojos.

Lo abrazó más fuerte.

—Amor mío —dijo ella.

—No sé, he estado en un lugar. No es suficiente. Yo no soy suficiente. Te quiero, te quiero. El tiempo se aleja de nosotros, pero creo que tú eres para mí.

—Sí —contestó ella, y lo besó.

Se disolvieron el uno en el otro. Ambos eran agua. Y cayeron en el río como niebla densa o como lluvia, sin que la superficie apenas se inmutase.

Él se hundió y el brillante pez joya lo examinó, observándolo con esos ojos tranquilos situados en lo alto del cráneo. Entendió entonces lo viejos que eran aquellos peces, remontándose con su mente a la creación de los primeros mares de la tierra. Su cerebro registró su sueño, antídoto para la locura. Su mente dormía mientras su cuerpo hacía la transición y despertó.

Se encontraba en una playa, tumbado junto a ella. La arena era del blanco de la nieve, un blanco tan puro que absorbía el color del sol, el cual se elevaba hacia el cielo azul desde un mar en calma. El agua estaba tranquila, las olas acariciaban la playa, sin hacer espuma, sólo caricias que brillaban con los colores fundidos del nuevo sol. Y cuando llegaban a la arena, se hundían, ahogando su brillo en las profundidades de la arena.

—No, no quiero esto —dijo Zarpa Negra—. Nunca quise esto. Nunca imaginé algo así.

—Ámame —dijo ella, colocándole un dedo sobre los labios—. Ámame y olvida el reto.

Y su carne estaba caliente en la ingle y los pezones, fría en el cuello y el vientre, suave como el terciopelo, terciopelo de seda. El cuerpo de él se unió al de ella, caliente en la ingle, y ella lo apretó entre sus firmes piernas, sujetándose a sus caderas. Subiendo, brillante como espuma de mar que corona la cresta de una ola y luego bajando, abajo, abajo, hacia la oscuridad donde incluso el conocimiento del sueño, demasiado vasto, era un tormento.

Se despertó en la cama de la muchacha. Volvía a ser él, pero con la certeza de que a partir de ese momento tendría que soportar la carga. Las paredes de la habitación estaban desnudas, blancas y sin embargo eran tranquilizantes. Lo único entre él y el cielo era una reja. ¿Era una reja? Quizá era una planta, con un lento crecimiento, hojas duras y ancho tallo marrón brillante.

Pensó en las flores de la joven y concluyó que seguramente había usado algunas plantas exóticas para techar su habitación, pues el techo abovedado de mármol estaba roto, los bordes de la fractura ya redondeados por siglos de lluvia.

La cama tenía sábanas sobre la funda y estaba suspendida sobre el suelo. Una parra rosa se ceñía a los bordes del techo roto gracias a largas raíces con vetas verdes que dejaban caer los pétalos en la cama, en el suelo de mármol blanco y las sábanas... ¿Eran sábanas? Se movían por propia voluntad y así lo hicieron cuando él se levantó y se encaminó a la puerta.

Ventanas, ¿eran ventanas o simplemente aberturas en la pared? Miraban hacia la playa, con la arena más blanca que hubiera visto. El sol del mediodía brillaba tan intensamente que sus ojos se cegaron con el resplandor violeta que produce el exceso de luz. Más allá de la playa estaban los colores verdes transparentes de un mar color zafiro. Una constante pero suave brisa soplaba a través de las ventanas, enfriando la habitación.

Por unos momentos se sintió incómodo porque no encontraba un sitio donde tranquilizarse, la pureza de la playa era tal que no quería contaminarla. Pero encontró un hueco en la habitación contigua. A través de él se colaba un flujo de agua caliente, hacia lo que parecía algún tipo de roca porosa, donde el agua desaparecía de la vista.

Tras aquel hueco había otra habitación con una gran tina redonda. Encima, el roto y abovedado techo estaba cubierto por el mismo helecho de hierro y crecía otra parra en los bordes de la abertura. La del dormitorio era rosa, aquélla era del rojo de la sangre y sus pétalos se esparcían como lágrimas de rubí sobre la tina de mármol blanco.

Se bañó y después, atravesando un pequeño vestíbulo, entró en lo que había sido un porche con columnas. Pero estaban rotas y aquel espacio estaba techado sólo por un alero que partía desde el lado de la casa. Había mesas repartidas con comida bajo el alero: fruta de todo tipo, melocotones, peras, manzanas, uvas, pomelos, y leche, carne, queso, vino y pan, todo fresco, todo desprendiendo un sabroso olor.

Desayunó leche, queso, melocotones y uvas; luego se dirigió hacia el mar bañado por el sol. Esos predecesores de los seres vivientes, conchas calcáreas, algas verdes, se amontonaban en la playa, protegidos por los brazos rocosos de la bahía. Crecían hasta alcanzar tamaños increíbles, preciosos cojines de verde terciopelo en un agua tan clara que su ojo de lobo podía contar casi los granos de arena del fondo.

«¿Es éste el primer lugar o el último?», se preguntó. El viento, el silencio, el mar y la arena.

—Ni lo sé ni nunca me importó descubrirlo —contestó ella.

—¿No? ¿De veras? —dijo él, volviéndose hacia ella sin sorprenderse.

—¡No! ¡De veras! —repitió ella—. Éste es el lugar al que te invité la primera vez. Éste es mi hogar desde que tengo uno.

Echó un vistazo hacia el mar, hacia el horizonte.

—Es precioso, y muy apacible.

—Sí, y principio o final del mundo, demuestra que aquellos animales y plantas que emergieron primero seguramente tienen la fuerza suficiente para sobrevivir hasta el final.

—¿Me dices tu nombre?

—¡No!

—¿No me lo he ganado?

—No. Aunque te has acercado más que muchos mortales.

—Más que cualquier mortal —apuntó él.

—Síiiii —respondió de mala gana—. ¡Pero no! ¿Me quieres?

Volvieron a la playa y se abrazaron. En la distancia, cerca del horizonte, una línea de nubes de tempestad apareció y, moviéndose lentamente hacia la tierra, comenzó a oscurecer el cielo.

—¿Aquí llueve? —preguntó Zarpa Negra, pasando la mano por la curva de su espalda para levantarle las caderas y los muslos y ponerlos sobre su pene.

—Sí, a veces —susurró ella mientras le mordía el labio haciendo brotar la sangre.

Su cuerpo se estremecía por el deseo. Se sentía como un falo de piedra, como si pudiera soportar eternamente la fulgurante cima de la satisfacción. Los gemidos de placer de ella eran un grito entrecortado de impotencia mientras eran arrastrados a lo que parecía el final del pensamiento e incluso de la vida misma. El vibrante pulso del placer siguió más y más, hasta que un viento frío del mar del verano los devolvió a un estado consciente, y las grises y blancas nubes de tormenta comenzaron a cubrir el sol.

Rodaron por el suelo.

—Dios mío. Todo lo que yo quería era un revolcón y ahora esto... —musitó ella, que sobre la luminosa arena parecía una pálida muñeca de trapo.

Zarpa Negra se puso de rodillas y la muchacha lo miró mientras dibujaba un símbolo en la arena húmeda, justo por encima de la línea de las olas. Tuvo mucho cuidado con las curvas y protuberancias. Miró hacia la tormenta que se aproximaba, a los arcos iris jugando entre los velos de lluvia. Frunció el entrecejo, sus finas cejas casi tocándose. Luego rodeó el símbolo que había dibujado con cuantificadores, pequeños ganchos y líneas retorcidas que encuadraban el símbolo; después dibujó un círculo alrededor.

Alarmada, aunque tarde, ella gritó:

—¡No! Esas malditas cosas son peligrosas. Nadie sabe cómo controlarlas. Todo este lugar podría... desaparecer, explotar.

—Demasiado tarde. Lo que quería hacer ya está en proceso.

El primer símbolo que había dibujado era ahora rojo, brillaba y se agitaba de la manera que lo hace la arena en un horno de vidrio al ablandarse y hacerse flexible en el calor de la fragua. Ella se puso de pie de un salto, y retrocedió a causa del calor que abrasaba su cuerpo.

—¡No! —gritó cuando el fuego se extendió a la arena de alrededor, moviéndose, brillando.

Llegó el chubasco y ella corrió hacia el porche roto de la vivienda en ruinas. Sobre el lugar donde había dibujado el símbolo, se encontraba un torbellino que atraía vientos feroces de lluvia, el vapor saliendo y entrando del remolino que se movía bajo las nubes que, agitándose, atraían el vapor.

La lluvia se convirtió entonces en un diluvio cegador y cuando se quiso dar cuenta estaba pegada al cuerpo del muchacho, que parecía estar hecho de hierro. Las uñas laceraban sus brazos, la cara aplastada contra sus mejillas trataba de escapar de

los bloques de hielo y del acelerado descenso de la temperatura, pues la tormenta aspiraba el calor natural de la tierra a base de violentas sacudidas que congelaba la humedad. Entonces una oleada de granizo llenó el cielo bajo el que se encontraban, los precipicios y las montañas de la lejanía.

Tan rápidamente como la tormenta se produjo, también desapareció, y permanecieron juntos, mirando hacia el mar mientras el chubasco se trasladaba tierra adentro.

Estaba en la arena cerca del agua. Era un cuenco de cristal no muy grande pero hermoso, con un juego interminable de arco iris en su sustancia. Ella se apartó de sus brazos y caminó hacia allí como hipnotizada. Lo levantó con las manos, mirándolo al trasluz; sus arcos iris cambiantes y su belleza calidoscópica eran esplendor y deleite para sus ojos. Tan frágil era que con el soplo del viento el vidrio cantaba, contando con multitud de notas la fuerza del viento y su dirección.



Mi mente aún estaba rebosante con la imagen del vuelo que había visto cuando comenzamos a descender el sendero que llevaba a las puertas de la ciudad. No miré el camino hasta que Albe me habló al oído.

—Esto no me gusta.

Tenía razón. El camino avanzaba por un lado de la colina y era un sitio ideal para emboscadas. Las losas hexagonales discurrían entre altas paredes de rocas rotas y a través de alguna que otra garganta, lagos y vertederos.

—Tierra de felinos —dijo Albe.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi familia tenía ovejas. Yo las llevé desde la isla hasta el continente para pastar en invierno, cuando las islas son maltratadas por el viento y la lluvia. Había felinos en las rocas de los valles refugiados de las inclemencias del tiempo y siempre donde había hierba, no importaba el mal tiempo que hiciera. Felinos pequeños, a veces grandes.

Meth aún iba adelantado, guiando la comitiva, pero una armadura no es la prenda más cómoda para caminar y lo alcance con facilidad.

—¿Hay felinos? —le pregunté.

—Sí. Por eso no es seguro salir de noche. ¿No los hueles?

Entonces descubrí que sí. Cuando el mar, el viento del mar Muerto amainó (nunca llegaba a cesar totalmente), las rocas que nos rodeaban apestaban a almizcle de felino macho.

Desenvainé mi espada. Él se encogió cuando oyó el grito frío de la hoja al acariciar la funda.

—Yo no...

—Lo sé, lo sé. —Lo tranquilicé—. Sólo quiero asegurarme.

Se retrasó un poco, lo cierto es que demasiado. Y supe que el heroísmo de Meth no me protegería de cualquier atacante.

Traté de recordar lo que Maeniel me había enseñado acerca de los felinos, pequeños y grandes. Amaban los terrenos accidentados, repletos de rocas, y los senderos de montaña. Son muy esquivos, apenas vistos a no ser que tú te cruces en su camino en arena o en lugares bajos y húmedos. Sí, aún quedaban algunos de los grandes. El leopardo nublado una vez había vagado por toda Europa, pero cada vez escaseaban más desde que muchos buscaban su pellejo. Sus ataques al ganado en verano eran incluso peores que los de los lobos. Pero había algo acerca de ellos que...

El peso me golpeó en el cuello como un saco de arena y me tiró, cabeza abajo, en el sendero. Me golpeé el codo con una piedra, entumeciéndome la mano hasta la muñeca. Sentí la presión de los colmillos en el cuello de mi armadura y recordé lo que había olvidado: el mordisco letal de los felinos. Lo más peligroso del ataque de un felino es su mordisco mortal.

Hice lo que Maeniel me había enseñado: froté mis manos y rodillas, y me corcové como un caballo. Las zarpas en mis brazos y pecho se deslizaron sobre la armadura. Giré sobre mí misma, espada en mano para enfrentarme a mi enemigo.

Era blanco, marcado con semicírculos oscuros. Tan grande como un lobo macho maduro. Permaneció estático, gritando furioso. Su grito resonó entre las rocas que nos rodeaban.

—¡Nooooo! ¡Ya te tenía! ¡Llevas armadura! ¡No la llevabas cuando salte! ¡No es justo!

—¡Es justo para mí, asesino furtivo!

—¡Aun así podré contigo!

Se abalanzó sobre mí. Le golpeé el hocico con la empuñadura de la espada y con mi propio puño. Dejó escapar otro extraño grito al recibir el impacto, que, a decir verdad, fue bastante duro.

—¡Ahhh! ¡Me has hecho daño!

Me reí y retrocedí de un salto para blandir bien mi espada. Otra voz se introdujo en mi conciencia.

—¡Eh, tú, niñato bobo! ¡Sal de ahí ahora mismo! ¿No ves que estás perdido? ¡Corre!

Pero no tenía escapatoria. Albe estaba allí y tenía su honda con ella. El disparo seco golpeó la base del cráneo del leopardo con un sonoro golpe. Cayó desplomado —una extensión desgarrada de miembros peludos— en una profunda inconsciencia.

Meth y Cateyrin llegaron. Meth sacó el cuchillo y me di cuenta de que trataba de cortar el cuello del felino.

—No —dije—. Había hablado con él y no iba a matar nada con lo que pudiera hablar. Al menos, no directamente.

—¡No! —gritó también Cateyrin—. Éste es un ejemplar joven. Pueden ser domesticados. Algunas casas lo hacen.

—Aun entonces son peligrosos. Además, puede haber amigos suyos por aquí cerca.

—Los hay —contesté yo.

Albe sacó su espada y miró a su alrededor.

—¡Tú! ¡Sal de ahí! ¿Quién eres? ¿Su padre? —grité.

A lo lejos oí:

—¡Oh, no! ¡No, Dios mío, no! ¡Uno de éstos no!

A continuación se oyó un garrapateo en las rocas; luego, silencio.

Me di cuenta entonces de que Meth, Cateyrin y Albe me observaban atónitos.

—¿Albe? —pregunté.

—Has emitido un sonido exactamente igual al del leopardo.

Sí, era verdad. Hablaba con Madre y con los dragones de la misma forma que lo hacía con el fauno.

—Quiero que nos lo llevemos. Átalo, Albe —dije señalando al leopardo.

No había nada que Albe no supiera hacer. Se las arregló para atar al leopardo de tal manera que pude poner su cuerpo peludo sobre mis hombros como si se tratara de una bufanda gigante. Me hice un par de arañosos, y un hilo de sangre encontró su camino por el cuello del gato desde la magulladura de la base del cráneo, pero, aparte de eso, ambos estábamos bien.

Cateyrin y Meth comenzaron a pelearse por el leopardo: uno quería matarlo y despellejarlo; la otra, castrarlo y luego venderlo a una de las grandes familias. Yo no quería hacer ninguna de las dos cosas. El joven macho impetuoso parecía que podía dar problemas y creí que era muy probable que tratara de tendernos otra emboscada más adelante. Pero enseguida salimos de la tierra de emboscadas y las paredes de roca se alzaban sobre nosotros.

Las paredes de roca y la ciudad se hacían mayores y más impresionantes a cada momento. El leopardo despertó. Comenzó a revolverse.

—Os lo dije. Matadlo y despellejadlo —ordenó Meth.

El gato emitió un rugido de ira.

—Basta ya.

—Si le cortas ahora los testículos, no... —Cateyrin ya tenía el cuchillo en las manos.

Esta vez el felino dejó escapar un aullido de terror implacable, seguido de unos sonidos que parecían chirridos letales y silbidos.

Albe le había hecho una tosca mordaza con una cuerda de cuero. Su cabeza colgaba cerca de mi cuello. Lo tiré en el suelo y cogí mi espada.

El felino comenzó entonces a moverse mucho y a chillar.

—¡Maaaaaadreeeeee!

—¿Madre? —dijo Albe.

—Cateyrin explicó que era un leopardo joven.

Como los felinos no hablan de la forma en que lo hacen los humanos, la mordaza

no lo mantenía muy callado.

—¿Puedes entenderlo? —pregunté.

—Casi siempre. Creo que son los zapatos. Los zapatos de Talorcan.

—Deja de llamar a gritos a tu madre —Albe hablaba con el leopardo—. Ella... no va a hacerte daño.

—¡Maaadreee! —El maldito leopardo nos iba a dejar sordos.

—Si sigues así, te despellejo y te destripo ahora mismo, luego te mato —lo amenazó Albe.

—¡Oh! —exclamó Meth.

—Eso suena fatal. —Cateyrin parecía aturdida.

El leopardo estaba sorprendido y en silencio.

—¡Bien! Quédate callado y quietecito mientras corto las cuerdas.

Maeniel me enseñó a hacerlo. Podría haber liberado al felino incluso mientras se retorció, pero era más fácil de la otra manera. Se sentó y comenzó a lamerse para poner en orden su pelo. Y entre lametazos miraba con ojos asesinos a Albe, Meth y Cateyrin.

—Ya tienes de nuevo tu dignidad y tu libertad. Vete y no nos molestes más —le dije.

No se marchó. Lanzó otra mirada a los demás; luego me examinó con sus estrechos ojos verdes.

—Pertenece al linaje de los dánaos.

—Soy descendiente mortal de los dánaos —le corregí.

—Aun así, eres uno de ellos... Supongo. ¿Por qué?

—¡Menuda oportunidad!

—¿Qué oportunidad? Hace un minuto estabas chillando por tu madre. Lárgate de aquí.

—No me lo recuerdes. —Entonces se levantó y comenzó a caminar de un sitio para otro dando coletazos.

—Amigo —le dije señalando con mi espada hacia las torres—, tengo asuntos que resolver en la ciudad y tú estás...

—Yo..., yo... —aún se movía de un lado a otro; entonces se paró frente a mí y terminó lo que iba a decir—: Trabajaré para ti.

—¿Qué? Pero si has intentado...

—Lo sé. Lo sé. —Seguía caminando de aquí para allá—. Ya sé todo ese rollo de que eres mortal... pero, mira, sé que nunca seré tan grande como algunos de los otros. Los clanes de los machos se basan en el estatus. Y, ¡demonios!, yo soy el más enano de mi camada. Las hembras se meten conmigo todo el tiempo. Necesito un lugar al que aferrarme. Tú podrías ser ese lugar.

—No sé lo que necesitas, pero sí sé lo que tienes: valor. Intentaste un mordisco letal conmigo. De haberte dado opción, yo habría sido tu cena. Ahora, ¡lárgate de aquí!

Echó las orejas hacia atrás.

—¡Eh, escucha! Yo puedo hacer cosas por ti. Si viajas con uno de nosotros, los demás suelen mantenerse alejados. Y nosotros somos los que hacemos tan peligroso pasear por aquí de noche. Además, ¿por qué crees que cortan los testículos a los que cazan? Un macho grande es una posesión para la clase alta. La gente nos observa con respeto cuando ve a uno de nosotros.

—Cuando les cuente a los machos del clan que estuve trabajando para una descendiente de los dánaos...

—Soy descendiente moral de los dánaos.

Echó las orejas otra vez hacia atrás y su mirada se agudizó.

—Eso ya lo sé, pero ellos no tienen por qué saberlo. Además, no sé si eso importa. Cualquier cosa, nena, sea lo que sea que tenga que ver con los dánaos, tiene mucho empaque. Créeme...

—¿Por qué debería creer algo de ti cuando acabas de decirme que mentirías incluso a los tuyos?

Parecía haberse quedado perplejo, luego indignado.

—Quiero prestar juramento. No he hecho ningún juramento acerca de no mentir a los machos del clan. Quizá sólo un poco, así que no te pongas tan marisabidilla conmigo.

—Lo estás dejando hablar demasiado. Si lo dejas seguir, acabará convenciéndote —dijo Albe.

—¿Tú qué opinas? —le pregunté.

—Está muy... motivado.

—¡Y que lo digas! ¿Qué dices? —me preguntó el leopardo.

—De acuerdo. Pero será un juramento verdadero. Y se acabaron los mordiscos.

Saltó y colocó sus pezuñas sobre mis hombros, luego metió la cabeza entre mis pechos.

—Prometo obedecer las órdenes, ser leal y morder sólo carne muerta, a no ser que otra cosa me sea ordenada. ¿Lo quieres más cursi? Puedo hacerlo en verso, dejando alguno libre tal vez.

—¡No! Pero hay una cosa que quiero saber. Tu nombre.

Retrocedió, se agachó un poco y me miró fijamente.

—No sé.

—Pero yo sí, ¡tu nombre! ¡Ahora!

—Akeru —dijo al fin.

—¡No! Ése es el nombre de los tuyos.

—¿Cómo lo sabes?

—No estoy segura. —No lo estaba; reconocer el nombre auténtico es uno de mis poderes. Nunca antes me había dado cuenta de que lo tenía, pero así era.

—Tuau, pero que no se divulgue.

—Debes aceptarlo —dije.

Silbó con algo de rencor.

—Sin discusión. ¡Acéptalo ahora mismo!

Movió la cola y caminó delante de mí por el estrecho desfiladero. Éste se convirtió luego en un espacioso valle. Un día debió de haber un lago que se vaciaba en el mar. Ahora eran tierras de labrantío o de pasto, regadas por afluentes del río que discurría a través de la ciudad.

Una ciudad debe autoabastecerse, y eso era lo que hacía aquélla. Siete afluentes del río eran conducidos por canales que regaban el valle. Se extendía a cada lado tan lejos como el ojo podía alcanzar, los extremos perdiéndose entre las dentadas lomas montañosas cubiertas por árboles que lo rodeaban. Un oasis fértil en una tierra estéril. Una calzada elevada recorría la misma distancia que cada canal hacia cada una de las puertas de la ciudad.

—Supongo que las otras familias no nos dejarán usar su entrada, ¿me equivoco?

—Moriríamos si lo intentásemos —contestó Meth.

—No sé —dijo Cateyrin—. Podríamos tratar de sobornar a la guardia usando los frutos preciosos.

—No es una buena idea. Una vez que tuvieran las joyas, nadie estaría en la obligación de protegernos —se opuso Meth.

—¿Cuán obligados crees que se sentirán los Fursa una vez que descubran a su querido guerrero muerto y a ti vistiendo su armadura?

—Silencio —les ordené. El sol estaba ya muy bajo y el valle se había llenado de sombras y luces doradas—. Optaremos por lo malo conocido en vez de por lo malo por conocer.

Tuau estaba junto a Albe, frotando su cara en los cordones de las sandalias de Talorcan.

—Purrrrr..., humm..., purrr. Eres maravillosa, ¿lo sabías? —le dijo a Albe.

Ella lo observó atentamente con mirada cínica mientras le acariciaba cuello y orejas.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró—. Esto es tan bueno, taaannn bueno...

Entonces se percató del cuchillo que ella tenía en la otra mano. Se quedó paralizado.

—¿Piensas ussar... eso? —dijo en un silbido.

—No. Mi señora confía en ti, pero yo no soy tan crédula.

—Hummmmm. —Se frotó un poco más contra su mano—. No puedo resistirme, me gusta tanto esto... —Tuau se dio la vuelta sobre el lomo, revolcándose y dejando que le acariciase el estómago mientras emitía maullidos de éxtasis—. Me dijeron que los de tu clase podían ser maravillosos. Sensuales al máximo.

—¡Arriba! —exclamó Albe.

El felino se revolvió en el aire como una serpiente, atrapó la muñeca de Albe con la boca y casi le clavó los colmillos en la piel. Sin embargo, el cuchillo ya le estaba apuntando a escasos centímetros de un ojo.

—No nos vamos a hacer daño, ¿verdad? —preguntó Albe.

Le soltó la muñeca y propinó un sonido a modo de excusa.

—Simplemente sucede que a veces es demasiado intenso. Perdemos el control. —
Se agachó, acurrucado a sus pies, y suspiró.

—Nos llevaremos bien —dijo Albe de modo tranquilizador.

—Bien, porque os necesito para cubrimos las espaldas cuando hablemos con el hombre al que Meth tiene que ver para poder entrar en la ciudad. En cuanto sepa que Amrun está muerto, los Fursa ordenarán que nos ataquen. Meth dijo que tendríamos que luchar.

—Podremos entrar si lo hacemos por sorpresa —insistió la tozuda de Cateyrin.

—Eso espero —añadió Meth.

—Las calles próximas a las puertas son un laberinto. Si conseguimos entrar y correr entre los edificios, no se atreverán a perseguirnos —aseguró la joven.

Pensé con tristeza que por qué sería, pero no pregunté. Cateyrin y Meth se pondrían a discutir de nuevo y conseguirían retrasarnos. Si los Akeru invadían el valle al oscurecer, estar allí no era seguro. El felino había dicho que él era un enano, pero yo tenía mis dudas. Pesaba unos cincuenta kilos y tenía todos los dientes y pezuñas. Yo podría esconderme y derrotar un ataque de los de su clase, pero ¿cómo podría proteger a los demás?

—Ve delante, Meth, yo iré detrás.

—Eso no me consuela...

—No trataba de hacerlo. Albe, Tuau, vosotros iréis detrás. Cateyrin, cuida el contenido de esas bolsas. Dices que tienen valor. Puede que necesitemos pagar algún soborno.

—Démoslas a los Fursa. Creo que les debemos algo por... —comenzó a decir Meth.

—¡Tonterías! —dijo Albe—. Cateyrin, agarra esas bolsas como si fuera tu propia vida, ¿me oyes? Tú, gato espantoso, camina delante de mí.

—Gato espantoso... Me gusta —dijo Tuau.

—Ahora, ¡en marcha!

Y así lo hicimos.

En el valle había más cultivos que en cualquier otro sitio que hubiera visto antes. Mientras caminábamos por la calzada elevada vimos el lago, pero estaba cubierto por almadías hechas de estera y palos, cubiertas de tierra y convertidas en zonas de cultivo.

Muchas cultivaban cereales, maíz, el maíz bajo y fuerte que da esas maravillosas bolas de masa hervida y pan. Pero vi otras cubiertas con centeno, cebada e incluso avena. Muchas tenían cultivos de raíces con grandes hojas con forma de flecha de maravillosos colores rojos, dorados, plateados y oscuros verdes brillantes. Ésas estaban atadas con cuerdas en el centro del lago, donde el sol era más brillante, dejando canales entre ellas que podían navegarse. Pero incluso los canales debían ser

fuente de comida, pues estaban atestados de lirios y jacintos de agua.

Cerca de la calzada había islas mayores cubiertas de árboles: ciruelos, melocotoneros, membrillos, nísperos e incluso higueras y otras clases que no identifiqué. A ambos lados de la calzada, el lago se expandía a la distancia tan lejos como alcanzaba la vista, azul, verde, dorado, bermejo, cubierto por las intensamente cultivadas islas flotantes. La exuberancia de aquel lugar se oponía a las áridas colinas e incluso de manera más acusada a las lomas peladas de las montañas que lo rodeaban. A los bordes del lago, la vegetación era abundante, pero incluso a unos tres kilómetros más allá del agua, las plantas se condensaban en islotes de vegetación que lo salpicaban todo alrededor de las lomas de las colinas.

«Un lugar difícil», pensé. Más difícil incluso que las recortadas costas azotadas por el mar donde los pictos luchaban por sobrevivir.

Justo entonces, detrás de mí, oí un sonido similar al de una tormenta. Como ya he dicho, la calzada era estrecha.

—¡Vosotras, mujeres! ¡Echaos al barro!

Él, pues la voz era de hombre, se refería a las lagunas e islas de cultivo atadas unto a la calzada.

Salté a una de ellas, cubierta por cebada aún poco crecida. Los demás me siguieron y el rebaño, en doble fila atados los unos a los otros por el cuello, pasó a nuestro lado como si de una tormenta se tratara.

El rebaño estaba precedido por un hombre que guiaba los animales tirando de una cuerda. Aquellos animales me recordaron a un antílope, pero éstos eran mayores, con cuernos largos y retorcidos y fortísimas patas sobre las que descansaban sus poderosos cuerpos. Animales de bahía con pelaje marrón oscuro, piernas negras, pezuñas, cuernos y hocico. Tenían colmillos, algo que yo no había visto nunca en animales de ese tipo. La boca me recordaba a la de los verracos, con los colmillos largos y hacia abajo, útil dentadura para pulverizar las plantas o arrancarle la pierna a un hombre.

Otro hombre iba a uno de los lados de la columna doble. También éste tenía una cuerda anudada a dos de las bestias que las mantenía en línea mientras pasaban con estruendo por la calzada. Otro hombre iba detrás.

Miré al hombre de la parte trasera. Estaba bronceado por el sol y tenía aspecto duro, sólo vestía el tipo de taparrabos que en su día habían llevado los gladiadores romanos, una pieza de tela colocada entre las piernas y los extremos atados en la cintura. Parecía que tenía un buen vello castaño que le cubría los hombros, el pecho, la espalda, el cuello y la barbilla. El estómago, la parte interior de los brazos y las manos eran suaves y no tenían pelo, al igual que la parte de atrás de las piernas.

Las dos columnas de animales frenaron su marcha, seguramente para poder entrar en la ciudad. Los arneses que mantenían las bestias unidas se tensaron.

El animal que se encontraba más retrasado dio una coz y propinó al hombre que sujetaba las cuerdas un fuerte golpe en el muslo. Cayó sobre una de las rodillas.

Inmediatamente apareció una marca amoratada. Durante un segundo, todo su peso tiró de las columnas de antílopes y por ello las bestias frenaron, llegando casi a parar por completo.

Alguien rió. Él nos miró y sus ojos se encontraron con los de Albe.

Recuerdo que me quedé aturdida por la luminosidad de sus ojos. Eran tan claros, de un gris cristalino, que el iris parecía no existir, sino haberse fundido con el blanco de los ojos, a no ser por la presencia de un anillo oscuro, casi negro, que los rodeaba.

La mirada que le lanzó a Albe era una de esas que decían «te deseo». Una mirada que aturde como una bofetada en la cara.

Albe, a cambio, le devolvió una sonrisa salaz. Eso me sorprendió, pero entonces recordé su sentencia acerca de disfrutar incluso en una violación. Pero ella no había olvidado a aquel que la había deseado, incluso hasta destrozarle la vida. Y las cicatrices de su rostro confirmaban el terrible hecho de que no se había olvidado de él, ni de ella misma.

Entonces el pastor (más tarde descubrí que eso era) se retorció de dolor y se apretó la garganta con las manos. Vi que llevaba una cadena metálica alrededor del cuello. En un segundo estaba de pie, siguiendo a los ingobernables animales a través de la puerta de la ciudad.

—¿Cómo has podido hacerlo? —le preguntó Cateyrin a Albe.

—¿Hacer qué?

—Mirarlo como si fuera un hombre.

—Demonios, ¿acaso no lo era? Y muy atractivo, además.

—¡No! —gritó Cateyrin—. Era un Fir Blog.

Yo estaba desconcertada, pero me olvidé enseguida porque Meth gritó:

—¡Deprisa! Tenemos suerte de que la plaza que hay al otro lado de la puerta será un completo caos porque los pastores no paran por nada. Los que van delante no lo permiten. Y seguramente los vigilantes de los Fursa no serán capaces de rodearnos. Quizá podamos pasar.

—Bien —dije, y salté de nuevo al camino.

Comencé a acelerar el paso. Meth corría a mi lado.

Meth tenía razón, pero casi nos atrapan.

Nunca antes había visto una auténtica ciudad. La plaza estaba abarrotada de gente. Todos parecían estar blasfemando y corriendo, tratando de recomponer sus puestos ambulantes. Sin embargo, no fue eso lo que me llamó la atención, sino las torres que rodeaban la plaza. No eran totalmente negras, eran negras azuladas. Los laterales de algunas de ellas eran translúcidos y se podían ver hombres con elegantes ropajes y mujeres moviéndose a su alrededor. Algunos estaban en balcones, mirando hacia el espectáculo gratuito que ofrecía la plaza. Las tiendas, agrupadas a los pies de las torres, eran a la luz del atardecer una colección de joyas. La tienda más cercana a la puerta era la de un vendedor de ropa. El puesto estaba atestado de rollos de seda, terciopelo y brocado, aparentemente de todos los colores del arco iris y algunos

incluso que el arco iris nunca había conocido.

La siguiente tienda, elevada sobre una plataforma de cristal, estaba repleta de brillantes botellas rojas, amarillas, escarlatas, azules, doradas, naranjas, ámbares, marrones o negras, en una multiplicidad de formas que casi desafiaban a su descripción. «¿Perfumes?», me pregunté. ¿Vinos o algo que yo no conocía o aún no había probado? En otras, se vendían vestidos; en otras, muebles. Vi camas, sillas, muebles para guardar juguetes, chismes variados, todos pintados, pulidos y grabados con lujosos diseños.

Entremezclados con las tiendas más atestadas estaban los puestos de comida, que parecían haber sido los más perjudicados con el paso del rebaño. Pollos, patos, gansos y unos animales que parecían ratas corrían libres, enredándose en los pies de todo el mundo mientras sus dueños trataban de capturarlos frenéticamente. Fruta, repollos, cebollas y ajos habían volcado y descansaban amontonados junto a los cestos que antes los contenían.

Un estante del que colgaban tiras de carne cayó a mis pies. Tuau se apresuró a engullir un buen trozo.

—La verdad es que es una maravilla —oí decir a Albe—, pero no podemos quedarnos a admirarlo. Camina, Guinevere.

Caminé, guiando el grupo por un camino serpenteante sobre la negra roca muerta que cubría el suelo de la plaza. Reconocí al Fursa, que llevaba una armadura más elaborada incluso que la de Meth. Estaba entre su gente, en el centro de la plaza. Una docena o más de hombres lo acompañaban.

Miré a derecha e izquierda. Albe estaba a mi derecha; Cateyrin, a mi izquierda.

—Cuando pasemos por delante de él, seguidme —dijo Cateyrin.

—¡Hacedlo! —grité a los otros, y caminamos de frente, directos hacia el Fursa.

Era lo suficientemente listo para saber que algo andaba mal. Desenvainó la espada. Aparté a Meth de un codazo y frene el impacto de su espada ofreciéndole la mía. Maeniel me enseñó el truco. Bloquéé su espada a la altura de la empuñadura, me di la vuelta poniendo mi espalda contra su cuerpo y con el pie derecho le empujé la pierna hacia arriba, de modo que cayó desplomado. Al darse contra el suelo de piedra, la armadura recibió un contundente golpe.

Cateyrin ya estaba huyendo por una de las calles laterales. Parecía más un túnel que una calle debido a las sombras de las torres y los puentes.

—Saben por dónde huiremos. ¡Moveos! —gritó Meth.

Llegamos a una escalera, una estrecha escalera que ascendía retorciéndose entre las torres negras. Desde una pasarela que cruzaba la calle, un hombre nos miraba con ociosa e indiferente curiosidad. Una mujer observaba todo desde un balcón, llevaba brocado negro y dorado. No había más puentes y la estrecha escalera aparentemente desembocaba en sendas torres. Teníamos que avanzar de uno en uno.

Cateyrin aminoró la marcha.

—No creo que traten de seguimos por aquí. Una persona decidida puede dominar

la calle.

—Un lugar extraño, esta ciudad —dije recordando la ancha plaza en la puerta, las tiendas brillantes, las torres translúcidas. Las torres entre las que discurría la escalera eran negras, tan pulidas que reflejaban las nubes azul doradas del cielo al atardecer.

—Seguramente no se molestarán en perseguirnos por esta calle —dijo Meth—. Irán dando un rodeo y tratarán de atraparte en casa de tu madre.

—Ese camino es más largo. Les llevara tiempo hasta...

—Se acabaron las discusiones —ordene—. Seguiremos este camino. No malgastéis el aliento.

Lo necesitábamos. La escalera subía y subía, hasta que llegamos a un jardín. Sí, un jardín en el cielo. Los lechos, como las balsas que flotaban en el lago, estaban hechos de madera y estera, y urnas gigantes contenían árboles.

Meth quedó paralizado a la entrada del jardín.

—Aquí. Nos has traído aquí —dijo a Cateyrin tras dar un silbido.

—Sí, es la única salida que nos queda.

—Oh, no —lloriqueó Meth.

—Oh, no, ¿qué? —pregunté.

No le dio tiempo a contestar. Ella apareció frente a mí con un rugido.

Todos se escondieron tras de mí.

—¡Tía Louise! —La voz de Tuau sonó como un estruendo.

—Ésa es la mejor dentadura que he visto jamás —le dije al leopardo que se encontraba frente a mí.

Era uno de los Akeru y mucho más grande que nuestro joven amigo Tuau.

—¿Qué estás haciendo aquí, enano?

—Es descendiente de los dánaos. No te metas con ella —respondió Tuau señalándome.

—Sí, lo soy —dije tratando de parecer peligrosa.

—¡Mentira! Tú y tus amigos, ¡largaos de aquí!

—¿Cómo te capturaron, Tía Louise?

—Trabajo como mercenaria a sueldo, enano. Y obedezco órdenes. ¡Fuera de aquí!

—No queremos dañar el jardín. Sólo cruzarlo —dije.

—Por favooooorr, Tía Louuuuuise... —lloriqueó Tuau.

—¡Qué pelmazo de mocososo! ¿Por qué siempre te metes en líos?

Se paseó arriba y abajo frente al arco en el que nos encontrábamos. Creo que seguramente pesaba diez kilos más que yo y tenía una pálida y esbelta figura.

Maeniel me había hablado de los leopardos cazadores. Admito que no lo creí, pero me había descrito a leopardos, leones, tigres, gatos salvajes y linceos. Y sí, aún quedaba algún felino del tamaño de una pantera vagando por Europa. Yo los había visto a distancia.

Tenía una cara extrañamente sensible, con grandes ojos tristes. Dejó de pasear, se sentó y me lanzó una mirada fría.

—Mi comida son los intrusos que capturo. Me quedaré con uno de vosotros. Los demás podréis continuar. Veamos —miró a Meth—. Demasiada armadura. Sería como comerse una tortuga. Tú, muchacha —le dijo a Cateyrin—. Demasiado escuálida, no eres más que hueso. Tú —dirigiéndose a mí—, él dice que eres de los dánaos y aunque no lo creo, prefiero no arriesgarme. Quedas tú, sobrino.

Tuau se escondía enroscándose en mis piernas. Podía sentir cómo temblaba y, al ver la mirada verde y dorada en los ojos de Tía Louise, pude entender por qué.

—Pero va contra mis principios comer miembros de la familia, así que me quedaré con la fea.

—¿Sí? ¿Eso crees? —dijo Albe desafiante.

«Bien», pensé. Aún tenía la espada en la mano, le di la vuelta y le golpeé la mandíbula con la empuñadura.

—¡Vamos! —grité.

El golpe le hizo levantar las patas delanteras del suelo mientras Careyrin pasaba por delante de mí, inmediatamente seguida por Meth y Tuau en último lugar por primera vez. Enseguida ya iba por delante.

Tía Louise era rápida, tengo que reconocérselo. Se alejó de mí, retrocediendo aún un poco inconsciente, le salía sangre y espuma de la boca. Emitió un largo y profundo grito, y otro de su clase apareció de entre las flores. Él era sin ninguna duda macho, a juzgar por lo que le colgaba entre las patas. Era incluso más grande que ella. No dudó ni un segundo.

Tras de mí, oí a Albe reírse. Alcé mi espada cuando el felino macho saltó sobre mí para derribarme, aunque no tenía demasiada confianza. Era tan grande que, incluso si lo hubiera atravesado con ella, sus dientes y garras habrían acabado conmigo a pesar de la armadura.

Pero en el último segundo, Albe tiró de mí. El macho erró en el salto y cayó de espaldas a cuatro patas.

—¡Aaaaaaaaayyyyyyyyyy!

Fue sin ninguna duda el grito más espantoso que he oído nunca emitir a un animal. El gran gato macho se retorció sobre sí mismo y comenzó a lamerse frenéticamente una parte importante (para él) de su anatomía.

Albe sabía dónde dirigir sus disparos.

—Apártate de mi camino, mi señora. Acabaré con ellos.

El macho decidió que la discreción era mejor que la valentía. Desapareció sin tardanza y sin vergüenza.

Pero Tía Louise se encaró con nosotras.

—Crees que eres buena, ¿verdad? Más te vale no fallar ahora.

—Yo nunca fallo —dijo Albe.

—¡No! No queremos que esto se convierta en una pelea mortal. Échate atrás y déjanos pasar. Albe, cuidado, puede que haya más.

Tía Louise no retrocedió, pero tampoco avanzó. Detrás de nosotras, una

balaustrada nos separaba de un precipicio que iba a dar a un profundo lago. Me sorprendió comprobar la altura a la que nos encontrábamos mientras caminábamos hacia donde estaban los demás esperándonos.

Pasamos por delante de un pequeño montón de huesos muy roídos entre los lechos de flores. Los huesos aparentemente no eran humanos, pero los dos cráneos que los acompañaban sí.

—Intrusos, supongo —dijo Albe.

Llegamos a otra escalera para descubrir que no se apoyaba apenas en nada. Estaba unida a la parte exterior de la torre. «Unida» no es la palabra más exacta. Más bien brotaba de la piedra negra y rojiza. Era como mucho de unos veinticinco centímetros de ancho, lo cual no es gran cosa cuando te enfrentas a una caída de más de mil metros. Ni que decir tiene que no había barandilla.

Meth fue primero, seguido por Cateyrin, yo, Albe y Tuau. Este último susurró entre dientes:

—Siempre fue una asquerosa. Pensadlo. ¿Adónde va un mundo en el que ni siquiera los antiguos dioses son honrados?

—Por el amor de Dios, cállate. No necesito que me distraigas —le dije.

Albe rió. Íbamos lo más rápido que podíamos, midiendo cada uno de nuestros pasos, poco a poco, uno a uno y manteniendo el equilibrio antes de continuar.

—Mira —dijo Albe.

—¿Mirar el qué?

Yo estaba ocupada mirando hacia atrás por si Tía Louise trataba de seguirnos y vigilando a los que iban por delante para asegurarme de que estaban a salvo. Ahora me doy cuenta de que era una tontería. ¿Qué podría haber hecho yo en caso de que hubiera sucedido algo? Tía Louise habría estado en la misma precaria situación en la que estábamos nosotros. Peor, porque ella era un animal grande que debía ir a cuatro patas y aquella escalera había sido construida para humanos.

Y si uno de nosotros caía, ¿qué haría el resto? ¿Tratar de salvarlo? Ridículo. El salvador habría caído junto con la víctima.

Aun así, Albe me cogía de la muñeca.

—No lo hagas —dije.

Me soltó, pues era una mujer sensata.

—Mira, ¿no es precioso? —preguntó.

¡Preocuparse por la belleza en un momento como aquél! Pero tenía razón. Todo un lado del valle podía verse desde donde estábamos. El sol, ahogándose en el horizonte, producía un camino de fuego sobre el agua del lago bajo nuestros pies y se reflejaba en tonos cobres, dorados y de metal fundido en los pulidos laterales de las torres. Debajo, la tierra se había teñido de ese resplandor dorado verdoso que anuncia la llegada de la noche.

—Sí, Albe. Es precioso. Y peligroso también. El sol se está poniendo y las rocas devolverán el calor a los vientos.

Ya se estaba levantando viento y las ráfagas tiraban de nosotros.

Meth canturreaba en voz baja por desesperación. Al llevar la armadura era el más vulnerable de todos nosotros.

—Vamos, no queda mucho. La primera vez que vine aquí estaba aterrada, pero después venía a diario. Bueno, casi todos los días. Es fácil. Créeme, ya no queda mucho —lo animó Cateyrin.

Pero Meth avanzaba cada vez más despacio, hasta que finalmente quedó paralizado. Miré atrás, hacia Albe y Tuau. Ella estaba tranquila, su cara relajada mirando al sol, cuya luz se reflejaba en las brillantes paredes de una garganta lejana que se hundía en la distancia. El viento se estaba haciendo cada vez más y más violento. Tiraba de mi cuerpo, azoraba mi pelo y en ocasiones entumecía mi rostro con su fuerza. Cateyrin lloraba, suplicando a Meth que continuase avanzando.

Me acerqué hasta ella, mi cuerpo apretado al suyo. Sabía lo que había que hacer. Fríamente la dirigí hasta que nos acercamos a Meth.

—Por favor, por favor..., ya estamos muy cerca, lo prometo...

—¡Cállate! ¡Meth! ¡Meth! —Ni yo misma sabía que podía hablar así.

Se dio la vuelta, mostrándome el rostro, reflejo de su pánico. El viento golpeó de nuevo y sus ojos se cerraron para protegerse de él. Notamos el polvo y las piedrecillas arrastradas por el viento. Nos cegaban.

—¡Meth! ¡Sigue avanzando! —grité; aún portaba la espada en mi mano derecha, no la había envainado—. Meth, si te quedas ahí cogeré mi espada y te cortaré el cuello. Si te quedas paralizado donde estás ahora, todos moriremos. ¡Vamos, sigue!

Veía la cara de Meth un poco más allá que la de Cateyrin. Los ojos de ésta cerrados, las lágrimas resbalaban en silencio por sus mejillas.

El viento nos golpeó de nuevo. El brillo de las torres que nos rodeaban se iba apagando. Sabía que no teníamos mucho tiempo y yo misma podría perecer junto a Meth si el balanceo de la espada me hacía perder el equilibrio. Pero no tenía elección. Para cuando cayera la noche, los vientos serían feroces y en aquella estrecha escalera nunca seríamos capaces de soportarlos. Ni los vientos ni el frío que sospechaba iban a traer consigo. Resistiríamos allí por un tiempo, pero al final pereceríamos, uno a uno, cayendo en el oscuro lago.

Me preparé para propinar el golpe.



Arturo hacía las cosas que un rey hacía por su pueblo en el Reino de Verano. Y viceversa. Ahora Arturo sabía que incluso en el vientre de su madre ya era rey. Mientras soñaba, conoció el peso del liderazgo, pues eso es lo que un rey era en su mundo: un hombre que se elige para enfrentarse a las dificultades que las pequeñas y fragmentadas sociedades debían superar en aquel rincón del planeta.

No hubo pueblo que no conociera las formas y los resultados de ese modelo al ser

llevado a la práctica. Los griegos tenían reyes y se hicieron demasiado altivos, por lo que su autoridad política desapareció. Los romanos fueron instruidos acerca de los reyes por los etruscos y por los mismos motivos también prescindieron de ellos. Pero fundaron su gran ciudad, Roma, y fue un rey quien marcó sus fronteras.

Los sajones sabían de reyes, de la ley y de las reinas de la tierra que eran necesarias para dar a luz a reyes, como lo habían hecho los galos y los germanos de más allá del Rin. Todos lo sabían y, aunque incumplieran el antiguo código, entendían que, al final, éste debía prevalecer.

Un rey tiene que ser capaz de hacer tres cosas: luchar, hacer respetar la ley y mantener con vida a su pueblo. Arturo no había amado, aún no había conocido mujer. Únicamente a Dea Arto, que lo había llamado a la Sociedad del Oso. Ella había ido a él la semana después de que él se despertara como hombre. El placer se había deslizado a hurtadillas durante ese tranquilo y silencioso intervalo entre el sueño y el despertar, y lo pasó entre el lino y la piel que lo cubrían en el lugar que dormía con los otros muchachos en una estancia de piedra en la fortaleza de Morgana. Despertó con un recuerdo placentero tan profundo que engendró un casi instantáneo sentimiento de culpa.

Y después de recuperar por completo sus sentidos, se dio cuenta de manera irónica de que temor y culpa eran la reacción lógica, ya que no podía permanecer por más tiempo entre los inocentes que compartían con él la habitación. Él había, tan buenamente como le fue posible, ocultado la evidencia de su madurez, y entonces se levantó para ir a ver a su padre.

El placer sacudió su cuerpo de la misma manera secreta y repentina mientras dormía en el pajar de Balin y gritó al sentirse inundado por un exquisito gozo antes de tener tiempo para entender lo que estaba pasando. Abrió los ojos hacia el malsano y húmedo techo que se extendía sobre su cabeza y supo que Ella lo había llamado al igual que lo había hecho cuando aún era un niño.

Dea Arto. Se la honraba con cerezas dulces y vino, frutas propias del otoño a pesar de que era primavera en el Reino de Verano. Arturo se levantó y bajó la escalera hasta llegar al establo. Los caballos estaban despiertos en sus compartimientos, con las cabezas inmóviles y las orejas levantadas como si trataran de oír algo. Uno daba golpes con una pata suavemente, el otro tiraba con fuerza de la cuerda que sostenía su brida.

Los compartimientos no tenían puertas. Lo único que sujetaba a los caballos eran unas ataduras cogidas a la pared. La ropa de Arturo estaba colgada en un pequeño hierro clavado en el poste central del establo.

Mirando aún los caballos, susurró: «Ahora», y se vistió lo más rápidamente que pudo.

Los caballos eran una yegua y un semental. El semental tiró tan fuerte de la cuerda que Arturo deslizó la improvisada brida sobre su cabeza. Pero, no queriendo abandonar a la yegua, se quedó golpeando el suelo suavemente y susurrando una

advertencia, dulce, desesperada.

Arturo corrió hacia la yegua y cortó la brida. Ella y el semental salieron del establo en silencio, aterrados por... algo. Pero no había nada.

Arturo los siguió con precaución. La noche lo recibió. Había un brillo opaco en el horizonte. ¿Alba de luna? La brisa abanicó su rostro, los insectos holgazaneaban en la hierba.

La casa donde Balin dormía con su mujer y su hijo estaba oscura y en silencio, puerta y ventanas cerradas protegiéndose de la noche y sus peligros. Aquéllas eran tierras salvajes.

«¿Qué? —pensó Arturo—. ¿Un felino? ¿Un oso?».

Los señores de las montañas, los osos, los hijos de ella, no eran criaturas domesticadas precisamente. Se los conocía porque entraban en los establos en busca de carne de caballo e incluso en las casas de los humanos.

Sí, alba de luna. La luz en las altas nubes se hacía más poderosa aunque aún no podía ver la esfera de plata. Los dos caballos estaban inmóviles como estatuas en el centro de la pradera que bajaba hasta el río, la suave luz plateada brillaba sobre sus suaves crines, con las cabezas levantadas, mirando hacia lo salvaje, hacia la meseta en la que él había sido exiliado por vez primera a aquella tierra extraña, adorable. Hacia donde la luna se elevaba. Sus cabezas levantadas, las orejas levantadas como tratando de oír... ¿el qué?

Y entonces Arturo oyó los gritos distantes, las lamentaciones y los sollozos, los gritos y las maldiciones.

Ya lo había cazado antes y ahora, de algún modo, se había deslizado a través de los vigilantes de la meseta, su antigua prisión, e iba a darle caza de nuevo.

Los caballos se dieron la vuelta y se alejaron al galope. Dentro de la casa, Arturo oyó al perro, *Bax*. Eran ladridos de alarma para despertar a la familia.

Arturo corrió de vuelta a la granja e, incluso antes de llegar, la familia estaba en la entrada. Balin, con sus ropas de dormir; Eline, su mujer, vestía un oscuro caftán y llevaba al niño en brazos.

Bax pasó delante de ellos y corrió hacia Arturo, lo olisqueó, luego miró en la dirección del alba de luna y gruñó.

—¡Oh, Dios mío! ¡Una Canción de Guerra! —exclamó Eline.

—¿Es así como lo llamáis? Yo estuve encarcelado en la meseta con una como ésa —dijo Arturo.

El murmullo, sollozo, lamento y grito se hacían más y más agudos al igual que un sonido producido por los vientos de la criatura contra los árboles.

—La criatura de la meseta sólo podía perseguirme de día.

—El rey las hace especiales para sus enemigos. Normalmente son enemigos que considera mejores que nosotros. —Eline miró a Arturo con un absoluto respeto.

—Agradezco el honor, pero en escasos minutos la horrible criatura saldrá del bosque y vendrá a por nosotros. ¿Alguna sugerencia?

—¡Correr! Es lo único que sé. No se mueven muy deprisa. Como es una criatura nocturna, no puede cazar de día y...

Bax dio un gruñido que casi podía llamarse rugido. Estalló en el bosque, siguiendo los sonidos de dolor, terror y desesperación que dejaban atrás una nube de hojas, ladridos, ramas y trozos de arbustos.

—Trataré de hacerla marchar, hacia la meseta, hacia las tierras salvajes —dijo Arturo.

—Llévate a *Bax*. ¡*Bax*! ¡Protege! ¡Obedece!

Los perros son inteligentes, pero *Bax* era el más inteligente que Arturo hubiera visto Arturo le dio su espada a Balin, se quedó con el cuchillo y siguió a *Bax*.

Corrieron juntos a lo largo del lindero del bosque, hasta que llegaron cerca del río. Arturo se dio la vuelta, *Bax* a su lado. Vio cómo el terrible ser se volvía, trepando por el lindero del bosque para seguirlo. Al igual que en la meseta, todo lo que podía, escapaba. Las cosas que no podían, como árboles, arbustos, ramas, explotaban por los aires, en escombros astillados en cuanto la nociva sustancia de la criatura los tocaba. La madera apilada estalló en fragmentos letales y Arturo comenzó a correr al ver un trozo de roble clavado a medio metro de profundidad en un pino.

«La madera de pino es blanda, pero no tanto», pensó mientras corría bajo los árboles. *Bax* iba delante y Arturo se sorprendió de lo hábil que resultó ser *Bax* para encontrar el camino. Primero a lo largo del río, sauces, hayas, robles; luego introduciéndose en los claros de los bosques de hoja caduca, fresnos, olmos y robles negros de hoja ancha y por aquí y por allá tilos, altos y perfumados, fresnos claros y nogales. La tierra estaba húmeda, sus pies se hundían en una suave alfombra de marga, renovada cada otoño por las hojas caídas. La luz de la luna era ahora resplandeciente y descansaba en piscinas de plata, el brillo roto por densas sombras negras. Sombras tan oscuras que casi le parecía que, si atravesaba su vórtice aterciopelado, podría desvanecerse en ellas y eludir a su terrible perseguidor para siempre.

Había experimentado tantas situaciones extrañas desde que fue exiliado a aquel lugar que no era ésta una idea tan disparatada.

Se dio cuenta de que *Bax*, que corría justo delante, seguía a la luz, así que continuó detrás del perro, reacio a intentar esa misteriosa salida. Tenía obligaciones para con su pueblo.

Se alegró de no estar corriendo hacia la torre. Le habría ofrecido refugio de la terrible criatura que oía gruñir, maldecir, respirar tras él, pero nunca había visto a la torre hacer nada negativo, hacer daño a ninguna criatura que entrase. Malas hierbas crecían sin impedimento entre sus piedras, florecían o daban fruto a voluntad y repartían sus semillas al viento. Pájaros, mariposas; grandes, a veces bellas (¿o eran simplemente bellas de una manera más sutil?), a veces tristes, las mariposas nocturnas volaban hacia las polvorientas sombras al aproximarse la noche.

Los pájaros construían sus nidos, hacían el amor, deprisa, excitante amor de

pájaros, criaban a sus pequeños y eran presas de nada más que de los cuervos y las águilas, que tenían sus nidos entre las rocas cercanas a las cataratas. No había crueldad, sólo la poderosa continuidad de un antiguo patrón. No, aquel terror sería capaz de destruirlo a él o a la torre. De algún modo, sentía que proteger la maravillosa belleza de la torre era algo por lo cual sacrificaría su propia vida.

La ladera se hacía cada vez más y más pendiente. Cada vez se introducían más entre los pinos, por donde algunos gigantes del bosque habían caído víctimas de los rayos de la tormenta que atravesaba las montañas bajando hacia el valle. Los claros se habían llenado de manzanos silvestres, membrillos, nísperos, ciruelos, cerezos y endrinos. Era primavera, algunos estaban aún en flor y las flores brillaban como el vasto banco de estrellas que se arqueaba sobre ellos. Su perfume era denso en el aire que las rodeaba.

Pero entonces atravesó el claro y regresó entre los pinos. La ladera era cada vez más pendiente, pero se podía caminar con comodidad. Demasiado cómodo. No quería detenerse allí. Los grandes pinos que había sobre él arderían como yesca.

Una vez había observado con sus hombres desde el valle una tormenta que bajaba desde las montañas cubiertas de nieve hacia las laderas cubiertas de árboles verdes. Rayos que prendían fuego a los pinos secos, y ellos, desde la tierra cerca de la torre donde tenían su ganado, vieron cómo el fuego, que avanzaba por delante de los destrozos de la tormenta, quemaba las lomas y cómo los árboles se convertían en torres en llamas. Todos tosían por el humo y la ceniza que el viento llevaba hasta el bosque próximo al río.

—¿Alguna vez ha llegado al valle? —le preguntó a Balin.

Balin asintió.

—Sí. Los que llevan aquí más tiempo que yo lo recuerdan. «Todos tuvimos que correr», me dijo uno de ellos. Otro cuenta: «Aquel año perdimos la mitad de nuestro ganado, todos nuestros cultivos y por primavera había tantos hambrientos que el rey mandó a sus hombres a buscar a los supervivientes y los llevó de nuevo a la fortaleza».

Eline apartó la vista de Balin.

—Uno de esos hombres fue el padre de Balin —explicó.

Y Arturo vio cómo le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

—Tuve suerte. Yo era lo suficientemente mayor para trabajar, así que me hicieron ir al campo. No volví a ver a mis padres nunca más.

—Eso no va a ocurrir ahora. Yo controlo la torre. Ella y las vasijas que contiene podrían abastecernos, no importa cuán horrendo sea el desastre.

Arturo vio que la gente de su alrededor estaba aterrada. Con mucha más confianza, Eline sonrió a los demás y dijo:

—¡Tenemos un rey!

Arturo estaba incómodo, pero toda una vida de entrenamiento hacía que su rostro mantuviera una máscara impasible. Aun así, no sabía si estaba diciendo la verdad o

no. Nunca había tenido que poner a prueba la torre y las vasijas que contenía.

La tormenta avanzaba con rapidez, el fuego un poco más lentamente. Las nubes alcanzaron las llamas, que se desvanecieron entre la lluvia, y todo lo que quedó fue una mancha oscura, como un tizón en el verde.

No, no se atrevía a prender un fuego entre los árboles gigantes, aunque se sentía totalmente exhausto. Había estado corriendo cuesta arriba unos veinticinco kilómetros y no estaba seguro de cuánto tiempo más lo resistiría; entonces *Bax* lo llevó fuera del bosque. No sabía que existía aquel lugar. No se veía desde el valle: una serie de praderas de montañas bajas y en forma de cuenco que rodeaban la cima que había escalado, y llegaba hasta la siguiente cumbre y un terrorífico y oscuro bosque que se encontraba bajo ella.

Era cierto, podría correr por las praderas, subir las laderas, alcanzar primero la línea de árboles, luego la roca árida y el musgo, más adelante un glaciar que discurría entre los pasos altos y bajaba hasta las pequeñas cañadas. Pero en las praderas no había dónde refugiarse. En las laderas, abiertas y expuestas, la criatura lo atraparía y lo destruiría.

No había elección. O se quedaba allí o en ninguna parte.

Se precipitó hacia delante, hacia la pradera. Era un lugar de belleza sobrenatural a la luz de la luna. Un arroyo probablemente originado en el glaciar formaba una pequeña cascada que caía en una cuenca de roca donde se rompía convirtiéndose en docenas de hilos de agua. Discurría sobre oscuras y gruesas rocas cubiertas de musgo y formaba luego una serie de charcas en el centro de la pradera.

Corrió cuesta abajo, hacia el agua, sobre la hierba larga y brillante que mojaba sus pantalones. Tenía que descansar, conseguir algo de agua antes de luchar.

Se detuvo porque *Bax* no lo seguía. El perro se había quedado inmóvil, mirando hacia el grupo de charcas y saltos de agua de la parte alta de la pradera.

Arturo miró y los vio también. Al principio, los tomó por una manada de lobos, la más numerosa que había visto jamás. Pero se dio cuenta de que no podían ser auténticos lobos, aunque tenían los ojos almendrados, planta esbelta y piel pulida por la luna. No, esos animales tenían que ser algo más. Pero ¿por qué?

¡Sí! Los ojos de los lobos brillarían como fuego pulido, ópalo, con esa luz de luna. Aquéllos sólo tenían una gruesa y negra oscuridad detrás de las aberturas almendradas donde deberían estar los ojos.

¡Zas!

Arturo se dio la vuelta. Un ciervo pasaba cerca de *Bax* corriendo hacia la pradera. En silencio, los lobos lo perseguían.

Arturo retrocedió para dejarlos pasar. Deslustrados brillos de plata pasaron delante de él en una persecución loca del animal de la gran cornamenta que corría sobre la alta hierba, la cual, por un momento, pareció la superficie del mar movida por el viento.

«Frío», pensó Arturo. El viento frío parecía estimular a los cazadores plateados y

a su oscura presa.

Por un segundo desaparecieron de su vista. Luego aparecieron en una pradera más baja..., luego en otra, hasta que se desvanecieron por completo en un extraño bosque oscuro que había en la lejanía.

Bax se unió a ellos.

Después del fuego, Arturo había preguntado a Eline por qué los padres de Balin habían retornado a la esclavitud tan sumisamente. Le contó que cuanto más tiempo vagases por aquella tierra salvaje, más inexplicables y aterradoras eran las criaturas que te encontrabas. En aquel momento no había quedado satisfecho con la explicación, ahora lo estaba menos.

Llegó al agua y cogió un poco entre las manos dispuestas a modo de cuenco, pero se detuvo cuando dos de los símbolos de la copa aparecieron en las palmas de sus manos y el agua desapareció. Estaba de pie y alejándose de la charca en un abrir y cerrar de ojos.

Había magia en aquel lugar, al igual que en la torre. Magia que él no podía entender. En la distancia oyó el feo murmullo de la Canción de Guerra. *Bax* ladraba suavemente. La boca de Arturo estaba seca, pero no quería intentar beber de nuevo. El perro corrió hacia la siguiente pradera. De pronto, Arturo estaba escalando a través de resbaladizas rocas Cubiertas de musgo y tambaleándose por las charcas de agua, hasta que consiguió llegar al prado de más abajo. Aquella pradera era más grande que la anterior. Estaba atrapado. La luna estaba justo encima y la luz era tan luminosa como la del día.

No había ningún otro sitio adonde ir.

La pradera acababa en un lago poco profundo y, más allá del lago, estaba el oscuro bosque. Estaba seguro de que no podría cruzarlo. En realidad, la luz de la luna brillando sobre él mostraba lo denso que era. Lo salvaje era parte de su vida, pero sólo en los cuentos de medianoche había oído hablar de un lugar como aquél. Su sangre lo recordaba.

Las ramas se entrelazaban por las alturas, los troncos de los antiguos robles estaban tan cerca los unos de los otros que para pasar había que escurrirse entre ellos. Hombres atrapados por alguna maldición merodeaban por ese lugar. Durante el día, la luz apenas se colaba a través de las hojas siempre verdes y la dirección del sol sólo podía intuirse. De noche, la niebla y luz de la luna estrangulaban las estrellas guía. Había agua suficiente sólo para atormentar, comida suficiente para mantener la muerte lejos durante unos meses de horror y lucha entre las raíces que cubrían el suelo. El destino de los hombres perdidos en aquel bosque era acabar con cualquier esperanza, tumbarse, desesperarse y morir.

Un escarpado precipicio se elevaba a un lado de la pradera, otro caía por el otro lado. El bosque lo incitaba a la locura. Se preguntaba cuántos huesos humanos daban forma al bosque.

Detrás de él, la Canción de Guerra bloqueaba el camino de vuelta.

—Te destruiré —la voz estaba en todas partes y en ninguna.
—No desperdicies aliento ni energía en maldiciones —dijo Arturo—. Lo sé.

SEGUNDA PARTE





CAPÍTULO 5

regan se despertó antes del amanecer. Sí, aquél sería el primer día de luna llena. Sería mejor que preparara algo para ella y se lo llevara al pozo. Suspiró. Podía percibir su propio olor..., ¿o era la cantina de los hombres? Ninguna mujer vivía allí. Ninguna se acercaría siquiera. En ese momento, nadie se acercaría, al menos con el viento a favor.

Se rascó el vello del pecho y estudió los halcones que permanecían en sus elevadas perchas, en un anillo alrededor del borde más exterior de la estructura circular. Sabía que por primavera ese lugar solía volverse un poco desagradable. Pero los comentarios de la noche anterior de los poderosos del pueblo eran poco amables, por no decir algo peor, y las sentencias de la adivina, Magda, acerca de que él lo quemaría todo hasta destruirlo para luego empezar de nuevo, eran un tanto excesivas. A él no le importaba obedecer órdenes de una mujer y se lo había dicho.

«¡Ja!», fue la respuesta que recibió. Ella continuó diciéndole que, dado que él había intentado cortarle el cuello al último hombre que le había dado un consejo que no buscaba, era mejor que se acostumbrara a las opiniones de ella, ya que desde entonces muchos hombres eran muy cautelosos para no ofenderlo. Alguien debía ponerlo al corriente de la verdad pura y llana.

Lo cierto es que le tenía miedo. Nadie sabía todo lo que podía llegar a hacer, un ejemplo menor era convertir a un hombre en impotente y mantenerlo así por tanto tiempo como quisiera. Esa mala reputación venía desde la época de su primer matrimonio. Su marido la maltrataba, algo bastante frecuente, pero ella no lo aceptó y le advirtió que, si volvía a levantarle la mano otra vez, le haría tragarse sus propios testículos. Él lo hizo (pegarle de nuevo).

Ella también (se los hizo tragar). El pobre hombre tuvo asimismo un encuentro fatal con el filo de una lanza. Ella heredó toda su fortuna y llevaba un cómodo estado de viudedad desde entonces. Es más, Cregan no encontró hombre, a pesar de su valentía, que se hallase totalmente relajado en su presencia. Muy a su pesar, él se incluía entre ellos.

Se puso de pie desnudo, se estiró y oyó los gritos a lo lejos. Era una mañana fría, pero los baños disfrutaban de una inagotable popularidad. Concluyó que la noche anterior ella debía referirse a eso.

—Seguramente tendré que quemarlo —susurró; luego fue a unirse a los guerreros.

Un poco más tarde vio a Magda. Tenía seis hijos. Antes de que cultivara un odio visceral por su marido, el hombre había hecho su trabajo. Al igual que sus nietos y nueras, hacían la mayor parte del trabajo doméstico. Magda tejía en un telar combado por el peso en la entrada, con un ojo puesto en su trabajadora parentela. Los hombres estaban en el campo o preparando los rebaños para su viaje a los altos pastos. Sus nueras se afanaban hasta la fatiga, hilando, secando madejas de hilo, moliendo granos para el pan de la semana.

Y desde luego que les traía cuenta trabajar duro. Cualquiera en la casa que no lo hiciera corría extraños riesgos, y dos de sus hijos conocían amargos divorcios ocasionados por la oposición de las jóvenes damas a cumplir las exigentes órdenes de Magda. Las demás se mantenían limpias y obedecían todas sus peticiones.

Cregan se colocó detrás de ella y empezó a observar la tela de su telar. Era una milagrosa combinación de seda, lino y lana que representaba los cuatro mundos vistos desde arriba. Parecían círculos concéntricos, cada uno aportando sus propios colores; el círculo más exterior, una mezcla de marrón, negro, escarlata, naranja y siena, simbolizaba al otoño. El círculo más interior era verde y marrón, los verdes de un bosque en pleno verano salpicado con marrón y negro, la oscuridad de la roca aunque brillando con los toques del sol en el agua o en las hojas de los árboles del bosque. En los otros dos círculos predominaban los colores pastel y estaban resaltados con el brillo y los sutiles cambios que existen en el reino de la luz.

Cregan estaba a punto de aclararse la garganta y anunciar su presencia cuando Magda habló.

—Ya sé que estás aquí, Cregan, así que no empieces a hacer sonidos desagradables.

—Sí, Magda. —Cregan trató de parecer respetuoso.

—No seas tan zalamero, maldito seas, vieja serpiente viciosa. Es hipócrita y no va con tu carácter.

—Supongo que anoche estaba un poco borracho.

—Apestoso, meando en una esquina, cagando en tu cama de borracho. ¡Quema ese sitio!

—Magda...

—Cállate. Quema esa pila de porquería infestada de alimañas y basura, y hazlo antes de que acabe la semana o seré yo misma quien lleve la antorcha hasta ese lugar.

—Magda... —A Cregan le costaba mover la mandíbula para hablar.

—Pero —continuó Magda inexorablemente—, lo que tú buscas está en la olla, en el fuego. Dos lomos completos de cerdo salvaje, preparado con manzanas, zanahorias y tocino. El sol aún no ha tocado el valle. Ella estará esperando. La miel y el vino están en la cesta junto a la olla. Lleva las dos cosas. Personalmente no sé qué es lo que ve en ti, pero supongo que incluso los inmortales pueden errar el juicio.

Cregan pensó en la pérdida de sus testículos y consideró que tal vez merecería la pena, pero fue desanimado enseguida cuando ella dijo:

—No, no merece la pena. Pensaré algo especial sólo para ti. Y recuerda: antes de que termine la semana, quémalo.

Tenía que subir por un camino antes de llegar al lago. Era un lugar poco atractivo a la sombra de un bloque de roca negra protegida por un olivo. El cambiante brillo de las hojas verde grisáceas saludaba a la pared de piedra, los pinos eran una vaga silueta contra el brillante cielo. En los alrededores del lago, los árboles romanos eran gruesos, las pesadas cabezas de las flores lanzaban su extraño aroma al aire y los pétalos caídos punteaban el agua a sus pies.

El sendero sobre el suave musgo que llevaba hasta el agua era muy estrecho. Cuando llegó al borde del agua, Cregan se detuvo y colocó la comida, la miel y el vino a la orilla del lago. Acababa de destapar el vino y estaba a punto de echar su contenido en el lago cuando alguien dijo:

—Déjalo. Ella tomará las ofrendas cuando esté preparada.

—¡Huuuuuyyyyyyy! —exclamó Cregan, y quedó helado.

El joven estaba al otro lado de la laguna, cerca de la gran roca negra que daba forma a uno de los lados del lago. Cregan era un guerrero viejo y terrible. La mayoría de los hombres creía imposible estar a menos de treinta metros de él sin que se percatase de su presencia. Estaba completamente seguro de que estaba solo cuando había puesto el pie en aquel lugar.

Su siguiente pensamiento fue que el joven era un muchacho muy atractivo. Iba vestido con bastante sencillez, con una camisa de cota de malla. De buena calidad, eso sí. Pantalones, botas y polainas de piel. Llevaba un manto de lana negro rematado con abalorios de plata. Era un extraño diseño, algo hizo que a Cregan le recorriera un escalofrío por toda la espalda. Parecían las letras de algún alfabeto, con espacio mínimo entre ellas y tan estrechamente configuradas que, a no ser por la milimétrica separación entre ellas, habrían formado una greca.

El casco también era extraño. Se le ajustaba perfectamente y llegaba hasta un punto de la frente como si fuera el pico de un ave. Los ojos, de rojo rubí, observaban por encima del pico, el cuerpo y las alas formando la parte trasera del casco y la zona de las mejillas. Se extendían para proteger los lados de la cara y se curvaban bajo los ojos del joven.

A Cregan se le puso la piel de gallina cuando los ojos, tras observarlos un momento, se cerraron y parecieron desvanecerse entre la negrura del casco.

—Buenos días, señor. Ella me mandó para que me presente. Soy Lolatia.

—¿Estás aquí? —preguntó Cregan. Notó cierto resuello en su voz.

—Sí —fue la respuesta.

—No puedo pronunciar ese nombre y han pasado siglos, incluso desde antes de los romanos, desde que ese dialecto se dejó de hablar. La única razón por la que lo conozco es porque las oraciones más antiguas están escritas en ese dialecto y esas oraciones ya eran viejas cuando Aníbal cruzó nuestra tierra en su camino a los Alpes. Él nos pagó por adivinar su destino y ofrecer sacrificios entre nuestros árboles por el

bienestar de él y de sus hombres. Se dice que casi mil de nuestros hombres se unieron a él, los romanos se estaban ridiculizando a sí mismos por aquel entonces, reconozco que además la paga era buena. Sólo siete u ocho de aquellos que se unieron a él volvieron. Nadie puede decir ese nombre ahora. Esa lengua está muerta. Lo más parecido que puedo decir es: Lancelot.

—Impresionante. Lanzalet.

—Mejor no puedo hacerlo —suspiró Cregan.

El muchacho se inclinó posando una rodilla en el suelo, colocó la mano en el corazón y dijo:

—Sería un inmenso placer para mí unirme a vosotros.

—¿Te pidió Ella que vinieras a verme?

—Sí, y dijo: «No viertas el vino en el lago. Es un infierno tener luego que separarlo del agua. A veces se estropea todo su sabor».

—Y nosotros no queremos eso, ¿verdad? —dijo Cregan mirando el lago—. Pero ¿no le preocupa que alguien lo robe?

—Tiene sus métodos para enfrentarse a eso.

—Sí, supongo que sí. Está bien, señor, ponte de pie y únete a nosotros.

—Gracias.

Lancelot/Zarpa Negra se levantó y siguió a Cregan hacia el valle. Mientras descendían, Cregan lo fue poniendo al corriente de todo.

—Querrán ponerte a prueba. Nadie se une a nosotros a no ser que demuestre su bravura. ¿Eres duro?

—No lo sé —respondió Zarpa Negra.

—Y modesto también —añadió Cregan; luego suspiró.

—¿Se lanzarán a por mí todos a la vez?

—No, eso no está permitido.

—Entonces todo irá bien.

—Muchacho, hay unos cuarenta hombres en mi compañía.

—¿Cuántos a un tiempo? —preguntó Zarpa Negra.

—Sólo uno, ésa es la regla. No importa si al final sales derrotado, sólo si sabes defenderte bien. No se permiten armas.

—Por eso no hay problema, no tengo ninguna. ¡Vaya! ¿Qué es eso?

Cregan emitió un largo gruñido de descontento y murmuró:

—Supongo que nuestra pequeña cantina se está poniendo un poco desagradable esta primavera.

—Me acostumbraré —dijo Zarpa Negra.

Llegaron al patio que había frente a la puerta de la casa. Era grande, con muros bajos de piedra coronados por un tejado en forma de cono. El maíz del verano anterior se había cultivado en el tejado y las escuálidas cañas hacían que el techo de paja pareciera tener pelo.

En el patio había un fuego para cocinar que crepitaba sobre trozos de madera

planos. Cregan acercó un cuerno a Zarpa Negra y dijo:

—Sopla.

Zarpa Negra se quitó el manto y lo arrojó sobre los brazos de Cregan mientras cogía el cuerno con la mano derecha. Cregan alargó su otra mano para sujetar el casco de Zarpa Negra, pero éste abrió sus alas y voló hasta un árbol próximo.

Cregan sintió su cuerpo estremecerse y susurró:

—Sí, está claro que eres amigo de Ella. Ojalá ellos hubieran visto eso. No serían tan agresivos. En fin, vamos allá.

Zarpa Negra sopló. El cuerno sonó y su eco resonó entre las colinas rocosas. Las aves salieron volando de todos los árboles de alrededor y por todas partes empezó a aparecer gente corriendo. Algo de acción a la vista. Los hombres comenzaron a salir de todas las puertas, algunos medio desnudos, otros por completo, la mayoría frotándose los ojos y aún aturridos.

—¿Qué? ¿Quién es ese chiquillo? —gritó un hombre grande pelirrojo, señalando hacia Zarpa Negra—. Eres un tonto, Cregan, ¿qué mocoso has robado? ¡Tú, muchacho! Regresa a casa y crece cuatro o cinco centímetros antes de volver.

Zarpa Negra estaba nervioso. Nunca antes se había enfrentado a algo así. Había luchado con Maeniel todos los días hasta que su padre ya no podía plantarle cara. Ninguno de los jóvenes del pueblo había sido capaz de ofrecerle una pelea interesante, daba igual el arma que emplearan. Incluso con las manos vacías, era mortal para cualquier hombre armado. Maeniel lo había hecho así. Pero todo aquello había sido mera práctica. Esto parecía real. Estaba nervioso, sentía el sudor en sus palmas y axilas.

Se agachó y se ensució las manos con ceniza del fuego, se levantó y adoptó su postura: pies ligeramente separados, manos a los lados. No había nadie a sus espaldas, sus sentidos de lobo le habrían informado incluso si fuera un gato el que se deslizara sigilosamente.

Sí, había al menos cuarenta hombres fuera de la cantina y curiosos de todos los hogares cercanos se amontonaban alrededor del patio de bloques de madera. Llegaban más y más a cada minuto. Dios, estaba aterrado y preguntándose si haría el ridículo.

—Caballeros —dijo con suavidad—. Estoy en ayunas y muy hambriento. ¿Sería posible acelerar el curso de los acontecimientos?

Les encantó.

—¡Acelerar el curso de los acontecimientos! ¡Por el amor de Dios! —gruñó el pelirrojo—. Por supuesto, aceleremos el curso de los acontecimientos.

Y se abalanzó como un rayo sobre Zarpa Negra.

El joven mantuvo su postura hasta el último segundo, cuando descubrió que el pelirrojo intentaría el abrazo del oso. Entonces se echó a un lado tan rápido que es imposible contarle con palabras y le rompió el brazo al pelirrojo.

El hombre cayó de espaldas, apretándose el brazo roto ala altura de la muñeca

para sujetarlo. Luego se levantó y retrocedió con una mirada de profundo respeto en sus ojos.

Toro, el siguiente, ya estaba preparado. Zarpa Negra tomó posición con cuidado. Su bota lo golpeó con fuerza en el estómago y, cuando se dobló por el impacto, le propinó un segundo golpe por atrás. Cayó rodando desde el patio colina abajo y se le oyó chocar contra la parte más baja desde la distancia.

El tercero acabó en un árbol. Nadie sabía muy bien cómo lo hacía, pero el método de Zarpa Negra parecía muy efectivo.

El cuarto estaba desnudo. Sólo diremos que después de aquél nadie lo intentaría así de nuevo.

El quinto probó a aplastarlo y también fue enviado a un árbol.

El sexto (para entonces ya estaban aprendiendo) lo rodeó, tratando de hacer que Zarpa Negra le diera la espalda a uno de sus amigos. Zarpa Negra le rompió la mandíbula con una rodilla y, mientras su oponente caía, se dio la vuelta y con una potente patada hizo caer al amigo, luego lo sujetó por el brazo y le dislocó el hombro.

—El juego sucio indica el final de la prueba. Si nadie puede enfrentarse a él en un uno contra uno, os ha vencido.

Cregan dio un paso hacia delante, su espada brillaba como un carámbano.

Zarpa Negra permaneció inmóvil. Estaba un poco despeinado, pero ni siquiera respiraba con fatiga.

—Estoy a vuestra disposición por tanto tiempo como lo deseéis —dijo Zarpa Negra en un tono muy formal.

Cregan rió sonoramente y lo golpeó en la espalda.

—No puedo permitirme más heridos. Vamos. Iremos a desayunar.

Eran un grupo infernal. Pero mostraron un terrible respeto hacia Zarpa Negra. Incluso el pelirrojo, que, a pesar de su experiencia como guerrero, no había sido capaz de detenerlo. Zarpa Negra había sido demasiado rápido y demasiado fuerte para él.

El desayuno consistía en salchichas, tocino, jamón, gachas de avena y pan. Zarpa Negra, después de ver y oler la casa de los hombres, decidió no dormir allí. No tenía por qué. Esa misma noche, Cregan lo envió con el pelirrojo (con una honda en la mano) a explorar el terreno.

—Van a quemarlo —le explicó el pelirrojo.

—Gracias a Dios —dijo Zarpa Negra fervientemente.

El pelirrojo lo encontró tremendamente divertido y rió durante todo el camino, el cual descendía a un salvaje valle dominado por una garganta. Zarpa Negra miró hacia atrás tras haber recorrido unos kilómetros y descubrió que no podía ver nada de los hogares de la gente de Cregan. Ni siquiera humo que manchase el cielo próximo a las montañas.

—¿Bagaudas? ¿Es así como os llamáis? —le preguntó al pelirrojo.

El pelirrojo se encogió de hombros.

—Eso dice Cregan. Yo no lo sé. Como muchos de los otros, soy un *colonus* fugitivo de la *Champagne*, unas tierras amplias y fértiles cerca del río Sena. Las villas romanas de allí pertenecían a los francos. O más bien, debería decir que éstos eran los hombres a los que mi amo pagaba impuestos. La hija de mi amo se casó con uno, un franco, y ahora ya no cobran tantos impuestos.

Zarpa Negra se sentía incómodo.

—¿Cómo se llamaba?

El pelirrojo sonrió mostrando sus dientes.

—¿El de mi amo? Bueno, ¿mi antiguo amo?

Zarpa Negra se sonrojó. Había oído acerca de los esclavos y los *coloni* en el sur de Britania, Galia y toda la península Itálica, pero nunca antes había conocido a ninguno y no estaba seguro de cómo preguntarle acerca de su vida.

—Sí —contestó Zarpa Negra.

—No lo sé, sólo que era un gran hombre y los francos y hunos que estaban a su servicio hacían lo que querían con cualquiera que lo ofendiera. Así que les teníamos un gran respeto. A él también.

—¿Cómo es que viniste a parar aquí? —preguntó Zarpa Negra.

El pelirrojo miró hacia la lejanía. Estaban descendiendo a través de un bosque de robles y maleza.

—Estamos llegando a un lugar bajo, he visto cerdos allí. —Le dio su espada a Zarpa Negra—. Si nos encontramos con uno quiero ver lo que puedes hacer con esto.

La espada era larga, estrecha en la punta y con pronunciadas pestañas que formaban una lengüeta mortal.

—No será fácil —dijo Zarpa Negra.

—Precisamente por eso —rió el pelirrojo.

—Se abalanzará sobre ti.

—¿Y acaso no tengo al mejor guerrero del mundo conmigo?

Zarpa Negra sintió a los cerdos antes de que se acercaran a ellos. El viento soplaba a su favor. Sabía cuántos eran: dos jabalíes y tres jabalinas, una con una cría casi crecida. Alargó el brazo para detener al pelirrojo y se llevó los dedos a los labios para indicar que guardara silencio. Estaban justo delante.

Cogió un trozo de rama caída del roble que estaba sobre ellos. La lanzó hacia delante, donde aterrizó con un satisfactorio ¡plaf! Los jabalíes salieron en todas direcciones, y el brazo de Zarpa Negra ya lanzaba la espada antes de que tuviera tiempo de elegir. Mientras volaba, Zarpa Negra se preguntaba si la pesada espada caería antes de golpear al que había logrado apresar (un joven jabalí).

No lo hizo, se rompió en el preciso momento en que alcanzó al cerdo, pero se dirigió por propia iniciativa a través del cuerpo del animal, dejándolo clavado en el suelo.

El pelirrojo rió de nuevo.

—Muchacho, eres una maravilla.

—No. He cazado mucho. Tendremos una buena cena esta noche.

Cuanto más descendían por la ladera de la montaña, más tupido se volvía el bosque. Cruzaron los restos de una calzada romana.

—Solía seguir el río hasta un puente de madera más abajo —explicó el pelirrojo—, pero el año pasado un desprendimiento de rocas hizo desaparecer el último tramo y el puente, así que ahora no conduce a ningún sitio. Eso puso nervioso a Cregan. Estas calzadas, muchacho, fueron construidas para que las legiones llegaran a su destino con rapidez. Ahora esta calzada está demasiado quebrada para seguirla, incluso si aún quedaran legiones para hacerlo.

Unos minutos más tarde, alcanzaron la garganta del río y permanecieron observando el paisaje.

—Nadie sabe durante cuánto tiempo ha vivido aquí la gente de Cregan. Lucharon contra César, que consideró que no merecía la pena echarlos de sus colinas. Cada primavera conducen sus rebaños a los altos prados y en otoño bajan, sacrifican a los animales sobrantes y viven de la carne, la leche, el queso, la mantequilla y la cebada que las mujeres plantan alrededor de las granjas. Tratamos de ayudar a nuestros hermanos. Si comienzan una revuelta en contra de los señores romanos y sus tropas bárbaras, nosotros vamos y luchamos a su lado tanto tiempo como podemos y acogemos a aquellos que tienen que escapar de la crueldad de los cobradores de impuestos. O de los esclavistas que compran los hombres y mujeres jóvenes que les sobran a los grandes señores romanos y los embarcan para el mercado de esclavos del este.

»Somos muchos. Nadie sabe exactamente cuántos. No hacemos promesas y no tomamos juramento, sólo nos ayudamos entre nosotros siempre que podemos, y colgamos y sobrevivimos a los grandes terratenientes, a los oficiales romanos y a los mercenarios bárbaros que asesinan, esclavizan y roban todo lo que merece la pena. Sí, somos bagaudas y, si los suficientes de nosotros que recordamos la libertad vivimos bastante, reconstruiremos el mundo. Tenemos que intentarlo. Ahora, mira si hay humanos en los alrededores mientras yo hago un fuego para preparar el jabalí.

La mente de Zarpa Negra se estaba bloqueando. «Demasiado, demasiado rápido», pensó. Dejó al pelirrojo al borde del risco sobre el río.

Unos kilómetros más abajo, vio un lugar idóneo para vadear el río. Se hizo lobo y dejó sus armas y su ropa en un árbol. Cruzar el río no fue más que un breve chapuzón. Pero tuvo que recorrer unos pocos kilómetros más antes de encontrar un lugar poco profundo para escalar el risco.

Entonces trazó un círculo para investigar el terreno. Era salvaje y hermoso, pero al haber sido criado entre granjeros concluyó que no era excesivamente fértil y los tan sedentarios romanos no habían puesto mucho empeño en sacar provecho de esa tierra. Sí, aquella gente estaba aferrada a su antiguo estilo de vida, un estilo del cual los romanos no sacaban mucho beneficio. Éste había sido, según su padre, el motivo del fracaso del Imperio en el oeste: la incapacidad romana para comprender o ayudar a

cualquier otra forma de vida. Vivir por la espada, morir por la espada. Los romanos habían sido militares hasta el último momento.

Los impuestos mermaron. Los bárbaros prendieron fuego a la frontera, los *lines*; la cadena de fuertes que un día garantizó el orden se desmoronó. Aun así, el espíritu romano permaneció en las legiones, incluso si dichas legiones estaban ahora compuestas por bárbaros ineficaces que peleaban a muerte por obtener el título de emperador al menos una vez, normalmente dos, cada generación.

Zarpa Negra encontró alguna prueba de que una villa romana de considerable tamaño había existido allí. Pero eso había sido hacía mucho tiempo. Las granjas eran montañas de escombros cubiertas de malas hierbas y sus campos tan descuidados que los límites ya no podían ser trazados. Encontró huellas de lobos, osos, jabalíes y felinos pero ninguna señal de que algún humano habitara esas tierras.

Se subió a un espolón que le permitía tener una vista de todo el terreno. Detrás de él estaba el pie de la cordillera montañosa que se elevaba azul y blanca y con aspecto frágil en la distancia. A su izquierda, la garganta del río surgía de las montañas, los riscos cayendo más y más abajo hasta desaparecer y correr libres a lo largo del claro. Enfrente, el denso bosque.

Zarpa Negra se sentó, levantó una de las patas traseras y se preparó para rascarse detrás de una oreja. Entonces, cuando sus patas traseras se encontraron con una superficie dura, se dio cuenta de que aún llevaba puesto el casco. Al cambiar de forma, el casco también había cambiado, adaptándose a su cabeza.

Susurró un leve gemido que traducido del idioma de los lobos significaría: «¿Por qué?».

—Estoy a tu servicio —la voz sonó dentro de su cabeza.

Como lobo, reflexionó y no contestó. Cuando ella le dijo su nombre, el ave apareció. Y no se iría a pesar de todos sus esfuerzos por ahuyentarla. Le dijo que era parte de su don y debía aceptar el servicio de la criatura.

Zarpa Negra no estaba contento y lo estuvo incluso menos cuando ella le explicó algunos de los problemas inherentes a una relación entre un mero mortal como él y un ser superior como ella. Hicieron las paces de la forma habitual, y luego se encaminaron hacia la playa para buscar algo de cena. Había unos seres grandes y con pezuñas viviendo en las charcas que recordaban a unos bogavantes espinados. Recogió media docena. Ella encontró suficiente combustible para un fuego, cocieron los crustáceos al vapor y los comieron. Las pezuñas eran la parte más exquisita, pues su carne era muy dulce.

Después de eso, se tumbaron abrazados junto a las brasas.

—¿No puedo convencerte para que te quedes? Aquí no nos falta de nada. La mayoría vería nuestra situación como un auténtico paraíso —dijo ella.

Zarpa Negra miraba hacia el cielo y descubrió que no veía señales que le resultasen familiares. Sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo, igual que su hermanastra lo había sentido también cuando fue secuestrada de su mundo. Sólo la

desorientación era peor, pues las diferencias entre ese cielo y su mundo eran enormes.

—¿Dónde estamos?

—Al final del tiempo o en sus comienzos. Nunca me he preocupado de investigarlo. Ya te lo había dicho.

—No lo había comprendido por completo. —Parecía temeroso.

Entonces comenzó a gimotear en silencio, con los ojos abiertos. Ella le tomó la mano y se la sujetó mientras las estrellas empezaron a caer, saliendo de la negrura, trazando sus caminos de fuego a través del tranquilo y silencioso panorama del universo.

—¿Sabes lo que son? —preguntó ella.

—Sí. El jardín me lo dijo. Hay tantas cosas que no sabía y tantas que aún no entiendo...

—Los días y las noches transcurren aquí de la misma manera que la marea sube y baja. De vez en cuando, una tormenta se acerca a la costa, pero pasa de largo. A veces es una tormenta grande, a veces una pequeña. Pero no tiene más importancia que la pleamar y la bajamar. Aquí nada cambia, todo permanece igual. Pongo una fruta en la mesa, un melocotón maduro, y cuando vuelvo cien o incluso mil años después, aún está maduro y con el olor dulce que siempre tuvo. Lo mismo, siempre lo mismo. Me fundo con el agua y dejo que me frote contra la arena. Me fundo con la arena y soy transformada en vapor y elevada al lugar donde las estrellas brillan incluso de día y me convierto en un trozo de nube de hielo formando un anillo alrededor de la luna de noche, un susurro de brillo que cruza el cielo azul durante el día. Y después de estar cambiando de forma por una eternidad, vuelvo y todo sigue igual. La fruta igual de madura, el mar igual de azul, la brisa refrescante como antes de que me fuera. Nada ha cambiado y nunca cambiará. Te quiero.

—Lo sé —susurró él entre lágrimas—. Lo sé. Pero no puedo quedarme. No puedo. Moriría por conocer algún cambio alguna vez. Al final me volvería loco o me iría a mi casa.

—Sí, sí. Mañana te mostraré el camino de vuelta a tu casa —lo consoló como si se tratara de un niño atormentado.

Y así lo hizo, pero con la condición de que debía llevar el casco con él.

Un lobo no llora y por un momento consideró convertirse en hombre sólo para poder gimotear. Pero entonces apartó el problema de su cabeza. El paisaje era hermoso y el bajo sol acariciaba el follaje de los árboles dotándolo de brillos y empapaba la tierra con su luz rojiza. Un lugar duro con porciones de tierra pobre que sólo daba vida a robles achaparrados y unos atormentados pinos con aspecto hambriento. Pensó que debía de haber sido una tierra mejor antes de que los romanos intentasen cultivarla. El claro, más allá de los bajos bosques, parecía fértil. Quizá habría gente más allá del bosque.

Pero allí no. Allí no había nadie. Humanos, se sobreentiende. El viento que le soplabla en la cara se lo hubiera dicho.

Bajó de la roca y avanzó en círculo a través del enmarañado bosque. No encontró nada y estaba cruzando el río cuando se detuvo a ver cómo el agua se convertía en un espejo milagroso del cambiante cielo del anochecer. Se detuvo y arrojó su bozal al agua, el casco desplegó las alas y se colocó cual pájaro en una roca rodeada por agua, agua que reflejaba las llamas púrpuras, doradas y rojas que formaban el cielo.

Zarpa Negra abandonó el cuerpo de lobo.

—Te da poder —dijo Zarpa Negra al ave.

—La belleza siempre lo hace, mi señor.

—¿Mi señor? ¿Qué significa ese trato tan respetuoso?

—No es respeto sino gratitud. Tú me mataste. Ahora puedo dormir. —Los ojos del ave brillaban rojos en oposición al denso y negro plumaje—. Estoy muerto. No hay nada en mí más que carbono y hierro. Vuelvo sólo a pedir ayuda para mis amigos.

—¡No! Y puedo adivinar quién eres. El primero. Tú me sacaste un ojo.

—Eso hice. —«La respuesta estuvo acompañada por una estridente carcajada de cuervo—. Pero a cambio tú me mataste.

Zarpa Negra recordó algo como carbón deshaciéndose en su boca.

—Me dejaste un mal sabor en la boca. Aún lo noto.

—Espera, descubrirás un sabor incluso peor. Sólo que... estará en tu mente.

—¡Vete al infierno! O mejor, vuelve a ser lo que eras y, don o no, déjame solo.

—No es don. Más bien es el destino —fueron las últimas palabras del ave.

Un segundo más tarde, el casco estaba en su cabeza y las últimas luces se apagaban en el agua. Podía oler el jabalí que se estaba cocinando a lo lejos. Se vistió y volvió con el pelirrojo.

El jabalí estaba sobre un fuego de piedras ardiendo. Lo comieron mientras compartían una jarra de vino.

—¿Has visto a alguien? —preguntó el pelirrojo.

—No. ¿Debería?

—A veces. Tres de cada cinco veces vemos a alguien. Se dividen en tres categorías: bandidos, refugiados y soldados que los terratenientes envían para capturarnos.

—Vaya, ¿y? —Zarpa Negra separaba la carne de la piel del cerdo y la colocaba sobre un trozo de pan que habían llevado con ellos.

—Si son bandidos, salimos corriendo. Si son refugiados, los aceptamos a condición de que juren obedecer nuestras reglas. Si son soldados enviados para capturarnos... —El pelirrojo rió—. Entonces es sólo beneficio. ¿Ya te ha invitado a cenar alguna de las jovencitas?

Zarpa Negra bebió un gran trago de vino.

—Hum..., eh..., sí. Dos. ¿Significa eso algo?

El pelirrojo rió burlón como un lobo.

—¿Quién?

—Bueno, una no valía mucho la pena. Una criatura pequeña de pelo oscuro. Mona, dijo que se llamaba.

El pelirrojo silbó.

—Vaya, muchacho. Mona. Ella no es... Quiero decir, es la tía más caliente que camina sobre dos piernas. Puede follar como una... Quiero decir, más te vale tenerla así. —Colocó las manos separadas unos treinta centímetros la una de la otra—. Está bien para pasar ocho horas a cuatro patas.

Zarpa Negra se puso colorado y casi se atraganta con un trozo de carne. El pelirrojo lo golpeó en la espalda hasta que logró expulsar el trozo de cerdo atascado. Entonces le ofreció un trago de vino.

—Pensé..., pensé que sólo estaba siendo hospitalaria.

—¡Oh, sí!, claro que es hospitalaria. Puede joder toda la noche. ¿Quién era la otra?

—Era sólo una niña. Su madre, o puede que fuera su madrastra, me invitó...

—¡Vaya! Déjame adivinar: ¡Magda!

—Sí, pero es sólo una niña.

—Has tenido un buen comienzo, muchacho. En un mes ya habrán pasado por ti todas las mujeres disponibles. Una vez yo estaba cazando en las rocas altas. Divisé una leona. Mala suerte. No corrió, así que me dispuse a ser todo lo discreto que demandaba nuestra situación.

—Corriste —dijo Zarpa Negra.

—Tan deprisa que no lo creerías. Eran cien kilos de músculo leonado. Con pezuñas de diez centímetros y dientes de quince. Pero me hizo refugiarme en un árbol.

—Malo —dijo Zarpa Negra.

—Sí, pero yo aún tenía la espada y, mientras le apuntara con ella a los ojos, no se atrevería a subir. Así que allí me quedé mientras ella paseaba arriba y abajo debajo del árbol hasta que... —El pelirrojo levantó el dedo. Zarpa Negra mordía la carne de una costilla.

»Hasta que el macho apareció y descubrí por qué ella parecía tan rara. Muchacho, fue una experiencia humillante. Él saltó sobre su espalda y se agarró a su cuello. Ella chilló todo lo que sus pulmones le permitieron y empezaron. El sol se fue, apareció la luna. Luego, un tiempo después, la luna desapareció y las estrellas brillaron con fuerza. Tenía tanto frío que casi me congeló. Mi trasero era una bola de hielo y se me congelaron los dedos de las manos y los pies y el labio superior. Pero, lo juro por Dios, que esos dos no paraban.

»Un par de veces, al estar en una cuesta bastante pronunciada, se apoyaron contra el árbol y, demonios, casi me tiran de allí. Hasta entonces yo me había considerado un gran hombre. Pero esa gata me dejó hecho polvo. Llegó el alba, el león salió de su cuerpo y ella le pasó las pezuñas por las paletillas y le mordió la oreja antes de que él se largara.

»Entonces me miró de forma conmovedora. Pensé que... mi pobre ingenio estaba a punto de abandonarme y, justo cuando me disponía a romper a llorar y rogar clemencia, oí las voces de Cregan y sus hombres que venían a rescatarme. Se habían puesto en marcha para buscarme en cuanto se dieron cuenta de que aún no había vuelto. La espantaron, ¡y le doy gracias a Dios por ello! Si alguna vez vi deseos de violación en los ojos de una criatura, fue en los suyos.

»Estuvo cerca —continuó contándole—. Tan cerca que, cuando estuvimos de vuelta, me acurruqué bajo la colcha de mi cama y me chupé el dedo como un niño de tres años durante cuatro días, hasta que Cregan derritió un poco de nieve en una olla y me la echó encima, haciéndome volver por fin en mí.

»Sólo te digo esto, muchacho, para prevenirte de las hembras peligrosas. Porque hay algunas en nuestro campamento que podrían ganar a esa gata y tres más como ella. Magda tiene seis nueras y doce nietas. Me pregunto qué cuatro o cinco quiere para ti.

Zarpa Negra ya había devorado seis costillas y estaba empezando la séptima.

—Eres el embustero más extraordinario que conozco —dijo.

—¡Es cierto! —rió el pelirrojo—. Es cierto. Pero ayuda a pasar el rato de una forma más agradable, ¿no?

La verdad es que el pelirrojo no había descrito ni la mitad de la verdad. Al menos en lo que se refería a Mona. Había olvidado mencionar que gritaba como una loca cada vez que tenía un orgasmo, y eso sucedía con la suficiente frecuencia como para mantener a todo el pueblo despierto hasta casi el alba. Zarpa Negra le dio su mejor empuje, o más bien empujes...; perdió la cuenta después de seis. Y así fue como sus destrezas en otras lides fueron conocidas a lo ancho y largo del reino.

Su cena con la adivina Magda fue muy interesante. Ella le dio el precioso manto que había tejido, el manto que contenía el mapa de los cuatro mundos.

Fue una cena exquisita que concluyó con pasteles de pasas y miel. Los hombres estaban fuera conduciendo las ovejas a los pastos altos. A no ser por el casi dormido abuelo de Magda, no había más hombres sentados a la mesa. Sólo las damas. Desde la mayor Magda, de sesenta y algo años, hasta la nieta más joven, de dieciséis.

Zarpa Negra suspiró y, un poco de mala gana, pasó el último pastel de miel. Pero cuando levantó la mirada vio doce pares de ojos dirigiéndole una mirada muy similar a esa que él había concedido a los pasteles de miel.

Se escapó, murmurando excusas incoherentes sobre lo que tenía que patrullar la mañana siguiente. Cregan y los demás consideraron muy divertida esa ansiedad y disposición a cumplir sus obligaciones.

A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, se descubrió a sí mismo descendiendo por la colina, armado con una espada y un alfanje antiquísimo, aunque no muy atractivo, con un solo borde cortante. Era uno que nadie más quería porque resultaba muy pesado de blandir. Pero una vez en movimiento, era capaz de arrancarle la cabeza y los hombros a un hombre con un impacto no demasiado fuerte,

y a Zarpa Negra le gustaba.

Era mucho más fuerte que la mayoría de los humanos y tenía mucha más resistencia. Podía blandir el alfanje fácilmente durante media hora y matar todo lo que rozase. Además, planeaba esconderlo con su ropa e ir cerca del río a transformarse en lobo.

Lo hizo y ya era lobo cuando se encontró con el grupo de hunos.



Igrane lo reconoció de inmediato y sonrió como el tiburón que percibe la sangre en el agua. El cuerpo de Uther se estremeció y sintió la debilidad propia de la fiebre. Su resplandeciente belleza parecía absorber la vitalidad de aquellos que la rodeaban. Uther supo que se encontraba ante una maga poderosa y malvada.

Igrane era veinte años mayor que Uther cuando se casaron. Ante el altar sostuvo su mano entre las suyas y en ese preciso momento supo que Merlín era su amante. Pero aun así la tomó como esposa, pues ella implicaba también Cornualles y sabía que los oscuros poderes del brujo la mantendrían joven..., lo suficientemente joven para darle un hijo, Arturo.

Ella tenía lo que quería: poder permanente. Aún era un mundo de hombres y, una vez en firme posesión del Gran Reino, él sería capaz de prescindir de ella. Pero le dio un heredero, uno que él ni siquiera deseaba. Uno al cual amó. Su hijo Arturo. Así que toleró sus crueldades, sus engaños, sus traiciones más que frecuentes con su mentor, Merlín, hasta el día en que descubrió que ella y su amante torturaban a su hijo.

Las tormentas azotaron la costa aquella primavera. Había ido a Tintagel para la celebración de un rito ancestral. Los jefes de los grupos tribales de Cornualles se reunirían en esa fortaleza embrujada con su primavera ancestral y jurarían lealtad al gran rey. Hay una huella en Tintagel, una huella en piedra, que se decía que había sido hecha por un dios que marcó el lugar donde el gran rey recibe el homenaje de los principales y, a través de ellos, de sus pueblos. Esos hombres no se arrodillaban, al igual que tampoco lo hacían sus mujeres, sino que golpeaban sus espadas contra grandes escudos cubiertos de piel y emitían un poderoso grito cuando el gran rey colocaba el pie en la sagrada hendidura de la roca marcada por el ancestral y anónimo dios.

Tres veces era emitido el grito..., tres veces chillaban las águilas. Pues como dicen, un grito por un guerrero, dos por un líder, y tres por un rey. El lastimoso grito del águila presagia el destino de los enemigos del rey y, al fin y al cabo, del rey mismo.

No había fechas exactas de cuándo tenía lugar ese rito y el día después de su llegada el salvaje tiempo y las altas mareas inundaron el camino forzando la postponición de la celebración. Al segundo día, la tormenta pasó, dejando el cielo raso y un limpio frescor en el aire. Los numerosos visitantes se las arreglaron para llegar a

la fortaleza, pero las fuertes mareas mantuvieron los caminos inundados e hicieron que muchos notables no pudiesen llegar a la roca.

Igrane y Merlín lo festejaron en las habitaciones de ella y dejaron al rey en el salón, donde cumplió con su deber y entretuvo a sus seguidores más importantes. La desagradable pareja pensó que el rito había tenido lugar el segundo día y creyeron que Uther, quien se cuidó de no permanecer próximo a ellos más de lo necesario, ya había emprendido su camino de vuelta.

Pero no.

Ser aclamado y vitoreado era sólo parte de su deber en esas ocasiones. Sus seguidores consideraban esas ocasiones idóneas para pedir favores y presentar quejas. Así que pasó la tarde en el salón escuchando airados discursos mientras era objeto de grandes cantidades de consejos no solicitados, virulentas críticas (todos trataban de socavar la posición de los demás), interminables lloriqueos y resentidos descontentos, ocasionales intentos de extorsión y contrabando, y desvergonzados, evidentes y no disimulados ruegos y súplicas de favores que no haría, no podía y en ocasiones no se atrevería a otorgar. Eso era lo que obtenía de sus hombres.

Las mujeres eran peores. Tenían la seducción en el cerebro. Eran, incluso las más ancianas, el grupo de mujeres más maquilladas, perfumadas (su nariz lo percibía), indecorosamente vestidas y peligrosamente encorsetadas que él había visto. En las fiestas, sentía como si se enfrentara a todos los pechos y nalgas del reino.

Sus hombres disfrutaban con el espectáculo, a veces hasta el punto de babear de entusiasmo o ligar con ellas desvergonzadamente donde y cuando podían. Las malhumoradas damas, objeto de la furia de las agresiones sexuales, a veces, muchas veces, decían «qué demonios», y elegían con libertad. Más tarde esa misma noche, los que no estaban completamente descartados a causa de la borrachera, gateaban para reunirse con sus citas en los numerosos escondrijos del vasto bosque.

Esos experimentos de inoportunas infidelidades llevaban a altercados, altercados que Uther tenía que solventar. En concreto, quince peleas de puños, seis con cuchillos, cuatro con espadas y una moderada cantidad de deplorables maltratos. No todas las damas eran capaces de evadirse de sus maridos y dos de ellas requirieron atenciones de los médicos personales de Uther.

Mientras que tanto la ley como la tradición permitían a los maridos disciplinar a su capricho a sus esposas, muchas de las familias de las damas no eran muy tolerantes con ese comportamiento.

«¿Qué le has hecho a mi hermana?».

Y Uther se vio forzado a intervenir para prevenir un serio derramamiento de sangre entre dos de las familias más poderosas.

Para cuando ya había evitado esa agresión y los participantes empezaban a regresar a su casa, Uther estaba exhausto y en cierto modo resentido. La mayoría de sus hombres lucía amplias sonrisas, pero él no. El rey decidió descansar antes de empezar la nueva ronda al día siguiente de las casi constantes crisis que demandaban

su atención, y por lo tanto retrasó su salida un día. Era hora de pelear y él era lo suficientemente mayor para estar cansado de la interminable guerra que dominaba en el mundo. Eran tiempos de piratas.

Los irlandeses navegarían hacia una costa; los sajones, hacia la otra. Surgirían serios problemas logísticos y estaba considerando cómo solucionarlos cuando comenzaron los gritos.

La magia existe. Nadie más en la habitación los oyó. Sus hombres estaban cerca, muchos de ellos coqueteando con las mujeres cuyos maridos eran más complacientes. La habitación estaba repleta de charlas y risas.

Uther se levantó y se dirigió a la escalera. Un terrible presentimiento se apoderó de su alma. Sabía que «ellos», la bruja con la que se había casado y su amante, estaban torturando a alguien.

Llevaba botas de piel blanda, por lo que sus pies se movían silenciosos por la escalera de piedra. Cuando llegó arriba descubrió que a quien estaban torturando era a su hijo.

No tenía muchos recuerdos de lo que ocurrió a continuación. Recordaba el dolor en su puño cuando golpeó a Igrane. Unos cuantos dientes le salieron volando de su boca y Uther creyó (en ese resquicio de la mente que es racional cuando el resto no lo es) que la había matado. Las consecuencias en ese momento le eran indiferentes, a pesar de que hubiesen sido serias.

Recordaba también haber golpeado a Merlín, el hechicero, con las dos manos. El golpe en la barbilla debió elevarlo algo del suelo, pues Uther recordaba haber visto el rostro de Merlín un poco por encima del suyo deformándose con la mandíbula destrozada. No rota, sino destrozada por la fuerza de ese golpe a dos manos.

Se quitó el manto para cubrir con él al muchacho, pues la ropa del chiquillo estaba empapada de orina y heces por la absoluta pérdida de control del cuerpo. También recordaba que había dicho a sus hombres que mataran a cualquier persona o cosa que se interpusiera en su camino para salir de la fortaleza. La noche lo encontró lejos de Tintagel, cabalgando a través de los bosques de maleza que cubrían las bajas montañas cercanas a la costa. Él y sus hombres acamparon en un valle cercano a un antiguo pozo. Lavó al muchacho en un arroyo que sabía que se originaba en la montaña.

El chiquillo ni siquiera se estremeció con el agua fría, y Uther tuvo cuidado de no mostrarse enfadado delante de Arturo. Era evidente que el joven ya estaba suficientemente aterrado.

El pozo junto al cual habían acampado no tenía propietario reconocido, ningún principal o rey vivía en las inmediaciones. Pero tenía una sacerdotisa. Llevaba allí mucho tiempo. Los cristianos de los alrededores la habían aceptado como si se tratara de una santa. Los otros, los que no eran cristianos, habían entendido que se dedicaba al antiguo oficio de guardar las aguas.

Subió hasta ver su casa. Como era redonda, supo que debía de ser la suya. Ella

estaba sentada en silencio en la enguijarrada entrada, observando la puesta de sol. Como era una anciana, sus huesos se quedarían bajo la casa cuando se derrumbara. Se convertiría en un santuario. No tendría sucesor. El clero cristiano local se encargaría de eso.

Cuando salió del bosque, ella lo miró y Uther vio el brillo en sus ojos. El muchacho no le tenía miedo. Ningún anciano le había hecho daño jamás.

La anciana del bosque no poseía nada de la falsa juventud de la cual rebosaban Igrane y Merlín. Observando a la increíblemente joven criatura que ahora estaba frente a él, Uther pensó acerca del honesto manto del tiempo que descansaba sobre sus hombros y el de todos los humanos. De alguna forma, Igrane lo había minimizado. Al igual que Merlín. Pero al recordar el sufrimiento del perro, se preguntó si había sido una bendición.

Los ojos imposibles de Igrane estaban fijos en el rostro de Uther y su sonrisa crecía, más y más depredadora por momentos. Se sintió igual que aquella noche en que el malvado hechicero le habló, una afilada sensación de tragedia inminente. Parecía que el tiempo estaba situado a uno de sus lados y la muerte en el otro. Ambos preparados para conducirlo a la cama matrimonial de la absorbente bruja. Ella chuparía la semilla de su ijada y él, como un zángano, se enfrentaría a su única y última boda con esa reina inmortal, se extinguiría entre las sombras, moriría violado y mutilado.

Había visto la tierra de las reinas después de las peleas de apareamiento, las gónadas de los insectos descolgándose por el vientre, y se preguntaba cómo sería para el zángano encontrarse con ella en el cielo.

Ella, triunfante, por ser el único objeto de la existencia de él. Su amor despiadado significaría el destino fatal del macho. Sus genitales desgarrados, los espasmos de lujuria de su cuerpo destrozado transfiriendo este último flujo seminal al futuro de la raza. Gloria y muerte...

Aife le tocó la mano, y la ilusión de la muerte y del deseo se hizo añicos del mismo modo que una piscina en calma se fragmenta cuando una gota de lluvia toca la superficie. La aterradora mezcla de amor y muerte se desvaneció, y él quedó sumergido bajo el fétido y reptil olor de las serpientes y el hedor del foso. El rostro de Igrane se torció en un espasmo de furia tan breve que Uther estaba seguro de que nadie más lo había visto. Después se volvió hacia Severius y sonriendo señaló a Uther.

Pero la multitud de curiosos y seguidores estaba creciendo por momentos y rodeaba a la resplandeciente pareja empujando a Aife y Uther y alejándolos de los objetos de veneración. Aife permanecía callada, sujetando la mano de Uther mientras la pareja se movía, arrastrando con ellos a la multitud.

—¿Puedes sentirlo? —Aife tembló—. Hace frío, mucho frío. Ella me congela la sangre. Mi hermano dijo que había sido abordado por una rica heredera del norte.

—¿Te dijo cómo se llamaba?

—Saraid —contestó Aife.

—La mejor —tradujo Uther—. No es un nombre, pero supongo que en algunos aspectos es la mejor.

Aife le levantó la mano.

—Bien. Ya no hace frío. Cuando la vi llegar, parecía que todo el salón estaba impregnado de sombras y un frío de hielo. Pero, mira —dijo señalando a las ventanas—, el sol brilla, los cielos grises han desaparecido.

Uther no se había dado cuenta de que las ventanas estaban vidriadas de lo oscuro que había sido el día, pero ahora aquellas que estaban al oeste dejaban entrar rayos de luz polvorienta en el salón, haciéndolo incluso parecer un lugar agradable. El pozo de la serpiente estaba vacío, los pálidos ojos del reptil eran sensibles a la luz brillante y se habían refugiado en los huecos que rodeaban la parte abierta del pozo.

—Ella será su última adquisición. —Aife miró a través de la puerta doble que comunicaba el salón con los elegantes jardines donde su hermano y su séquito paseaban dirigiéndose al gran salón de recepciones.

—¿Última adquisición? —preguntó Uther.

—Sí. Él ofrece la posibilidad de matrimonio, con sus vastos terrenos y sus influencias con los francos en la Galia a cualquier mujer con dinero que conoce. Le dan regalos caros y luego descubren que no tienen tanto dinero como sería necesario para separarlo de su libertad. Probablemente son afortunadas. En unos meses de matrimonio estarían muertas. Ése es el juego en la Galia. Los jóvenes son emparejados con mujeres ancianas. Las mujeres apenas duran lo suficiente para disfrutar de sus pequeños logros. A no ser que sean atendidas por médicos astutos que controlen las comidas. Dulces niñas de doce o trece años son ofrecidas a viejos cascarrabias.

—Hummm, en ese caso supongo que es suficiente dejar que la naturaleza siga su curso. Con esa clase de incentivo supongo que la mayoría... lo llevará a extremos.

Aife se encogió de hombros.

—Ven a mis habitaciones. Toca para mí.

—No tengo canciones para mujeres.

Era cierto. La música de su tiempo había sido compuesta en torno a la batalla. Por eso algunos de los pensadores griegos la odiaban y temían. El otro problema era que la música no podía ser fruto de la razón, sino que debía hablar directamente de las emociones para llegar al alma.

Aquellos griegos y romanos razonables temían y odiaban cualquier cosa que no se sometiera a su alardeado análisis racional: la música, la religión y las mujeres eran misterios, y por lo tanto eran temidos, desprestigiados y evitados por los filósofos.

Aife soltó la mano de Uther y miró hacia el pozo de la serpiente con los ojos cerrados, las pestañas descansando sobre las mejillas. Un rayo de luz iluminó su pelo y centelleó en las doradas pestañas. Volvió el rostro hacia él y abrió los ojos. La luz del sol brilló desde su interior, al igual que cuando se debatía contra la enfermedad y

la fiebre, seguro de que moriría a causa de la infección del brazo y sólo deseaba que el interminable dolor y la inseguridad acabasen. Esa mirada brillante, irresistible y terrible lo apresaba y no le dejaba huir hacia la oscuridad última.

—Sí —dijo ella—. La música habla de la guerra y los guerreros utilizan los himnos para alcanzar el frenesí. El cuerno de la guerra ahoga los gritos de los moribundos cuando los ejércitos se baten frente a frente. La canción de alabanzas es para los héroes, aquellos que mueren son siempre héroes y aparecen en la canción épica como inmortales para los otros hombres. Pero no es ahí donde la música nació, ni donde alcanzó su máxima belleza y poder. La música es fruto de la sinrazón, pero también lo son el amor y la muerte. La música es la conversación que el alma de un hombre mantiene con Dios, o quien sea que pueda contestar a las preguntas: ¿por qué algo?; ¿por qué no la nada?; ¿por qué el algo que somos tú y yo o los pájaros que, más allá de las ventanas, vuelan entre nosotros y el cielo azul salpicado con nubes, debería existir?; ¿por qué estar juntos aquí ahora, respirando el mismo aire primaveral? ¡Oh, sí!, mi amado y respetado. Cuando llegues a mis aposentos, tendrás música para mí.



Zarpa Negra trató a los hunos como sólo un lobo podría hacerlo, analizando la presa.

Eran doce hombres, y, a pesar de que los guerreros mayores y más veteranos eran hunos, su líder era un picto. Como Kyra le había enseñado las marcas tribales de los pictos, Zarpa Negra sabía que aquél procedía de cerca de la costa irlandesa. Los hunos habían acampado en el sur de Francia y seguramente los pictos se habrían puesto a su servicio.

Ocho, por sus armas y armaduras, eran hunos. Gorros de piel, escudos ovalados, potros rechonchos y rasgos del este. El picto montaba un caballo esbelto, oscuro, como lo eran normalmente los caballos pictos. Recordó que Kyra le contaba que incluso los romanos habían cesado de intentar capturar los caballos de los pictos. Al ser el único en montar tal animal, el picto destacaba, parecía un veterano guerrero y un peligroso asesino.

Los otros tres guerreros estaban tan desaliñados que apenas podía intuir sus orígenes. Sospechaba que no pertenecían a ningún pueblo conocido, como los pictos o los hunos. El picto probablemente tenía familia e hijos. Compartiría su mujer con un par de hermanos. Pero lo honrarían si volvía y lo llorarían si no lo hiciera. De las convenciones sociales de los hunos sabía poco, pero las marcas rojas de sus escudos eran similares y probablemente estarían relacionadas con el gran jefe huno Atila. Sabía que las familias poderosas de los bárbaros podían incluir familiares de duodécimo grado, con lo que acababan unidas cientos de personas. Hasta la más mínima relación con un exitoso guerrero era cuidada, mimada y a menudo pregonada y exagerada.

El trío restante eran lo último y lo peor, el miserable residuo de la conquista romana, *coloni*, esclavos, sirvientes, vinculados a la tierra y condenados a llevar una vida de trabajo silencioso y desagradecido. Oportunistas y fugitivos.

«Un hombre no es un hombre», recordó que decía Kyra. Aquéllos no eran hombres. Morirían con facilidad. El problema eran los demás, y serían uno de esos problemas importantes, ya que escoltaban un carro con su botín.

El contenido del carro estaba cuidadosamente envuelto en piel encerada, pero Zarpa Negra podía olerlo: hierro, oro y plata. Sí, los metales desprenden olor, especialmente cuando chocan unos con otros y las pequeñas moléculas se liberan en la brisa de la tarde. El olor de la seda, el lino y la lana es percibido por el olfato del lobo y aquellos materiales también se encontraban en el interior del carro.

El grupo de hombres seguía el curso del agua, camino de las tierras bajas. No serían presa fácil. Durante el día, mientras el carro tirado por un buey avanzaba sobre las piedras a la orilla del río, el líder picto envió avanzadillas para estudiar el terreno y cubrir ambos lados del río a fin de asegurarse de que no les aguardaba ninguna emboscada. Eligió bien los lugares donde acampar, las tierras más altas en muchos kilómetros. En caso de no haber encontrado un lugar elevado, habría elegido una gruta o una cueva cerca del río donde hacerse fuerte ante un ataque.

Zarpa Negra se convirtió en su sombra durante dos días y supo que estaban cerca de alcanzar las tierras bajas, donde ya no estarían al alcance de Cregan. En dos días más, el río que estaban siguiendo saldría del terreno salvaje y serpentearía por campos cultivados. Zarpa Negra estaba a punto de abandonar sus planes cuando percibió una señal de que el picto que dirigía el grupo lo había descubierto.

El grupo levantó el campamento con la primera luz del día y cabalgó hacia la niebla fría y oscura. Entonces Zarpa Negra entró en el claro donde habían pasado la noche. La distribución de las fuerzas hecha por el líder era digna de admiración. Habían hecho un fuego, desguarnecido al buey para que pastara, dejando el carro del botín cerca del fuego, y dispusieron troncos tapados con sábanas esparcidos a su alrededor, mientras él y sus hombres se refugiaban entre las concavidades de la roca. La trampa más evidente para bandidos descuidados que Zarpa Negra había visto jamás. Los bandidos entrarían, atacarían los troncos cubiertos por sábanas y serían asesinados por los hombres que se escondían entre las rocas.

El lobo suspiró, luego entró e investigó el campamento. Fuego, cenizas húmedas, totalmente apagado, muy bien. Ninguna pista delatora de humo para atraer la atención de los posibles enemigos.

Sus oídos le dijeron que el grupo avanzaba a la velocidad esperada en la dirección esperada. Sangre, un olor atractivo para un lobo. Venía de cerca de la zona donde había comida. Trozos de carne roja, trozos grandes. Avanzaba hacia el montón de trozos de carne con espíritu de lobo cuando el hombre que había en él le dio el alto.

¡No! ¿Por qué?

Llevaba el casco del cuervo. De pronto el casco se convirtió en ave con un sonoro

grito de alarma y voló hasta un roble, desde donde podía divisar el río. Zarpa Negra permaneció en silencio, estudiando los trozos de carne. Al menos media docena estaban aún rojos y rezumaban sangre. Carne de venado. Eran pequeños, todos menos uno. Zarpa Negra caminó hacia él, lo cogió con una de sus patas delanteras.

El trozo se partió y reveló el afilado y alambrado borde de un hueso de costilla atado por una cuerda de cuero. Una trampa adaptada a la devoradora forma de comer de los lobos.

En caso de haber tragado la carne sin cuidado, sus jugos gástricos habrían disuelto el cuero y el hueso afilado habría perforado su intestino. Luchar con una herida de tales dimensiones habría sido un doloroso combate. Un combate que seguramente habría perdido. Si hubiera sido un lobo real, habría tenido que afrontar tal muerte.

El campamento había estado situado en un amplio banco de arena, cerca de un vado poco profundo entre dos charcas de más profundidad. Zarpa Negra se dio la vuelta rápidamente y corrió hacia el vado pero, antes de que alcanzara el agua, el picto apareció ante él a caballo, el escudo cubriéndole la parte izquierda, una gran lanza en la mano derecha.

Zarpa Negra se alejó instintivamente de la lanza. No se dio cuenta de su error hasta que el picto giró el caballo y, agarrándose a uno de los cuernos de la silla de montar, se agachó y golpeó con el borde del escudo las paletillas y el cuello de Zarpa Negra.

El lobo profirió un grito de agonía. Lo inundó el pánico al sentir que tenía la pata derecha insensible y la izquierda se derrumbaba. «La muerte me busca», pensó Zarpa Negra, sintiendo tan sólo estupefacción.

En unos segundos, había pasado del letargo de la mañana al peligro mortal. Sabía que su vida de lobo dependía de un segundo y era consciente de que debía pasar aquella prueba o morir, porque el picto estaba dando la vuelta y en uno o dos segundos su lanza estaría en el cuerpo de Zarpa Negra, atravesándole el corazón.

Zarpa Negra trató de levantarse y, aunque no podía sentir las patas, sus sentidos cinéticos le indicaron que su cuerpo se había levantado y estaba moviéndose. La lanza, con sus bordes de hierro brillando como miel fresca, cayó tras él.

Había un único lugar donde atacar. Sólo una oportunidad. Usó sus poderosas patas de lobo para saltar y empujar al caballo a la altura de las cinchas. Era piel acolchada, reforzada con cuerda de cáñamo enroscado. Lo intentó pero no pudo romperla por completo con los dientes.

Su peso forzó al caballo a caer sobre sus patas traseras. El animal elevó las delanteras mientras se tambaleaba. El picto estaba aturdido. El lobo tendría que haber estado a uno de los lados y ser presa fácil; sin embargo, parecía haber desaparecido.

Zarpa Negra mordió las cinchas como nunca había mordido nada antes. Su medio cuerpo insensible se tambaleaba de un lado para otro. El humano que había en él rogaba a Dios que el picto no adivinara dónde estaba. El caballo lo sabía y girando en

círculo trataba de quitárselo de encima.

Y entonces el picto imaginó lo que había ocurrido.

Con una asombrosa muestra de su pericia como jinete, consiguió dominar al caballo y tenerlo bajo control. En vez de estribos, las sillas de montar de entonces tenían cuatro cuernos. Cuando el jinete caía hacia la izquierda, los cuernos de la izquierda se doblaban sobre el muslo y mantenían la silla en posición. Los cuernos de la derecha hacían lo mismo en caso de caer hacia la derecha.

Zarpa Negra sintió el sonido de las cinchas y supo que el picto apuntaba hacia abajo con su lanza.

Noooooooo... Se soltó. Cayó en un charco al borde del río. Una coz descontrolada del caballo le golpeó la paletilla, casi se la disloca, y le dejó los pulmones sin aire.

El picto echó hacia atrás al caballo, preparándose para atravesar con su espada el cuerpo del lobo vencido... cuando... la cincha finalmente..., por fin..., se rompió, haciendo que el jinete volara sobre la grupa del caballo y cayera en el poco profundo vado.



El viento me golpeó de nuevo, y el polvo me cegó cuando abrí los ojos. Vi a Meth avanzando, aunque despacio y con cuidado, pero rodeando la torre. Mi cuerpo estaba apretado contra el de Cateyrin y oí que emitía un suspiro de alivio.

—Oh... —empezó a decir.

—¡Cállate! —le dije—. Ya se está moviendo, ¡estate satisfecha! ¡Ahora síguelo!

—Sssí —susurró, y actuó de acuerdo con su palabra.

Una vez bordeamos la torre y pudimos ver el oscuro arco que era nuestro destino, las cosas fueron mucho más fáciles. No veíamos la hora de llegar y olvidarnos de nuestra precaria situación, a merced del viento, mirando hacia atrás hacia la escalera por la que habíamos huido de Tía Louise.

Meth estaba apoyado en una pared semitransparente.

—Ha estado a punto de salirse el corazón del pecho —dijo—. Aquí. —Cogió la mano de Cateyrin y la puso sobre la parte izquierda del tórax—. Creo que nunca había pasado tanto miedo.

—Mi pobre niño —susurró Cateyrin mientras lo abrazaba—. Mi pobre amorcito.

—Mi pobre estómago —dijo Albe—. Esto es repugnante. Menudo llorica. ¿Acaso pensaba que los demás nos estábamos divirtiendo? Como no se calle rápidamente, creo que le cortaré el cuello.

—Shhh. Ella lo quiere. Nosotras vamos a refugiarnos en la casa de su madre. Tratemos de no envenenar la copa de la que vamos a beber.

Tuau se acurrucó a mi lado y comenzó a toser, un molesto sonido propio de los felinos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Albe con voz aburrada.

Tuau contuvo el aliento.

—Maldito polvo..., ¡mierda! —E inmediatamente empezó a toser de nuevo.

—¡Maldita sea! ¡Cateyrin! —dije mientras Tuau seguía tosiendo—. ¿Dónde podemos encontrar un poco de agua?

—En el centro del jardín.

Sí, por supuesto, también había un jardín en aquel patio. Pero no lo había visto porque la luz era cada vez más tenue. Era muy pequeño, apenas unas flores que rodeaban una vasija en la que caía agua gota a gota.

—Sí, ¿y qué pasa cuando intentemos coger el agua? —preguntó Albe—. ¿Algo saltará del suelo y tratará de matarnos? Estos jardines están por todas partes.

—Sí, tenemos que..., la comida es uno de nuestros mayores problemas —dijo Cateyrin—. Y no, nada tratará de comerte por beber aquí. Simplemente no toques las plantas.

—¡Dios nos libre! —dije yo.

Tuau comenzó con otro ataque de tos, tan fuerte que parecía que iba a morir ahogado. Corrí hacia la vasija de agua. Casi con toda seguridad habría un cuenco. Lo llené y se lo llevé a Tuau.

Sorbió, no lamió.

—¡Por todos los santos! —exclamó Albe.

«Ella» apareció entre la oscuridad del interior de la torre negra.

—Las torres son de cristal, de cristal tintado, pero, si te acercas lo suficiente a las paredes, puedes ver el interior y que ellos te vean a ti —explicó Cateyrin.

Era muy hermosa: repleta de joyas, llevaba un tocado en la cabeza, un collar de brillantes piedras de color violeta, puños de doradas filigranas y brazaletes en los tobillos que consistían en enormes cadenas doradas salpicadas de pequeñas campanillas. Nos estudió a nosotras, las mujeres. Podía adivinar sus pensamientos cuando sus ojos se posaron en Albe y en mí. Cateyrin recibió el mismo trato, lo mismo hizo con Tuau. Entonces vio a Meth.

Sonrió. Era una sonrisa hechicera.

Meth la miró de forma incitante y le devolvió la sonrisa.

Ella levantó los brazos para mostrar sus pechos, rosados y perfectos; luego se hizo hacia un lado y se inclinó. Desde donde yo estaba, no podía verlo a él por completo. Era sólo una sombra a través del encorvado cristal. Pero todos vimos fascinados cómo se colocaba tras ella, la penetraba y utilizaba una mano para estimularla mientras con la otra guiaba sus caderas hacia delante y hacia atrás sobre su miembro de tal manera que se aseguraba un placer máximo.

Ella volvió la cabeza y sonrió a Meth de nuevo. Éste gimió y con los ojos cerrados se dejó caer contra la pared que se encontraba tras él.

Cateyrin fue hasta donde Meth descansaba y lo abofeteó tan fuerte como pudo. Meth gritó.

—¿Por qué me pegas? Yo no he hecho nada.

—Pero lo estabas pensando —dijo entre dientes.

Aparté la vista de Meth y volví a mirar hacia la pared de cristal. Ella ya se había ido, al igual que su compañero.

—Fin del espectáculo —dije—. Larguémonos de aquí.

Estaba oscureciendo cada vez más. No teníamos velas ni ninguna otra forma de luz con nosotros, y sería difícil pasar la escalera.

—Quizá si le damos a Tuau otro trago de agua... —sugirió Meth.

Cateyrin lo abofeteó de nuevo. Esta vez él se la devolvió. Ella se tambaleó, sangrando por la nariz. Oí que Albe desenvainaba la espada.

—¡No quiero muertos! —grité.

—Señora mía, me estás haciendo la vida muy difícil. No sé qué es peor: la lascivia instantánea de él o los celos frenéticos de ella.

—¡No *eztoy celoza*! —gritó Cateyrin.

Consideré entonces la posibilidad de que tuviera la nariz rota. Apenas podía ver, pero aquel patio parecía tener una única salida. Señalé hacia ella.

—¡Cateyrin! ¿Es por ahí el camino hacia la casa de tu madre?

—Zí. —Cateyrin se tapaba la nariz con la blusa.

—Entonces, vamos. ¡En marcha! ¡Deprisa!

Meth miró a Albe con ojos aterrados. Ella le sonrió, pero no era una sonrisa agradable, pues contenía indicios de amenaza y de mofa a la vez. Luego, tanto él como Cateyrin obedecieron.

—Toma nota —le dije a Tuau.

—¡Oh, demonios! ¿Por qué no...?

—Cortaré el cuello a cualquiera que comience a discutir acerca de lo que sea —dijo Albe tranquilamente, casi en tono de conversación.

Tuau obedeció refunfuñando entre dientes, pero en un tono tan bajo que apenas podía oírse.

La escalera bajaba y bajaba en forma de espiral. En ocasiones tuvimos que abrirnos paso a través de la oscuridad total. En otras, una luz atravesaba las paredes semitransparentes y podíamos ver mejor. Además de la luz, también se colaban conversaciones y risas, incluso creo que oí una o dos palabras que pude reconocer. Pero no podíamos ver nada con claridad, y aunque tenía la sensación de encontrarme en un lugar densamente habitado, no nos encontramos con nadie más en nuestro descenso.

Al final, la escalera empezó a ensancharse. Todos estábamos sin aliento y cansados. Di la orden de parar. La velocidad y prontitud con que fui obedecida confirmó que había sido una buena idea.

La nariz de Cateyrin aún sangraba, y Albe humedeció una almohadilla de tela.

—Señora, ¿podría solicitar sus servicios curativos?

Toqué el rostro de Cateyrin. El aire se inundó del perfume de las rosas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Albe. Estaba sentada en un escalón un poco más

arriba que Cateyrin. Yo estaba inclinada sobre ella—. Rosas, Cateyrin; el aire está repleto de su perfume. ¿De dónde viene?

—Ella es del linaje de los dánaos. Tuath de los dánaos —maulló Tuau mientras se enroscaba entre las piernas de Albe.

—Siéntate —dijo ella.

Con un suspiro, Tuau protestó.

—Miserables, miserables. Todos vosotros sois unos egoístas.

—Te excitarás y tratarás de morderme —explicó ella—. Los felinos sois así.

—¿Puedo frotarme contra ti? ¡Por favor...! ¡Por favor...!

—Dios, era preciosa —dijo Meth.

—¡Idiota! —dijo Cateyrin, levantándose.

Albe la empujó para que volviera a sentarse.

—Para ya. No tienes ningún poder sobre él. Lo que haga es asunto suyo.

—Tú no lo entiendes —dijo Cateyrin.

Mi mano había hecho un buen trabajo. La hinchazón de alrededor de la nariz había desaparecido.

—¡Cateyrin! —gritó Meth—. Estás siendo una maldita celosa. No me creo ni una palabra de esas historias. Han sido inventadas por pequeñas enclenques idiotas como tú o gordas viejas brujas como tu madre y su...

—¡Ingrato! No digas ni una palabra sobre mi madre.

Di una palmada y ordené que cesara la discusión.

—¡Se acabó! Cateyrin, ¿qué es lo que no entendemos? Toma aire y cuéntamelo. Despacio y claro.

Lanzó a Meth una mirada de desagrado. Éste le devolvió una mirada malhumorada.

—¡Ella es una Circe! ¡Una Fand!

Conocía los nombres, pero me preguntaba cuál sería su significado allí. La Circe convertía a los hombres en cerdos y la Fand era... Bueno, en realidad nadie estaba muy seguro de lo que era una Fand. Aparecía en los sueños de los hombres que iban a ser grandes guerreros. Pero algunas familias trataban de mantenerlas alejadas, porque en ocasiones se hacían pasar por mujeres reales y hacían correr a los hombres riesgos tales que no solían vivir mucho tiempo. Eran, por lo tanto, deseadas y temidas al mismo tiempo.

—¡Cuenta!

—Hacen esclavos a los hombres que se acercan a ellas como amantes. Son como una droga. Nunca tienen bastante y nunca pueden escapar.

—¡Habladurías! —exclamó Meth.

—De uno en uno. Deja hablar a Cateyrin —ordené.

Y habló. Parece que muchos, no todos, pero muchos de los que caen en las garras de una Fand harían cualquier cosa por permanecer a su lado. Permitían voluntariamente que se les colocara algún artilugio alrededor del cuello para estar

controlados, y casi todo el trabajo de la granja era realizado por los Fir Blog y otros hombres sujetos de forma similar. La Fand, que en un principio era igual que cualquier mujer, se hacía tremendamente rica, eterna y hermosa.

Había historias horribles acerca de hombres que pasaban toda la vida en un estado de semiinconsciencia, trabajando en los campos bajo el sol, lejos de sus mujeres, hijos, amigos y otros familiares simplemente para sentarse a los pies de la Pand, adorarla y, en ocasiones, tocar su mano.

—No funciona con todo el mundo —dijo Meth—. Muchos simplemente se marchan después de unos cuantos revolcones.

—¿Y te crees que tú serías uno de éstos? —preguntó Albe.

—Sí..., sí, eso creo. Habría sido mejor buscar refugio con ella en lugar de en casa de tu madre. Sería la experiencia de toda una vida estar con una Fand.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes? —le pregunté a Cateyrin.

No pensé que se acercara a un grupo formado mayoritariamente por mujeres. Ella sólo se mostró ante mí una o dos veces cuando yo era joven.

—Ahora eres tan mayor... —dijo Albe entre risas.

—Lo soy a partir de hoy. —Hizo lo que pudo para parecer tajante pero, con su labio inferior sobresaliendo, no parecía tener más de ocho años de edad.

—Que Dios nos asista —suspiró Albe; entonces se volvió hacia Cateyrin—. ¿Qué nos podemos esperar cuando salgamos de esta escalera? Tú y Meth habéis dicho antes que las calles no eran un lugar seguro por la noche.

Meth y Cateyrin se miraron.

—Bueno —dijo ella despacio—, hay bandas. Cada calle tiene una. En realidad... —miró hacia arriba, hacia la oscura escalera que acabábamos de descender— me sorprende que no nos hayamos encontrado con ninguna por aquí. Lo temía.

—¿Qué hacen? —preguntó Albe.

—Imp... —Meth y Cateyrin volvieron a mirarse.

—No estamos seguros —dijo Meth—. Parece que hacen cualquier cosa que les apetezca. Depende de lo que crean que pueden obtener. Fuimos buenos y siempre estuvimos en casa antes de que fuera de noche. Así que no estoy seguro.

—¡Oh, bien! —exclamó Albe—. ¡Maravilloso! ¡Fantástico! ¡Bandidos!

—Maeniel dice que hay bandas de bandidos en todas las ciudades —le dije.

—Nosotros tenemos muchos —añadió Cateyrin solemnemente.

—¿Por qué te creo? —preguntó Albe.

Tuau comentó sarcásticamente:

—Somos un grupo bien armado y estáis protegidos por uno de los Akeru. —Lanzó a Albe una mirada desafiante—. Nadie se va a reír de mí.

Lentamente apareció una sonrisa burlona en el rostro de Albe. «Oh, no», pensé. Nunca hay que mofarse de la confianza de un guerrero.

Así que intervine:

—Aún nos queda algo de comida y bebida. Comeremos aquí y luego

continuaremos avanzando.

Cuando me levanté, tenía las piernas entumecidas y me dolían los tobillos. «Estoy cansada», pensé con sorpresa. Nunca solía fatigarme, no tanto. «Demasiado», pensé. Mi mente estaba cansada de hechos inesperados y peligrosos. Si unos grupos de bandidos nos estaban esperando, sería mejor que estuviera alerta.

Cerré los ojos e invoqué mi armadura. Vino y me cubrió con una intensidad vivaz que nunca antes había conocido. Podía sentir cómo yo misma brillaba, mi pálida piel rosada a causa de la emoción y modelada con las expresivas imágenes que mi pueblo usaba para transmitir la complejidad de la vida. Las intrincadas y anudadas espirales que hablan a nuestras almas.

Hubo un tiempo en que las usábamos para todo. Se grababan en piel, madera y piedra, se bordaban en telas y se entrelazaban entre coloridas trenzas. Cuando no podíamos hablar el idioma de los otros, usábamos esos símbolos para comunicarnos. Antes de que los alfabetos ogam o griego fueran inventados, los más sabios entre los pueblos de Europa desde las islas Out hasta más allá del Rin podían marcar el pasar de los años, la ascensión y la caída de las estrellas, e incluso calcular las horas y los momentos, gracias a las sombras producidas por el sol al atravesar su gran arco a través del cielo. Son nuestras eternas oraciones a los dioses, abstractas declaraciones de una creencia en la comunidad de la vida, la de los vivos, los muertos y los aún no nacidos. Las llevaba en mi piel y las invoqué para protegerme.

No podía verme a mí misma, a no ser reflejada en los ojos de los otros, que parecían satisfactoriamente impresionados. Las pupilas de Tuau se ensancharon, haciendo que sus ojos de color esmeralda se volvieran negros.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Si yo apenas creía que eras una auténtica descendiente de los dánaos. Pero ahora...

—Vamos —dije.

Las escaleras se ensancharon y llegamos a los túneles negros que parecían formar la base de la ciudad. El aire era húmedo y la niebla lo invadió todo. Cuanto más descendíamos, más espesa se hacía, hasta que al final parecíamos estar caminando a través de un vacío gris.

—Niebla, gracias a Dios —me susurró Cateyrin—. Lo estaba deseando.

—¿Por qué, muchacha? —preguntó Albe—. Hace que las emboscadas sean más fáciles.

—Calla —susurré—. Moveos tan silenciosamente como podáis. Si nosotros no los vemos a ellos, ellos tampoco podrán vernos a nosotros, y no estarán esperando un grupo armado.

Ya no íbamos de uno en uno, sino que nos habíamos dispersado un poco. Dejamos la escalera atrás y avanzábamos formando un grupo compacto por el centro de un corredor cuyo techo y paredes se desvanecían entre la espesa niebla.

—¿De dónde viene la luz? —le pregunté a Cateyrin.

Estaba preocupada. La niebla estaba iluminada por una luz blanca y plateada,

como si se tratara del brillo de la luna.

—¿Ha salido la luna?

Me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¿Qué es la luna?

Decidí dejar la pregunta para más tarde.

—¿Esa luz? —repetí.

—La luz de las estrellas. El cielo aquí captura la luz de las estrellas y la hace más brillante. Mira.

Señaló una zona donde la niebla era menos espesa y las vi. Miles de pequeñas celdas hexagonales. Como los ojos de un insecto, cada una con otra pequeña celda hexagonal en su interior. El techo estaba abarrotado de ellas y todas eran de diferentes tamaños. Las estrellas más brillantes tenían celdas más grandes; las estrellas más opacas, celdas más pequeñas.

—Aquí hay todo tipo de cosas que producen luz —continuó Cateyrin—. Algunas buenas, otras muy malas. Ésta es sólo una de ellas.

Estaba a punto de preguntar qué ocurría durante el día... cuando un terrible grito se oyó no muy lejos de donde estábamos. Albe y yo nos detuvimos, nos dimos la vuelta y miramos hacia atrás.

—¡No! ¡No! ¡No! —Cateyrin me tiraba de la mano—. ¡No, Dios, no! ¡No os paréis! ¡Seguid avanzando!

Tuau se apretaba contra la pierna de Albe.

—Es un asesinato —musitó el leopardo—. Puedo oler la sangre y los intestinos desde aquí.

Cateyrin volvió a tirarme frenéticamente de la mano y, a pesar de que estaba blanca por el pánico, no habló más alto que un susurro. Miré a Meth. Él también parecía estar aterrado. Albe y yo obedecimos, y seguimos avanzando. Descubrí que yo misma estaba temblando. El corredor era frío y húmedo, y cada vez más oscuro. Miré hacia arriba y vi que el techo estaba roto en esa parte, había un gran agujero sobre el lugar donde nos encontrábamos.

Justo en ese instante se abalanzaron sobre nosotros.



CAPÍTULO 6

Hacer esas cosas debe de ser trabajoso», pensó Arturo mientras observaba y escuchaba cómo se aproximaba la Canción de Guerra. Todavía estaba en la pradera y seguramente tendría tiempo.

Arturo corrió hacia la roca recortada que se asomaba a la vertiginosa caída que había hasta el bosque que se extendía a sus pies. *Bax*, el perro, lo seguía.

«Un terreno escarpado», pensó Arturo mientras se acercaba.

Brillante como es la luz de la luna, de todos modos seguía sin inundarlo todo como la luz del sol, y las negras sombras ocultaban agujeros donde era fácil que un hombre, al correr, se rompiera una pierna o un tobillo. La muerte, sin duda, eso significaría la muerte, pues la Canción de Guerra lo partiría por la mitad con la misma ferocidad que destrozaba los árboles y arbustos que encontraba en su camino a través de la pradera.

No, no se había equivocado. La hierba que crecía al borde del acantilado estaba seca, y era tupida. Quemaría bien. El viento de los glaciares sacudía los límites de la pradera y no dejaba que nada creciera ni se desarrollara.

Había llevado consigo el arco y el tendón desde que los utilizara por primera vez para encender fuego en la pradera en la que había sido prisionero de la otra Canción de Guerra, y desde entonces había estado practicando. Nunca se le había dado mal, pero en ese tiempo se había hecho un auténtico experto encendiendo fuego. Se agachó entre las piedras y los cantos. *Bax* ladró en señal de advertencia.

Los gritos, los sollozos y los gemidos se fueron intensificando al mismo tiempo que veía cómo la Canción alcanzaba la bajada que llevaba hasta la pradera en la que se había ocultado la última vez. Maliciosamente, se detuvo y, excavando, lanzó fragmentos de piedra hacia todas direcciones. *Bax* aulló y se agazapó junto a Arturo cuando uno de los proyectiles lo alcanzó.

Arturo rechinó los dientes y agachó la cabeza para protegerse los ojos. Sintió por lo menos cinco o seis veces como si un trozo de hielo le diera en la mejilla, una vez en los brazos, en las costillas y en el estómago.

«¡No!». Luchó contra el deseo de salir corriendo. Ahora o nunca. Aquél era el mejor lugar, cubierto de yesca, arbustos tronchados y áspera hierba seca. Y podía decir perfectamente por qué el viento de los glaciares lo sacudía. También amenazaba con hacerlo volar hasta el valle a él y a todas sus herramientas de encender fuego.

«Shhh. Quiero», suplicaba, incluso cuando un proyectil mayor que los demás lo

golpeó en la frente y le arañó todo el cuero cabelludo. La sangre empezó a manarle sobre la oreja derecha, cegándolo justo cuando el fuego comenzaba a crepitar bajo su mano.

Alzó la vista. La luz de la luna se agitaba a medida que veía avanzar a la criatura entre sus ojos y la esfera de plata. Los chillidos eran ensordecedores. Durante un momento, el viento se detuvo y gracias a eso dio tiempo a que toda la hierba alrededor del origen del fuego pudiese prender, y enseguida una llama se alzó entre las gruesas ramas de una zarzamora que había muerto durante el invierno. Rápidamente se convirtió en látigos de fuego que expandieron las llamas por toda la yesca que bordeaba el acantilado.

Bax huyó hacia el lago, en el extremo más alejado de la pradera. La Criatura emitió un sonido tan horroroso que a Arturo se le clavó en el cerebro como si fuese una estaca. La completa agonía que había en ese sonido hizo que se tambaleara. Entonces la Canción de Guerra escapó hacia la hierba verde y tupida que crecía en el centro del prado.

Arturo se liberó del dolor que le había producido aquel aullido estremecedor. Ahora no tenía nada. Las llamas habían quemado la mayor parte de su camisa y, cuando había dejado atrás el valle, no había llevado consigo ningún arma aparte de un puñal. En el fuego que había encendido había perdido ese puñal, las herramientas para hacer fuego y la honda.

Pero se agachó y cogió un terrón de tierra coronado por unas llamas y se lo lanzó a la Criatura. Una fina columna de fuego se propagó a lo largo del borde exterior de la masa de detritus, las rápidas sombras y penumbras que formaban el centro de la Criatura. Arturo salió corriendo de entre las llamas en dirección al lago que había en el lindero del bosque.

Las llamas acabaron por extinguirse y la Criatura volvió a perseguirlo. Ya no había piedras que pudiese aspirar, pero sacudía el cuerpo y lanzaba terrones de barro, briznas de hierba, pequeñas ramas partidas y piedrecillas afiladas. Arturo levantó el brazo para protegerse los ojos y volvió en una carrera al fuego. Ahora hacía más calor todavía, las llamas habían llegado a las raíces de la hierba que había en las zonas más húmedas que en un primer momento el fuego no había alcanzado y a los árboles jóvenes que salpicaban el borde del acantilado. Arturo volvió a coger un terrón, mayor que el primero, y lo lanzó a su adversario.

Una vez más, el monstruo retrocedió. Una vez más, Arturo se estremeció por su chillido. Ya no quedaba rastro de la camisa y los pantalones empezaban a arder. Las ramas de un abedul raquíutico que estaba junto a él eran una llama.

Sin hacer caso del dolor que le producía, Arturo agarró el tronco con su mano desnuda y, blandiéndolo como si fuese un garrote, echó a correr tras la Canción de Guerra. La hierba en llamas había cumplido su misión. Una docena de pequeños fuegos ardía sobre aquella cosa, dibujando la esbelta silueta que se alzaba hacia las estrellas.

Quizá Arturo se salvara únicamente gracias a que la Criatura intentó retroceder. Eso fue lo que hizo y entonces las llamas rugieron amenazadoras, elevándose al cielo. La explosión empujó a Arturo hacia atrás y cayó junto a *Bax* en el lago de agua salobre.

Se levantó tambaleante y se dio cuenta de que la pradera había desaparecido. El intenso calor de las llamas le quemaba el rostro. Levantó un brazo para protegerse los ojos y vio cómo sus rizos se encrespaban y desaparecían.

Él y el perro avanzaron hacia aguas más profundas, en dirección al tupido bosque. «Es profundo, pero no lo suficiente», pensó.

La hierba normal no podría arder tan intensamente como lo había hecho la columna de fuego en que se había convertido la Canción de Guerra. A pesar de estar agonizando, el animal lo empujaba a su condena.

Arturo y *Bax* se quedaron entre los juncos que había cerca de los enormes robles retorcidos que conformaban el bosque fatal. El pequeño lago era un espejo en el que se reflejaban las ondulantes llamas rojas y amarillas. El agua de la orilla contraria empezaba a encrespase.

Bax gañía suavemente. El agua estaba templada. Arturo se agachó y la tocó con una mano. Ya no estaba templada. Estaba caliente.

El calor era terrible. Le quemaba la cara, el pecho y los brazos. Arturo y el perro se dieron la vuelta, se abrieron camino entre los juncos y se adentraron en las refrescantes sombras del bosque.



Hay un momento en el que el deseo nace con toda su fuerza en tu cuerpo y en el de tu amante. Y en ese momento el único pensamiento que ocupa vuestras mentes es «Dios mío, ¿dónde podemos ocultarnos?».

De repente, Uther alcanzó ese estado cuando la mano de ella tocó la suya. Su cuerpo se estremeció con la fuerza del deseo. ¿Cuánto tiempo había pasado? Se dio cuenta de que no estaba seguro. Después de Igrane, sólo tenía un recuerdo vago de algunas mujeres, ya mayores, de familia humilde, que estaban patéticamente agradecidas por las atenciones del rey, los regalos caros y la mejora del estatus de su familia que aquello conllevaba. Y era cierto que había sido generoso con aquellas damas y sus familias, si no por otra razón, al menos para aliviar su conciencia del despreocupado uso que hacía de sus cuerpos.

Pero aquella muchacha...

Justo en ese momento, el brillo de sus ojos se desvaneció y parecía asustada. Había vuelto Aife.

—Sí. ¿Dónde podemos ocultarnos? —susurró Aife en voz alta, exactamente lo que Uther pensaba para sí.

El salón estaba vacío. Uther la empujó hacia sí.

—¡No! ¡No! —la muchacha hablaba con mucha suavidad—. Estaremos en el suelo. ¡Ella ha venido! Ahora me doy cuenta de que la primera vez no era más que una imitación de lo que «Ella» tenía para mí. «Ella» reservaba mi vientre para ti. Pero dime, ¿me dolerá? Estaba tan asustada cuando me reuní con el Astado..., tenía miedo al dolor. Pero el brebaje me dejó inconsciente. ¿Debo preparar un poco esta vez también?

Uther tenía la boca seca, apenas podía hablar.

—No.

Y al mismo tiempo que respondía se dio cuenta de que tenía razón y se preguntó por qué estaba tan seguro.

El enorme salón estaba silencioso. Los rayos de sol que entraban por las ventanas tapadas con cristal, en la parte más alta del muro, se cruzaban uno con otro, produciendo un enrejado de luz que formaba una barrera para las enormes figuras, los racimos de serpientes, los seres escamados, con alas, terribles colmillos y garras que cubrían las pinturas del techo y de las paredes, toda superficie lisa que hubiera en la estancia.

—Ése es un lugar sucio y malvado. —Mientras la muchacha hablaba, Uther se dio cuenta de que miraba fijamente el pecho de la serpiente.

—¡No! ¡No! —repitió, descolgándose el estuche del arpa de la espalda y sacando el instrumento de su nido de brocado rojo—. El mal es una sombra, o eso dicen los ancianos y ese griego loco, Sócrates. La maldad es el capricho de los hombres, la bondad mal entendida o mal encauzada.

—Ojalá pudiera creerte —le respondió ella.

Uther encontró las cuerdas del arpa.

—Ésta es mi magia. La magia que abandoné hace muchos años para dedicarme a la espada. Me rendí ante el deber y renuncié a la tradición. Pero ahora ha vuelto para reclamar mi atención... La calma, y pensar sólo en la música.

Acarició las cuerdas. El gran salón en el que estaban parecía desvanecerse y se encontraban los dos solos en una pradera bañada por el sol y rodeada de un bosque virgen.

—Se dice que hay un lugar al que sólo pueden ir los amantes. Un reino resplandeciente formado de luz y aire donde nada interrumpe su dicha —dijo la muchacha como si hablara en sueños.

—¿Podemos pedir más, amada mía? Dime qué oyes en la música.

—El sonido de los insectos en la hierba. —Cerró los ojos—. El sol acariciando mi rostro. La brisa sobre mi piel. Me refresca y me acaricia. El perfume del aire que huele a campo y bosque virgen. Y a veces el penetrante olor del mar. También oigo los sonidos del bosque: el canto de un pájaro, la dulce bendición susurrada por los árboles como respuesta al viento y el silencio. Cuando durante toda tu vida has vivido rodeada de personas, el silencio tiene su propio sonido. Un sonido que deseas, como yo lo he deseado. Estamos aquí, ¿verdad? En un lugar diferente.

Uther asintió y siguió tocando.

—¿Un lugar en el que nadie puede tocamos?

—Sí.

Y la música del arpa se convirtió en una sencilla melodía, pura y efímera como una flor, guiada por el misterio de la belleza que siempre se transforma y nunca es la misma. La melodía se alzó, formando un arco cada vez más alto y acabó desvaneciéndose, parpadeando en la luz.

Uther dejó el arpa sobre su liso estuche.

—Estáte atenta —ordenó al instrumento mientras desataba su manto y lo extendía sobre el suelo.

Severius le había dado un buen manto, estaba forrado de terciopelo rojo. Era un punto escarlata sobre la hierba.

—Tú ya me has visto desnudo; ahora quiero verte yo a ti.

La muchacha se dio la vuelta, con los ojos cerrados, y quedó frente a él, silenciosa y dócil.

La sobretúnica, como la de un hombre, se la quitó por la cabeza. La blusa, como las de las mujeres, también se la quitó fácilmente por la cabeza, pues no se había molestado en anudársela al cuello. No llevaba ni vestido ni combinación. Sólo el *strophium* bien ajustado ocultaba su pecho. Se desprendió de él.

Sus senos eran virginales, pero no como los de una niña, como parecía al verla vestida. Uther se arrodilló ante ella para quitarle las botas y las polainas antes que los pantalones y los calzones. Cuando levantó la vista, su cuerpo le ocultaba el sol. Sus cabellos eran una aureola, una nube dorada. Había abierto sus enormes ojos azules, que lo miraban directamente, las manos apoyadas sobre sus hombros.

Una vez quitadas las polainas y aflojados los cordones de las botas, ella apartó las prendas a un lado. Las cintas que sujetaban los bombachos simplemente se deshicieron en sus manos. Un segundo después, los pantalones le caían hasta los tobillos. Un taparrabos era todo lo que vestía la joven y también esa prenda se desprendió de su cuerpo como lo había hecho el *strophium*.

Uther la tocó muy cuidadosamente, tocó el vello de un rojizo dorado que tenía entre los muslos y se dio cuenta de que estaba húmedo.

—¿Estás asustada?

—No. Sólo me pregunto si sentiré tu simiente cálida y espesa verterse en mi vientre.

Uther no estaba seguro de dónde habían ido a parar sus propias ropas pero, cuando se encontró desnudo, rodeó los hombros de la muchacha con un brazo, con el otro la sujetó por las rodillas, alzó delicadamente ese cuerpo frágil y la posó sobre el manto extendido. Rojo y dorado, el cuerpo de la muchacha resplandecía sobre la tela escarlata.

—¡Hazme tuya! Si el Astado en celo fracasó en su misión, dejaré atrás mi dolor.

Uther tomó una gran bocanada de aire y recordó la historia de la muchacha

entregándose al anciano Astado. Como ella había dicho, el Señor de la Naturaleza de un solo ojo tenía los instrumentos para abrir a una mujer. Pero ¿aquella experiencia era real u onírica?

Se arrodilló y le abrió las piernas con la rodilla. Le dejó hacer sin ningún tipo de resistencia. Uther soportó su propio peso con los brazos y la penetró lentamente, preparado para apartarse si era necesario. Sin embargo, parecía que la única reacción de la muchacha fuese que sus ojos se abrieran aún más.

El interior de la muchacha era cálido, cálido como el sol o como las gachas que en las mañanas hacen entrar en calor al cuerpo. Cálido como una manta de piel en invierno. Le rodeó la espalda con los brazos y lo empujó dentro de su cuerpo todo lo que pudo.

—¡Oh! Qué placer... —jadeó la muchacha.

«La reina te da la bienvenida», pensó Uther mientras recordaba a la indiferente abeja reina destripando y castrando al macho para que entrara en su cuerpo toda su simiente. Si no sentía ninguna pena por el destino de su compañero, sabía que se encogería de hombros y contestaría: «¿Qué quieres que haga? Nació para morir exactamente de esta manera. Para morir de amor, de placer».

Con las piernas le sujetaba las caderas. No podía escapar de esa unión, ni siquiera si hubiese querido. Parecía que el placer se extendía a partir del centro de su ser, en un gran círculo, cada oleada le sacudía más y más el cuerpo, hasta que quedó atrapado en un espasmo de deseo absoluto y su simiente se arrancaba de su cuerpo para inundar su vientre, caliente, silenciosa, húmeda.

Pero la muchacha no era la reina abeja de la que sus instintos le habían advertido y pudo relajarse apoyado en su cuerpo firme, joven, cuando las llamas del deseo acabaron por convertirse en brasas. Se soltó del abrazo de sus muslos y se quedó tumbado, inmóvil junto a ella.

Muy arriba, las nubes pasaban ocultando el sol y la cálida luz dorada aparecía y desaparecía. La muchacha se acurrucó contra Uther y durmió un rato. Éste se imaginó que también debía de haberse quedado dormido, porque cuando volvió a abrir los ojos, la sombra del arpa centinela era mucho más larga, casi les tocaba las piernas todavía entrelazadas.

Uther se sentó, se pasó la mano por la tupida cabellera grisácea y se rascó la incipiente barba. «Tengo que afeitarme o dentro de poco volveré a tener barba», pensó despreocupadamente.

Miró a la joven y vio que tenía los ojos abiertos. Ambos se levantaron y vistieron, después caminaron de la mano hasta el lindero del bosque. Cuando lo alcanzaron, Uther vio que los árboles eran muy viejos y crecían en grupos en un amplio jardín. Todos eran robles y daban gran cantidad de bellotas. Con cada pisada, los frutos crujían bajo sus pies. Y entonces vio que en las zonas más húmedas había muchas huellas de alce y supo que encontrarían una zona rica para pastar.

Más allá del bosque, vio otra pradera y otra arboleda, y tras ellas, a lo lejos,

suaves curvas que descendían hasta el lecho de un río. Adivinó el brillo de los rayos de sol sobre el agua.

Su sangre recordaba con placer lugares como aquél. Su sangre, su alma recordaban su riqueza, su belleza. En primavera, los ríos estaban llenos de salmones; durante el invierno, otras especies los habitaban. En invierno, la cosecha de bellotas y avellanas estaba seca y las bellotas, a las que se quitaba el amargor dejándolas en agua, bastaban para hacer pan y gachas. En otoño, los jabalíes que habían engordado a base de bellotas se convertían en el manjar de los hombres. Con la llegada del invierno, los ciervos, los alces y, en menor medida, los aurochs, que eran sus hermanos salvajes, se convertían en una reserva de carne durante todo el año, en el caso de que fuese necesario.

—¡Mira! —La muchacha señalaba a su izquierda y entonces Uther vio el túmulo.

Se alzaba en una zona más elevada, cerca del río, y se orientaba hacia el salvaje y anciano mar que había más allá de aquellas tranquilas aguas que recorrían las praderas. Pero las estrellas que se alzaban sobre río y mar eran las mismas.

No veían la boca del túmulo, así que no sabían si uno de los muertos descansaba en la entrada a la espera de que la oscuridad de la luna y de las estrellas viniera a buscarlos.

—El tiempo, fuera del tiempo. ¿Todavía existe esto? —dijo Uther muy suavemente.

Cogidos de la mano contemplaban la costa dorada. Respiraban un aire tan puro que parecía impregnado de la luz que centelleaba sobre la hierba blanda, las temblorosas hojas de los árboles y el resplandeciente río, todo ello inmerso en una paz absoluta. Uther oyó el murmullo, el sonido de las escamas deslizándose entre las briznas secas de hierba, y olió el hedor del reptil.

Se dio la vuelta ágilmente y vio que el animal ya estaba entre él y el arpa.

Aife miró hacia atrás a la vez que él. La muchacha dio un grito ahogado y, a continuación, un auténtico chillido. Era la serpiente más grande que Uther había visto en toda su vida. El animal reptaba en diagonal atravesaba el claro para alejar a Uther del instrumento que descansaba sobre la funda, junto al manto que había extendido.

Deliberadamente, apartó a Aife y retrocedió, como si quisiera dirigir el movimiento de la serpiente hacia él, y así permitir que la muchacha huyera en dirección al arpa.

—No —gimió ella, extendiendo su mano hacia el hombre.

—¡No! ¡No! ¡El niño!

Aife bajó la vista y se tocó el vientre. En ese momento, aquel animal horrible ya se había interpuesto entre los dos. El hedor era insoportable.

«Casi un metro. Y está muerta. ¡Dios mío, está muerta!», pensó Uther.

Estaba muerta; era una serpiente gólem. La piel estaba extendida sobre el largo y curvado espinazo, y los huesos, arqueados. La misma piel que cubría una calavera con las cuencas de los ojos vacías y cientos de largos dientes afilados.

—Coge el arpa. Te protegerá.

Uther hizo una señal hacia el instrumento. De hecho, a él ya lo envolvía una sensación de frío y oscuridad, pero la grácil arpa descansaba bajo lo que ahora parecía el lejano sol del atardecer. Aife corrió hacia el instrumento.

Entonces, la pradera desapareció; se disolvió en una ola plateada que se oscurecía a medida que se cernía sobre él: espuma blanca en la parte de arriba, cristal verde que lentamente se fundía en un negro brillante que parecía obsidiana por la parte de abajo. Levantó los brazos contra el mazo del furioso mar, pero éste lo derribó de todos modos y no fue contra las negras aguas contra lo que se golpeó, sino contra una durísima piedra. La violencia del golpe lo dejó sin respiración y la vista se le nubló entre fogonazos.

Oyó unas risas y reconoció la voz: ¡Igrane!

Cuando recuperó la vista, vio que la pradera había desaparecido y que estaba tumbado sobre un suelo de piedra, mirando hacia la cólera del mar mientras éste rompía sobre una bóveda de cristal que estaba sobre él. A un lado vio luz. Salía de algún punto del suelo cerca de donde él estaba.

Igrane volvió a reírse. Uther levantó la vista hacia ella, que estaba tres escalones por encima de él. Se envolvía en un manto de terciopelo rojo forrado de seda. El forro lo veía en el borde del cuello y de las mangas, negro contra el rojo sangre.

Uther se sentó, contento de que aquella serpiente hubiera desaparecido. No paraba de pensar: «¿Por qué? ¿Por qué no me ha matado sin más?».

Sobre ellos, el mar cubría el techo transparente y se retiraba. Un remolino de las verdes aguas oscurecía el cristal y la sala que había debajo. Más tarde la tormentosa marea bajaría y el sol entraría en la estancia abovedada.

—Es una fuente de poder principal; no podrías más que arrancársela del cuerpo —dijo alguien.

—Y entonces, me convertiría en Merlín —contestó Igrane.

—Sí.

Uther tardó un momento en ver a la figura que hablaba, pues iba vestida de negro y se escondía entre las sombras del gran salón. Lo primero que vio de ella fueron las chispas gemelas que formaban sus ojos. Después vislumbró el rostro cubierto de la fina piel momificada que se extendía tirante sobre los huesos y la permanente sonrisa sin labios que mostraba los dientes.

—Mi querido esposo, deja que te presente a mi amiga Ustane. Su pequeño juguete fue el que te atrapó —dijo Igrane en tono burlón.

—Estoy muy sorprendida, puede verme.

—Sí, te veo demasiado bien. Estás muerta, ¿verdad?

—A efectos prácticos, sí.

Igrane dio una patada al suelo con expresión de resentimiento en el rostro.

—Basta de tanta charla. Cuanto menos sepa, mejor. No es esto lo que estaba esperando. Llama a tus sirvientes, Ustane.

El cadáver envuelto en el manto negro no se movió ni emitió ningún sonido, pero aparecieron dos figuras, una a cada lado de ella. Uther vislumbraba lo suficiente de sus rostros para darse cuenta de que estaban tan muertas como ella.

—Por favor, desnúdate, mi señor —dijo Ustane.

—Sí, desnúdate, querido —añadió Igrane.

El rey dio una vuelta sobre sí mismo y se puso de pie. En esa posición podía ver mucho mejor la fuente de luz: una cruz, o más bien dos líneas cruzadas que brillaban en el suelo. Una cruz de san Andrés.

Uther sabía que a veces los romanos crucificaban a sus víctimas de esa manera, en oposición a la cruz cristiana, en vertical, como habían hecho con Cristo. Una vez había oído que los *carnifices* (los guardianes y los ejecutores profesionales de esclavos) no se ponían de acuerdo sobre cuál de los dos métodos era mejor, la cruz con forma de «X» o la simple. Muchos pensaban que la que tenía forma de «X» permitía que la víctima sobreviviese durante más tiempo y así sufría mucho más que aquéllos a los que se colgaba en la cruz simple, que normalmente morían asfixiados en pocas horas. En cambio, las víctimas clavadas en la cruz de san Andrés tenían que esperar a morir de sed y hambre o a que hiciera un calor o un frío extremo que acabara con sus vidas. Normalmente, pasaban días, sobre todo si hacía buen tiempo, hasta que morían. Algunas almas resistentes, aunque pocas, lograban sobrevivir incluso una semana o más.

De repente el rey se sintió físicamente enfermo. Estaba mareado, la vista se le enturbiaba a medida que se daba cuenta de lo que implicaba la situación en la que se encontraba.

—Por favor, señor mío. Desvístete o lo harán mis sirvientes. Y, te lo prometo, no van a ser nada amables —repitió Ustane.

Uther los miró y vio que eran más nervudos y corpulentos que Ustane.

—Podrían levantarte a pulso, no lo dudes, mi señor. Están contruidos para ser fuertes. Una vez muerta, me cocieron y me secaron. Pero a ellos les separaron el hueso de los nervios, los músculos y la grasa. Después cambiaron las fibras largas y blancas que permiten a los seres vivos moverse, a continuación colocaron los músculos hervidos y el sebo del cadáver antes de coser la piel sobre los huesos. No sienten dolor y son increíbles en lo que a fuerza se refiere.

—No lo dudo —asintió Uther educadamente, empezando a desvestirse.

Una vez que hubo terminado, las dos figuras descendieron los escalones y lo colocaron en lo que él suponía que era la cruz de san Andrés. Se quedó adherido de la misma manera que le había sucedido a Igrane. Se dio cuenta de que no podía moverse. Cerró los ojos y comprendió que yacía en el vórtice de poderes inmensos.

Cuáles eran y cómo se estructuraban era algo que posiblemente no podía ni imaginarse. Se sentía igual que la primera vez que se había enfrentado a una terrible tormenta en el mar.

Había ido a la Galia a buscar los restos de su hermano y estaba en el canal cuando

comenzó el vendaval. El capitán véneto ni siquiera podía plegar la vela, pues el viento la había arrancado poco después de desatarse la tormenta.

Los vénetos se ataron a la cubierta. Ya que él era príncipe, el capitán lo ató al mástil. Lo último que aquel hombre le gritó al oído fue: «No podemos hacer más que aguantar y rezar». Tuvo que alzar la voz por encima de los aullidos del viento.

El capitán no fue lo demasiado rápido para atarse a sí mismo y la siguiente ola, un monstruo alto como una montaña, lo arrastró por la borda mientras intentaba sujetarse y lo lanzó a un océano que se revolvía impelido por la furia sin límite del viento.

Uther abrió los ojos y vio a Igrane junto a sus pies. Todavía llevaba aquella túnica. Mientras la observaba, dejó que se le abriera (o le ordenó que lo hiciera) y su cuerpo desnudo resaltó sobre la seda negra.

—¿Ves, querido? —ronroneó—. Todo lo que te pido es que me hagas el amor. Es muy fácil. No te costará. Piensa en lo poco que te costó disfrutar con la dulce hermana de Severius.

Levantó los hombros y la túnica cayó al suelo.

¡Señor! ¡Señor! ¡Sí! Era hermosa, más hermosa de lo que era la primera vez que la había poseído, en su noche de bodas. Nunca había llegado a tener la belleza pálida y rubia que parecía que era la más admirada por su generación. Era alta, larga de talle, con una abundante cabellera lisa, tan negra que parecía azul, que le llegaba hasta la cintura como si fuese una cortina de seda perfumada. Sus largas piernas hacían que las demás mujeres pareciesen bajas y gruesas. Los senos y las nalgas de curvas exquisitas aparecían como una sorpresa en su esbelta figura.

Lo miró lánguidamente, seductora, como si fuese ella la que estuviese en sus manos y no al revés. Tenía el sexo depilado, una suave elevación entre sus muslos. Con la mano se separó aquellos labios de marfil, mostrando el paraíso escarlata y húmedo del interior.

—Estoy preparada. Mis jugos son como una fuente. ¿Ves cuán preparada estoy?

Igrane comenzó a caminar entre sus piernas. El cuerpo de Uther empezaba a responder, sintió que del suelo sobre el que estaba tumbado emanaba energía. Volvió a pensar en la abeja reina. ¿Sabía el zángano (tierno, tranquilo, perezoso pero siempre deseoso de complacer a la mortal reina) que su primera unión sería la última para él? ¿Adivinaría que el placer terminaría en agonía, que sería castrado y destripado?

Quizá no importaba. El deseo era tan urgente, tan poderoso, tan intenso, que no podía ni sería rechazado. Ni el insecto ni el hombre.

Sentía las nalgas tirantes y pensó que estaba teniendo una de las mayores erecciones de su vida. Cerró los ojos. El deseo le hacía temblar. Incluso con los ojos cerrados podía ver la luz que emanaba la cruz. Atravesaba la fina piel de sus párpados y parpadeaba al ritmo de los latidos de su corazón.

Lo recorrió un escalofrío cuando una de las manos de Igrane lo tocó y pensó que debía de estar de rodillas entre sus muslos. Abrió los ojos y se encontró mirando hacia arriba, contemplando las olas que rompían sobre la bóveda. El efecto era casi

hipnótico. El agua formaba remolinos verdes y espuma en los bordes, a continuación se retiraba y dejaba pasar la luz.

Tuvo la fría certeza de que iba a morir allí. Pero no quería morir dando a Igrane algo que ella obviamente pensaba que le iba a procurar una gran satisfacción.

Igrane tenía las dos manos apoyadas en la parte superior de los muslos de Uther, y éste se dio cuenta de que pocos segundos después deslizaría su pene en su interior. Mantuvo la vista fija en el techo, porque sabía que si miraba la belleza imposible del cuerpo de Igrane, hiciese los esfuerzos que hiciese, acabaría rindiéndose al feroz deseo que parecía controlar su cuerpo.

La bóveda era un mosaico de triángulos. Cuando era joven, había estudiado la filosofía matemática y vio, como le pasaba con la música, el sutil funcionamiento del orden matemático que no podía expresarse con palabras, en la forma de estructuras de arcos que casi parecían moverse sobre él, asomándose al mar.

Mientras lo contemplaba, se dividió en mil ventanas triangulares, cada una con su propia vista de las aguas verdes que lamían la superficie. Y se alzaba sobre él de manera que, a pesar de ser siempre la misma imagen, la vista a través de cada triángulo era ligeramente distinta, como si contemplara la misma imagen a través de mil ojos diferentes y ninguno de esos ojos viera exactamente lo mismo.

Entonces, tal como le había ocurrido a Igrane, la bóveda se convirtió en una miríada de espejos en los que se reflejaba la belleza sobrenatural de Igrane mientras se sentaba a horcajadas sobre Uther, Cogió con los dedos su miembro erecto y lo guió hacia el óvalo escarlata que se abría entre sus labios pálidos y desnudos.

Uther se dio cuenta de que la trampa se cerraba sobre él. Volvió a cerrar los ojos y la oscuridad que se cernió bajo sus párpados le hizo recordar el sepulcro. Abrió los ojos en la tumba por última vez y observó el estuche del arpa bajo la luz de la lámpara. La lámpara que habían dejado quemando hasta que el aceite se agotara y el espíritu del hombre muerto se fuera, partiendo sobre el mar de la eternidad hacia otras costas. Eso esperaban.

Pero ¿era cierto? ¿O únicamente esa última esencia solitaria que se aferraba a la castigada carne mortal que había sido su hogar era lo que perduraba de un ser humano individual y complejo que, consciente de sí mismo, había pensado, amado, odiado y, con los dedos sobre las cuerdas del arpa, burlado la magia de la música? ¿Por eso dejaban la lámpara? ¿Para que aquel retazo de alma pudiera conocer a sus compañeros más cercanos, el amor de sus vidas, acompañándolo en el silencio y la oscuridad eterna?

La sombra encerrada en la tumba estudió la llama de la lámpara. Mientras la sombra observaba la llama, porque eso era lo que era entonces, una mera sombra de sí mismo, el aceite se acabó y la llama se alargó, se alzó, como una aguja lamió el bajo techo de piedra del sepulcro. El humo final manchó de hollín el techo, después la llama se extinguió, dejando tras de sí el silencio y la oscuridad.

Ahora ya no quedaba nada aparte del arpa. El espíritu ciego podía sentirla. El arpa

era él y él era el arpa.

Igrane chilló.

Uther fue arrancado de su trance.

—¡Está ido! ¡Está ido! ¿Qué ha pasado? Ya lo tenía. Estaba a punto de...

Se interrumpió. Uther había abierto los ojos y le miraba a los suyos.

—¡Tú, maldito hijo de puta! —chilló Igrane, y le dio una patada en los testículos.

—¡No!

La voz que había gritado era áspera y metálica y Uther se dio cuenta de que era la ayudante de Igrane, Ustane, la que había chillado.

—¿Es que te has vuelto loca, señora? Podrías pasarte cientos de años buscando y jamás encontrarías otra oportunidad como ésta. Es ideal para lo que te propones.

El enorme salón abovedado estaba en penumbras, la luz que emanaba el símbolo del suelo se desvanecía. Fuera el que fuese el poder que tenía el resplandeciente símbolo para sujetar su cuerpo, estaba completamente roto, y Uther logró apartarse a un lado, fuera de su alcance.

Igrane estaba de pie cerca de donde había tirado la túnica roja. Chasqueó los dedos y la prenda se levantó. Las mangas se deslizaron por los brazos y la tela se arrebujó sobre los hombros. Igrane estaba pálida a causa de la furia, tenía el rostro completamente blanco. Incluso sus ojos habían perdido el color: cristal gris engarzado en alabastro.

«No», pensó Uther. Ya no era humana. Había desafiado al destino durante demasiado tiempo. La transformación fue lenta, pero su efecto era acumulativo. Poco a poco, todo lo que había sido mortal en su ser había sido reemplazado por otra cosa que vivía en su lugar. Y aquello, al final, acabaría por transformarla en algo tan extraño a la humanidad como el mar que rugía fuera o como los animales incrustados en la roca con forma de conchas, peces, lombrices, gusanos e incluso anémonas que una vez habitaban los mares pero que ahora eran siluetas de cristal atrapadas en la roca. Imperturbables, eternos, hermosos envueltos en su luz, pero muertos, carentes de toda vida real que hubieran tenido antes.

Uther volvió a reír. Ni siquiera él estaba seguro de por qué. No le cabía duda de que lo habría matado. Había conseguido desdeñar sus atenciones. Incluso había triunfado sobre el espíritu del perro y así había obtenido una pequeña victoria y había conseguido frustrar los deseos de Igrane. Quizá no tendría que haberse molestado, pero si ella había formado una alianza con Severius (y estaba seguro de que era eso lo que tenía planeado), entre los dos podían llevar al Gran Reino a su destrucción y sus ejércitos bárbaros lograrían destruir hasta el último bastión de su pueblo.

A pesar de aquella certeza razonada de que había obrado correcta y moralmente, el miedo le hacía encogerse, pues sabía que iba a recibir un castigo por lo que había hecho, seguramente un castigo horrible.

No se equivocaba.

—¡Traedme un látigo! —gritó Igrane.

Uther no sabía que un ser humano pudiera sufrir tanto sin morir. Sin ni siquiera perder la conciencia. Tras los primeros minutos, empezó a gatear para escapar de los golpes que le abrían la piel como si fueran una cuchilla, y los verdugones que le hacían eran del ancho de su dedo pulgar. Se dio cuenta de que dejaba tras de sí un rastro de sangre que se entrecruzaba por toda la sala.

Cuando Igrane se sintió demasiado cansada para seguir blandiendo el látigo, se lo entregó a uno de los gólems nervudos y los azotes continuaron hasta que Uther ya ni siquiera tenía fuerzas para arrastrarse sobre el estómago en un vano intento de escapar. Se quedó inmóvil y silencioso, deseando que llegara el fin.

En ese momento, las protestas de Ustane surtieron efecto.

—¿Quieres perderlo todo? ¿Todo? No sabes qué consecuencias podría haber si lo matas aquí —chilló.

—¿Por qué no iba a poder? Tú misma lo dijiste, yo soy la señora —contestó Igrane desde el almohadón de terciopelo en el que estaba sentada para recuperar el aliento.

—¡No, todavía no! Él tiene magia —la voz de Ustane sonaba como una piedra que choca con otra, el mismo ruido sordo.

—¡Magia! —Igrane se rió forzosamente—. ¡Es impotente! No hay nada de magia en un viejo impotente.

—Ese símbolo podría resucitar a un muerto. De hecho, lo ha hecho. Es prácticamente imposible ser impotente cuando se yace sobre él, como tú muy bien sabes. La clase de magia que puede detener la transferencia de poder a través de su cuerpo es increíblemente poderosa.

—¡Maldita sea! —continuó—. Eres como un niño jugando con fuego, que ni sabe ni le importa que puede quemarse.

El rostro de Igrane se contrajo y por un momento no había nada que pudiera llamarse bello en él.

—Quiero hacerle sufrir.

Tumbado boca abajo, con la mejilla sobre el frío suelo, Uther logró murmurar algo.

—Y ese deseo de ver el sufrimiento ajeno se pone por encima de todo lo demás, ¿no es verdad, reina mía? —le preguntó con ironía.

Igrane le dio una patada.

—¡Quiera! ¡Piensa lo que haces! Lo que «Él» habría hecho.

—Muy bien. Entonces, dime, ya que conoces tan bien los procedimientos de esta tumba, de este mausoleo vacío. ¡Dime qué hago ahora!

Ustane cruzó la sala. Uther se preguntó si caminaría o simplemente arrastraría sus pies destrozados sobre la superficie vítrea, empujados por la magia. Poco después, estaba a su lado. «¡Qué extraño!», pensó Uther a través de su dolor. Parecía que podía ver a través de la gruesa túnica negra que vestía. Su cuerpo era el de un cadáver enterrado hace mucho. Se adivinaba alguna redondez en las piernas y en los brazos,

donde habían puesto los músculos secos y los nervios sobre el hueso para que pudiera moverse. El resto de su cuerpo era esquelético, con trozos de piel tirante sobre el hueso excepto en la zona central, donde, entre sus partes pudendas y el esternón que sujetaba las costillas, tenían un hueco como si fuese una vasija. Se podía mirar a través del agujero y ver los músculos secos y ennegrecidos que revestían la columna vertebral.

Uther cerró los ojos, pero la seguía viendo con tanta claridad como si estuvieran a plena luz del sol.

«Magia», pensó, Pero ¿qué es la magia? Aquel ser horrible llamado Ustane le había dicho a Igrane que él tenía magia. Si aquello era magia, simplemente era un tormento más.

—No está malherido. ¿Por qué no está medio muerto? —murmuró Ustane sorprendida.

—Es duro, siempre lo ha sido. Él y ese hijo suyo. A Merlín le hizo frente en dos ocasiones y en ambas amenazó con quemarlo. Merlín siempre tuvo miedo al fuego. Al fuego y al frío hierro. No sé si habría podido hacerlo, pero Merlín temía que sí. Y yo ya he visto lo suficiente de ese viejo para saber que, si decide hacer algo, nada, y quiero decir nada, le hará cambiar de opinión. Advertí a Merlín de que teníamos que matar a Arturo y ahora te lo advierto a ti, Ustane. Lo mejor que podemos hacer es matar a Uther ahora.

La voz de Ustane era un susurro seco y Uther se preguntó cómo pudo hacerlo, pues aquel rostro sin labios ni nariz no se movió.

—No, en este extraño lugar puede que sea más peligroso muerto que vivo.

—Muy bien. ¿Entonces? Y de prisa, que quiero cenar y darme un baño. Después las doncellas pueden vestirme. Severius espera que vaya al banquete de esta noche.

—Ése está intentando utilizarte.

—Ustane, ¿te gusta yacer encerrada en tu tumba?

—No, señora. —Ustane logró parecer sumisa.

—Pues entonces deja de darme consejos sobre un juego que conozco incluso mejor que tú. Al dulce, cruel y estúpido de Severius se le puede domar y llevar al matadero tan fácilmente como se hace con los animales que pastan en la pradera. Quiere ser emperador, rey o como lo llamen ahora, y gobernar lo que queda del imperio de Rávena. Tengo pensado dejar que lo consiga. Después va a merecer la pena dejarlo seco.

«La desgracia», pensó Uther. La desgracia para su pueblo. La combinación de Igrane y Severius podía, y así lo haría, llevar el reino a la ruina con la misma crueldad que una bandada de águilas arranca la carne a un cadáver, sin dejar nada. Ni siquiera persistiría el recuerdo de un reino en el que hubiera justicia, compasión y verdad.

«Al menos yo moriré. Moriré y no llegaré a verlo. Rezo por morir, como los guerreros que cayeron en la Galia enfrentándose a César rezaron por morir, antes de ver cómo sus viudas se convertían en el botín del ejército vencedor, cómo esparcían

los sesos de sus hijos pequeños y cómo vendían como esclavos a los que ya eran mayores».

Pero quizá Ustane tenía razón. En aquel lugar horrible, podía morir.

—Una tumba —murmuró Ustane—. Una tumba. Claro, una tumba. Traed una camilla —ordenó a los dos gólems levantando uno de sus esqueléticos brazos.

Cargaron a Uther sobre la camilla. Estaba hecha con seis correas que unían dos palos. Lo envolvieron en una sábana. O por lo menos parecía una sábana, blanca y lisa. En cierta medida se movía según su propia voluntad, como la túnica de Igrane.

—¿Por qué te molestas? —preguntó Igrane.

—No queremos que vaya dejando un reguero de sangre.

«Sí», pensó Uther. De las heridas que tenía en todo el cuerpo le manaba sangre y otros fluidos. «¡Sí!».

Mentalmente ordenó a la sábana que formara un embudo en uno de los pliegues de más abajo. No tardó mucho en empaparse y sintió que la tela goteaba sobre el frío suelo de piedra. Cuando los dos gólems levantaron su cuerpo, con cada paso se iba formando una fila de gotitas que iban cayendo.

—Hay un modo de convencerlo para que coopere —dijo Ustane.

—¿Cuál?

—Prometiéndole una muerte limpia.

—¡No! Lo tendré como mi criado, será mi sirviente toda la eternidad. Porque tienes razón, Ustane. Aquí puede ser más peligroso muerto que vivo. Así que haré que su muerte eterna sea un regalo para mí, sin tener en cuenta si lo puedo torturar y conseguir mis objetivos o no.

Ustane se encogió de hombros.

Igrane se acercó a la camilla y escupió en el rostro de Uther. Éste sintió la humedad en las mejillas y los labios. La podía ver igual que había visto a Ustane, su cuerpo traspasaba la túnica que la cubría. Era muy hermosa, esculpida como si fuese una estatua. La voluntad de Igrane, aumentada por algo más que Uther no comprendía del todo, le daba forma y sustancia.

La visión de su cuerpo casi consiguió destruir su resolución de no dejarse impresionar por su belleza. Casi, pero no lo logró. El dolor insoportable que sentía por todo el cuerpo le hizo regresar a su posición inicial.

—Vas a ir a tu tumba. Allí yacerás en silencio y oscuridad esperando que te llame, por toda la eternidad —le dijo Igrane con evidente placer.

Después se dio la vuelta y siguió hablando.

—Llévatelo, Ustane. Y cuando vuelvas, una cena ligera. No quiero parecer glotona en el banquete. Creo que tomaré codorniz con miel. Una ensalada con un toque de limón y aceite. Y un capón asado relleno de champiñones. Y prepárame el baño. Perfuma el agua con..., no quiero nada demasiado fuerte. —Vaciló un momento—. ¿Qué crees?

—Esencia de romero.

—Perfecto. —Igrane chasqueó los dedos.

—Cúbrete con rubíes, topacios y ámbar, pero también unos brazaletes gruesos de oro. Quieres insinuar tus riquezas, pero no anunciarlas abiertamente.

Igrane asintió y desapareció entre las sombras.

—Cuando llegues a la habitación del mar, tendrás la cena allí —dijo Ustane, pero Igrane ya se había ido.

Ustane señaló a los dos porteadores de la camilla. Éstos la alzaron y el rey gritó de dolor.

—No tendrías que haberte enfrentado a ella. Si hubieses hecho lo que quería, ahora ya estarías muerto y libre de cualquier dolor.

—¿Muerto como tú?

—Sí —admitió Ustane mientras los guiaba entre las sombras—. Pero por muy terrible que sea mi apariencia, la muerte me libra de todo sufrimiento. Al igual que, con el tiempo, te pasará a ti.

—Ah, entonces puedo descomponerme, como te ha ocurrido a ti, pero no morir.

—Sí, así es como sucede aquí.

Ustane murmuró algo y en su mano apareció una copa de plata. Volvió a susurrar unas palabras y de la copa salió luz. No de ella exactamente, la fuente de la luz era una estrella que estaba cinco o seis centímetros sobre la copa. La luz se hizo más intensa y Uther comprobó que lo estaban llevando a una cripta.

«¿Alguien construyó este lugar?», se preguntó Uther a sí mismo. ¿O salió de la oscura piedra que formaba el suelo? Si lo hubiesen construido manos humanas, las columnas y las bóvedas de crucería que sostenían el techo habrían sido simétricas y aproximadamente del mismo tamaño. No como en realidad era, pues más bien parecía que avanzaban por un bosque y que las columnas salían del suelo. Y cuando llegaban al techo, se abrían, arqueándose como hacen las copas de los árboles en un caos ordenado que daba lugar a un techo de piedra decorado con multitud de gemas.

Gemas. Sí, había visto su color apagado bajo la pálida luz de la lámpara.

Casi sin darse cuenta, deseó que la luz fuese más intensa y eso fue lo que sucedió, tan repentinamente que Ustane se sobresaltó.

De repente, la mujer cadáver gritó y los porteadores de la camilla se detuvieron. Uther vio que la cripta recordaba un bosque en la medida en que se extendía en todas direcciones, con muchas columnas, del mismo modo que crecen los bosques tupidos. El techoafiligranado con amatistas, rubíes, zafiros, turbias y claras esmeraldas, topacios y cuarzo engarzado en oro.

Sí, eran tumbas, y podía ver a sus ocupantes: seres retorcidos y crispados. Todos enterrados vivos entre tanta belleza, boquiabiertos, los ojos (en los casos en que todavía los conservaban) mirando fijamente el terrible horror de su destino.

En cada tumba había una efigie, una efigie del ser que descansaba tras ella. Qué extraño. A pesar de que los cadáveres estaban retorcidos por la angustia (en muchos casos los brazos levantados como si hubiesen luchado contra las tapas de sus

féretros), las estatuas sólo reflejaban paz.

Tras el grito de Ustane, la lámpara se apagó obedientemente. La mujer miró alrededor, la enorme y oscura estancia.

—Ésa eras tú, ¿verdad?

—Sí. Ahora ya sabes a lo que te enfrentas. Te enterraremos. Mañana, o pasado, o pasado mañana, ella te llamará. O puede que jamás quiera molestarse contigo, y entonces tú, como ellos, permanecerás aquí marchito, asustado, helado... durante toda la eternidad.

—Silencio y oscuridad. Eso es a lo mejor que podemos aspirar. Silencio y oscuridad. Yo no voy a ser su «cosa», como tú.

Uther sintió una fría ira mezclada con un ansia y nostalgia fantasmal.

—Me encantaba la noche.

Oyó esas palabras a pesar de saber que Ustane no había hecho lo que fuera que hacía para hablar. Era la voz de una muchacha joven y parecía venir de muy lejos, como un sonido que arrastra el viento. Ustane volvió a señalar a los porteadores y éstos se pusieron en marcha otra vez. Uther se dio cuenta de que estaban en una escalera, una escalera de caracol de escalones anchos y altos.

—Vamos a descender hasta lo más profundo... —dijo Ustane.

Hacia abajo. El rey cerró los ojos y sus sentidos le dijeron «hacia arriba».

Abrió los ojos y le siguieron diciendo «hacia arriba». La camilla estaba inclinada, tenía los pies más altos que la cabeza. Una escalera. Pero una escalera une un nivel con otro. A su alrededor, la cripta, el bosque de árboles de piedra y hojas de fuego del techo se extendían en todas direcciones. De todos modos, quizá era una escalera, pues el suelo de la cripta se ondulaba, las columnas crecían como árboles en la ladera de una montaña.

Entonces irrumpió la luz y el sol del atardecer casi lo cegó. La cripta había desaparecido. Ahora lo llevaban a través de un bosque. Los árboles eran inmensos. Jamás había visto algo así. Las raíces eran tan gruesa como su cuerpo, eso si hablamos de las pequeñas. Las tumbas..., sí, las tumbas seguían allí, pero estaban rotas porque las enormes raíces de los árboles las resquebrajaban como los robles centenarios hacen en los caminos. Algunas estaban tan levantadas que parecía que se apoyaban sobre uno de sus laterales. Otras estaban enterradas bajo los troncos de los árboles que continuaban creciendo sobre ellas. También había las que quedaban medio ocultas entre detritus formado por fibrosas cortezas rojizas, pequeñas agujas, ramas rotas y unas piñas tan pequeñas que casi parecían ridículas.

«Es majestuoso», pensó Uther. Y tenía razón, aquellos árboles eran majestuosos, alzándose tan alto que sus copas se perdían entre los jirones de niebla de la costa. Estaban en una ladera que descendía hacia el mar. El sol del atardecer guiaba sus rayos anaranjados y dorados entre aquellos gigantes y envolvía toda la ladera con su calidez.

—Ya estamos cerca de lo más profundo —dijo Ustane.

Uther se preguntaba dónde estaba o creía estar ella cuando los porteadores se detuvieron junto a una tumba abierta. Estaba medio llena de marga, de trozos de corteza suave y gruesa, de hojas y de piñas. Olía bien.

Lo levantaron de la camilla y gritó otra vez cuando lo colocaron en su nuevo lecho. Estaba justo bajo la sombra de uno de los árboles. Ustane dio una nueva orden y los dos porteadores levantaron una tapa de piedra rota.

Uther yacía en un féretro de piedra, pero la tapa que colocaron sobre él sólo lo cubría hasta la cintura. De todos modos, se cerró con el sonido que produce una piedra chocando contra otra.

Entonces Ustane y los gólems se fueron y dejaron al rey allí, quieto y dolorido, pero en paz, escuchando atentamente y embelesado la música del viento en el bosque y el mar en la costa.



El aspecto del primero me dejó de piedra. El mío, o si lo preferís, el que intentó matarme a mí, tenía unos dientes afilados y el rostro lleno de cicatrices azules. Pero mi padre sabía lo que hacía cuando me dio la armadura. La primera dentellada no fue muy limpia y me alcanzó el estómago, entonces yo lo golpeé en la sien con la empuñadura de mi espada todo lo fuerte que pude. Pareció que se marcaba, pero no quedó inconsciente y rápidamente me clavó los dientes en la muñeca del brazo con el que sujetaba la espada.

Aquellos dientes no eran un simple adorno. Llevaba una especie de cuchillas cubriéndolos. Atravesaron mi armadura y un dolor insoportable me agarrotó el brazo. Casi se me cae la espada.

Pero alguien (Albe) me lanzó una daga a la mano izquierda. Le clavé la hoja en el ojo izquierdo. Me soltó la muñeca para gritar y se cayó.

Me di la vuelta y vi que Tuau estaba demostrando lo que valía. Estaba agarrado a la espalda del hombre más grande que he visto en mi vida, intentando darle el mordisco mortal. No lo conseguía, porque los músculos de aquel gigante eran demasiado poderosos y los colmillos no podían atravesar la grasa que le cubría el cuello y los hombros.

Cateyrin no vacilaba, a pesar de que Meth se quedaba atrás. Se lanzó rodando a las piernas del gigante. El hombre cayó hacia delante, detrás de ella. Huyó.

Albe me arrebató la daga de la mano, pero Cateyrin dijo entre dientes:

—¡No, no! No os quedéis para rematarlos. Estamos muy cerca de mi casa y con el ruido atraeremos a los demás. Están en todas partes y merodean durante toda la noche.

Tuau dio un horroroso grito de furia que resonó a nuestro alrededor, rebotando contra los muros de cristal negro y el techo.

—Eso ayudará a que no se acerquen demasiado —dijo con satisfacción mientras

se lamía el hocico empapado de sangre.

Preferí hacer caso a Cateyrin.

—¡Vamos! ¡Vamos!

—Quiero un poco de carne roja —aulló Tuau.

El de los dientes afilados agonizaba entre espasmos. El más grande se había levantado, miró a sus compañeros, después a nosotros.

—Cateyrin, tú nos guías. ¡Vamos ya! ¡En marcha!

Tuau abrió la boca para protestar. Creo que quería comerse al de los dientes afilados. Albe le pegó un golpe en el lomo con la empuñadura de su espada.

—¡Ya has oído a mi señora! ¡En marcha! ¡Ya!

Tuau le dedicó una mirada asesina que habría podido envolver en llamas la corteza de un árbol, pero hizo lo que le decía.

Salían todo tipo de sonidos de la niebla que nos rodeaba y corrimos durante al menos diez kilómetros más. De repente, el techo que cubría nuestras cabezas volvía a estar intacto y las estrellas inundaban el húmedo corredor con su luz plateada.

—¡Aquí! —gritó Cateyrin, y se escabulló por un hueco oscuro que se abría en el muro.

Tuvimos que agacharnos para pasar. Pero una vez dentro pudimos ponernos de pie otra vez, aunque el techo estaba pocos centímetros por encima de mi cabeza. Podía extender el brazo y tocarlo.

Allí también había las lámparas que recogían la luz de las estrellas, así que también aquel estrecho pasadizo estaba inundado de su brillo azulado.

—¿Cateyrin? El pasillo por el que íbamos estaba abierto, pero éste está techado. ¿Cómo entra la luz? —pregunté.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Las personas que construyeron la ciudad hicieron que así fuera.

—Me pregunto si eran personas. Me parece que sólo los dioses... —dijo Albe.

—Me duelen los pies y me siento muy débil —dijo Meth de repente—. Vamos a ver si tu madre de verdad se alegra de volver a verte.

El pasillo era tan estrecho que teníamos que avanzar en fila india. Cateyrin iba delante, la seguían Meth, Tuau y Albe; yo cerraba la comitiva. Tuau caminaba impaciente junto a Albe.

—¿Crees que nos dejará pasar? —le preguntó.

—No importa. Podemos pasar aquí la noche. Apuesto lo que quieras a que eres capaz de matar algo para tu cena sea como sea. Y mi señora y yo podemos proteger este pasillo de cualquier atacante, si se da el caso. En mi bolsa tengo un botín lo suficientemente cuantioso para pagar la comida y el alojamiento cuando llegue el día.

—Yo ya tenía mi cena caliente, retorciéndose y desangrándose en el suelo —contestó Tuau entre dientes—. Pero tú y esa malhumorada de tu señora me hicisteis abandonarla...

Eso fue todo lo lejos que él y todos los demás pudimos llegar. Habíamos llegado a

un rastrillo de hierro. El corredor se ensanchaba un poco en ese punto y nos reunimos ante la puerta. Tuau silbó, escupió y clavó sus zarpas en la rejilla.

—Oh, quédate quieto. Tranquilízate un poco y te rascaré el cuello y detrás de las orejas —dijo Albe, cumpliendo su promesa a la vez que hablaba.

Tuau empezó a frotarse contra sus piernas y a ronronear.

Cateyrin sacudió la verja.

—¡Madre! ¡Madre! Estoy en casa. Estoy en casa. Déjame entrar.

Primero no apareció nadie. Me di cuenta de que Albe miraba hacia atrás con aprensión.

—No entiendo lo que la retiene —dijo Cateyrin.

Entonces habló Meth.

—Sí, vaya, pues yo sí que lo entiendo. Seguramente cree que eres un fantasma que la llama..., e incluso si pudieras convencerla de que estás viva, los más probable es que te repudiasen por traer la desgracia a su familia y haber fracasado en tu deber...

No pudo continuar, porque vimos que tras la puerta aparecía una luz. Cuando se acercó, vimos a una mujer con una vela en la mano.

—¡Dios mío! —exclamó al ver a Cateyrin—. ¡Dios mío! Mi hija, mi dulce hija. Sabía que ella no había predicho tu muerte, pero no entendía cómo podrías escapar.

»¡Akeru! —añadió al ver al gato—. ¿Cómo? ¡Mujeres guerreras!

Esta vez se refería a Albe y a mí...

—Madre, son mis amigos. Ellos me ayudaron. Déjanos entrar, ¡por favor!

Cateyrin alargó los brazos a través de la portilla.

—Échate hacia atrás, Cateyrin. Es precisamente lo que estoy haciendo.

La portilla se levantó. Nos deslizamos por debajo y se cerró tras nosotros. Nos apresuramos por un nuevo pasillo, esta vez totalmente a oscuras excepto por la vela que llevaba la madre de Cateyrin. Los muros tenían un extraño brillo.

Alargué la mano para tocarlos.

—No. Son afilados —me susurró Cateyrin.

De hecho, mi armadura se había levantado para protegerme los dedos.

—Podemos juntar las dos paredes, y los cristales cortarían en pedazos a los intrusos —me explicó Cateyrin.

—¿Cómo lo hacéis? —preguntó Albe.

—No lo sé. Mi madre es quien dirige esta casa. Ella es quien lo hace. Antes de morir, me enseñará todos sus secretos, ahora que he sobrevivido al peligro de morir entre los frutos de cristal.

El pasillo daba a una estancia redonda, abovedada. La forma de la habitación y los muebles me eran a la vez familiares y extraños. La estructura central del techo concentraba la luz de las estrellas como ocurría en el corredor, pero la luz sólo era intensa en el ojo de la bóveda.

Sí, pensaba en ellos como si fuesen ojos porque eso era lo que parecían: el enorme ojo de una libélula que nos miraba fijamente. En la habitación había más

lámparas que atrapaban y reflejaban la pálida luz del ojo de libélula. Eran de cristal de ámbar, así que su luz era cálida.

La madre de Cateyrin hizo un gesto con la mano y una cálida luz dorada inundó la estancia. Era muy hermosa, redonda como los hogares de mi pueblo, las paredes estaban cubiertas de preciosos tapices de seda, terciopelo e hilos de oro y plata. A pesar de que las artes de los pictos son vibrantes y sus tapices maravillosos, no se podían comparar con aquéllos. Algunos eran figurativos y en ellos aves alzaban el vuelo para siempre. Los peces saltaban, las flores brotaban y florecían, los árboles hechos de hilo curvaban sus copas bajo el viento.

Había otros tapices que eran abstractos, como los que los pictos tejen para representar los sucesos de la vida. Cada hombre y mujer tienen el suyo y se pueden leer como las columnas de las casas. Aquí el oro del sol, un matrimonio próspero. Allí una mancha roja, un parto peligroso. O para un hombre en la batalla, gris y blanco significan dolor y muerte. Los huesos son el blanco; el mar invernal, un gris verdoso; el cielo del invierno, un gris más plateado.

No hago más que ilustrar un arte que hoy en día está desapareciendo y que será olvidado incluso entre los pictos. Y a las familias ya no les importa que hubo una época en que se sentaron a comer, hicieron el amor, trabajaron y vivieron rodeados entre los recuerdos tejidos por aquellos que los trajeron al mundo, que labraron las tierras, pescaron en el mar, lucharon y amaron durante años y años, hasta que dieron lugar a los tiempos en que vivimos.

En los tapices de aquella habitación pude apreciar que, por muy alejado que estuviese el pueblo de Cateyrin del mío, teníamos un parentesco. El suelo estaba cubierto de pieles que parecían de aquellos animales que habíamos visto al entrar en la ciudad. También había esparcidos almohadones de damasco, seda, lino y lana muy fina por todo el suelo y alrededor de una mesa redonda junto a la cual había unos bancos. Tanto la mesa como los bancos recordaban los muebles bajos que había en las casas de los principales de mi pueblo.

Cateyrin abrazaba a su madre.

—Mi pequeña niña, mi dulce niña. Mi tesoro. Mi vida. Estaba tan asustada... Dios mío, tenía tanto miedo... —murmuraba su madre.

—¿Por qué? ¿No había dicho Nest que no veía muerte? No entiendo de qué te preocupabas.

Albe se rió entre dientes.

—Jovencita, tal vez la fe de tu madre no sea tan fuerte como la tuya.

—Todo el mundo sabe que Nest tiene un poder enorme y todas sus predicciones se cumplen —replicó Cateyrin en tono repipi.

—Señora —Albe hizo una reverencia—, sentimos presentarnos sin habernos anunciado, pero las circunstancias no nos han permitido un comportamiento más formal. Yo soy Albe, de las islas Exteriores. Mi señora, aquí presente, es Guinevere, la prometida del rey de Britania, Arturo. A Meth creo que ya lo conoces. Y nuestro

amigo es Tuau, de los Akeru, que es... un felino de honor. Sí, creo que eso es lo que mejor lo define. El gato de honor de mi señora, Guinevere. Al igual que yo soy su mujer de honor y me he comprometido a cortarle la cabeza si cae en desgracia o muere.

»Como puedes ver, no somos unos personajes mezquinos y podemos ofreceros nuestra hospitalidad si nos visitáis. Aunque no tengo muy claro cómo podríais hacer tal viaje.

—Yo soy Ilona, miembro del Círculo de las Adivinatoras —respondió la madre de Cateyrin con la misma formalidad—. Y ya que habéis devuelto al hogar a mi querida hija, es un honor que seáis mis huéspedes y sois bienvenidos.

—¡Madre, somos ricos! —exclamó Cateyrin.

Cogió la bolsa que llevaba Albe con los frutos de cristal y se los enseñó a su madre.

—¿Qué pasa, madre?

Fue Albe quien contestó.

—Cateyrin, demos a tu madre la oportunidad de que... entienda lo que ha pasado. Creo que algo de comida y descanso...

—Sí, sí. Por favor —dijo Ilona señalando la mesa y los bancos.

Meth comenzó a desarmarse. Maldecía entre dientes. Cateyrin se dispuso a ayudarlo e Ilona salió de la habitación.

—Sí, sois ricos. Tú y tu madre. Pero ¿y yo? Ahora soy un paria. Alejado de mis amigos, mis compañeros, mi familia —se quejó Meth, amargamente.

—¿Qué te pasa? Repartiremos a partes iguales y tal vez puedas utilizar tu parte para encontrar...

—¡Me gustaba mi vida! Era un miembro de confianza en el Tuath. ¿Dónde puedo ir ahora? ¿Qué...?

—¡Para! ¡Ni se te ocurra seguir! Desde el principio has actuado como un estúpido, intentando...

El hombre ya estaba prácticamente desarmado, pero todavía llevaba uno de esos guanteletes horribles y levantó la mano, preparado para dar un bofetón a Cateyrin. Antes de que pudiera hacerlo, Albe lo había agarrado por la muñeca y le retorció el brazo en la espalda.

—¿Qué? Aquí eres un invitado. ¿Insultarías a la señora de la casa maltratando a su hija?

Entonces lo soltó. Cateyrin retrocedió, todavía tenía la nariz magullada y dolorida a causa del primer golpe de Meth. Sin decir nada más, salió de la habitación siguiendo los pasos de su madre hacia lo que me imaginé que sería otra habitación. Meth cogió uno de los bancos. No dijo nada, sino que se sentó con expresión hosca.

Nosotras nos sentamos en otro banco desde el que podíamos vigilarlo. Estaba haciéndome sentir incómoda. No sabía si podía hacernos daño, pero mi ignorancia sobre todo lo referente a aquel mundo extraño era tal que no quería correr ningún

riesgo.

Me distraje con la mesa y el banco. Parecía que estaban hechos de madera pulida por un lado y cubierta de corteza por el otro. Entonces me di cuenta de que la corteza tenía zonas verdes entre las ramas. Las zonas verdes eran diminutas hojas. La mesa y los bancos estaban vivos.

Las patas de la mesa eran raíces que se hundían en el suelo de piedra por unas grietas. Lo mismo ocurría con el banco. Nosotras estábamos sentadas en la parte lisa de la madera ricamente decorada. La otra parte estaba constituida de corteza y grupos de hojas. Pude mirar entre la trama de la mesa y el banco y vi que las diminutas hojas verdes cubrían todos los huecos que había entre las ramas. Ambos muebles relucían verdes, dorados y marrones bajo la luz de ámbar.

—¿Cómo puede sobrevivir? —preguntó Albe.

Ilona entraba con una fuente de carne asada justo en ese momento. Cateyrin iba detrás con un salvamanteles y lo colocó para proteger el árbol del calor que desprendía la fuente.

—Como respuesta a tu pregunta, se las arregla muy bien y lleva viviendo aquí desde antes de que mi abuela convirtiera este lugar en su hogar.

Cateyrin volvió con una bandeja en la que llevaba cuencos con caldo, verdura y fuentes de pan de tres o cuatro clases.

—¡Ooooh! —rugió Tuau, reclamando su parte.

Estaba detrás de Albe y de mí.

Ilona lo observó.

—¿Cruda o hecha? —le preguntó.

—Me da igual. ¡Me muero de hambre!

—Cuida tus maneras —le dijo Albe—. ¡Por favor! ¡Gracias! Y corta la carne y rompe los huesos en el suelo.

Tuau silbó y se le erizó el pelo del lomo.

—Tranquilo, o te sacaré afuera para que juegues con lo que sea que merodee entre las sombras.

—¡No puedo!

—¡Sí puedes! —Albe le dedicó una de sus sonrisas burlonas—. Puedes y lo harás. Compórtate.

Ilona regresó con una pata de algo. Tuau miró a Albe, pero cogió la carne con bastante delicadeza, se alejó hasta el suelo de piedra de la entrada y comenzó a cenar. Cateyrin llevó vino y todos imitamos a Tuau y empezamos a comer.

Su temor me tenía desconcertada, pero entonces el cansancio comenzó a hacerse notar. Aquel día había cruzado la frontera de un mundo a otro. Había luchado y había recorrido varios kilómetros a pie. Si no contaba los días de cansancio mental y físico que habían seguido a la quema del primer fuerte, nunca antes había estado tan cansada.

La comida y el vino me hundieron en el estupor. No tenía fuerzas para hacer

preguntas a nuestras anfitrionas y menos ganas aún de mirar los dientes a un caballo regalado. Estaba en un sitio caliente, ostensiblemente a salvo y bien alimentada. No podía pedir nada más. Pero aquella expresión de repentino miedo seguía sin abandonar mi conciencia, me susurraba una advertencia, su temor a lo que yo pudiera hacer. Y luego estuvo la expresión de consternación en el rostro de Ilona cuando Cateyrin le contó nuestra aventura con la Circe.

La joven y Meth volvieron a discutir sobre ese tema. Pero simplemente ya no me importaba lo que sucedía a mi alrededor. Rodeé con el brazo a Albe y apoyé la cabeza sobre su hombro.

—Tengo que descansar o me moriré. No sé lo que ha podido agotarme así. Pero no podría dar un paso ni aunque mi vida dependiese de ello.

Albe me ayudó a llegar a un montón de almohadones que había en una esquina de la habitación.

—Hoy te he visto hacer poderosa magia, mi reina y señora. Tal poder como del que tú hiciste gala dejaría exhausto a cualquier hechicero. Ahora duerme. Yo vigilaré.

—Cuida esas piedras. Podríamos necesitarlas... —eso fue todo lo que pude decir antes de hundirme en la oscuridad.

Descendía más y más, atravesando las oscuras aguas en las que se originó toda forma de vida, como decían Maeniel y Dugald. Sobre el volcán, los rayos de la tormenta de los primeros mares.

—Entonces se puso a llover —me contó Maeniel—. Sin descanso, el agua caía del cielo y se evaporaba al entrar en contacto con el calor que desprendía la corteza terrestre, se convertía en nubes y volvía a llover. Con el tiempo, el ciclo se fue ralentizando y las enormes cuencas de los mares se cubrieron de agua. Los ríos empezaron a correr, algunos llevaban agua hirviendo y atravesaban cañones de lava negra, el basalto sacudía las piedras del lecho del río y así se formó la primera tierra y arena sobre la Tierra.

»Lo que vino después es un misterio —continuó Maeniel—. El espíritu de Dios se posó sobre las inquietas aguas. La joven luna las atrajo en formidables mareas que lamían los bordes de los continentes, arrastraban las rocas y crearon la vida de la fría piedra inerte y las cenizas volcánicas.

—¿Dios? —pregunté.

—Dios u otra cosa. No lo sé. Pero fuera lo que fuera, se dedicó plenamente a ello. Se vieron relámpagos que iluminaban la noche como si fuera de día y que eran más intensos que el lejano sol visto a través de las eternas brumas del mediodía. Y entre el yunque de ese nuevo mundo salvaje y el martillo del cielo, la vida surgió como las chispas en una fragua y la luz cuando el sílex golpea el acero. La llama de la vida se posó en el mar primario y el fuego que somos empezó a arder lentamente.

Porque, como ya he dicho, ardemos. Y las criaturas de la oscuridad a las que invoqué para que me ayudaran a quemar el fuerte me enseñaron con qué intensidad lo hacemos. Se calientan en nuestro fuego y en ocasiones se reúnen alrededor como

mariposas nocturnas.

Una vez le pregunté a Maeniel cómo podía recordar esas cosas que la mayoría de los humanos, incluido Dugald, no podían recordar, o sólo en condiciones muy especiales. Me contestó que habíamos dejado de utilizar la totalidad de nuestro cerebro hacía ya mucho tiempo y habíamos enterrado esos recuerdos para siempre a fin de convertirnos en los animales inteligentes que somos. Pero él tenía dos naturalezas diferentes, la del hombre y la del lobo, y así podía conservar vivos esos recuerdos antiquísimos del pasado, tan lejanos que no cabían en nuestra concepción del tiempo y sólo podían seguirse por los cambios de las estrellas, que aparentemente son eternas, aunque no es cierto.

Ellas, las estrellas, eran la única medida de la duración casi infinita de la vida sobre la Tierra. Todos los animales comparten esa capacidad de recordar el inicio de la vida y comprender su significado, tal como fue escrito en la estructura más profunda del universo. Nosotros los humanos fuimos los únicos exiliados del jardín del mundo, el jardín del universo. Sólo nosotros no somos capaces de recordar.

Me hundí aún más en las aguas del corazón de todos los seres y por un momento lamenté mi condición. Hechicera, Albe me había llamado hechicera. Me había convertido en hechicera. Una poderosa guardiana de magias. E incluso en ese momento, en las profundidades del sueño, la conciencia no me abandonaba y me preguntaba si alguna vez volvería a descansar de verdad. O si todas las noches deambularía con un ojo abierto por todas las capas del tiempo.

El tiempo, el árbol, el árbol del mundo que año tras año añade otro anillo a su circunferencia. El tiempo, el laberinto, toda duración medida por su centro. El tiempo, el laberinto.

De repente era yo y no lo era. Me adentré en un bosque en época estival. Sentía un cuerpo, no era el mío, sino que se parecía al del ser que había matado disfrazado de pescador. Lo había matado para proteger a un antiguo rey, el padre de mi propia antecesora, Treise, su hija. Ése era el cuerpo que habitaba, uno muy parecido al de aquel animal.

Me di la vuelta, miré hacia atrás y vi las huellas de mis tres dedos en el lodo. Eso es, después de todo, la clave de la memoria: saber qué es el pasado, aunque no sea mi pasado.

Caminé por el bosque. Virgen de la mano del hombre, estaba poblado por enormes árboles centenarios. Reconocí un roble cubierto de helechos que habían colonizado las ramas de tal manera que casi lo destruido. A sus pies, pisé el barro de un sumidero que estaba cubierto de plantas bajas coronadas por hojas muy duras con forma de abanico.

Más allá había un grupo de fresnos y tilos tan compacto que supe que ni siquiera con mi gran fuerza podría pasar entre ellos. Así que rodeé los altos troncos grises y me abrí camino por debajo de un árbol achaparrado y de corteza oscura que tenía unas hojas anchas y de un verde tan oscuro que casi parecían negras. Estaba cubierto

de unas enormes flores de color crema que cargaban el ambiente con su fragancia.

Una invitación entró pesarosa en mi mente y me dirigió hacia un camino que discurría a través de los árboles plateados. Seguí sus instrucciones y me fui abriendo camino entre los majestuosos troncos, en los que las ramas más bajas crecían varios metros por encima de mi cabeza. Avance a lo largo del serpenteante camino bajo las frías y húmedas sombras.

Finalmente llegué a una pequeña laguna bañada por el sol y cubierta de algas. Tan igual al color del reflejo del sol sobre el agua era el color del animal, que ni siquiera mi ojo experto pudo distinguir su silueta verde y dorada hasta que no se movió. Levantó la cabeza coronada por una cresta y me miró a los ojos. Siguió masticando tranquilamente las algas, tragó y silbó un saludo delicado y melodioso.

Su constitución era similar a la que yo tenía en ese momento: patas con tres dedos, ancas poderosas, brazos y zarpas no preparados para trabajos delicados, como sabía que eran los míos, pero de dedos separados y romos, de manera que el animal podía apoyarse sobre sí mismo cuando se inclinaba para comer. Sus agudos ojos se encontraron con los míos y supe que no necesitaba preguntar.

Aquellos seres eran buenos pensadores, los primeros que llevaron el orden al caos cuando mi especie aún se peleaba como animales carroñeros, y tenían una conciencia rudimentaria de la enorme y magnífica complejidad, de la belleza pura de la ciudadela de verdad que aquellos seres habían construido antes de lo que sus mentes pudieran imaginar.

Mi pueblo había alcanzado la madurez, una dichosa madurez, bajo su tutela y protección. Pero ahora..., ahora, tenía que saber. Y yo, Guinevere, y el ser cuyo cuerpo habitaba teníamos que saber... ¿qué?

Y recordé mi vida observando desde una cueva cómo colisionaban el enorme cuerpo celeste y la hermosa Tierra azul y verde, y cómo las oscuras nubes ocultaban su esplendor.

Intenté separarme del ser que habitaba, pero era tarde, demasiado tarde, y el dolor me desgarró la mente. La razón que había pertenecido a mi fiel compañero se alejó arrastrada a su paso. Supe que todo lo que amaba o amaría sería destrozado. Tanto el animal como yo estábamos atrapados en la locura, como me había ocurrido cuando había invitado a los espíritus del mal a entrar en mi mente.

Pesadillas, los humanos tienen pesadillas. «Esto no es real», pensé, y huí. «Voy a morir», pensé, y moriría intentando escapar de aquel dolor puro, interminable, amargo.

De repente estaba con Madre tras las cascadas donde ella bebió el agua del lago cubierto de estrellas. El agua caía de muy arriba y a veces formaba una cortina cuando el viento la arrastraba sobre los árboles. Era medianoche. El agua me salpicaba como si se tratase de brumas resplandecientes.

—Tú no. Tú no y hace mucho tiempo —dijo Madre.

Entonces desapareció. La conciencia se apagó como una vela cuando se acaba la

mecha y en aquel momento realmente pude descansar.

Me despertaron los sollozos de Cateyrin.

—¡Ya está, hija, ya está! ¿No sabías que iba a pasar esto en cuanto ese bobo viera a la Circe? —decía Ilona, su madre.

—¡Pero es que también se ha llevado todos los frutos de cristal!

Abrí los ojos. Había dormido sobre los almohadones entre Albe y Tuau. El leopardo apoyaba su cabeza sobre mi brazo extendido y Albe estaba acurrucada a mi lado, con su cabeza sobre mi hombro.

—¡Yo lo maldigo! Y espero que las joyas no traigan más que pesadillas a la Circe —seguía lamentándose Cateyrin.

A mí lado, Albe se rió.

—No se ha llevado tantas como cree —me susurró al oído.

—¿No?

—No. En cuanto vi que esa cosa, porque no es humana, ya lo sabes, entraba en su mente, supe que nos traicionaría. Maldita sea, si ya estaba dispuesto a hacerlo antes de que le mostrara sus encantos. Una vez mostrados, era una auténtica certeza. Se ha llevado una caja, nada más. El resto lo tengo atado a la cintura. Siento tener que haberle dado esa caja, pero tenía miedo de que, si no, ese idiota me clavara un cuchillo para hacerse con todo.

—Llevábamos tanto tiempo juntos... —gimoteaba Cateyrin.

Tuau levantó la cabeza de mi brazo.

—Por Dios, mujer. Eres más escandalosa que una reina en celo. Tranquila. Habernos librado de él bien puede valer el precio de esas joyas. Tu maldito amigo casi nos mata en esa escalera.

El gruñido de Tuau hizo que Cateyrin permaneciese un rato en silencio.

La habitación estaba muy iluminada, la luz se colaba por el ojo del techo. Las hojas de la mesa y de las sillas se habían abierto y bebían la luz del sol. Cateyrin y su madre estaban cerca de esos muebles.

—Esperemos que haya ido con la Circe. Porque, de lo contrario, corremos un grave peligro —dijo Ilona.

—¿Por qué? —pregunté mientras me incorporaba.

—Por tus peligrosas aptitudes.

—Madre, son mujeres guerreras. Las grandes familias no se atreverán a...

—¡Por todos los santos! Ella, ella sin ayuda de nadie, puede dar a una de las grandes familias la hegemonía. Si descubren lo que puede hacer, no dejarán de enviarle adversarios hasta que caiga agotada. Puede su hija de dioses, pero su cuerpo es mortal y, por muy fuerte que sea, tiene su límite, como todos los humanos.

—Mujer, ¿por qué no me dijiste eso anoche? Si lo hubiese sabido, lo habría matado —intervino Albe.

—¡No! —exclamó Cateyrin llevándose una mano a la boca.

—Cateyrin, trae requesón y miel para nuestras invitadas y haz pan —le esperó

Ilona.

Tras ordenarle eso a su hija, se dirigió a mí:

—Tenemos que hablar, pero primero comamos. Meth tardará un tiempo en convencer a su familia de que intente controlarte. Seguro que al principio no lo creen y, si tenemos suerte, lo matarán antes de que ni siquiera tenga tiempo para explicarse. Sin embargo, si va con la Circe... Bueno, entonces todo depende de lo lista que sea ella.

—Debería haber sido más listo.

—¡Hija mía! —dijo Ilona rodeando a Cateyrin con sus brazos y atrayéndola hacia su pecho—. Afronta los hechos. Meth tenía una cara bonita y buenas maneras, pero era crédulo hasta el límite de la locura y su seguridad en sí mismo era propia de un suicida. Una de las maneras más rápidas de saber cuándo una Circe ha atrapado a un hombre es al decirte éste que puede liberarse de ella en cuanto quiera. Siento que tu primer hombre resultara ser tan tonto, pero también es una suerte que la Circe lo capturara con tanta rapidez y así viste su verdadera naturaleza.

Cateyrin se limpió el rostro con la mano.

—Cualquier hombre puede resultar vencido ante una Circe, incluso el mejor.

—Sí, querida, sí. Lo sé. Ahora vete a buscar miel y requesón pan nuestras invitadas.

Ilona suspiró cuando Cateyrin salió de la habitación.

—Gracias a Dios está viva. No importaba las veces que consultara los oráculos, no veía su muerte. Tampoco los *collegia* y, cuando salió ella en el sorteo, los consulte todos. No podía creer que todos nos equivocásemos.

—Señora, dime por qué esas piedras preciosas son tan importantes que para conseguir unas pocas docenas tenéis que sacrificar una vida humana —pregunté.

—No podemos vivir sin ellas. Y los dioses reclaman su parte.

—Pero ¿qué hacen?

—¿No os lo ha dicho Cateyrin?

—No, no nos ha contado nada coherente.

—Venid conmigo.

Nos llevó a una hornacina. Del nicho salían unas estrechas escaleras de caracol que descendían. Ella bajó la primera, yo la seguí, y Tuau y Albe cerraban la comitiva. Las escaleras desembocaban en un balcón que se asomaba a un lago iluminado por el sol.

«Estamos bajo tierra», pensé. ¿Cómo podía ser?

En el saliente había una escalera de cuerda. Ilona la lanzó y vi que el extremo inferior caía sobre un pequeño promontorio que salía del lago.

Descendí por ella.

El promontorio resultó ser el tronco de un enorme árbol caído que estaba medio sumergido en el lago. Me subí en él y no pude más que maravillarme ante tal abundancia, una que hasta entonces apenas había osado soñar.

El lago, que en realidad parecía más una marisma, se extendía en todas direcciones a mi alrededor. En él se daba gran variedad de tipos de vida. En la parte central, que era profunda y de un tono marrón claro, vislumbré los ágiles movimientos de peces grandes que cazaban peces más pequeños, renacuajos e insectos que estaban posados en la superficie. Más allá, donde las aguas eran poco profundas, crecían las plantas de hojas anchas que poblaban las islas que habíamos visto camino de la ciudad. Eran muy hermosas. Las hojas multicolores en forma de flecha iban desde el rosa aterciopelado y el negro hasta el rojo, y daban sombra a las tranquilas aguas marrones en las que vagaban los peces más pequeños, volaban las libélulas y nadaban las ranas.

Caminé sobre el tronco entre las enormes hojas hasta que llegué a la zona de auténtica marisma, un lugar repleto de berros dorados, pontederias de puntas azules, algas con flores blancas, grupos de aneas en los que anidaban pájaros de vivos colores entre los juncos. Había juncos altos y bajos, algunos terminaban en puntas rojas y peludas, otros tenían plumas como si fuesen papiros e incluso había otro tipo diferente con hojas verdes y alargadas, en forma de espada, que cortaban las manos y las piernas del paseante distraído como si fuesen un millar de cuchillos.

Caminé hasta el extremo del tronco y vi que el lago estaba rodeado de una ciénaga compuesta por una auténtica selva sumergida, enormes árboles cubiertos de una vegetación tan exuberante que era prácticamente imposible saber dónde acababan los árboles y dónde empezaban los parásitos que vivían sobre ellos. Los impresionantes nudos de las raíces de los árboles medio hundidos se alzaban ante mí y no pude avanzar más. Me detuve y vi un bote pequeño, forrado de piel, atado a una de las raíces. Me di la vuelta y descubrí que Ilona me había seguido y que estaba junto a mí.

—¿Qué ves? —me preguntó.

Le respondí y ella asintió.

—Este lago mantiene a mi familia. A mi hija y a mí.

Alargó la mano y cogió una de las plantas de hojas anchas que vivían en el agua. Me fijé en que las hojas brotaban en un rizoma tan ancho como mis muslos.

—Recojo estas plantas y un vendedor de comida me compra todo lo que pueda cosechar. El pan que comiste anoche estaba hecho con harina obtenida de las raíces secas de esta planta.

—Es imposible que exista este lugar. Estamos bajo tierra pero sobre nosotros se abre el cielo y brilla el sol. —Lo estaba viendo a la vez que negaba su existencia—. Sólo es una ilusión.

Ilona se echó a reír.

—Muchacha, eres la mujer más rubia que he visto jamás, y si te quedas mucho tiempo aquí, la ilusión que luce sobre nosotras acabará quemándote.

—No.

—Sí.

Alargué la mano hacia una de las raíces del árbol, pero la atravesé como si estuviese hecha de aire, aunque aparentemente era sólida. Me aparté. Junto a las piernas tenía la planta de oscuras hojas aterciopeladas cuyas raíces Ilona me acababa de enseñar. La cogí por el tallo y conseguí sacar del agua sus gruesas raíces.

La solté. Cayó de nuevo en el agua. Mi mente estaba preparada para que la planta me salpicase las piernas y los pies, pero eso no sucedió. Parecía que el agua pasara a través de mí como si no fuera real, como si fuera un fantasma.

—¡No! —exclamé.

Entonces recordé la última enseñanza de Ure. Volví a alargar la mano para coger la raíz. La sujeté con fuerza y sentí la madera húmeda, suave, sucia.

Ilona asentía.

—Eres hechicera. Y acabas de vivir la paradoja principal de este lugar.

—Una cosa puede ser real o no —afirmé sin más.

—Aquí es así.

A unos doscientos metros de allí, se oyó un grito áspero y un magnífico pájaro de cresta azul alzó el vuelo entre un macizo de aneas. Una de sus alas pasó a través de mi cuerpo como un fantasma que atraviesa una puerta. Me di la vuelta rápidamente, liberé mi voluntad y alargué la mano hacia el pájaro. Con la yema de los dedos acaricié sus plumas cálidas bajo el sol.

Estaba allí de pie, con el corazón saliéndoseme del pecho, casi ni me atrevía a hablar.

—Eso es lo que hacen las piedras preciosas. Ponen lugares como éste al alcance de las mujeres que viven aquí. Ya has visto lo áridas que son las tierras que rodean la ciudad.

Asentí.

—Si no tuviéramos la comida que obtenemos de este lugar y otros similares, ¿cuánto tiempo crees que tardaríamos en morir de hambre? De los alrededores del lago del valle sólo obtenemos una décima parte de lo que necesitamos. Y, querida, los alimentos no son más que el principio. Todos y cada uno de los hombres, de origen humilde o aristocrático, inteligente o estúpido, fuerte o débil, noble o plebeyo, matarían a quien se pusiera por delante con tal de lograr que una mujer de talento como tú perteneciese a su familia. Podrías escoger entre los primogénitos de todas las grandes familias y el que te consiguiera tendría, al final, la hegemonía sobre todas las demás.

»Sólo las mujeres comen las gemas —continuó explicándome—. Sólo las mujeres pueden vagar entre los muchos mundos a los que las gemas abren las puertas. Meth hablará de ti a la Circe y ella transmitirá la información a las siete grandes familias.

—Tal vez Meth no sucumba a sus encantos.

Ilona me dedicó una triste sonrisa.

—No cabe esa posibilidad. Incluso estoy segura de que ahora mismo están colocándole una cadena al cuello y está bebiendo el agua del Leteo. Para una Circe,

los hombres no son más que animales de carga. Prefieren los Fir Blog a los humanos, con mucha diferencia. Los Fir Blog tienen el pene mayor y en contadas ocasiones se rebelan, mientras que los humanos a menudo se vuelven depravados y a veces hay que sacrificarlos y aprovechar su carne. Esto se debe a que, después de unos pocos años, muchos acaban tolerando el agua del Leteo que utilizan para atontarlos.

—Aprovechar su carne —repetí casi sin fuerzas.

—Sí, pequeña. Ya veo que mi hija no fue demasiado..., digamos que no os explicó demasiadas cosas... sobre las dificultades inherentes a nuestra sociedad. En fin, todavía es joven y he intentado protegerla de los aspectos más desagradables de la vida en esta ciudad. A ella le gustaba mucho Meth y, si le hubiese prevenido de su probable final, lo único que habría conseguido sería enfadarla. Pero siento que contigo tengo que ser honesta. Corres un gran peligro y necesitas desesperadamente mis servicios.

Me ardían los hombros y sentía que tenía el rostro caliente. Pensé que Ilona tenía razón cuando me dijo que me quemaría. Oí que Albe me llamaba.

—¡Mi señora, mi señora! ¿Dónde estás?

—¡Estoy aquí! Ahora mismo vuelvo. Estoy hablando con Ilona.

—¿No puede verme? —le pregunté a Ilona irritada.

—No, no puede. Ya te lo dije, eres hechicera. ¿Lo recuerdas? Ella y Tuau sólo pueden ver niebla u oscuridad.

—¡Ya voy! Llego en un momento.

Comencé a caminar por el tronco hacia la escalera.

Ilona me tocó el brazo.

—¿Comprendes lo que te he dicho?

—Sí, creo que sí.

Cómo funcionan las cosas. Cómo funcionan realmente. Podía recurrir a las enseñanzas de Maeniel. Él me enseñó a mirar más allá de las apariencias y tener en cuenta los hechos más que las palabras.

Seguí a Ilona hasta su casa y una vez allí me senté a la mesa y comí requesón con miel. Escuché con suma atención todo lo que Ilona me iba diciendo.

Las mujeres eran un bien muypreciado porque eran las únicas que podían utilizar los frutos de cristal para viajar entre los mundos. Pero no todas las mujeres tenían ese don, sólo unas pocas de especial talento. Los líderes de las siete grandes familias luchaban violentamente entre sí para conseguir esas mujeres, pues si las controlaban otorgaban más poder al clan. El hombre que se casaba con una de esas mujeres especiales se convertía en el principal de la familia y ejercía ese poder sobre los demás.

—¿Cateyrin? —pregunté.

—Nunca ha mostrado ningún signo de talento. Pero tú y tu amiga, ¿Albe?, sí. El simple hecho de que vinierais a este mundo desde otro y demostrarais vuestras habilidades cuando atacasteis la partida que acompañaba a mi hija..., y si a eso le

añades tu magnífica armadura y d talento que mostraste en mi jardín... Todo apunta a que eres una Mujer de Desafío.

Mujeres de Desafío. Sabía lo que quería decir. Veréis, entre nosotros hay muchas formas de casarse.

Te puedes vender a ti misma en la feria de Beltane como yo quería durante un tiempo. No es mala idea, a pesar del terrible enfado de Dugald. El hombre que te «arrienda» le da tu sueldo al principal. Si en el plazo de un año descubris que no erais lo que buscabais el uno para el otro, por lo que sea, puedes coger tu dinero e irte. Si te quedas embarazada, eso ya es otra cosa. Si el bebé es una niña, puedes llevártela contigo sin ninguna penalización. Si es un niño, sólo puedes tenerlo hasta que cumpla cinco años. Entonces su padre o algún familiar de éste lo tiene que adoptar y enseñarle a ser un hombre.

Lo que es más usual entre las mujeres nobles o con posesiones es que se desposen con algún familiar. Así se intenta favorecer a la familia, ya sea económica o políticamente.

La mayoría de las mujeres no son lo suficientemente bellas, nobles o ricas para llegar a este tipo de acuerdo. Pero entre aquellas que sí lo son, una mujer que no sería vendida como una vaca o un caballo puede exigir su derecho a no ser poseída por ningún hombre que no pueda derrotarla en un combate cara a cara. Como una vez me dijo Dugald, hay más historias sobre esos desafíos que mujeres que se atrevan a pedirlos. De todos modos, se dan con la suficiente frecuencia como para que se mencionen en las leyes que protegen a las mujeres de los abusos y, por lo visto, las mujeres que eranpreciadas como esposas por las grandes familias tenían que demostrar su talento en la magia y en el campo de batalla.

Se dice que las mujeres que retan a tales desafíos obtienen su fuerza de la magia otorgada por la virginidad y, cuando dejan de ser doncellas, se convierten en una mujer como todas las demás: débil, dócil y sumisa.

Albe escuchaba tan atentamente como yo y, cuando Ilona terminó de hablar, me susurró al oído:

—Mi señora, vamos a tener que luchar para salir de aquí. La ley no te permite yacer en la cama de ningún hombre, excepto uno.

—Ya lo sé —le respondí con suavidad.

De repente se echó a reír.

—No me cabe en la cabeza que la virginidad influya tanto en lo que a fuerza se refiere. Hace mucho que perdí la mía y soy tan fiera como un toro salvaje.

—¿Y por qué esos hombres sólo están interesados en acostarse con mujeres guerreras? —pregunté.

—Las experiencias en los diferentes mundos que producen las gemas son muy peligrosas. Muchas mujeres no regresan. Y de aquellas que lo hacen, la mayoría son las mejores guerreras. Vuestro talento, muy evidente, os sitúa a ambas entre las mejores. Pero no temáis. Habéis venido al lugar adecuado. Yo no obtengo todos mis

bienes del lago. Soy profesora de lucha, maestra de arte marcial.

—¿Y el lago? ¿Cuál es el origen del lago? —pregunté.

—Mi bisabuela fue una mujer guerrera imbatida. Ella fue..., viajó a través de las gemas, encontró el lago y lo trajo aquí.

—¿Cómo puede hacerse eso?

Ilona se encogió de hombros.

—No lo sé. Dejé sus posesiones a su hija, quien me las dejó a mí. Y el lago forma parte de ellas. Nadie puede arrebatármelo, porque nadie puede llegar a él sin mi ayuda.

—Así que las grandes familias no lo controlan todo.

—A ellos les gusta pensar que sí, pero no es cierto.

Tuau se acercó, se tumbó panza arriba y empezó a revolcarse delante de Albe. Ella le rascó la barriga y el felino gimió de placer.

—Dios mío. No dudes de que al gatito le gustas mucho. Mmmmm, mmm, mmm. ¡Oh, Dios mío!

Se puso de pie de un salto mientras seguía jadeando.

—¡Es casi mejor que el Sexo! ¡Casi!

Otro jadeo felino, se sentó sobre las ancas y empezó a lamerse los testículos. Apareció su pene erecto, rosado, curvo, de aspecto rugoso. Le dedicó toda su atención, olvidándose de los testículos. Cinco o seis lametones más y brotó el semen.

Jadeando, se tumbó boca abajo, con las patas alrededor del cuello, y dio un suspiro de felicidad.

—Maravilloso. Simplemente maravilloso —ronroneó.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Albe poniendo los ojos en blanco.

Ilona lo observó y sacudió la cabeza.

—¡Felinos!

—¿Te sientes con fuerzas? —me preguntó.

—Con más que nunca.

—Perfecto. A pesar de todo lo que hemos estado hablando, tengo que ganarme la vida. Es hora de ir a cosechar las raíces al lago. Puedo aprovechar tu ayuda.

Me dejaron un vestido amplio y Cateyrin cogió el vestido de seda que yo llevaba para lavarlo. En aquella ocasión, tanto Ilona como yo nos esforzamos en ayudar a Tuau, Albe y Cateyrin a cruzar el velo que separaba aquel mundo del lago.

La cosecha fue buena. Albe, que estaba acostumbrada a pescar con anzuelo e hilo, fue en busca de pescado al centro del lago, mientras Cateyrin recogía los montones de raíces y hojas que Ilona y yo hacíamos.

—¿En qué medida estás aquí? —le pregunté a Albe cuando se puso a mi altura junto al lago.

—No lo sé. Veo la mayor parte del lago, pero en los extremos no distingo nada entre la niebla.

Apoyé la mano derecha en su hombro y por primera vez sentí cómo se

concentraba la magia en mi cuerpo. Me asusté de lo que podría hacerle a ella, pero dejé que pasara de mi mano a su cuerpo.

—¡Lo veo! El lago, los peces, el sol reflejado en el agua, el bosque sumergido alrededor del lago.

Bajó la vista.

—A través del calzado siento la corteza de árbol que piso. Es maravilloso —añadió mirándome.

Yo no estaba tan segura. Estaba asustada, tenía miedo de lo que podía pasar si hacía demasiado real el lago o nuestra conexión con él tan fuerte que la entrada se cerrase y no pudiésemos regresar. Dejé de concentrarme con tanta intensidad y el lago se fue desvaneciendo poco a poco. Parecía que Albe no había notado diferencia alguna.

Dejé caer la mano de su hombro y Albe se encaminó hacia al extremo más estrecho del árbol, con los aparejos de pesca en la mano. La observé, inquieta por lo que acababa de hacer. Había pensado que aquello sobre lo que estábamos era una rama caída, oscura y medio hundida, hasta que se movió. Tardé varios segundos en darme cuenta de que era la serpiente más grande que había visto en mi vida.

Estaba en posición de espera entre las ramas sumergidas del árbol caído y era del mismo color del sol en el agua marrón, negro y dorado con pintas rojas. Levantó la cabeza y el hocico romo se lanzó sobre el pecho de Albe. Ésta cayó y en un momento fatal la cola, tan ancha como el tronco de un árbol, le rodeó un brazo y el pecho. Arrastró el resto del cuerpo sobre el tronco, preparándose para hundir a Albe.

Oí que Ilona gritaba. Pegué un rápido manotazo y de repente la serpiente se hizo semitransparente. Todo el mundo se volvió borroso en el momento en que atraje a Albe hacia mí y nos saqué a las dos del mundo que habitaba la serpiente.

Albe se deslizó como si el reptil fuera de humo y empezó a gatear hacia mí. Al mismo tiempo, la serpiente parecía sorprendida, asustada y amenazadora. Después de todo, sólo un segundo antes había tenido a un animal de caza mayor a su disposición. Rápidamente arrastró su enorme cuerpo por el tronco y se sumergió en el lago.

Albe se quedó mirándola. Parecía tan sorprendida como la serpiente.

—No tan maravilloso, no tanto —dije.

¡Magia! Recordó mi visita a Ure. Me había advertido que toda acción, deliberada o no, tiene consecuencias. Cuidado.

Estaba temblando. Como consecuencia de haber llevado completamente a Albe al extraño mundo del lago, sin saberlo casi la había convertido en la cena de la serpiente.

—Ahora ya estoy lejos. ¿Puedo tocar las cosas de este mundo? Quiero decir, ¿cómo podré pescar? —dijo Albe tranquilamente.

—Dame el hilo y el anzuelo.

Hice más reales los dos objetos, pero dejé a Albe como estaba. A partir de entonces, entre raíz y raíz que tenía que partir a una medida que fuera más fácil de

vender, tuve que visitar a Albe cada vez que pescaba un pez, lo cogía por detrás de las agallas y lo sacaba del agua. Albe los atravesaba con la mano.

Tuau no tenía ningún problema en aquel nuevo mundo. Una vez inmerso en él, echó a correr a lo largo del tronco y me dejó perpleja tirándose al agua, por donde se alejó nadando hacia el bosque sumergido. Volvió con un pequeño cerdo negro. Yo estaba ayudando a Ilona a arrastrar una raíz retorcida de por lo menos tres metros y me llené de barro de la cabeza a los pies.

—¿Cómo es? —le pregunté.

Dejó de comer y levantó el hocico manchado de sangre.

—Lagos, ciénagas, pantanos, más lagos, más ciénagas y más pantanos. Eso fue todo lo que he visto. Y pájaros, todo tipo de pájaros que no pude cazar. Eso es todo.

En cuanto acabó de hablar volvió a dedicarse a su comida.

Cuando ya habíamos terminado y teníamos suficiente pescado para cenar y una habitación entera de lo que Ilona llamaba buenas raíces, nos metimos en el lago y nos echamos agua hasta que quedamos limpias. El sol era una mancha escarlata en la lejanía entre las esbeltas siluetas del bosque e Ilona parecía cada vez más incómoda.

—¿Cómo es esto de noche? —preguntó Albe.

—No lo sé. Ninguna de nosotras, las guardianas de esta entrada al lago, se ha atrevido a quedarse una vez que ha oscurecido.

Algo gritó a lo lejos, un grito fiero, primario. Tuau, que había estado durmiendo después de su festín a base de cerdo, levantó la cabeza. Sus ojos verdes brillaban bajo los últimos rayos de sol.

—Un felino. Y grande —murmuró.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Albe.

—Eeeeh... —El tono expresaba irritación—. Por la distancia, la profundidad, el número de ecos. Es una garganta grande. No podría llegar hasta aquí si no..., no creo que nos gustara encontrárnoslo. Mis semejantes son bastante desagradables si te sorprenden en sus territorios.

Ilona había preparado la escalera.

—Vamos —nos dijo.

Albe empezó a subir con Tuau alrededor del cuello como si fuese una bufanda. Yo subí la última. Me habría gustado ver las estrellas, pero no quería tentar la suerte. Y además aquellas serpientes...

Donde nos bañamos era una habitación de piedra con un ojo de insecto. Ésa es la única manera de llamarlo que se me ocurre, pues eso era lo que parecía. En todo caso, mantenía templada el agua que había en un depósito durante todo el día. Nos enjabonamos, después llenamos cubos de agua en el depósito y nos los echamos por encima.

El depósito era de madera y lo habían hecho vaciando una raíz gigantesca. Los muros estaban cubiertos con las pequeñas hojas que decoraban la mesa de la habitación central de la casa. Cuando miré al fondo del depósito, vi que la raíz estaba

viva y el agua manaba del mismo tejido blanco de la raíz.

Apoyé mi mano de fuego sobre la superficie húmeda y dura y sentí el árbol. No habló. Los árboles no hablan, eso lo supe más tarde. Pero en su contemplación silenciosa de las necesidades humanas y otros aspectos, me di cuenta de que era la vida de la ciudad. Él (lo diré así, pues no estaba segura de lo que estaba tocando) había creado la ciudad a partir de la piedra. Alguien se lo había pedido hacía ya mucho tiempo.

Su sistema, el sistema del árbol, hacía posible que la ciudad viviera. El agua que corría alrededor de mi mano era pura, incluso se podía beber a pesar de que los humanos que vivían en la ciudad vertían basura, sangre y desperdicios, hacían de los ríos que bañaban los árboles un basurero y saturaban las raíces de las plantas. El árbol absorbía el agua, la purificaba y dejaba que volviese a manar por los manantiales, los pozos, las fuentes, las lagunas, los lagos y los caños. Y así el agua alimentaba las cosechas, apagaba la sed, lavaba los cuerpos, cocinaba la comida, se evaporaba y el viento la arrastraba hasta los polos, donde, en forma de hielo, daba lugar a glaciares que se fundían, y volvía a empezar el ciclo.

Aparté la mano, asustada. No sabía si el ser poderoso con el que había entrado en contacto podría absorberme o seducirme, ofrecerme una paz ante la que casi todos los seres vivos se rendirían.

Hay mucho que decir sobre una conciencia equilibrada y silenciosa, siempre llena de vida pero siempre en reposo. De todos modos, separé mi mano de la vida del árbol, me alejé de su conciencia y fui a la habitación de entrenamiento. Albe se me había adelantado. Practicaba esgrima con Ilona, con espadas de madera. Era hora de luchar.

—No dejarán que estéis tranquilas. Estoy segura de que mañana vendrá la Fand.
Ilona tenía razón. Vino.



«¿Dónde tiene que terminar un bosque?», se preguntó Arturo. En un valle no. Allí se haría más tupido o se convertiría en un pantano. Pero si daba la vuelta y subía por la ladera, tal vez lograra salir de entre los árboles y encontrar el camino para volver a descender hasta el valle en el que vivía su pueblo.

El bosque era la trampa más terrible en la que jamás había caído. Después de subir la montaña y destruir a la Canción de Guerra, el fuego lo había obligado a internarse en el bosque. Arturo y *Bax*, su perro de lucha, estaban tan cansados cuando escaparon de las llamas que habían bebido agua en un pozo que se había formado en un hueco entre las raíces retorcidas de un roble, y después se durmieron hasta que una luz pálida y blanca inundó cada rincón del bosque.

A la altura de las copas de los árboles, la niebla era densa y Arturo no veía dónde estaba el sol. Se estremeció, porque el ambiente era frío y húmedo.

Los árboles eran robles. Su corteza era áspera y estaba agrietada. No se sabía si era marrón o negra, pues en algunas zonas se oscurecía mucho. Arturo pensó que en aquel lugar debía de haber mucha humedad la mayor parte del tiempo, pues los troncos y las ramas más bajas estaban cubiertos por gruesas capas de musgo muy verde y un tipo de enredadera que crecía en abundancia en las zonas en las que las retorcidas y nudosas ramas no tenían hojas.

En las zonas más altas, con gotas de rocío, vio muérdago con sus bayas blancas y sus hojas ovoides. Aparte de la ligera inclinación del suelo, no había ningún signo que delatara por dónde habían entrado al bosque. De todos modos, Arturo estaba seguro de que no podían estar muy lejos porque, cuando se había parado a beber con el perro, había visto entre los árboles el fuego provocado por la muerte de la Canción de Guerra.

Pero ¿en qué dirección? ¿Había dado con la raíz del roble llegando por la derecha o por la izquierda? No lo sabía. De hecho, había media docena de raíces retorcidas muy parecidas y todas formaban huecos en los que se acumulaba el agua. *Bax* se había despertado y bebía de uno de ellos.

Arturo se dio la vuelta y vio que el roble que tenía más cerca era un poco más bajo que los demás y el tronco tenía buenos puntos en los que sujetarse. Así que trepó todo lo que pudo, casi hasta donde las ramas eran tan finas que no podían soportar su peso. A esa altura, la niebla prácticamente lo ahogaba. No podía ver nada. En pocos segundos tenía toda la cara mojada, el pelo empapado y el cuello de la camisa y las mangas pegados a la piel.

Bajó del árbol con la certeza de que estaba atrapado en el viejo bosque del hechizo de magia negra. En algunos puntos había carteles que advertían a los caminantes de que no se alejasen de los caminos por mucho que aquel lugar mortal los atrajera. El bosque era protagonista de numerosas leyendas de su pueblo. En aquel lugar, los héroes habían perseguido jabalíes y, atrapados en su inmensidad, habían muerto de hambre y sed.

La maraña de ramas que cubría el bosque velaba el sueño de diosas, princesas y valquirias. Allí dormía el Astado durante el día y se despertaba para guiar a los animales salvajes con sus perros del infierno a través de las tormentas de medianoche. Por allí rondaba la pesadilla, perturbando a héroes y simples mortales.

Y la pesadilla del guerrero, el vado de Morrigan, dejó marcada la sangre en el lecho de piedra del río, y las aguas claras de la montaña se teñían de sangre.

Los ojos del muchacho se encontraron con los del perro. Arturo se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que el gran mastín sintiese tal hambre que se volviese contra él. Pero en ese momento la mirada de esos ojos amarillentos era pura y confiada. El animal levantó las orejas mientras miraba fijamente a Arturo.

El joven miró a la izquierda, pero el perro miró a la derecha y brincó por la escarpada superficie del terreno. De hecho, las raíces de los centenarios robles eran tan gruesas que era imposible ver la tierra.

«Ladera arriba», pensó Arturo. Eso sería lo mejor. Tenía alguna posibilidad de salir por encima de la línea de árboles. Sin embargo, *Bax* comenzó a descender la colina como si supiera lo que hacía, así que Arturo lo siguió.

Cada cierto tiempo se detenía a beber en una de las charcas que se formaban entre las raíces de los árboles. El agua contenía mucho tanino, por lo que dejaba un sabor amargo en la boca y le hacía sentirse como si no hubiese bebido nada y nunca saciaba su sed. Una vez de las que se detuvo encontró una bellota. La cáscara del fruto brillaba con un intenso color marrón. Cuando la cogió, las letras (o el símbolo que aquello fuera) se encendieron en la palma de su mano como cuando había recogido agua del manantial entre ellas. La bellota desapareció en una nube de humo.

Aquel bosque terrible lo torturaba con su paisaje siempre idéntico. Los árboles, todos robles, eran iguales entre sí y del mismo tipo. Ninguno era de la variedad que más abunda en los bosques normales. Sobre ellos flotaba la niebla y a veces parecía que era tan fina que una vez creyó distinguir la lejana esfera del sol de mediodía a través de los jirones de vapor.

Bax se comportaba como si fuera un experto eligiendo el camino correcto y Arturo sólo contaba con el instinto del perro (si es que era instinto), así que lo seguía. En cierto momento de la tarde, Arturo se dio cuenta de que el bosque contra el que se debatía se iba tomando cada vez más oscuro.

«Llega la noche», pensó. Aquél era el único indicio que tenía. Ni atardecía ni amanecía, sólo humedad, árboles mojados, niebla y una luz azulada omnipresente que lentamente iba convirtiéndose en una oscuridad envolvente, pesada e impenetrable.

Cuando ya no podía ver nada, encontró a *Bax* echado sobre un lecho de raíces. Arturo se arrodilló; y *Bax* lo invitó a que lo abrazase para compartir su calor. Eso hizo el muchacho y estaba tan cansado que incluso la superficie desigual de las raíces le pareció cómoda. Tenía la boca seca a causa del agua amarga y se asustó cuando se dio cuenta de que también tenía los labios ásperos, pero no sentía ni hambre ni sed.

Aquel terrible bosque no podía extenderse indefinidamente, ¿verdad? Pero entonces su mente le respondió: «¿Por qué no? Para algunos así ha sido». Perdieron el camino y vagaron hasta que la muerte los alcanzó o quizá ni siquiera murieron, sino que tuvieron que luchar eternamente, cada día la réplica perfecta del anterior, un destino miserable y gris.

Pero *Bax* desprendía calor y Arturo estaba acostado pegado a su cuerpo. El perro le cogió la mano y la lamió con su lengua húmeda.

«¿Por qué me permiten dormir, si es el único momento de paz que me queda?», pensó Arturo antes de quedarse dormido.

Se despertó con las primeras luces grisáceas y descubrió que los huecos que se formaban entre las raíces se habían cubierto de agua. Una vez más, *Bax* y el muchacho bebieron. «Perderé el sentido del tiempo», pensó mientras miraba la bruma enredarse en las copas de los árboles, los árboles centenarios que se alzaban entre él y la pálida luz que no era más que la niebla que extendía su manto por todas partes.

No tenía ninguna quemadura grave, pero sí una herida en carne viva en el brazo derecho. Estaba cicatrizando y le escocía. Se rascó sin darse cuenta y sintió cómo se le clavaban las uñas en la carne.

«Sí», pensó. Con la uña del dedo pulgar se hizo una marca en la piel interior del antebrazo izquierdo. Una hoy, otra mañana, así marcaría el paso del tiempo.

Entonces, por muy extraño que aquello fuera, se sintió con más fuerzas que el día anterior. No tenía hambre y se preguntó si el enorme perro, *Bax*, también se sentiría libre de la necesidad de comer. El animal estaba inmóvil sobre las raíces más altas del árbol que tenía frente a él. Cuando Arturo le indicó que estaba preparado para empezar a caminar, *Bax* lo guió a través del bosque de oscuras columnas y brumas eternas.

Arturo llegó a la conclusión de que se sentía más fuerte porque le resultaba más fácil enfrentarse a los árboles. Al principio los veía como siluetas refulgentes propias de una pesadilla entre las que estaba encerrado. Pero ahora que ya los conocía, se había convertido en un experto en encontrar los mejores sitios donde pisar entre las raíces retorcidas que formaban cuencas entre los enormes troncos.

También era cierto que, a medida que la pendiente se hacía cada vez más pronunciada, las raíces se iban convirtiendo en una especie de escalera. Varias veces se dio cuenta de que descendía por el sistema de raíces mientras contemplaba las copas de los árboles. De vez en cuando, la niebla se disipaba durante unos segundos y Arturo podía estudiar la desalentadora vista: un precipicio cubierto del vivo amazón de robles gigantescos que clavaban sus enormes raíces en la tierra pedregosa y ofrecían sus troncos duros como la piedra y sus brillantes hojas al cielo de brumas. Eran fuertes, tenían la misma fuerza que los árboles que formaban la torre. Formas de vida que se renovaban a sí mismas una vez tras otra, siglo tras siglo, milenio tras milenio, por el resto de los tiempos.

Supo que no se equivocaba cuando *Bax* y él llegaron a un claro formado porque uno de los robles había muerto y vio que un árbol joven crecía a partir de una de las raíces del roble muerto. Alto, esbelto y pálido se alzaba buscando la luz. Allí había fuerza, la fuerza lo rodeaba cuando se disponía a dormir. Y cuando rodeó al perro con el brazo, pensó que la luna debía de estar sobre la niebla, porque ésta brillaba como calcedonia y a veces un ópalo blanco centelleaba con miles de tonos azules, violetas, dorados y rosas.

El rey, el Rey de la Oscuridad, *Bade*, debía de esperar que aquel bosque lo destruyera. Ése fue el primer pensamiento de Arturo entre el sueño y el despertar. No lo estaba consiguiendo. «No, no, en absoluto», pensó incorporándose.

Observó la corteza oscura y húmeda del roble que tenía más cerca. Fortaleza, sintió la fortaleza del árbol en su propio cuerpo y recordó a la *Doncella* de las Flores en su encarnación de *creatix* de los primeros árboles. Aquellos que florecían antes de que la nieve se fundiera o, en climas más suaves, cuando la tierra de los bosques todavía estaba cubierta de las hojas caídas durante el último año. Aquellos árboles

florezían: el sauce, el fresno alto y plateado, el roble. Sus amantes son la fría lluvia primaveral, el último viento del invierno que sacude sus ramas desnudas y las fieras tormentas.

Arturo cerró los ojos y abrazó a la doncella. Era suave como el aterciopelado amento rojo del sauce y su aliento era el de un torrente de montaña, insoportablemente cortante y dulce al mismo tiempo. El placer de Arturo era el del contacto helado de la última lluvia del invierno, salvaje pero purificadora.

Tenía tres marcas en el brazo cuando llegaron al valle. Para el joven ya no era un sufrimiento encontrar el camino entre los árboles. De hecho, a veces era *Bax* quien lo seguía mientras descendían la ladera. Se había dado cuenta de que cada vez soplaba más el viento y a veces arrastraba la niebla. Podía alcanzar a ver el bosque como una masa de hojas brillantes que cubrían todo alrededor. Eso y la breve caricia del sol sobre su rostro eran dos placeres exquisitos.

Sí, cuando el viento despejaba momentáneamente la niebla veía que caminaban en dirección a un valle en forma de «V». Un torrente se apresuraba por el vado de tierra que había entre la escarpada pendiente hacia un destino desconocido. Sobre el paisaje verde planeaba un águila.

Arturo recordó que una vez había sido águila. Un segundo después, de nuevo era un águila y miraba hacia abajo a través de los magníficos ojos del ave. Vio que el río se ensanchaba y, cuando el bosque llegaba a su fin, seguía su curso a través de un jardín en el que se extendía para saciar la sed de la abundante vegetación que rodeaba un impresionante palacio de luz.



CAPÍTULO 7

Zarpa Negra se retiró a una gruta en la ladera de la montaña para lamerse las heridas. Apreraba el cuerpo contra el muro de piedra. Fuera, los cuervos reían.

—No has sido de una gran ayuda —gruñó Zarpa Negra.

—Para él el lobo es un animal sagrado. Hizo mal al intentar matarte. Ahora lo sabe. Estáis unidos —respondió el cuervo.

—¿Cómo?

Pero el cuervo ya no estaba y el casco descansaba bañado por el sol cerca del hueco del árbol en el que estaban escondidas las ropas de Zarpa Negra. Se vistió. Estaba malhumorado. En aquel combate había estado más cerca de morir de lo que había estado nunca. No estaba acostumbrado a sentir miedo. El sueño de ser un gran guerrero casi le parecía infantil, así como su convencimiento de que ser hombre y lobo le garantizaría la victoria sobre seres inferiores.

Se dio cuenta de que no tenía por qué ser así. La muerte nunca se le había presentado como una posibilidad real. Ahora lo era y se sorprendió al comprobar que lo asustaba.

Una vez vestido, se encajó el casco del cuervo en la cabeza. Se quedó contemplando el valle. Podía volver con ella. Ella no había otorgado nada de valor a eso de la valentía o la batalla o ni siquiera el honor. Pero ¿en qué se convertiría si regresaba? ¿En su mascota? ¿En un idiota que huía corriendo de la única responsabilidad a la que estaba destinado?

La brisa de la mañana le acarició el rostro e hizo susurrar a los matorrales y los robles que cubrían la ladera. No, tenía demasiado de hombre en su interior para ser un lobo. Y demasiado de lobo para entender completamente a los hombres con los que compartía su vida. Sin embargo, Cregan le había enviado a reconocer el terreno, y, en la medida en que pudiera, cumpliría sus órdenes.

Así fue como unas pocas horas después estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una piel de vaca en las caballerizas de Cregan, comiendo una chuleta de cerdo y describiendo la partida de hunos. Las brasas de la cantina ardían en el patio. Cregan la había hecho arder tal como habían exigido los miembros más maniáticos de la comunidad. Lo escuchaban todos los hombres de Cregan que cabían en las caballerizas apiñados entre los mimados halcones. El águila que estaba detrás de Cregan se arreglaba las plumas con el pico.

—Lo que no entiendo es cómo pudiste acercarte tanto —dijo finalmente Cregan.

—He cazado con mi padre y sus hermanos desde que tengo memoria. A menudo vivíamos de la caza y se me da bien moverme en silencio por la noche —contestó Zarpa Negra.

—Síííí... —dijo Cregan lentamente—. Supongo que con eso todo queda explicado. Llevarán oro en ese carro.

—Los hunos han cosechado una victoria tras otra a lo largo de la costa —dijo otro de los hombres.

Cregan frunció el entrecejo.

—Les queda poco para estar fuera de nuestras tierras e internarse en una zona más poblada. Pero son un premio demasiado tentador para dejar que se nos escapen entre los dedos. Muchos hombres del pueblo están en las montañas con los rebaños. Si el rumor llega al pueblo al que creo que se dirigen, el señor romano de esas tierras enviará una partida de francos para acabar con nosotros. Así que..., muchachos, todos los hombres que componen la escolta del carro tienen que morir. Porque si les llega a los francos la noticia de que hemos atacado a una de las partidas de Atila, no tenemos suficientes hombres en el campamento en este momento para rechazar la partida que vendrá en busca de venganza. ¡Oídmeme bien!

Zarpa Negra sintió terror cuando miró los rostros de los hombres que lo rodeaban. Ninguno parecía descontento o preocupado. Eran hombres endurecidos, acostumbrados a hacer lo que hiciese falta para sobrevivir.

Cregan adivinó su consternación.

—Muchacho, si no eres capaz de seguir mis instrucciones al pie de la letra, entonces quédate atrás y haz compañía a las mujeres. Porque si dejas que uno de esos malditos se te escape, te arrancaré el corazón con mis propias manos.

A Zarpa Negra le recorrió un escalofrío y se le erizó el vello del cuello y de los brazos.

—No. ¡No! Estoy con vosotros.

Cregan lanzó un gruñido.

—Intentaremos llegar al río con el atardecer.

Y lo consiguieron. Ninguno iba demasiado armado. No se veía ningún escudo, y aunque algunos, entre ellos Zarpa Negra, tenían una malla de metal, ninguno la llevaba puesta. Tenían espadas y un buen surtido de picas y lanzas de aspecto terrible, más el complemento acostumbrado de puñales, aproximadamente tres para cada hombre. Lo que ninguno de los hombres llevaba era nada que pudiese tintinear, repiquetear o producir cualquier ruido. Sus armaduras eran de piel o simplemente vestían camisas almohadilladas.

Estaba oscuro en la ribera del río y la luna sólo era un creciente plateado y pálido, casi perdido entre la vasta multitud de estrellas.

—Adelántate. Veamos si eres tan veloz y silencioso en la oscuridad como dices —dijo Cregan a Zarpa Negra.

Incluso en forma humana era silencioso como un espectro. Decidió guiar a los demás a lo largo de la ribera del río, donde se volvían casi invisibles a causa de la oscuridad. Sin embargo, fue Cregan quien avistó al centinela. Silbó y clavó las uñas en el brazo de Zarpa Negra.

Ambos se detuvieron. Los hombres de Cregan no necesitaban instrucciones. Se confundieron con las sombras silenciosos como fantasmas.

—No es ningún tonto el picto que dices que los guía —susurró Cregan—. Espera que los problemas, si llegan, lleguen por aquí.

El agua no era más que un hilo entre las dos altas riberas, y mientras Cregan se quedara donde estaba, nadie podría distinguirlo ni a él ni a sus hombres.

—¿Puedes matarlo sin hacer ruido? —le preguntó a Zarpa Negra.

—Eso no importa, hay alguien allí arriba que daría la alarma. Su caballo. Ese hombre es un huno. Viven con sus caballos, así que antes alguien tiene que cortarle la garganta al caballo.

—¡Maldita sea! —murmuró Cregan.

Zarpa Negra y él se agacharon en el hueco de la ribera. Justo enfrente de ellos, sobresalía un promontorio de arenisca.

—Ven —le dijo Zarpa Negra a Cregan.

Rodearon el promontorio y quedaron fuera de la vista de los demás. Zarpa Negra se quitó la camisa y los pantalones al transformarse en lobo.

Cregan emitió un sonido ahogado, una especie de sollozo.

Zarpa Negra volvió a convertirse en humano el tiempo suficiente para susurrarle:

—Yo me encargo del caballo. Tú, del hombre.

—Debería haberlo adivinado. ¡Los amigos de la Señora! —dijo Cregan para sí.

Zarpa Negra se puso el cuchillo entre los dientes. Se convirtió en una sombra gris. Desapareció. Tardó pocos segundos en encontrar un camino que lo llevase hasta lo alto de la ribera. Cuando llegó, adoptó forma humana. Sabía que Cregan tardaría más tiempo, así que se agachó desnudo entre la hierba hasta que el centinela desapareció.

Podía oler a la yegua: estiércol, silla de piel, espuma y grano. La brisa le llevaba todo eso. Se movió como sólo saben hacer los depredadores hasta que la suave brisa de la noche le soplaba directamente sobre el rostro. Entonces atacó.

Primero cortó la tráquea y, cuando oyó el agudo silbido, hundió más el puñal, hasta la yugular. La yegua cayó prácticamente sin ningún ruido.

Volvió a reunirse con Cregan donde había dejado su ropa, se convirtió en humano y empezó a vestirse.

—Tienes futuro en esto, muchacho —dijo Cregan.

Zarpa Negra tenía las manos empapadas en sangre y los músculos del estómago se le contraían. Mientras cortaba la tráquea del animal se había sentido aterrorizado. Si con aquello no hubiese bastado, tenía miedo de que la yegua chillara. Pero no había sido así.

—¿Crees que sólo tienen un centinela? —preguntó Zarpa Negra.

—¡No! Adopta tu otra forma y vete a comprobarlo.

Zarpa Negra resopló por la nariz.

—¡No hagas ruido! Creo que sé dónde está. Antes había un pueblo aquí. Tenía una empalizada que está prácticamente derruida, pero en el centro había una construcción de piedra. Seguramente se habrá escondido allí. Debe de haberte visto.

—Sólo como lobo.

—Dijiste que era un picto. Y, aunque no lo fuera, sabrá que no era un lobo normal.

Zarpa Negra se desvaneció en su otra forma. Cregan no le había dicho dónde estaba el pueblo, pero para entonces ya no lo necesitaba. Todavía tenía el viento en contra y le dijo varias cosas sobre los hombres, los caballos, la piedra fría y vieja, sobre la hierba pisoteada y el olor penetrante del humo de la madera.

De nuevo los caballos de los hunos eran un problema. Esperó, acurrucado en la hierba, hasta que el viento se detuvo. Entonces avanzó de cuclillas hasta que vio la silueta rota de la empalizada, sombras más oscuras contra el cielo tachonado de estrellas. No, no soplaban viento. Estaba todo tranquilo y se acercó sigilosamente.

Los hunos no se lavaban muy a menudo y más tarde Zarpa Negra concluyó que aquello lo había salvado. Tenía la mirada fija en la construcción de piedra medio derruida que había tras la empalizada caída cuando su olfato recibió el hedor insoportable de humanos faltos de un baño.

No, los hunos no se habían refugiado en la casa. Esperaban en silencio tras la empalizada, turnándose para dormir mientras aguardaban la llegada de lo que esperaban que fuese un puñado de forajidos descuidados.

Zarpa Negra tardó una hora en alejarse de los alrededores del pueblo. Durante todo ese tiempo rogó desesperadamente que Cregan no fuese tan negligente como para ir a buscarlo. Cuando finalmente se puso a salvo en la ribera del río, lo encontró donde lo había dejado.

Informó a Cregan de lo que había visto mientras se ponía la camisa y se subía los pantalones.

—Podríamos dejarles marchar —concluyó.

—Sí, ¿y qué haríamos con el caballo y el hombre muertos? No, ya hemos derramado sangre y ahora tenemos que terminar lo que hemos empezado. El *dux bellorum* franco sabe dónde están los hombres de nuestro pueblo. No se lo pensará dos veces antes de ordenar un asalto como venganza y así recuperar el botín. No, muchacho, no debe enterarse nunca. O tan tarde que ya no pueda ordenar un ataque.

Cregan y Zarpa Negra gatearon hasta donde estaban los demás.

—Planean tendemos una emboscada desde detrás de la empalizada —les explicó Cregan.

—Así que ¿cuando los atacamos? —preguntó alguien.

—Con las primeras luces. Salimos de entre la niebla y hacemos lo que os dije. No dejéis que se escape con vida ni uno. Tú —añadió dirigiéndose al alto y pelirrojo—,

mira si alguien se acerca al centinela. Si es así..., lo matas. Tú, Lancelot, o como te llames, duerme un rato.

Zarpa Negra se acurrucó, deseó convertirse en lobo y cerró los ojos. Los carros repletos de riquezas. Eso era lo que hacía todo aquello tan peligroso. El *dux bellorum* franco no conseguiría que sus hombres atacaran a Cregan simplemente por combatir. Pero un carro lleno de oro era otra cosa. Querrían su parte y ahora Cregan y sus hombres estaban demasiado comprometidos para dar marcha atrás. Había que seguir adelante o morir, no sólo por los hombres que estaban allí, sino también por las mujeres y los niños del pueblo.

«En fin, quería ser guerrero».

Lo despertó la sensación del amanecer. Era un lobo y su olfato adivinó el fin de la noche cuando el aire se volvió tan frío que la neblina colgaba sobre los campos yermos que lo rodeaban. Olió la dulzura fría de la hierba empapada de rocío. Su mente de hombre vio la posición de las estrellas y en ella vio el fin de la noche.

«Ni día ni noche», pensó cuando el cielo empezó a iluminarse. Recordó las enseñanzas de Dugald. Aquéllas eran las horas más peligrosas, las cosas no eran completamente una u otra cosa. Pero, más que el conocimiento, recordaba el jardín del modo que su mente, ni humana ni lobuna, había sido capaz de leerlo.

Apartó la vista del cielo y la dirigió al río. El tronco de un árbol caído estaba hundido en el fondo de guijarros. El cuervo estaba posado en él. Volvió la cabeza hacia un lado y lo observó con un solo ojo rojo oscuro.

—Ayer no fuiste de ninguna ayuda —dijo Lancelot, sin saber si hablaba con los labios o con la mente.

—No, pero tú no la pediste.

—Supongamos que ahora sí la pido. ¿Cuál es el precio que tengo que pagar?

Se sintió como si estuviese al borde de un precipicio, preparado para saltar al vacío e intentar volar. Se preguntó dónde encontraban los pájaros la valentía suficiente para echar a volar la primera vez. Lo recorrió un escalofrío de miedo.

—La muerte. El precio es la muerte.

—¿La muerte de quién? ¿La mía?

Aquella vez estaba seguro de que el pájaro le hablaba a la mente.

—Criatura inmortal, o casi, que no naciste humana ni tampoco animal, capaz de invocar la supervivencia eterna en y con tus cambios interminables de forma. Vete de este lugar. Yace con tu dama, la señora de las aguas vivas, de los manantiales y las fuentes. Entretente con ella y olvida la ruindad tenebrosa de nuestras almas y de la humanidad. Sella para siempre la conquista de la carne. La muerte es nuestro precio. La muerte que tú administrarás a otros. La muerte que cargarás sobre ti. Las muertes que verás. Verás tantas como tantos son los hombres y los lobos que amas y que caerán a tu lado. Y finalmente tu propia muerte, que espera al final del camino del guerrero.

»Aléjate, lobo —le siguió diciendo—, y cuando tú y ella bebáis el néctar del

placer interminable durante un millar de millar de años, al final llorarás y dirás: “¡Ay!, nunca he estado vivo”. Escúchame, lobo. Sólo la muerte da sentido a la vida y jamás vivirás completamente hasta que no entiendas que debes morir y convivas en paz con esa certeza.

Zarpa Negra cerró los ojos. Olió la mañana y supo que lo que había dicho el pájaro era cierto. La evasión perpetua de la responsabilidad no era vivir... por mucho que durase. Y el camino que debía seguir ya lo tenía marcado.

Se apoyó sobre una rodilla. Cregan lo estaba mirando. El cabecilla había pasado la noche envuelto en un manto, esperando insomne el amanecer. Zarpa Negra oyó a los demás que se revolvían. Al poco tiempo estaban todos levantados. Alguien hizo circular una frasca de vino. Cuando llegó su turno, Zarpa Negra negó con la cabeza. El pelirrojo, que estaba a su lado, se encogió de hombros y bebió.

Zarpa Negra dijo «sí» tan bajo que era casi inaudible. Pero el pájaro debió de entenderlo, porque un segundo después apareció una copa entre sus manos y, sin dudar, Zarpa Negra la levantó y bebió.

¿Vino? ¿Hidromiel? ¿Algo completamente desconocido para la humanidad? Era dulce, fuerte y corría por sus venas como si fuera fuego. Un segundo después, estaba totalmente alerta, despierto, con fuerzas renovadas y dispuesto a luchar. Dejó caer la copa y ésta desapareció antes de tocar el suelo. Vio el sobresalto de Cregan y se imaginó que debía haberlo visto todo.

—¿Preparados? —susurró el cabecilla.

Hubo un murmullo de asentimiento y emprendieron la marcha. Zarpa Negra los siguió, convencido de que Cregan y los experimentados guerreros ya habían hecho eso antes.

Sí, la bruma era espesa y Lancelot podía olerla. Cada inhalación le humedecía la nariz. Ya estaban cerca del pueblo, gateando hacia la empalizada, cuando se dio cuenta de que parecía un velo fantasmal que cubría el campo, el bosque y el río cercanos a la empalizada. Las primeras luces, todavía no había amanecido. Podrían ver a los enemigos lo suficiente para poder matarlos.

Uno de los hunos (o eso era lo que parecía con sus ojos almendrados, el pelo negro y la piel amarillenta) levantó la cabeza, seguramente alarmado por algún ruido. Cregan se puso de pie y arrojó la primera lanza. Le acertó en la garganta y lo tiró hacia atrás, agonizante, entre los postes rotos.

Zarpa Negra atacó con los demás. Las ruinas de la empalizada ofrecían cierto refugio. El hombre que estaba junto a Zarpa Negra murió al impactarle una lanza en el ojo. Zarpa Negra intentó darse la vuelta y coger su lanza para atacar a su enemigo y encontró, para su sorpresa, que en vez de una lanza tenía una espada en la mano, y no una espada cualquiera.

La clavó en la garganta del hombre. Entonces, dándose la vuelta ágilmente, decapitó a otro. Se alejó de un salto, buscando otro oponente, y vio que el picto y los demás supervivientes salían corriendo hacia la construcción en ruinas que había en el

centro. En ese momento tenía una lanza entre las manos.

Zarpa Negra no necesitaba instrucciones sobre cómo se lanza una jabalina. Su tercer objetivo murió al instante sobre las piedras caídas de la entrada.

Cuatro jinetes salieron disparados de la casa en ruinas como alma que lleva el diablo, cada uno en una dirección distinta. Zarpa Negra tenía una honda. Uno de los guerreros cabalgaba hacia él. Se agachó y le apuntó al pecho. El proyectil impactó en la frente de su enemigo e hizo volar por los aires la mayor parte de ese lado del cráneo. Zarpa Negra se apartó de un salto. El hombre que acababa de matar estaba lo suficientemente cerca para caer sobre él y cubrirlo de sangre y sesos.

Cuando volvió a tomar posición, Zarpa Negra vio que el picto intentaba saltar un montón de piedras que había al pie de la empalizada. F1 caballo metió la pezuña en un agujero y dio un terrible grito de dolor cuando la pata se le rompió y cayó a tierra. Los hombres de Cregan se arremolinaron alrededor.

Con eso sólo quedaban dos y Lancelot, como lobo, pegó un salto y voló tras ellos sobre la hierba alta y los hierbajos. Al primero lo alcanzó justo cuando el caballo llegaba a los matorrales que cubrían el pie de la colina. Saltó y clavó los dientes en los poderosos músculos del flanco del caballo. El animal perdió el equilibrio de las patas traseras y cayó sobre las ancas. El hombre que iba sobre él no había tenido tiempo de ensillarlo y resbaló por la grupa hasta caer.

En ese momento, el animal enloquecido se levantó y Lancelot se apartó justo a tiempo para evitar una coz que le habría roto el cuello. Estaba en el aire cuando llamó a su forma humana y se posó sobre el suelo, preparado para saltar de nuevo y luchar. Sintió la empuñadura de un arma en la mano y el peso de su cabeza mientras daba el salto del salmón. Ni siquiera sabía todavía lo que era cuando la blandió ante su oponente, quien también se había puesto de pie y se lanzaba contra él, con un terrorífico sax de una sola hoja en la mano.

La cabeza de la maza impactó contra el pecho del hombre, lo que le aplastó ocho costillas y le perforó el pulmón en cinco puntos. El hombre cayó al suelo, sangrando por la boca y la nariz.

Lancelot, pues en ese momento era Lancelot, un guerrero temible, jamás vencido en combate, se dio la vuelta y vio que el último superviviente atravesaba el campo abierto, cada vez más cerca del bosque. Habían pasado años desde la última vez que se habían arado esos campos, pero la tierra todavía estaba suave y los cascos del caballo lanzaban tierra al correr todo lo que podía para llegar a los árboles. Lancelot se lanzó contra el último hombre tomando la diagonal para intentar cortarle el paso. Lo consiguió, pero sin mucho margen. Aquel hombre, uno de los hunos, dio un giro brusco a su montura para propinar un golpe directo a aquel poderoso guerrero desnudo que vio aparecer ante él salido de la nada. En un segundo le haría caer.

Pero ni siquiera dispuso de ese segundo, porque Lancelot tenía una lanza.

«Los pájaros dan armas increíbles», pensó Lancelot. La punta de la lanza era estrecha y de hierro, con los bordes tan afilados que relucían. Atravesó el cuerpo del

huno como un cuchillo caliente corta la mantequilla.

Las ancas del caballo golpearon a Lancelot y lo lanzaron al aire. Dio varias vueltas, pero había vuelto a convertirse en lobo y aterrizó de cuclillas sobre la tierra. Los hunos eran jinetes famosos y, aunque agonizaba, el huno se mantuvo sobre la silla mientras su montura alcanzaba la protección de los árboles. El lobo lo perseguía en una carrera desenfrenada hasta que vio que el hombre intentaba esquivar, una rama más baja que el resto. No lo consiguió y su rostro chocó contra ella. Resbaló por la grupa del caballo y cayó, destrozándose la nariz, cuyo hueso le atravesó los sesos. Estaba muerto antes de tocar el suelo.

Lancelot se detuvo, las ijadas le temblaban del esfuerzo, sorprendido del repentino silencio. El caballo dio unos pasos más y acabó deteniéndose, con las riendas balanceándose en un claro bañado por el sol justo detrás de un viejo tejo. Zarpa Negra se sentó y movió suavemente la cola. Si se transformaba en humano, estaría desnudo y la desnudez no era lo más cómodo al comienzo de la mañana en un bosque ligeramente elevado. La temperatura no debía de superar los siete grados centígrados, pensó mientras empezaba a plantearse cómo recuperar su ropa.

A lo lejos oía voces y algún grito que otro. Seguramente, los hombres de Cregan estaban acabando con los últimos enemigos. Entonces crujieron unos pasos sobre las hojas secas. Zarpa Negra se puso de pie al instante. Se escondió entre unos arbustos y la hierba, junto al enorme tejo.

Ante sus ojos apareció Cregan. Llevaba las ropas de Lancelot. Durante un momento, el joven no se movió de donde estaba. El nombre que Ella le había dado era el del guerrero que está entre las estrellas. Siempre era un guerrero en las historias que se contaban sobre él. Y como las estrellas que lo formaban, volvió del cielo de la noche a su pueblo bajo la forma de un poderoso meteoro, fuego en la oscuridad de la medianoche, que explota y se consume, dejando tras de sí acero.

De hecho, había sido en la forja del guerrero donde se había inventado el acero y con el tiempo le había dado a la humanidad el control sobre la Tierra. Él era el Señor del Agua y la Luz. Por eso se había unido a la Reina de los Lagos y las Fuentes.

Y por última vez, Zarpa Negra fue un muchacho. Sintió cómo la luz del sol le atravesaba la piel y alrededor la luz transformaba el rocío que había sobre la hierba húmeda en un millar de arcos iris. Un dolor desgarrador y desesperado le inundó el corazón y supo que el nombre de Lancelot era su verdadero nombre.

Se levantó para coger las ropas que llevaba Cregan. El viejo se sobresaltó y lo miró interrogativamente.

—Muchacho, por un momento me ha parecido que el sol atravesaba tu cuerpo —dijo turbado.

»¡Vaya, vaya! —continuó Cregan—. ¿Regresan a nosotros los dioses cuando necesitamos desesperadamente su ayuda?

El segundo cuervo apareció en el tejo y se lanzó, tal como había hecho su hermano, sobre el ojo de Lancelot. Pero el lobo era demasiado rápido y el pájaro se

deshizo en polvo en sus mandíbulas. El polvo era como un vapor pestilente que quemaba y cegó al lobo, después se materializó en fragmentos afilados como cuchillas que le dejaron la cabeza envuelta en sangre.

Lancelot sintió el golpe rápido y perturbador de una herida mortal. Lentamente, la transición era tan lenta, de lobo a hombre... Finalmente comprendió que habitaba otro mundo, atravesándolo mientras se transformaba. Podría parar..., el resplandor casi lo ciega. En la brumosa Britania nunca antes había visto una luz tan intensa, nunca había respirado aire tan puro.

Por el barranco en el que estaba debía de haber corrido agua en el pasado, pero mucho tiempo atrás, porque sólo quedaban arroyos sobre la arena seca. El árbol que contemplaba estaba cubierto de grupos de flores de un blanco y un violeta intensos y largas hojas verdes que llegaban al suelo. «Parecido a un sauce», pensó.

Pero ningún sauce tenía flores de ese tipo, resplandecientes, blancas, con puntos púrpura, de labios profundos y violetas.

Un hombre, desnudo, se apoyó sobre una rodilla encima de la arena luminosa y dibujó, como había hecho cuando había invocado el viento de la tormenta, una palabra de poder. Entonces el árbol y el desierto se desvanecieron y estaba de nuevo en el claro del bosque, vestido y con casco y espada.

Cregan dio unos pasos torpes hacia atrás, el estómago se le revolvía porque había visto al lobo morir ante sus ojos y después renacer como un guerrero completamente armado. Tanto el casco como la espada tenían el aspecto del cuervo y tenían ojos, unos ojos rojos que lo miraban fijamente desde el casco y la empuñadura de la espada. Lentamente se cerraron.



—Nunca es fácil —me dijo Ure en mis sueños.

Sé que debí revolverme porque Albe me tranquilizó.

—Tranquila, mi señora. El Akeru y yo vigilarémos. Nos turnaremos, aunque estemos aquí.

Entonces me sumí en un sueño más profundo. Estaba en la plataforma de Ure, bajo los pinos.

—Me hiciste olvidar —dije.

—Algunas de las cosas más importantes que sabrás son cosas que has olvidado. De ahí procede el miedo. Olvidas el dolor y, de la misma manera, las torturas más intensas de la pena. Pero la parte de nosotros que no podemos admitir en nuestra conciencia tan estrecha y racional, esa parte, recuerda la agonía del amor perdido, el dolor abrasador del cuerpo herido, y sentimos eso como miedo.

—Primera lección —contesté.

—No, la primera lección fue cuando invocaste a Cymry a la vida por compasión de Kyra, hace ya mucho tiempo, cuando eras una niña pequeña.

Estaba en la cabaña. El viento aullaba firera y Kyra y yo nos abrazábamos para darnos calor. Acabábamos de rescatarla y de matar a los piratas que habían asesinado a su familia. La cabeza del líder colgaba sobre el fuego central para que se curase. El vestido de Kyra estaba rígido por la sangre seca, ya que la habían violado antes de que estuviera completamente recuperada del parto. La leche se le secaba en el pecho, se le secaba porque el niño al que estaba destinada estaba muerto.

Ella se levantó para avivar el fuego, pero yo llamé a Cymry, la cabeza, de entre los muertos y le mostré que estaba atrapado y que podía ordenarle lo que quisiera.

«Kyra, mi madrastra por amor», pensó. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Ure respondió a la pregunta que no había formulado.

—Está en la isla de las Mujeres, entre los pictos. Es una gran maestra, venerada por los suyos. Y volverás a verla.

Sentí la brisa del amanecer en mi rostro. La bruma que cubría el hogar de Ure entre los árboles se disipaba a pesar de lo leve de aquel movimiento. Grandes gotas, condensadas en los altos pinos, caían en la superficie de madera. A lo lejos, olía el mar.

—Ésa fue la primera lección. Y ella marcó el camino de tu vida —continuó Ure.

—¿Puedes explicármelo?

—No. Y es muy importante que no lo haga, porque cada practicante de magia es un artista. Cada uno aporta algo diferente a su arte. Lo entiendes, por eso no te mato, a pesar de que amenaces la existencia de todo lo que amo. Ninguna de mis magias me prevendrá de tus hechos. Y, por primera vez en casi los ochocientos años que hace desde que vine aquí en barco desde mi hogar etrusco, me siento asustado. Ninguno, tierra, aire, fuego y agua, me dirá qué significas.

Miré a Albe y Wic. Parecía que estaban congeladas, con los cuencos en la mano, y miraban consternadas a Ure.

—Estamos solos aquí. Déjalas —me dijo sencillamente.

—Inmóviles durante tanto tiempo... ¿Cómo puede no pasarles nada?

—No están inmóviles. Somos nosotros los que las hemos dejado, hablando aparte de la corriente de hechos que llamamos tiempo. Porque ésa es la clave de mi magia, la cosa que llamas tiempo.

—¿Y cuál será la clave de la mía?

—No lo sé, porque tu talento es tal que ni siquiera yo puedo dominarlo.

La suave brisa se había detenido, la bruma entre los pinos había vuelto a cerrarse, y mirando a las copas de los árboles que nos rodeaban me sentí muy sola.

—Sí, sólo yo y aquéllos a los que yo traigo pueden venir aquí. Sólo yo y aquéllos a los que mantengo aquí pertenecemos a este lugar. Sólo yo y aquéllos a los que mantengo aquí encontramos un refugio en este lugar.

«Un hechizo», pensé.

Un segundo después, Wic y Albe se movían y yo volvía a formar pan: del tiempo. Me senté con las piernas cruzadas sobre los almohadones que había cerca de Wic y

Albe. Ellas seguían bebiendo, mi cuenco estaba vacío.

—Oh, ¿no necesitas preguntar lo más importante? —quiso saber Albe.

—Ya lo he hecho.

Lo había hecho cuando Ure y yo estábamos fuera del tiempo.

—Entonces debe de ser que me he dormido bebiendo la cerven. —Parecía despreocupada—. Viejo, vives en un lugar al que cuesta llegar, maldita sea, pero, una vez aquí, creo que merece la pena el viaje.

—Y además soy un anfitrión generoso y mis presentes son incomparables.

De repente, Ure sostenía un kylix en las manos. No sé de dónde par cedía. Un momento antes tenía las manos vacías, al siguiente lo sostenía entre ellas.

El recipiente era una vasija griega ancha y llana con dos asas. Estaba vidriada en negro con dibujos en rojo a los lados. Los fluidos dibujos de la antigua cerámica griega son admirados en muchos sitios. Ya no se hace cerámica de tal belleza. La cerámica, la que nosotros hacemos, es bonita, pero más utilitaria. No, esa cerámica procede de un lugar y una época en el mundo en que algún género de belleza habitaba los corazones de aquellos que vivían en el azul mar Egeo y todo lo que tocaban se convertía en un himno al esplendor de la creación humana. Creo que es el momento en que nos vimos por primera vez como los herederos de la divinidad.

Ahora no estamos seguros de nuestro lugar en el universo y quizá nunca lo volvamos a estar. Pero la vasija era un objeto maravilloso.

Se la ofreció a Wic.

—Llénela en el manantial. Después mira en el agua. Si allí ves lo que desea tu corazón, vacía la vasija y será tuyo.

Nos levantamos y nos acercamos al manantial. Como Ure había dicho, Wic llenó la vasija y miró en ella. Vi la sorpresa reflejada en su rostro y yo también miré. La imagen que nos miraba era perfecta y clara.

Me estremecí y miré su rostro, estropeado por la terrible marca de nacimiento que le cubría una mejilla, la boca y la barbilla. Ella simplemente se quedó inmóvil y las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

—Es un truco. No puedes hacerlo. Nadie puede —acabó susurrando antes de mirar a Ure.

—Vacía la vasija y mira. La elección es tuya y sólo te corresponde a ti. Pero recuérdalo, si rechazas lo que te ofrece la vasija, la magia que envuelve este lugar no te da una segunda oportunidad. Decide.

Todavía entre sollozos, vació la vasija. La terrible marca desapareció de su rostro y me di cuenta de lo hermosa que habría sido. Ella era la primavera, nacida en las últimas lluvias del invierno, vestida con harapos, caminando descalza entre la hierba fría y cubierta de rocío que daba la bienvenida al amanecer. Sus ropas estropeadas (las tres llevábamos ropas raídas) cubrían un cuerpo similar al de una diosa virgen. Su rostro era la encarnación de la perfección esculpida y sus cabellos eran una profusión de rizos dorados.

Sentí como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago, pero Wic se entregó al abrazo de Ure y Albe fue la que acabó sosteniendo la vasija. No me había dado cuenta de que dejara las manos de Wic, pero era Albe la que la tenía ahora y ella también avanzaba hacia el manantial y llenaba la vasija. Parecía que estaba una eternidad mirando el agua. Protegía la superficie de mis ojos curiosos y nunca he sabido lo que vio. Después de un rato, paseó la mirada por el enorme y silencioso bosque que esperaba las primeras luces.

Finalmente, pareció despertar.

—¡No! ¡No! Viejo, algunos caminos sólo avanzan en una dirección. A veces no puedes regresar, aunque el deseo más profundo de tu corazón intente arrastrarte.

Pero no tiró el agua. En vez de eso, la devolvió con delicadeza al arroyo que cubría la roca y seguía hacia el río.

—Tal vez regrese —dijo.

—Tal vez te deje regresar —contestó Ure.

Entonces la vasija llegó a mis manos. «Su» rostro estaba pintado en rojo sobre la superficie negra del interior de la vasija. En una mano tenía su rueda; en la otra, una serpiente. El búho observaba desde detrás con las alas extendidas. Una luz blanca me nubló la visión y me desperté con el sol dándome en los ojos.

Descubrí entonces que podía sentir la ciudad. Quizá al hablar con el árbol la noche anterior había establecido una conexión que no se había roto completamente. Durante el día bullía de actividad. Encerrados durante la noche, los ciudadanos se resarcían de su soledad durante el día. El día era la preparación para la noche. Se hacían las compras y se preparaban las fiestas nocturnas, se compraba la comida y la vida social seguía su curso. Corrían los rumores sobre las alianzas siempre cambiantes de las grandes familias: quién se había casado, quién había muerto asesinado (algo mucho más frecuente), qué cosas había llevado la Mujer del Desafío y cuándo la familia afortunada pondría a la venta esas ropas, cosméticos, bebidas, muebles, armas y comida y a veces esclavos. Los hombres se peleaban, se celebraban duelos, se planeaban asesinatos, los amantes acordaban citas, ya fuesen amantes lícitos o ilícitos. No estaba muy segura de la diferencia, pero la infidelidad y la seducción eran un juego para aquellas gentes y abundaban los dos tipos.

También adoraban a sus dioses, oraban y a veces les ofrecían sacrificios, luminosos y oscuros. Temblé con el contacto de la mente del árbol cuando me comunicó la naturaleza de algunos cultos. Ciertos objetos de adoración me recordaban los que había en la ciénaga, a los que los sajones habían ofrecido sus prisioneros. El árbol mostraba una indiferencia tranquila por los caprichos de la naturaleza humana. Él mismo era un ser eterno o casi eterno y entendía a los humanos como aves salvaje y pendencieras y pequeños animales que aprovechaban el refugio que les ofrecía y anidaban en sus ramas.

En el mejor de los casos eran fuente de alimentos y de entretenimiento ocasional; en el peor, pestes destructivas cuyos impulsos más peligrosos tenían que ser evitados.

El cómo éramos controlados no me quedó muy claro, pero había la sensación de un gran poder que estaba fuera de mi alcance. El árbol no podía ejercer su poder más de una vez en un millar de años, pero cuando lo hacía no me cupo duda de que encontraba una solución satisfactoria a sus problemas. Satisfactoria para el árbol, a eso me refiero. En lo que respecta al humano que despierta su ira, ya no estaba tan segura.

—¿Estás despierta, señora? —preguntó Albe.

—Sí.

La noche anterior habíamos pasado mucho tiempo practicando con las armas. Ilona sabía muchísimos trucos nuevos que (y estoy segura de lo que digo), mi maestro Maeniel ni siquiera había oído mencionar. Iban desde tácticas de combate cuerpo a cuerpo hasta fintas con la espada, el escudo o la lanza.

Yo era buena, mi armadura era de gran ayuda. Es una sorpresa para mis enemigos cuando me cubre la piel. Pero Albe era mejor. Aprendía (y rápidamente), todo lo que Ilona tenía que enseñarnos sin necesidad de que se lo repitiera. Ilona podía vencerla la primera vez que nos mostraba una de sus llaves especiales, pero no la segunda.

Y cuando una Albe completamente desarmada se hizo con su espada y la «mató» con un golpe que le rompería el cuello, Ilona la nombró la mejor discípula que había tenido nunca y le dijo que podría escoger al hombre que le apeteciera para desposarse. Fuera quien fuese el hombre, Albe seguramente le podía dar la oportunidad de convertirse en el señor de la ciudad.

Albe sonrió al oír eso y adiviné en sus ojos la misma tristeza desgarradora que había visto cuando contó cómo se había arañado el rostro para evitar que los piratas que la habían capturado pudieran venderla con grandes beneficios.

La tristeza vino y fue, y Albe mostró la fría indiferencia de un asesino.

«Amiga mía, no te importa y la muerte de tus enemigos es sólo una manera de seguir en el juego, que es todo lo que queda de tu vida y de tu amor», pensé.

Pero en ese momento estaba sentada junto a mí, comiendo una fruta amarilla y suave que yo nunca había visto antes. Albe se relamía de lo dulce que era su sabor.

—Hace tiempo que me he levantado. Pero te habías acostado tan tarde que pensé que sería mejor dejarte dormir. Ilona y yo sacamos las raíces para el vendedor de comida. Nos dejó esto para que lo probásemos. Son la novedad, las descubrió hace poco una mujer de los sueños que pertenece al clan y a la familia de Meth. Aquí. Prueba. Quítale la piel, es muy áspera.

—¡Qué rica! Es como una crema, dulce.

Albe estaba ocupada en masticar. Asintió y señaló un bol con más fruta de ese tipo y otras más normales, como uvas, manzanas, fresas y ciruelas. Escogí un racimo de uvas. Eran de un marrón rojizo y tan sabrosas que cuando mordí una me llenó la boca de jugo.

Cateyrin nos llevó algo de pan, carne fría y requesón.

—Cuanto más tiempo estoy aquí, más me gusta esta extraña ciudad. Tiene todo

tipo de cosas raras, pero nuevas y placenteras, que descubrir —dijo Albe.

Cortó un trozo de carne con su cuchillo. Era marrón grisácea y parecía que la habían mechado antes de cocinarla. Probé un poco. Sabía a cordero asado lentamente sobre el fuego y restregado con especias y ajo.

—¿Lo ves? ¿Habías probado alguna vez algo como esto? —preguntó Albe.

—Sí, pero sólo en las pocas casas de principales que he visitado.

—Nosotros no tenemos nada parecido. En nuestras islas no hay. Ballena, foca, pescado, marisco y de vez en cuando la carne fibrosa y dura de alguna oveja o cabra. Eso es todo lo que tenemos.

—Es cordero.

—¡Ah! —contestó Albe con la boca llena. Comía la carne con pan y verdura—. Las vacas son demasiado valiosas para comerlas. Gracias a ellas obtenemos leche y queso.

—No creo que tampoco aquí las coman muy a menudo. Seguramente, ésta es la comida especial para los huéspedes.

—Sí. Tenemos que ganamos nuestro sustento. La generosidad exige generosidad.

Cuando terminamos, fuimos a lavarnos. De nuevo hablé al árbol mientras el sol me bañaba bajo una cascada sobre las rocas cubiertas de musgo suave. Una maraña de raíces llenaba la estancia, creciendo a lo largo de los muros y hundiéndose en las charcas profundas que había en un pasillo tortuoso que se perdía en la distancia.

—¿Esto pertenece a tu casa? —le pregunté a Cateyrin.

—No. —Cateyrin miró alrededor incómoda—. Ese pasaje recorre toda la ciudad, desde lo alto de la montaña hasta que se sumerge en las enormes cavernas del fondo del valle. Muchos vienen aquí a bañarse y a aliviarse. El agua arrastra toda la contaminación y el árbol purifica el agua cuando ésta corre a través de la maraña de raíces que crece en el fondo del río. Pero éste es un lugar de tregua y quien hace lo indebido es castigado con la muerte. Nosotros... no..., no sabemos cómo lo hace el árbol, pero siempre mueren.

Oí gritos y risas río abajo. Las voces eran de hombre y Cateyrin salió del agua de un salto y corrió hacia un grupo compacto de aneas y plantas acuáticas que bordeaban el lecho del río.

—Si siempre mueren, ¿de qué tienes miedo? —preguntó Albe.

Cateyrin se dio la vuelta y enrojeció, toda la piel crema de su cuerpo se tiñó de rosa.

—No tengo miedo, sino que me da vergüenza. Los hombres y los jóvenes vienen aquí a buscar muchachas hermosas y, aunque aquí puedan honrar al río, eso no evita que me aborden en cualquier otro lugar. Aquí fue donde encontré a Meth...; no quiero establecer otra relación tan..., tan pronto. Además, el juego consiste en verlos tú primero y decidir cuál vas a dejar que te vea. Me gusta saber en lo que me estoy metiendo.

—¡O la que te están metiendo! —se rió Albe.

Cateyrin se rió tontamente, enrojeció y desapareció entre la maleza.

Levanté los brazos, cerré los ojos y dejé que el agua me resbalara por el rostro. Uno de los ojos de libélula me iluminó, concentrando la luz. Dejé de oír las voces, sólo oía el sonido del agua corriendo y fragmentos de una canción lejana y sin palabras que supe que tenía su origen en el árbol.

Reflexioné sobre mi siguiente movimiento, sin saber que mi camino ya lo habían marcado fuerzas que yo no podía comprender ni controlar. Pensé en «Ella», veía su rostro en la vasija de Ure y me di cuenta de que no recordaba nada posterior a ese momento. Había vuelto en mí en el instante en que Albe y yo huíamos a la carrera del extraño hogar de Ure. Había manipulado mi mente tras mi conversación con la cabeza del fauno, pero no lograba recordar cómo ni por qué.

Quizá había tratado de matarme. Pero yo había jurado lealtad a sus servicios y seguramente no había podido consumir mi muerte. «Ella» era una protectora poderosa.

O tal vez Ella no había querido que Ure pusiera en tela de juicio mi valentía. Al fin y al cabo, Ella ya lo había hecho.

Pero no recordaba nada más. No, eso no estaba bien. Había unos segundos en blanco en mi memoria justo antes de que Albe y yo emprendiéramos el camino ladera abajo. Miré atrás. En algunos casos, mirar atrás no es buena idea. Se dice que el gran guerrero oyó un ruido, miró atrás y vio a la terrible hechicera lavando su mortaja manchada de sangre. Y cuando dejas a alguien a quien amas, no debes mirar atrás a no ser que veas la marca de la muerte: una mancha de sangre sobre la frente.

Había mirado atrás y había visto a Wic, que se creía curada, tan desfigurada como siempre, con la mancha de nacimiento cubriéndole la mejilla y parte de la boca. Me pregunté si los poderes de Ure eran reales o simplemente ilusiones.

Sí, pero quién puede decir si la ilusión de una gran belleza no es tan poderosa como la realidad.

Entonces, Cateyrin volvió corriendo y gritando:

—¡¡¡Guinevere!!! ¡Albe! ¡La Fand! ¡Ha venido la Fand! ¡Venid!

Invocé mi armadura y no me molesté en vestirme. Lo que sí me preocupé de coger al llegar a la orilla fue mi espada. La armadura es en sí misma una especie de prenda de vestir. Sobre el pecho y la unión de mis muslos presenta una superficie metálica y dura, mientras que el resto del cuerpo lo cubre con una filigrana entretejida de motivos curvos, hermosos a su manera, como lo es la iluminación de los magníficos libros que hacen los irlandeses, y espectacular como las tallas de las cruces enormes de la iglesia. Pues nosotros conocemos las cruces antiguas antes de que los romanos las convirtiesen en un instrumento de tortura y simbolizaban los cuatro puntos cardinales de la tierra y el centro divino.

«Deja mi carne desnuda ante la tierra y el cielo e invoca los poderes», pensé mientras corría a través de la habitación central de la casa en dirección al rastrillo en el que estaba Ilona, desafiante ante la Fand.

La Fand era tan hermosa como la habíamos visto la noche anterior y no llevaba mucha más ropa: un vestido de malla de oro del que colgaban una especie de diamantes, o eso era lo que parecían. Envolvía su cuerpo esbelto, resaltando sus curvas y ocultando sólo lo justo para crear una invitación más atrayente. La acompañaba un Meth de ojos vidriosos y cuatro de los musculosos hombres que Cateyrin había llamado Fir Blog. Estos últimos eran morenos, de ojos negros y un vello castaño y espeso en las piernas y los brazos que parecía aterciopelado y sedoso.

El vello de los humanos no suele seguir un patrón, como el pelaje de los ciervos, los zorros o los lobos; pero el de aquellos hombres sí. El vello que tenían en la parte exterior de los brazos era más grueso, y más fino o casi inexistente en la parte interior, también de las piernas y en el pecho. No pude ver más que eso, pues vestían túnicas verdes muy simples, de una sola pieza y con un agujero para la cabeza y otros dos para los brazos.

Llevaban cadenas al cuello, al igual que Meth, unas cadenas que parecía que estaban soldadas, no cerradas, además de ser demasiado pequeñas para habérselas introducido por la cabeza.

—¡Oh, Meth! —sollozó Cateyrin, e intentó pasar los brazos a través del rastrillo para tocarlo.

Vi que los ojos de la Fand se entornaban un poco. Ésa fue la única señal de advertencia que recibimos. Pero Albe fue rápida y echó a Cateyrin atrás justo a tiempo para evitar que una guadaña de oro de casi un metro de largo le cortara los dos brazos. No había ningún sitio oculto en el pasadizo y me recorrió un escalofrío porque no veía el modo en que la Fand podía haber ocultado el arma.

—¡Atrás! —ordenó Albe en un tono tan imperioso que todos, incluida yo, retrocedimos.

La Fand simplemente parecía molesta.

Tuau la retó con un aullido tan salvaje que se me erizó el vello de la nuca. La Fand le dedicó una sola mirada antes de desdeñarlo.

—Abrid la puerta. Quiero todas las frutas de cristal y a estas dos mujeres —ordenó señalándonos a Albe y a mí.

—¡No! —exclamó Ilona.

A continuación hizo algo extraño: levantó un velo y miró a la Fand a través de la malla.

—Anoche consulté los augurios. No vas a entrar aquí, criatura de la oscuridad. Eso fue lo que vi.

La Fand no parecía impresionada.

—Harás lo que te ordeno. Todos lo acaban haciendo... al final. Pero te voy a dar otra oportunidad.

Alargó una mano (sus uñas medían casi cinco centímetros) y acarició a Meth en la mejilla.

—¿Te gusta esta criatura?

Cateyrin volvió a hacer ademán de avanzar unos pasos, pero Ilona y Albe tiraron de ella hacia atrás. El borde de las uñas de la Fand brillaba y reflejaba la luz. Entonces, con la uña del dedo índice, le hizo un corte en la vena principal del cuello. La sangre roja intensa resaltaba contra la palidez de su cuello. Meth no reaccionó ni demostró que se había dado cuenta de que lo habían herido. Uno de los Fir Blog dio un paso adelante con una copa y la colocó bajo la sangre que manaba.

Cateyrin emitió un sonido desgarrador, pero Ilona la sujetó con los dos brazos y la retuvo. Cuando hubo suficiente sangre en el recipiente para lo que quería la Fand, ésta la cogió de las manos de su criado y bebió. Una vez hubo terminado, volvió a entregar la copa al Fir Blog.

—Esta noche, este cachorrito mío —dijo señalando a Meth— compartirá una cena íntima conmigo. Pero, vaya, sólo seré yo la que cene. Si fuera guapo, inteligente, ingenioso o modestamente divertido, le permitiría existir durante unas semanas más. Pero no es ninguna de esas cosas, así que...

Levantó la mano izquierda de Meth y se metió su dedo meñique en la boca. El muchacho se movió ligeramente, pero no reaccionó de ninguna otra manera cuando ella dejó caer su mano. Donde había estado el dedo meñique, sólo quedaba un muñón.

—Sacad a Cateyrin de aquí —gruñó Albe.

—No tan rápido —interrumpió la Fand—. Dejad que os haga mi oferta. Os lo devolveré. Tengo la despensa llena y me sobran los esclavos. A cambio, me entregáis a las dos mujeres. Y, digamos, la mitad de las piedras preciosas. Después de todo, os merecéis unas pocas a cambio de tantos problemas. No temáis, las mujeres guerreras son un bien muy valioso para mí y llegarán a mis manos en perfecto estado. A cambio, dejaré aquí a mis esclavos para que os protejan de aquellos que puedan sentirse estafados por el robo de los frutos de cristal. Vamos, pensadlo. Cinco esclavos robustos.

—Él —añadió señalando a Meth— sólo tiene un rasguño. La mitad de las gemas, un rescate propio de un rey. Todas esas piedras preciosas, brillantes trabajadoras de los sueños, todas para vosotros.

—¡No! Aléjate, ser malvado —le esperó Ilona.

—Señora Ilona, no me has dejado terminar. Cuando os muestre que tengo medios para conseguir lo que quiero, creo que tendrás razones para reconsiderar mi generosa oferta.

Ilona, Albe y yo retrocedimos, obligando a Cateyrin a hacer lo mismo. El vestido que vestía la Fand brilló con una luz ardiente y blanca. Se fue haciendo cada vez más intensa hasta que casi resultaba cegadora. Mientras la mirábamos, el rastrillo empezó a encenderse con un rojo apagado. Después comenzó a fundirse, desprendiendo el mismo vapor que sale de una espada nueva en la forja.

«Sí, lo puede poner al rojo vivo. Pero ni siquiera una barra al rojo vivo se rompe si no se la golpea con un martillo», pensé.

En ese preciso momento, las barras empezaron a emblanquecerse y comenzaron a caer grandes gotas de metal sobre el suelo. En el centro de la puerta empezó a formarse un enorme agujero.

Retrocedimos más por el pasadizo hasta que llegamos a la estancia central de la casa. El agujero en el centro del rastrillo en fusión se hacía cada vez más grande.

—Cierra el muro, madre. ¡Cierra el muro! —sollozaba Cateyrin.

Se refería al segundo sistema de defensa, el muro cubierto por unos cristales afilados como dagas que se juntaban como crueles colmillos y podían desgarrar y aplastar cualquier cosa que quedara en medio.

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡No funciona! —exclamaba Ilona.

—No, no puedes. La maquinaria que mueve los muros es de metal y también se está fundiendo. Lo mismo que les está ocurriendo a vuestras espadas —terminó diciendo la Fand, como si se acabara de dar cuenta.

Tiré la mía a un lado. Albe masculó un juramento y yo la imité. Supongo que la empuñadura de su espada le había quemado la mano, como me había pasado a mí.

—¡Cateyrin, corre! —exclamó Ilona.

El brillo actínico del vestido de la Fand devino más intenso. Las burbujas blancas de la puerta de metal también se intensificaron y el agujero se hizo más ancho aún.

Sólo se me ocurría una idea y no creía que fuese demasiado buena. Pero era la única solución que se me presentaba.

Salté hacia el rastrillo. Sólo estaba al rojo vivo por los extremos y sabía que mi armadura me protegería durante cierto tiempo. Pero incluso con su protección, sentí un latigazo de dolor al apoyar la mano en la verja de acero. Una oleada me subió por el pecho cuando moví la puerta sólo un poco de la realidad de la ciudad. A continuación me di la vuelta y volví corriendo con Albe e Ilona.

—¡Dadme un poco de agua! —grité, y justo en ese momento Careyrin regresaba con un cubo.

Se lo arrebaté de las manos, volví corriendo al portillo y lancé el contenido del cubo directamente sobre el acero que se derretía. Un segundo después, el vapor llenaba el estrecho corredor.

Lancé el cubo a Cateyrin...

—¡Más agua! —exclamé.

La atmósfera se iba despejando a medida que el vapor se condensaba en gotas de agua sobre los fríos muros de piedra. Me di cuenta de que de nuevo podía ver a la Fand. Parecía desconcertada, con la vista fija en el rastrillo de acero que se iba enfriando.

—Ya entiendo. Ahora me ves, ahora no me ves —dijo al fin.

El rastrillo se redujo a la consistencia del humo y la Fand atravesó el fantasmagórico acero. Con el vestido iluminado y ardiendo, avanzó hacia mí diciendo en un tono sorprendentemente anodino:

—A ese juego pueden jugar dos. No eres la única que sabe ese truco.

El calor me abrasaba más y más a medida que se acercaba y el brillo de las piedras de su vestido me cegaba. Ahora no me cabe en la cabeza cómo no salí corriendo. Pero la vida me ha enseñado que es mejor tener al enemigo cerca.

No nos separarían más de veinticinco centímetros cuando mi mano de fuego salió disparada hacia el único sitio que no le protegía su reluciente vestido: ¡el rostro!

Había metido la mano y el brazo en las fauces de un monstruo. Sentí media docena de filas de dientes afilados y redondos intentando clavármese en la mano y triturarla. Una fila doble de tentáculos coronados con ventosas como los de un calamar se me enroscó alrededor del antebrazo.

Concentré toda la fuerza de mi poder en mi mano de fuego y creé una especie de relámpago. El trueno resonó ensordecedor en el pasadizo y lo que había sido la Fand quedó envuelto en llamas. Gracias a mi armadura me salvé de la furia incandescente y salvaje que desprendía el fuego que consumía a la Fand. Eso y el cubo de agua con el que llegaba Cateyrin. No sé si la quería derramar sobre mí, sobre la puerta o la Fand, pero fui yo la que acabó empapada y tal vez eso fuera lo que me salvara la vida. Mi armadura estaba tan caliente, y el corredor tan lleno de vapor, que si la malla realmente hubiese sido de metal, me habría quemado viva como una langosta en su cáscara. Pero era, gracias a Dios, una creación de los herreros mágicos y me aislaba del calor, la luz y las llamas.

Menos mal. Me quedé paralizada unos segundos delante de la columna de llamas que había sido la Fand. Albe tenía toda la razón. No era humana, seguramente ni siquiera femenina en ningún sentido. Si es que me podía recordar algo, era un tipo de pez que pescábamos por la noche en las redes de arrastre. No tienen nada de particular aparte de sus afilados dientes y un apéndice en el lomo que oscila sobre la peligrosa boca. En el apéndice tienen una luz que atrae a sus presas a la boca.

La cosa que ardía ante mí era sobre todo boca. Como ya he dicho, tenía unas fauces redondas repletas de anillos de dientes. Rodeando la boca, unos tentáculos cubiertos de ventosas. El cuerpo era como el de una babosa, oscuro, arrugado y húmedo; y al mismo tiempo asombrosamente fibroso y cubierto de grasa, que ahora servía de alimento para las llamas. En lugar de un apéndice, como el que poseía el rape, tenía muchos repartidos por todo su cuerpo, y todos esos nódulos seguían dando forma a la silueta de una bella mujer joven, incluso entre las llamas. Las llamas insaciables rugían en el interior de la fantasmagórica belleza de la mujer, iluminándola y destruyéndola al mismo tiempo.

Durante unos segundos, siguió avanzando hacia mí. Entonces se derrumbó en una bola grasienta y ennegrecida pero todavía envuelta en llamas. Oí cómo tintineaban las anillas de oro y las relucientes piedras preciosas de su vestido al caer al suelo.

¡La muerte! Era lo suficientemente inteligente para reconocer la muerte. Arrepentimiento, no por sus actos sino por la misma vida. Entonces vi un pantano bajo el frondoso dosel de una selva tropical, un pantano consecuencia de las lluvias diarias. Un resplandor verde infinito sombreado por los enormes árboles cuyos

troncos medirían un metro o metro y medio de diámetro, cubiertos de enredaderas que crecían tan pegadas a la corteza que no se podía ver el pie de los árboles. Los helechos se habían adueñado de los espacios entre árbol y árbol, y el musgo cubría cada piedra. Era un sustrato tan húmedo que cualquier cosa que cayera sobre él, animal o vegetal, se convertía en humus en pocas semanas. Aquí y allá había charcas en las que los animales atrapaban sus presas, es decir, cualquier animal perdido o atrapado; y se alimentaban abundantemente en las oscuras aguas estancadas sombreadas por los helechos que cubrían el suelo como una alfombra.

Todo lo que quedaba de la Fand era una especie de bola pequeña de brea con llamas azules en la superficie. Con el pie separé el vestido de anillos metálicos de aquella bola de detritus. No tenía ninguna marca. Lo toqué con el pie. Ni siquiera estaba caliente. ¿Cómo era posible? ¿Por qué?

El conocimiento me traspasó al tocarlo. ¿Tenía yo ese poder o era el vestido?

El bosque seguía siendo el mismo, pero ya no era tan tupido y los árboles parecían bastones de mando, altos y erguidos. Parecían de una época anterior a los enormes árboles que rodeaban el claro. Aquello era un claro, ¿verdad? Las rocas que ocupaban el centro de aquel espacio abierto recordaban a afilados chapiteles rotos. El cielo estaba gris y la lluvia omnipresente empezaba a caer de nuevo, intensificando el verde del musgo, que se convertía en un tono esmeralda intenso y brillante.

El agua caía en cascada y se colaba por un agujero que había a mis pies. Me agaché para recoger algo que brillaba entre el lodo y vi que la piedra negra parecía pulida y estaba trabajada, el fondo estaba empotrado como si formara parte del dintel de una puerta. Los anillos de oro estaban sujetos en la piedra y había algo más enredado entre ellos: las costillas y la columna vertebral de algún animal, unos huesos tan suaves que se deshicieron cuando los toqué.

Entonces las anillas tintinearón como lo habían hecho cuando las había tocado con el pie. «¡Úsame!». La orden era escueta, clara, resonaba apremiante en mi mente. «¡Úsame!».

Sentí la repulsión que causaban los trozos de hueso en la mente de la mujer que habitaba. «¡No!». La reacción de la mujer. «¡Locura!». El grito de las anillas susurrantes.

Ella/yo cogió su fardo, dispuesta a meter dentro el vestido, cuando algo rompió la superficie del agua que tenía/teníamos cerca. Miré a mi derecha. Nada, sólo un árbol caído hacía mucho cuyas ramas retorcidas asomaban en un charco. Me temblaban las manos de frío y de miedo. A pesar de que el aire era pesado y me envolvía como un manto, la interminable lluvia era fría. Empujé con más fuerza, intentando meter aquella cosa metálica y con vida propia con el resto de cosas robadas que llevaba.

¡Atrás! ¡Atrás! ¡Tenía que retroceder!

Las ventosas de los tentáculos tiraron de mí. Me recorrió la espalda el dolor más terrible que he sentido en mi vida. Entonces... nada.

Volví a mí, de pie, con el vestido de malla en las manos. Una de las mujeres que

habían ingerido las piedras de los sueños debía de haber ido al mundo perdido que habitaba la Fand, fuera cual fuese. El musgo y la piedra debían de haber sido una ciudad en el pasado, probablemente hacía tanto tiempo que me dio escalofríos contemplar tan vasto período de tiempo. Sus ruinas descansaban bajo el imperturbable monzón, atrapadas entre las raíces de los árboles; los muros de piedra estaban desmoronándose a causa de la lluvia, de la humedad continua, del calor sofocante del día y el frío de la noche. Cualquier sustancia orgánica se había podrido hacía tiempo y había servido de alimento a los esbeltos árboles que coronaban el montículo, y el tupido musgo que cubría los pocos objetos indestructibles se hundía en la tierra rezumante de agua.

Lo encontró y fracasó. A pesar de la advertencia del vestido de anillas, no logró ponérselo y la Fand se lo llevó.

Las anillas no hicieron ninguna advertencia. La Fand estaba muerta.

Ilona empapó la mancha de grasa con un tipo de aceite de cocina y volvió a prenderse. Alcé la vista y vi que Meth estaba tumbado boca arriba, junto al rastrillo. La cadena se le había caído del cuello y descansaba en el suelo. Los Fir Blog formaban un compacto grupo cerca de la entrada, asustados. Sus cadenas también estaban en el suelo.

—¡No! No. La has matado —gemía Meth.

—¡Sí! He tenido suerte —le dije.

—¡No! ¡No! ¡No! Era el ángel más hermoso y puro que he visto ¡Vosotros, dioses! ¿Cómo lo habéis permitido? ¡Está muerta! He perdido a mi único amor — siguió lamentándose, hundiendo el rostro entre los brazos.

Entonces se levantó y no pude dejar de alegrarme de que estuviera al otro lado del rastrillo. En los ojos le brillaba la sutil luz salvaje de la locura. Es cierto, había un enorme agujero en el centro del rastrillo de hierro donde se había fundido el metal, pero estaba casi segura de que no era lo suficientemente ancho para que pudiera pasar gateando.

Se aferró a la puerta metálica y empezó a sacudirla violentamente. Después se volvió hacia los Fir Blog apiñados cerca de la boca del túnel.

—¡Vosotros! ¡Vosotros erais sus sirvientes! ¡Vengadla!

Los Fir Blog eran demasiado sensatos para hacer eso. Se quedaron mirando a Meth y era obvio que estaban convencidos de que se había vuelto loco.

—¡Es que te has vuelto loco! —le gritó Cateyrin—. ¡Iba a comerte! De hecho, te comió el dedo meñique. ¡Mírate la mano derecha!

Albe se acercó despreocupada al rastrillo. Meth pasó un brazo por el agujero y la agarró por el cuello. Ella le pegó una patada en los testículos que denotaba gran experiencia. Meth puso los ojos completamente en blanco. Cayó de rodillas lentamente y, ya con más rapidez, se dejó caer del todo y se curvó en el suelo.

Tuau comenzó a hacer ruidos extraños. Estaba a punto de pedirle a Ilona que le dieran un poco de agua, cuando me di cuenta de que lo que hacía era reírse. Golpeó el

suelo con una pata, dio vueltas hasta acabar tumbado boca arriba y se entregó al regocijo felino.

—Me pregunto si el rastrillo se alzaré —dijo Ilona sin que viniera a cuento.

Tres de los Fir Blog huyeron, pero el cuarto se quedó donde estaba, mirándonos con el ceño fruncido por debajo de sus pobladas cejas. Entonces habló. Su acento era tan marcado que, incluso cuando reconocí la lengua que hablaba, no pude distinguir las palabras. Más tarde Ilona me contó lo que había dicho.

—Estamos muy agradecidos. Ella era... horrorosa. Los que son como ella no son los mejores amos, pero ella en concreto..., bien, simplemente diré que muchos de nosotros preferían cortarse la garganta o ahorcarse antes que soportar sus... costumbres. ¿Nos perseguiréis?

—No —respondió Ilona.

El Fir Blog posó su mirada en mí. Yo había logrado entender lo esencial de su discurso y secundé a Ilona.

—No —repetí.

Entonces se dio la vuelta, se agachó y desapareció en el túnel.

—¡Madre! —exclamó Cateyrin en tono reprobador—. Según la ley, te pertenecen. ¿Estás segura de que pueden irse solos? Al fin y al cabo, son poco más que animales.

—No todo el mundo opina lo mismo sobre nuestros hermanos, hija mía. Creo que sabrán comportarse como hombres libres.

—No son hombres y, sin un señor, serán totalmente salvajes. Meth dice que...

—Meth tiene la inteligencia de un mosquito —intervino Albe—. Sube la puerta, así puedo atarlo antes de que se levante. Tiene tan poca cosa entre oreja y oreja que, si le vuelvo a golpear en la cabeza, acabaré con todo lo que le queda. Apenas es más inteligente que una gallina, no llega al nivel de las vacas y un cerdo le daría mil vueltas en cualquier tipo de concurso.

—No será tan malo cuando se le pasen los efectos del agua del Leteo, pero átalos bien fuerte hasta entonces. Cuando se le despeje la cabeza, se sentirá tan mareado durante unos días que nada le importará demasiado y no será peligroso.

El vestido tintineó suavemente al ritmo de las anillas. Lo sostenía apartado de mí. Me acordé del «pañuelo» de Igrane. Son graciosas las conexiones que establece la mente sin ninguna lógica. El pañuelo (¿o debería llamarlo manto?) hacía invisible a quien se lo ponía e Igrane me había preguntado si no creía que mi gran antepasada Boudicca tenía algo parecido a aquel «pañuelo». Estaba tanteando el terreno, ahora lo comprendía. Intentaba averiguar si había algo parecido o al menos su recuerdo entre la familia de mi madre.

Yo le había respondido la verdad: «No». Pero sabía que existían cosas similares y, es más, sabía que tal vez en ese momento tuviese una entre mis manos. No lo parecía, pero había visto lo que había hecho en las barras de metal. Estaba ennegrecido a causa del fuego y cubierto de hollín grasiento, restos de la Fand.

Froté una de las anillas con el pulgar y vi que la suciedad se iba fácilmente.

Contemplé el brillo metálico impoluto que había debajo. Me eché a la espalda la cadena sucia y, cuando alguien entró en el pasillo que llevaba a la casa, me di cuenta de que estaba desnuda. Nuestra visita era una mujer pelirroja, pequeña y grácil.

—¡Nest! —exclamó Ilona—. ¿Qué haces aquí?

—Es increíble que me hagas esa pregunta. Querida, me siento en la obligación de informarte amablemente: por lo menos media ciudad está merodeando por los corredores. Y la mayoría de ellos vio entrar a la peor de las Circes con sus sirvientes armados y su amante domesticado más reciente. Entonces hubo una especie de explosión y vieron cómo salieron corriendo los fieros Fir Blog por la puerta de tu modesto hogar. Sin las cadenas, debería puntualizar.

—Son libres. Espero que la multitud no les haga nada. La Fand, la Circe, está muerta —dijo Ilona mirando al montón de aceite todavía en llamas.

La sustancia negra que yo había tomado como todo lo que quedaba de la Fand se había consumido. Sólo seguía en llamas un poco de grasa.

—Vamos a ver si el rastrillo funciona —dijo Ilona.

Si que funcionaba, pero se alzó con más chirridos de los que yo recordaba.

—Como ya he dicho, espero que la multitud no haga ningún daño a los Fir Blog.

—¡No! No, querida —la tranquilizó Nest—. Corrían demasiado rápido para que nadie los atrapase. Sólo uno se detuvo un momento para contarnos que su malvada señora había muerto. Él hablaba de mis «señoras» y me permití entrar hasta aquí. ¡Oh! —exclamó cuando nos vio a Albe, a Tuau y a mí.

Albe estaba atando a Meth de pies y manos y no se dio cuenta de la mirada horrorizada que Nest dedicó a su rostro. Volvió la mirada hacia mí y pareció aliviada.

—Querida, qué encanto. Pero ¿no estás un poco chamuscada?

Supongo que lo estaba. La armadura me había protegido del calor, pero también se había ennegrecido por el humo. No tenía pestañas y el pelo, que me estaba empezando a crecer, no era más que un montón de rizos revueltos. Después miró a Tuau.

Seguramente sólo por pura diversión, él le respondió con un aullido que mostró todos los dientes. Nest huyó despavorida.

—¡Dios! Ahora tendré que convencerla de que vuelva a entrar —exclamó Ilona.

Dejó que el rastrillo cayera con un crujido.

—Tuau, ¿puedes encontrar el lago tú solo? —pregunté.

Me miró fijamente.

—¿Así me agradeces que haya estado a tu lado en los momentos difíciles? Me mandas a mimar a una hembra fácilmente excitable que...

—Tuau. Vete a cazar algo para comer y cállate ya —dijo Albe—. No sé de cuánta ayuda eres en este momento. Me parece que mi señora nos defendió a todos, incluyéndote a ti. Seguramente todos le debemos la vida.

La mirada que Tuau le dedicó a Albe era de las que matan. Pero obedeció y se encaminó hacia la escalera, murmurando imprecaciones en lo que parecían tres

idiomas diferentes.

—Regresa antes de que anochezca. Intenta cazar para todos, no sólo lo suficiente para ti. Y cuidado con las serpientes —añadió Albe.

—No soy, te lo repito, ¡no soy tonto! —le espetó mientras pasaba por el hueco en la roca que conducía a las escaleras.

Nest había vuelto y el rastrillo chirriaba mientras se alzaba. Sin hacer caso del ruido, las dos mujeres conversaban animadamente con Cateyrin a su lado, que iba añadiendo sus comentarios cuando le apetecía.

—Terminemos de bañarnos, mi señora —me dijo Albe.

Volvimos al río. Fluía bajo la ciudad y también a través de ella. Se veía una maraña de túneles y pasadizos cubierta de vegetación y gruesas raíces. Las raíces se retorcían y se metían y salían por los huecos de la roca y formaban auténticas alfombras en las charcas, y gracias a eso los visitantes de los dominios del árbol podían trepar por las laderas y cruzar los vados inundados para llegar a los hermosos lugares que nutría el árbol. Aquí y allá, los manantiales manaban del interior del árbol.

Acerqué los labios a uno de ellos y bebí. Me impresionó la certeza de la presencia viva del árbol. Descubrí cosas del vestido de metal que llevaba al hombro. Un extraño silencio inunda la mente cuando recibimos cierto tipo de mensajes.

Dejé a Albe y a Cateyrin frotándose la espalda una a la otra y subí río arriba. Sí, en aquella zona el río era muy hermoso. El agua caía como torrentes entre las enormes rocas y resbalaba por las rampas que formaban las piedras rotas. Largas ramas caían sobre matas de musgo e islas cubiertas de un tipo de ciprés de hojas y piñas pequeñas. El musgo y la fina red de raíces hacían que hasta para un niño resultara seguro caminar por allí.

La ciudad formaba parte del río y el río formaba parte de la ciudad. El aroma de sabrosos platos me llegaba a la nariz desde diversas casas de comidas que daban al río. Algunas eran tan informales como podían serlo nuestras cenas sobre el suelo en casa de Ilona; otras estaban protegidas por un cristal, con ricos manteles sobre las mesas y sillas acolchadas, tapizadas en seda, brocado, lino e incluso a veces en piel.

Había tiendas. Supuse que eran tiendas. Era la primera vez que estaba en una ciudad. También tenían un cristal y estaban surtidas de una variedad asombrosa de artículos, del estilo de los que había visto cuando habíamos llegado a la ciudad. Eran los artículos más usuales: alimentos, vino, cerveza, hidromiel, ropa. También había muebles, una variedad increíble de muebles, algunos pesados, hechos de madera oscura, otros más ligeros, parecía que estaban hechos con tiras de piel, tela y metal.

El surtido de telas y ropa era impresionante, y también lo era la libertad con que se trabajaban. Las mujeres llevaban vestidos transparentes. Algunas se envolvían en ellos o se cubrían con un manto, pero no todas.

Entre nosotros es clara la diferencia entre lo que se lleva en casa, o únicamente en el espacio en el que se duerme, y lo que se lleva en público. Pero allí no era así. La

belleza se mostraba a través de la desnudez casi total o vistiendo ligeras sedas de los colores del arco iris. Y las joyas... Dios santo, qué joyas. Collares de perlas, auténticas cuerdas de perlas, de agua dulce y de agua salada, negras, azules, marrones, blancas, regulares e irregulares. Gemas, turmalinas, rubíes y cabochones. Zafiros engarzados en oro. Topacios azul dorado, aguamarinas. Amatistas, ámbar granate, marrón, rojo, rojo sangre, rojo intenso. Ópalos. Los ópalos eran las piedras preciosas más impresionantes. Algunos estaban cortados en láminas finas y se engarzaban en gargantillas, cinturones, anillos, brazaletes y tocados. Vi a una mujer asomada a un balcón que lo único que llevaba era un taparrabos atado a la cintura y entre las piernas. La tela era una seda azul claro. Llevaba el pecho al descubierto y entre los dos senos, engarzado en oro en una cadena sencilla, el ópalo negro más bonito que he visto en mi vida. Era tan ancho como el espacio que hay entre mi muñeca y el índice.

Estaba apoyada en la barandilla y me llamó. Yo estaba con el agua hasta los hombros, un agua fría y llena de espuma que formaba la docena de pequeñas cataratas que caían sobre las rocas recortadas que parecían salir por todas partes.

—¿Cómo se hacen esos hermosos dibujos que tienes en el rostro? ¿Qué arte es éste? —me preguntó.

Me miré los brazos y las manos y me di cuenta de que la armadura todavía me protegía. Había visto cómo brillaba sobre mi pálida piel. No quería tener que dar una respuesta, así que me deslicé entre un laberinto de islas asombrosas, en cada una crecía un árbol decorativo diferente. Aquel bajo el que me detuve era de hojas verde oscuro hermosamente coloreadas con líneas blancas.

Cerca del río había una laguna cuyo fondo era de arena. Me sumergí y froté las anillas de oro del vestido de la Fand con ella. Las corrientes de agua y la arena devolvieron a las anillas su antiguo esplendor. Después yo misma me froté con la arena para limpiar la armadura. La mínima aspereza de la arena hizo que la armadura volviera a formarse sobre la piel blanca y sonrosada, pero luego, una vez limpia, desapareció y volví a tener mi aspecto habitual.

Intenté hundir el vestido hasta el fondo. Me parecía que necesitaba frotarlo un poco más. Pero no se me despegaba de la mano, aunque sacudiera los dedos. La cadena de oro se pegaba a mi piel.

La saqué del agua y miré atentamente cómo estaba hecha. Era perfecta: cada anillo se unía al otro por cada lado. Y cada uno tenía una pequeña piedra preciosa en el interior. Era perfecta, y sólo eso ya bastaba para que mi corazón se encogiera de miedo.

Todos los anillos tenían la misma medida. Todas las piedras estaban perfectamente colocadas. Nada de lo que hacemos nosotros es parecido. Las Cadenas de verdad se hacen con trozos de metal. Se dobla cada trozo para formar un anillo y unirlo con el superior y el inferior. Entonces se remachan para que queden fijos. Sé que se hace así. He visto a mi amigo Gray hacer mallas y yo misma las he vestido.

Aquellos anillos estaba unidos, pero de manera perfecta. No se veía ningún remache o la más mínima irregularidad en el metal. Todos los anillos eran del mismo tamaño y de la misma forma, y lo mismo ocurría con las gemas. Y recordé con un escalofrío que, a pesar de que el fuego que había devorado a la Fand había ennegrecido el metal, estaba intacto y no se había calentado apenas.

El patrón del vestido era muy simple. Era un rectángulo con una abertura para la cabeza. El hueco estaba hecho con dos aberturas triangulares, una en la parte de delante y otra en la de detrás. Volví a tener la extraña sensación de que ya se lo había dicho, de que le había hecho una advertencia. Pero ninguna de las dos cosas había sido formulada con palabras.

¿La Fand? «No hay huellas. No hay huellas», pensé. ¿Qué quería decir? ¿Sin huellas? ¿Un animal? ¿Un depredador? Y de nuevo me encontré bajo la lluvia, contemplando edificios en ruinas. Musgo. Lodo.

Y realmente estaba allí. Me llegaba el olor del pantano, el olor del agua, de la tierra y de la vegetación. Me goteaba el pelo y la lluvia me envolvía el cuerpo en ese frío extraño que sólo la lluvia produce en el cuerpo, porque yo estaba desnuda bajo el aguacero. Los pies me llevaban al río.

«Llévame contigo —me suplicó una voz—. A ella no le importa. Ha desaparecido mientras me vestía. Ahora tú me necesitas. La Fand..., la Fand era una aberración...».

Intenté aclarar mis ideas con dificultad. «Dios mío, eso está vivo y puede hacer cosas increíbles», pensé.

Bajé la vista y vi que tenía los pies cubiertos de barro. Pero el río me los lavaba.

¡Y Dios! ¡Dios santo! ¡Dios! ¡Estaba tan asustada!



Cuando Lancelot volvió al pueblo en ruinas con Cregan, vio que allí había más cuervos, comiendo los cadáveres. Sacudió la mano y les gritó:

—¡Fuera!

Salieron volando en medio de lo que parecían estridentes carcajadas y se ocultaron entre unos árboles cercanos.

—Nunca antes había visto cuervos con ojos rojos —dijo uno de los hombres de Cregan, persignándose.

Muchos otros echaron mano de recursos menos cristianos: amuletos o remedios contra el mal de ojo.

Habían capturado a dos de sus enemigos con vida: el picto y el huno. Lancelot estaba seguro de algo: en su mundo, rara era la ocasión en que un hombre sobrevivía después de haber perdido un combate. Los romanos hacían prisioneros, pero éstos sólo sobrevivían para encontrar la muerte sobre la arena o, incluso de forma más lenta y miserable, como trabajadores forzosos en las minas o construyendo calzadas. Pero

en esas tierras nadie tenía el tiempo o la riqueza necesaria para hacer prisionero a un hombre y, en todo caso, un guerrero capaz de luchar en la batalla nunca sería un esclavo fiable.

Lancelot miró a los dos prisioneros atados y leyó en sus ojos que ellos también lo sabían. Tres hombres de Cregan habían muerto en el combate y sus cuerpos habían sido llevados al río para lavarlos y prepararles la mortaja antes de enterrarlos. El contenido del botín se dividiría entre los guerreros de Cregan, los vivos y los muertos.

Lancelot había descubierto ese detalle cuando había ido al río y vio que los tres cuerpos amortajados tenían oro y plata sobre el pecho. Entonces se dio cuenta de que uno de los muertos era el pelirrojo, el hombre que le había contado la historia de la leona. Nadie lo conocía por otro nombre. No era fácil reconocerlo. Lo habían golpeado con una franca, el hacha arrojadiza de la que tomaron los francos su nombre. Le habían destrozado el cráneo.

Cregan y los demás dividieron el botín y Lancelot se sorprendió al ver que, después de Cregan, era él el que escogía su parte. Sólo vio dos cosas que quisiera. Una era una gargantilla tan antigua que debía de ser parte de algún saqueo a un sepulcro. Era un objeto realmente hermoso, una sencilla cadena de escarapelas de oro con rubíes en el centro de cada escarapela de la cadena colgaban diminutos cántaros perfectos. Sabía lo que era: una cadena de perfume. Los cántaros en miniatura se llenaban de ungüentos y el calor del cuerpo de la mujer que lucía la cadena hacía que las sustancias impregnaran el aire de nubes de fragancias.

—Ah, no olvidas a tu amada —dijo Cregan cuando vio que Lancelot escogía ese objeto—. Tienes razón, hijo mío. Ella adora la belleza y la artesanía fina, y no necesita más riquezas.

El otro objeto que le interesaba era un pájaro de presa hecho de ámbar y granate con un ojo de rubí. Era el mejor broche para el cinto de una espada.

—Parece que está hecho pensando en ti —dijo Cregan—. Mirad, muchachos. No sólo es humilde y valiente, también es austero.

Al darse cuenta del tono de burla que había en las palabras de Cregan, Lancelot se sonrojó y se sintió incómodo.

—¿Tenía algún heredero? —dijo señalando al pelirrojo.

Un joven se adelantó entre la multitud. Era moreno, pero sus ojos eran del mismo azul verdoso que los del pelirrojo.

—Tiene tres hijos con mi madre. Y a pesar de no ser el mejor de los padres, pues nunca estaba con nosotros, tampoco era el peor. Cuando venía a ver a mi madre, siempre era amable y estaba sobrio. Y nos traía regalos. Era mucho mejor que otros amigos de mi madre.

Cómo son las cosas en comparación a cómo son en apariencia. Los hombres de Cregan no eran los mejores candidatos para llegar a la vejez. Tal vez algunos llegaran, la mayoría no. Pero mientras vivieran tendrían lo mejor de todo, incluyendo

las mujeres. Una relación no tenía por qué implicar el matrimonio. Establecer una relación con un hombre de la tropa suponía muchas ventajas para una mujer. El pelirrojo había hecho lo que se suponía que tenía que hacer: darles a su mujer y a sus hijos muchos regalos. Haciendo gala de gran tacto, no se había entrometido en las otras relaciones de la mujer y le dejaba libertad para que mantuviera relaciones con otros hombres más estables que podían necesitarla para resolver sus cuestiones domésticas. Se tenían ovejas y cabras tanto por la leche y la lana como por la carne. Pero también era necesaria una mujer para que hiciera el queso y la mantequilla y cardara la lana. Allí, como sucedía en su tierra, las mujeres eran riqueza y poseer una mujer habilidosa era de enorme valía. Por eso, Magda le había ofrecido a sus hijas. Él era una inversión.

—Era mi amigo —dijo Lancelot—. No llevo aquí mucho tiempo y ni siquiera conozco bien a los que profesaba simpatía. Pero él fue quien me guió en mi primera salida de reconocimiento y creo que, si hubiéramos tenido más tiempo, nos habríamos hecho buenos amigos. Por eso me gustaría compartir contigo parte de lo que me corresponde para que se lo lleves a tu madre y a tus hermanos.

El joven asintió y escogió un juego de seis tazas de plata grabadas. El metal era de muy buena calidad, un buen botín.

—Casi es plata pura. Me imagino que equivaldrá al precio de una buena casa labriega o de un pequeño rebaño de ovejas —dijo Cregan en voz baja mientras los demás recogían su parte según su edad.

—En cierta manera, lo odio —suspiró y continuó hablando—: Algunos nacen para sentir los placeres más deliciosos, otros sólo sufren una noche interminable. Pero tú eres generoso, apuesto y valiente.

—El ganador de la lotería de la guerra. Por ahora. Pero ¿alguna vez has considerado las posibilidades de ganar a largo plazo? —contestó Lancelot a Cregan.

—Durante toda mi vida, muchacho. Incluso ahora ya puedo ver que te convertirás en una persona distinguida. Un hombre respetado. —En el tono de Cregan seguía adivinándose una nota burlona.

Los bueyes estaban liberados de los carros, todo su contenido se había repartido entre los hombres de Cregan. Subieron a los dos prisioneros al lomo de uno de los animales.

A Lancelot le recorrió un escalofrío cuando vio que a los dos les habían partido las piernas... una vez capturados. Por muy fuertes que fuesen, los dos chillaron de dolor cuando los subieron al animal. Los tres cadáveres estaban en el otro buey.

Cregan le lanzó a Lancelot la cuerda atada al anillo del hocico del primero de los animales.

—Muchacho, es hora de tu bautizo de fuego.

Después de decir estas palabras, Cregan y Lancelot partieron hacia las montañas con su carga.

Aquél era un camino nuevo para Lancelot. Discurría a través de la alta pradera en

la que había estado el pueblo y se internaba en tierras más peligrosas, subiendo una escarpada ladera en la que crecían altos pinos y grupos de cedros. Se detuvieron para pasarla noche y vieron el sol ponerse en un mar de nubes púrpura.

Para entonces, la mayoría de los hombres se había ido. Ellos eran los que se habían llevado el otro buey y sus muertos. Se separaron al llegar a la altura del pueblo, para volver a casa. Sólo se quedaron seis, entre ellos, Lancelot. Seis y los dos prisioneros.

El picto iba encorvado sobre el cuello del buey. El huno parecía semiinconsciente y se apoyaba en la espalda del picto. Cuando Lancelot los bajó del animal, el picto lanzó un chillido y el huno vomitó y se desmayó. Los dos apestaban. En algún momento del día, habían ensuciado su ropa y tenían el cuerpo cubierto de sudor.

Ella había dado a Lancelot un poco de opio, entre otras cosas, cuando se separaron en el lago. El joven se lavó las manos en un manantial. El agua era tan fría que se le entumecieron los dedos. Después disolvió un poco de opio en vino.

Cregan lo cogió por la muñeca cuando ya se dirigía hacia donde habían dejado a los prisioneros.

—¿Veneno? —le preguntó.

—No, es opio.

Cregan sacudió la cabeza.

—Mañana los quiero vivos... No es suficiente para matarlos. Si pudiera, se lo daría. Pero no tengo tanto.

—Es un desperdicio, el opio es caro. Pero es tuyo. —Cregan se encogió de hombros y le dejó ir.

El picto bebió el opio y el vino rápidamente. El huno escupió el primer trago, pero después bebió el resto. Cuando parecía que los dos hombres se habían quedado tranquilos y estaban drogados, Lancelot regresó al fuego.

—¿Qué haces aquí, tonto? —le preguntó Cregan.

—Maldita sea, ni siquiera yo estoy muy seguro.

—Eres joven —continuó Cregan con la mirada fija en las llamas, sin volverla hacia él—. Es obvio que eres un poderoso hechicero. Tienes como amante a una preciosa criatura inmortal.

—No es inmortal —dijo Lancelot.

—Sí que lo es por lo que respecta a alguien como yo, que, seguramente, no pasará de los cincuenta. Y sospecho que tú eres como ella. Vuelve a su hogar. Pasa unos pocos miles de años descansando en sus brazos.

—¡No! —le contestó Lancelot impaciente y enfadado—. Yo..., yo quiero descubrir lo que es la vida y el mundo. Las cosas malas y las buenas.

Cregan resopló.

—¡Inocente! Hoy has tenido un buen comienzo y, confía en mí, si continúas así no te faltará ocupación. Porque, muchacho, hay más cosas malas en el mundo que buenas. Es probable que pronto te hartes de todo esto.

—Ella me dijo que eras el mejor guerrero del mundo. Por eso vine contigo.

—¿El mejor guerrero del mundo? Increíble. Ella piensa eso, ¿verdad? Increíble. No es un cumplido que haya buscado. Pero... dime, ¿alguna vez te contó el pelirrojo por qué vino él?

—No. —El repentino cambio de tema dejó a Lancelot desconcertado—. Y odio que sigamos llamándolo el pelirrojo. ¿Cómo se llamaba?

—En realidad, no se llamaba de ninguna manera. Los esclavos no tienen nombre. Lo llamaban el pelirrojo. Pero, en latín, Rufus. Era un hombre listo. Rufus era listo. Sabía leer y escribir. Sus padres eran los administradores de un noble romano. No sé si sabes cómo los llaman. *Honestores*.

—Y *humilores*, los hombres comunes —asintió Lancelot.

—Eso es.

—No lo entiendo. Si ellos eran los que dirigían los negocios de los romanos, si tenían esa posición, ¿por qué eran esclavos?

—Por qué. Piénsalo, muchacho. Un hombre libre podría engañar a su señor y desaparecer, pero ¿un esclavo? A un esclavo siempre se le puede capturar y matar poco a poco. Muchas veces se encargan de eso los *carnifices* que la mayoría de aristócratas tiene para controlar a sus esclavos.

—¿*Carnifices*?

Cregan soltó una risita.

—Viene de la palabra «carne», muchacho. Y es que cortan mucha. La mayoría son especialistas en torturas.

—Ya entiendo —dijo Lancelot lentamente.

—No, no lo entiendes. Pero sí comprendes lo suficiente para que entiendas lo que pienso explicarte. En cualquier caso, Rufus se encargaba de la mayor parte de los trabajos que en su día habían hecho sus padres. La memoria de su padre se había debilitado demasiado y su madre estaba muy enferma, tenía las rodillas muy hinchadas. El señor estaba ya cansado de su estado, que cada vez era más grave, y de todos los gastos que se derivaban de su cuidado.

»Así que dijo a la pareja de ancianos que si no se bebían la taza, una taza como la que les diste a los prisioneros, pero con más opio, los mandaría a los tres a un señor franco que tenía sus tierras cerca de allí. El franco, al no ser cristiano, no tendría ningún reparo en matarlos a los dos y utilizar a su robusto hijo para los trabajos más pesados. Los francos, sabes, no tienen importantes propiedades que dirigir como los romanos. No necesitaba un hombre con educación para que le llevara las cuentas. Sólo necesitaba bestias de carga. Así que, ante tal elección, que, la verdad, no es que pudiesen elegir, la pareja de ancianos bebió el tazón de láudano y se cortaron las venas.

—¿Se cortaron las venas? —preguntó Lancelot con el horror reflejado en su voz.

—Hay que cortarse las arterias en las muñecas y en la ingle. Con un puñal, muchacho. Por supuesto, el señor de la villa nunca le contó todo eso a Rufus. Aún

hoy sigo sin saber quién lo hizo. Creo que a lo mejor fue el franco. El romano lo acabaría cediendo a Rufus... ¿Quién sabe? Sea como sea, alguien le contó lo que ocurrió.

»Rufus trató de pasar inadvertido —continuó Cregan—. Entiéndelo, encontró a sus padres abrazados en su cama de matrimonio, empapada en sangre. Y lo inundaban el odio y el dolor. Además, su señor estaba protegido por un grupo de mercenarios hunos. No confiaba ni en los latinos ni en los gaélicos para que lo protegieran. Pero consiguió coger algo de dinero y se lo entregó al capitán de la guardia huna. Bebieron hasta hartarse y esa noche Rufus los degolló a ellos y a su señor. Fue todo un detalle que degollara también a los hunos. Si hubiesen sobrevivido, la familia de su señor habría crucificado a todos y cada uno de ellos.

—Así que Rufus tuvo que huir.

—Sí, y deprisa. Dos noches más tarde se unió a mi grupo.

—Creía en lo que hacéis, en la Hermandad de los bagaudas.

—¿Tú crees? Eso espero. Quería un mundo en el que un grupo de personas no pudiese controlar las vidas de otras. En el que nadie pudiera convertirse en un medio para alcanzar un fin. Rufus era un auténtico soñador. Aunque pueda parecer extraño, muchos de mis hombres, muchos de los que me buscan, son unos soñadores. Y yo los utilizo de forma cínica para que protejan mis tierras y a mi pueblo. Yo creo que sus sueños son una causa perdida, pero ¿quién puede rechazar a los soñadores y los desposeídos? Con cada bebé que se desliza húmedo, llorando y manchado de sangre del vientre de su madre, vuelven a nacer los sueños de los hombres como Rufus. Ese niño es fiero y peligroso. Seguramente, los hijos de Rufus no lo recuerden, pero serán lo que son porque su padre fue osado y soñó, deseando justicia para él y para aquellos que el hombre y Dios han dejado apartados y olvidado a sus miserias. Como su padre sin memoria y su madre lisiada, que dejaron de serle útil a un señor romano cuyos ingresos anuales alcanzarían las cinco o seis libras de oro anuales. Un idiota que nadaba entre monedas de plata y no supo encontrar las pocas monedas necesarias para cuidar a los dos esclavos que habían envejecido sirviéndolo hasta que murieran por causas naturales.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con esos prisioneros? El huno se está ahogando poco a poco en su propia sangre y la pierna del picto lo está mortificando y se está poniendo negra. Tiene gangrena.

Cregan lo miró.

—Muchacho ignorante. No sabes de qué te estoy hablando, ¿verdad? Pago mis deudas, todas mis deudas, incluso a los dioses de las tinieblas. Ahora vete a dormir. Por la mañana descubrirás más cosas de las que te gustaría saber.

Fuera la droga que fuese la que le había dado el cuervo antes del combate, hacía mucho tiempo que su efecto había desaparecido y Lancelot estaba agotado. Se envolvió en su manto y se sumió en las tinieblas. Cuando se despertó con el amanecer, lo entendió.

La dirección del viento había cambiado por la noche y su olfato de lobo percibía el hedor. El lobo gimoteó, aulló y tuvo arcadas, aunque el olor debería haberlo atraído. Era el olor que flota sobre todo campo de batalla desde el principio de los tiempos. El hedor de la decadencia, de la decadencia humana.

El picto estaba consciente, pero el huno sufría convulsiones. Resultaba obvio que estaba muriéndose.

—Traedlo —ordenó Cregan señalando al huno.

Así lo hicieron, y se encaminaron por un extraño bosque de árboles retorcidos. Estaban en el lindero. En épocas anteriores, con un clima más cálido, debía de haberse extendido mucho más y los troncos pulidos por las tormentas todavía se levantaban donde ya habían dejado de crecer los árboles. A Lancelot le recordaron montones de maderas arrastradas a la deriva por el mar en alguna costa abandonada mucho tiempo atrás, blancos y plateados bajo el sol. Era un día muy claro y el cielo era tan azul como una turquesa o un trozo de lapislázuli enmarcado por una nube, niebla o incluso humo.

Tras los árboles vio la valla, o por lo menos eso era lo que parecía. Postes y tres tablas, una abajo, otra a media altura y otra más alta. Y a cada metro más o menos, un cadáver decapitado atado a ella.

Cerca de donde terminaba la valla quedaban algunos huecos libres. Los dos hombres que habían ayudado a Lancelot a llevar al huno se alejaron para dejar que lo arrastrara solo. Lancelot era fuerte y no le supuso ningún problema recorrer solo los últimos pasos. Cuando llegó junto a la valla, el huno empezó a tener convulsiones otra vez. El cuerpo se le arqueaba violentamente.

Cregan cogió aire.

—Mira, muchacho —dijo a Lancelot señalando las montañas que se veían en la distancia.

Lancelot se dio la vuelta y la impresionante vista lo dejó sin habla. Se dio cuenta de que estaba mirando el corazón mismo de los Alpes, cumbres cubiertas de nieve que parecía que se sucedían unas a otras infinitamente. La parte más baja de las laderas estaba cubierta de pinos, cedros y abetos. Se veían lagos azules que relucían como zafiros en los verdes y fértiles valles. Un paisaje de una belleza inimaginable, aunque al mismo tiempo, de forma extraña, parecía frágil. Era como si las cumbres blancas flotasen sobre una abundancia indescriptible de ofrendas vivas contra el perfecto cielo azul.

Las gotas de sangre le golpearon el rostro. Tenía la cabeza de medio lado para admirar el maravilloso paisaje. La sangre le cubrió los ojos y le salpicó los labios. Seguía sujetando al huno por los hombros. Lo soltó, retrocedió unos pasos hasta que chocó contra el último poste de la valla. Tenía un ojo cegado por la sangre, pero con el otro pudo ver que Cregan había decapitado al huno y la sangre que manaba del tronco sin cabeza, propulsada por los últimos latidos del corazón, lo había alcanzado.

—Ahora sí que has recibido tu bautizo de guerra —dijo Cregan.

Lancelot se alegró de tener el estómago vacío. Sintió náuseas y devolvió lo poco que tenía en el estómago sobre unas piedras que había a sus pies.

—¿Algún problema, muchacho? ¿Creías que esto era un juego? —preguntó Cregan.

La espada de Lancelot se desenvainó con un grito. En la empuñadura, los ojos del cuervo estaban abiertos, rojos y relucientes. Los hombres de Cregan desenvainaron sus espadas inmediatamente.

—¡No! —gritó Cregan, y de un salto se interpuso entre los cinco hombres y Lancelot—. No podemos permitirnos más bajas y él es demasiado bueno. Por qué el cielo le sonrío a él y abandona a otros es algo que yo no sé. Pero, por ahora, él está vivo. Nadie logrará derrotarlo jamás. Ahora, dejadlo, todos. —Dedicó una mirada larga y dura a Lancelot—. Creo que su tiempo con nosotros casi ha terminado. Tanto él como yo hemos hecho lo que era necesario hacer.

—El picto —dijo Lancelot.

Cregan asintió, luego señaló al huno.

—Atadlo a la valla. Con uno es suficiente. Le daremos al picto la oportunidad de elegir entre cortarle la pierna a la altura de la rodilla y degollarlo. Si decide que le corremos la pierna y se recupera de la amputación, le daremos un caballo y dejaremos que se vaya. Si prefiere probar suerte en otra vida y deja que lo degollemos, entonces lo enterraremos según los ritos de su pueblo. Es decir, dejaremos que las aves carroñeras limpien sus huesos, los moleremos y los mezclaremos con aceite y especias. Después lo enviaremos a los cielos en la quema de huesos de otoño en Samhain. Tienes mi palabra. Y yo cumplo mi palabra.

—Lo sé.

Lancelot envainó su espada. Se dio la vuelta y contempló el esplendor de las montañas, el delgado, frío y casi cruel viento que le silababa al oído.

—No me voy a despedir. No creo que Dios esté contigo, pero sí creo que no nos volveremos a ver —dijo Cregan.

—Probablemente no.

Se fueron y Lancelot se quedó solo con los muertos.



«Si existe la muerte, no está resultando tan mala», pensó Uther.

Se despertó a mitad de la noche y vio la luna llena entre nubes brillantes, muy por encima de las copas de los árboles. La marea estaba bajando, el sonido del mar contra las rocas era como el de un chapoteo seguido de un murmullo. Los árboles que lo protegían suspiraban delicadamente tras el beso del viento.

«¿Se supone que tengo que odiar esto? Si es así, si esto es lo que Igrane y su socia Ustane consideran un castigo, entonces es que se han confundido de tortura conmigo», pensó.

Era cierto que aquello era una tumba, pero no estaba enterrado en ella. El lecho de ramas, hojas y ramas pequeñas era un agradable nido y la lápida que debería tapanlo sólo le llegaba hasta la cintura. Sentía una profunda paz. Las sombras se movían entre los árboles y se preguntó si se debía a su debilidad tras la prueba de Igrane el hecho de que pensara «venga lo que venga, dormiré y soñaré, traiga lo que traiga la noche».

Entonces, de entre las ramas retorcidas y los primeros brotes primaverales de los helechos que alfombraban el suelo, apareció la criatura y apoyó las patas en el borde del sarcófago. Vio que era un gato, no muy grande, de piernas muy cortas y larga cola. Bajo la luz de la luna advirtió que tenía unas marcas que vagamente recordaban a las de los leopardos, con rayas y puntos por todo el cuerpo. Cuando contaba cinco años, los gatos de Morgana lo habían saludado de la misma manera. Los saludos cesaron cuando se hizo lo suficientemente alto para intimidar a los gatos. Había olvidado lo reconfortante que era ser honrado con la cortesía de aquellos gatos.

El gato se alejó y volvió a quedarse solo. Podía oír cómo avanzaba el animal ladera abajo entre la maleza, dirección al mar. Al poco tiempo, apareció una criatura que tendría que haberle resultado aterradora. Era un animal enorme que tenía aspecto de gato y perro a la vez. Las patas eran como las de un perro y tenía una boca grande y poderosa con una fila formidable de colmillos y muelas. Su pelaje semejava el de un tigre, con una serie de rayas intensas en el lomo, puntos negros en los flancos casi de color burdeos incluso bajo la luz de la luna.

Durante un segundo temió que se le lanzara a la garganta, pero no hizo ningún gesto hostil. Una de las manos de Uther descansaba sobre su pecho. Se la lamió con delicadeza y también le restregó la nariz con el hocico.

A continuación aparecieron cuatro mujeres de entre las sombras. Iban bien envueltas en mantos oscuros y encapuchadas.

—Gracias por venir. ¡Ahora, ahora! Ya podemos descansar —dijo la primera cogiéndole la mano. La besó.

Las otras tres la siguieron, cada una de ellas le besó la mano y luego desapareció en el bosque.

«¡Claro! Lo había olvidado. Tres veces fui coronado, una con bellotas y hojas de roble; otra con trigo. Y la última con flores. Una por el bosque, la segunda por los cultivos y la tercera por las praderas y las llanuras. Una por los vivos, otra por los muertos y las flores para los que todavía no han nacido», pensó Uther.

«Mi sangre. Igrane derramó aquí mi sangre. No es muy inteligente. Fue cayendo sobre el suelo y dejando un rastro por toda la cripta, un rastro que los muertos pueden seguir para encontrar la libertad».

Fueron llegando a lo largo de toda la noche. Les perdió el rastro, perdió la cuenta. Incluso la enorme serpiente muerta que lo había atrapado surgió deslizándose de entre las sombras y le tocó suavemente la mano con la lengua. No rechazó a nadie, no negó a nadie el derecho a frotarle la nariz, a besarlo o acariciarlo.

En último lugar, llegó Ustane. Se acuclilló, sollozando amargamente.

—Ella no está, está con el noble, con Severius. No quiero morir. Por muy atroz que sea mi vida, la quiero. ¿Quién podía saber el poder que hay en ti? ¿Quién podía imaginario? —dijo limpiándose las lágrimas.

—¿Poder? ¿Esto es poder?

—¿No lo llamarías así? ¿Hace cuánto que no sientes dolor?

Era cierto. Las marcas del látigo habían cubierto todo su cuerpo, e incluso de la mano que descansaba sobre su pecho había manado suero y sangre. Levantó la mano. Intentó mirarla pero el bosque ya estaba oscuro y la luna muy baja, cerca del horizonte, extrañamente vestida por las siluetas de los árboles.

—Es verdad, no siento dolor. Si damos, recibimos; si recibimos, damos. Tenía la esperanza de que mi muerte sirviese para algo bueno. Si eso es cierto, he correspondido al universo con el don de la vida y he sido favorecido por encima de todos los mortales.

Ustane, de rodillas, golpeó el mullido suelo con los puños.

—Ella podría darme la vida si quisiera. Vida. ¡Vida! La deseo con toda mi alma y todo mi corazón. La sangre en mis venas, el oxígeno en mis pulmones, los latidos en mi corazón, las horas de luz y las de oscuridad, la dulce belleza de dormirse... El placer exquisito y exótico de comer, la necesidad de beber, el placer puro de apagar tu sed. Y el sexo, el deseo, la carne en la carne. El momento de belleza sin límites en que el fuego enciende tus muslos, endurece tus pezones y acaba explotando en toda tu carne hasta que te ahogas en tus sentidos. El coño caliente, abierto, húmedo que acoge los empujes del pene, duro, profundo y rígido en su deseo brutal e incluso cruel.

Se quedó callada, jadeando.

—Vida. Quiero vida de nuevo. Quiero vida para siempre. Gracias a eso me dominaba el hechicero de las sombras. Por esa razón, la que fue en otro tiempo esposa puede humillarme. Si beso tu mano como todos los demás, yo también me fundiré con la bruma del amanecer, los árboles, el frío aire de la noche, el suave murmullo del océano. Yo también dormiría. No quiero. Era todavía joven cuando Merlín apuró mi vida y mi energía para sus objetivos. No había vivido lo suficiente. Me arrebató la vida.

Uther se sentó.

—Ven conmigo, Ustane. Bañémonos en el mar.

—¿En el mar? ¿Qué mar? Aquí sólo hay fría piedra y silencio. Los cristales preciosos brillan y parpadean entre las columnas negras que se arrancaron de la tierra cuando se construyó este lugar. Ahora las tumbas están vacías y el eco repite mi voz desde la piedra del techo y el suelo.

—Ustane, ¿no ves los árboles? ¿No ves la luna ocultándose en el horizonte? ¿Hueles la esencia pura y picante del frío aire? ¿No oyes el mar? Las olas cada vez son mayores a medida que la marea vuelve a subir.

—¿Qué locura se ha apoderado de tu mente? Aquí no hay nada más que vacío y

silencio. ¡Todo lo demás es polvo! —gimió ella.

La lápida del sarcófago sólo lo cubría hasta la cintura. No le resultó muy difícil salir de la tumba.

—¿Qué haces? ¡No puedes dejarme! Debes obedecer mis órdenes.

Al levantarse, a Uther le dio vueltas la cabeza y se sintió débil. La mortaja que lo cubría estaba tesa por la sangre seca, pero, por muy extraño que parezca, su cuerpo no mostraba ninguna herida. Igrane había representado, con el látigo, el rito que se utiliza en las tristes ocasiones en que un rey debe ser sacrificado. La única diferencia era que, si el rito se hubiese llevado a cabo, le habrían lanzado flechas hasta que muriera. Pero quizá el arma no importase tanto como el dolor y la sangre vertida. No era merecedor de esa magia, pero el valor no tenía nada que ver. Había aceptado el dolor, la sangre y la muerte cuando permitió que su pueblo lo coronara las tres veces.

Y por muy intenso que fuese el dolor, la sangre y lo visitara el terror a morir, había rechazado, ni en lo más mínimo, su aceptación. Había cumplido su palabra.

Uthane se arrodilló y empezó a golpearse la cabeza contra el suelo de marga.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡Aquí no hay nada! —murmuraba.

«No me puede obligar ni ordenar nada. Pero entonces, nada puede. Ahora no», pensó Uther.

Dio la espalda a la figura agachada de la mujer y miró el mar. A lo lejos, casi sobre las cañadas de seda, suaves y tranquilas, vio que el cielo empezaba a iluminarse en esos momentos tranquilos y brumosos que preceden al amanecer. Comenzó a caminar, aunque despacio, hacia el mar.

Se encontró en un promontorio que se introducía en el mar. A su izquierda vio el refugio de cristal, las bóvedas se alzaban entre las rocas. A la derecha, los árboles oscuros recorrían toda la costa. En algunas partes casi llegaban al mar.

Descendía la ladera con mucho cuidado y de vez en cuando algo crujía bajo sus pies, un cangrejo pequeño o un pez. El agua estaba fría y la roca en la que se encontraba se hallaba cubierta de algas largas y sedosas. Pensó que era como pisar los cabellos de una mujer.

A sus pies vio más bóvedas. Brillaban con la más pálida de las luces. Uther se dio cuenta de que estaba en el más alto de una serie de escalones que conducían a las oscuras profundidades del océano. A ambos lados de la escalera se levantaban las bóvedas de cristal con su luz azul. Uther todavía llevaba la mortaja que le habían puesto Uthane y sus doncellas. Estaba empapada en sangre, sudor, miedo y desesperación. Había cubierto su cuerpo sangrante durante toda la noche.

Se la quitó y el tejido blanco cayó al mar. En ese preciso instante oyó un sonido como el de un profundo suspiro y el ribete dorado del sol se movió en la línea del horizonte, trazando un río de fuego sobre el agua. Un segundo después, Aife sofocó un grito cuando le vio salir del amanecer, hacia ella.

Uther se tambaleó, la repentina transición lo había mareado. Entonces, al darse cuenta de que estaba totalmente desnudo, comenzó a disculparse.

—¡Oh, Dios! ¡Gracias, Dios mío! —gritó Aife alargando hacia él su manto, a continuación los brazos—. Te estaba llorando e intentaba pensar en cómo salvarme a mí misma y al niño. Entra antes de que te vea alguien. ¿Cómo has llegado aquí? Mi jardín está amurallado. La puerta tiene barrotes. Vi que salías caminando del sol cuando éste se levantó sobre los cipreses, junto a la puerta.

Su habitación era muy sencilla, rozando lo espartano. La puerta que daba al exterior tenía una pesada barra que la cruzaba. La puerta interior se abría a un pórtico que daba a un espacio cubierto de césped con una fuente y unos cuantos arbustos sin hojas. Dentro, una estrecha cama pegada al muro, un arcón encima de otro. Lo único que había aparte de eso eran armas, muchas armas: lanzas, espadas, escudos, garrotes, mazas y alabardas. Cubrían cada centímetro de pared, junto a una malla metálica, una armadura de piel y dos o tres tipos diferentes de cascos, botas y espinilleras.

—¡Dios santo! —exclamó Uther.

Pero Aife lo empujó sobre la cama, trepó sobre él y tapó a ambos con la gruesa y acogedora manta de lana.

—Tengo tanto frío que me castañetean los dientes. Pensé que estabas muerto. ¿Cómo es posible que estés vivo? Tienes todo el cuerpo cubierto de verdugones, están recién curados. ¿Cómo has tenido tiempo de que se te curasen? Por el aspecto que tienes parece que te hubiesen golpeado hasta la muerte y regresaras de allí. Tengo tanto frío, tanto frío... No quiero dormir nunca sola mientras viva. Nunca, nunca más.

Uther la abrazó hasta que dejó de temblar y se quedó tranquila.

—Qué extraño —le dijo—. Hasta que te encontré, creía que estaba más allá de la pasión. Pero ahora...

Cuando la besó, se dio cuenta de que tenía el labio superior hinchado y no todos los verdugones se habían curado completamente. Pero esas pequeñas molestias no importaron demasiado a ninguno de los dos y, no mucho después, las habían olvidado del todo.

—Ahora ya tengo calor —dijo Aife acurrucándose contra él y suspirando contenta—. ¿Era cierto lo que dijiste del niño? ¿Crees que podría estar embarazada?

—Sí. Creo que lo estás. Sé que lo estás. «Ella» me miró, en tu rostro brillaban sus ojos. Resplandecían como los suyos cuando no permitió que muriera.

Estaban abrazados, mirándose. Uther le alzó la barbilla con una mano y la miró fijamente a los ojos.

—Escúchame ¿Los dos acróbatas? Aife asintió.

—Alex, Alexia.

—Sí. Si yo caigo, huye con ellos. Te llevarán con mi hermana. Hemos sitiado las fortalezas de Cadbury, Maden Castle y todas las demás.

Aife respiró con dificultad y le puso los dedos sobre sus labios.

—¡No! —Escúchame. Soy el rey, el Rey del Invierno. Mi obligación es intentar detener a tu hermano. ¿Me entiendes? Es mi obligación. Nosotros..., por ahora mi hermana, el espíritu de Morrigan está en ella, controlamos todos los fuertes en forma

de anillo. Ella es una criatura de la Diosa de la Guerra y plantará duras batallas a los sajones si yo no vuelvo.

El rostro de Aife estaba totalmente blanco y le temblaban los labios.

—Él..., Severius..., mi hermano te matará si lo descubre.

—Pues entonces no se lo digamos...

—¿Cómo lo vas a detener? Entonces..., ¿cómo vas a matarlo? Dios, ojalá lo hicieras.

—¿Dónde está mi arpa?

Aife miró un arcón.

—La escondí. Cómo... vuelvo a tener frío. Esto..., un rey... es más de lo que imaginaba. Hoy se celebra la última lucha de caballos, pero nadie ni nada puede derrotar al semental de mi hermano. Algún mal lo habita. Algún espíritu malvado.

—Sí, lo sé. Yo me encargaré de desterrarlo.

—Oh, pensaba que no eras más que un bardo. ¿Por qué tenías que ser un rey? Si hubieras sido un bardo, podríamos haber huido juntos y ser felices. Ahora... no creo que vuelva a ser feliz nunca.

—Shhh.

Uther la acunó en sus brazos hasta que dejó de sollozar. Se sorprendió al darse cuenta de que volvía a lograr secar sus lágrimas.

Para aquel entonces ya se oía el despertar de la casa al otro lado de la puerta de la habitación. Los esclavos habían encendido el hipocausto que calentaba la villa y la habitación estaba templada. Aife todavía tenía el manto rojo y negro de terciopelo que su hermano le había dado a Uther. Una camisa, unos calzones y unos pantalones eran fáciles de encontrar. Aife tenía mucha ropa de hombre en su habitación.

Ella misma se convirtió en un muchacho: una camisa, pantalones, botas y un manto eran las ropas masculinas de aquella época. Pero Uther se sorprendió cuando ella se puso una fina malla metálica bajo la camisa y se cubrió con una túnica de lino. Llevaba un cuchillo sajón, largo y peligroso, a un lado y un puñal al otro. Ambos quedaban ocultos bajo la túnica. Deslizó en la bota una daga larga. Vestida de muchacho o no, estaba magnífica. La túnica era de delicado lino, los pantalones de seda azul, las botas doradas y en el cuello llevaba una ancha cadena de oro con rubíes.

—¿Por qué? —Había llegado el turno de preguntar a Uther.

—Si tienes razón con lo que viste, viste «sus» ojos en mí, entonces el niño es un don que nosotros, mi pueblo, hemos soñado desde hace mucho tiempo. Ella selló mi vientre para que pudiera dar un rey a mi pueblo.

—El hijo de un rey no siempre es rey.

—No, pero puede serlo. Y en cuanto a esto —tocó el collar—, no me presentaré ante tu hermana como un mendigo. Puedo pagar y lo haré.

Alguien llamó a la puerta, los dos se sobresaltaron.

—Mi señora, ¿me necesitas? Estoy impaciente por llegar a la arena. El baile ya ha

empezado.

—No, Senta. Ya estoy vestida. Adelántate tú.

Se oyeron unos pasos alejándose.

—Mi doncella. Si el baile ha comenzado, seguramente la villa estará desierta. No tendremos que preocuparnos de irnos escondiendo.

—¿La arena?

—Allí es donde se celebran las luchas de caballos.

Aife abrió la puerta y miró a ambos lados.

Uther abrió el estuche del arpa y contempló el instrumento en su lecho de brocado. Las cuerdas murmuraron suavemente sin ni siquiera rozarlas.

Aife lo miraba desde la puerta.

—¿Normalmente hace eso?

—A veces.

—Por aquí no hay nadie. Nadie de quien escondernos. Podemos ir juntos.

La arena estaba algo lejos de la casa. En el camino vieron a Alex y a Alexia haciendo un truco de trapevistas ante una muchedumbre que se había reunido junto a un altar que había al lado del camino. Habían ido a entregar sus ofrendas de hombres y mujeres pobres, un puñado de las primeras flores de la primavera y un poco de vino aguado. Un hombre junto al altar vendía vino, cerveza y algo de hidromiel malísimo a los transeúntes. Pero la mayoría de la bebida vendida no iba a parar a la ocupante del altar, a quien a veces se le llamaba santa Ana y otras Virgen María. La columna de piedra caliza descascarillada que sostenía la estatua tallada apenas estaba trabajada y Uther juzgó difícil descubrir si la figura con un asta en la mano era una mujer o un hombre, si estaba desnuda o vestida. Sospechó que, con ceremonia, la habían desnudado y que hacía poco que, seguramente con gran sorpresa por su parte, la habían bautizado. Ella tenía muchos nombres, Uther lo sabía, y Anu o Ana era uno de ellos.

Se vertían algunas de las bebidas en un recipiente que había al pie de la columna, pero la mayoría se vertía garganta abajo de los adoradores. Alex y Alexia representaban un truco rudimentario de trapevistas y la muchedumbre les pagaba con cerveza y pequeñas monedas. Alguien llevó un trozo de pan y un cuenco de cerveza a la mano de Uther y éste reconoció a unos pocos de los que le habían oído tocar. Le suplicaban un poco de música.

Los deleitó con lo que no podía llamarse más que una canción de amor. Cuando empezó a tocar, el día era frío, el viento cortante. Pero a medida que acariciaba las cuerdas del arpa y pensaba en el creciente deseo de la primavera, el deseo de los elementos, el aire, el fuego y el agua, de hacer el amor a su compañera la Tierra, el viento amainó y una suave brisa estival del sur empezó a soplar, curvando la larga hierba y el trigo del invierno, agitando los pétalos de las flores silvestres que tímidas se abrían al sol.

Ése es el origen de toda canción. El amor de la vida, el amor de su transcurso. El

viento sopla, los ríos de aire mueven los árboles al pasar; los ríos de luz nacen del sol durante el día, de la luna durante la noche. El agua se riza y borbotea, mana de la tierra en forma de manantiales y fuentes, ríos y lenta lluvia.

La gente que lo rodeaba dejó de hablar, se iban acercando a él, bebían la belleza de su música. Sentían el flujo de la sangre en las venas. Los fetos dejaron de moverse en los vientres. Los ancianos se olvidaron de sus dolores y achaques. A los jóvenes les mordió un intenso deseo. Porque el deseo es como el agua o el viento, algo elemental que sólo conoce la silueta de sus manifestaciones y que carece de palabras para describirse a sí mismo. Uther estaba sumido en su música y no se dio cuenta hasta que oyó que las voces a su alrededor se alzaban en una canción. Supo que en su vagabundeo musical había dado con una de las canciones que su variopinto público conocía. Abrió los ojos (no se había dado cuenta de que los tenía cerrados) y vio que ella cantaba con los demás.

Repitió la música y surgieron nuevas palabras. A lo largo del camino, la brisa, ahora fuerte, les llevó el olor a carne asada. Uther sonrió y, a la vez que tocaba, empezó a guiarlos en dirección al origen del olor.

Severius agasajaba a su pueblo y ante ellos al menos una docena de vacas, ovejas, ciervos y cabras se asaban sobre hogueras. Era obvio que la mayor parte de todo aquello la iban a comer los aristócratas que, en gran número, estaban reunidos en un pabellón cerca de un corral y de un balcón. También estaba claro que los asientos que había en el balcón estaban reservados para la flor y nata de los asistentes, la mayor parte de ellos ya se veían ocupados. Cojines, chales y algún que otro manto de colores intensos estaban sobre los bancos de madera, y en muchos casos los criados estaban cerca para asegurarse de que ningún don nadie ocupara uno de los mejores sitios.

Igrane y Severius caminaban cogidos del brazo, casi invisibles entre un numeroso grupo de cortesanos llamativa y lujosamente vestidos. Uther se detuvo, porque vio al menos a media docena que conocía bien y por lo menos a otros diez con los que tenía alguna relación. Todos eran ricos, todos eran poderosos. Y todos le habían jurado fidelidad.

Los señores del sur se estaban cubriendo las espaldas. Seguirían al vencedor.

El círculo exterior que rodeaba a su esposa descarriada y a su nuevo amante estaba formado por guerreros, varios cientos de guerreros. Y Uther sabía que si Severius recibía el apoyo de la mayoría de las mujeres y los hombres que lo acompañaban, podía hacer que todos esos guerreros se levantaran, y seguramente muchos más.

El semental estaba solo en el gran corral en el que se celebraban las luchas de caballos. Se notaba que lo habían lavado, tenía la crin y la cola trenzadas para la ceremonia. Era hermoso, con el hocico, las patas y la cola negros resaltando contra el cuerpo plateado. Daba vueltas corriendo pegado a la alta valla de barrotes, con la cola de seda levantada como si fuese un estandarte mientras galopaba en los límites de su

prisión. El caballo era tan hermosamente proporcionado que incluso parecía pequeño, hasta que del galope pasó al trote y quedó claro que era más alto que todos los cuidadores del establo que lo observaban desde el otro lado de la valla.

Enorme. El caballo era enorme y, no, nada podría derrotarlo. Uther tembló. Recordó lo que había habitado el perro, Merlín. ¿Su espíritu, su fantasma? ¿Qué habitaba el caballo?

El caballo dejó de trotar, se dio la vuelta y fue hasta el centro del corral. Parecía aburrido y altanero al mismo tiempo.

—¿Ves lo grande que es? Tienen uno negro..., pero nadie cree que pueda... — dijo Aife.

Uther volvió a guardar el arpa en su estuche. El grupo que lo había acompañado se fue dispersando. Le llegaba el olor a carne de cerdo asada y vio una docena de hogueras en el extremo de lo que se imaginó que sería un centro ceremonial. Tras el corral y el balcón se alzaba un comedor. El techo era de paja y las paredes, de adobe y caña.

—Es para los soldados —le explicó Aife señalando la construcción.

—El anfiteatro —dijo Uther.

Sabía que era eso lo que veía mientras paseaba la mirada por el salón, el corral y los balcones. Los laterales se alzaban gradualmente y Uther pensó que con el techo del salón lleno, y los balcones y los demás congregados en los bancos con forma de herradura que había en la ladera, el centro de ceremonias albergaría a miles de personas.

—Antes elegían aquí los reyes, antes de que llegasen los romanos. Ahora lo han recuperado. —Aife señaló una horca que había en la colina tras el comedor—. Ya han cogido a un hombre. Cuando termine el banquete, cogerán a una mujer.

Era cierto, había un cuerpo que colgaba de la horca.

—¿Una mujer?

—Sí. Por eso estaba tan asustada. Creo que voy a ser yo.

Aife levantó la vista hacia Uther. Tenía las pupilas tan dilatadas que Uther apenas podía distinguir el ribete azul del iris. Era un día muy claro, pero el miedo hacía que se le abriesen como dos pozos negros.

—Anoche la vi con él. Incluso cuando están a la mesa, cenando, ella tiene la mano apoyada en su muslo, juguetea con él. Y mientras lo hacía, se reía y me miraba. Entonces él también se rió y me observó un momento con una sonrisa. No pueden ahorcar a una virgen —le susurró.

«¡No! ¡No! Ni siquiera ella osaría...», pensó Uther.

Entonces se dio cuenta con absoluta certeza de lo lejos que había llegado Igrane en el mal. Haría cualquier cosa que le fuera de utilidad para alcanzar sus objetivos. Se preguntó si intentaría llevar a Severius a su reino de cristal. Tumbarlo en el mismo lugar en el que había intentado conseguir... ¿el qué? ¿Qué era lo que quería de él?

Ustane dijo que habría muerto. Muerto por su deseo. Muerto como el zángano en

el aparcamiento final y salvaje con la reina inmortal. Porque eso era ella ahora: ya no era humana, era una criatura cuyas acciones estaban dictadas por su terrible sed. Como había sido Merlín antes que ella. Merlín había sufrido el castigo de Dis y estaría en el caballo si pudiera.

Estaban cerca del corral. La mayoría de los aristócratas estaban reunidos en el pabellón con mesas que había cerca de donde la carne se estaba asando. Severius cenaba con Igrane y una corte de seguidores y cómplices. Todos los que no estaban cenando descansaban a la sombra del pabellón, picoteando entremeses que servían hermosas jóvenes que llevaban bandejas con comida y bebida.

Los más pobres se arremolinaban alrededor de unas cuantas fogatas excavadas en tierra desperdigada en el otro extremo del anfiteatro. Mientras Uther miraba, abrieron uno de los agujeros de las fogatas. La muchedumbre dio un grito de júbilo, pero tuvieron que retroceder de un salto porque salió una nube de vapor. No lejos de allí, en una pequeña hoguera, un grupo de mujeres preparaba la salsa para la carne de cerdo: cebolla caramelizada, miel y vino. Sin ni siquiera pensarlo, Uther rodeó los hombros de Aife con su brazo. Entonces distinguió la terrible mirada que le dedicó Severius desde su asiento en el pabellón. Aife también miraba hacia allí.

—Lo sabe —dijo la muchacha.

—Sí, no me extrañaría nada.

Igrane estaba apoyada en Severius y los miraba con una expresión terrorífica.

Alex y Alexia se acercaron a Uther.

—No esperábamos volver a verte. Ella —Alex señaló a Aife— nos contó lo que pasó. ¿Cómo has escapado?

—Eso no importa. Acompañad a la señora a donde come el pueblo y no volváis a dejarla sola nunca más. Hasta que os diga lo contrario.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Aife.

—¡Detener a tu hermano! Y no te olvides del bebé —le susurró Uther.

Los tres se quedaron mirándolo.

—¿Puedo confiar en que cuidaréis de ella? —preguntó a Alex y Alexia.

Ambos estaban pálidos.

—Sí —respondieron al unísono.

Nuevos gritos salieron del gentío cuando se abrieron dos fogatas más. El banquete estaba en su momento más álgido y Uther sabía que toda persona en varios kilómetros a la redonda estaba allí, bebiendo y comiendo, sobre todo bebiendo. Eso había empezado antes, mucho antes que la comida.

Alex y Alexia llevaron a Aife hasta una de las fogatas. Uther se quedó contemplando la muchedumbre. Igrane le tiraba de la camisa a Severius muy nerviosa y le susurraba algo al oído. Severius estudiaba a Uther con una fría mirada calculadora.

«¿Derramará mi sangre?», pensó Uther. Hay consecuencias cuando se derrama la sangre de un rey. Ahora Igrane ya lo sabía.

Uther estaba en el extremo derecho del corral donde permanecía el gran semental. Un relincho le hizo desviar la atención que tenía puesta en Severius. Un perro se había colado en el corral. Era de ese tipo de perros vagabundos que están en los huesos y merodean por los vertederos de toda ciudad o pueblo. Seguramente lo había atraído el olor de la carne y andaba buscando algo de comida. Siempre había algo que la raza superior (la humana) no podía o no quería comer y el perro tenía la esperanza de poder hurgar entre esos restos.

El caballo relinchó cuando descubrió al intruso. Se encabritó, volvió a relinchar y se lanzó sobre el perro. Pero el pobre animal no era tonto. Ella, pues Uther se había fijado en que era una perra, tenía las ubres hinchadas y los pezones sobresalientes; seguramente, las crías andaban por ahí cerca. En fin, ella echó a correr inmediatamente hacia la verja que rodeaba el corral. Habría podido escapar del semental, pero una de las personas arremolinadas en torno al corral quería sangre. La perra chilló cuando una piedra tirada con maestría la cegó. Presa del dolor, con la sangre cayéndole por donde había estado el ojo, disminuyó la marcha de su carrera, se dio la vuelta e intentó correr en otra dirección.

Pero el semental ya estaba encima de ella. Uther lo observó todo, alegrándose de que al menos sucediera rápido cuando la cabeza de la criatura se rompió en mil pedazos bajo una pata delantera del caballo y saltó una mezcla de sangre y sesos.

La muchedumbre vitoreaba al semental mientras éste convertía el cadáver de la perra en un montón de carne sangrante, finalmente en pequeños trozos de hueso y carne pulverizados. Cuando Uther volvió a mirar a Severius, éste e Igrane sonreían. Estaban mirando a los niños que jugaban en una tienda junto a los pies de Severius.

El mundo en el que vivían no aceptaba o toleraba la deformidad. Los enanos, los jorobados, los cojos o todo aquel que tuviese alguna deficiencia física o mental eran tratados más o menos siempre de la misma manera: normalmente se los abandonaba en situaciones en las que tenían pocas probabilidades de sobrevivir. Pero había quienes buscaban ese tipo de criaturas, normalmente poderosos señores que tenían relaciones con los tratantes que transportaban a los esclavos hasta Bizancio, donde existía una gran demanda. Una aristocracia decadente y lo suficientemente corrupta como para divertirse con sus payasadas.

Uther había oído que si esas personas tenían una deficiencia leve se les podía enseñar un sinfín de divertidos trucos. Había unos doce niños que jugaban sobre una alfombra cerca de Severius e Igrane. Mientras Uther los observaba, Severius llamó a uno de sus mercenarios y señaló a un niño que jugaba entre los demás.

El mercenario cogió al pequeño por el pescuezo. El niño dio un aullido, enseñando una gran lengua y una hilera de dientes puntiagudos. Tenía el rostro y el cuerpo terriblemente deformados. Una cicatriz le desfiguraba la parte derecha de la cara, atravesándole el ojo y la boca. En la mejilla, la marca se hacía más gruesa y profunda. Era tan jorobado que parecía que la cabeza le salía directamente del pecho y tan patizambo que a Uther incluso le sorprendió que pudiera caminar.

El niño, alzado con ligereza, daba patadas al aire. El mercenario se encaminó hacia el corral donde estaba el semental, resoplando sobre lo poco que quedaba de la perra. Cuando se dio cuenta de adónde lo llevaban, el niño volvió a gritar. Esa vez fue un auténtico grito de terror.

Una muchacha salió disparada del grupo de niños y corrió junto al mercenario. Ella también era deforme. Parecía que su rostro fuera de cera y la cera se hubiera fundido. Tenía un ojo más alto que el otro, la boca torcida y como sin fuerza. La nariz en realidad no era tal, sino simplemente dos fosas nasales en la cara. Esos rasgos horrorosos se combinaban con un cuerpo perfecto de mujer. Enano, pero exquisito.

Aquella muchacha (Uther no sabía si era una niña o ya una mujer) dio un terrible grito que reflejaba toda su angustia. Levantó una mano intentando tocar los dedos del pequeño. El niño la miró, le contestó y también trató de tocarla. El mercenario apartó a la muchacha de un empujón y sacudió violentamente al pequeño. Pero, por extraño que parezca, la breve comunicación que lograron establecer entre los dos tranquilizó al niño, que se quedó callado y miró al frente con una expresión de resignación ante su destino.

Uther empezó a oír gritos de entusiasmo entre la muchedumbre. Pensó que estaban encantados con la nueva diversión.

Tenía un segundo para decidir qué hacer. Nadie consideraría a un niño así de deforme un ser humano. De hecho, podía justificarse la muerte del pequeño considerándola un fin misericordioso a una vida repleta de dolor que era más una maldición que una bendición para el pequeño.

Pero todo aquello no era nada más que palabrería y Uther lo sabía. Lo que tiene vida, con alguna rara excepción, desea vivir. No debería privarse de la vida a ningún ser vivo sin una buena razón.

Alex apareció a su lado en ese preciso momento.

—¿Qué estás planeando?

El arpa colgaba del hombro del rey.

—Protégela —dijo a Alex tendiéndole el instrumento—. Cuida de Aife. Llevadla con mi hermana, si podéis. Intentad encontrar y liberar a la yegua.

Uther dedicó una larga mirada al corral. Los postes verticales estaban muy hundidos en la tierra, en cada uno había atado un esqueleto pan asegurar que el recinto fuese sagrado. La mayoría de los sacrificios eran, con toda probabilidad, humanos. Los postes horizontales estaban atados a los verticales con cuero sin curtir y eran el punto débil de la construcción.

—También podrías intentar aflojar los postes, si es posible.

Alex asintió y se perdió entre la multitud. Para entonces, el mercenario que llevaba al niño llegaba a la altura de Uther.

El rey se interpuso en su camino.

—Yo ocuparé su lugar.

—¿Es que has perdido el juicio? Esta criatura a duras penas puede llamarse

humana. Diez veces el caballo rey del año se ha enfrentado con un humano en el corral. Las diez veces el hombre o la mujer murieron. Todos están enterrados debajo de los postes. El año que viene se añadirá un poste y será sobre tu estómago donde descansa. Allí yacerás, la arena seca te convertirá en polvo.

Uther se quedó pensando. «Severius debe de tener una posición de mucho prestigio. El esfuerzo por alcanzar tal posición debe de haberlo consumido no sólo a él, sino también a su padre. Diez años de victorias».

Organizar un ataque al gran rey no era fácil. El hombre que lo intentara debía contar con el apoyo de todas las provincias del sur de Inglaterra. Los grandes señores romano-britones tenían que dominar las tropas bárbaras que los mantenían en el poder, el poder que había llegado a sus manos cuando los romanos se fueron para no volver.

Pero quien no apuesta, no gana. Si podían hacerse con el Gran Reino, dominarían todas las tierras hasta la Muralla de Adriano y arrasarlo todo como habían hecho los francos en la Galia. De hecho, la Galia ya estaba perdiendo su nombre romano y cada vez se utilizaba más Franca o Francia. Los oscuros y violentos bárbaros habían acabado por llevarse bien con los señores galo-romanos, celebrando matrimonios entre ellos, reconociendo la ley romana y permitiendo que se aplicara a la par que su propio código rudimentario. Y, unidos, los dos pueblos luchaban por mantener las peores características de los romanos: la opresión, la persecución religiosa y los impuestos desorbitados a los agricultores y los artesanos, aquellos que peor podían soportar tal carga. Poco a poco, incluso el recuerdo de la libertad se iba borrando de sus memorias.

«Soy uno contra todos», pensó Uther.

Eso no se lo dijo al mercenario.

—¡No! Devuelve el niño a sus cuidadores y dile a Severius, si te atreves, que hay razones por las que los hombres montan a los caballos y no los caballos a los hombres.

El soldado dejó caer al pequeño. El niño se escabulló lo más rápidamente posible y Uther oyó un grito salvaje y entusiasta de la multitud. Lo que Severius pretendía hacer no se diferenciaba mucho del asesinato, pero un hombre adulto y corpulento podía plantarle cara al caballo y ofrecer una pelea más interesante.

Todos los presentes intentaron correr lo más rápido posible hasta las laderas de arena laterales. Uther se fijó en que estaban un poco esculpadas para formar filas de bancos, más o menos hileras diez en la parte alta. El recinto sagrado tenía forma de herradura, como el corral. En la parte alta estaban los mejores asientos y muchos de los asistentes habían llevado sillas, cojines y bancos para ver el espectáculo más cómodamente. Los otros sitios que también eran buenos eran los que estaban en el balcón del corral. Ésos ya estaban ocupados por los miembros de la aristocracia. Severius e Igrane compartían un cómodo diván en la parte más alta.

Uther se dio la vuelta y se le clavó el odio de la mirada del caballo.

—¿Estás ahí? —susurró Uther.

Y la voz de Merlín le llegó a la mente. «Sí, y voy a matarte, viejo. Ha llegado tu hora. Cuando habitaba el perro en la posada, la música que salía de tus dedos logró contenerme. Pero ahora nos enfrentamos cara a cara y tu magia no ejerce ningún poder sobre mí».

Uther asintió y empezó a desprenderse del manto de terciopelo y brocado que llevaba. Lo lanzó a uno de los postes del corral. Oyó que se elevaba un grito de la multitud y también vítores. Al menos dos docenas de mercenarios de Severius habían rodeado el corral y lo apuntaban con sus lanzas.

En el repentino silencio, oyó la orden de Severius.

—Una vez dentro del corral, señor de las canciones, dentro del corral te quedarás. Si intentas escapar del semental gateando por debajo de la valla o saltándola, he ordenado a mis hombres que te atraviesen con sus lanzas.

Uther no estaba muy seguro de poder contestar. A pesar de las bravuconadas que le había dicho al mercenario, había tenido tanto miedo en su vida. Asintió secamente para dar a entender que lo había comprendido, se agachó y se secó el sudor de las manos en la arena.

Entonces, pues sí se sentía con fuerzas para hacer eso, se agachó y se arrastró dentro del corral.

—Sorpresa, Merlín. Aquí estoy —susurró mientras salvaba el poste más bajo.

El semental se abalanzó sobre él, con los dientes al descubierto. Pero Uther podía haber nacido perfectamente a lomos de un caballo. La primera vez que había montado había sido en los albores de su infancia y desde que tenía memoria sabía controlar cualquier caballo. Para G. montar era tan natural como caminar o correr. Sabía todos los trucos que utilizaban los caballos para tirar a un jinete asustado o inexperto. Había visto, sufrido y aprendido todas las variantes. De hecho, es cierto que hay razones por las que los hombres montan a los caballos, y no al revés.

El caballo corcoveó y cargó directamente hacia Uther. Éste se puso de pie utilizando el salto del salmón, que permite ponerse derecho en un solo movimiento en vez de los dos que normalmente se necesitan. Esquivó la carga del semental en el momento en que éste, mitad hombre mitad animal, alzaba las patas delanteras para destrozarle el cráneo, como había hecho con la perra.

Cuando algo se compromete, animal o humano, se vuelve vulnerable. Un segundo después, Uther estaba detrás del animal y no perdió la oportunidad de propinarle una patada salvaje y paralizante en los testículos. El semental gritó como un hombre lo hubiera hecho en el momento en que el dolor le atravesó todo el cuerpo. Uther sintió que Merlín perdía el control de la mente del caballo. El dolorido animal huyó de él, corrió hasta el otro extremo del corral y se pegó a la valla.

Se quiso arrimar tanto a los postes que se clavó en las ancas la lanza de uno de los mercenarios que rodeaban el corral. Esa vez el caballo relinchó furioso, se dio la vuelta, metió la cabeza entre los postes y alcanzó al mercenario en el hombro. El

hombre dio un grito de dolor y Uther se estremeció al oír el chasquido de los huesos rompiéndose entre los dientes del caballo.

Pero Merlín estaba frustrado y Uther lo sentía. Estaba intentando volver a hacerse con el control de la mente del animal. No tenía especial interés en castigar o destruir a nadie aparte de a Uther. La intensidad de su odio era tal que llegó a sorprender al gran rey.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ni siquiera Vortigen se atrevió a desafiarme como tú lo haces. Casi..., casi había logrado sentar a mi candidato en el trono del gran rey. Pero tú destruiste mi control sobre Arturo y fracasé.

Merlín ya se había hecho con el control del caballo y embistió contra Uther cruzando el corral al galope. Pero en esta ocasión giró sobre sus patas traseras en el último momento y lo atacó, consiguiendo golpear a Uther en la cabeza y en el cuerpo con sus herraduras de hierro. Uther cayó y mientras lo hacía se lanzó contra el vientre del animal, esquivó las poderosas patas, dio una vuelta sobre sí mismo y le propinó un fuerte puñetazo en el ollar.

El animal volvió a relinchar furioso. El ollar y la barba son, junto con el sitio donde el rey había dado la primera patada, los puntos más sensibles del cuerpo de del caballo. Los caballos sufren hemorragias nasales, no es sólo que los orificios nasales sean sensibles, es que numerosos vasos sanguíneos los recorren. La sangre empezó a salir a borbotones del morro del caballo y el dolor cegaba al animal. Merlín volvió a perder el control. El caballo se alejó al trote sacudiendo el morro, hasta que se distanció lo suficiente del hombre.

«La cólera es debilidad. El miedo da fuerzas. En cualquiera de los casos, un caballo se cansa antes que un hombre fuerte», pensó Uther.

El rey empezó a soñar con la victoria. No contaba con Severius.

La piedra salió de la nada. Le hizo un corte en la mejilla. Sintió el sabor de la sangre en los labios. La segunda piedra lo golpeó justo encima del ojo derecho, le abrió una brecha en la frente y la sangre que comenzó a manar lo cegó.

El semental eligió ese momento para volver a atacarlo.

Uther intentó esquivarlo, pero el caballo había inventado una nueva táctica. Balanceó la cabeza ante Uther, protegiéndose el morro, y lo lanzó contra los postes de la valla. Uther sintió que se quedaba sin aire como consecuencia del golpe, pero reaccionó instintivamente. Se hizo a un lado, cogió al caballo por la crin trenzada y saltó sobre su lomo.

El animal enloqueció. Se levantó sobre las patas traseras hasta casi ponerse en posición vertical, mientras relinchaba furioso. Durante un segundo, Uther miró sobre las cabezas de la muchedumbre reunida y tuvo una imagen clara de la gente vociferante, las lanzas preparadas e Igrane y Severius en lo alto del balcón, con el miedo y el asombro reflejados en el rostro. Todo se le quedó grabado en la mente. Entonces otra piedra lanzada con puntería lo golpeó en la sien y perdió el

conocimiento. Sintió que la visión lo abandonaba, se rompía como un fino cristal que cae al suelo, deshaciéndose en pequeños puntos de luz deslumbrante.

Pero incluso inmerso en la repentina oscuridad, oía los aullidos salir de las gargantas de los espectadores a medida que la muchedumbre se convertía en una auténtica turba. Un segundo después, volaba por los aires con la certeza de que el aterrizaje iba a ser duro. Pero aprender el salto del salmón es aprender a caer. Cayó sobre los hombros y se dobló al tocar el suelo, las rodillas encogidas, los talones hacia abajo y la columna rígida. De nuevo se ponía de pie.

Un segundo después, oyó un grito al mismo tiempo que el primero que le había arrojado la piedra moría linchado por la turba. Oyó un nuevo aullido terrible cuando el segundo lanzador cayó de cabeza ante las patas del caballo. El enloquecido animal y Merlín se pusieron de acuerdo. La furia del primero y la desesperación y frustración del segundo estaban a punto para descargarse sobre cualquier víctima, y aquel hombre tirado en el suelo era la más propicia. El caballo se encabritó y dejó caer las patas delanteras sobre el hombre. Como había sucedido con la perra, salieron disparadas astillas de hueso y sangre. Enfurecido y completamente fuera de sí, de sí mismo y del control de Merlín, el semental se encabritaba y pisoteaba una y otra vez el cadáver del hombre hasta convertirlo en un montón irreconocible de coágulos de sangre, piel y trozos desperdigados de huesos.

A Uther le dio tiempo de retirarse a un lado del corral, recuperar el aliento y despejar la mente. La victoria estaba a su alcance. Por primera vez a lo largo de su peligroso viaje, tenía la sensación de que había ganado.

La furia del caballo se estaba transformando en cansancio y el control del hechicero sobre la mente del animal se debilitaba. El semental respiraba trabajosamente, su piel satinada cubierta de espuma, las patas temblando, la mirada fija en el cadáver que tenía ante sí.

—¡Merlín! —ordenó Uther—. Háblame. Te jactaste de que sabías cómo salir victorioso de este encuentro entre yo y el terrible Señor del Otro Mundo, el rey Bade de Anwin. Te jactaste de saber cómo llegar a él para liberar a mi hijo.

—¡Mentía! —espetó el hechicero a su enemigo.

Uther comenzó a caminar hacia el agotado animal.

—Ten cuidado, hechicero. Yo soy el rey, el Rey de los Vivos, de los que aún no han nacido y de los muertos. ¡Te lo ordeno! Habla o te haré desaparecer de la mente del animal para que vagues eternamente, para que cuelgues del árbol donde se balancean las cabezas de los traidores expulsados del paraíso y Gahanna, donde Dis Pater gobierna. Dejaré tu alma atrapada entre los mundos para que sufra miserias eternas, soledad y desesperanza.

El caballo levantó una pata delantera y emitió un aullido que reflejaba un dolor tan profundo que Uther oyó el grito ahogado de asombro de la multitud que rodeaba el corral. Parecían sorprendidos de que un animal pudiese proferir tal sonido.

—¡Respóndeme, consular perdido en las tinieblas, a no ser que quieras pasarte la

eternidad intentando huir de mi maldición! —Uther alcanzó al caballo, lo cogió por las crines y saltó a lomos del animal—. Contéstame y te dejaré libre —susurró.

—No miento cuando digo que no lo sé. La respuesta está oculta en forma de acertijo. Pero te transmitiré la sabiduría que alcance consultando los oráculos. La locura que rige mi mente es mi tormento. Daría mi vida con tal de liberarme de ella —la voz del hechicero tenía un tono quejumbroso.

—Sería un cambio justo. Dime lo que sabes. Y tienes mi palabra de que te liberaré.

Uther se sintió sacudido por una extraña conciencia de su propio poder. La muchedumbre permanecía silenciosa mientras obligaba al semental a caminar tranquilamente por el corral.

—La espada está en la piedra y ella debe llevar a Arturo la espada que está en la piedra. Él debe yacer con la Doncella de las Flores de Inglaterra y ella debe entregarle la espada de la piedra. Cuando él sostenga la espada con una mano y la copa con la otra, será rey de los dos mundos. Es todo lo que sé. Todo lo que he podido aprender.

—Y Espíritu afligido, vete. ¡Vete! —exclamó Uther.

El caballo que montaba se convirtió en un simple caballo, no una máquina de matar. El animal se recuperó de la pelea y parecía alegrarse de que el hombre lo montara. Uther se dio cuenta de que podía dirigirlo según su postura y las rodillas. Era uno de los mejores caballos que Uther había visto y, poco después de haberse calmado, comenzó a respirar con normalidad. La muchedumbre se agolpaba alrededor del corral, agitando las manos entre los postes o intentando trepar por ellos para lograr tocar al hombre o al caballo mientras vitoreaban entusiasmados. Los momentos de entretenimiento eran escasos en sus vidas y lo que acababan de ver era propio de la leyenda.

Incluso los emperadores romanos habían temido a las turbas en la arena y la mayoría no osaba cruzarla. Severius y sus distinguidos huéspedes los contemplaban intimidados desde el balcón. Severius estaba sentado en el diván, rodeando a Igrane con el brazo, la mano de ella sobre su muslo. Su rostro estaba blanco de furia.

Cuando los vítores se apagaron y ya podía hacerse oír, bramó:

—¡Soltad al negro!

La multitud le respondió con más vítores. Se alejaron del corral para regresar a sus asientos en la ladera y en lo más alto de la arena. Entonces Severius se dio la vuelta y habló en voz más baja a uno de los mercenarios sajones que estaban junto a él, un hombre enorme y poderoso que llevaba un casco de oro y un escudo largo de soldado de caballería.

El corpulento mercenario empezó a situar a sus compatriotas alrededor del balcón de manera que protegiesen a Severius y a sus invitados. Uther pensó que el pueblo de Severius no tenía motivos para quererlo y la última atrocidad que había cometido (asesinar al joven que había osado casarse sin su permiso) no lo había ayudado

mucho. No, la verdad era que nada. De hecho, tal vez fuera la gota que había colmado el vaso.

Uther hizo dar la vuelta al caballo y lo dirigió al centro del corral. El animal se quedó quieto, con la respiración acompasada. A pesar de que seguía teniendo el cuerpo cubierto de sudor, empezaba a secarse y, ya que Uther estaba montando a pelo, sentía que la temperatura del cuerpo del animal había bajado. La respiración del caballo se había calmado de manera espectacular. Se estaba recuperando del esfuerzo que lo obligaba a hacer el atribulado espíritu de Merlín.

«¡Dios santo! Te quiero y, aunque esta lucha pueda acabar con mi muerte, ha sido un honor montar una criatura tan magnífica», pensó Uther dirigiendo sus pensamientos al semental.

Desde el otro extremo de la arena, Uther oyó a su salvaje contrincante: otro semental. Hizo retroceder al caballo hasta la parte del corral que daba a la entrada de la arena y se quedaron mirando hacia allí. Uther miró los balcones con el rabillo del ojo. Los mercenarios sajones formaban filas de a tres alrededor de los nobles, pero éstos se deslizaban entre ellos. Los mercenarios podían evitar que alguien entrase, pero no que saliese. Muchos de ellos, por lo visto, no parecían muy interesados en el espectáculo. Habían visto a uno de los criados de Severius morir linchado por la turba en un abrir y cerrar de ojos, a otro lo habían arrojado al corral y había muerto pisoteado por el caballo.

Resultaba obvio que no existía mucho amor entre Severius y su pueblo. Seguramente, unas cuantas personas habían reconocido a Uther y se lo habían dicho a los demás. Sospechaban que el día no les iba a ir demasiado bien y no querían seguir allí cuando comenzara el motín.

Entonces a Uther le llamó la atención el ruido de su rival que se aproximaba por la arena. El caballo negro se puso a dos patas contra el cielo negro. Dos mozos de cuadra lo sujetaban, uno a cada lado. Lo tenían atado con cuerdas, pero se encabritaba y resistía cada centímetro del camino.

Por el contrario, el caballo gris, con Uther sobre él, no se movía. Lo único que hizo fue resoplar, dar patadas al suelo con las patas delanteras y arquear el cuello.

Uther sabía cómo eran esas peleas. Llevarían al caballo negro hasta la valla y dejarían que los dos caballos se oliesen. Entonces, como no había puerta y los postes sólo estaban atados con cuero, arrancarían los postes necesarios para que el rival negro saltase dentro del corral y cercarían a los dos sementales a fin de que se enfrentasen en una pelea mortal. Eso nunca sucedería en la naturaleza. Si todo se desarrollase de forma natural, el perdedor siempre podía batirse en retirada o huir.

Uther decidió que no. No iba a ser eso lo que ocurriera..., no, ese día no. El semental gris ya había luchado en una batalla campal contra él. El negro estaba fresco y era fiero.

Uther saltó del lomo del caballo. El cadáver del hombre que le había lanzado la piedra seguía en el suelo...; seguro que tenía un cuchillo. Uther corrió hacia él, de

una patada tumbó boca arriba el cadáver.

¡No se había equivocado! Tenía un puñal sajón sujeto diagonalmente en el cinturón del hombre, con la hoja desnuda, como algunos lo llevaban, sujeto con una tachuela al cinturón. Uther se lo arrancó al cadáver y corrió hacia la valla.

Al ver al semental negro, los pocos espectadores que quedaban habían ido a buscar a la carrera los sitios con mejor visibilidad. Los soldados que antes rodeaban el corral estaban protegiendo a Severius. Ahora necesitaba protección más que mantener a Uther cautivo.

Con unas pocas cuchilladas se soltaron tres postes transversales. Uther corrió hacia el semental y le dio un fuerte golpe en la grupa. El semental salió al galope por el corral, en cada salto ganaba más velocidad, saltó los postes y embistió al caballo negro.

Los mozos de cuadra soltaron al animal y salieron corriendo para salvar la vida. Un segundo después, los dos sementales se enfrentaban empujándose con el pecho. Un grito salió de la multitud y de los pocos que aún estaban en los balcones.

El caballo negro era un animal poderoso. El gris le hizo retroceder, pero no perdió el equilibrio. El caballo gris era más grande, con las patas delanteras golpeaba a su rival en el pecho y el cuello. Pero el negro sabía cómo morder y lo demostró: hundió los dientes en la paletilla del hasta que la sangre le resbalaba por el pecho y las patas delanteras.

Los dos animales parecieron aliviados cuando se separaron y comenzaron a trazar círculos uno alrededor del otro, las colas hacia arriba, buscando un hueco. El negro volvió a cargar, el cuello bajo, contra una de las patas delanteras del gris. Pero éste se dio la vuelta y arremetió contra él. El negro esquivó una patada en la cabeza, pero recibió un fuerte golpe en las costillas que le hizo tambalearse.

Los dos empezaron a dar vueltas de nuevo. Otra vez entrechocaron sus pechos, se alzaron sobre las patas traseras y se golpearon con las delanteras. El gris perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, relinchando, la cola y la crin al viento. El negro lo embistió, lo golpeó en la cabeza, en el cuello y en el pecho.

Pero el gris se apoyó en un costado y un segundo después volvía a estar de pie. Parecía confuso y sangraba por media docena de heridas que le había hecho el negro con los cascos. Uther creyó que huiría al ver que el negro se preparaba para atacar de nuevo. La cabeza y el pecho del semental gris estaban salpicados de rojo y le manaba sangre del hocico. Pero resistió la embestida del caballo negro y le devolvió cada golpe con los cascos de las patas delanteras.

El caballo negro retrocedió y ambos volvieron a trazar círculos en el corral. Los dos animales sangraban en abundancia y grandes gotas escarlata caían a la arena. Para sorpresa de Uther, vio que el semental negro, fresco al principio, ahora respiraba con más dificultad que el gris. ¿Tenía menos resistencia o era que el gris le había roto una costilla? Pero Uther tampoco sabía si el gris resistiría una embestida más.

Los dos animales retrocedieron y se quedaron inmóviles. Aife apareció en la

entrada a la arena. Llevaba a la yegua.

El gris se alzó sobre las patas traseras, una imagen magnífica a pesar de tener el cuerpo cubierto de sangre y sudor y la cola y la crin enredadas. Relinchó, un relincho de furia y ferocidad, y embistió una vez más.

El negro dio media vuelta, huyó al galope y, pasando veloz junto a Aife y la yegua, corrió hacia los campos que comenzaban a verdear. Aife soltó la yegua, y Uther hizo la cosa más peligrosa que había hecho jamás. Corrió hacia el semental, lo cogió por la crin y saltó sobre su lomo. Le clavó los talones y el semental, acompañado por la yegua, emprendió su paseo por la arena en forma de herradura.

La primera vuelta. El semental voló ante los balcones, por delante de la multitud vociferante que se agolpaba en las laderas, alrededor del comedor vacío y sobre las ruinas del pabellón en el que se habían reunido Severius y sus invitados para comer y beber.

La segunda vuelta. Alrededor de la arena. Uther, a lomos del caballo, vio que la mayoría de los que apoyaban a Severius habían desaparecido, habían huido como el caballo derrotado.

En la tercera vuelta alzó la voz por encima de los gritos de la multitud, por encima de los golpes de los cascos del semental sobre la arena.

—¡El caballo es un rey caballo y sólo un rey puede montarlo! Yo soy rey. ¡Tres veces coronado, el rey Uther de la casa de Pendragon! ¡El Gran Rey de Alba, mi tierra natal!

Entonces el semental se detuvo y la yegua hizo lo mismo delante de él. El caballo la cubrió con Uther todavía sobre él. Por un momento, el rey temió que con su patada hubiera dañado alguna zona vital del animal. Pero sintió bajo él que el caballo se hinchaba y se relajaba al penetrar a la hembra, se volvía a hinchar y a relajar al penetrarla más profundamente.

Alrededor, la muchedumbre enloqueció. Los siervos de Severius más descontentos cargaron contra el comedor y los balcones. Justo antes de que se derrumbara, Uther vio a los mercenarios sajones rodeando a Severius e Igrane y sacarlos de allí apresuradamente. La turba salió corriendo en su persecución.

La yegua relinchó y entonces Uther sintió los espasmos del semental, que sacudieron al animal como un pequeño terremoto. Entonces se retiró y la hembra se alejó haciendo cabriolas. Un segundo después, Aife la tenía cogida y le ponía las riendas. A continuación la montó.

Los dos caballos y el hombre y la mujer montados en ellos salieron al trote de la arena, se alejaron del pueblo y los campos cercanos, y se lanzaron al galope, hacia el dorado atardecer.



CAPÍTULO 8

Estaba sentada en una gruta en la que crecían culantrillos. En una de las paredes, enfrente de donde ella estaba, caía una cascada sobre una poza. El culantrillo era verde intenso y exuberante, con tallos negros y ásperos. Ningún humano conocía aquel lugar, y se alegró de que fuera así. Los humanos eran unos animales muy destructivos y ella quería seguir oyendo la canción perdida del culantrillo mientras la planta sobreviviera.

El culantrillo cantaba sobre el antiquísimo mundo de los helechos cuando las coníferas, las cigarras y las plantas con flor todavía no habían aparecido y su penumbra fresca, verde y dulce dominaba la Tierra. Entonaban el minué de cuatro pasos que, perfectamente secundado por la lluvia, originaba la vida verde y dulce que cubría las tierras rocosas.

Los helechos cantaban sobre un mundo incluso anterior a su tiempo, cuando los árboles de helecho de tipos inimaginables para las criaturas modernas formaban vastos bosques donde florecían junto a decenas de variedades de musgo y liberaban sus esporas al viento y toda la Tierra se nutría al tocarlas. Y había líquenes, esas algas simbióticas de una docena, no, de cien especies diferentes que salpicaban toda superficie rocosa desnuda: rojos, grises, verdosos, naranjas, erizados y rosas pálido, negros. Sus colores brillaban bajo la casi eterna lluvia cálida.

Cerró los ojos para reconocer los hilos de color de la música del helecho, a continuación los abrió para mirarse en el espejo. Los ensanchó para hacerlos más grandes. No. Podía servir en un cuadro, pero no en la realidad. Ocupaban demasiado en el rostro.

Observó las uñas de los dedos de la mano derecha. Las quería más largas y las uñas crecieron. Teñidas con alheña se convertían en garras que un ave de presa envidiaría. No, seguramente la asustarían y, si no, se reiría. Cambió el color y las puso azules, negras. Como las de un cadáver. Se miró en el espejo e hizo que los labios se le pusiesen azules. ¡Dios! ¡No! Parecía que estaba muerta, que había muerto ahogada.

Quizá le produjera un placer perverso tener relaciones con un cadáver. Ella podía quedarse muy quieta. No, ésa no era su idea de pasar un buen rato. Y tampoco la de él, por lo que ella sabía.

—¡Mierda! —Dejó el espejo en su regazo y habló a los helechos—: Estoy aburrida. Sólo espero que se esté convirtiendo en el guerrero que quiere ser.

Miró detenidamente el espejo, el oro de la parte de detrás, con un diseño grácil, curvado, clásico y muy práctico. Un óvalo ribeteado con hojas como una corona, superponiéndose unas a otras. Las hojas eran tan sutiles que más que hojas parecían su sugerencia. La parte de delante era de plata pulida. No tenía mango, se sostenía entre el dedo pulgar y el índice.

¿Dónde lo había conseguido? Intentaba acordarse. En una ciudad. Se consideraba a sí misma una ciudad, pero actualmente sería demasiado pequeña para merecer ese nombre. Cerca de los Dardanelos. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Troya.

Rondaba por una charca, una charca del oráculo, en un templo, cerca de la casa que ocupaba el sumo sacerdote de la ciudad. La casa daba a un muro bajo, en la playa, donde los comerciantes varaban sus embarcaciones de poco calado y regateaban con los hombres del gobernante y de los notables de la ciudad. Aquellos vendedores necesitaban ir allí. No había ningún otro lugar a lo largo de la costa donde pudieran detenerse y abastecerse de alimentos y bebida para el largo viaje a través del mar Egeo, camino de las ciudades y los pueblos que florecían cerca de todo río o manantial. Cultivaban trigo, no lo recolectaban, se embriagaban con sus nuevas riquezas, los pastos llenos de ovejas, de rebaños de cabras e incluso de peligrosos aurochs domesticados.

Aquellas gentes conocían las riquezas del mundo; ámbar, oro y grandes pepitas de plata pura, todo les pertenecía; y poseían riquezas en forma de manteca, de queso y, lo más extraño y novedoso de todo, a modo de brebajes, de vino. Suficiente para comprar todo lo que deseasen. Los comerciantes que se aprovisionaban bajo los muros de Troya estaban preparados y bien dispuestos a venderles todo lo que pudiesen conseguir en sus viajes.

Cerró los ojos y lo vio tal como había sido. Las casas blancas pegadas unas a las otras en las laderas arenosas. El muro, también encalado. Los comerciantes y las gentes de la ciudad regateando en la playa. Las sacerdotisas estaban en la muralla; no eran tan atrevidas como para mezclarse con los comerciantes. Circulaban historias sobre muchachas raptadas por los mercaderes a las que no se había vuelto a ver. Pero las sacerdotisas se apiñaban en la muralla y algunas intercambiaban miradas con hombres de barba y pelo oscuro y rizado. Y esos mismos hombres se internarían en la ciudad camino del templo al caer la noche.

La diosa era la Señora, porque el único nombre que tenía era el de la Señora. Se alzaba al final de un largo, parecía largo, salón de columnas. La imagen estaba hecha de madera, sus faldas con vuelo estaban decoradas con marfil y vestía un manto de lino egipcio. Sostenía una serpiente en una mano y una rueca en la otra. A lo largo de los muros había cubículos donde esperaban las sacerdotisas. Se hacía una ofrenda en el gran altar y entonces una sacerdotisa guiaba al hombre hasta uno de los cubículos. En cada uno de ellos aguardaba una muchacha. La cama era de madera de aliso con una cincha de piel y nada más que una sábana de lino entre la joven y el frío de la noche. Fuese quien fuese el hombre, fuera lo que fuera, la muchacha lo recibía,

abriendo brazos y piernas.

Ella sabía que aquel pueblo estaba consiguiendo cosas sorprendentes, pero cuando las muchachas iban a hacer las ofrendas a la charca que había detrás de «Su» estatua, sus ojos siempre eran tan tristes... Sin embargo, el sumo sacerdote se enriquecía, y la ciudad se enriquecía e incluso algunas de las muchachas conseguían ganar una dote y se casaban. Pero no fue una de ellas la joven que ofreció el espejo. Había pertenecido a una amante, una de las otras sacerdotisas.

La enfermedad no se apiadaba de esas mujeres. La mayoría de ellas morían jóvenes, como le había sucedido a la compañera de esa sacerdotisa. La muchacha estaba triste cuando llevó el espejo y un par de pendientes de oro de filigrana a la charca. Los pendientes se hundieron en la oscuridad. Los ojos de la joven se abrieron sorprendidos cuando una mano salió de las profundidades y le arrebató el espejo.

Pero no había que dejar que los humanos supieran demasiado. Estaban tan tristes...

Volvió a mirarse en el espejo. No había cambiado, pero ella tampoco esperaba que lo hubiese hecho. Los seres sensibles no eran asunto suyo y aquellos que los habrían comprendido, cuidado y protegido habían desaparecido hacía ya mucho. El último había muerto cuando la Tierra se resquebrajó. Ella no era más que una niña cuando la horrible destrucción asoló el planeta.

Como le había dicho a Lancelot, los suyos eran fuertes, pero no inmortales. Muchos habían muerto, víctimas de la devastación. Otros, al ver que la belleza a la que habían dedicado sus vidas se derretía en el crisol del cielo, se habían rendido, habían dejado que sus vidas se sumieran en el caos y que éste los destrozara.

Los supervivientes se defendieron. Aunque fuese una niña, ella lo había hecho, uniéndose a los dragones y a los pocos faunos que quedaban en un combate por salvar lo que podía rescatarse del antiguo orden que se había alterado y perdido para siempre. Pero ¿quién sabe?

Cerró los ojos y escuchó la canción del helecho. Deseó caminar por aquellos silenciosos bosques perdidos que florecieron cuando los seres vivos verdes escaparon de los primeros mares y lentamente comenzaron a cubrir los áridos continentes. Se extendieron por la costa y pronto cubrieron los sistemas fluviales. Altos matorrales de cola de caballo, helechos acuáticos, que crecían en la superficie de charcas y ríos. Plantas enredaderas que no eran ni helechos ni algas cubrían rocas, crecían entre el fango y a veces alcanzaban la altura de auténticos árboles. Árboles de helechos, ¿cuántas especies habían existido? Algunos tenían largas frondas que caían como si fuesen sauces, otros tenían esbeltos troncos y frondas que se cerraban como puños. Crecían en largos tallos que parecían látigos y lograban alzarse entre los demás para poder alcanzar el sol en los días oscuros y, cuando llegaron los tiempos de sequía, recuperaban la humedad de las nubes más bajas.

Eran bosques silenciosos. No había insectos. Las lentas criaturas de los mares, los ríos y las charcas todavía no habían aprendido a escapar del dominio del agua y los

pájaros pertenecían al lejano futuro. Los únicos sonidos eran el del viento rasgueando los bosques como si fueran algún instrumento musical primigenio y el del agua gorgojeando, corriendo veloz, repiqueteando en forma de lluvia, salpicando y susurrando en su camino hacia el mar eterno.

Sueños de helechos. Había llegado a ellos tras siglos de lucha cuando ella y los suyos se habían esforzado por mantener la vida fuerte, compleja y renovada en el nuevo mundo, en torno a su diminuto sol. Habían ganado y los frutos de su victoria vibraban en su sangre y en sus huesos hasta el día de hoy. Sin embargo, una vez que hubieron vencido y retrocedieron buscando el antiguo conocimiento que los había creado, descubrieron que había desaparecido. Todo lo que quedaba era esperar que, cuando volviera a surgir la vida inteligente, empezara de nuevo la aventura del pensamiento y la sabiduría que les había hecho nacer.

Se preguntaba lo que le habría enseñado Cregan y temía que su joven de luz y agua hubiera aprendido del amargo y viejo guerrero la locura y el absurdo de todo aquello. Y si había sido así, era terrible, porque ella misma, a pesar del inmemorial tiempo que había vivido, no había considerado jamás absurda la vida. En más de un sentido, vivir era una razón para la existencia. Todos los días aportaban una nueva sorpresa, alguna nueva belleza que apreciar, algún conocimiento nuevo que asimilar. En ocasiones un nuevo amigo, como había sucedido el día que él había aparecido en el lago. Sucediera lo que sucediese, un día ya para siempre marcado en el calendario.

Su imagen sonrió en el espejo. Sí, su cara tenía buen aspecto así.

—Estoy inquieta —les dijo a los helechos.

—Ya nos habíamos dado cuenta —le contestaron.

«Nos» era la forma correcta de referirse a ellos mismos. Todos formaban un organismo y, como el lirio de agua, eran conscientes de sí mismos.

—Normalmente no me inquieto, no sé por qué estaré así hoy.

Un colibrí, verde y dorado, una joya viva, se metió en la gruta.

—Aquí no hay flores —le susurraron los helechos.

—Agua —fue la respuesta del pájaro.

Entró y salió volando de la cascada; después se posó en la fronda de un helecho y se quedó descansando. Los colibríes hacen eso más frecuentemente de lo que los humanos se dan cuenta. La vida que llevan es extenuante.

—¿El amor? —le preguntó ella a los helechos.

—Creemos que no. Has estado enamorada varias veces y nunca te había afectado así. «Perturbación».

—¿Perturbación?

—Es todo lo que sabemos. La sentimos por todas partes y se centra en tu amante, nacido del agua y la luz.

—¿El hechicero! ¿El viejo hechicero del lago? Lo había olvidado, amigos míos. En todo lo que podía pensar era en él, en mi necesidad de atraparlo y comenzar un nuevo romance. Además, desprecio a esos carroñeros, empeñados en superar al otro y

hacerse con un fragmento de pasado que ni siquiera intentan comprender. Lo único que buscan es el poder que obtienen controlando cosas que forman parte de un todo trascendental, ahora perdido. Perdido para siempre.

Se convirtió en un jirón de niebla, en lluvia que cayó en la pila que había al pie de la cascada. Apenas oyó el murmullo del culantrillo.

—Hermana, adiós.



Lancelot durmió todo el día, o la mayor parte. Cuando despertó vio que los cuervos cubrían cada centímetro de suelo alrededor. Por la tarde, las nubes se habían ido desplazando y en ese momento el atardecer era un vivo escarlata sobre un fondo gris que se extendía hasta donde le alcanzaba la vista.

«La noche», pensó.

El cuerpo del huno estaba atado a la valla. No tenía cabeza.

Lancelot se puso de pie. Su manto colgaba de una rama y el casco y la espada, de otra. Los cuervos lo miraban fijamente con ojos rojos. Nada de lo que había visto por la mañana podía verse ahora, sólo nubes encendidas que se extendían hasta el infinito. Entre la niebla, las brumas y las estrellas cubiertas en lo más alto, parecía atrapado entre la tierra y el cielo, aislado y completamente solo.

El casco se convirtió en pájaro, echó a volar y se posó en el poste más alto de la valla, junto al cuerpo decapitado del huno. Lancelot estudió al pájaro. Algo le picó cuando se tocó el rostro. Sintió la sangre seca en las mejillas y, cuando los dedos corrieron al pelo, encontró más en el cuero cabelludo. El olfato del lobo lo percibió.

—¿Qué vas a hacer, oh, Señor del Agua y la Luz? —preguntó el pájaro.

La esfera roja del sol estaba atrapada en las nubes y sus ojos podían mirarla directamente.

—Prepararme para las responsabilidades de la batalla. ¿Qué tenéis para ofrecerme?

—A nosotros mismos. Nuestras almas. Hace mucho tiempo, para vencer a nuestros enemigos, entregamos nuestras almas a la violencia eterna y a la condena a cambio de resultar victoriosos. Lo conseguimos. Acabamos con nuestros enemigos. Pero para destruirlos a ellos, nos condenamos a nosotros. Rondamos los valles por los que tú viajaste y no encontramos paz. Pero tú me mataste y ahora soy hierro y carbón, y cuando te deje, dormiré. Así hará mi hermano, que es tu espada. Todos los demás que están aquí te piden la misma gracia.

—Hierro y carbón es acero. O eso me dice mi padre, Maeniel.

—Y, finalmente, un objeto inerte que detiene todo hechizo, incluso uno tan cruel como el nuestro.

Los cuervos seguían mirándolo fijamente. Estaban en silencio, agrupados en el suelo, sobre los árboles, en los arbustos e incluso sobre la valla en la que estaban los

trofeos de Cregan y sus hombres. Desde donde estaba, Lancelot podía ver toda la valla y contó quince cadáveres, cada uno en diferente estado de descomposición. Entonces la valla, la valla de los trofeos, desapareció en el bosque muerto.

—No saldrá bien. Incluso aunque tuviera fuerza para mataros a todos, seguiríais atrapados en el acero.

—¡No! Tú descifraste el jardín. Ellos, quienes lo plantaron, nunca regresaron para escuchar nuestro caso, así que estamos perdidos. ¿Cuál es el precio de la paz? Tú puedes leer el jardín. Dínoslo.

Lancelot agachó la cabeza y se dio cuenta de que los cuervos eran como niños. Niños crueles y traviosos para ser exactos, pero niños con una visión simplificada de toda la maldad que había en sus actos. Habían hecho tratos con una crueldad monstruosa para conseguir la victoria y habían vendido sus almas.

Contempló el cielo. El sol se había ocultado, sólo una franja opalescente azul verdosa decoraba el horizonte donde antes había estado.

«Descifré el jardín». Y así había sido, pero pensar en ello era como intentar hacer volar una docena de cometas al mismo tiempo evitando que se enredasen los cordeles. Ahora entendía lo que Ella quería decir cuando le dijo que la lógica del universo estaba fuera del alcance de sus poderes. Era un laberinto que él podría contemplar desde el comienzo de los tiempos hasta su final y seguir sin comprenderlo. Se encontraba entre dos objetos del mal: los pájaros y la valla de los trofeos, los muertos. A los dos lados. Pero nunca nada es completamente malo y ésa era la paradoja más difícil que le habían enseñado las figuras del jardín, y la que más le costaba aceptar a su entendimiento. Comparados con la discusión del bien y el mal, la mayor parte del resto de los conceptos eran juegos de niños.

Alargó la mano y la espada voló hacia ella. Entonces, como cuando había burlado a la muerte y levantado una tormenta, siguió el camino lógico del amor. Los pájaros quedaron congelados en su sitio, todos menos el que estaba en la valla, junto al huno.

—Háblame de él —le pidió Lancelot.

—Él... no era un mal hombre —comenzó a decir el pájaro, y la imagen del hombre apareció ante la valla, los ojos vivos, el rostro grave—. Muy estoico, supongo que lo describirías así. Tuvo una vida desdichada. Creo que la mayoría de los hombres, de los seres vivos, no tienen vidas muy felices. Pero amaba las vastas llanuras por las que erraba su familia. Vivían en una tienda de piel y pasaban el invierno en estrechos valles en los que plantaban sus cultivos. Cuando llegaba el verano, volvían a las llanuras, donde pastaban las ovejas y las cabras.

»Su pueblo era muy pobre, y la única forma que tiene una familia de mejorar algo su nivel de vida es saqueando los pueblos que hay en los valles cerca de los ríos — siguió diciendo el cuervo—. Su padre fue a uno de esos saqueos y no regresó. Su madre volvió con su familia y, cuando él fue lo suficientemente mayor para montar y luchar, lo obligaron a vender sus servicios al gran Atila. Dijeron que se haría rico..., pero... ahora sólo sueña con las interminables praderas y su pequeña yegua. Ya murió

hace tiempo, igual que él. Muerto hace poco. Y desea haber sido un principal, así lo habrían enterrado con el animal y podría montar para siempre por las llanuras eternas de su pueblo.

—Hay tanto dolor en mí que no puedo decir nada más.

Lancelot pronunció el hechizo, que era una invocación al mismo tiempo.

—Cada uno de vosotros y ambos, galopad conmigo. Estaréis poco tiempo a mi servicio y seréis libres para vagar por las estrellas. Cada uno de vosotros y ambos, recordad que fuisteis hombres.

—Recordar que fuimos hombres. ¿Es ésa la clave? Vendimos nuestras almas para escapar de la mortalidad. ¿Debemos abrazarla de nuevo? —preguntó el cuervo que había sido su espada.

Ya había oscurecido. Ninguna luz brillaba en el cielo. Pero Lancelot tenía ojos de lobo, y el cuerpo retorcido y seco del siguiente cadáver estaba a su lado.

—Es imposible escapar de ella. ¡Habla!

—Éste no te habría gustado, oh, hechicero de la batalla.

Entonces Lancelot vio a un soldado de pie ante él, mirándolo directamente a los ojos con odio.

—Hace mucho que olvidé que había sido humano —dijo el pájaro—. Pero sus recuerdos me horrorizan incluso a mí.

Entonces Lancelot se acercó al siguiente. Los pájaros lo siguieron.

—Te aceptamos —dijo el tercer cuervo, y voló a la valla.

La silueta del tercer guerrero brilló en la oscuridad. Era muy menudo, el rostro lampiño.

—Muy joven —dijo el cuervo—. Un franco. Una enfermedad asoló su pueblo. Toda su familia murió. Era demasiado joven para trabajar las tierras de su padre, demasiado orgulloso para trabajar para otra familia y ser tratado como un sirviente. Se unió ala primera partida para cruzar el Rin. No pensó en la muerte en el campo de batalla. No sabía que podía morir.

—A todos nos llega como una sorpresa, creo —dijo Lancelot.

—Sólo quedan de él huesos descarnados. Ni un poco de piel o harapos de sus ropas. Pero persiste una hermosa frescura en su espíritu. Y una gran paz.

—Un corazón de guerrero —dijo Lancelot—. Un poco de tiempo conmigo y serás libre, pájaro. El muchacho ya lo es.

Era de noche y estaban en el bosque muerto. El cuarto cuervo echó a volar y se posó en la valla junto a algo que no era más que unos pocos huesos alargados y unos cuantos trozos de piel y tela.

—Es un objeto de terror y dolor, pero magia poderosa —dijo el pájaro.

—¡Habla!

—Era viejo y sentía su vida como un fracaso. Atacaron su pueblo y masacraron a sus gentes, entre ellas, a su esposa y su hijo. Se fue para vengarlos, siguiendo a su rey, Clodoveo. No podría soportar regresar y continuar su vida donde la había dejado.

Siguió a su rey, pero los ricos y los superiores lo desdeñaron, a pesar de que era un guerrero fiero.

»Tomó una nueva esposa, pero su amargura la alejó de él. Matar se convirtió en su forma de vida. No está seguro de cuándo murió. Su vida ya le parecía muerte... No era una mala mujer, pero nunca pudo decirle todo lo que significaba para él. Es de lo único que se arrepiente.

Lancelot asintió.

—¿Vendrá?

—No. Ahora descansará.

—Ven conmigo, pájaro —dijo Lancelot.

—Y extenderé mis alas en el camino de las estrellas, oh, Guerrero del Agua y la Luz. Se me estremece el corazón cuando recuerdo que yo también besé labios que ahora son polvo. Nunca aprendió a sentir o a amar. Donde está no hay esperanza, pero tampoco hay dolor. Vivir es sufrir. Te rechaza.

—Ésa es su elección, pájaro. Sólo acompáñame una vez y te entregará al camino de las estrellas. Recuerda, fuiste un hombre.

Así transcurrió la noche. En ocasiones había rabia; en otras, rencor. Pero la mayoría de los muertos se adelantaron y hablaron a través de los pájaros y todos los pájaros aceptaron su encuentro con los muertos. Lancelot comenzó a conocerlos, porque habían ido a él para su viaje final, y esperando su descanso. Pocos hablaron de la batalla, pocos hablaron de la muerte. Sabían, eso pensó Lancelot, todo lo que deseaban saber sobre ella.

Hablaron de las mujeres como madres, esposas y amantes. Recordaban comidas y celebraciones, la amistad y siempre todos los tipos de amor. Lealtades, dolores y muchas pérdidas, crueldad, rabia y traiciones. Hablaron ansiando la belleza del mundo, lo bella que había sido la vida y cómo la habían desdeñado cuando la poseían. Y también anhelaban, casi todos ellos, decir «te quiero» a alguien, en algún lugar, en algún momento. Y sufrían el amargo arrepentimiento de haber dejado esas palabras sin pronunciar.

—Nunca pude besarlos, padre, madre o hijo, adiós.

Mientras avanzaba a lo largo de la valla por la ladera, Lancelot sentía que todo lo que estaba oyendo perturbaría su vida para siempre. Pero por alguna razón ellos, excepto unos pocos muertos, pájaros a los que preguntó, no se ocultaban y se negaban a hablar sobre ellos mismos y su vida. La mayoría, casi todos, habían amado sus momentos bajo el sol, a pesar de que ya hubiesen acabado, y lo ayudaban a enseñarles a los pájaros el valor de la humanidad; la humanidad que los cuervos habían olvidado. Con toda su generosidad, Lancelot les ofrecía de nuevo sus almas.

—Te aceptamos —decía cada pájaro ocupando su lugar junto a cada uno de los muertos.

Lo único que hizo doblarse a Lancelot era la antigüedad de las batallas, que parecían interminables. Pasaron de los francos a los romanos. Hombres nacidos bajo

el cálido sol itálico que habían ido a morir a lo que ellos les parecía una naturaleza inhóspita. Eran representantes de las legiones de César, los hombres reclutados por Mario. Y germanos desconocidos que habían ido a esas montañas a saquear los pueblos y a robar caballos y ovejas. Los hombres de Aníbal, celtas ibéricos con fieros caballos y elaboradas joyas. Mercenarios griegos, caballerías jónicas, miembros de tribus de la otra ribera del Rin, saqueadores de pueblos de lo alto de las montañas, pueblos construidos sobre pilares en los lagos de las montañas. Y, por último, piratas etruscos para los que Roma no era más que un sórdido pueblo en el Tíber donde los cerdos se revolcaban en los valles de las Siete Colinas.

Al final, la valla no era más que una sombra entre los árboles y sólo podía seguirse llamando a los muertos que se pudrían en lo más profundo de la tierra y que ya habían sido completamente olvidados. Terminaba al llegar al río. Lancelot se detuvo en el alto talud rodeado de sus hombres. Eran sus hombres. Cuarenta hombres que habían hecho el juramento de la lealtad, cuarenta fantasmas, cuarenta cuervos. Llevaba el casco y la espada de cuervo, pero los pájaros habían añadido un peto sobre la camisa de malla metálica, guardamallas para los brazos y las espinillas.

La armadura era pesada y Lancelot estaba muy cansado. Se quedó solo en la ribera observando al resto. Un guerrero con lanza de bronce y ropas muy raídas caminaba por el río buscando pozas profundas donde pescar. Otros estaban desperdigados sobre los guijarros que había a ambos lados del cauce del río. La luz era gris y en algunas zonas la niebla se posaba sobre el río. Sus hombres vagaban como fantasmas, como los fantasmas que eran en realidad.

Algunos encendieron hogueras y se sentaron alrededor para calentarse. Uno de ellos, un hombre delgado vestido a la manera romana, se detuvo junto a él. Lancelot recordó quién era, un cirujano que acompañaba a una legión. Pero después había aceptado una nueva responsabilidad: interrogar a los prisioneros con torturas. Por eso había acabado como un trofeo atado a la valla, su cabeza colgando de la silla de montar de algún principal. Había dicho que, una vez capturado, le habían hecho pagar por su nueva tarea.

—Todavía no luce el sol —dijo el romano—. Cuando amanezca, desapareceremos. Nos disolvemos con los rayos como la niebla. Estamos y no estamos muertos, nos hemos ido pero todavía seguimos aquí. Puedes invocarnos con una palabra. Simplemente di que nos necesitas. Acudiremos. Pero no creo que nos consideres compañía agradable. De todos modos, no me arrepiento de haber comenzado esta aventura.

—¿Cómo es? ¿Estar... lejos? —preguntó Lancelot.

—Como luz en todas partes y en ningún sitio. No perdemos nada. Simplemente no estamos y luego sí. Y ninguno de nosotros sabe la razón más de lo que sabíamos en un primer momento. Creo que el agricultor bárbaro ha pescado un pez —dijo señalando al hombre de la espada de bronce.

Éste arrancaba el pez de la espada y se lo dio a otros dos que estaban encendiendo

un Fuego rodeado por un círculo de piedras. Uno de ellos cogió el pez, le quitó la cabeza y empezó a limpiarlo y a retirarle las escamas.

En ese momento, Lancelot vislumbró el primer rayo de sol entre los árboles. Cuando miró alrededor, todos habían desaparecido, pero el Fuego seguía ardiendo y el pez, limpio, estaba encima de una roca. Se acercó a la ribera del río y empezó a preparar el pescado.

A los pocos minutos, Ella apareció sobre la poza profunda que había río abajo donde el «agricultor», así lo había llamado el romano, había atrapado el pez. Era como una vasija resplandeciente bajo el sol. Un momento antes no estaba allí, al siguiente sí. Llevaba un vestido verde y amarillo que parecía hecho con hojas otoñales de sauce. Como todo lo que vestía, le dejaba el pecho al descubierto.

Caminó hacia él; sus pies no dejaban ninguna huella sobre la arena y los guijarros. Cuando estuvo a su lado, se tocó el cuello y miró alrededor, al agua titilante, a las brumas que se disipaban y al día que comenzaba.

—¿Qué has hecho? Nunca había sentido tantos en un solo lugar.

—¿Los muertos?

—Sí. —En sus ojos se reflejaba la consternación que sentía—. No lo sé, no estoy seguro. Los cuervos vinieron a mí buscando la redención e intenté concedérsela. No sé si he fracasado o si lo he conseguido. Pero me temo que pasaré el resto de mi vida intentando descubrirlo.

—Espero que hayas descubierto cosas sobre lo de ser guerrero, porque me parece que tienes algunos problemas que no se prestan a muchas soluciones.

—Es una manera diferente de decirlo.

Lancelot ya estaba comiendo el pescado y tenía la boca llena. Más que hablar, farfullaba.

—¿Te acuerdas de ese hechicero que intentó que te fueras con él el mismo día que me encontraste en el lago?

—Sí, no me sentí muy bien dejándolo allí solo.

Terminó de comer, se levantó, caminó hasta el hilo de agua que era el río y se lavó las manos.

—No te sientas solo. Yo tampoco puedo decir que me preocupara mucho por él. Los dos teníamos la cabeza en otras cosas.

Lancelot sonrió con nostalgia.

—No pensábamos en mucho más. Yo quería perder la virginidad y tú estabas más que dispuesta a ayudarme.

—Prepárate. Tengo algunas sorpresas para ti y no son agradables.

Se secó las manos en los pantalones de piel.

—Tu novia rubia está metida en un montón de líos. Todavía no lo sabe, pero así es. Ella y su prometido real son los objetivos de caza del Rey del Reino de Verano, Bade.

—El rey Bade es una leyenda —dijo Lancelot con altanería.

Ella se observaba las uñas. Éstas se volvieron naranja. No quedaban bien con su tono de piel rosado y blanco. Suspiró y las uñas se volvieron rosa.

—¿Crees que este color me queda mejor?

—Deja de distraerme. El rey Bade. No existe, ¿verdad?

—¡Ojalá! Después de «Ella», él es el ser mortal más poderoso del universo. Merlín lo descubrió.

—¡Merlín! ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Mucho. Acabo de pasar diez desagradables horas con él. En primer lugar, tuve que capturarlo, después drogarlo para sacudirle las telarañas y hacer que pensara racionalmente. Luego intenté ir sonsacándole la historia poco a poco. Todavía es muy incoherente en algunos momentos. Las maldiciones de Bade no son para tomárselas a la ligera y, cuando oí todo lo que tenía que decir, se me pusieron los pelos de punta. Así que espero que hayas aprendido todo lo que Cregan tenía que enseñarte, porque, a no ser que me equivoque, Arturo y el hermanastro de la jovencita rubia...

—Se llama Guinevere —la interrumpió Lancelot secamente.

—Perdón. El hermanastro de Guinevere. Yo diría que estáis metidos en esto hasta el cuello.

—¿El viejo hechicero es...?

—Correcto, eres un genio. Es Merlín.



Ni Maeniel ni Madre eran comprensivos con el miedo. Hundí la cabeza bajo el agua y durante un momento dejé que la corriente me golpeará el rostro. El agua estaba gélida en esa parte. Cuando salí a la superficie parecía que me brillaba la piel. El miedo disminuyó y pude pensar con claridad. El vestido de la Fand seguía aferrado a mi mano derecha.

—¿Está totalmente prohibida la comunicación?

La pregunta tenía truco. Me pasé el bulto metálico de la mano derecha a la izquierda.

—¿Qué?

Una confusión momentánea inundó la... ¿mente?, de aquella cosa. No hubo más palabras, sino que en su lugar apareció un deseo. Quería hacerme ir río arriba.

Bueno, ¿y por qué no? Obedecí. La conexión del árbol con la ciudad era compleja. En ese punto servía a las personas formando canales de agua entre las islas, que, como ya he dicho, tenían numerosos árboles ornamentales. Uno de ellos tenía un fruto dorado parecido al que había visto a Albe comiendo aquella mañana. Una muchacha desnuda con una cesta estaba recogiendo los más maduros.

—¿Las islas pertenecen a alguien? ¿O todos los que vienen pueden coger la fruta? —le pregunté.

Me miró de forma extraña.

—La fruta forma parte de la tregua del árbol. Puedes coger toda la que quieras. Dártela no daña al árbol. ¿Cómo es posible que vivas aquí y no lo sepas? ¡Ooooh!

Dio un grito horrorizada.

—¡Ya sé quién eres! Tú quemaste a la Fand esta mañana.

Rodeó la isla y se quedó observándome a través de las ramas más bajas del árbol. Yo permanecí donde estaba.

—Sí. Me quería matar —me defendí.

La pequeña era hermosa. Pequeños senos como capullos de flores, piel del color de la miel, ojos oscuros y pelo también oscuro, rizado y rebelde, que le llegaba hasta los hombros. Pensó en lo que había dicho durante un momento.

—Sííí Aibell era una de las malas, o eso es lo que dice Madre. Mi madre es una Circe. ¿Tienes algo contra las Circes?

—No. Cada uno vive lo mejor que puede.

Parecía que había perdido un poco de miedo, pero siguió alejada de mí.

—Los Fir Blog dicen que Aibell se comía a sus amantes. Madre no hace eso. Lo que sí hace es obligarlos a trabajar, si puede. Es difícil encandilar tanto a un hombre que te permita ponerle una cadena alrededor del cuello. Pero no imposible. Madre lo consigue con cuatro de cada diez. Depende del agua del Leteo, me refiero a lo susceptibles que sean a ella.

—Por lo visto aquí hay muchas personas a las que se hace trabajar para otras a la fuerza.

—La vida aquí no es fácil si no perteneces a una de las familias más importantes. Y sí, si estás por debajo de cierto nivel, es fácil que te esclavicen. Sólo los más resueltos logran mantenerse independientes. Hay todo tipo de maneras de arrebatar la independencia: deudas, secuestros, drogas, pobreza o simplemente despreocupación. Madre dice que a veces cree que algunos de sus hombres lo único que quieren es un lugar tranquilo en el que recuperarse de alguna aventura fallida. Tienen relaciones sexuales regularmente, cuidados médicos y drogas exóticas. Madre es muy hábil con las drogas. Descubre combinaciones increíbles.

—¿Tu madre complace a todos sus hombres? —pregunté con tacto.

—¡Oh, no! —La niña enrojeció—. En nuestra casa tenemos a una docena de mujeres que se ocupan de eso. Madre les paga por su trabajo, tienen honorarios por cada servicio. Cuentan las veces y hacen una factura. Los hombres tienen un encuentro con Madre según un sistema rotativo. Ella intenta que sea especial para cada uno de ellos. El agua del Leteo tiene que mezclarse correctamente en cada caso. Pero dos huyeron la semana pasada, así que ahora Madre está buscando más. Por eso estoy recogiendo frutos. Los utiliza para dar sabor a sus pociones y hoy ofrece un banquete en el Salón del Árbol.

—¿El Salón del Árbol?

El anhelo volvió a empezar y el vestido de metal tintineó. Colgaba de mi brazo izquierdo. Me sentí irritada.

—¡Oh! —Los ojos de la muchacha se abrieron como platos—. ¡Tienes esa cosa de Aibell! La mataste. Dime, ¿la mataste para conseguir eso?

—No. —Era verdad, sólo me defendía.

—¡Caressa! ¡Caressa! —llamaba alguien.

La niña miró alrededor.

—Es mi niñera. Se llevará un susto si me ve hablando contigo.

La muchacha empezó a alejarse entre el laberinto de islas.

—Espera. ¿Qué es el Salón del Árbol?

—Vaya, eres forastera, ¿verdad? No sé explicarlo, pero sigue el río y llegarás.

Después desapareció. De todos modos, no pensaba seguir. Estaba cansada y la piel comenzaba a arrugarse. Así que me di la vuelta y empecé a buscar un canal despejado entre los mil caminos que había entre los árboles, las algas y las rocas cercanas a la orilla.

Algo me rodeó el cuello con el brazo y me quedé sin respiración antes de darme cuenta de lo que sucedía. Me empujó hacia el fondo mientras intentaba arrebatarme el vestido del brazo izquierdo. La prenda se me agarraba a la piel. El dolor era terrible, una agonía.

Levanté la mano y sujeté con fuerza la muñeca del brazo que me aprisionaba. Transmití todo el calor que podía a través de la mano pero, a causa del agua, no logré quemarlo. Dejó escapar un grito y por un momento aflojó su abrazo. Eso fue todo lo que necesité.

Me escabullí, me di media vuelta y lo golpeé con el vestido de metal. Lo tenía enredado sobre la mano y el brazo derechos.

Le salieron pinchos. Juro que los vi aparecer mientras lo balanceaba antes de golpearlo en la cara. Los pinchos le desgarraron la mejilla, la nariz, el cuello y el pecho. Cayó y la sangre tiñó el agua.

De repente, con violencia, la corriente aumentó y me arrastró río abajo velozmente. Pero me dio tiempo a verle salir a la superficie. El agua que me rodeaba era sangre tibia, pero él tenía los ojos abiertos y el cuerpo helado, recubierto de una fina capa de hielo. Entonces el cuerpo, en su estuche de hielo, pasó a mi lado rozándome y, propulsado por una fuerte corriente que sólo le afectaba a él, se hundió y desapareció.

Me apresuré a alejarme de las islas en dirección a la orilla, intentando llegar a la parte menos profunda y encontrar la zona por la que el río discurría junto a la casa de Ilona. Mientras vadeaba el río, pasé el vestido del brazo izquierdo al derecho.

—¡Decidiste no escucharme, idiota! ¿Cuántas personas crees que hay en esta ciudad que te matarían con tal de hacerse conmigo? El río pertenece al árbol. Te defendió; si no, habrías muerto. ¿A partir de ahora me harás caso?

Me detuve con el agua por los muslos en una charca que reconocí, pues pertenecía a la casa de Ilona. El árbol y todo tipo de algas crecían abundantemente en esa zona. Alrededor, por todas partes, oía movimientos furtivos. Sabía que me

observaban. Habían visto lo que le había sucedido al hombre que se había atrevido a retar al árbol.

Pero tan pronto como saliera del río caerían sobre mí.

—Lánzanosla —dijo una voz desde detrás de los papiros—. Lánzanos la malla y dejaremos que vivas.

Un segundo después, una lanza me golpeaba en la espalda. Caí hacia delante. Rodé hacia un lado, intentando llegar a aguas más profundas, y me quedé allí. Levanté la vista hacia la orilla y vi al menos cuatro pares de piernas. El que había intentado clavarme la lanza no era uno de ellos, aunque pude oír su grito. Era un grito tan agudo que podía oírse por debajo del agua.

No quedó congelado, sino que el agua a su alrededor entró en ebullición. Vi cómo la corriente arrastraba el cadáver rojo, sin pelo ni ojos, hasta una poza y después más lejos aún. Con miedo o sin él, no tenía elección. Sólo era cuestión de tiempo que uno de ellos lograra cogerme en tierra firme.

Me puse el vestido de la Fand por la cabeza. Un segundo más tarde ya se había amoldado a mi cuerpo. El cuello se hizo más ancho, los anillos de los laterales se unieron y se ajustaron a mi cuerpo. Le crecieron mangas que me cubrieron hasta las muñecas.

Un segundo después, un remolino me acercó de nuevo a la parte menos profunda del río y quedé de pie entre un grupo de jacintos acuáticos. Caminé hasta la orilla, los pinchos de las flores azules me arañaban las piernas y los tobillos. Podía verlos, por lo menos media docena de hombres observándome desde las sombras entre la hierba alta, los juncos esbeltos, los papiros, las aneas y los berros que crecían a lo largo de la orilla.

Uno de ellos se movió en mi dirección.

—¡Quieto! —gritó una voz con tono autoritario—. Lo lleva puesto y no dudes de que la defenderá. Nadie, por muy inteligente que fuera, podía quitárselo a Aibell. Y no creo que con ella cortamos mejor suerte.

No me llevó mucho tiempo encontrar el camino a casa de Ilona entre los estrechos pasadizos. Ilona y Cateyrin se bañaban en la habitación donde la raíz abierta llenaba la pila de agua y el ojo de libélula del techo calentaba la estancia.

—¿Así que cogiste el vestido? —dijo Ilona, mirándome fijamente.

—No tuve elección. Demasiados intentaron matarme por su culpa.

—Nest habla demasiado. Apuesto lo que sea a que ya lo sabe toda la ciudad —dijo Cateyrin.

—Seguramente. Será mejor que cierre el camino que lleva al río —replicó Ilona.

Al momento oí que una puerta muy parecida al rastrillo de la entrada principal caía en el pasaje que había a mis espaldas.

—No muchos se atreven a desafiar al árbol y al río, pero supongo que si las apuestas son tan altas... —Ilona sacudió la cabeza y suspiró—. Ven con nosotras. Nest está vistiendo a Albe para la cena.

—¿El Salón del Árbol?

—Sí. Todas las grandes familias estarán presentes. Nest dice, y yo estoy de acuerdo, que cuanto más intentemos escondernos, más nos van a perseguir.

Mi armadura se sobresaltó ante el tintineo de los anillos y se hizo visible sobre mi piel. Podía sentir el pensamiento. Entonces, de repente, el vestido desapareció.

La armadura se desvaneció y me envolví en una tela de grueso lino.

—¿Adónde has ido? —pregunté.

—¡A ningún sitio! —me respondió de forma cortante el vestido—. Me doy cuenta de cuándo soy una molestia.

Entonces resopló disgustado.

—Lo has molestado. Es mejor que tengas cuidado, no vaya a volverse en tu contra —dijo Ilona.

—Dile a esa perra ignorante que nunca ataco a nadie, a no ser alguien con quien haya establecido unos lazos. —Esta afirmación vino acompañada de un sonoro tintineo de los anillos.

Aquella cosa me aterrizzaba pero, si debíamos ser compañeros, sabía que tenía que adoptar una actitud fuerte en ese momento.

—¡Para! Y para en este mismo instante. Soy huésped de esta mujer y la cortesía ha de ser rasgo en todo huésped que se comporte correctamente, así como en todo anfitrión generoso. No emplees adjetivos ni insultes, si no te importa.

—¡Bien! ¡Nunca más! No podía esperar mucho de la Fand. Después de todo, no era más que una mezcla de sustancia orgánica muerta. No tenía demasiada inteligencia y ningún sentimiento en absoluto. Pero desde el momento en que tú me tocaste puedo afirmar que eres un ser maduro que disfruta de la aventura del razonamiento inteligente y de la contemplación del universo.

Entonces tuve la extraña sensación de algo que se alejaba enfadado.

—No está muy contento, ¿verdad? —dijo Ilona.

—Parece que no. Pero se ha declarado leal.

—Esperemos que así sea. Todos creíamos que Aibell era un ser muy poderoso pero tal vez no estábamos en lo cierto.

Aquella cosa debía de estar escuchando, así que yo no quería hablar mucho. Estaba molesto y enfadado. La intrusión y la falta de intimidad que representaba aquel extraño ser me preocupaban mucho. Pero parte de las enseñanzas de Kyra habían ido dirigidas hacia el autocontrol y el peligro de tomar decisiones importantes cuando se está influido por alguna emoción fuerte.

—¿Albe? ¿Has dicho que Nest la está vistiendo?

—Sí, espera a verla —respondió Cateyrin.

Pocos minutos después, la vi. Albe y Nest estaban en lo que Ilona llamaba su habitación de entrenamiento, la estancia en la que enseñaba artes marciales. Todas las paredes estaban cubiertas de espejos de plata pulida y Albe se admiraba en ellos. Y había mucho que admirar.

Nest había disimulado las cicatrices del rostro de Albe con una máscara de cristal. Había cubierto cada una de las marcas con diminutos cristales y, con las cicatrices así tapadas, Albe resultaba una mujer encantadora. Sus hermosos ojos brillaban como piedras preciosas entre la fina cadena y el cristal que formaban la máscara. Ésta estaba sujeta con una redecilla de la misma cadena que mantenía unida la máscara. Así colocada, parecía que ésta era parte del rostro de Albe. Cuando sonreía, fruncía el ceño o hablaba, las piedras preciosas se movían como si fueran su segunda piel. De cuello para abajo vestía una armadura.

La mejor armadura romana estaba hecha a partir de un modelo del pecho y el estómago de su dueño, y con ese modelo se hacía la armadura de piel. A pesar de estar confeccionada para Albe, todo el tronco estaba hecho de placas de piel duras. Las cubiertas de filigrana de los brazos y piernas le protegían las extremidades. La armadura era negra y estaba adornada con los mismos cristales brillantes que le cubrían el rostro. Llevaba los zapatos de Talorcan. Se habían adaptado y parecían la continuación de las espinilleras complejamente decoradas de las piernas.

—¿Y bien? —preguntó Albe.

—Espléndida.

—Cuando te unas a un hombre poderoso, no olvides al Círculo de las Adivinatoras —le dijo Nest.

—Con suerte, no me uniré a ningún hombre.

Llamé a mi armadura. En un suspiro, ya cubría mi cuerpo. Dejé caer el manto de lino.

—Muy inspirador —oí que decía mi compañero invisible—. Pero tú no necesitas máscara.

El vestido se convirtió en el mismo tipo de armadura que llevaba Albe, bien ajustado desde el cuello hasta las ingles. Sentí una conversación bajo el nivel de pensamiento y el cuerpo dorado se volvió del mismo color que la armadura de mi piel, de un verde intenso.

—¿Estamos de acuerdo? —me dijo.

—Creo que sí.

—No volverá a haber una noche como ésta en Gorias. Pero, querida, ¿siempre hablas sola? —dijo Nest, mirándome.

—Le habla a esa criatura que lleva —dijo Tuau, que en ese momento entraba en la habitación.

Nest se alejó de mí y se escondió detrás de Ilona. Tuau avanzó sigilosamente hasta donde estaba Albe y se frotó contra sus piernas, restregando las mejillas y las comisuras de la boca contra la filigrana.

—Oh, estoooooo eeeeees buenísimo. Simplemente, te quiero. Oooooooh.

Se tumbó patas arriba, con las zarpas levantadas, y empezó a revolcarse, restregando la cara contra los zapatos que me había dado Talorcan. Sus ronroneos parecían el zumbido de un enjambre de avispas.

Albe se agachó y le rascó el vientre. El felino le daba en los brazos con las patas delanteras pero, cuando empezaron a asomar las garras, Albe lo detuvo.

—¡Cuidado! Zarpas de terciopelo, o mamá te dará un azote.

—¡Iieeee! —fue mitad ronroneo, mitad gruñido.

Se puso de pie rápido como el rayo y empezó a lamerse los testículos vigorosamente. Apareció su pene.

—¡Guaaaaau! —exclamó mientras eyaculaba.

Entonces se volvió a acercarse a Albe y frotó las paletillas contra sus piernas.

—¡Guaaaaaaau! Eres tan, pero tan hermosa. Te quiero.

—Siéntate y quédate tranquilo. No asustes a Nest —le dijo Albe.

Todavía escondida detrás de Ilona, Nest me preguntó:

—¿Por qué le hablas a tu vestido?

—Porque él me habla a mí.

Albe dio una carcajada.

—Eso te pasa por preguntar. Necesita un collar —añadió, señalando a Tuau.

—Como se te ocurra ponerme la mano encima para colocarme un collar, en vez de mano tendrás un muñón —contestó el leopardo.

—Sí, sólo los esclavos llevan collar. Por cierto, hablando de collares, ¿dónde está Meth? —dijo Nest.

—Le di una cosa para ayudarlo a dormir. Lo ayudará a que la resaca del agua del Leteo no sea tan dura —le contestó Ilona—. Tuau, entiendo tu reacción ante lo del collar, pero deja que te ponga purpurina en las garras.

Tuau levantó una para y estudió las uñas de diez centímetros.

—De acuerdo. Si no lleva mucho tiempo..., no tengo inconveniente.

Yo me negué a que me pintaran las uñas del mismo color. Después limpié y estudié mi espada. No había sufrido ningún daño en la batalla contra la Fand. Mi tintineante compañero me dijo:

—Lo único que hice fue transmitirle calor. No me eches la culpa si hay algún problema.

—No hay ningún problema. El calor no lo daña.

Ilona, Albe, Nest y Cateyrin me miraron.

—Otra vez el vestido —dijo Tuau.

—Es inquietante. No podemos oír la otra parte de la conversación.

—Habla por ti; yo si puedo —dijo Tuau—. Además, como perteneces a los dánaos, ya me esperaba todo tipo de sucesos extraños a tu alrededor. Pero ¿qué es esa cosa? Me pone los pelos de punta. Toda la piel se me eriza cada vez que me acerco.

—Pues entonces mantén las distancias, rata lasciva.

—¡Basta! Os lo digo a los dos —dije.

Nest, Ilona y Cateyrin se rieron nerviosamente. Albe se me quedó mirando con un brillo divertido en sus ojos.

—Ya se debe de haber hecho de noche. Y teniendo en cuenta las dificultades que

tuvimos ayer, ¿cómo vamos a ir al Salón del Árbol? Anoche tuvimos que ganarnos cada centímetro del camino.

—No, no —dijo Nest—. Esta noche nos acompañará el Círculo de las Adivinatoras. Tenemos guardias con espadas y antorchas para que nos protejan.

—Sé algo sobre las siete grandes familias, pero no había oído nada sobre tu círculo.

—Bueno, pues somos uno de los más importantes, aunque hay otros, como el del textil, el de los tenderos y el de los carniceros que son más poderosos. La mayoría son más pequeños que nosotros, pero eso no quiere decir que algunos no sean increíblemente ricos, como el de los joyeros o el de los perfumistas. No son muchos en número, pero tienen grandes riquezas y las utilizan si es necesario. Muchas personas pertenecen a más de un círculo. Yo pertenezco a tres, pero el primero es el de las adivinatoras. De forma complementaria pertenezco al de los tenderos y al de los preceptores.

—¿Preceptores? —preguntó Albe.

—Maestros. El conocimiento es poder y puede ser costoso de adquirir —le respondió Ilona.

Yo no sabía nada de los círculos. Empecé a preguntarme qué otras cosas de aquel complejo lugar todavía ignoraba. Albe parecía incómoda.

—¿Tendríamos que haber pagado vuestros honorarios por las valiosas enseñanzas que recibimos anoche?

—¡Por Dios, no! Vosotras me devolvisteis a mi hija y aumentasteis considerablemente la riqueza de mi casa. La Fand tenía cinco frutos de cristal. Meth los llevaba. Creo que me quedará tanto con el muchacho como con las joyas de sueños, si a vosotras os parece bien. Con el tiempo podré conseguir que Meth recupere algo de razón. Y las adivinatoras sirven a muchas de las mujeres que pertenecen a las grandes familias que utilizan las joyas para encontrar cosas nuevas y útiles que añadir a la riqueza de sus familias. Vienen con frecuencia para consultar los días y las horas más auspiciosos para emprender sus viajes y a veces también para protegerse de la mala suerte.

—¿Cuántas son las que no vuelven? —pregunté a Nest.

Me miró con sus ojos repletos de vida y contestó en voz baja:

—Muchas. Muchas son las que jamás regresan. Sus familias y sus maridos las someten a una gran presión para que se embarquen en esos viajes muy frecuentemente. A veces logramos conjurarlas para que la zarpa de la estadística no las golpee, pero otras veces no lo conseguimos. Un filósofo matemático calculó una vez el porcentaje de posibilidades de acierto que tenía una adivinadora con talento de hacer una profecía acertada y descubrió que acertábamos en el setenta y cinco por ciento de los casos. Cuantas más veces arriesgan su vida las mujeres...; bueno, podría hacer el cálculo, pero creo que ya lo entiendes.

—Así es. Tarde o temprano, de tanto ir el cántaro a la fuente... —dijo Albe.

Entonces oí el ruido que hacía el rastrillo.

—Ya están aquí para escoltarnos hasta el banquete. ¿Estamos todas listas?

Ilona y Nest salieron primero, seguidas por Cateyrin. Yo me volví hacia Albe.

—¿Esas joyas...?

—Tengo quince atadas a la cintura con una tira de tela. En total había veinticinco. Di cinco más a Ilona y ella me dijo que las guardaría en algún lugar seguro. Y también ha cogido las cinco que llevaba Meth. Me pidió permiso... Dije que a ti no te importaría. Espero que no...

—Está bien. Nos corresponde ser generosas.

Oí que se alzaba el rastrillo y nos apresuramos a unirnos al resto. Era cierto que eran un grupo considerablemente numeroso. Las mujeres vestían de gris y llevaban faroles y velas. Los guardias que las acompañaban eran hombres y mujeres Fir Blog. Las mujeres vestían las mismas sencillas túnicas verdes que los hombres y eran magníficas. Tenían cuerpos voluptuosos, pecho abundante, cintura estrecha y caderas anchas. Los brazos estaban bien torneados, pero musculosos y poderosos al mismo tiempo. Su pelo era muy diferente del de los hombres. No les cubría ni los brazos, ni las piernas ni el rostro.

Estaba oscureciendo y fuertes corrientes de aire recorrían los túneles y las casas de la ciudad. Hacían que las túnicas de las mujeres Fir Blog se les pegasen al cuerpo y vi que tenían mucho vello entre las ingles. Algunas, como los hombres, llevaban cadenas alrededor del cuello, pero otras muchas no.

—¿Son libres? —le pregunté a Ilona.

—Sí. Las une un juramento al Círculo de las Adivinatoras.

Las mujeres llevaban espadas, escudos y antorchas. Rodeaban todo el grupo de mujeres del círculo. Albe y yo nos unimos a ellas y nos dejamos arrastrar a través de los oscuros pasillos que empezaban a iluminarse con la tenue luz de las estrellas.

Avanzábamos rápido. Nest guiaba la comitiva con una Fir Blog a su lado. Rápidamente perdí la orientación de hacia dónde nos dirigíamos, así de intrincados y tortuosos eran los pasadizos que seguíamos. A veces nos deteníamos para dejar que pasara otro grupo de figuras grises. Todos los grupos iban acompañados de mujeres y hombres bien armados, en ocasiones Fir Blog, en otras humanos.

Ningún grupo se detuvo para saludar a otro. Ningún miembro de un grupo dio muestras de conocer al miembro de otro. Tanto los hombres como las mujeres se cubrían el rostro con un manto y hacían como si no se vieran. De vez en cuando veía a mujeres vestidas como Albe y yo y, aunque no nos habláramos, nuestras miradas se cruzaban y yo tenía la sensación de que con los ojos nos sopesaban cuidadosamente.

Llegamos al extremo de un estrecho *hall* que desembocaba en una rampa que iba a dar a una calle más ancha. Un Fir Blog se alzaba al final del pasadizo. Tenía una enorme alabarda en la mano y nos impedía el paso. Lo reconocí. La mayoría de los Fir Blog tenía los ojos oscuros, ninguno de los que había visto tenía los ojos grises claros como aquél. Como todos los demás, estaba recubierto de pelo. Era un pelaje

espeso y abundante en los brazos, las piernas y la cabeza; pero era un poco más claro que el de los demás y adquiriría tonos rojizos y dorados bajo la luz de la antorcha. Era un magnífico espécimen.

No lo había visto bien en el camino que llevaba a la ciudad, pero allí, erguido bajo la luz de la antorcha, me di cuenta de que era mayor que todos los demás. De hecho, tenía que serlo para poder manejar el arma que tenía. Debía de pesar tanto como un hombre adulto totalmente desarrollado; en una sola arma se unían un hacha de guerra, un mazo y una lanza de filo ancho. El metal era negro y en algunos sitios tenía puntos de óxido, pero los bordes estaban limpios, brillantes y afilados. Parecía que habían recibido las atenciones de una lima no hacía mucho.

Albe y él se estudiaron. La máscara de cristal que ella llevaba le ocultaba las cicatrices y sus ojos relucían como esmeraldas engarzadas en diamantes. La expresión de ambos era enigmática, pero sentí que de alguna manera, en algún lugar desconocido para los simples mortales, estaban juntos y solos. Él hizo una leve inclinación de cabeza a Nest, después su mirada volvió a Albe.

—Las grandes familias todavía no han entrado en el Salón del Árbol. Tenemos que esperar hasta que lo hagan. Goric no puede permitirnos pasar.

—¿Goric? ¿Así se llama? —preguntó Albe.

—Sí, pertenece a la familia de los Glastig. Van vestidos de negro.

Era cierto que llevaba una cadena al cuello.

En ese momento oímos las pisadas de muchos pies y las siete grandes familias comenzaron a pasar por delante de nosotras. Era un desfile deslumbrante. Los que vestían de negro iban en primer lugar. Nunca había visto tantas joyas. Las gemas color de fuego relucían sobre el color negro, el brillo del oro, la luz de estrellas de la plata. Todos los colores brillantes, el naranja, el rojo y el verde relucían, se destacaban sobre el fondo negro. Los hombres armados y vestidos con armaduras que abrían la comitiva eran seguidos por las principales mujeres de la casa. Algunas llevaban armas, como los hombres. Otras, las más jóvenes y hermosas, vestían, como había visto durante el día, sedas transparentes y semitransparentes de los colores del arco iris, satenes y brocados. Las mujeres mayores y las que estaban embarazadas, aunque iban magníficamente vestidas, se cubrían con pesados mantos de piel. Muchas llevaban cadenas al cuello como las de los Fir Blog. Eso me heló la sangre.

—Una mujer pertenece a su familia —explicó Nest—. A no ser que huya u otra familia la rapte. Las mujeres comunes son libres, y también las Mujeres de Desafío. Pero las aristócratas, aquellas que no pueden viajar entre los dos mundos, sólo sirven para criar y para eso se las utiliza.

—Alardean de sus encantos.

—Sí, rotundamente sí —contestó Ilona mientras veía pasar a los hombres y mujeres de menos rango de la familia de los Glastig.

El siguiente grupo vestía de blanco y también se aderezaba utilizando el fondo blanco para hacer resaltar su riqueza en forma de oro y gemas.

—Entonces, ¿no existe el matrimonio? —preguntó Albe.

—¡Oh, no!, querida. Las muchachas sólo están en la mejor edad para procrear durante unos pocos años y los cabezas de las grandes familias pagan grandes cantidades por utilizarlas. Una vez que ya les han dado unas pocas hijas, son libres para establecer relaciones por su cuenta.

—¿Y qué pasa con los hijos varones? Nest se encogió de hombros.

—Muchos se crían como se crió Meth, con los sirvientes de las grandes casas. Las niñas son más beneficiosas. Una niña puede convertirse en una Mujer de Desafío, en criadora o en una de las mujeres que viajan entre los dos mundos.

En ese momento pasaba otro grupo de mujeres ligeramente vestidas. Nos miraban y se reían tontamente.

—¿Y cómo prosperan los hombres? —pregunté.

—Robando mujeres —replicó Ilona.

—Shhh, querida. No se habla de ello abiertamente. Pero un hombre que logra dominar a muchas mujeres que puedan viajar entre los dos mundos se convertirá en uno de los más poderosos de su familia. Los raptos y huidas de mujeres son constantes. Y a menudo se reta a combates a las Mujeres de Desafío.

—Por eso Meth empezó a interesarse por Cateyrin —dijo Ilona—. Mi abuela tenía un gran poder para viajar entre los dos mundos. Ya visteis el lago. Tanto él como yo deseábamos que, como ese talento a menudo se salta una generación, ella mostrara algún signo de haberlo heredado. Sus líneas de sangre son buenas, pero hasta ahora no ha dado muestras de ninguna habilidad.

—Todavía es joven, querida. Dale tiempo —dijo Nest.

Negro, blanco, ahora pasaban los rojos, pero no oí bien el nombre que murmuró Nest. La luz de las antorchas reflejadas en sus ostentosas joyas casi me cegó. La pesada esencia de los perfumes invadía la atmósfera ahora que el viento iba perdiendo fuerza.

A continuación llegó el dorado, el plateado y el bronce, el color de la familia de Meth. Los hombres principales me dedicaron oscuras miradas, pero ninguno osó retarme.

Por último, el color cristal. Sí, la siguiente comitiva que pasó parecía vestir cristal.

—¿No se rompe? —pregunté.

—No, querida. Parece que no es un cristal común. Una de las mujeres de la familia de negro lo trajo hace muchos años. Es un material maravilloso, pero nadie conoce el secreto de cómo se trabaja aparte de los hombres de esa familia —me contestó Nest.

Era una muestra de brillantes colores, todos transparentes, todos vestidos sobre prendas de ropa interior breve y oscura. En último lugar avanzaban lentamente los hombres, mostrando sus cuerpos hermosamente musculados bajo armaduras transparentes, rojas y blancas con vetas doradas, verdes, la parte exterior

hermosamente grabada. Me sentí mareada ante tal esplendor. Albe se rió con deleite.

Una vez que hubieron pasado, los círculos y los comunes comenzaron a adentrarse en la calle que llevaba al Salón del Árbol.

Todavía no lo sabía, pero mucho de todo aquello era en mi honor. La lucha por la primacía entre las grandes familias era tan fiera que pocos de los hombres líderes podían permitirse mejores sentimientos. Se había hablado de Albe y de mí por toda la ciudad y nos veían como una oportunidad sin igual para alcanzar el control total.

Los círculos estaban asustados. Ellos y sus miembros vivían de forma independiente, libres de las influencias de las grandes familias. Pero siempre existía el riesgo de caer en la pobreza y ser esclavizado. Así que los círculos se habían movilizado para garantizar que no nos privaran de nuestros derechos.

Y había muchos otros que en ese momento yo todavía no conocía, los numerosos grupos de forajidos que merodeaban por las calles de la ciudad cuando caía la noche. Hombres y mujeres que preferían una vida insegura en las partes de la ciudad en ruinas o abandonadas. Vivían de lo que encontraban, hombres valientes que luchaban por dinero, mujeres que vendían su cuerpo. Aquello se consideraba una transacción honesta, al contrario de las Circes, que seducían a los hombres a cambio de su esclavitud por medio de magia, drogas o las dos cosas. Traficantes de filtros, venenos o armas. Satisfacen tus deseos más salvajes durante un tiempo, hasta que te despiertas con dolor de cabeza o no te despiertas nunca más.

Las cosas que Nest e Ilona me habían contado no eran más que la parte más superficial de la profundidad y complejidad del trasfondo de aquel lugar. Todas aquellas personas habían sido convocadas aquella noche en el Salón del Árbol.

Entramos y nos dirigimos a la plataforma que pertenecía al Círculo de las Adivinatoras. El asombro no me permitía articular ni una palabra. Nunca antes había imaginado un lugar tan grande. El gran salón se extendía desde el bosque inundado que servía de zona de baños, hasta las torres blancas que se alzaban sobre el cielo púrpura del atardecer. En el centro de la sala, el río se dividía en numerosas cascadas. Eran silenciosas, no tenían la suficiente altura para producir el ruido sordo y ensordecedor de las cataratas. La más alta no superaría los tres metros. La mayoría no llegaba al metro y medio. El agua que saltaba en las cascadas era blanca y verde. De las rocas colgaba musgo y diferentes tipos de plantas acuáticas.

A lo largo de la ribera, el agua era tranquila y clara, muy poco profunda. Se veía el fondo, que formaba un mosaico de símbolos de muchos colores y extrañas formas y tamaños. Todo encajaba como las piezas de un *puzzle* que sólo están separadas por finas líneas negras que las delinean.

Sentí que el ser que cubría mi torso reaccionaba.

—¡Triste! ¡Hermoso! ¡Poder! ¡Perdido! ¡Perdido! ¡Perdido para siempre! ¡Sigue hablando! ¡Pero nadie sabe leerlo!

—¿Y tú?

—¡No, no! Como la Fand, el ser que tú llamas la Fand, yo fui creado para

solucionar problemas concretos. Pero recuerdo saber cosas... que una vez fueron maravillosas.

Entonces se quedó en silencio.

Las poderosas ramas del árbol dividían el salón en plataformas. El tronco crecía a lo largo de las orillas y las enormes ramas se extendían sobre el río. Cada plataforma de ramas entrelazadas tenía vida y estaba ribeteada con una capa de hojas verdes. Pero las plataformas estaban desnudas, como la superficie de la mesa, pero mucho más grande. En cada plataforma había sillas, mesas, divanes e incluso camas. Las más grandes estaban cubiertas de alfombras, pero éstas se hallaban cuidadosamente extendidas, de manera que no quitaban la luz a las hojas del árbol.

Los recolectores de luz, los ojos de insecto que había visto incrustados en el techo de la casa de Ilona y en los pasadizos, salían de los edificios de la ciudad como enormes varitas y se arqueaban sobre las plataformas y el río. La luz de las estrellas era muy brillante, como la del sol en una mañana luminosa.

Las armaduras multicolores y los adornos con joyas incrustadas de los hombres resplandecían, brillaban y centelleaban como hacían los vestidos de las mujeres con los colores del arco iris. Había pensado que los comunes vestirían ropas de color gris apagado, pero tengo que admitir que me equivoqué. Las túnicas grises no eran más que prendas para cubrirse. Se desprendieron de ellas en cuanto llegaron a la plataforma del círculo y vi que las mujeres del círculo de Nest eran tan boyantes, o incluso más, como las mujeres que pertenecían a las grandes familias.

Las jóvenes y hermosas mostraban sus encantos. Vestidas de seda transparente, adornadas con joyas de la cabeza a los pies. Nest lucía un vestido del color del fuego. Era opaco, pero tenía una abertura lateral hasta la cadera. A través de ella vi una banda de hilos de oro que le ocultaba el sexo. El vestido, mucho más opaco a la altura de la cintura, se iba volviendo más transparente a medida que se acercaba al cuello. Simplemente, podías ver sus senos.

Cateyrin vestía gasa azul con joyas de ónice estratégicamente situadas sobre el pecho y las ingles.

—Tengo que ocuparme de conseguir otro amante. No sé si Meth podrá considerarse tal cuando vuelva en sí. Tal vez enferme de nostalgia por la Fand —me explicó.

Ilona vestía bandas unidas de pura plata. Le cubrían el torso, pero no ocultaban demasiado. Tenía la belleza y exuberancia de una mujer madura.

El primer punto del día era comer y beber. Los Fir Blog llevaron la cena en grandes cestos. No los había visto porque seguían al resto. En pocos minutos, habían preparado la mesa y habían dispuesto sobre ellas todo tipo de alimentos: rodajas de carne asada todavía caliente; jamón frío, lonchas grandes, finas o gruesas; al menos una docena de diferentes tipos de sopas, todas en platos macizos que conservaban el calor.

Tuau llegó justo cuando estaban colocando los platos. Medio caminó medio nadó

hasta llegar a la rama que unía la plataforma con el tronco del árbol. Trepó, salió del agua, se subió a la estrecha rama y se sacudió dos o tres veces hasta que su pelaje corto y rojizo quedó seco. Entonces avanzó lentamente hasta la plataforma.

Albe estaba sentada a mi lado. Tuau se acercó a ella y frotó las mejillas contra los protectores de sus piernas.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Albe.

—He venido por otro camino. Algunos de los míos están aquí y quería hablar con ellos —le respondió, y se volvió a restregar con entusiasmo.

—No des un espectáculo.

—¿Yo? ¿Dar un espectáculo? ¡Cómo te atreves! El leopardo es el ser más noble y digno. Cada movimiento que hacemos es un milagro de gracia y poder, aunque estemos enfermos, heridos o agonizantes. La presencia del leopardo más insignificante hace parecer torpe al hombre más flexible.

—Cuando te masturbas no —dijo Albe.

Tuau bufó furioso.

—¿Esto es lo que recibo a cambio de mi valentía y fidelidad? ¿Insultos de una subordinada? ¿De una simple cortesana? Nosotros, los Felidae..., somos perfectos. Y vosotros, feos monos, hacéis demasiadas operaciones con esas cosas que tenéis entre las piernas. Por qué, por todos los cielos, mujer, no estáis cubiertas de pelo como es preciso y los hombres no tienen garras. Oh, dioses, no hay duda de que la mitad de las hembras humanas están insatisfechas con...

—Vale, ya está bien. Pero no te lamas los testículos —dijo Albe.

—Tuau —los interrumpí yo—. ¿Cómo has llegado aquí y qué te han dicho tus familiares? Quiero saberlo. Estoy muy incómoda.

—Tienes buenas razones, o al menos eso dijo Tía Louise —replicó Tuau altivamente.

—Lo último que yo vi fue que Tía Louise amenazaba con comerte —dijo Albe.

—Estaba trabajando. El jardín físico tiene gran valor. No quería violar su contrato. No es tan mala fuera de las horas de trabajo y si está de buen humor —añadió como si acabara de pensarlo.

—¿Qué tenía que decirte Tía Louise?

—Me dijo que las cabezas de las familias han celebrado numerosas reuniones desde que llegaste a la ciudad. Dice que es muy extraño que las grandes familias se unan para algo. La mayoría del tiempo son enemigos acérrimos. Pero alguien..., algo les hizo sentarse frente a frente cuando se enteraron de que estabas aquí. Es como si las hubieran advertido.

«Sí. No hay duda de que vieron la primacía de uno de ellos como el peor de los destinos que podían imaginar. Albe o yo podríamos inclinar la balanza del poder», pensé.

Pero ¿qué iban a hacer al respecto?

—¿Cómo has llegado aquí? —volví a preguntar.

—Tengo..., tengo zarpas. La razón por la que vosotros, criaturas de pies planos, no podéis caminar por las zonas poco profundas es que el fondo está cubierto de diminutas cuentas redondas y es imposible que os mantengáis de pie a no ser que podáis agarraros a la malla en la que están sujetas las cuentas...

—¡Clavos! ¡Pinchos! —dijo Albe.

—No está permitido. Las grandes familias dan la vuelta a todo aquel que vean con esas herramientas. Además, el árbol controla el río, y si tratas de desafiar su intento, las cosas pueden torcerse. O eso me han dicho.

Recordando a mis dos asaltantes, el que murió en agua hirviendo y el que murió helado, no pude por menos de estar de acuerdo con Tuau. Albe era como siempre. Siempre vivía el momento presente. En ese instante comía carne de ternera con pan y bebía un exquisito vino tinto.

—A mí tampoco me gusta —dijo Ilona—. Estoy segura de que el leopardo tiene razón. Aquí hay demasiada gente. Pero no sé lo que pueden estar pensando las grandes familias.

Éramos, eso era cierto, el centro de atención. El efecto intenso y continuado de todas las miradas era desquiciante. El vestido metálico se estrechó.

—¿Por qué haces eso? ¿Sientes una amenaza? —pregunté.

—¡Sí!

—¿Cuál?

—No lo sé. Pero me estoy preparando para protegerte.

—¿En qué zona se celebran los combates?

—La plataforma está en el centro de los rápidos.

—¿Cuándo aparece?

—Cuando se produce el desafío —respondió Nest.

En aquel momento, la mayoría de los grupos ya habían terminado de comer. Nuestras Fir Blog cenaban el pan y la sopa que había sobrado en la mesa central. Todavía era pronto y algunos aristócratas y comunes seguían picoteando manjares. Pero los esclavos ya se sentían con libertad para hacerse con los restos de los platos de los libres y los poderosos.

Muy cerca de nosotros había una plataforma ocupada por hombres y mujeres magníficamente vestidos. Las numerosas túnicas grises desperdigadas indicaban que eran comunes. Un joven dio un paso al frente. Llevaba un escudo en forma de cuña, una camisa de malla, armadura de piel y protectores para las piernas. No había nada superficial en la armadura, todo era muy práctico.

Sacó una daga del cinturón y la lanzó a una de las plataformas ocupada por una gran familia, la que vestía de negro. Un joven guerrero dio un paso adelante y cogió su escudo. La daga lo golpeó sin dañarlo.

El guerrero la cogió y, arrodillándose, se la ofreció a quien supuse que sería el cabeza de la familia, un poderoso hombre que vestía el mismo tipo de casco que Amrun llevaba cuando lo encontré en el camino a la ciudad; es decir, le cubría todo el

rostro y sólo tenía una abertura en forma de «T» sobre los ojos y la boca. Aceptó la daga y la puso sobre la mesa que había a su lado.

—Ha aceptado el reto —dijo Nest.

Al menos media docena de mujeres armadas estaban sentadas o reclinadas cerca de la plataforma de la familia negra. El líder se dio la vuelta y pronunció un nombre. Una joven rubia y esbelta se adelantó. No parecía estar a la altura del corpulento común.

Entonces vi que las raíces salían del agua en medio de los rápidos y empezaron a entretorse hasta formar una plataforma ovalada e inclinada. De repente aparecieron más raíces, formando una serie de escalones que salían de la plataforma.

La muchacha rubia estaba armada, llevaba una filigrana negra muy parecida a la de Albe. Una mujer mayor, también vestida de negro, le dio a elegir entre muchas espadas. Escogió una ligera, la empuñadura negra tenía piedras azules engarzadas, como su armadura. A continuación eligió un casco y un escudo. El casco era muy parecido al que llevaba el cabeza de su familia. Le cubría la mayor parte del rostro. El escudo era sorprendentemente pequeño, de piel negra, con forma ovalada y un tachón en el centro.

Todos los presentes observaban ávidamente, todos se habían subido a las sillas y las mesas o se apelotonaban al borde de las plataformas. Otra serie de escalones salió desde la plataforma de los comunes hasta la arena. Es la única forma de la que puedo llamarla, porque eso es lo que era. Las raíces conformaban una arena grande y relativamente plana y me sorprendí al ver una zona casi seca donde los dos podían luchar.

—¿Qué pasa si uno de ellos salta al agua? —preguntó Albe.

—El que sigue en la plataforma gana por incompencia. Pero no es buena idea tirarse al agua. La corriente en la zona central es muy fuerte y el perdedor normalmente se ahoga. Ella es Maja. Ésta es su primera pelea —me explicó Nest.

—Esa muchacha no parece estar a la altura de un hombre tan corpulento —dijo Ilona.

Maja recorría el camino a través del agua sobre los escalones. Me sorprendió ver que, aunque no estaban elevados, estaban secos y la joven podía correr con facilidad, saltando de uno a otro. El guerrero gris esperó hasta que llegó a la plataforma antes de recorrer el camino que lo llevaría junto a ella. Cuando él también llegó a la plataforma, se detuvo y la saludó, me pareció oír que de forma burlona.

Entonces sus espadas entrecorcaron. La joven no parecía fuerte, pero era rápida. Para mi sorpresa, él no la presionó. Se tomó su tiempo, mostrando su fuerza superior y su talento, evitando con desdén las arremetidas de la joven, que intentaba aprovechar su rapidez para romper su defensa.

Pero el hombre la evitaba sin grandes esfuerzos. Al principio el tachón del escudo le supuso un problema, porque la joven lo utilizaba para desviar su espada más de lo que era aconsejable. En dos ocasiones, la hoja de la espada de la joven resbaló sobre

la malla del hombre.

—Esto no va a durar mucho —dijo Albe.

Así fue. El hombre clavó su escudo en el tachón del de la joven y la atrajo hacia sí. Ella logró levantar su espada a tiempo para clavársela en el estómago. La hoja de la espada de la muchacha se curvó, pero la herida en el estómago era lo suficientemente dolorosa para obligar al hombre a retroceder. Ella soltó el escudo.

El hombre fue tras ella lo más rápido que pudo, obligándola a volver y a dar vueltas por la plataforma hasta que vi que ella ya no podía rechazarlo más.

—¡Ahora! —exclamó Albe.

El hombre lanzó su escudo, se agachó, la cogió por el tobillo y tiró del pie. Ella lo golpeó, pero no le dio más que un suave golpe en el protector de la espinilla.

—De eso no se muere nadie —dijo Albe mientras el hombre golpeaba a la muchacha con fuerza en la mandíbula, lo que hizo que ella cayera al suelo.

El hombre no se detuvo ahí. Le quitó la espada de la mano derecha y el escudo de la izquierda con una patada. Ella yacía inmóvil, desarmada. La recorría algún débil espasmo. Tenía la mandíbula hinchada.

Los vítores fueron largos y altos. El hombre dio la vuelta al cuerpo de la muchacha con un pie, de manera que quedara tumbada boca abajo. Envainó la espada, dejó el escudo en el suelo y se agachó para levantarla.

La joven resucitó con una velocidad increíble y pegó una cuchillada hacia arriba. Me acordé del pequeño puñal de Cateyrin en forma de garfio. El de Maja debía de ser incluso más pequeño, pero lo suficientemente largo para cortar la garganta del hombre. Durante un segundo pareció que éste vestía una pechera roja. Después se cayó lentamente en el agua blanca. Tiñó el río de rojo y se hundió.

Los vítores eran ensordecedores mientras la muchacha trataba de ponerse de pie, recogía la espada y el escudo y regresaba con su familia. Recibió una bienvenida propia de una heroína.

—Magnífico. Es muy buena. No había visto el puñal que llevaba en la palma de la mano —dijo Albe.

—Lo sacó cuando él la golpeó en la cara. Lo llevaba en la ingle. No se debía haber confiado. Si la hubiera registrado, podría haber ganado —dijo Nest.

—Aquí no hay peleas limpias —intervino Albe.

Nest e Ilona se rieron; un poco arrepentidas, me pareció a mí.

—El entrenamiento de armas en las grandes casas es muy bueno. Cuentas con lo que cuentas, sus instructores te enseñan a sacarle el mayor provecho —me dijo Ilona.

—¿Son corrientes esos trucos? —preguntó Albe.

—Sí, muy corrientes.

Oí un ruido sordo y vi que se había producido otro reto, esta vez lo habían comenzado los rojos. (Me di cuenta de que pocos se molestaban en recordar los nombres de las familias). El reto iba dirigido a uno de los círculos, uno con grandes riquezas, supuse, pues los hombres y mujeres que se agolpaban en la plataforma iban

ricamente vestidos y el número de esclavos Fir Blog que los atendían era numeroso.

No había ningún hombre armado en la plataforma. La daga golpeó el respaldo de una silla vacía. Un hombre mayor modestamente vestido asintió, pero no asignó una mujer. Por el contrario, las mujeres se reunieron alrededor de una mesa y hablaron entre ellas. Una se adelantó. Era corpulenta, de pelo oscuro pero piel blanca. Llevaba un vestido del color de las llamas. Era transparente. Bajo él sólo llevaba algunos rubíes en los lugares habituales, el pecho y las ingles.

Se desnudó allí mismo y se armó. La malla metálica era blanca como la plata y se le ajustaba como un guante. Se la sujetó con correas a ambos lados. Grandes charnelas sujetaban las cinchas. Sobre la malla se puso una pieza de piel oscura que le cubría desde el pecho hasta las ingles, junto con los protectores de las pantorrillas y los muslos habituales.

—Es mucho más corpulenta que la media de las mujeres. Es como si fuera el resultado de la unión de... —dijo Albe.

—Shhh, querida. Sé que es el resultado de una pareja ilícita —susurró Nest.

—¿Cuáles son las lícitas? —pregunté.

Nest suspiró profundamente.

—Bien..., una mujer joven debidamente vendida como criadora puede yacer con todos y cada uno de sus propietarios. Una mujer luchadora que pierde la pelea pasa a formar parte del círculo o la familia que la venció. El cabeza de familia puede asignarle uno o todos los hombres para que disfruten de sus favores. Dos comunes libres pueden unirse para formar una casa o simplemente un acuerdo temporal para disfrute de ambos.

—Da la impresión de que las mujeres nacidas en una familia aristocrática se llevan la peor parte —dijo Albe.

—La peor parte de todas —dijo Cateyrin, riéndose tontamente.

—Sí, son muy demandadas —aclaró Nest—. Pero son una propiedad muy valiosa y cualquier hombre que las maltrate es asesinado por sus propios familiares o envenenado por una de sus esposas. Todo nuestro sistema de vida depende de ellas. Una mujer con talento o cuyas hijas tienen talento se convierte en un miembro permanente del círculo dirigente de la casa o el círculo al que pertenece.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando vi que la mujer se dirigía a la plataforma entre los rápidos. Una especie de protocolo obligaba al hombre a esperar hasta que la mujer llegaba a la plataforma y estaba lista.

Era evidente que el guerrero de la armadura roja tenía mucha experiencia con la espada. Pero el encuentro estaba inconcluso.

—Me pregunto si los rojos han iniciado una campaña para hacerse con Elise —dijo Nest a Ilona mientras observábamos una muestra deslumbrante de destreza en el manejo de la espada.

—¿La mujer se llama Elise?

—Sí. Es famosa, pero no ha habido muchos intentos serios por conseguirla. Les

preocupan sus líneas de sangre.

—¿Cómo se suelen hacer esos intentos concertados?

—La presionan constantemente. Intentan herirla. Y cuando está herida, no le dan descanso hasta que acaba agotada y pueden tomarla.

—¿No puede quedarse en casa?

—No, querida. Cuando una muchacha se declara Mujer de Desafío, tiene que mostrarse. De lo contrario, su círculo o familia se convierte en el objetivo de los bravos, los hombres obligados a luchar todo el tiempo —dijo Nest.

Bebí un poco de vino y supe cómo se siente una liebre con la trampa rodeándole el cuello. Los ojos de Albe se encontraron con los míos y, por primera vez, vi miedo en ellos. Volví a beber, profundamente, y el vino era tan fuerte que hizo que me mareara un poco.

El guerrero rojo detuvo la pelea. Elise se lo permitió. Entonces el hombre se retiró a la plataforma de su familia. Ella volvió a la de su círculo.

—Por cierto, ¿cuál es ese círculo? —pregunté.

—Venden comida preparada.

—¿Cocineros?

—No, más bien los llamaría posaderos.

Miré alrededor. El Salón del Árbol estaba atestado. Todas las plataformas sobre el río estaban llenas, en muy pocas quedaba un poco de sitio. A lo largo de la ribera había edificios esparcidos entre espacios abiertos que parecían parques. Estaban llenos de espectadores, asomaban rostros de cada ventana y sobre los tejados. Había familias reunidas alrededor de manteles con comida en los espacios abiertos entre los árboles, y detrás de los ciudadanos respetables había zonas sombreadas por donde se extendía el bosque en dirección a las torres prohibidas.

Las bandas nocturnas se reunían allí. Se marcaban los rostros, como hacían los pictos, o se tatuaban. La diferencia es que entre los pictos la idea era mostrar cierto tipo de belleza. Aquellas máscaras, pinturas sobre la piel y cicatrices sólo tenían un fin: hacer que la banda pareciera terrible. Muchos de ellos eran muy musculosos y vi que había Fir Blog libres, o tal vez habían escapado. Normalmente estos últimos eran los que tenían un aspecto más aterrador. Había muchos, no podía ver cuántos, porque las sombras los ocultaban.

Miré a Albe. Asintió.

Ilona no estaba comiendo, aunque casi todos los demás sí. De hecho, parecía que la multitud agolpada en las plataformas tomaba fuerzas con una prisa casi indecente.

Ilona parecía muy asustada.

—Jamás deberíamos haberlas traído aquí, Nest. Podríamos haberlas escondido en el salón del círculo. Podríamos haber intentado que salieran a escondidas.

—Vamos a tener que luchar —dijo Albe, interrumpiéndola—. Y si luchamos, da igual que sea aquí o en otro lugar.

—Si la suerte está con vosotras y podéis evitar los duelos esta noche, creo que

mañana podré... —dijo Ilona.

Sentí que el vestido se estrechaba y después se aflojaba sobre mi cuerpo.

—¡Combate!

—Sí —le contesté.

Me obligué a relajarme. Incluso si vencía esa noche, sería una criatura perseguida. Podía verlo en los ojos de todas las mujeres y los hombres reunidos en las plataformas de las grandes familias. El fauno me había dicho que pasara por ese mundo para llegar al Reino de Verano. No me había advertido de que, una vez que llegara, podía no escapar jamás.

¡El sonido sordo! La daga del reto clavó la manga de Ilona a la silla. La daga venía de la plataforma negra.

Me levanté y vi las piedras octogonales saliendo del agua. La plataforma de raíces también había desaparecido y las mismas piedras surgieron del lecho del río para formar un espacio de duelo para mí. Levanté la vista hacia el árbol. Casi lo había olvidado. Había estado tan preocupada por las personas. Pero él se arqueaba sobre nuestras cabezas, verde bajo la luz de los ojos de insecto. Desenvainé mi espada y lo saludé.

Descendí por las piedras hasta que llegué a la plataforma. Era ancha e impresionante, estaba a cierta altura del ensordecedor río. Cuando llegué me di cuenta de que podía contemplar toda la ciudad.

Mi retador era enorme, casi tan grande como los Fir Blog. Pero era un hombre. Era rápido, me percaté al verle saltar de piedra en piedra. Tenía el aspecto frío y confiado de un guerrero con mucha experiencia. Todo el mundo se puso a murmurar cuando vieron de quién se trataba. Su armadura era más práctica que ornamental. Cuando llegó a la plataforma, desenvainó la espada. La mía ya lo estaba. Me saludó.

—Vaya, eres una encantadora virgen. —Parecía condescendiente.

—Gracias, y espero seguir siéndolo.

Se rió.

—No tienes ninguna posibilidad, querida mía. Saldrás mucho mejor parada si llegas a un acuerdo conmigo ahora. Toleraré unos pocos pases inofensivos para que tu dignidad quede a salvo. Entonces resbalas. Te pongo la espada en la garganta y se acaba la pelea.

—¿Y si no estoy de acuerdo? —Me sorprendí de mi propio tono calmado.

Algo horrible se reflejó en sus ojos.

—Dicen que desconoces nuestras maneras. Así que será mejor que te explique lo que le sucede a una Mujer de Desafío cuando es capturada. Los hombres de la familia que la captura poseen su cuerpo. Todos los hombres. Pero yo puedo defenderte esta noche y decir que eres sólo mía. O puede cederte a quien yo quiera. Ésas son las normas. La primera noche de una mujer nueva puede ser..., digamos que muy dolorosa.

Me hice una idea, pero no me importaba mucho porque me prometí no soportar

una segunda noche. Y supe que así sería. Quizá Albe pudiera llegar a tiempo, pero eso no importaba, a pesar de que estaba segura de que mi cabeza sería un poderoso talismán para los pictos. Pero si ella no llegaba, yo misma podía hacerlo.

¿Estaba en silencio el Salón del Árbol o el rugido de los rápidos ahogaba el murmullo de todas las voces? No. Miré a los espectadores y vi que nos observaban absortos.

—¿Y bien? —me preguntó el hombre.

—Se hará como deseas. Pero, por favor, unos pocos pases para salvaguardar mi dignidad.

—Muy bien.

—Y espero que seas un hombre de palabra.

—Comprobarás que así es, pequeña.

Entonces avanzó hacia mí.

Yo retrocedí como si estuviera nerviosa hacia el extremo de la plataforma.

—Ahora no saltes al río —me advirtió mientras levantaba la espada.

Salté hacia delante, sólo un poco fuera de su mundo. Esperaba que lo suficiente. Lo atravesé. Había oscuridad y olor a estiércol.

Un segundo después, estaba a sus espaldas. Esta vez no había tiempo para detenerlo. El salto del salmón, los dos pies en el aire. Ahora estábamos en el mismo mundo. Mis dos pies lo golpearon en la espalda. Caí al suelo rodando y vi que mi estrategia había funcionado. Él cayó por el extremo de la plataforma a los rápidos.

Los vítores hicieron temblar la luz. Alcé la espada. Más vítores resonaron a mi alrededor. También me felicitaban de otro sitio.

—¿Por qué no me has dicho lo que ibas a hacer? —La malla sobre mi torso se levantó alarmada.

—¿Y descubrir el truco?

—¡Es cierto! ¿Cuál es el problema? Estás tensa como un nervio seco.

—Ése era uno. Todavía quedan siete.

Miré río abajo y vi que algunas personas ayudaban a mi oponente a salir del agua. En ese mismo momento vi que una segunda daga volaba hacia la plataforma donde estaba el Círculo de las Adivinatoras. Incluso desde mi posición podía ver que era roja.

El cabeza de la familia roja se levantó. Un murmullo recorrió la multitud...

—Ese truco no funcionará dos veces —le dije a mi compañero invisible.

—No, pero en esta ocasión no creo que te enfrentes a un humano.

Me di cuenta de que mi compañero tenía razón. Las piezas de la armadura de la parte delantera del líder de la familia roja se habían levantado por propia voluntad y se habían colocado para formar la semblanza de un guerrero.

—Me pregunto de dónde habrá sacado eso. Es muy peligroso.

—Eso no es de mucha ayuda. ¿Qué es? —pregunté.

Mi compañero estaba extrañamente silencioso.

Casco, coraza, protectores para los brazos, las piernas y los muslos y zapatos. Todas las piezas se sostenían en el aire y se transformaron en un guerrero vivo. Un guante de malla se extendió para recibir la espada. Alguien le puso la empuñadura en la mano.

—No sé lo que es —acabó diciendo mi compañero invisible.

Un escudo se levantó de la mesa y se situó enfrente del brazo de aquella cosa. Las piedras empezaron a alzarse en dirección a la plataforma roja. Cuando estuvieron en su sitio, aquella criatura saltó ágilmente a la primera y se dirigió hacia mí.

—Es un constructo. Algo como una herramienta que se arma para solucionar un problema.

—No me sirve de mucho. ¿Cómo puedo derrotarlo? —pregunté.

En ese momento saltaba de la última de las piedras a la plataforma y estaba sobre mí un segundo después. Durante un minuto estuve todo lo ocupada que puede estarlo un guerrero. Nuestras espadas entrecrocaban y salían chispas disparadas mientras esquivaba su ataque, más fiero que ninguno que hubiera recibido hasta entonces. Dancé en círculo, intentando alejarme de la espada voladora y del casco vacío.

Podía ver el salón a través de las uniones de mi adversario. Era como si me enfrentara a un enemigo invisible. Recurrí a una variante del truco que había utilizado con el primer espadachín. Casi me mata.

Me alejé de ese mundo sólo un poco y dejé que la espada me atravesara. La sentí, pero yo no era más que un espectro para la fuerza del golpe. Eso me dio un golpe limpio en el espacio entre el casco y la placa del pecho. O donde habría estado el cuello de un humano. La hoja de mi espada no atravesó más que el aire y, ya que había regresado completamente para poder dar un buen golpe, la espada de mi enemigo me golpeó en la cintura.

Chocó contra la malla de anillos y me tiró al suelo. Lo siguiente que vi fue la espada de aquella criatura descendiendo sobre mi rostro. Me aparte rodando y me alejé lo suficiente para ponerme de pie de un salto. La criatura me atrapó en un segundo y al momento estaba evitando a la desesperada una lluvia de golpes.

Huí al único lugar que podía ofrecerme un respiro, el mundo del que venía la malla de anillos. Un segundo después, la lluvia resbalaba por mi rostro. Mi compañero me ofreció una vista de las ruinas. Me di cuenta de que no estaba en el mismo lugar al que había ido la vez anterior. Estaba al otro lado de la maraña de torres en ruinas, en una escalera ancha y baja.

Ya había estado allí cuando huía del cazador de peces. El cazador de peces, el rey Bade, enviado para robar «Su» charca. Había intentado tocar con sus manos los poderes inmortales. «Ella» me utilizó para rechazarlo.

La enorme cámara del arco iris apareció a mi izquierda. Incluso entre el resplandor de las nubes de la tormenta perpetua resplandecía blanco, reflejaba los peldaños curvos en los que yo estaba. Verde, dorado, arremolinados como las nubes de tormenta del cielo iluminadas por relámpagos azules y la lluvia plateada. Había

cogido la cabeza del fauno en la cámara.

Lo llamé y los muros giraron en una sinfonía verde, plateada, por último dorada. Mi compañero invisible dio un grito de asombro.

—¡Avísame cuando vayas a hacer cosas así!

No me dio tiempo a contestar. La armadura roja me había seguido a ese mundo.

—Eres sensiblemente más fuerte. Intenta derribarlo —exclamó mi compañero.

Me deslicé al lado izquierdo de la criatura y clavé la espada con fuerza en su protector de la espinilla. El escudo me golpeó, pero la malla de anillos me protegía el torso. Retrocedí y al hacerlo vi que mi golpe había sido perfecto.

Aquella cosa había estado girando sobre esa pierna para seguirme. La otra pierna estaba en el aire. Le golpeé ambas. Cayó con un crujido, todas las piezas que lo componían salieron volando.

—¡El casco! ¡El casco! ¡Gracias a él puede ver! —gritó mi compañero.

Lancé mi escudo. El casco era de estilo griego, grandes piezas sobre las mejillas y sólo una abertura con forma de «T» para los ojos y la boca. Intentó apartarse de mí pero lo cogí por una de las piezas de la mejilla, apreté el protector de la nariz y dirigí las cuencas de los ojos hacia mi cuerpo, tratando de cegarlo.

—¡Tenemos que regresar! —grité.

Me daba miedo dar el salto. Los movimientos en ese mundo podían hacerme caer en el río en el otro.

—Shhh. Estoy intentándolo... ¡Ahora!

Di el salto. En realidad, estaba un poco por encima de la plataforma. Caí de rodillas, al borde. Arrojé el casco al río justo cuando la espada me daba en el brazo. La armadura rechazó la mayor parte de la fuerza del golpe, pero la mano y el brazo derecho se empaparon de la sangre que manaba de una herida justo encima del codo.

Con la mano izquierda cogí la empuñadura de la espada. La blandí sobre la cabeza y la lancé a los rápidos que rodeaban la plataforma. Desapareció. Las piezas que quedaban se lanzaron contra mí, pero una a una las cogí y las arrojé al río.

El escudo fue lo que me dio más problemas. Era triangular. Voló hacia mí con el tachón por delante. Lo rechacé con un golpe de la espada que lo mandó al agua. Una vez sobre el río, fuera cual fuese el poder que tenía la criatura parecía desaparecer, y se hundió en el agua, como todas las demás piezas.

Me quedé en la plataforma, tambaleándome.

—Dos fuera. Quedan cinco. No sé si aún tengo fuerzas —susurré.

La malla se levantó sobre mi torso y sentí que la fuerza volvía a mi cuerpo. Se me aclaró la vista, se secó el sudor sobre mi cuerpo. Mi respiración se calmó. Antes sentía calor, ahora una brisa fresca me acariciaba la piel.

Los presentes en el Salón del Árbol se dejaban llevar por el entusiasmo más loco. Los vítores hacían estremecer a las luces.

—¿Cuántas veces puedes hacer eso? —pregunté a mi amigo.

—No eternamente. Sólo dos o tres veces más y después te matará.

—¿Por qué?

—¡Conceptos limitados! ¡Es difícil!

—¡Inténtalo!

—Recurro a tus..., tu capacidad sin utilizar. Eres un ser racional más pequeño de lo que yo estoy acostumbrado.

—¿Ser racional?

—Ser inteligente. La Fand no lo era, no era inteligente. Tú sí, pero pequeño. Tus capacidades son finitas.

—¿Cuánto falta para el amanecer?

—¡Dios mío! ¡Poco! ¡Eso podría salvarte!

—Eso espero.

Los vítores se apagaban, pero vi algo que no era muy buena señal. Los cabezas de todas las grandes familias estaban reunidos en una plataforma. Baje la vista a mi brazo derecho y vi que la herida estaba cicatrizando y medio curada. Tenía la empuñadura de la espada fuertemente cogida e intenté relajar los dedos, pero eran como garras.

—Es mejor que no lo hagas. Dobla los dedos un poco. Intenta relajarte, pero no la sueltes —me dijo mi compañero.

El salón estaba en silencio. Todas las miradas estaban fijadas en mí o en la plataforma en la que se hallaban reunidos los cabezas de familia. Discutían violentamente. Parecía que cinco estaban de acuerdo en algo, pero había dos que se negaban.

Al final los dos, el dorado y el bronceado, cedieron y formaron un círculo, cada uno con los brazos sobre los hombros del que tenían a los lados: rojo, negro, blanco, dorado, plateado, bronceado y cristal. Una oleada de frío me recorrió el cuerpo. Era una sensación muy parecida a la que había tenido cuando atravesé el cuerpo del primer guerrero.

La luz de las lámparas se debilitó, se acabó apagando y vi que la luz empezaba a iluminar las torres blancas que eran el pináculo de la ciudad. Entonces las luces volvieron a encenderse y el círculo se deshizo. Había un guerrero en el centro del círculo que hasta entonces había estado vacío.

Su ropa era variopinta, es decir, vestía los colores de las siete familias. Una pierna era negra; la otra, roja. Un lateral de su torso era dorado; el otro, plateado. Un brazo blanco; el otro, del color del bronce. El casco era de cristal.

Sentí que una especie de suspiro estremecía la multitud. El rostro que cubría el casco era el de una calavera. La voz era tan potente que creo que todos los congregados en el salón oyeron perfectamente cada una de las palabras.

—¡Doncella! ¡Prepárate! Yo soy el elegido, el único, el pretendiente jamás rechazado. ¡La muerte!



Lancelot y la Dama del Lago descubrieron que el hechicero se había ido.

—¡Oh, perfecto! Ahora lo has perdido —dijo el muchacho.

—Yo no he perdido nada, tonto.

Lancelot comía un melocotón maduro que acababa de coger de la mesa del porche de la casa mientras admiraba el bol de cristal que había conjurado para convencerla de sus nuevos poderes.

—El paraíso. Quizá Cregan tenía razón.

—No. Hay demasiado humano en ti. Primero te aburrirías y al final acabarías volviéndote loco.

—No te dije lo que me dijo Cregan —comentó el muchacho.

—No hace falta. Sé lo que Cregan diría —repuso ella con voz cortante mientras observaba la playa en todas direcciones—. Cierra la boa y ayúdame a buscarlo. No puede haber ido muy lejos.

Lancelot suspiró y se sintió molesto por una vaga sensación de que faltaba algo mientras terminaba el melocotón. Se quitó el casco y lo lanzó al aire. Se convirtió en cuervo y se posó en la mesa, junto a la comida. Lo observó con sus ojos rojos.

—Hay otro humano por aquí. —Se volvió hacia ella—. No hay muchos por estos alrededores. ¿Me equivoco?

—No —contestó ella doblando los brazos—. Por lo que sé, tú, Merlín y yo somos los únicos.

—Así que uno de nosotros ha desaparecido. Vete a ver si puedes encontrarlo. Y no te pases todo el día intentándolo. —Estaba enfadado porque lo había llamado tonto.

—Altivos y poderosos, así somos, ¿verdad? —dijo el pájaro.

—¡Por favor! —añadió Lancelot.

—Así está mejor —respondió el pájaro.

Echó a volar. Trazaba círculos cada vez más amplios y a más altura, hasta que desapareció en el azul intenso.

Lancelot se sirvió un poco de pan, mantequilla y requesón.

—Seguramente no tardará mucho —decía al mismo tiempo—. Y mientras esperamos, ¿por qué no te pones algo de ropa? Quiero decir que vamos a encontrarnos con ese hechicero y seguro que no quieres que te vea como estás ahora.

Ella bajó la vista hacia el vestido verde y dorado de hojas de sauce, después lo miró a los ojos.

—Dirígete a mí con un lenguaje respetuoso. Escúchame. Sea lo que sea lo que te parezca a ti, no soy, y lo repito, no soy una humana. Y lo que llevo y lo que dejo de llevar no es asunto tuyo. ¿Entendido?

—Mil disculpas, mi majestad. ¿Ha ofendido este humilde siervo a la señora? Pero sigo sin entender por qué quieres pasearte medio desnuda delante de ese viejo corrupto y sucio. ¿Qué pasa? ¿Es que te gusta ver cómo se excita mirando tu...

amplitud?

—¿Mi qué? —preguntó ella entre risas.

—¡Amplitud!

—Dios mío, había oído utilizar muchos nombres, algunos muy vulgares, pero nadie se había referido a mi «amplitud» antes. ¡No! Créeme. No piensa en mí como mujer. Al menos, no desde que quemé toda su ropa, su barba y parte del cabello.

—¿Puedes hacer cosas así?

—Vaya, por todos los santos. Ya viste todo lo que puedo hacer cuando quiero. Y él estaba sucio. Era asqueroso. Tenía cosas caminando por el pelo y en la barba. Y un grupo aún más selecto alrededor de las ingles. Sus ropas intentaron escabullirse ellas solas cuando las atrapé, y llevé a cabo otra masacre.

»Para entonces ya estaba pataleando y gritando como un niño de dos años enrabiado —siguió explicando—. Lo hundí en el mar cuatro veces. Eso lo tranquilizó un poco. Entonces le tapé la nariz y le hice tragar una poción. Una poción que le devolvió la cordura. Y cuando se despejó, estaba más asustado todavía que cuando estaba fuera de sí. Lo presioné un poco para que hablara y cantó como un pajarito. Y hablando de pájaros... —su voz se fue apagando cuando el cuervo se posó.

—Más o menos tres kilómetros por la playa en esa dirección. —El pájaro hizo un gesto con el pico señalando a la derecha, después volvió a convertirse en el casco.

Los ojos rojos hicieron lo que solían hacer siempre, relampaguearon, contemplaron el mundo un momento y se cerraron.

—Suenas asqueroso —dijo Lancelot.

—Hablando de cosas asquerosas, ¿hace cuánto que...?

Lancelot se rascó la cabeza. El pelo rizado y corto estaba tieso a causa del sudor seco, el humo y el polvo.

—Demasiado —admitió, y entró en la casa para utilizar la charca.

Después de que se hubiese frotado la mayor parte de la suciedad acumulada, ella se unió a él. Se lavaban uno a otro cuando Lancelot dijo:

—Si no eres una mujer, no sé qué eres. Parece que todo está aquí y dispuesto para el mayor placer.

La muchacha lo besó. Las manos de Lancelot se movieron placenteras y expertamente mientras ella hacía lo mismo. Su respiración se aceleró.

—Estás mejorando —le dijo entrecortadamente a Lancelot.

—Es normal, estoy adquiriendo mucha experiencia.

—¡Oh, shhh! —lo interrumpió ella con un gesto.

Al lado de la charca apareció una tela grande, suave y esponjosa. Lancelot cogió a la muchacha en brazos y la llevó a ella.

A partir de ese momento, ambos profirieron una serie de sonidos, pero ninguno dijo nada más. Durante un buen rato. Hasta que el sol del atardecer encontró el rostro del muchacho y brilló en sus ojos.

—Supongo que será mejor que vayamos a hablar con él.

Los dos se levantaron. Lancelot se sorprendió al ver que ella se ponía una túnica de seda rosa bordada en el cuello y con un broche de oro y perlas. La tapaba desde el cuello hasta los tobillos. Encontró otra túnica de seda del color del acero para él. Se sujetaba en los hombros con alfileres de cabeza de lobo y tenía un ancho cinturón de hilos de oro.

—¿De dónde...? —preguntó Lancelot señalando a su vestido.

—Popea. La esposa de Nerón. La vestí el día de su incineración. Ese hijo de puta le dio un magnífico funeral. Así debía ser. La mató a patadas cuando estaba embarazada. Siguió dándole patadas y puñetazos en el vientre hasta que abortó y perdió al niño. Los médicos griegos y las parteras no pudieron hacer nada por parar la hemorragia. Murió esa noche. Él se volvió loco de dolor.

Lancelot miró su propia túnica horrorizado.

—¿Esta...?

—Fue una ofrenda en la pira funeraria. Pero no era la que vestía el cadáver. Los alfileres y el cinturón provienen de un sepulcro del centro de la península Itálica.

—¿Vas a sitios así?

—Tengo cosas que hacer allí, y no seas entrometido. Además, tardaría horas en explicarte las circunstancias de mi visita. Y sí, voy a todo tipo de lugares y no te debo ninguna clase de explicación. ¡Mierda! —masculló—. Les dejas acercarse un poco, revolcarse un poco sobre el heno y ya se comportan como si...

—¡Muy bien! ¡Muy bien! Ya capto el mensaje —gruñó Lancelot.

—No, no creo que lo entiendas —respondió ella gravemente—. Y te sientes con libertad para desaprobarme todo lo que te parece, pero date un descanso. Al menos por ahora.

La muchacha empezó a caminar en la dirección que les había indicado el cuervo.

Lancelot la siguió. No importaba lo que lo enfadara a veces, los rescoldos apasionados de hacer el amor seguían en él y se dio cuenta de que era incapaz de seguir enfadado con ella. Pero que le recordara con frecuencia que no era realmente humana y que su relación dependía de lo indulgente que fuera con él, despertaba una rabia celosa en su alma.

La tomó de la mano y caminaron juntos. Entrelazaron los dedos.

—Simplemente estoy celoso. No soporto la idea de perderte. Pero he oído muchas historias sobre mortales y seres como tú. Nunca acaban demasiado bien.

—Por eso has oído hablar de ellas. Nadie cuenta las historias que tienen un final feliz.

—¿Algunas lo tienen?

—La mayoría sí. Nosotros somos individuos estables. Sabemos lo que nos gusta, y lo que no nos gusta y nunca nos da vergüenza decir en voz alta lo que pensamos. Creo que nuestra relación es de las prometedoras.

—Eso hace que me sienta mejor. Sólo espero que cuando encontremos a Merlín el

sol no le haya frito el cerebro.

—No. Hay construcciones a lo largo de toda la costa. Seguramente una de ellas se ha materializado para él.

—¿Qué? ¿Hay otros edificios por aquí?

—Sí, pero no es fácil verlos.

—Ropas de muertos. Edificios invisibles. ¿Qué más...?

—Tranquilízate. No son ropas de muerto. Cuando las devora el fuego de la pira, me pertenecen. Y en cuanto a las construcciones, no estoy muy segura de que puedas llamarlas edificios. No son invisibles. Simplemente están en otro sitio.

—¿Cómo hicieron eso?

—Es como el pasadizo entre los mundos. Nadie lo sabe.

—¿Por qué?

—No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que su habilidad para desmaterializarse es lo que les protege. Y cuando estudiamos el fenómeno hace mucho, ésa fue la mejor y la única explicación a la que pudimos llegar. Cuando quieres que algo dure mucho tiempo, lo construyes con materiales resistentes. Pero si quieres que algo dure eternamente, lo dispones de manera que pueda ocupar los espacios entre los hilos que forman la sustancia y evitas los deterioros producidos por el calor, el frío, el viento y la lluvia.

—¿Estás segura de que eso es una explicación?

—No, pero ¿tienes otra mejor? ¡Mira! —añadió señalando hacia delante.

Vio lo que parecía un pequeño bosque de columnas blancas en un promontorio que dominaba el mar.

—Estará allí —dijo la muchacha confiada.

—¿Cómo haces que aparezcan?

—A veces no se puede —respondió ella compungida—. Una vez mi casa desapareció. No la había visitado en mucho tiempo, quizá unos pocos cientos de años y supongo que se cansó de esperar. Tuve que acampar en el manantial que da agua a la charca del baño y que nos proporciona agua potable. Eso no me supone ningún problema. Hay una hermosa cueva a la que le llega la luz del sol por unos huecos situados en el techo de piedra. Las paredes y el suelo tienen diminutos cristales de cuarzo. Brillan como impoluta nieve en un día despejado cuando la luz se filtra a través de la cueva. Pero hace mucho frío de noche. Tú necesitarías tu piel de lobo.

—¿Y la casa?

—Ah, después de un tiempo, volvió. Ahora me preocupo de comprobar periódicamente, cada veinticinco años o así que sigue aquí.

El terreno era escarpado en esa zona. La playa era ahora de guijarros, y las piedras oscuras que parecían restos de una antigua corriente de lava formaban una pequeña península que se metía en el océano. Una escalera ancha y baja llevaba a lo alto del promontorio.

Merlín estaba sentado en un asiento de piedra en medio del jardín ligeramente

hundido, contemplando el mar. Estaba, como ella había dicho, afeitado y tenía el cabello moteado de gris. Vestía una túnica limpia de algodón del color de las prendas hechas artesanalmente. Cuando llegaron a lo alto de la escalera, se volvió para mirarlos. La expresión de horror controlado en sus ojos sacudió a Lancelot.

—Pensé que te volvería a ver. Y al pájaro. Por aquí no hay pájaros. Supe que tenía que ser un mensajero —dijo el hechicero.

A Lancelot el pabellón le recordó un grupo de champiñones. Esbeltos y blancos, ¿eran blancos? Parecía que recogían el azul del cielo. Las columnas salían de fisuras de la roca pulida que pisaban. Cada columna se abría en un delicado parasol de piedra. Se superponían unos a otros en un extraño dibujo que creaba áreas de luz y de espesas sombras. Y, como los champiñones, estaban dispuestos en forma de anillo alrededor de un jardín bañado de sol.

El anillo exterior lo formaban pequeñas higueras cargadas de fruta. El segundo anillo estaba compuesto por groselleros también cargados de sus frutos rojos y translúcidos. El anillo más cercano a una pequeña charca era de rosales. A Lancelot le recordaron escaramujos, blancos con la punta rosa y muchos estambres dorados.

Pero nunca había visto escaramujos tan grandes; cada flor era más grande que la palma de su mano extendida. Ni tan olorosos; cada vez que la brisa marina soplaba, el aire se cargaba de su seductora fragancia. El hechicero se estremeció como si lo recorriera un escalofrío.

—¿Durante cuánto tiempo estaré en mis cabales?

Había dos sillas más y un banco alrededor del jardín. Ella señaló una de las sillas y apareció un par de almohadones.

—Aquí tienes un almohadón —le dijo a Merlín—. Estarás cuerdo mientras permanezcas aquí.

—Así que estoy atrapado.

—Es una manera de decirlo. También podrías decir que yo te rescaté. Pero digas lo que digas, no hay una sola cosa que yo pueda hacer contra la maldición del rey Bade.

—¿No puedes o no quieres hacer nada?

—Las dos cosas —contestó la muchacha mientras se sentaba en otra silla que tenía un almohadón.

Lancelot se acomodó en el banco.

—Bade no es un dios, pero, si hay alguien que se parezca a los dioses, es él. No me quiero entrometer en los problemas entre un nigromante barato como tú y el último representante de los seres que una vez aspiraron a comprender la totalidad del universo.

—Está medio loco —espetó Merlín.

—Deja que te diga una cosa. Incluso medio loco, Bade es todavía cien veces más astuto y capaz de lo que tú has soñado ser jamás, ni siquiera en los días más gloriosos de tu existencia.

Merlín le dedicó una mirada llena de odio.

—Ni lo pienses —le dijo ella.

Los brillantes ojos oscuros se posaron en Lancelot.

—¿Éste es tu amado?

—Eso no es asunto tuyo. Lo he traído aquí porque es el hermanastro de Guinevere y necesita saber lo que le ha pasado a ella y a su prometido, el joven rey. Ayer te faltó tiempo para decirme todo lo que sabías. ¿Qué te pasa hoy? ¿Intentas conseguir un *quid pro quo*? Si es eso lo que te bulle en esa tortuosa cabeza, olvídale. Si intentas jugármela, te hundiré la cabeza en el mar hasta que me supliques que te deje hablar. No eres el primer buitre aprovechado, el primer parásito que quiere aprovecharse de los restos de una magnífica civilización. Los tipos como tú me sacan de mis casillas y no sabes cómo me molesta tener que compartir mi paraíso con una basura como tú. Pero con la intención de apaciguar tu sufrimiento y a cambio de tu ayuda, lo haré. Pero no me pidas nada más. Es todo lo que vas a conseguir de mí. No te voy a ayudar a molestar al resto de la sufrida raza humana.

—Todo el mundo sabe siempre su posición respecto a ti, ¿verdad? —dijo Lancelot.

—Verdad. No puedes ser más clara —dijo Merlín—. Lo cierto es que no sé todo lo que me gustaría. Pero lo que sé, lo compartiré con vosotros. Los oráculos comenzaron a hablar de los dos antes de que nacieran. Pero me imagino que tú, mi señora, estarás bien informada de todo lo referido a la adivinación.

Ella asintió.

—Un proceso difícil y peligroso.

—Exactamente. No sabía lo que auguraban, sólo que era algo importante. Muy importante. Increíblemente importante. Y lo peor de todo era que no sabía el qué. Consulté a otros adivinadores. Parecía que ellos sabían todavía menos que yo. Así que...

—Intentaste matarnos —dijo Lancelot.

—Sí, lo primero que hice fue eso. Lo intenté con todas mis fuerzas. Después utilicé mis méritos con el Señor de los Muertos para tratar de vincularla a otro hombre. Fracasó. Estaba muy sorprendido. Sin duda el poder de sus manos era superior a la fuerza de voluntad de ningún mortal. Pero ella no sólo logró derrotarlo, sino que además se hizo con el jabalí como aliado, el siervo de Dis, Talorcan. Que Dios me ayude, ¡a él le gustaba!

—Y a mí también —dijo Lancelot.

Merlín suspiró.

—Seguro que tiene muchas cosas dignas de gustar. Arturo estaba completamente enamorado. Juntos pueden ser una combinación imbatible.

La Dama del Lago parecía apenada. Lancelot no apartaba la vista del mar inmóvil. Merlín hizo ademán de levantarse.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella.

—Estoy seco. Hablar da mucha sed.

Un segundo después apareció una copa en la mano de la muchacha. Se la ofreció.

—¿Qué contiene? —preguntó él, aceptándola cautelosamente.

—Lo que quieras.

Bebió un sorbo.

—Un vino tolerablemente bueno —dijo sorprendido.

—Muy bien. Quédatela. No tienes que preocuparte de si se vacía.

—¿Siempre permanece llena?

—Sí. Tengo todo el juego. Éstas están adornadas con ópalos. Continúa la historia.

—Sabes de qué lado estoy, ¿verdad?

—Del tuyo —le espetó ella.

—¡No! Estoy del lado de los terratenientes civilizados del sur. Al final ellos serán los que dominen el reino. Arturo no era de confianza. Como gran rey vi claramente que seguiría los pasos de su padre. Y permitiría que las tribus bárbaras tuvieran el mismo peso en el gobierno.

—Así que decidiste encerrarlo a él también.

Merlín casi parecía triste.

—El Gran Reino ha perdurado tanto tiempo... Incluso antes de que llegaran los romanos, venían grupos del continente que querían acabar con él. Todos fracasaron. Muchos pensaron que los romanos lo conseguirían, pero yo creo que en cierta manera, a largo plazo, la resistencia fortaleció a esos reyes de leyenda. La marea romana se estrelló contra las montañas de Escocia. Entonces se retiró lentamente, alejándose, hasta que desaparecieron. Lo único que queda de su grandiosidad son unas pocas villas desperdigadas y una muralla abandonada.

El hechicero suspiró.

—Aquellos oráculos no me habían prevenido lo suficiente. Arturo no permaneció prisionero de Bade. Está libre y ha retado con éxito al poder de Bade.

—Esa parte no me queda muy clara. ¿Cómo demonios lograste que Bade actuara como carcelero de Arturo? —preguntó la joven.

Merlín tenía una expresión severa.

—No. No me mientas. Si aprecias tu vida, no lo hagas. Quiero la verdad —añadió ella con voz tranquila.

—Él..., él tenía una deuda conmigo.

—¿Por qué?

—Le envié muchos esclavos.

Ella comenzó a reírse.

—Arturo es un rey y ellos tienen derecho a pedirle su ayuda. Pero si Bade es tan poderoso como dices, ¿cómo puede vencer a un humano? —preguntó Lancelot.

—No tiene que derrotarlo, simplemente limitarlo. Y eso es posible —respondió Merlín.

—Creo que ahí es donde entras tú —añadió ella.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Lancelot.

Ella no respondió, sólo lo miró a los ojos. El joven sostuvo su mirada un momento, después bajó los ojos.

—¿Estáis aquí? —preguntó en voz baja.

Media docena de cuervos descendieron volando y a su lado, en el banco, aparecieron su casco, el cinto y la espada.

—Sí, hay cosas que puedo hacer. Pero ¿qué pasa con ella?

—Ella está en la Ciudad del Fuego. Su camino es sólo suyo y tú no formas parte de él —dijo Merlín.

Se quedó en silencio un momento, con los ojos cerrados.

—No, ella ya ha perdido o ganado. No sé cuál de las dos cosas. No lo sé. Pero no hay ningún modo de que tú llegues allí. Si ha salido victoriosa, se reunirá contigo en el Reino de Verano. Si no, no sé cuál es su destino. Éstas son mis últimas palabras.

Miró a Lancelot.

—He dicho la verdad y nada más que la verdad. Vosotros tres estáis marcados entre los inmortales y, en muchos sentidos, nunca moriréis. En parte os perseguí tan incansablemente porque en mi alma ardía la envidia. El rey es un sueño de poder. Ella, Guinevere, es un sueño de belleza y tú eres un sueño de valentía. Y entre los tres hay un sueño de amor. No puedo pensar que ella pierda. Tú y Arturo sois su destino. Ningún ser menor podría destruirla.

El hechicero se volvió hacia la Dama del Lago.

—¿Estás satisfecha?

Ella asintió.

—Sí, has cumplido e incluso superado mis expectativas, hechicero.

El sol todavía brillaba en el cielo, pero poco a poco descendía hacia el horizonte. Las sombras se alargaban y se levantaba viento. Merlín volvió a alzar la copa de vino y bebió.

—¿Hay algún pez en esta gran masa de agua? —preguntó señalando e mar.

—Alguno. Hay que abrirlos como si fuesen ostras. Tienen grandes escamas sobre el cuerpo, pero la carne de dentro es realmente buena.

—Allí... —El hechicero señalaba los matorrales bajos que crecían tras la playa—. Encontré algunos dormitorios y un hogar. Supongo que sería mejor que me instalara. También hay una red.

—La podríamos arrastrar —dijo ella.

—¿Algún consejo más? —preguntó Lancelot a Merlín.

—No se me ocurre ninguno. Además, tú, ella y Arturo os habéis desenvuelto perfectamente hasta ahora. En este caso, yo soy el perdedor.

—Voy a buscar la red —dijo ella; después señaló a Merlín—. Enciende un fuego. Y no bebas demasiado de esa copa. Espera a tener un poco de comida en el estómago.

—¿Y qué pasa con estos extraños atuendos? —protestó Lancelot—. Estropearás ese vestido tan caro. ¿Y mi túnica?

—Los cuervos pueden traerte una armadura y yo me cubriré con varec.

—¿Varec? ¿Qué demonios es el varec?

—Algas marinas. Por la noche hace frío y el varec me protegerá.

—¿Cómo te va a mantener caliente un alga fría y húmeda?

—¡Ya basta! Llevo todo el día explicándote cosas. Dame un respiro y vamos a buscar esa red.



CAPÍTULO 9

Arturo visitó de nuevo el águila. Observó cómo bajaba por el bosque hacia el río y decidió que tenía que haber rastros de animales de caza paralelos al río que lo llevarían sin demasiado esfuerzo hacia las tierras bajas que rodeaban la fortaleza del rey Bade.

A veces estaba más tiempo del necesario con el pájaro. Le gustaba su manera de ser. Era penetrante y sosegada, sin ningún miedo ni ansiedad. Ella sabía quién era y lo que su gente había sido desde tiempos inmemoriales. Cuando no tenían plumas y cazaban en los claros sombríos de un bosque primordial, lleno de cícadas y helechos. Los insectos tenían alas, pero por aquel entonces todavía no. Zarpas en los dedos de manos y pies les daban el dominio de los altos doseles desde donde se precipitaban de árbol en árbol con la agilidad sólo comparable ahora con la de los monos.

Al principio los cielos estaban cargados de lluvia. Las nubes eran espesas, y el verde de los bosques donde los árboles se apilaban sobre árboles quemados chocaba contra la nube gris que se deslizaba a la deriva y parecía pasar volando sin fin. En el tiempo en que los cielos se despejaron, vino el frío y con él las plumas que hicieron posible el milagro de volar.

Él disfrutaba de su serenidad, de su confianza. Era bueno deshacerse de su complejidad humana y unirse a su visión simple y clara.

«Quizá —pensó Arturo, en lo alto de unas termas una mañana, volando cada vez más y más alto— eso fue lo que les pasó a los viajeros perdidos en este oscuro bosque. Entregaron sus almas a una experiencia que puso fin a sus tormentos mortales y los llenó la paz».

Había una certeza absoluta acerca de su vida. No había zonas en penumbra. Ella amaba a su cónyuge y lo recibía con una pasión muy pura cuando se abrazaban, bajando en espiral hacia las copas de los árboles. Hacían el amor una y otra vez y parecía que nunca tenían suficiente el uno del otro.

Huevos y crías. Estaba llena de vida y de fuerza.

Afilaron sus herramientas en el inmenso abismo de aire entre las nubes y el bosque, asegurándose de que sus crías estaban alimentadas. Luego los polluelos se fueron y tanto él como ella se quedaron juntos y solos. Hoy era un ayer y mañana nada cambiaría, todo sería lo mismo. Era un mundo sin fin, no un ruego sino una realidad que brillaba en la paz más absoluta.

Aconteció entonces que él también supo quién era. No tenía dudas y su mente

alcanzó ese punto de paz, la inmensa tranquilidad que es la sabiduría de Dios. Miró la puesta de sol rodeando al perro con el brazo. El sol teñía el horizonte dorado y una luz azul verdosa brillaba en el bosque.

—¿Me traicionaste? —le preguntó al perro—. Llévame a enfrentarme con el mayor enemigo de mi especie en este mundo.

Por supuesto, no obtuvo respuesta. Pero pudo dormir muy tranquilo.

Al día siguiente notó que se le abría el apetito mientras él y *Bax* partían hacia un bosque más convencional. Había rastros de animales de caza y claros donde podía ver el sol durante el día y la luna y las estrellas por la noche. La primera noche puso trampas para conejos y consiguió tres. Cogió el tendón y la tripa necesaria para construir un arco y dio el resto a *Bax* para que comiera. Luego se agachó cerca de un pequeño riachuelo que era afluente del río que partía en dos el valle.

Puso las manos en el agua. Sintió el frío en los símbolos que marcaban las palmas de sus manos. Había construido su primer arco con un tejo. El frío penetró en sus palmas, subió hacia sus brazos y entró en su corazón.

El rey tenía otra obligación. Era sacerdote, general, jefe de Estado. Y era su deber, y lo había sido desde los romanos y los reyes etruscos, consultar a los dioses. Ambos sacerdocios, pagano y cristiano, habían hecho todo lo posible para arrancar la responsabilidad del éxtasis sagrado del soberano, aunque nadie había sido nunca capaz de negarlos.

Jamás se había escogido a ningún gran rey que no perteneciera a una de las grandes sociedades guerreras, y para entrar en una hombres y mujeres tenían que ser capaces de hacer el viaje sagrado. Él mismo hizo uno y «Ella» vino a él. El recuerdo lo estremeció. Tenía las marcas; las cuatro zarpas del oso rayaban su hombro derecho desde el cuello hasta la cintura. Pero se alegraba de tenerlas.

Había ido a ver a su padre la mañana en que por primera vez se dio cuenta de que había dejado de ser un niño. No sabía qué o quién venía hacia él entre el sueño y el despertar. Algunos muchachos y hombres contaban historias sobre lo que se habían encontrado. Algunos se mantuvieron en silencio, por lo menos hasta que fueron mayores y el recuerdo ya no estaba tan vivo. O quizá hasta que pudieran inventarse algo que los dejara en buen lugar. Pero él sólo recordaba el placer y, como era de naturaleza sincera, se lo contó a su padre.

Pero Uther sólo asentía con la cabeza y lo llevó a Morgana, que lo dispuso todo para que utilizara la casa de la montaña. No estaba contento. Tenía miedo. Eso no se lo dijo a su padre. No podía admitir que tenía miedo. Nunca tuvo, nunca más tendría. Pero aquel episodio era muy temido tanto por los niños como por las niñas.

Los ritos a los que tenían que enfrentarse las niñas no eran tan dolorosos ni solitarios como los de los niños, pero a ella la aislaron en un lugar pequeño y remoto y le dieron la espalda durante un tiempo. Durante dos semanas no se le permitió hablar ni podía permitir que su sombra cayera sobre la comida, las armas o ningún recién nacido. Y, como los niños, tenían que beber de la copa.

Las sacerdotisas prepararon la bebida y las visiones que producía daban el conocimiento del futuro a todos los comprometidos en el viaje. En realidad, las mujeres más mayores utilizaban a las pequeñas en el rito. Eran utilizadas para predecir el futuro.

Cada noche la niña bebía del vaso ceremonial y después se la dejaba aislada hasta la mañana, cuando se le preguntaba qué había visto. Dos semanas como aquella podían llevar a una mujer al borde de la locura si las revelaciones eran peligrosas o desagradables.

Los muchachos se enfrentaban a una prueba más corta, aunque no menos terrible. Iban a una casa en el monte donde, durante seis días, no podían comer y sólo bebían agua. Igual que las muchachas más valientes, cada noche buscaban el trance y los conocimientos que conllevaba. Rezaban por un sueño real, una guía para su futura condición.

Hacía frío y, de camino a la cabaña, Arturo pasó la noche con los pastores que acababan de conducir sus rebaños hacia los pastos de verano. Comió con ellos la última comida que se le permitía, gachas de avena con dulce leche de vaca. Las ovejas todavía no estaban lactando. El pan insípido que acompañaba la comida estaba hecho con más cebada que harina, pero la mantequilla era sabrosa. Después se despidió de ellos y subió hacia el pabellón cubierto de paja que se conocía como la Casa del Bosque.

No había árboles tan altos como los pinos y una espesa niebla lo cubría todo. La Casa del Bosque era sólo cuatro postes de piedra y una pared baja entre ellos. El tejado estaba cubierto de paja. Cuando llegó, la niebla había mojado las paredes y el suelo. Goteaba agua del techo de paja, haciendo un inquietante sonido al caer en el suelo, que alrededor de la puerta estaba cubierto como de pinaza. Estaba cansado. Las nubes bajas, que permanecían inmóviles en la cima de la montaña, reducían la visibilidad a unos pocos centímetros.

Se hizo la cama con una manta y durmió durante gran parte del día. Cuando se despertó, ya era tarde. El viento había dispersado las nubes y se sentó envuelto en su manto para contemplar la puesta de sol en el distante mar. Ahora, desde allí, podía decir que estaba en la cima de una montaña. Mientras miraba, el resplandor de la última luz teñía de escarlata los árboles de las montañas que se extendían hasta encontrarse con el océano. El aire era claro y frío, y en algún lugar de su corazón algo lloraba por la luz que se iba. Bebió la primera copa del viaje. Hacer fuego estaba prohibido y la oscuridad a su alrededor se hacía más espesa, hasta que vio la belleza de las estrellas.

Su espíritu se elevaba. Esas estrellas siempre habían estado allí, pero nunca las había visto realmente. Siempre había una puerta por la que entrar y guarecerse o, cuando dormían fuera estando de cacería, el fuego resplandecía, y se tenía que mantener encendido y avivarlo. Cuando lo educaron le enseñaron cómo conocer las estrellas, a medir el tiempo con su eterna consistencia o encontrar su camino en mar

abierto utilizándolas como si fueran faros, o hacer lo mismo campo a través: buscar aquellas señales que marcarían las casas y la dirección necesarias para seguir y encontrar refugio o, en tiempos más oscuros, una emboscada o un asesinato. Las estrellas eran uno de los instrumentos que le habían enseñado a utilizar para salir victorioso.

Pero ahora no necesitaba nada de ellas y era como si nunca las hubiera visto. Extendieron la red de su esplendor sobre él y lo recibieron como una de ellas. Se envolvió con su manto y deambuló a través del bosque oscuro, silencioso, mirándolas, acompañándolas mientras marcaban el largo, lento paso de la noche. Maravillándose de la belleza e imaginación de lo que las llamó de las profundidades de la eternidad y enseñó a la mente del hombre a amar su esplendor.

Nunca recordó cómo o cuándo encontró su cama, pero así fue en algún momento antes del amanecer. Durmió profundamente y sin sueños.

Cuando despertó, la mañana ya estaba avanzada. Se levantó, se lavó. Un baño en las frías aguas de una fuente cercana le provocó tales espasmos en sus músculos que creyó que terminaría doblado de por vida. No fue así. Pero se sintió mucho mejor cuando su piel experimentó una sensación de bienestar con el calor de la sangre que su corazón envió para ahuyentar el frío.

Dedicó un poco de tiempo a hacer un escobizo con una rama caída y unas pequeñas ramas de un pino para barrer el suelo polvoriento y dejar su ropa de cama. Luego volvió a hacer la cama y se sentó fuera, escuchando la brisa interminable que turbaba sus oídos con su suave rugido, mirando el sol cruzar el cielo.

Cerca de la fuente donde se había bañado, un par de pájaros alimentaban a sus crías. «Extenuante», pensó. Los adultos corrían de manera confusa intentando mantener llenas las cuatro bocas triangulares amarillas. Las crías descansaban entre bocado y bocado, pero tan pronto como la madre o el padre (no podía decir quién era quién) volvían para aterrizar en el borde del nido, cuatro cabezas se levantaban, cuatro bocas abiertas, cuatro pares de pulmones gritando por el sustento.

¿Por qué se tomaban todas estas molestias? ¿Merecía la pena? Su madre parecía que no lo había pensado. Pero allí estaba esa pareja de pájaros trabajando frenéticamente.

Los pájaros no tenían reyes, ni leyes, ni familias. ¿Qué había en el mundo de los pájaros para que no dejaran a sus desguarnecidas crías fuera del nido y alejarse volando para comer los bocados que tan asiduamente les daban? Los pájaros se entregaban con ahínco a ello.

Se preguntó qué habría hecho Igrane con él si hubiera sido un pájaro. Probablemente alimentario con la serpiente más cercana. Recordando los años que había pasado con ella, pensó que quizá habría sido mejor.

Cuando miró al cielo, vio que llegaban nubes del mar, apagando la luz dorada, que se volvía una sombra gris. Esa noche, después de vaciar la copa, se encontró obsesionado por el espanto de los recuerdos. Se durmió y soñó con ella de la manera

en que siempre la recordaba, inclinada sobre él (los niños son tan pequeños...). La fría cólera de su rostro alcanzándolo. Se levantaría gritando, esperando que empezara el dolor. Cada vez que se dormía, ese mismo sueño lo sacudía hasta despertarlo, temblando de miedo y, aunque parezca mentira, al mismo tiempo empapado con el sudor del miedo.

Se despertó al alba gris contento de que la noche ya hubiera pasado para buscar las nubes que habían llegado, envolviendo el mundo en un silencioso vapor gris. Estaba delgado, vacío. No tenía grasa. El hambre y el terror de la larga noche habían surtido efecto.

Aquel día no intentó bañarse en la fuente. Vio que sin droga en la sangre era capaz de dormir tranquilo, y eso hizo durante gran parte de la mañana y de la tarde. Cuando se despertó, todavía llovía aunque el cielo estaba más luminoso. Fue a la fuente y se lavó. Un vistazo a las nubes que pasaban por encima le indicó que esa noche sería fría. El viento del norte las estaba empujando. Por lo tanto no se atrevió a usar su otra manta para secarse. Se había cambiado ya con ropa limpia, así que se vistió todavía mojado y luego miró las nubes de algodón salpicadas de sangre por el atardecer.

Bebió de la copa, se envolvió con su manta y el manto e intentó permanecer expuesto al viento helado mientras el bosque gemía y gritaba a su alrededor. Entre las nubes bajas y las ráfagas de lluvia, parecía envuelto en la más absoluta oscuridad. Los pinos a su alrededor gritaban con mil voces. Un largo, susurrante bullicio mientras las ramas se partían, ruidosos crujidos cuando algo, árbol o rama daban un largo, vasto suspiro que empezaba como un susurro y gradualmente sonaba más y más alto, hasta que su rugido parecía abarcar el mundo entero.

Mientras miraba hacia arriba, vio los altos pinos doblándose, moviéndose rápidamente con las ráfagas de viento; y las nubes salvajes, sombrías figuras sobre los todavía más oscuros árboles, volando, conducidas como sombras por el viento. En la oscuridad, algo rugió. Antes, le dijo su mente, no había fuego, cuando el sol se ponía por el día o la luna por la noche, el mundo era un abismo de oscuridad. Debía de ser como en ese momento. Sentarse solo en el frío y en la oscuridad sin fuego y oír a las criaturas de colmillos y zarpas, aquellas nacidas con todas las armas que necesitaban para sobrevivir, gritar en la oscuridad la advertencia de que estaban de caza. El rugido resonó de nuevo, más cerca, y sonaba como si algo se moviera entre los arbustos y árboles pequeños que crecían a lo largo del sendero que habían tomado para llegar aquí. Algo grande.

Estaba temblando. ¿Un jabalí? No, por la noche no. ¿Un felino o, peor aún, un oso? Cualquiera podía ser la muerte en la noche, en el frío, de un hombre desarmado. No tenía ningún arma. Igual que el fuego, estaban prohibidas.

Luego oyó el grito de un gato. Venía de cerca de la charca donde se había bañado. Los rugidos se convirtieron en olfatos y ladridos. Un perro. Su mente trastornada quería creer que se trataba de un perro, pero los sonidos eran demasiado fuertes

incluso para un perro grande, y el estruendo y las pisadas en la maleza indicaban una criatura imponente.

Entonces, como para confirmar sus peores miedos, oyó el sonido de las zarpas rasgando la corteza mientras el oso llegaba y dejaba la marca en lo alto del tronco de un árbol.

En la oscuridad, Arturo oyó al felino gritando de nuevo. El viento azotaba en lo alto del bosque y gemía y casi parecía llorar de dolor.

Arturo lloraba. Lloraba y desesperadamente, porque no tenía la valentía de apartar su manto y adentrarse en la casi estigia oscuridad bajo los árboles para enfrentarse a su destino. Algunas veces los hombres no volvían de esos viajes iniciáticos y ahora sabía que nunca hubo intención de que volviera. Los poderes de los dioses de la ira y la oportunidad. Cosas en las que no podía dejar de creer mientras respirase. Estas cosas lo habían marcado. Y el oso había sido enviado para él.

Pero Morgana, boca y lengua de las diosas, podría llamar al felino, y paseaba por el oscuro, sollozante bosque, protegiéndolo, incluso de la crueldad de las fuerzas sobre las que ella mandaba. Porque bajo el disfraz de felino, era una de ellas.

Incluso en su memoria la desesperación y el odio por sí mismo que sintió aquella noche parecían pesarle en el estómago como una piedra. Pero es la naturaleza de la bestia confiar en la continuidad, cualquier cosa. La parte más profunda de nuestras mentes no cree en la muerte. Después de un tiempo, cuando sus emociones lo dejaron completamente exhausto, se durmió. Y entonces sí soñó.

¿Era una pista o una sala de baile? Los extraños símbolos que había encajaban unos con otros y podían haber formado un sólido, excepto por el hecho de que había líneas negras entre ellas y cada forma curva, grácil tenía un color diferente. De hecho, fluían a través del espectro, los colores aparentemente formados por una luz pura como si partieran de algún punto de la naturaleza del arco iris. Comprendió que eran de la misma familia de símbolos que los que brillaban en las palmas de sus manos, o en el fondo de la vasija que regia y protegía la torre. Había visto inscripciones en lenguas que no entendía y estaba seguro de lo que eran: la voz silenciosa de un pueblo perdido.

Tenía una espada y un escudo. Eran poca cosa. El escudo era la piel rígida de algo muerto, algo que olía mal, amoniaco, un fuerte olor a orina. La espada era vieja, la hoja oscura y con marcas de óxido, pero toscamente afilada hasta un filo peligroso labrado con una basta piedra de amolar.

Todo a su alrededor en el jardín florecía. Una orgía de frutas y de flores. Se mezclaban; cerezas maduras cubrían un árbol, flores de melocotón en otro. Lechos de flores se esparcían por todas partes, cada uno con un grupo de flores distinto. Estaban divididos por caminos de guijarros o algunas veces sólo por losas, un laberinto dando vueltas dentro y fuera entre árboles y flores. Hombres y mujeres se reunían allí, mirándolo. Iban vestidos toscamente, con ropas viejas y zurcidas. Algunas de las mujeres tenían niños en los brazos o pegados a sus faldas. Sólo unas pocas se

mezclaban con el sexo contrario. Todos..., todos, sin excepción, tenían el miedo reflejado en los ojos.

Miró hacia arriba. Asomaban torres por encima, torres en el sol. ¿O eran torres hechas de rayos de sol? El enrejado de cristal que las componía alcanzó el sol, transformando la cálida luz en múltiples escaleras. Habitaciones de altos techos llenas de arte, figurativo y abstracto, tapices y colgaduras henchidas por el viento. Había muebles, pero ninguna pieza le era mínimamente familiar.

Sabía que moverse por esas habitaciones medio vistas era experimentar una perfección de absoluta belleza formal tan cercana a las puertas del paraíso como ningún otro ser mortal nunca alcanzaría. Mirarlas en la distancia hizo que su garganta le doliera de anhelo por una visión más cercana y duradera de lo que nunca se le permitiría.

No sabía a qué distancia estaban las torres hasta que vio lo que sabía que serían sus adversarios saliendo de entre las torres y corriendo a través de una calzada elevada que serpenteaba por el magnífico jardín de agua que rodeaba la ciudad. Charcas poco profundas llenas de nenúfares de una increíble paleta de colores, zonas más profundas que reflejaban el cielo azul, y aquí y allá, en todas partes, corría por las fuentes, yendo y viniendo, agua cristalina que brillaba con la luz del sol.

Pero «Ellos» venían deprisa, y eran tanto feos como bonitos el lago del jardín y la torre. Eran grandes y negros, y morenos de piel, con cerdas negras en el cuello y hombros, la cara y el hocico negros. En los hombros, las cerdas, no piel, crecían más claras, hasta que en la espalda eran color marrón claro, como el color de piel de un león y con casi la misma textura y longitud.

Todos corrían a gatas y tenían las patas hendidas. Cada uno cargaba con una espada y un escudo encima del hombro. Cuando llegaron al final de la calzada elevada, preparados para encontrarlo en el suelo deslumbrante de la pista, se detuvieron. Y vio que eran de constitución fuerte.

Dejaron de ser animales pero tampoco se convirtieron en hombres, aunque estaban en posición vertical. Las piernas y los pies de las criaturas cambiaron y se hicieron más parecidos a los de un oso, cubiertos de pelo largo y tan musculosos que parecían troncos de árbol. Las manos y los brazos parecían más humanos pero macizos y cubiertos por el mismo pelo leonado que cubría piernas, pecho, espalda e ingles. Los hombros eran dos asas recortadas anchas; el cuello macizo, pero casi inexistente, sostenía una cabeza que parecía la de un jabalí más que otra cosa. El morro era de cerdo, pero ningún jabalí ha tenido seis colmillos, cada uno curvado hacia arriba desde el morro.

Los dientes de un cerdo ya son suficientemente temibles, cinceles de hueso amarillo, muy puntiagudos. Pero esas criaturas tenían colmillos, los superiores encajaban con el hueso de la mandíbula entre los colmillos curvados hacia arriba, los inferiores eran cinceles cortos con puntas como navajas. Toda la cara estaba cubierta por cerdas negras, toda menos el morro negro y los ojos grandes y oscuros.

Analizándolas, Arturo decidió que esas criaturas probablemente podían ver mejor que él. Tenían la frente alta y los ojos grandes. Se preguntó si podían venir todos a la vez. Había cinco, probablemente no tendría posibilidad alguna. Pero de pronto...

Se miraron los unos a los otros de la manera en que los guerreros selectos lo hacen, como si estuvieran diciendo: «Tú primero, caballero». «¡Oh, no, no señor! Tú primero. Haz los honores, por favor».

A sus espaldas, Arturo oyó el murmullo de muchas voces y sólo pudo entender una palabra: *tiaeloig*. Esa conversación provenía de los humanos que tenía detrás. No podía explicar si estaban diciendo algo o no.

Después, uno de ellos dio un paso adelante.

—¡Mi presa! —rechinó la voz.

Arturo dio un paso atrás. La espada estaba bastante bien, pero ¿y el escudo? Estaba hecho de mimbre y cuero. Sólo tenía un asidero. No había cincha para poner el brazo. Un escudo como ése, uno que no se puede agarrar con el brazo, apenas resulta útil para luchar.

Su contrincante empuñó su espada y propinó un fuerte golpe circular que habría cortado a Arturo y al escudo por igual. No se quedó plantado a esperarlo. Dio un paso hacia la derecha de su adversario y golpeó el escudo contra el brazo que sostenía la espada. El golpe fue tan fuerte que podría haber roto el antebrazo de un humano, probablemente por más de un sitio, y quizá hasta desarmarlo.

Pero aquello era como golpear un árbol, un árbol móvil. La espada retrocedió hacia él y la enorme cabeza cayó. Arturo vio la rasgadura del hueso blanco de colmillo a través de la espada y, cuando sintió que la empuñadura se le escapaba de los dedos, la soltó.

Tenía a su adversario donde quería: dando vueltas. Libre de la espada, Arturo alcanzó el brazo izquierdo de su enemigo y lo dobló. Normalmente no habría podido mover un ser tan grande, pero la criatura perdió el equilibrio. Un segundo más tarde, estaba de espaldas a Arturo y éste le clavó la espada por encima de los riñones, suponiendo que aquel ser tuviera allí los riñones. La otra parte de la espada partió la médula espinal; la punta desgarró el pericardio, el pulmón izquierdo y la aorta abdominal.

Un segundo más tarde, la criatura caía, moribunda, con las piernas paralizadas, manando sangre de la herida del enorme tronco, del morro y de la boca. Mientras caía, arrancó la espada de la mano de Arturo, y éste se vio desarmado, enfrentándose a cuatro más de estos horrores.

Se despertó rígido, con el corazón bombeando como si quisiera salirse del pecho y muerto de miedo. ¿Un sueño? Nunca antes había tenido un sueño tan vívido, tan real. Entonces pensó: «No, eso no ha sido real». Los sueños que había tenido sobre su madre eran tan nítidos y claros.

¿Eso era lo que supuestamente tenía que haber visto? Su mente cansada no podía encontrarle sentido.

Se levantó y el agua helada de la fuente lo despejó. No, a Morgana no se le permitiría protegerlo de nuevo, aquella noche no, no. Había otro sitio allí arriba. Era todavía más difícil de llegar.

La Casa del Bosque daba la espalda a una cadena de montañas. Al final de la cadena había un espolón que daba a un estrecho fiordo. No había vida en esos precipicios barridos por el viento. Ni árboles, ni tan siquiera las aves marinas anidaban en las rocas negras destrozadas que daban al fiordo. El viento y la lluvia las azotaban, y el calor y el frío extremos destrozaban las antiguas superficies cámbricas, lanzando láminas de piedra despegadas del acantilado contra la playa de guijarros de abajo.

El aposento que había allí era un agujero horadado por el viento y la lluvia, pero estaba casi completamente abierto por un lateral, cubierto por un bloque de piedra con una cama rudimentaria desconchada en la pared lejana. Le llevó la mayor parte de la tarde llegar. Nadie solía acercarse por allí. Ir andando por la sierra era peligroso, y el año anterior un joven pastor que intentó robar un nido de halcón murió cuando el cono de desmoronamiento que cubría la cresta de la sierra se desplomó y cayó por la ladera hacia una pila de cantos rodados.

Todo el lugar tenía una fama extraña y se decía que reclamaba por lo menos una vida al año. Y algunas veces más. Entendió por qué cuando llegó. Se arrancó varias uñas, se rasguñó las rodillas y se hizo dolorosos cortes en las manos con las puntas de las piedras.

Era un lugar frío, silencioso y absolutamente bello. El viento que venía del mar soplaba constantemente y la brecha en la roca daba directamente sobre el paisaje inalterable. El fiordo era una guarida de ballenas. Desde arriba podía verlas arrojar chorros de agua y jugar en las aguas más profundas de la tierra, una escindida partida como un árbol partido por un relámpago en algún cataclismo antes del principio de los tiempos.

Por encima del crujido del mundo, las águilas cazaban y, en el acantilado a sus pies, un par de halcones peregrinos anidaron. Desde su aguilera, los miró y también a las águilas mientras trazaban círculos por encima del fiordo, donde el agua era un espejo bruñido por el cielo azul plateado de la tarde. Aire ligero y vacío. Si los poderes lo buscaban, lo podían encontrar allí.

Se sentó y sintió la sensación de paz que nos embarga cuando algo malo llega a su fin y estamos libres de dudas. Él se fue. Ella está muerta. «Lo sé, lo he mirado en el cuerpo. Nuestros caminos nunca más se cruzarán. Ahora estoy solo y el sitio en mi corazón que él/ella ocupó permanecerá, cualquiera que sea mi destino, vacío por siempre jamás».

O el conocimiento absoluto: «Pronto moriré». Viene a nosotros antes de la muerte y se nos presenta como un hecho. Sentimos poco o nada. Simplemente lo sabemos y hemos viajado más allá incluso de la habilidad para lamentar nuestro propio pasado. Esa certeza absoluta cierra todas las puertas.

Sobre media tarde, se durmió. Cuando se despertó, atardecía. Una línea de tormenta que se aproximaba a la costa enturbió el sol poniente. La última luz brilló con un verde chillón. El viento estaba silbando y gritando por entre las rocas a su alrededor. Se apretujó en un rincón de la cama de piedra con la esperanza de escapar de la lluvia torrencial. Estaba tan cansado, tan hambriento, que se preguntaba si simplemente pasar la noche en aquel sitio al aire libre podría matarlo. Pero esos temores eran vergonzosos y los ahuyentó.

Llegó la lluvia con la oscuridad y así lo hizo también Ella. Hasta el día de hoy podía verla y llegó a la conclusión de que Ella caminaba en su propia luz. El viento azotaba su cabello y su vestido, una bata plateada de telaraña, se movía violentamente. La luna estaba en sus ojos.

Arturo se levantó para dar la bienvenida a la doncella, se quitó la ropa y, sin mostrar ningún miedo, caminó hacia ella. El viento furioso arrastró la lluvia helada, azotando su rostro y después su cuerpo como si intentara refrescar el calor de sus piernas, un calor tan intenso que sentía que podía quemarlo vivo si no era capaz de apagar las llamas en el cuerpo de la muchacha.

Ella sonrió y Arturo advirtió que tenía colmillos. Levantó las manos y vio sus garras. Era la dueña y señora de lo salvaje, señora de las bestias, y lo quería. Y, vivo o muerto, él nunca la rechazaría.

Un segundo más tarde, Ella ya estaba en sus brazos. Se besaron y uno de sus colmillos pinchó su labio inferior. Estrechó su cuerpo contra el de ella y comprendió cómo se sentiría una espada, roja y candente, cuando la apagan en la fundición.

Creía que había gritado. Nunca lo supo.

Ella sí gritó y hundió los colmillos en su hombro. Su miembro se puso rígido de nuevo. Todavía estaba dentro de su cuerpo. La muchacha echó la cabeza hacia atrás y él vio que sus ojos tenían las pupilas rasgadas como un gato o una serpiente. Los pezones desnudos se apretaban contra su pecho y ardían tan vivamente en su piel que sintió que vertían fuego sobre su cuerpo.

Ella cerró sus ojos y sus espasmos lo sacudieron.

—¡Ámame! ¡Ámame para siempre! —dijo la doncella.

Sus músculos del amor acariciaron el pene de Arturo. Dios, era como ser acariciado por terciopelo cálido y delicioso. Realmente creyó que podría morir de absoluto y puro placer. Y siguió y siguió. Luego lo sofocaron una segunda vez. La oscuridad se reunía en los márgenes de su conciencia.

—Otra vez —dijo ella, y todo el cuerpo de Arturo respondió a su deseo y tuvo una nueva erección.

La última parte fue la más deliciosa. Nunca pudo recordarla del todo. Sintió como si fueran una única cosa. El deseo resonaba en su interior, así como el fuego crepita al quemar hojas secas.

—¿Me querrás para siempre? —volvió a decir ella.

Uno contesta con la verdad o no contesta.

—No, no. Nada es para siempre.

Ella rugió y Arturo sintió cómo se le abría la carne cuando Ella le clavó las garras. Pero estaba más allá del dolor, casi más allá del pensamiento, y ciertamente más allá del miedo. Arturo tenía que obtener ese placer chispeante, deslumbrante otra vez si tenía que morir por ello. Y llegó, todo su cuerpo se retorció en un rugido de fuego apasionado.

Después estaba tumbado desnudo en el suelo, demasiado exhausto para moverse, y la lluvia mezclada con granizo lo magullaba. Podría haber muerto, pero el terrateniente, temeroso de que el hijo del rey pudiera dañar sus pastos, mandó a los pastores a buscarlo. Cuando lo encontraron, su cuerpo estaba tan frío y había perdido tanta sangre que temieron que muriera. Lo bajaron de la montaña y se despertó en su cama caliente, con su padre inclinado sobre él.

Uther le contó después que se había quedado conmocionado ante la absoluta certeza de lo que había visto en los ojos que lo estaban mirando. Y de hecho, desde aquel día, había sabido quién y qué era. Y cualquier cosa que pudiera sentir, siempre estaba lo suficientemente seguro para proceder ante cualquier situación como quien no teme nada.

El agua del arroyo parecía limpia. Bebió y fue a buscar un tejo. Encontró uno en un afloramiento, una roca gris y dentada, y parecía que el viejo árbol hubiera resistido muchas crueldades. En el pasado lo había partido un rayo. El rayo había carbonizado y ennegrecido gran parte del árbol. Pero la parte que había sobrevivido había rebrotado y ahora el árbol era casi tan alto como lo había sido antes.

—Por fin.

Reconoció la voz, era la de Varen.

—Tú también estás aquí —dijo Arturo.

—Sí. Y no, el perro no te traicionó. *Bax* te guió bien. El bosque no es un lugar y, como tú probablemente adivinaste, puede extenderse eternamente. Si hubieras intentado huir del rey, así habría sido. Pero no lo hiciste y tu magia era fuerte, por eso el árbol sobrevivió a la ira de *Bade*, no a ningún fuego celestial. Él sobrevivió y tú también lo harás.

—¿También está ella contigo?

—Sí, estoy aquí. Gracias por preguntar por mí.

Los recordaba desde la primera vez que había estado en el Reino de Verano. Ellos le enseñaron a escapar del altiplano donde había estado encarcelado y Morgana le dijo dónde estaba.

—¿No encontráis este tipo de vida...? —Entonces calló, porque ambos estaban muertos desde hacía mucho. Sus calaveras pendían de los árboles de la meseta.

Ella se rió y Arturo recordó su elegante calavera. Era joven cuando falleció y el muchacho pensó que debía de reír con frecuencia.

—Una muerte como ésta, quieres decir.

—Supongo —contestó Arturo, extendiendo las manos.

—No, lord Arturo. La muerte no es como la vida. Por eso los muertos hablan tan poco. La existencia que tienen es imposible de explicar a los vivos. Pero no, lord Arturo, no estamos incómodos ni aburridos.

—¡Venga, venga! —exclamó Vareen—. Consumimos su energía al comunicarnos con él.

—Ahora mismo no le falta. No es como la vez anterior, cuando había soportado tanto sufrimiento... —contradijo ella a Vareen.

—Sí —dijo Arturo—. Y es agradable pasar el día con vosotros dos.

—Vaya —replicó Vareen—. Sea como sea, no es a eso a lo que venimos. Y creo que tenemos que ponernos manos a la obra.

—Si tú quieres —dijo Arturo, y se sentó a los pies del árbol.

—Como he dicho —continuó Vareen—, cuando decidiste enfrentarte al Rey del Terror, tu magia se hizo demasiado fuerte para él. Es muy poderoso, pero no infinitamente.

—¿Debo encontrar una manera de matarlo? —preguntó Arturo.

—¡No! —gritó ella alarmada.

—Estoy de acuerdo —dijo Vareen—. Y... yo... no estoy seguro de que sea posible. Y si es posible, no estoy seguro de que sea deseable. ¡No! Te haría perder energía..., podría..., bueno, no. Probablemente no podrías en ningún caso, pero...

—Deja de dudar —dijo ella—. No puede. No puedes, lord Arturo. Pero le encanta considerar cada posibilidad, incluso las más remotas.

—¿La maté? ¿A la Reina de los Muertos? ¿A la mujer de la torre?

—No —dijo ella—. No la mataste. Y no sé cómo explicarte lo que hiciste, excepto que ella se fue voluntariamente.

—Eso me había parecido —dijo Arturo.

—Sí, pero ahora venimos a prevenirte de que tienes que enfrentarte a Bade y este árbol es muy importante.

—¿En qué sentido?

—Ése es el problema. No lo sé. —Vareen parecía frustrado—. Todo lo que te puedo decir es que lo envuelve la magia.

—Iba a hacer un arco y una lanza...

—Sí. Para eso servirá. Pero yo tendría mucho cuidado con lo que haces con esas armas. De hecho, también podrías escoger otro árbol cualquiera. Cuanto más lo pienso, más...

—¡Vareen! —lo interrumpió ella—. Creo que le hemos dado el mensaje convenido. Lord Arturo, para lo que debas hacer, tú mismo eres tu mejor consejero. Nosotros sólo podemos prevenirte. Y recuerda, ya has oído a Vareen, puede que nunca logres escapar de tu prisión.

Arturo hizo una mueca.

—Cierto.

—Entonces —continuó ella— te deseamos suerte. La señora de la torre te dejó

mejor armado de lo que imaginas. Que Dios te acompañe.

Entonces se fueron. Arturo lo sabía, pero no sabía cómo. El lugar estaba vacío y silencioso.

Había piedras alrededor del canto rodado que las raíces del árbol abrazaban. Arturo encontró algunas apropiadas y se puso a hacer un cuchillo. Al llegar la noche ya tenía el arco hecho. Encontró una hondonada cerca del río y encendió un fuego. Tuvo cuidado de coger sólo leña completamente seca, de manera que no saliera mucho humo.

Bax volvió. Parecía que había estado merodeando por su cuenta. Tenía el estómago lleno y llevaba una trucha en la boca.

Una vez terminado el arco, Arturo limpió el pescado, con la idea de colgarlo encima del fuego y dejar que se ahumara lentamente. Ya era de noche y pensó que nadie vería el hilo de humo que necesitaba para cocinar. Así que tiró a las brasas las ramas que le habían sobrado de construir el arco.

Reinaba un silencio extraño. Era como si todos los ruidos habituales de la noche cesaran y estuviera en una burbuja, aislado del mundo. Los ojos le lloraron cuando salió más humo ondulante hacia el cielo. Parpadeó para limpiarse las lágrimas y allí estaba ella.

Su primer pensamiento fue el impacto de su belleza. Tenía el cabello corto y recogido en una cascada de rizos rojizos y dorados. Llevaba un simple vestido de malla dorada, una especie de túnica deslumbrante que se ceñía a su dulce y curvo cuerpo, casi tiernamente abrazado a él. La armadura no se veía. Su piel blanca resplandecía suave y tersa como la de un niño recién nacido. Sus bonitos ojos miraron a los suyos, abiertos y sorprendidos, y supo que ella también lo veía. En la mano sostenía la espada sin fuerza. Arturo supo que ella había librado un combate y que debía de haber matado a alguien.

Después, tan deprisa como llegó, se fue. El deseo atravesó su cuerpo con la fuerza de un rayo. Sólo la había visto tres veces cuando, como ella dijo, los dragones la habían llevado a Tintagel. En aquella ocasión, bajo la luz de las antorchas en el muelle, Arturo había pensado que sus ojos lo engañaban. Con pantalones de piel y una túnica raída, Guinevere resplandecía como un diamante. Su manera de hablar era musical y cada uno de sus movimientos era tan elegante como los de una joven leona.

Al día siguiente, cuando se encontraron por la tarde, Arturo no se sintió defraudado. Pero se había mostrado indeciso. Era todavía joven y sabía que su matrimonio era un asunto muy importante y que los tres, su padre, su madre y Merlín, lo presionarían para encontrar la pareja políticamente más ventajosa. Esa muchacha, aunque su nombre ya fuese bien conocido, no era nadie.

«Ahora...». Miró fijamente el fuego, medio apagado otra vez, brasas rojas y unas pocas llamas azules vacilantes sobre ellas. «Ahora... no soy el hombre que era..., ni ella es como Merlín e Igrane juzgaron que era».

Había luchado contra ellos en el vestíbulo de Tintagel y pidió a un sirviente de

Dis que lo ayudara a escapar. Además, era obvio que el hombre que la reconocía como su hija no pertenecía a su mundo. Su gran fuerza daría que pensar a los consejeros que lo advertían en contra de la boda.

«Pero, entonces —pensó Arturo—, nada de eso importa. Hay cosas que simplemente no las decide la parte más racional de la mente sino fuerzas mucho más oscuras y poderosas».

Él sabía cuál sería su elección cuando la vio por primera vez en el muelle, en Tintagel.

«La quiero —había pensado—. Y no descansaré hasta que sea mía. De una manera o de otra me pertenecerá».



A veces la doncella es la muerte. A nadie le gusta pensarlo, pero el sacrificio es muy poderoso. ¿Porque ella es el destino de la humanidad? ¿Porque para un padre enterrar a su hijo es la peor de las tristezas? Pero ha pasado y recuerdo a Dugald contándome cómo los antiguos héroes sacrificaban una doncella para obtener de los dioses vientos favorables para Troya.

Había un gran silencio a mi alrededor y lo único que oía era la corriente y el rugido del río y las cascadas.

¡Magia! ¡Magia!

Recuerdo el hogar de Ure y la cabeza del fauno colgando de una bolsa de malla de una rama de pino. Los ojos castaños y tristes mirándome: «Has bailado el compás del laberinto de la Tierra. Ahora busca la sala de baile de las estrellas. Ella te dio poder, pues trajiste mi cabeza aquí».

En un instante cegador, todo se unió, la extraña escritura que marcaba los límites del río, los colores arrebatados de la cúpula eterna. Y percibí que era eterna y que no desaparecería ni siquiera tras la muerte del sol. De hecho, supe que había sobrevivido a la muerte de una docena de soles. Debe de haber sido así.

Las había olvidado. Había olvidado las palabras del fauno. Vi los planes de Ure. Él había querido destruirme, pero no tenía la fuerza necesaria. O quizá la voluntad. Para eliminarme tendría que haber desatado fuerzas que tal vez ni siquiera pudiera controlar. Y probablemente eso también podía aplicarse a Bade y Arturo.

El tiempo es un laberinto; el tiempo es un telar. Ure podía hacer trucos con las copas, pero una vida humana es otra cosa. Tanto Arturo como yo estábamos profundamente inmersos en el curso de los acontecimientos y, día tras día, resultaba más peligroso intentar deshacerse de nosotros. O quizá una analogía aún mejor sería decir que una casa puede seguir de pie si destruyes un muro, pero no dos. Cuanto más tiempo estábamos presentes, más cosas cambiábamos. Éste es el motivo por el cual los dos habíamos estado en peligro desde el día en que nacimos. Cuanto más viviéramos y lucháramos, menos se atreverían nuestros enemigos a afrontar las

consecuencias catastróficas de nuestra destrucción.

Maeniel, el Vigilante Gris, me conocía desde el día en que me pusieron a prueba en la guarida del lobo. Me dio la espada, su espada. El tiempo puede hacer que algo sea mágico. Habían forjado la hoja en los altos Alpes cuando el acero y el nuevo mundo que traía consigo eran jóvenes.

Me di cuenta de que la enorme cámara, el Salón del Árbol, estaba silenciosa de una manera extraña; y vi que la multitud, mi contrincante, el mundo entero esperaba mi respuesta al reto. Sujeté la espada con las dos manos. No fue difícil. Lo habían hecho manos más grandes, más fuertes que las mías. Levante la hoja de la espada hacia el arco de estrellas que débilmente se veían más allá de las luces.

Y luego invoqué a la cámara. Es la única manera como puedo describirlo. Pedí, que no ordene, ayuda al espejo de lo infinito.

Me respondió.

Todas las luces alrededor de mí se apagaron. El Salón del Árbol quedó completamente a oscuras, pero el camino de la estrella parecía resaltar por encima de la luminosidad del alto. El Salón del Árbol pasó del silencio a un sonido ensordecedor cuando el pánico se apoderó de los espectadores. Me dejé arrastrar por el sonido de su terror de manera similar a como una ola con la fuerza de una tempestad cubre la orilla, barriéndolo todo a su paso. Una oscuridad pavorosa.

La hoja de la espada se puso roja. Una luz escarlata iluminaba toda la cámara. En ella podía ver con claridad.

Albe e Ilona estaban entre las mujeres del Círculo de las Adivinatoras. Se veían también las expresiones congeladas de terror en los rostros de todos los congregados a lo largo de la orilla y que daban media vuelta e intentaban huir corriendo para darse cuenta de que si hacían eso iban directamente a manos de las bandas nocturnas de forajidos. La música apagaba los gritos angustiados de desesperación que aumentaban al mismo ritmo que el pánico.

—¡Ya veo! —No sabía que estaba hablando en susurros hasta que obtuve una respuesta y el rojo se volvió más y más brillante.

—¡No todo! —fue la respuesta.

—No, pero la música significa algo. El color..., la emoción...

Realmente sentí emoción: furia apagada, rabia, ira llameante, impulsos violentos. Eran sentimientos míos y que no me pertenecían al mismo tiempo. Parecía que arrastraran mi alma con ellos.

La espada era naranja fuego, calor, alivio, la piel de una fruta, terciopelo bajo mis dedos. Gusto, tacto y olfato, en un momento no eran reales, a continuación insoportablemente reales. Amarillo. El tiempo parecía ir más despacio. Mañana. Salida del sol. Girasoles de otoño agitándose en un campo de heno segado y un cielo gris apagado. Lamento, dolor, pérdida y, finalmente, una lluvia torrencial de angustiada desesperación.

Ser capaz de la entrega absoluta es ser vulnerable a la destrucción absoluta. Lo

comprendí entonces como nunca antes. Pero no había nada en mí que pensara en echarse atrás.

Los brazos me temblaban, mi cuerpo estaba saturado de dolor. Arrastrado hacia un conocimiento innombrable. Creo que en ese momento la experiencia me estaba empujando hacia delante, hacia una de esas partes de la mente que están más allá de la conciencia racional, hacia la experiencia de lo que nosotros, pobres criaturas del polvo, podemos ser un día.

Tuve la visión de cómo una flor silvestre que crece junto al camino está en conexión con el drama del viaje del sol a través del tiempo y del espacio. Los colores, el sonido, las emociones iban y venían. Eso y mucho, mucho más. Un reloj de sol de cristal; cada hora, cuando el sol lo cambia, revela un nuevo esplendor. Pero todo pasa y, como mi mente, se mantiene imperturbable.

Luego todo terminó. Los aplausos eran ensordecedores. El miedo había dado paso a un entusiasmo loco. Creo que a la gente le gusta que la asusten, la sorprendan, la confundan, y yo había hecho las tres cosas. ¡Me adoraban!

—Eres enormemente fuerte —dijo mi compañero.

—Sí —admití, apretando los dientes—. Pero aquí llega la muerte.

Y así era. La abigarrada figura con rostro cadavérico saltaba de piedra en piedra hacia la plataforma. Vino volando desde el último escalón. Vino dando vueltas hacia mí, silbando un grito alto y agudo de furia. No cogí la espada a tiempo. Lo esquivé, pero no pude apartarme del todo. El disco alado pasó rasgandome la pierna derecha y la armadura no se alzó a tiempo para protegerme. Me hizo un pequeño corte a un lado de la pantorrilla derecha. Entonces sentí la punzada, una oleada de ardiente dolor.

—¡Te ha dado! —dijo mi compañero.

—Ya lo sé —contesté, mirando el vuelo del disco por encima del agua para volver a la mano de mi adversario.

Se rió y vi que la calavera era una máscara que cubría el rostro de un guerrero vivo. El dolor de la pierna pasó a ser un latido sordo, pero sentí que la izquierda se me debilitaba de manera alarmante.

—¡Malo! ¡Malo! ¡Malo! —dijo mi compañero—. Está envenenado. Creo que puedo vencerlo y...

No me dio tiempo a oír nada más porque el disco salió disparado de la mano de mi agresor cortando el aire hacia mi rostro. La espada se levantó (parecía que casi tenía voluntad propia) y se produjeron chispas cuando el disco salió desviado hacia la orilla.

La multitud compuesta por las bandas de los ladrones y los ciudadanos comunes que estaban por encima de los esclavos, pero por debajo de los círculos, soportaron la furia del disco. No tenían espadas con las que protegerse. Vi caer una mujer sin cabeza, con los sesos y la sangre derramándose por su vestido. A un hombre le cortó el brazo a la altura del hombro; su cuerpo giró violentamente mientras la sangre alcanzaba a los otros espectadores. Todo lo pude ver con mi visión periférica. No

quería centrar toda mi atención en que el guerrero era la muerte.

Un segundo después me di cuenta de que otro disco venía girando hacia mí. Me aparté hacia la izquierda y al alzar la espada envié el disco hacia arriba, por encima de las cataratas que había a mis espaldas. No me atrevía a mantenerme erguida. El arma, al volver, podría cortarme.

Pasé rápidamente junto a mi contrincante y vi que tenía el primer disco otra vez en la mano, y al momento lo lanzaba contra mí. De nuevo la espada parecía defenderme automáticamente, pero en esta ocasión el disco fue hacia la muchedumbre de la otra ribera. Otra vez se oyeron gritos de terror y dolor. Sabía que si luchaba a la defensiva, estaba condenada.

Durante unos segundos, mi contrincante estuvo desarmado. Me moví hacia delante y, de rodillas, le di por sorpresa en su punto débil, donde el protector de la pierna acababa y empezaba la armadura. Al mismo tiempo, traté de canalizar el fuego de mi mano hacia su cuerpo a través de la espada. No sabía si podía hacerlo, pero pensé que merecía la pena intentarlo. Supe que lo había conseguido cuando el guerrero gritó, olí a carne asada y vi la sangre roja, oscura, que empezaba a caer sobre la piedra blanca que había a sus pies.

Pero, en ese preciso momento, el primer disco cayó con un ruido sordo sobre el guante de su mano derecha. Un instante después, estaba volando hacia mi cara. Tuve un segundo para saber que iba a morir. Luego mi compañero invisible simplemente me dio un golpe en la cara y me tiró. El codo del brazo con el que sostenía la espada chocó contra la tarima de piedra y casi me quedé paralizada de dolor.

—¡Ayúdame! —le grité a mi compañero—. ¡Ayúdame! ¡El dolor!

Desapareció y levité de nuevo sobre mis pies; Otra vez el tiempo parecía ir más despacio. Vi y oí el silbido del disco y observé cómo su mano derecha se levantaba para coger la cosa ensangrentada.

Él estaba a mi lado, yo estaba casi detrás. Otra vez fui a por otro de sus puntos débiles, en esa ocasión detrás de la rodilla, un buen sitio donde atacar. Los dos grandes tendones que recorren la parte más baja de la pierna están allí, y la arteria que lleva la sangre al pie y a la pierna está cerca de la piel.

Bramó de dolor, pero era rápido, muy rápido. Giró sobre sí mismo, con el disco en la mano derecha, la izquierda extendida para atrapar el otro.

Algo gritó. Se desencadenó en mi cerebro como una escoba de fuego barriendo un campo arrasado por la sequía. El dolor me azotaba como un látigo sobre mis hombros. Algo cálido y pegajoso me caía por la espalda. Me pregunté si me habría matado. Creía que el segundo disco me había dado en el espinazo.

¡Pero no! Lo vi trazar un arco para acabar en la mano izquierda del guerrero de la calavera.

—¡Abajo! ¡Abajo! —gritó mi compañero, y pronto supe por qué.

Era imposible que pudiera desviar los dos discos con una espada si se lanzaban simultáneamente.

El salto de salmón. Fui rodando hacia sus pies. Él también saltó, intentando pasar por encima de mi cuerpo. Pero lo había herido en una pierna y los dedos de sus pies calzados de acero se engancharon en la malla dorada. Salieron unos ganchos que lo tiraron al suelo. Al caerse, los dos discos se le escaparon de las manos, los dos avanzaban hacia las multitudes de las riberas y de las plataformas. Dondequiera que dieran, diezmarían a los grupos de espectadores.

Me sentía como si estuviera surcando una onda de sonido. Gritos de dolor, furia, de pura rabia ciega resonaban con estruendo a ambos lados del río. Las personas que estaban cerca del río huían en todas direcciones, escapando de la crueldad de aquellas armas volantes.

Un segundo después, hojas, ramas y ramitas iban cayendo a mi alrededor. En el último golpe, el disco debió de dar al árbol. Reaccioné instintivamente. Traté de herirlo mientras se incorporaba de un salto. Me alejé rodando, intentando que me siguiera. Se agachó y alargó las manos, pero la horrible parábola que trazaban los discos lo detuvo. Al igual que las plantas que daban los frutos de cristal al borde del camino, la savia del árbol era como esperaba: venenosa. Era de color rojo brillante, el color de la espuma que brota de una herida pulmonar.

¡Plof! Un montón de savia cayó delante del guerrero. Miró hacia arriba, con los brazos extendidos para coger sus armas cuando volvieran. La segunda masa roja goteante aterrizó sobre su rostro.

Creo que la máscara de plata de calavera lo protegió por un instante, pero dudo que fuera un buen momento porque, dondequiera que el veneno del árbol tocara su piel, lo quemaba hasta los huesos. Sus ojos se hundieron y se volvieron dos agujeros rojos. La sonrisa burlona, la sonrisa despiadada sin dientes tras la máscara de plata, se convirtió en un agujero húmedo y escarlata. Luego cayó hacia atrás y se derrumbó.

Los dos discos plateados volvieron de manera fulminante. Lo que fuera en su conciencia que los controlara había desaparecido, porque el primero le amputó la mano derecha y luego el segundo, la izquierda. Todavía estaba vivo, ya que de los muñones manaba la sangre a borbotones. Salió un chorro con los últimos latidos vacilantes de su corazón.

Entonces me di cuenta de que tanto yo como el resto de los presentes en el gran salón estábamos en peligro porque esos discos afilados seguían sueltos y no se podían controlar ni derribar. No tenía tiempo de coger los guantes y ponérmelos rápidamente. E incluso aunque pudiera no sabía si podría controlarlos. Muchos de los que habían recibido un golpe en el primer pase estaban muertos o se habían alejado. El retorno fue muy rápido. Empuñé la espada con las dos manos.

Mi cuerpo tembloroso tardó un segundo en darse cuenta de que había terminado. Miré hacia arriba y vi cómo la noche finalizaba y las estrellas se apagaban. La oscuridad de la medianoche se fue y el azul se extendía.

—El amanecer —susurré—. ¡Gracias a Dios! ¡El amanecer!

De pronto Albe estaba a mi lado, el gran Fir Blog justo detrás, el que se llamaba

Goric. Levanté la espada.

—No —dijo Albe—. Es un amigo.

Me cogió de la muñeca.

—Sí —dijo él—. Ahora mismo mis señores están ocupados.

Eché un vistazo y vi que el combate se había extendido por todas partes. Las grandes familias habían sido sitiadas en sus plataformas. Las largas rampas que conducían a ellas estaban llenas de cuerpos que luchaban. Las bandas y los ciudadanos comunes parecían unir sus fuerzas para enfrentarse con los poderosos. Estaban siendo atacados unos cuantos círculos, pero la gran mayoría, a menos que fueran muy ricos, no tenían problemas. Río arriba, los hombres de las bandas nocturnas de aspecto más peligroso se tiraban al agua y se dejaban arrastrar hasta la parte inferior de las plataformas que ocupaban las grandes familias, donde podían atacar desde atrás.

—Está herido —dijo Goric, mirando hacia las ramas destrozadas que todavía goteaban aquella sustancia que tanto se parecía a la sangre—. Quizá las grandes familias lo cottaran por descuido, pero hasta que no sane por sí mismo no pensaré en nosotros.

De repente le dio un espasmo. Miró hacia la orilla.

—Me están avisando.

Entonces profirió un grito de dolor.

Extendí la mano y toqué la cadena con los dedos. Yo también lo sentí, el mismo tipo de dolor con que Igrane me había azotado cuando intentó forzarme a firmar el contrato de matrimonio con Arturo. Me sacudió. Pero luego, en un instante, se fue, desapareció, cuando la cadena se le cayó del cuello.

Me miró asombrado, después su expresión cambió a algo bello, una alegría estupefacta.

—No sabía que pudieras hacer eso —dijo Albe.

—Tampoco yo —admití mirándome la mano derecha.

Tuau gritó. Nos hizo dar un bote a todos.

—¿De qué estáis charlando vosotros tres? ¡Corred! Vuestra plataforma está desapareciendo.

Así era. Las altas piedras hexagonales estaban cayendo al río una a una. Cruzamos corriendo por los escalones. Los otros tres se quedaron atrás y me obligaron a abrir camino. Lo hice.

Cuando llegamos a la plataforma de los adivinadores, la encontramos vacía, abandonada. Las mujeres se habían ido corriendo, cuando terminó la lucha, me dijo Albe. Ilona no se quería ir, pero tenía que pensar primero en Cateyrin.

—Seguidme, entonces —dijo Goric—. Os puedo llevar a un sitio donde refugiaros.

Las calles estaban casi desiertas. Aquellos pocos que nos encontrábamos se mostraban más interesados en su propia seguridad que en intentar molestarnos.

Cuando llegamos a la entrada de la ciudad (teníamos que cruzar la plaza, el punto de entrada que daba al lago), me volví a quedar asombrada al ver las resplandecientes tiendas de miríadas de objetos bellos y valiosos. Esa vez vi que cada torre tenía una escalera de espiral luminosa que conducía al centro, de manera que los clientes pudieran subir muy alto, mirando y quizá comprando mientras ascendían.

—Qué bonito —dije—. Me gustaría pasearme por aquí con oro en las manos...

Y eso es lo último que recuerdo.

Tengo la ligera impresión de que Albe cogió mi espada. Estaba poco dispuesta a soltarla, pero lo hice. Y recuerdo a Goric recogíendome como a una niña. Cuando me desperté, me encontré tumbada encima de paja limpia en lo que parecía una caverna de piedra. Me recordó los establos donde descansan los bueyes o los caballos grandes. Había un tabique de madera cerca de mí, no muy alto, de metro y medio aproximadamente. A mi izquierda, Albe y Goric estaban tumbados apoyados en otro tabique, abrazándose. Los tapaba algo, una manta o un manto de lana, pero Goric estaba desnudo de cintura para arriba. Sabía, sin necesidad de destaparlos, que también estaban desnudos de cintura para abajo.

La espada estaba al lado de mi mano derecha. La malla dorada era simplemente un vestido de color mostaza, bordado en color gris en cuello, mangas y dobladillo. Parecía estar hecho de una piel de ciervo muy suave.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Aquí —fue la áspera respuesta—. Pero es más cómodo para los dos si mitigo ciertas cosas mientras dormimos.

—¿Duermes?

—Lo que hago es algo así como dormir, de manera que me enojo si me molestan sin ningún motivo.

—Cascarrabias.

—Cansado —fue la respuesta.

Pensé que no lo diría durante un tiempo. Me senté y vi el rostro de una mujer. Estaba arrastrándose por uno de los tabiques. Vi claramente que era Fir Blog. Su pelo era magnífico, largo y negro, pero obviamente le habían pegado. Tenía un ojo morado y el labio hinchado. Llevaba la túnica verde habitual. Estaba sucia y la piel que se le veía estaba llena de verdugones. Tenía una cadena alrededor del cuello.

Me miró en silencio por un momento; después preguntó:

—¿Puedes hacer por mí lo que hiciste por él?

—No lo sé. —No estaba segura, tenía la espada en mi mano cuando toqué el cuello de Goric.

Me acerqué a ella. Se espantó como un caballo nervioso. Podía entender por qué. Las contusiones en su cuerpo eran prueba suficiente de su situación.

—No lo podremos comprobar a menos que lo toque.

Se inclinó, alargando el cuello hacia mí, pero con la cara apartada. Vi piojos arrastrándose por su cabellera.

—Nos tienen encadenados No se nos permite bañarnos.

Estiré la mano, rezando a Dios: «Espero poder ayudarla».

Mi mano tocó la cadena. Esta vez no hubo dolor; simplemente se desprendió. Se quedó donde estaba, mirándola, con el rostro apartado. Luego vi que estaba llorando en silencio, con los ojos abiertos.

Toqué el ojo morado con la mano izquierda. El olor a rosas llenó el estrecho establo. Cerré los ojos y sentí el hocico frío de Madre rozando mi nariz. Pero cuando los abrí, se había ido.

Dije: «Madre», y sentí un tacto cálido en la mano. No pude ver nada, pero sí sentirlo. Cuando miré a Goric, vi que él y Albe estaban tapándose pudorosos con la manta y nos miraban a la mujer y a mí.

Eso fue lo que hice durante gran parte del resto del día: quitar cadenas de los Fir Blog.

Los rumores que nos llegaban en boca de los fugitivos decían que la ciudad estaba alborotada y que las grandes familias estaban teniendo dificultades para hacerse con el control. Debió de ser su preocupación por resolver sus propios problemas lo que les hizo tardar tanto en darse cuenta de que los esclavos Fir Blog habían encontrado la manera de deshacerse de los collares. Fue así porque estaba tan cansada que todo lo que podía hacer durante la mayor parte del día era dormir y a ratos iba ayudando a los Fir Blog. Goric me despertaba y así podía cumplir con mi obligación. No había nada penoso en ello, lo que me hizo sentir mejor.

El vestido era basto.

—Espero que estos salvajes no corten en trozos a los habitantes de la ciudad como si fueran carne de vaca —me dijo.

Recordé la mujer triste, llena de magulladuras y asustada que había visto aquella mañana y contesté:

—Algunos se lo merecerían.

Me respondió que era un ser poco sensible. Repliqué que creía que sólo estaba siendo maliciosa. La conciencia del vestido desapareció de repente.

Tuau apareció justo a tiempo para comer. Como todos los felinos, tenía un gran sentido de la medida del tiempo. No importa lo ocupados que estén, los gatos se las arreglan para ser puntuales con la comida. Mientras cenaba, Tuau nos informó. No, las familias importantes no se habían percatado de que estaban perdiendo a los Fir Blog. Pero alguien había visto a Goric irse con Albe y conmigo y se hablaba sobre atacar los barrios de los esclavos para «rescatarnos».

Albe se rió y clavó la mirada en Goric. Éste sonrió, aunque más bien aquello era la personificación de la satisfacción. Los dos tenían ese aspecto relajado, satisfecho, que irradian los amantes jóvenes. Los viejos amantes, en esa misma situación, también tienen ese aspecto. Los envidié por un momento, preguntándome si yo algún día tendría la misma experiencia que ellos estaban disfrutando.

Tuau siguió contando que Ilona (que no tenía un pelo de tonta) le había dado una

chuleta de carne para llevársela a Tía Louise. De este modo, sobornada, prometió que nos avisaría sobre cualquier redada que las grandes familias pudieran planear.

Goric me sorprendió con sus preguntas...

—¿Es inteligente?

—Mmmm —dijo Tuau—. Bastante. Sabes que se agasajan con banquetes. Normalmente cada familia envía un representante. Más que a morir quemados, sienten pavor porque una familia conspire traicionando al resto.

—Qué extraño —dijo Albe—. Habría dicho que dedicaban a eso la mayor parte del tiempo.

Goric se rió y los dos intercambiaron una mirada de comprensión. En ese momento supe que podrían gobernar aquel lugar y yo no tenía derecho a apartarla de él.

Tuau siguió contando que a Tía Louise normalmente la invitaba una de esas familias a holgazanear y a observar cruelmente. Y como los líderes de las grandes familias no tenían en mucha estima la inteligencia de los felinos, ella lo veía y oía todo; como una mosca en la pared.

—Muy útil —dijo Goric.

Tuau ronroneó.

—Entonces creo que podríamos llegar a un...

—Cedo el liderazgo —dije amablemente.

—Rrrrruuuu —dijo Tuau.

—Para —le ordené—. ¿Qué dijo Ilona?

Evitó mi mirada.

—¿Cómo lo supiste?

—Tengo buena intuición —contesté—. Algunas veces simplemente sé cosas, aquella vez vi que había dado en el clavo.

—Ilona dice que te vas y que ninguno de nosotros puede seguirte.

—Eso puede ser verdad.

Se hizo un silencio y todos me miraron con preocupación y, creo, un poco asustados.

—Hablemos sobre eso más tarde —mi voz sonó autoritaria, me sorprendió que pudiera ser tan imperiosa, pero aparentemente funcionaba porque todos me obedecieron—. Mejor que consideréis qué vais a hacer para conservar vuestra libertad.

Goric y Albe se miraron el uno al otro, y él dijo:

—Pasamos la noche hablando sobre eso.

—No toda la noche —añadió sonriendo Albe.

—No —convino él—. Pero gran parte. Lo que nos gustaría hacer es organizarnos en un círculo. Seríamos el Círculo de los Pastores. Los animales que viste la primera vez que nos encontramos.

—¿Los antílopes con colmillos?

—Sí. Nos proporcionan la mayor parte de la carne para la ciudad. Son animales horribles, peligrosos, difíciles de controlar. Pero muy buenos para comer.

Estábamos comiendo una especie de salchicha curada con verduras y pan. Tenía la boca llena. Alcé una.

—Sí —dijo—. Lo hacemos de las sobras de los animales muertos y se seca al sol.

«Probablemente usen tripas, también», pensé. Pero nadie quiere saber nunca qué hay en una salchicha.

—Sea como sea —dijo—, creemos que podemos ganar el apoyo de los otros círculos. Su poder equilibra la influencia de las grandes familias y están ansiosos por tratar de conseguir tanto apoyo como sea posible.

Tuau arañó una pulga con su pata posterior.

—Las adivinatoras lo harán, lo sé. Nest me lo contó. Ella dijo que haría correr la voz.

—Sí —dije—. Pero ¿qué pasará cuando los rebaños vuelvan a los establos de la ciudad?

Él y Albe se intercambiaron una de sus expresivas miradas, luego vi que sus ojos se fijaban más allá de mi hombro. Me di la vuelta y vi que habíamos atraído a una multitud. Por lo menos, un centenar de pastores estaban esperando a que acabáramos de comer. Me levanté de inmediato y fui a trabajar.

Goric y yo llevamos las cadenas al río. Por esa zona fluía en canales estrechos. El suelo era muy accidentado. Estábamos bajo las cataratas que caían en una docena de sitios separados por el lago inferior. Era imposible ver muy lejos en ninguna dirección. Aquel lugar era un sinfín de pozos, charcas, pequeños lagos, todos entremezclados entre los cantos rodados rotos y bloques de piedra gigantes dispersos, todo revestido de enredaderas con espinas venenosas y flores brillantes; pequeños árboles y altas hierbas pantanosas de punta afilada que cortarían la piel a cualquier incauto que pasara por allí descuidadamente.

Goric y yo caminamos por el agua. No era muy profunda. Pude ver que había muchos animales salvajes: serpientes, lagartos, conejos, nutrias, ranas, caracoles grandes y peces, grandes y pequeños. Después vi algo que me hizo estremecer: huellas de garras, de felino, como Tuau, pero mucho, mucho más grandes.

Miré hacia atrás y me sorprendí al ver que habíamos perdido de vista la cueva donde permanecían los esclavos. Estábamos solos. No estaba asustada, pero sí me preguntaba por qué me habían traído allí.

—Debes irte —me dijo.

—Sí. Y cuanto antes, no vaya a ser que las grandes familias vuelvan a sentir el deseo de encarcelarme.

—Pensaba hacerlo yo mismo —dijo él de manera terminante.

Me dispuse a contestar, pero alzó la mano indicándome que me detuviera.

—No, abandoné la idea cuando vi de lo que eras capaz de hacer. Y cuando hablé con Albe. Me gustaría decirte; «Quédate aquí, conviértete en líder de nuestro círculo.

Gobiérnanos». Pero ella dice que tienes un don poderoso.

—Creo que mi destino fue escrito antes de que naciera. No me atrevería a rechazarlo.

—¿Te la llevarás? —Me miró como si su vida dependiera de la respuesta.

—No. Tengo que volar.

—Ajáááá. Entonces ése es el propósito de la profecía de Ilona.

—Sí.

—Las capas solares. Supongo que querrás una. ¿Crees que sabrás utilizarla? Es más difícil de lo que parece.

—Lo puedo intentar. Tengo que alcanzar las puertas del Reino de Verano. En mi mundo se extienden por toda la costa y sólo están abiertas en la estación de las tormentas. Y ahora sólo pueden llegar los pájaros.

Sus extraños ojos se clavaron en los míos.

—Por encima de las montañas. Tienes que volar por encima de la montaña. En cuanto a la capa solar..., tenemos que robar una.

—¡Goric! —exclamé—. Los esclavos saben...

—Todo.

—¿Por qué?

—Tenemos tanto miedo de nuestros amos, lo que hacen nos afecta a todos tanto, que no les perdemos la pista y lo observamos todo. ¿Qué más podemos hacer que entretenernos con sus cosas? Haré correr la voz de que se necesita una capa solar. Alguien vendrá con una sugerencia, una idea factible. Ten fe. La otra pregunta que quería hacerte es... ¿permitimos que los rebaños vuelvan a la ciudad esta noche? ¿Crees que podemos engañar a las grandes familias un día más?

—No. Pensándolo bien, creo que debes obrar con la mayor precisión. Una noche puede significar éxito o fracaso. Si estás en lo cierto, el antílope de colmillos es el mayor suministro de carne para la ciudad. Tu habilidad para retenerlos te da ventaja. Los círculos no les perdonarían fácilmente a las grandes familias la interrupción del suministro de comida. Esas familias pueden no entender la justicia, pero comprenden el poder. La mayoría. Demuestra que tú lo tienes.

Me hizo un saludo, levantando el brazo.

—Y —continué— arma a tu gente lo antes posible. No hay tiempo que perder, porque, tan pronto como se den cuenta de su difícil situación, te atacarán.

—Habrías sido una gran líder.

—¡Tengo que encontrar a Arturo!

Regresamos tranquilamente para descansar. Me di cuenta de que el consejo que le había dado acerca de armar a su gente no era necesario. Estaban haciendo lanzas en las hogueras dentro de las cavernas. En ese momento endurecían las puntas. Otros estaban haciendo cuchillos y puntas de lanza de piedra. Daban la vuelta a pieles para hacer hondas y fundían abalorios para fabricar proyectiles.

Cuando me detuve para hablar con ellos, oí estas palabras:

—Queremos nuestra libertad y estamos dispuestos a pagar el precio.

—El precio a veces es demasiado alto.

Tenían bastantes peticiones para mí y al final del día una carretilla llena de cadenas fue a parar al río. Muchos de ellos eran sirvientes de rango superior de las grandes casas, pero otro gran porcentaje parecía tan oprimido como la primera mujer a la que había ayudado esa mañana. Muchos tenían contusiones, algunos habían sido azotados. Parece que éstos eran los últimos que habían sido capturados, hombres y mujeres a quienes se les habían dado las tareas más sucias y peligrosas con la esperanza de hacerlos sumisos.

Pude ver que en numerosos casos no había funcionado. Muchos tenían mal carácter y eran rebeldes, querían (en muchos ejemplos más que querer) morir luchando por su libertad. Los sirvientes de rango superior estaban menos seguros de sí mismos. Tenían amantes y lealtades entre sus antiguos señores. Pero muchos, aunque los habían tratado bien, estaban llenos de ira por la injusticia que implicaba su servidumbre y pensé que se mantendrían firmes. Otros eran leales a sus señores hasta cierto punto, pero tenían miedo de que, cuando la desertión de muchos de su clase se hiciera evidente, sus amos castigarán con toda su rabia a los pocos esclavos que quedaran.

Hablé con los que estaban haciendo armas y vi que mis palabras eran mucho más respetadas de lo que hubieran sido entre otro grupo comparable de seres humanos. Los enseñé a utilizar el bolo, el instrumento que sirve para lanzar las espadas, y el arco, compuesto y simple. Ellos a cambio demostraron la eficacia de sus herramientas de piedra y de sus armas. La piedra tiene un filo cruel y la obsidiana es todavía más letal.

Finalmente comprendí que había dicho y hecho todo lo que podía. Cuando cayó la noche, estaba claro que ningún esclavo más sería capaz de encontrar su camino hasta allí. Bebí un poco de vino y me quedé medio dormida sobre el plato, así que me acurruqué contra el muro de madera y me entregué al sueño. Albe y Goric se unieron a mí y apenas me percaté de su presencia. Lo que fuera que estuvieran haciendo, estaban..., demonios, sabía lo que estaban haciendo. Pero estaban muy callados. No creía que Albe fuera de las que gritan mucho y Goric, en cualquier cosa que hiciera, era tan silencioso como un gato, así que disfruté de un largo y placentero descanso.

Mi vestido (sí, todavía lo llevaba) me despertó en plena noche.

—Alguien viene —susurró.

La mujer que había liberado el día anterior se arrastraba sigilosamente por el establo y se agachó cerca de mí. Pero tenía cuidado de no acercarse lo suficiente para tocarme.

—Mi señora —susurró—. ¡Mi señora!

Me di la vuelta. Había sido lista al no tocarme, yo ya tenía la espada en la mano.

—¿Qué? No despiertes a los demás.

Sabía que era tarde. ¿Cómo lo sabía? Lo ignoro, pero lo sabía. Había una

profunda quietud. Casi todo, incluso los depredadores nocturnos, dormía.

—Yo soy Micka.

—Encantada de conocerte, Micka.

Parpadeó. No creo que se imaginara un saludo cortés.

—Yo soy Guinevere.

Además, me di cuenta de que estaba limpia. Se había cortado el pelo y llevaba una túnica de lino limpia. Ya no olía mal, sino que tenía el cálido olor de una mujer que se acaba de bañar.

—Goric dice que quieres una capa solar. Bueno, yo sé dónde hay una. Si vienes conmigo, te llevaré allí.

—¿Dónde?

Por un instante parecía desconcertada; luego dijo:

—Te lo enseñaré.

«La danza», pensé.

Utilizamos la danza no simplemente para expresar nuestro interior, sino también para trazar el mapa del mundo exterior. Ure ha bailado la situación de los sajones en y a lo largo de la costa. Tanto Maeniel como yo lo entendíamos perfectamente.

Cuando el río se alejaba del lago, el agua fluía en diferentes riachuelos hacia las tierras desgastadas por la erosión. A lo largo de los siglos, cuando este mundo tenía un océano, las corrientes profundas y rápidas arrastraban las piedras cuando las aguas se retiraban para más tarde intentar recuperar lo que había abandonado en el revoltijo de hoyos, grutas y cuevas que quedaban a su paso. Luego cuando finalmente el océano desapareció, el río formó una cadena de pantanos, ciénagas, charcas y pequeños lagos, todos cubiertos de espesas malas hierbas y las plantas del desierto que había visto de camino a la ciudad.

Muchas de ellas eran comestibles, y cuando se encerraba a los antílopes con colmillos para que engordaran antes de sacrificarlos, enviaban a Micka y otros extranjeros a recoger fruta y hierba para alimentarios durante el corto tiempo que tardaba la carne en ponerse tierna. Era un trabajo muy peligroso. Los grandes felinos merodeaban por las tierras yermas. Más de uno de sus compañeros esclavos habían desaparecido mientras cogían forraje.

También sucedía, en los años de sequía, que se perdían en ciertas zonas y morían de sed. Las plantas tampoco es que fueran inocentes lirios precisamente. Muchas eran lo suficientemente venenosas para provocar cualquier cosa a cualquiera que estuviera obligado a cogerlas, desde una erupción hasta una ulceración interna de la piel.

Todo eso me lo contaba mientras íbamos a encontrarnos con lo que ella llamaba «nuestros ayudantes». Me quedé estupefacta cuando los vi: dos de los antílopes de grandes cuernos. Aquellos dos tenían frenos en la boca. Estaban atados. Si no lo están, intentan cornearte. Sí, tenían los cuernos largos y en forma de espiral, cuerpos musculosos y pezuñas afiladas, hendidas. Pero los dos llevaban trozos de tela gruesa sobre el lomo, atados con gruesas correas.

El mío intentó morderme cuando lo cogí por las riendas. Micka le dio una bofetada en la nariz una vez y otra, hasta que se calmó. Pero cuando traté de montarme la segunda vez, intentó tirarme contra una roca.

Esta vez Micka le dio una bofetada entre los ojos y me mantuve sobre su lomo. Podía entender por qué no estaban atados por las riendas sino por una correa en la barbilla atada a una estaca. Micka la aflojó con cierta turbación.

El animal corcoveó de nuevo y dio tres saltos sobre las patas posteriores. Luego bajó las patas delanteras y decidió que, como eso no me echaba del asiento, debía ser fuerte. Por un tiempo al menos, resolvió comportarse. Partimos al galope, a un ritmo frenético.

—¿No los agotaremos? —pregunté a Micka.

—No, es la única manera de estar montadas. Hay que agotarlos. Incluso así, debemos dejarles marchar al amanecer, porque ya no hay más agua para ellos más allá de ese punto. Estaremos en el desierto. ¡Cuidado! Hacen un montón de trastadas.

Desde luego que las hacían. El mío intentó echar la cabeza para atrás para romperme la crisma con su cráneo. Lo solucioné dándole una palmada en la cara con el extremo de las riendas. Dejó de hacer eso, pero entonces trató de destrozarme las rodillas pegándose a los estrechos conductos que había entre las formaciones rocosas. Tiré del freno e hice que se arrepintiera cada vez que lo intentaba.

Hacia el amanecer, la bestia estaba cansada y le salía espuma de la boca, pero aun así corría deprisa.

A decir verdad, yo estaba casi tan cansada como el animal. Debía agarrarme bien con los muslos y las rodillas a mi montura, y tenía las piernas y las nalgas doloridas. Estaba segura de que tenía quemaduras producidas por el roce en la cara interna de los muslos y nalgas. Hubiera dado cualquier cosa por nuestra silla de montar de cuatro cuernos que mantenía al jinete en su sitio y le permitía escoger la ruta más segura.

El sol estaba bien alto cuando dejamos nuestras monturas. O, mejor dicho, cuando no respondían ya a golpes, patadas o palabrotas. Micka y yo bajamos de sus lomos con un inconfundible sentimiento de alivio, por lo menos por mi parte. Me sentía increíblemente dolorida. Una vez estuve en el suelo, mi montura intentó retroceder y aplastarme el cráneo de una patada. Tiré bruscamente de las riendas para abajo y le di un golpe terrible en el hocico.

—Le estás cogiendo el truco —dijo Micka.

Quitó los arreos a los animales y dejó caer al suelo los cojinetes de las sillas. Los cabestros estaban hechos de cuerda. Los cortó con un cuchillo de obsidiana. Nuestras monturas todavía tenían suficiente energía para salir como un rayo. En esas tierras rocosas, accidentadas, se esfumaron de nuestra vista en menos de un minuto.

Quería descansar, pero sabía que podía ser fatal si dejaba que se me enfriaran los músculos. Así que nos pusimos a caminar por la parte baja de un barranco estrecho que se iba haciendo más y más profundo. Al principio estaba oscuro, pero cuando el

sol se alzó, había más luz. No había nada que ver: estrato sobre estrato de piedra arenisca erosionada con afloraciones de roca más oscura, granito y lava esponjosa. Allá donde el viento había levantado la arena, se extendía piedra caliza rasa llena de conchas y restos de otras criaturas del mar, algunas cuya forma no había visto.

—La vida es realmente más interesante contigo que con la Fand —dijo mi compañero invisible—. ¿Por qué estamos haciendo esto?

—Quiero una capa solar.

Micka caminaba un poco por delante de mí. Se dio la vuelta y me miró con recelo.

—¿Hablas sola?

—Mmmm, a veces. Parecía satisfecha con la explicación.

—Necesitarás instrucciones —dijo mi compañero—. No puedo ofrecerte más que lo básico. Adelante.

»Parte con el viento hacia el sol. El sol le da vida a la capa, fuerza motriz. El aire te mantendrá a flote. Entiende, este aire es sólo otro océano. No puedes sentir su fuerza en el viento.

No lo comprendí, pero asentí como si lo hubiera entendido.

—El aire caliente sube y el aire en el desierto se pone muy caliente. La capa solar te permitirá viajar con el aire cada vez más cálido más y más alto, pero a medida que vayas subiendo, notarás el aire fresco.

Me acordé de las feroces águilas marinas que permanecían suspendidas en el aire encima de la costa y comprendí lo que mi amigo me estaba intentando explicar. Parecía que volaban sin mover sus alas.

«Sí —pensé—. Entonces ésa es la manera».

—Cuando sientas que el viento coge otra columna de aire creciente o si el día es caluroso, para entonces la capa ya habrá absorbido suficiente fuerza de la luz como para hacerte avanzar. Gira en la dirección que desees ir. Si vas en dirección contraria al viento, prepárate para un viaje accidentado. Si vas con el viento, aprovéchate todo lo que puedas y elévate. No puedes ir demasiado alto, creo, pero ten cuidado si lo haces, este océano de aire termina más alto que este mundo. No pares cuando vuelas. Si lo haces, es bastante parecido a lo que pasaría en el agua. Te hundirías y la capa te arrastraría hacia abajo. Si quieres retroceder, da la vuelta. Pero, te advierto, no dejes de volar.

—¡Aquí! —dijo Micka.

Se detuvo al lado de un saliente que daba una tenue sombra en el barranco. Miré hacia arriba y vi que el sol estaba casi encima de mi cabeza. No es bueno viajar al mediodía.

—Hay calabazas un poco más adelante.

Me senté en la gratificante sombra. Micka volvió con lo que parecía un melón con un pequeño cuerno, piel segmentada y espinas, una en cada segmento.

—Ésta es una de las más grandes, no sé si podré partirla con mi cuchillo.

Saqué la espada y corté aquella cosa por la mitad longitudinalmente. Tenía la pulpa rosa y un sabor asqueroso.

—No lo comas. Sólo arranca la pulpa y exprímela dentro de tu boca.

Seguí la sugerencia y sacié mi sed con la pulpa mientras masticaba, nerviosa. Fue suficiente alimento y pudimos seguir caminando por el lado umbrío del barranco hasta el anochecer. Mientras se ponía el sol, las laderas del barranco empezaron a hacerse más y más bajas, hasta que desaparecieron en un mar de plantas que crecían a ras de suelo y que reconocí que eran del mismo tipo que las que producían las joyas del sueño, Gorias Púrpura. Ésas estaban poco desarrolladas.

—No te acerques a ellas —me advirtió Micka.

—No. Las encontré la primera vez que vine aquí. Sé lo peligrosas que son...

—Sí, bueno, éstas son peores. Solían traer a los sacrificados aquí desde la ciudad, pero la gente de más edad me dijo que morían demasiado rápido. Sólo unos pocos fueron capaces de conseguir más de media docena de frutos.

La brisa del atardecer empezó a soplar y la masa de vegetación se agitaba de manera extraña por el suave ímpetu del aire, que parecía susurrar, y que a mis oídos sonaba como el murmullo distante de una muchedumbre curiosa. Sí, eran enanas. Mientras que las primeras que había visto eran de aproximadamente treinta centímetros de altura y tenían las hojas del tamaño de un plato, éstas medían menos, y las hojas eran como una copa, una copa pequeña.

—Él está allí con la capa solar. Nadie lo sabe, excepto yo —dijo Micka.

Curiosamente, la vista era bonita. El sol poniente teñía las hojas del océano de plantas de color naranja profundo y hacía que los bordes violeta de las hojas cerca del tallo parecieran negros. Las florecillas blancas brillaban con un tono dorado.

Pero allí, fuera del centro del lago de vegetación, algo destellaba y brillaba. Me llevé la mano a los ojos para protegerme del sol y vi la capa solar extendida entre las plantas.

—Entonces ¿es que puedes chocar? —pregunté.

—Oh, muy fácilmente —dijo mi compañero.

—¿Crees que el piloto está todavía en ella?

—Muy probablemente.

—¡Oh, sí! —contestó también Micka—. Puedes ver sus huesos desde arriba.

Señaló al peñasco de lo alto, donde terminaba el barranco.

Micka llevaba un pequeño fardo. Lo abrió mientras yo encendía una hoguera. Como ya sabéis, esto no me resulta difícil. Lo que quemé fueron las enredaderas de los melonares del año anterior. Marchitos y secos, se extendían con profusión a lo largo de las laderas del barranco. Micka tenía un recipiente de cuero y lo llenó de bayas secas de algún tipo, unas cuantas cebollas silvestres tasajo. Tenía dos cuencos de cuero que llenó con sopa.

Comí y bebí lo que me supo como la mejor sopa que he probado. Estaba tan cansada que, cuando me levanté para ir al barranco para hacer mis necesidades, vi

que prácticamente no me tenía en pie. Los pocos metros que tenía que recorrer hasta llegar a un recodo del barranco parecían kilómetros y el calor de mi propia orina me escaldó. Tenía el cuerpo helado. Casi carecía de la fuerza suficiente para volver. Pero lo hice.

—Los felinos... —le pregunté a Micka—. ¿Y los felinos?

—No vienen aquí. Nadie, nada viene. Es un sitio muy peligroso.

—¿Qué le pasó al que llevaba la capa solar?

Micka movió la cabeza, pero mi compañero dijo:

—Pudo haber sido cualquier cosa. Quizá intentó impulsar la capa demasiado lejos y la oscuridad creciente lo atrapó. Quizá trató de volar demasiado alto y pereció cuando el aire se hizo demasiado escaso para respirar. O le entró tanto frío al volar tan alto que se congeló. Cualquier cosa. Mira, la capa solar es como yo. Intenta proteger a quien la lleva. Tiene un gran sentido del deber, de manera que si fallecieras allá arriba, trataría de bajarte donde tus amigos pudieran ayudarte. Pero para entonces puede ser que fuera demasiado tarde.

—Micka —dije mientras ella se levantaba para irse al barranco—, quédate cerca.

Lejos, en la distancia, oí un felino que gritaba. Lo que quedaba del día era sólo una línea azul iridiscente en el horizonte.

—Uno de esos felinos podría encontrar nuestra pista y pensar que tiene una cena fácil.

Asintió y volvió rápidamente después de terminar sus necesidades. La hice dormir entre la pared del barranco y yo.

—Tengo armas —le conté— que no se ven. Tú eres más vulnerable.

Cuando estábamos colocadas, dije:

—Micka, creo que puedo recoger una docena de joyas del sueño fácilmente antes de que me vaya volando. Enséñaselas a Goric y a Albe. Ellos te ayudarán a venderlas. Puedes hacerte rica y comprarte todo lo que quieras.

Extrañamente, empezó a llorar en silencio, pero sollozando profundamente, tragando saliva.

—Lo que quiero nunca lo podré tener —se lamentó—. Que mi mundo vuelva de nuevo.

Pensé en Albe. Albe, cuya familia había sido asesinada y cuya vida había sido robada por los piratas.

—Tú no puedes darme eso. —Casi parecía una acusación.

—No. No puedo.

La confesión pareció calmarla. Su respiración se hizo más fuerte.

—¿Cómo era tu mundo? —le pregunté.

Me contó que era una fantasía maravillosa de un mundo verde y blanco con llanuras interminables y abiertas, y bosques suntuosos donde la gente vivía para seguir las manadas de elefantes, ganado salvaje, caballos, ciervos y alces gigantes. En invierno vivían de los frutos del mar, cazando animales de caza menor y recogiendo

marisco y peces en la costa. Cuando llegaba el verano, los rebaños se trasladaban al norte, fuera de los bosques de las tierras bajas, hacia las estepas, llanuras ricas llenas de vida que empezaba a florecer.

Por necesidad, los humanos debían seguirlos y, durante el breve período de caza en verano, mataban los suficientes para, una vez secados y almacenados, pasar el invierno. Luego, cuando los rebaños volvían al sur otra vez, debían seguirlos. Una vida ardua y a menudo corta, pero que una anhelaría revivir, incluso con toda su brevedad y esfuerzo.

Me quedé dormida escuchando sus historias de un elefante de pelo largo y lanudo y unos colmillos curvados tan grandes que se comió el sol. No la estaba escuchando tan atentamente como debería haber hecho, pero en mi defensa diré que me encontraba muy cansada por los muchos combates. Estaba exhausta. Así que caí, con el estómago lleno, feliz y estúpida, en la trampa.



Estaban comiendo trilobites y alguna cosa que podría muy bien haber sido un camarón, a no ser porque, donde los camarones tienen patas, esas cosas tenían agallas. Eran muy pequeños, pero se podían comer enteros. La parte comestible era el conjunto de músculos que formaban el lomo, desde el caparazón hasta la cola.

Se enrollaban al cogerlos y se extendían cuando se ponían al vapor. La capa protectora de la cabeza se rompía y se quitaba, luego se levantaba la concha de atrás, dejando la musculatura de la cola al descubierto. La carne se extraía de manera parecida a como se sacaba la de una langosta, toda de una pieza; después se untaba con mantequilla y se comía. Era un poco mejor que la langosta porque las huevas almacenadas cerca del carapacho solían extenderse por la carne, dándole un suave sabor a mostaza.

Lancelot iba por el sexto. La muchacha, por el quinto; Merlín se había comido tres y ya no podía más. El vino de su copa se convirtió en un blanco que casaba muy bien con el pescado. Merlín miraba detenidamente a la joven haciendo cábalas. Ser su prisionero no iba a ser tan malo. Después de que el joven estuviera ausente un tiempo, probablemente, sólo probablemente, tal vez se dejara consolar por él...

Ella se volvió hacia él, con los últimos bocados de trilobites en la mano, y le dijo:
—Ni en sueños, pringado, ni en sueños.

Merlín se sonrojó por ser tan previsible. Lancelot pareció desconcertado por unos momentos, entonces su expresión se volvió malhumorada. El muchacho lo mataría en un segundo. Hechicero o no, probablemente lo mataría si sucumbía a un ataque de celos.

Los pájaros que estaban posados a su alrededor siempre estaban visibles. Cuando se fue a pescar, el joven extendió su mano y recibió un escudo y una protección transparente para el rostro. Luego sacó una lanza del aire. El escudo le cubría sólo los

ojos, la nariz y la boca, pero le permitía estar de pie, respirar y ver cualquier presa que quisiera atrapar con su lanza.

—Los últimos meses están siendo duros —dijo ella.

—¿Tienes algún consejo acerca del rey Bade? —dijo Lancelot.

—Intenta que no te mate —dijo ella.

—Gracias. Muchísimas gracias. ¿Se te ocurre alguna otra cosa más que me sea de utilidad?

—La espada está en la roca —dijo Merlín—. Ella le tiene que dar la espada de la roca.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó ella.

—Estábamos hablando sobre los secretos de la adivinación. Una de las adivinatoras me lo dijo, de hecho me lo había dicho varias veces antes. Era muy insistente. Me llegaba a aburrir con el tema.

—No se sacan espadas de las rocas —dijo ella.

—Eso demuestra cuánto sabes —repuso Lancelot—. Claro que se puede. Las piedras son del principio de todo. Fuego del paraíso.

Tanto Merlín como ella dejaron de comer y se quedaron mirándolo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Merlín.

—Es sencillo —contestó Lancelot.

Había una hoguera en la playa. Al lado había un cuenco con restos fríos de camarón. Un hoyo cerca del fuego, una masa de algas y tres trilobites rojos al vapor. Lancelot intentó coger un trilobites, se quemó los dedos.

—¡Ay! —Se chupó la yema de los dedos.

—Deja de preocuparte por tu estómago por un momento y explica lo que acabas de decir —dijo ella.

—Las espadas están hechas de metal. Los metales se obtienen del mineral del hierro, que parece una pila de rocas. Lo sé muy bien. Cuando Gray se quedaba sin chatarra, que es mejor porque así parte del trabajo ya está hecho, tuvimos que fundir hierro mineral y conseguir buen hierro. Es algo que no me gustaría tener que volver a hacer. Es un trabajo sucio, difícil y duro. Y nos llevaría dos o tres días. Gray dijo que ése era el motivo por el cual el herrero estaba tan ansioso por que se casara con su hija, así tendría un yerno que se pasaría el resto de su vida haciendo hierro del mineral que compraba en la península Itálica.

—Entonces... —dijo Merlín pensativo—, entonces...

—Se lo explicaré a Guinevere cuando llegue allí —dijo Lancelot.

—Eso no acaba de explicar del todo lo que has dicho —replicó Merlín.

—No —confirmó la Dama del Lago.

Lancelot estaba manoseando el último trilobites.

—Caray —exclamó ella—. Ya te has comido los otros dos. Vas a reventar.

—Está en edad de crecer —dijo Merlín suavemente.

Ella le dedicó una mirada larga y lenta a través de sus pestañas.

—Si vuelves a hacer esto otra vez —dijo Lancelot—, le cortaré la cabeza antes de irme.

—¡Dios mío! —susurró ella—. Entonces date prisa y termina de comer. Tenemos que despedirnos. Y me apuesto algo a que, cuando hayamos terminado, no tendrás energía para ir cortando nada.

—Si estás enamorada de él, ¿por qué lo mandas a ayudar a la mujer que idolatra?

Ella no contestó y Lancelot se levantó. Se inclinó y la besó en los labios sin tocarla nada más.

—Estoy salado, pegajoso y grasiento —dijo él—. Quiero bañarme.

Luego se fue andando hacia la playa, hacia... ¿la casa de ella?

—¿Por qué? —repitió Merlín.

Esta vez sí contestó.

—Algo maravilloso y terrible los ronda. Un destino oscuro y brillante a la vez.

De nuevo, el hechicero dijo:

—Eso no lo explica.

—Primero, yo no soy una diosa y he aprendido que cuando se interviene en las vidas de los demás el éxito es algo poco frecuente. Es mejor cuando los humanos se hacen cargo de su propio destino. Segundo, el destino que reluce alrededor de los tres es tan grande como la aurora boreal. Interferir en una unión de fuerzas tan poderosa podría provocar el mal. Creo que así sería. Y no sacrificaría mis numerosos poderes en el curso de una acción tan inmoral. No haría nada malo conscientemente. Él no me pertenece. Puede ser joven y mortal, pero las decisiones que tome son suyas. No puedo..., no lo haré por ellos.

Tras estas palabras, se levantó y siguió a su amante en la oscuridad.



Cuando llegaron los pájaros, Arturo supo que no eran seres naturales. Aquellos ojos y su brillo negro como el carbón lo perturbaron profundamente.

—¿Vienes de parte del rey? ¿Eres tú su emisario? —le preguntó al primero, un pájaro que volaba a salvo de la fría niebla gris que permanecía inmóvil entre la primera luz y el amanecer.

Arturo estaba mascando un puñado de bayas. Le manchaban la mano izquierda de color púrpura oscuro. La derecha estaba ocupada en cavar un hoyo poco profundo para tapar las cenizas de la hoguera y los restos de pescado que había comido la noche anterior. Tiró una baya a los pies del pájaro. El animal lo miró con un ojo, luego con el otro y al final, cosa extraña en un pájaro, con los dos.

«Me pregunto si tendrán diferentes pensamientos cuando miran al objeto de su interés con un ojo», pensó el muchacho.

—No y sí.

Dio un pequeño salto y respiró hondo ante la repentina respuesta a su duda.

—¿No y sí qué? —Esta vez habló en voz alta.

—¡No! No soy ningún emisario del rey Bade. Y sí, no estoy seguro de cómo ni por qué, pero el uso de un ojo y luego el siguiente implica un despertar y un aumento de la comprensión. Así es como lo hacen los pájaros. Como hombre no lo necesitaba, pero como pájaro puedo utilizar esta facultad, y así lo hago.

—¿Eras un hombre?

—Una especie de hombre. Quizá en un tiempo lejano. —La voz de la criatura parecía trémula con cierto tono de pena solitaria, triste—. De acuerdo, tienes razón. Soy un emisario, pero no del rey. Mi señor es el Guerrero del Agua y la Luz. No es un hombre, ni tampoco un guerrero. Él tiene mi lealtad hasta que yo muera. Me ruega que aceptes su ayuda.

—Necesito toda la ayuda que pueda obtener —dijo Arturo—. Y cualquiera que en verdad desee socorrerme no tiene que pedirlo.

—Pues que así sea —dijo el pájaro y alzó el vuelo.

—He hablado con un pájaro. Me ha prometido la ayuda del Guerrero del Agua y la Luz. Probablemente necesite remojarme la cabeza en la nieve derretida del río. Podría despejar las telarañas en mi cerebro. No puedo hacer otra cosa que no sea pensar que estoy atrapado en sueños o engaños; si no, no me habrían pasado cosas tan extrañas.

Entonces siguió a *Bax*, que lo guiaba hacia las distantes torres de la luz.



Lancelot estaba sentado en un asiento peligroso, hecho de robles antiguos encantados del bosque oscuro, interminable. Ella lo envió allí. El trono era el hueco del tronco de un árbol. Medía tres metros de ancho y coronaba la última montaña del Bosque de Para Siempre y Ningún Lugar. Ella lo llamó así. Cuando él le dijo que era incomprensible, le contestó que tenía razón, que lo comprendía. Luego le indicó dónde residía el problema de todo aquello.

—Eso lo sabían bien nuestros antepasados —dijo ella—. El bosque era así.

Y le deseó buena suerte si alguna vez se quedaba atrapado en él.

Lancelot le preguntó cómo había escapado Arturo y ella le dijo que no lo había hecho. Bade lo había liberado porque Arturo había conseguido derrotar al bosque en una lucha de fuerza. De mala gana, Bade lo liberó. No estaba segura del motivo. El pensamiento de Bade le resultaba opaco. Él era mucho más inteligente y poderoso que cualquier otra cosa que existiera en el mundo actual. Pero en el pasado algunos habían luchado con él hasta paralizarlo. Nunca lo habían derrotado, sólo contenido. No había pasado muy a menudo, pero era posible. Quizá Arturo era otro de esos héroes de antaño y era inconcebible que no pudiera defender a su propia gente. Para eso se habían creado los reyes.

La vida de un rey pertenece a su pueblo. Tenían derecho a sacrificarlo y, si se

daban las condiciones para este sacrificio, estaba obligado a morir sin rebelarse. El torques es un garrote que se utilizaba para estrangular. Damocles lo intentó y ése es el motivo por el cual durante un tiempo sólo los nobles, hombres y mujeres, los llevaban. Era el recordatorio de Damocles sobre el rango. Arturo cumplía con sus obligaciones y las excedía.

Lancelot, dando la espalda al hechizo misterioso, miró los muros con pilares hechos de madera. Era primavera y la naturaleza se había engalanado con todo su esplendor verde y rojo dorado. Cerca de sus pies, a salvo de la inmensa trampa oscura que tenía detrás, un manantial brotaba de la roca y gorgoteaba montaña abajo, cruzando un lecho de relucientes guijarros hasta que llegaba al río. Lancelot se sentó en el asiento de madera pulida sin saber que el efecto era impresionante.

Vestía unos pantalones de piel y una túnica de lana dálmata que era la vestimenta habitual para hombre en aquella época. Era de manga larga y llevaba una camisa de lino debajo. Parecía que tenía cosidos rubíes en el dobladillo, cuello y mangas. Pero no lo eran. Lo que parecían rubíes eran ojos, los ojos de Aarhus, que lo veían todo a su alrededor.

El cuervo volvió, se encaramó en la roca de debajo del manantial, bebió un sorbo de agua fresca, echó la cabeza para atrás y tragó. Luego frotó el pico contra la rugosidad de las rocas, afilándolo.

—Mi señor, misión cumplida —dijo.

—Gracias.

—No me lo agradezcas.

—¿Por qué no?

—Ella tiene razón acerca de Arturo. Mantente alejado hasta que tengas que acercarte.

—¿Por qué?

—Es un frío asesino.

Lancelot asintió.

—De acuerdo. Pero no creo que pensara en mi bienestar cuando me advirtió de que me mantuviera lo más alejado posible. Creo que intentaba limitar los conocimientos del Rey del Terror en mi presencia. Por eso también me pidió que nunca más volviera a mencionar su nombre.

—Seguramente —concedió el cuervo—. Pero sigue siendo un asesino.

—A mí tampoco me falta valor —dijo Lancelot un poco molesto.

—No. Te enfrentarías a situaciones imposibles si sintieras que fuera necesario. Pero él..., él..., Arturo ni se daría cuenta de las probabilidades de fracaso.

—¡Ah! —dijo Lancelot.

Arturo continuó montaña abajo, en dirección a las torres que recordaba de su sueño de hombre. Le habían dicho que tendría que luchar contra seres sobrenaturales y que eso era lo que significaba el sueño. El rey Bade debía de ser uno de ellos y el terrible guerrero con aspecto de jabalí también.



Con la tripa llena, segura y estúpida. Así es como todavía me sentía cuando me desperté la mañana siguiente. El día amaneció antes que yo, y su luz brillaba en el lecho del lago seco donde supuestamente yacía la capa solar. Micka se había ido, pero no me dio tiempo a preguntarme dónde porque al momento volvió con varios de los melones de los que habíamos extraído agua el día anterior.

Nos refrescamos con los melones y mascamos un poco de tasajo. Luego me fui a buscar una roca lo suficientemente alta para ver el fondo del lago seco. Encontré un sitio desde donde parecía que se podían escalar las laderas de la colina y subí. Cuando llegué a la cima, vi la capa solar extendida justo en el centro de lo que algún día debió de ser agua.

Muy bien. Todo lo que tenía que hacer era descubrir el modo de...

Oí el sonido evocador del grito de un halcón a lo lejos. Me costó por lo menos un minuto recordar que no había pájaros allí, por lo menos yo no había visto ninguno. La única excepción era el lago que pertenecía a la familia de Ilona y, estrictamente hablando, no estaba exactamente en ese mismo lugar.

Ése fue el único aviso que recibí. El pico se cerró de golpe.

No sé si gritó, si no grite, si me desmayé, o si sólo me dio un ataque de histeria. Lo único que sé es que me arrastraron como una flecha volando por encima del lago perdido. Pasé por encima de lo que parecían hectáreas de esas plantas asesinas.

Allá en el centro, los restos de la capa solar estaban tendidos enredados con unos huesos amarillos. Incluso a la velocidad a la que estaba viajando, vi claramente que no la podría utilizar porque estaba tan deteriorada que no se podía ni remendar.

—¿Qué demonios ha pasado?! —gritó mi compañero invisible a todo pulmón, a lo que añadió algo que no me fue de gran ayuda—: ¡Te ha atrapado!

Pensé que podía empezar a farfullar, pero mi compañero fue quien decidió adoptar ese papel. Nos estábamos elevando. El pico queme tenía cogida por la mitad del cuerpo me apretó cuando su propietario alcanzó el borde del lago y se introdujo en la masa de aire que subía conducida por el sol que calentaba las rocas. Subimos, volando en círculos cada vez más y más anchos, mientras la criatura utilizaba la corriente térmica para impulsarse hacia el cielo.

Las alas... No podía creer las alas que estaba viendo. Ningún pájaro tenía unas alas como ésas. Eran tres veces más largas que mi cuerpo, pero parecían más las de un murciélago que las de un pájaro, palmeadas, cubiertas de un vello muy, muy corto. Blancas, el vello las hacía resplandecer como el nácar, y tan suavemente translúcidas en las puntas que brillaban con tonalidades de color rosa por el sol naciente.

Hacia arriba, hacia arriba, las alas iban deslizándose, girando ligeramente para escapar de la resistencia del aire. En la punta, las alas brillaban como aspas blancas, tornasoladas; cogían el aire con la superficie del vello, un vello magnífico, que nos

llevaba más y más alto hacia el azul dorado del cielo de la mañana.

—¡Tu espada! —gritó el vestido—. ¡Todavía tienes la espada! ¡Mátalo!

—Me parece que no es una buena idea.

Estábamos altos, tan altos que incluso el miedo había desaparecido. En un momento dado, descubrí que el suelo a nuestros pies no era real. El lago seco no era más grande que un plato y seguíamos subiendo, propulsados por esas alas magníficas. La alada criatura tenía un pico largo y estrecho. No era duro como el de un pájaro, sino flexible y cartilaginoso, o por lo menos los extremos. Sospecho que, si no llevara la pequeña camisa de malla, la criatura me habría partido por la mitad. Pero al llevarla, la malla me protegía.

—¡Bah! Me alegra que lo sepas. Me alegra —fue la respuesta a mi pensamiento.

—Muy bien. ¿Lo tienes todo bajo control?

Hubo un largo silencio, un silencio largo y preocupante.

—¡Sí! —contestó luego de repente.

—¡Bien! Espero que no tengas más ideas brillantes como la de matar a esta criatura, porque si lo hago, o incluso si me balanceo y me equivoco o la molesto, me puede tirar. Y a menos que tú puedas frenar mi caída...

—Podría. No estoy seguro.

—No es suficiente.

—¡Cierto! Tristemente cierto. Estamos muy altos y, si lo que creo es lo correcto, esta... lo que sea... no está contenta. Ha encontrado en ti una carga para llevar, y si no fuera tan importante conducirte a..., a... no sé qué personaje importante que le ha encargado que te lleve..., te dejaría caer ahora mismo y se olvidaría de todo.

Miré hacia mi derecha y vi el pico apretando mi cintura y más allá un ojo naranja con una pupila negra preocupada, mirándome. La cabeza estaba cubierta por el mismo vello fino de las alas. Tenía idéntico aspecto que la piel suave de un gatito recién nacido. Era blanco por arriba y azul por debajo. De hecho, toda la tripa de la criatura era azul claro. Se extendía hacia las alas e incluso, según podía ver, hacia las patas velludas que terminaban en unas garras largas, uniformes, estrechas y con pliegues. Tenía una pequeña cresta en la cabeza. La cresta era a rayas con suaves bandas azules, el mismo azul tornasolado que cubría el estómago y la parte inferior de las alas. En conjunto, una criatura magnífica.

Me di cuenta de que estaba sujetando mi espada.

—Puedo sostenerla yo —dijo mi compañero.

Desapareció de mi mano. Yo estaba allí suspendida, agarrada por el pico de la criatura. Vi la ciudad, como de juguete, pasar por debajo de mí. Las alas nos llevaron más y más arriba, pasando por el medio de las termas, a pura fuerza. Cuando pasamos por encima de las torres más altas, vi a los hombres y mujeres de la ciudad vestidos con pieles que estaban en los balcones y en las tarimas entre las torres blancas, el pináculo de las alturas de la ciudad. Señalaban hacia arriba y miraban cómo el suntuoso pájaro (¿era un pájaro?) se movía sobre ellos y pasaba sin rozar el pico de la

montaña.

La montaña que abrazaba la ciudad era una más de la larga cadena de puntas brillantes nevadas que había más allá. Yo estaba muerta de miedo. Ya hacía frío. No sabía cuán alto podía volar esa criatura. Dugald no había tardado en decirme que había razones por las cuales las montañas tienen los picos nevados. Maeniel había cruzado los Alpes muchas veces y también me había advertido acerca del tiempo en los lugares altos. Esas cumbres eran más altas que cualquier otra que hubiera visto jamás y pensé que fácilmente podría morir de frío.

Pero no me tendría que preocupar por mucho tiempo. Cuando pasamos por encima de las últimas torres de la ciudad, vi hacia dónde iba el pájaro. Era como montar en la espalda de un halcón cuando la criatura pliega las alas a mitad del vuelo y cae en dirección a la tierra para sorprender a su presa. Aquella criatura también plegó las alas y cogió la pendiente abajo, algunas veces llegando a sólo unos cinco metros de distancia del suelo, hacia el cañón más grande que he visto. La pendiente se extendía ante mí como el cabo de una madeja. Nieve y hielo, viento frío cortante, luego mármol roto, cono de desmoronamiento de piedra, basalto negro.

Entonces la criatura apretó el pico, estrujándome. Mi compañero actuó para protegerme.

—No creo que quiera hacerte daño. Ha dicho que lo único que quiere es que...

Las alas se abrieron repentinamente y subimos por encima de un barranco enorme cubierto por una jungla en las partes más bajas, mientras que al fondo un río de agua blanca espumarajeaba. El pájaro volaba más bajo, e incluso estaba tan asustado como yo, pensé complacida. La jungla que cubría las laderas bajas no tenía, creo, ni un solo punto llano. Existía por sí misma, se alimentaba a sí misma. Agua y luz. Árboles enormes con raíces largas como cuerdas crecían entre las cavidades de las fuertes pendientes. Los troncos rechonchos estaban negros de humedad. Sostenían un amasijo de helechos que parecían cuerdas cortadas: blanco, amarillo, verde y rojo se mezclaban con musgo en las ramas. Enredaderas que parecían no tener un punto en el que sujetar sus raíces colgaban de cualquier sitio demasiado abrupto para los árboles y, entre las enredaderas, los árboles y los helechos, había flores, aisladas, obras de arte de intenso rosa, lila, violeta, dorado y una suave combinación de tonos pastel. Flores en grupo, negras y amarillas, naranjas, negras y amarillas, rojas, floreciendo en los tallos gruesos y exuberantes que las protegían con largas espinas doradas.

Incluso en las pendientes más fuertes, precipicios escarpados, lo verde lo colonizaba todo. En los estratos más apacibles (en el mejor de los casos, la mayoría eran muy escarpados), había dispersas algo así como cáscaras de huevo que contenían muchas plantas comestibles.

Y, ¡ah, sí!, he olvidado los pájaros. Ese barranco parecía un auténtico paraíso para los pájaros. Había patos tornasolados, ocas de cabeza negra y cuerpo gris, azul oscuro y con picos largos y amarillos. Más arriba, las bandadas de pájaros brillaban sobre el lujurioso verde. Rojos y negros, con voces fuertes y alas brillantes. Azules y dorados,

amarillos y escarlata, borgoña y ópalo fuego. Aparecían durante un segundo para deleitar a la vista, y luego desaparecían de nuevo hacia las omnipresentes laderas de terciopelo verde.

También vi que esas magníficas tierras bajas eran un regalo de las cumbres puntiagudas. Estaban coronadas por glaciares, y la nieve y el hielo que se derretían durante el día enviaban cascadas de agua al río que rugía y retumbaba abajo. Fijaos, incluso atrapada en el pico del pájaro y con el viento rugiéndome en los oídos, podía oírlo precipitarse en su lecho rocas abajo. Centenares de cascadas se esparcían por las paredes del cañón. Algunas fluían por riachuelos poco profundos, que caían de cuenca en cuenca, arrojando agua, desprendiendo una fina neblina de gotitas que mojaban las pendientes de la jungla. Otras caían de arriba, desde varios metros de altura, y daban forma a los lechos con sus torbellinos.

Mientras pasábamos por delante de una de esas cascadas imponentes, me imaginé que veía una ciudad blanca detrás brillando con guarniciones verdes y doradas en lo que parecía un millar de terrazas blancas, como la cáscara de un huevo, adornadas con rosas. Recuerdo que su belleza pasó como un relámpago por delante de mis ojos. El sol brillaba entre las flores y las hojas. Dejaban pasar una luz escarlata, verde y dorada que daba a las terrazas puras, blancas.

Luego la visión pasó y el pájaro fue descendiendo, descendiendo mientras íbamos entrando en una cuenca donde la cascada más grande que jamás haya visto creaba un lago gigante, de agua tan clara que desde la altura a la que volaba el pájaro podía ver el fondo. Era de una belleza imponente. Parecía un bosque y una vega subacuáticos. El centro estaba lleno de hierba corta, espesa como el musgo, que formaba manchas oscuras sobre la piedra. Peces de todos los tamaños rozaban la vega al pasar. A su alrededor, largos zarcillos de algunas plantas más altas parecían salpicaduras salvajes de verde brillante, transparentes a los rayos de sol cuando parpadeaban y bailaban con elegancia en la corriente.

Más lejos había árboles que dominaban el lago y la llanura sujeta a inundaciones que había más allá. Nunca antes ni después he visto nada parecido. Todos y cada uno de los árboles eran muy altos y sus copas se extendían por encima de las paredes de la cuenca, elevándose a cientos de metros en el aire. Parecía que crecían tanto en el agua como en la tierra seca. Las raíces se extendían por la base del tronco, formando una especie de escudo.

Los árboles no permitían que creciera nada más a su alrededor. El escudo en la base de uno se unía al escudo del otro, formando una alfombra hexagonal, baldosas vivientes que cubrían el suelo de alrededor del lago y se extendían por los desfiladeros de la llanura donde el lago desembocaba en tierras baldías, rocosas.

Después vi la ciudad. Como si fuera un pájaro, la vi con un ojo mientras con el otro observaba el desierto. Se elevaba. Un grupo de torres blancas y transparentes se alzaban firmes por una matriz de esas mismas enredaderas verdes y rojas translúcidas.

Y comprendí algo que no sabía antes y que nunca más fui capaz de recordar con claridad. El universo se abre a la vida. Surge de las estrellas y, haciendo estallar el vacío empapado de amor hacia la vida, ésta se abre al pensamiento y a la voluntad. Un gran experimento, pero podría acarrear muchas consecuencias, algunas sublimes, otras tan destructivas que la mente cambiaría.

Pero esa ciudad brillante, resplandeciente, era sublime, tal como lo eran los árboles que la rodeaban y las flores; esos estallidos de resplandor de translúcidos pétalos de rubí sustentaban la ciudad con la energía que recibían del amor del siempre dadivoso sol.

El pájaro trazaba círculos por encima de las torres, subiendo, alzándose más y más con el calor de la energía de las flores y sus chapiteles. Mientras subía, observé los dos mundos, pues la ciudad habitaba en los dos. Un mundo era el Reino de Verano, verde, húmedo, bello, lleno de mares, praderas, jardines y bosques. El otro, un mundo yermo, sin océanos que dependieran de los picos de las crueles montañas para obtener agua a fin de que se congelara y luego la dejaran descender para dar de beber a los fértiles valles que había abajo.

No sé cómo la llamaron los constructores de la ciudad. Por el Rey del Terror, todos se habían ido hacía tiempo. Pero a partir de aquel momento, siempre la llamé la Ciudad de los Dos Mundos.

Entonces el pájaro me dejó en una superficie fría, un balcón que sobresalía cerca de lo alto del edificio más elevado de la ciudad. Aterrizaje con tres puntos de apoyo: nariz, rodillas y palmas de las manos. Me arrastré, marcada, con vértigo y dolorida, sin ninguna protección contra el viento helado, simplemente agradecida de estar viva y en suelo razonablemente llano otra vez. Me preguntaba si me dejarían allí y, si así era, ¿cómo sobreviviría a la noche?



Uno de los problemas, pensó Arturo, era que no sabía a qué se enfrentaba. ¿Era invencible ese tal Bade, el Rey del Terror? Por lo que contaban algunos de los esclavos que escaparon, era increíblemente fuerte. Nadie vio nunca la más mínima mella en su control de lo que él llamaba sus torres doradas. Escaparse era posible. Algunos lo habían hecho. Arturo había sido aceptado como rey por los cabezas de las familias de los que habían huido. Unos pocos resistieron, pero incluso ellos eran amables con él. Tenían mucho miedo del poder que gobernaba los jardines y las torres doradas.

Las sublevaciones de esclavos terminaban con la muerte de todos los implicados. Así, desde su punto de vista, resistirse era imposible. Si iba más allá, estaba obligado a un enfrentamiento con el rey.

Ahora se movía por tierras más llanas pero más accidentadas. El rastro (seguramente rastro de animales que corrían por el bravo curso del río) continuaba

pero, si se alejaba de él, el suelo a su alrededor era tal amasijo de piedras rotas y maleza espesa que dudaba de si podría recorrer más de dos o tres kilómetros al día. Era una tierra de desprendimientos.

El valle por el que corría el río estaba cubierto por trozos de rocas caídas del oscuro bosque interminable del que había salido y por macizos cantos rodados que componían la superficie, junto con los amazones de los árboles robustos que formaban el corazón de aquella inmensidad amenazante. Muchos estaban destrozados, rotos y muertos, con los troncos astillados, las ramas rotas por su larga caída. Pero en algunos casos las raíces todavía sujetaban cantos rodados y bloques de piedra macizos.

El otro lado del río no era mejor; de hecho, peor, ya que el suelo se inclinaba hacia arriba suavemente a lo largo de cinco o seis kilómetros y luego caía abruptamente en un precipicio de granito escarpado, enorme y muy oscuro, que parecía que arañaba el cielo. Se apilaban fragmentos de roca, algunos de ellos mucho más grandes que cualquier casa o iglesia que hubiera visto en aquellas pendientes y en zonas donde los desprendimientos de roca habían tapado temporalmente el río y cambiado su curso.

¿Por qué tantos?, se preguntaba. Lo supo esa misma noche.

Era una molestia intentar buscarse alimento uno mismo ala vez que viajar, pero no había otra solución. Así que se detuvo para poner sedales donde el río se ensanchaba, y también puso trampas para conejos y otros animales de caza menor. El suelo escarpado era un paraíso para los roedores.

Justo cuando había terminado con los cebos, lo sorprendió lo que consideró que era un ataque de vértigo repentino. El mundo parecía temblar a su alrededor. Cayó de rodillas. Una bandada de pinzones que estaban comiendo cerca, echó a volar y varios pájaros más grandes también emprendieron el vuelo, gritando.

Luego el temblor llegó de nuevo y aquella vez estaba claro que no se trataba de él. La tierra se movió bajo sus rodillas, y se cayó hacia delante, apoyó las manos y la sintió temblar debajo de sus dedos.

El crujido fue tan fuerte como el del juicio final.

Dio un salto y se volvió en la dirección del sonido. Más tarde pensó que probablemente no era lo más inteligente que se debiera hacer durante un terremoto, pero su entrenamiento para la batalla se impuso a la precaución. Vio en lo alto de los precipicios escarpados que había encima del río un obelisco gigante de granito romperse y caer, aunque no era posible, al ralenti.

Entonces se volvió a tumbar para protegerse de los fragmentos de roca que salían disparados desde el centro de la conmoción. Notó, con cierto disgusto, que, cuando se sintió con la suficiente valentía para ponerse de pie, las piernas le temblaban.

«Esto —se dijo a sí mismo con cierto temor— explica las características del valle».

Esa noche cogió cinco conejos y tres peces. Él y *Bax* comieron bien. La sensación

de calor y de saciedad era algo nuevo y refrescante. Se sentó en silencio al lado de la hoguera, dormitando y esforzándose por pensar en un plan de ataque contra el rey Bade. No tenía aliados. La palabra de un pájaro...; bueno, quizá estaba medio loco. Realmente su padre había sido un hombre sano, pero algunos de sus familiares se habían visto sumidos en las tinieblas gran parte de sus vidas adultas y nunca se supo si los espectros que los rodeaban eran reales o no. Después de todo, ¿un pájaro? ¿Qué sabía un pájaro?

Ahora tenía una lanza de madera y un arco y, además, suficientes provisiones de nervios para encordar el arco. Lo que sería más difícil de hacer eran las flechas.

Cerró los ojos y ella apareció en su mente. Recordó su olor. Tenía uno propio. Le costó unos minutos darse cuenta de que no llevaba ninguna de las fragancias que su madre o las mujeres de la corte llevaban. Ese olor sólo le pertenecía a ella. Era floral, pero muy sutil, como algo intenso pero distante, que arrastraba una brisa de medianoche. Un olor que nunca se acaba de recordar, pero que tampoco se acaba de olvidar.

Saltó un pez del río, abrió los ojos y se dio cuenta de que había estado dormitando sentado. Sin darle más vueltas, cogió un tronco de tejo y lo tiró en medio del carbón. La leña verde produjo una gran humareda y, entre la densidad del humo, apareció un rostro que lo miraba.

Pero no era el de ella. El temor instantáneo que sintió lo sacudió y lo mantuvo despierto. Era algo propio de una pesadilla. Los ojos eran enormes. Colocados en forma de piezas de dominó, tenían unos grandes iris naranja y unas pupilas pequeñas de color negro intenso. Lo identificó como la versión masculina de la gran reina que le había dado la torre.

Una fina y densa capa de plumas cubría su rostro. Era blanco, como el de la reina, pero las plumas que nacían en la barbilla y que subían hacia la cara adquirían un tono rojo intenso. Sus ojos lo estaban mirando. Las plumas se extendían hasta la cresta escarlata en lo alto de la cabeza. Una cresta que, a diferencia de la que lucía la hembra, no estaba únicamente compuesta por plumas.

El resto de la cara era plano, sin apenas nariz, aunque respiraba, por el movimiento regular que hacían las plumas que lo cubrían. La boca era una hendidura (perdón, una hendidura con colmillos). Los colmillos sobresalían arriba y abajo. No se leía ninguna expresión en la cara, aunque parecía emanar, como si de un vapor viciado se tratara, odio y disgusto.

—¡Alimaña! No sé por qué no exterminé a toda tu raza de carroñeros cuando apenas caminabais más rápidos que algunos monos depravados por las llanuras africanas. Envié a los felinos para reducirlos. Pero podéis procrear y procrearéis... como ratas, como serpientes verdes. Alimaña. No eres más que una especie superior de alimaña. Lo debía de haber imaginado cuando se la jugaste a los grandes felinos y perfeccionaste tus maneras de robar quitándoles las presas.

—Ella fue mejor que yo —dijo Arturo—. Pero no se degradó insultándome. De

hecho, me trató con mucha cortesía.

Arturo se encogió cuando recibió otra ráfaga de odio y tristeza.

—Gracias a una cosa como tú, ella se ha ido... para siempre. Y estoy verdaderamente solo. —«Solo» era un lamento de pena.

—Quería su libertad. Aunque sólo fuera libertad para dormir.

—¿Por qué dirijo mis palabras a alguien como tú?

—Creo que son pensamientos lo que me diriges —dijo Arturo—. Yo no oigo palabras.

—¡Entonces escucha esto!

Las ventanas de la nariz de la criatura se dilataron y luego se cerraron. El chillido era un silbido demasiado alto y agudo para lo que podía soportar el oído humano. Arturo cayó de rodillas. Sentía como si le estuvieran clavando agujas en cada uno de los oídos mientras el grito subía hasta convertirse en un dolor absoluto. Todo lo que había alrededor de Arturo (hierba, maleza, árboles pequeños, incluso su ropa) ardió en llamas.

«¡El río!». Fue el único pensamiento coherente que tuvo Arturo, y se sumergió en el agua helada.



Lo que fuera que me llevó a aquella ciudad me dejó allí para que pasara la noche helada en el pequeño balcón. Dios, ¡qué frío hacía! Parecía que no había ninguna ventana ni entrada a la altísima torre. Me tumbé en el suelo, la espalda en el muro de alabastro, mirando el valle. Me dolía todo. Las manos, las rodillas y los codos estaban despellejados. Me dolía al respirar. Creo que el pico del pájaro me rompió por lo menos una o dos costillas.

—¿Puedes ayudarme? —le pregunté a mi compañero.

—Lo estoy intentando. Lo estoy intentando. Pero ¿qué es lo que más te molesta?

—¡El frío!

Me castañeteaban los dientes.

—Entonces entra.

—¿Cómo?

—Ese panel. ¿Lo ves?

Sí, había un panel intermedio en la pared de atrás del mirador.

—Empuja un lado.

—¿Cuál?

—¡Cualquiera!

Me puse de rodillas, con calambres a causa del frío, y empujé el lado derecho. El panel giró sobre su centro. Dentro había una habitación de piedra sin ventanas. Metí la cabeza y vi que la habitación estaba vacía, con las paredes desnudas, hecha de lo que parecían bloques de piedra cortados a medida. Sin ventanas, sin puertas y con un

frío que helaba.

—Dios, esto es como una tumba —dije.

—Sí. Bueno —mi compañero me contestó con brusquedad—. Por lo menos está a resguardo del viento.

—¿Tengo que suponer que si entro ya no puedo salir?

—¡Espera!

Había estado en el mirador toda la tarde mientras el aire se volvía progresivamente más frío. Había explorado el balcón buscando de punta a punta un sitio por el que bajar. No había ninguno. Me entretuve un rato con las rosas que crecían en el hueco de la barandilla sobre la balaustrada. Eran rosas de una enredadera de largos tallos que se curvaban por la barandilla y sus soportes. Florecían con profusión, pero no contenían escaramujos, semillas ni raíces. Parecían crecer de las piedras de la misma torre. Tanto las flores como las hojas eran translúcidas y resplandecían en el sol, verdes y escarlatas.

—¡No las toques! —me dijo mi compañero, o mejor dicho, me advirtió gritando—. No sé qué son pero, sean lo que sean, tienen poderes.

Y de hecho, cuando me acercaba a ellas, la armadura aparecía sobre mi cuerpo.

Durante un rato estuve de pie al sol de bien entrada la tarde a un lado del panel intermedio y estudié la torre. Me recordaba a un haz de varas de diferentes medidas de largo. Algunas varas estaban cubiertas de celosías, que contenían todas esas mismas rosas brillantes. Algunas, como en la que yo estaba, tenían varios balcones. Estaban escalonados de manera que ninguno estuviera directamente encima del otro, aunque todos tenían las barandillas cubiertas por esas mismas rosas.

A medida que iba transcurriendo la tarde, el viento se hacía cada vez más frío hasta que llegó el momento en que me confesó mi miedo a no soportar la noche al aire libre, cuando el sol ya no fuera más que una esfera naranja en el horizonte.

—¿Y bien? —pregunté.

—No puedo encontrar ni cerraduras ni trancas —se presentó para informarme.

—¿Has comprobado en el poste central?

Dio un pequeño bufido de irritación.

—Es lo primero que he mirado. No. Y como te he dicho, por lo menos está a resguardo del viento. Nos están vigilando, pero no creo que el centinela que nos mira sepa que estoy aquí. Así que no mantengas ninguna conversación conmigo en voz alta ni te pongas a discutir. Y no necesitas poner los ojos en blanco de esa manera. No hay nadie en los alrededores que pueda hacer comentarios sobre tu gran paciencia.

Suspiré y di un paso para atrás, fuera del viento que sollozaba y lloraba, y cerré el panel. La habitación estaba negra como la boca de un lobo dolorosamente silenciosa. Me acosté en el suelo cerca de la pared.

—¿Puede... la criatura que nos está vigilando... oírme o verme?

—No, no creo. No está muy cerca o no es muy rápida. Lo que el ser que te capturó hace es delegar su autoridad en esa criatura, lo que quiera que sea...

serpiente, araña, cucaracha, rata. Sí, creo que es una rata y tiene hambre.

—Gracias. Eso es justo lo que necesitaba saber.

—Por el amor de Dios, la criatura es un centinela. No te va a comer. De todos modos, pronto lo sustituirá otro para que pueda irse. De vez en cuando, el ente más importante visita la mente de su sirviente para echarle un vistazo, luego se marcha y va a ocuparse de sus asuntos.

—Entonces conviértete en vestido y mantenme caliente.

—¡No! La rata puede ver lo suficientemente bien en la oscuridad para darse cuenta.

Estaría prácticamente desnuda si no fuera por mi armadura.

—No me importará si te encuentra o no cuando esté muerta de frío —le contesté bruscamente.

—¡Demonios! Déjame pensar. Mmmm..., las raíces de esas rosas se extienden por todo el edificio. Déjame ver si..., ¡aaaay! ¡Maldita sea!

—Dios —susurré—. Tú mismo pondrás sobre aviso a la rata.

—Deja ya de ponerme nervioso, de ser tan pesada, de quejarte y de estropearlo todo. Tú eres la única que puede oírme. ¡Así que cállate!

Dio en el blanco. Una ola de aire caliente me envolvió.

Mi compañero me habló en tono altanero.

—Es muy fácil. Sólo cometí un error e intenté ser una raíz. Aunque te diré que esas rosas podrían freírnos a los dos si cometemos un error.

—Si salimos de aquí, me alejaré de ellas.

El vestido tenía más cosas que decir, pero me dormí mientras hablaba. El frío de primera hora de la mañana me despertó. Eso y unos siseos del vestido.

—¿Qué pasa? Y quieres, por favor, proporcionarme un poco de aire cálido.

Llegó el aire caliente y mi amigo susurró.

—El centinela ya se ha ido. Oigo movimientos. Algo va a pasar.

Dos mujeres abrieron una puerta que no sabía que estaba allí y entraron. Primero no me di cuenta de que eran dos mujeres. Las dos iban encapuchadas y con una túnica. Los perros iban bien amarrados con cadenas estrangulantes.

Me tambaleé al ponerme de pie. Conseguí hacer una reverencia, pero la habitación estaba congelada y empecé a toser. Uno de los perros me miró con sus ojos amarillos, echó para atrás las orejas y arremetió contra mí. La mujer tuvo que retenerlo con grandes esfuerzos.

—No me gusta esto —dijo la otra mujer.

—¡Bien! —dijo la que se peleaba con el perro—. Le desobedeces.

La criatura entró por la puerta. Se quedó parado un momento entre las dos mujeres de los perros.

—Debe de estar destrozada y no le servirá a él ni a nadie más —dijo una de las mujeres de los perros.

A él no lo pude ver bien y eso más bien me alegró. Tenía las patas hendidas y su

enorme cuerpo terminaba en un par de hombros que habrían podido competir con los de un buey. La cara era como la de un jabalí, realmente un poco peor que la de un jabalí. Tenía dos colmillos curvados más la hilera de dientes habituales. Lo sé porque le sobresalían de la mandíbula como una especie de combinación entre un cincel y una cuchilla.

—Hagámoslo —dijo una de las mujeres, y avanzó hacia mí.

—Tú tienes mi espada —susurré.

—¿Contra esto? ¿Crees que vas a utilizar una espada contra esto? —dijo mi compañero.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor? —pregunté casi en silencio, entre dientes.

—Avísame cuando la quieras. En un momento estará en tu mano.

Él (era un macho) llevaba pantalones y camisa. Pude ver su protuberancia entre las piernas. Tenía una erección.

Retrocedí lentamente hacia la pared. Reculé y con una pierna abrí la puerta. No conducía a ninguna parte, pero me daba espacio para correr.

Vi que teníamos público. En el pasillo se congregaban muchas personas y los otros balcones estaban también llenos. Durante unos momentos me enfadé, pero luego me di cuenta de que no parecían contentos y que no les estaba gustando el espectáculo. De hecho, parecían tener miedo. Supe que me estaban utilizando como objeto para darles una lección.

Entonces grité:

—¡Soy una reina sagrada! ¡Sólo me debo a un hombre y tengo que llegar a él pura! ¡Lo único que conseguiréis será mi muerte!

No obtuve ninguna reacción visible, pero sabía que me habían oído porque la habitación se esfumó. El monstruo, la mujer del perro, el grupo de espectadores y yo estábamos todos en una plataforma de piedra en la cima del mundo.

Las mandíbulas de la criatura se abrieron. Un morro de cerdo. Los ojos inteligentes pero crueles de un cerdo y los dientes de cerdo como cinceles y cuchillas. Profirió el gruñido de un jabalí enfadado y me embistió.

—Espada —dije.

Las zarpas de la criatura me cogieron del brazo. Sentí que sus garras traspasaban mi armadura. Pero ya tenía la espada. Se la clavé.

Me soltó el brazo y dio un salto atrás. Luego creo que se rió, si es que ese sonido podía llamarse risa. Con una mano tiró bruscamente de la espada por la parte central, la lanzó y se alejó dando vueltas sobre la ciudad. Lo había herido en el intestino, así que sabía que pronto moriría, pero no sin antes haber cumplido su objetivo.

«No», pensé.

Estiré la mano y llamé a la espada. Volvió dando vueltas hacia mí desde el sol y se pegó fuerte a la palma de mi mano.

¡Sí! La había bendecido en la cámara del arco iris, en el laberinto de luz y de color de la pista de baile de las estrellas. Ahora me conocía.

—Maravilloso —dijo mi compañero—. Ahora córtale las piernas.

Me agaché, espada en mano, y dimos vueltas el uno alrededor del otro, haciendo tiempo. Luego me di cuenta de que la herida que le había causado en el estómago estaba cerrada. Los músculos macizos que subían del abdomen hacia el gigantesco pecho estaban intactos. Sólo había un poco de sangre en su camisa. Los golpes de sus patas hendidas en la plataforma de piedra y el vertiginoso sonido interminable del viento en mis oídos, eran lo único que podía oír.

Aquellas rosas rodeaban la plataforma en la que bailábamos la danza de la muerte, y las flores y las hojas translúcidas dejaban pasar parte de la luz.

—No puedo perder este combate —susurré.

—¡No lo harás! —dijo la malla de anillas—. La próxima vez que intente acercarse, córtale una mano, un brazo, lo que puedas alcanzar. ¡Ufff! Apesta.

Olía tan mal que casi lograba que perdiera la concentración. Todavía estábamos agachados, trazando círculos. Cambié de posición de manera que el viento no me diera de cerca.

—Gracias —dijo mi compañero.

—Olvídalo —dije mientras aquella criatura daba un salto adelante.

Golpeé con la espada el brazo extendido que intentaba atraparme. Pero, sostenida con una sola mano, la espada apenas se clavó en su antebrazo. La herida sanó en unos segundos.

Entonces empuñé la espada con las dos manos y empezamos a dar vueltas otra vez. No os podéis imaginar lo asustada que estaba. La criatura (mi contrincante) era un problema que no era capaz de solucionar. Estaba ya cansada y no había comido nada desde el día anterior. No había salido ilesa de todos los combates que había librado. Tenía heridas curándose en el brazo derecho, en el pie izquierdo y ahora también en la cara, donde las garras del monstruo me arañaron en la última arremetida. El sabor de la sangre de un corte en la mejilla me supo salado. Aquel pájaro me había roto por lo menos una costilla, quizá dos, y me dolía al respirar. Además, el vestido se mantenía escondido e iba desnuda, salvo por la armadura. El viento me arrebatava el calor del cuerpo. Tenía los dedos de manos y pies, la nariz y las orejas entumecidos.

—Dame calor —susurré—. Sólo un poco.

—Muy bien —fue la agria respuesta—. Pero estoy agotando la fuerza que tienes para hacerlo.

La criatura se impacientó y embistió de nuevo. Esta vez le hablé a la espada. Había adquirido un color rojo brillante y, cuando rasgué su mano, le corté tres dedos.

La criatura levantó la mano herida y rugió lo que obviamente era una petición. No esperé a que se curara. Ataque y puse toda la fuerza que tenía en la hoja de la espada. Esta vez brillaba como si estuviera calentándose en la fundición y le cortó la mano derecha a la altura del antebrazo. La sangre lo salpicó todo.

Pero era muy rápido y, cuando se me acercó, quedé expuesta a su golpe

vengativo. Me golpeó la parte derecha de la cabeza con el puño. No veía por el ojo derecho y con el izquierdo veía destellos de luz. La cabeza fue hacia atrás a causa del golpe y caí. También mi espada salió disparada..., pero en otra dirección.

La llamé de nuevo y se pegó a la palma de mi mano casi en el mismo momento en que sentí la garra de la mano robusta de aquel ser cogiéndome el brazo derecho justo por debajo del hombro. Era como ser embestida por un toro, o como ser un ratón en la boca de un gato. Me tiró bruscamente hacia él y me golpeó con el muñón de la mano derecha en la cara.

Un último intento y estaba acabada. Le ordene a mi espada que volviera a mi mano izquierda.

Recuperé la visión por un instante y vi que el muñón de la mano derecha iba a golpearme en la cara con aquellos bordes del hueso rojos, feos y dentados que sobresalían de la piel rota.

—¡Dale todo lo que tengo! —le grité a mi compañero.

Sentí cómo el poder caía en mi mano izquierda por la orden de la espada, desde el control que mi compañero ejercía sobre mi cuerpo. Sé que me balanceé. No recuerdo haberlo hecho, pero con mi ojo izquierdo vi cómo la espada, que brillaba de color blanco, fría como una estrella distante, se clavaba no en el cuello de mi contrincante, sino en la cabeza. Partió el cráneo en dos, por debajo de los ojos y más arriba del morro.

La criatura todavía no había muerto, pero fui capaz de cortarle la otra mano para poder liberar la mía y la tiré lejos.

Me puse de pie, con las dos manos sujetando la espada. El monstruo, perdido, me cercaba, le caían gotas de sangre de lo que apenas recordaba a una cabeza y del brazo derecho, resistió todo lo que las reservas de su energía salvaje le permitieron..., hasta que al final cayó contra el suelo y murió.

Todas las personas que había a la vista se esfumaron menos las dos mujeres de los perros grandes. Tenía la sangre tan helada por la furia, desesperación y sufrimiento que me quedé inmóvil hasta que las dos mujeres se me acercaron. Me recogieron, una por cada brazo, y me dijeron:

—¡Corre!



Arturo estaba agachado en el agua helada mientras el incendio en la ribera se iba apagando. Luego, y para agravar sus problemas, empezó a llover, cortinas y cortinas de fina lluvia de otoño, triste como un pantano en invierno, fría como una tumba. Permanece: toda la noche en el agua helada seguramente significaría la muerte. Probablemente antes de que llegara la mañana moriría por estar a la intemperie. Entonces se arrastró hasta fuera del agua de muy mal humor y se encontró un lobo en la ribera que lo estaba esperando.

Todavía tenía las botas y la mayor parte de los pantalones y las polainas, pero su manto había desaparecido y la camisa estaba hecha trizas. Y no hay ni que decir que eso no lo ayudaba a estar caliente, pues estaba totalmente empapado. Era fuerte, pero estaba congelado. Era tarde y la noche se acercaba. Los lobos no lo impresionaban. Sabía mucho de ellos.

Era parte del trabajo de cualquier noble o principal mantenerlos controlados y evitar que se convirtieran en un peligro, o, lo que era más probable, un incordio para los seres humanos.

Eran mucho mejor que los bandidos humanos porque tenían sentido de la proporción acerca de los estragos que podían causar. En otras palabras, evitaban ir demasiado lejos y provocar la ira de los granjeros y almaceneros. Además, ayudaban a controlar el número de zorros y roedores que residían en su territorio. El zorro era mucho más peligroso para las aves domésticas, los pollos y las ocas de lo que era el lobo, por no mencionar las crías de ovejas y cabras. Y los roedores podían ser un gran peligro tanto para los cereales que crecían como para los que ya estaban almacenados, si se les dejaba reproducirse libremente.

Además, los lobos eran sagrados, especialmente para los guerreros y los muertos. Y esa cualidad era tan antigua que parecía estar arraigada en la conciencia racional. Morgana ya le había contado de niño que, cuando se creó el mundo, los lobos ya estaban allí. Mucho antes de que existieran los hombres, el lobo ya gobernaba los antiguos bosques.

Cuando la Señora de las Bestias llevaba hombres en el útero nombró a los lobos sus guardianes. Y era verdad. Como cazador, sabía que, en un territorio unifamiliar, le incumbe al cazador encontrar la residencia de los lobos. Ellos lo guiarían hacia los animales de caza, enseñándole cómo podía sobrevivir.

En cuanto pudo, Arturo empezó a buscar entre las ruinas carbonizadas de su campamento el arco y la flecha que había construido con el tejo. Mientras, el lobo que estaba sentado tranquilamente en la lluvia cerca de un gran canto rodado estiró una de las patas traseras y se rascó vigorosamente una oreja.

—Bienvenido —le dijo Arturo al lobo—. Primero veo pájaros que se dirigen a mí con cortesía. Ahora aparece un lobo. No me entretengas más. Di lo que tengas que decir y vuelve por donde hayas venido. Por el respeto que tengo a tu especie, no me importa irme a dormir cerca de una criatura con esos dientes tan largos y afilados.

El lobo dejó de rascarse y se sentó muy erguido, con las orejas estiradas. El mundo alrededor de Arturo desapareció y de repente estaba en un desierto. Se encontró en el lecho de un riachuelo seco mirando un árbol que tenía unas flores tan azules como el crepúsculo que lo rodeaba. Poder. El crepúsculo y el amanecer representaban el poder. Ni el día ni la noche eran las puertas a la eternidad y sabía que ese portal era el mismo por el que había venido el lobo.

El último sol era un fuego que se apagaba en el horizonte y las primeras estrellas agujerearon el abismo negro que había sobre él.

—Esto está mejor —dijo el lobo.

Y lo estaba, porque ya no era un lobo, sino un guerrero completamente armado, con el pico del casco alado en forma de pájaro puesto hacia abajo, con las alas bajadas para cubrir las mejillas y las sienes; la cola, un ancho abanico para protegerse el cuello. Una coraza con los músculos marcados, dos pájaros, uno mirando a la derecha, el otro hacia la izquierda. Debajo de la coraza llevaba una armadura que le había quitado a un cadáver de compleción fuerte en el mundo donde por primera vez vio a los pájaros.

—Confieso que me equivoqué —reconoció Arturo—. No tenía ni idea.

—Incluso si no tenías ni idea, no era necesario ser tan sarcástico —dijo el Guerrero Cuervo.

—Si fui descortés, considera mis circunstancias.

La lluvia dejó de caer porque los pájaros los sobrevolaban. Los cuervos trazaban círculos, girando como una rueda encima de los dos hombres. Después deshicieron la formación y se elevaron más hacia el cielo frío y gris en masa, una masa amorfa, una multitud que graznaba. Luego, como si encontraran la dirección correcta, descendieron y cubrieron el suelo alrededor del Guerrero Cuervo.

Uno se adelantó hacia Arturo. Hizo una inclinación con la cabeza y extendió las alas.

—Saludos y honores, Rey Dorado —dijo el pájaro, y cuando terminó el saludo se irguió de nuevo.

—Rey Dorado —dijo Arturo—. Bueno, el Rey Dorado está aquí, en la lluvia, muriéndose de frío.

—Innecesariamente —dijo el guerrero—. Extiende las manos así. La vasija de la torre te pertenece. Vendrá.

—Quiero que esté en la torre para que la proteja.

El guerrero asintió.

—Sí. Ella dijo que te preocuparía eso. Pero me dijo: «No, no te preocupes. Puede estar en dos sitios distintos a la vez».

Arturo abrió las manos y apareció una bonita vasija en sus palmas. Los pájaros se alejaron asustados por la luz. Se dispersaron por el campo verde y mojado.

La vasija ofrecía grandes lujos. Arturo los rechazó, mencionando su necesidad de algo práctico. E inmediatamente se vio vestido con unos pantalones de piel, polainas y botas, calcetines secos, y una dalmática de lana ligera y lino combinado. Llevaba un manto grueso para cubrir su cuerpo.

Entonces pidió armas a la vasija. No comprendía nada. Dio las gracias a la belleza silenciosa que había visto suspendida entre sus manos y durante unos instantes disfrutó del calor de su luz. Luego, con un suspiro de lamento, la devolvió a su eterna vigilia, a la torre de donde provenía.

Unos momentos más tarde, los dos guerreros estaban agachados encima de una pequeña hoguera al abrigo de una piedra maciza, a resguardo de la lluvia. Más o

menos resguardados de la lluvia, dependía de la dirección en que soplara el viento. Lancelot llevaba algunas provisiones y Arturo cenó pan con un requesón fuerte, mientras los pájaros vigilaban los sedales que Arturo había puesto en el riachuelo.

—Me enviaron aquí, vine por mi propia voluntad, por mi hermana. Ella me dijo que seguramente la conoces.

—¿Ella? ¿Tu hermana? —preguntó Arturo.

—No. La Dama del Lago. Hace tiempo que no veo a mi hermana.

—¿La Dama del Lago tiene nombre?

—Bueno, realmente tiene un nombre, pero no te lo puedo decir porque se me ha prohibido revelarlo...

—¿Tú tienes nombre? —Arturo tenía la boca llena, la pregunta sonó un poco apagada.

Lancelot encontró un jarro de vino y se lo ofreció a Arturo.

—Por supuesto que tengo nombre. —Parecía ofendido.

—No estás siendo nada claro.

—No veo cómo podría resultar más claro.

—Yo sí. Inténtalo diciéndome quién demonios eres tú. Quién demonios es tu hermana. De momento podemos olvidarnos de la Dama del Lago. Luego podrías explicarme qué demonios estás haciendo aquí y por qué, por no mencionar cómo demonios llegaste desde tan lejos para encontrarme.

Entonces llegó *Bax* con un pez.

—Espero que sea una trucha —dijo Arturo—. No puedo comer salmón.

—¿Por qué?

—Porque una vez fui uno.

Lancelot digirió esas palabras pensativo.

—Creo —dijo poco a poco— que los dos tenemos mucho que contar.



Los paradoxus, así los llaman ellos, y el palacio donde viven, el jardín de la Paradoja. Las dos mujeres me dijeron que corriera, así que corrí.

Mi compañero invisible no estaba muy contento.

—No tienes ni la más remota idea de cuáles son sus intenciones —me regañó.

No le hice caso. No tenía demasiadas ganas de empezar a hablar conmigo misma y convencer a... lo que fueran..., ¿raptoras?, ¿rescatadoras? Podían ser cualquiera de las dos cosas. Convencerlas de que estaba loca.

—¡Date prisa! —La que venía detrás de mí me hizo ir más deprisa cuando llegamos a la escalera—. No nos atrevemos a quedarnos. Él podría invertir las escaleras de manera que nunca pudiéramos salir.

—¿Invertir las escaleras?

—Sí. Invertir las escaleras de manera que tuviéramos que subir para bajar.

Decidí olvidarme del tema. Me concentre en bajar la estrecha escalera de caracol tan deprisa como pudiera. Era una espiral prácticamente encerrada por un complejo enrejado de hierbas con esas rosas brillantes. Excepto por las hojas verdes translúcidas, las flores rojas y las cañas marrones espinosas, todo lo demás era blanco, el mismo alabastro del exterior de la torre. Pero entre los rayos de sol los colores del cielo se combinaban en la joya de alabastro hasta que parecía el corazón del arco iris.

Mas no lo lamenté cuando los cinco, las tres mujeres y los dos perros, salimos volando a través de una entrada con una alta arcada y un pasaje elevado que pasaba por encima de un bello lago azul de poca profundidad. Flores, nenúfares de todos los colores crecían junto a jacintos, lirios y lotos, esparcidos entre los surtidores de las diversas fuentes.

Al llegar al final del pasaje, las dos mujeres entraron rápidamente en un jardín. Allí me perdí porque no era un jardín romano, recto y bien construido, sino una imponente extensión cubierta de arboledas con árboles decorativos; bosquecillos con robles, saúcos, hayas e incluso pinos. Entre los árboles había césped rodeado por lechos de flores, charcas, riachuelos e incluso cataratas.

Me estaba quedando sin fuerzas y creo que mis compañeras también.

—¿Es muy grande esto?

—Nadie lo sabe. Puede que continúe para siempre. Algunas de las cosas que pertenecen al rey duran para siempre. O por lo menos, durante tanto tiempo que los pobres humanos nunca alcanzamos el final.

Su capucha se deslizó hacia atrás y vi que tenía la cara cubierta de cicatrices, como si alguna vez la hubieran golpeado cruelmente. Su pelo, que en algún momento debió de tenerlo bastante oscuro, estaba ahora lleno de mechones grises. Mientras la miraba, soltó al perro y le dejó correr hacia delante, hacia un grupo de pinos jóvenes bañado por la luz del sol. La muchacha que iba detrás de mí, hizo lo mismo. También se retiró la capucha y vi que era mucho más joven que la otra mujer. Tenía el pelo ligeramente rojo, los ojos verdes y la piel clara.

—No iremos más lejos —dijo la que estaba delante.

—Ella le hizo daño. Realmente le hizo mucho daño —exclamó la joven pelirroja—. Lo sentí. Sabes que yo lo siento.

—¡Bien! —dijo la del pelo oscuro—. Pero guardemos el secreto antes de que él se recupere. Y no hagas las cuentas de la lechera. He formado parte de tantos intentos fallidos de socavar su poder, que empiezo a ser pesimista.

—Pero Annin, hay un rey, otro rey, del que se dice que la Reina de los Muertos lo ha ayudado. Sigo esperando...

—Ésa es la cuestión —dijo Annin, la mayor—. Sigue esperando... y ten cuidado.

—Tú debes de ser Annin. —Acto seguido, le dije a la pelirroja—: ¿Puedo preguntar tu nombre? —le dije a la pelirroja.

—Erika.

Entonces las nubes bajaron hasta la tierra. Ésa es la única manera que se me ocurre para describirlo. Avanzábamos a través de una niebla tan espesa que por momentos no se podía ver nada y, cuando la dejamos atrás, vimos a nuestros pies un valle lleno de árboles. Más allá del valle había una fortaleza de piedra gris que parecía surgir del peñasco. Estaba llena de enredaderas de las que colgaban racimos de violetas marchitas.

Casi instintivamente me dirigí hacia allí.

—No —dijo Erika, tirándome del brazo—. Por eso decimos que este jardín puede continuar para siempre. Nunca nos salimos de ciertos caminos. Nadie que haya descendido al valle para intentar llegar a la fortaleza ha vuelto.

—Lo peor de todo —intervino Annin— es que no sabemos si eso es bueno o malo. Pero, bien pensado, creemos que es malo.

Estudí la fortaleza como pude desde la distancia y vi que las ventanas sólo eran unos agujeros negros, medio cubiertos por las enredaderas, y que las torres estaban en ruinas. Me estremecí y nos dimos la vuelta. Entramos en un pasadizo de arbustos con flores que terminaban en un edificio que parecía que iba cambiando de forma cada vez que lo miraba.

—Vivimos allí —dijo Annin señalándolo.

Me detuve.

—Esto tampoco tiene un aspecto demasiado bueno.

Mi compañero invisible parecía encantado.

—Tú no puedes controlarlo. Todo depende de cómo lo mires.

Annin se detuvo. Recogió un palo y dibujó un diagrama en la superficie polvorienta bajo uno de los arbustos: dos caras mirándose en un cáliz. Yo ya había visto cosas así antes. El pueblo de Dugald estaba interesado en esas cosas y él mismo me había informado sobre ellas.

—Cualquiera o ninguna La percepción de la persona que mira es quien tiene el poder. Pero no son reales. Son líneas en el suelo. Una ilusión óptica, si quieres.

—Aquí no lo son —aclaró Annin—. Eso es lo que quería decir cuando dije que Bade podía invertir la escalera. Entre las torres, él controla la percepción. Aquí somos nosotros quienes lo hacemos. De vez en cuando lucha contra nosotros para tomar el control de nuestras... viviendas, pero hasta ahora siempre le hemos ganado. Cuando mataste al lascivo tailogue, supe que serías una hechicera con gran poder.

Volví a mirar la puerta de su... vivienda y me concentré. Desde un punto de vista, parecía abierta; desde el otro, cerrada.

—¿Entramos? —dije.

—Sí, es más seguro —contestó Annin.

—¿Esta cosa tiene nombre? —le pregunté a Annin.

—Paradoxus.

En algún momento, en algún lugar, durante nuestra huida salvaje vi que llevaba otra vez el vestido. Era largo, blanco dálmata con bordados dorados en el cuello y en

los dobladillos. Parecía seda. Seda pura.

—No llevaba nada excepto su armadura cuando nos fuimos —dijo Erika.

—Sí —dijo Annin despacio—. ¿Y dónde está tu espada?

—Tengo una especie de amiga —expliqué sin convicción—. Aunque no sé por qué escogió este estilo en particular —añadí mirando mi vestido de seda.

—No soy una hembra —dijo mi compañero—. Si hablamos con propiedad, no soy ni masculino ni femenino. Pero me gusta ser algo así como «ella». Puedes decirlo.

—Gracias.

Annin y Erika me dedicaron el mismo tipo de mirada tacaña a la que ya me estaba acostumbrando.

—¿Hablas con ella? —preguntó Annin.

—De vez en cuando —dije.

Annin levantó la cabeza de repente y cerró los ojos. Un segundo después los abrió y parecía asustada.

—Los tailogues están fuera. Bade se ha recuperado del golpe que ella le dio. ¡Corred!

Afortunadamente no podíamos ir muy lejos. Dejé que Annin abriera la puerta. Los perros estaban esperando y entraron con nosotras. Nunca llegué a adivinar la geometría de los paraxisus, de la... vivienda, como decía Annin. Pero no creo que los constructores pretendieran que fuera posible adivinarlo. Ellos generaban la geometría que permitía que los habitantes, o quizá usuarios de la paradoja, fueran a sitios a los que no se podía llegar fácilmente de otra manera.

Dentro, unas escaleras bajas y anchas convergían en un círculo de piedra con una estrella en el centro, una estrella con varios rayos, cada uno construido como si fuera tridimensional. Los rayos se movían al mirarlos, ahora como construidos con alto relieve, después como si hubieran sido tallados en roca y luego con incrustaciones de plata.

—Vaya —dijo mi compañera.

Escaleras, escaleras. En todos los sitios que miraba me parecía ver alguna. Al principio parecía imposible aislar una, pero descubrí el truco. Conté diez, pero luego encontré una undécima.

—¿Cuántas ves? —me preguntó Annin.

—No estoy segura. Cuento once, pero creo que me he saltado la duodécima.

—Realmente tienes poderes —dijo Erika—. Nunca he visto más de siete y Annin puede diferenciar tan sólo unas diez. Nunca se sabe lo que podría llegar a hacer si practicara.

—Creo que la estrella es una brújula —dije—. ¿Cuántas puntas tiene?

—Buena suerte con eso. Si la miras de otra manera, verás que tiene rayos oscuros y brillantes. Nadie ha sido capaz todavía de contarlos —me explicó Annin.

—De todos modos, ¿dominasteis este lugar?

—No —dijo Erika—. Sólo una parte. Pero lo suficiente para usarlo como refugio contra el rey.

—Nosotras creemos —añadió Annin— que algunos de los lugares a los que llevan estas escaleras ya no existen y por eso no podemos llegar a ellos. Otros, muchos otros están simplemente vacíos o muertos, como una especie de túneles sin salida con apenas nada al final. Pero no conducen a ninguna parte. Mejor dicho, tocan lugares aislados incluso de sus propios mundos: los fondos de los lagos, las cimas de las montañas o cuevas profundas en la tierra. Uno va al río que, por lo que sabemos, nunca ve el sol. La cueva sigue y sigue y es muy bonita, pero ninguna expedición ha sido capaz de encontrar una salida.

En lo alto de unas de las escaleras se movieron unas sombras. Vi unos pájaros de alas negras y plateadas y luego una mujer con un vestido negro y plateado con un estampado de pájaros. Parecía que iba coronada con rosas blancas, pero cuando se fue acercando, las rosas desaparecieron y su pelo se volvió gris. Tenía los ojos plateados por la ceguera y bajó las escaleras con un bastón de endrino.

—¡Annin! ¡Erika! Ella venció al tailogue. Lo sentí. ¿Ha venido? Puedo notar que hay alguien más con vosotras.

—Sí —dijo Annin.

—Muy bien. Traedla. Debe asistir a sus deliberaciones.

Annin y Erika subieron la escalera hacia la mujer ciega y yo las seguí.



Lancelot y Arturo llegaron al pantano al día siguiente. Seguían contándose cosas.

—No me sorprende que Merlín perdiera el control de la situación. Siempre va más allá de sí mismo. Mi padre lo odiaba por... —decía Arturo, pero se encontró sin muchas ganas de contar su infancia a Lancelot—, por varios motivos. Pero Uther siempre decía que fue el consejero político más astuto que tuvo. No creo que padre siguiera completamente sus consejos porque Merlín era más partidario de los terratenientes del sur. Quieren dominarlo todo y él se alegra de poder ayudarlos e incitarlos de alguna manera.

—Si crees que es inteligente, deberías pasar con ella un tiempo.

—¿Con tu Dama del Lago?

—Sí. Y ella cree que mi hermana, Guinevere, es la clave de todo..., de tu victoria en el Gran Reino.

—Quizá no debería intentar volver con tanto ahínco. La gente de aquí me necesita.

—También te necesitan tu padre y la gente de Alba. ¿Amas a mi hermana?

Arturo se detuvo un momento. El suelo se estaba volviendo esponjoso y, mirando hacia delante, vio que pronto tendrían que caminar con el agua hasta las rodillas.

—Odio decir amor. Odio la palabra. Mi madre me decía que me amaba.

—¿No te gusta tu madre?

—La mandarí­a alegremente al infierno. Pero, a juzgar por lo que te contó Merlín acerca de su destino, es de esperar que ya esté allí. No, no utilizará la palabra «amor» con Guinevere. Pero diré que la quiero. La quise desde el primer momento que la vi en el muelle, en Tintagel. Llevaba unos pantalones de piel sucios, una camisa mugrienta y el viento del mar mecía su magnífica cabellera dorada rojiza suelta. Y aun así, era la criatura más encantadora que jamás haya visto, sin ningún artificio de los que usan otras mujeres. La quise entonces y la quiero ahora. Y creo que siempre la querré. En mi cama, en mis brazos, sentada a mi lado en la mesa y de un lugar a otro conmigo en los consejos de guerra. Cabalgando a mi lado de caza y dándome la mano cuando muera. Creo que si algún día dejo de quererla, es porque seré incapaz de querer a nadie.

—Es la Doncella de las Flores en Alba.

—Me hará Rey de los Dos Mundos. Lo sé. Y lo horroroso de eso es que, a menos que tenga éxito en su búsqueda, podría no volver a verla jamás.

—¡Ah!, creo que ya ha tenido éxito. Tanto Merlín como la Dama del Lago así lo creen y, a pesar de lo que tú puedas decir sobre ellos, ninguno de los dos está loco.

Bax se alejó de ellos camino del agua. Los dos hombres lo siguieron.

—Pero también dijo una cosa graciosa. Dijo que nosotros éramos su destino. «Nosotros», no sólo tú.

Arturo le lanzó una oscura mirada.

—Conviértete en su campeón si quieres, pero nada más. Entonces quizá de alguna manera tú eres su destino, pero ella es mía y siempre lo será mientras dure la vida.

El agua entre los árboles era profunda, pero *Bax* parecía saber encontrar los puntos superficiales entre las charcas más hondas.

—Se supone que este pantano está lleno de trampas y de riesgos —dijo Arturo mirando alrededor con inquietud.

—Tal vez si estás yéndote, escapando del rey. Me apuesto algo a que no le importa mucho si te quedas dentro. Sí, la entrada a una trampa puede ser bastante fácil. De hecho, creo que debemos esperar que las haya.

Varios de los cuervos aparecieron volando y se quedaron en una rama junto al rostro de Arturo.

—Tú los mandas —le dijo éste a Lancelot.

—No. Tenemos un acuerdo.

—¿Un juramento de pájaros?

—Eso es.

—Pídeles que revisen los caminos que hay delante.

Ante sus palabras, los pájaros alzaron el vuelo. Volvieron enseguida.

Uno dijo:

—No vemos peligros.

El segundo añadió:

—Antes del anochecer.

El tercero ladeó la cabeza, estudió a los dos hombres primero con un ojo y luego con el otro, y dijo:

—Tened cuidado.



Seguí a mis dos compañeras por la escalera. Conducía a..., no lo sé. Mi primera visión fue la luz del sol sobre el mármol blanco. Hice lo que había hecho en la ciudad: mirar el paisaje bajo un cielo distinto. No parecía real, como tampoco las pinturas en las paredes que había visto en las viviendas romanas en ruinas donde Zarpa Negra y yo jugábamos de niños.

Maeniel nos llevó a verlas, deseando complacer el deseo de Dugald de que yo aprendiera cosas sobre los romanos. No era demasiado seguro andar husmeando entre las ruinas romanas. Eran refugio de forajidos y bandidos. Pero Dugald y Maeniel eran lo suficientemente duros para pararle los pies a todo aquel que nos amenazara. Así que visitábamos esos lugares y a veces él reconstruía la vida de los romanos para Zarpa Negra y para mí.

Esa vida me parecía una maravilla. No olvidéis que yo había crecido en una cabaña de una sola habitación con un agujero para el humo en el tejado, y la idea de tener diferentes habitaciones para comer, dormir y bañarse, e incluso estudiar, era algo casi incomprensible para mí. Sirvientes no, no teníamos sirvientes ni esclavos. Todos contribuíamos y ayudábamos a Kyra cuando lo necesitaba. Hacer las necesidades fuera era la norma. Zarpa Negra y yo nos peleábamos sobre quién tenía que encargarse de cavar el foso cada semana.

Recuerdo haber mirado las pinturas que describían una vida que me resultaba incomprensible. Estiraba la mano y tocaba la pintura de un antiguo teatro con asientos como escaleras que conducían a un pequeño escenario. La imagen se reflejaba trémula, como el reflejo de una charca quieta cuando una gota de agua o una hoja, cae y perturba la superficie.

Sentía en mi cuerpo, en mi mente, la distancia necesaria que me permitiría entrar en lo que para otros sería poco más que una imagen.

¿Cómo lo hacía? No lo sé. ¿Cómo respiro, o cómo corro, pienso, o incluso recuerdo? Simplemente no lo sé. Y por primera vez comprendí mi don como hechicera. Tenía un instinto para el transitar entre mundos.

Di un paso y el perro y las mujeres me siguieron.

El pequeño anfiteatro era viejo y estaba abandonado desde hacía tiempo. No era una de esas pistas enormes donde tenían lugar las luchas de gladiadores y las carreras de carros. Aquél era un sitio mucho más pequeño donde se representaban obras de teatro y se daban recitales de poesía y conciertos. Estaba en una pequeña isla en medio del mar azul. Supe que debió de haber sido una isla porque podía ver restos de

calles anegadas; templos, casas y calles brillaban a través del agua verde azulada.

Aquel anfiteatro debió de haber estado en el punto más alto de la isla, porque parecía que era lo único que quedaba de lo que debió de haber sido una ciudad bastante grande. En la distancia, hacia el este, en el horizonte, podía ver el perfil de la masa continental.

Pero de todo lo que debía de haber habido allí algún tiempo pasado, eso era lo único que quedaba. Había un gran número de gente reunida allí, tanto hombres como mujeres. La mujer ciega (una sacerdotisa, estoy segura) estaba en el escenario. Bajé hacia donde se encontraba y me hubiera sentado entre ellos, pero Annin y Erika me instaron a que fuera hacia el pequeño escenario donde estaba la ciega.

Subí los dos peldaños que conducían al escenario. Todas las mujeres llevaban perros. Iban vestidas decentemente, aunque los hombres eran un grupo de andrajosos de aspecto duro. Tenían pocas armas. Sólo vi una docena de cuchillos, dos espadas, y aunque había bastantes lanzas, muchas eran de madera.

Todos, incluso los perros, me observaban con curiosidad. El miedo y la curiosidad que parecía irradiar del público llamaron a mi armadura y oí un grito que se extendía a través de la concurrencia mientras relampagueaba verde contra mi piel clara.

—Es ella —dijo la mujer ciega—. Lo sé. Lo siento.

—¡Libane! —se dirigió a ella un hombre.

Conocía el nombre. Iba vestida con un manto verde y es quien domina los dones femeninos. No hay nada que no pueda enseñar a hacer a sus seguidoras.

—Libane, ¿por qué estás tan segura esta vez? El Rey del Terror hasta ahora se ha reído de nuestras sublevaciones. ¿Todavía estás tan segura de que ella —me señaló a mí— y el hombre..., más que un hombre, menos que un rey, que viene... nos pueden liberar?

Otro hombre dijo en voz alta:

—Nunca nadie que hubiera pasado la noche en la torre de la reina salió con vida hasta que él lo hizo. Yo estaba allí cuando purificó sus rebaños y sus cuerpos, liberando a su pueblo. Dictará la ley y acabará con la división entre hombres y mujeres, entre los que el rey permite cierta libertad y los que son tratados como bestias.

—De hecho se ha presentado a sí misma como señora del tránsito entre mundos —dijo Annin—. De lo contrario, no estaría aquí.

—Él —añadió Libane— ha resistido tanto en la torre como en el bosque oscuro. ¿Cuántos murieron en sus redes?

Yo reflexioné acerca de cómo conseguir llevar a Arturo de nuevo a casa conmigo. Mi tránsito entre mundos había sido un accidente, una simple necesidad forzada por mi misión de rescatar a Arturo de su exilio.

Me senté en el trono del Dragón, una de las reinas sagradas del primer pueblo que habitó la isla Blanca. Era deber de reinas dar reyes a su pueblo. Yacer con Arturo y hacerlo rey era mi obligación. Pero no les podía explicar a esas personas lo que había

en mi corazón. Nosotros lo necesitábamos, pero me di cuenta de que ellos también.

Me volví hacia Libane y vi la máscara verde de los dánaos en su rostro, como si formara parte de la armadura. Era como el momento en que conocí a mi padre. Desde la distancia, sólo vi a un hombre gordo, con la cara roja y abotargada, la personificación de la diversión. Pero cuando me aproximé, el muy terrible guerrero de los dánaos se me mostró.

Ese momento era igual. El rostro que me había imaginado pálido tenía una blancura imposible. Los ojos que parecían ensombrecidos por la ceguera eran de color gris, el mismo gris pálido de las nubes cuando se extienden por encima de las montañas un día cálido de verano. Y estaba cubierta por el manto verde y el vestido de la siempre viva, siempre generosa, siempre eterna tierra.

—Libane —dije—, ¿cómo puedo mantener mis promesas? Mantener una es romper otra.

—Ha llegado el momento de que des la bienvenida a tu muy deseado señor.



Nos fuimos del parodoxisus al anochecer. Libane y Annin guiaban la procesión y era exactamente eso: una procesión. Los prisioneros del rey Bade se unieron a nosotros. Algunos estaban destrozados por el trabajo aunque todavía eran jóvenes. Nunca había visto tantas cicatrices. Y lo sé. Los vi soportando las marcas de sus castigos. A algunos los habían cegado, de manera que los utilizaban como animales de carga. Otros tenían cicatrices provocadas por latigazos. Muchos no tenían ojos ni manos. Las mujeres, muchas de ellas asignadas al placer, eran un grupo descarado, deprimente. La mirada de la mayoría quemaba por el odio que irradiaba.

«En nombre de Dios —pensé—, ¿cómo arreglaremos todo esto?».

Libane y Annin estaban cada una a un lado y los esclavos esperaron a lo largo del camino a que pasásemos. Mientras pasaba, me daban las gracias y se desplomaban detrás de nosotras, de manera que fui testigo y supe todo su sufrimiento. Algunas familias estaban intactas y llevaban a sus niños. Otros se arrodillaban por el camino y eran cogidos de la mano por adultos que los aceptarían.

Mientras avanzábamos por el camino serpenteante a través de los magníficos jardines del rey Bade, la procesión iba creciendo y creciendo. No sé cuántas personas había. Debíamos de ser varios miles cuando llegamos al pantano.

El agua oscura brillaba por los reflejos de las antorchas que llevaban los rebeldes que iban con nosotros. Nos detuvimos y esperamos hasta que Zarpa Negra y Arturo llegaron andando por el agua. Antes de que alcanzara tierra firme, nuestros ojos ya se habían encontrado. Me avergüenzo al reconocer que no tuve más que un pensamiento breve para Zarpa Negra.

De hecho, Arturo era el Rey Dorado que yo siempre había soñado. No vestía más que harapos, pero la dalmática de lana le caía perfectamente sobre sus anchos

hombros. Tenía la barba rubia y el cabello dorado rojizo.

Cuando nuestros ojos se encontraron por primera vez tiempo atrás en el muelle de Tintagel supe que había conocido a un niño, pero la persona que tenía ante mí era un hombre. Un hombre y un rey.



ALICE BORCHARDT (Nueva Orleans, Luisiana 1939 - Houston, Texas 2007). Fue una de cinco hermanas. Compartió una infancia llena de relatos con su hermana, Anne Rice. Su padre, Howard, un empleado de correos, le ayudó a solicitar su primer carné de biblioteca a la edad de 7 años: «Fue el mejor regalo que he recibido», dijo en una entrevista en 1999. Su madre, Katherine, era una feminista que enseñó a Alice a perseguir sus objetivos profesionales.

La familia O'Brien se trasladó a Richardson, Texas, cuando Alice era un adolescente. Comenzó su carrera de enfermería en Houston, donde conoció y se casó con su marido. Después de 30 años de carrera como enfermera profesional, Borchardt se enfrentó a las reducciones de personal en el hospital donde trabajaba. Fue su hermana Anne quien la alentó y ayudó a encontrar un agente, y escribió la introducción a varios de sus libros.

Tenía más de cincuenta años, cuando la primera de sus siete novelas, se publicó en 1995. Tal vez es más conocida por su trilogía sobre hombres-lobos en la Roma medieval. En *The Silver Wolf*, *Night of the Wolf* y *The Wolf King*, la huérfana Regeane y el noble Maeniel, en parte lobos y en parte humanos, frente a la intimidación de caciques, emperadores y asediados por intervenciones sobrenaturales. Su último libro *The Raven Warrior* fue publicado en el 2003.

Falleció en el 2007 de un tumor.